VIDA

DE

SAN PEDRO CLAVER

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

APÓSTOL DE LOS NEGROS

POR

EL P. JOSÉ FERNANDEZ

de la misma Compañía

SACADA DE LOS PROCESOS JURÍDICOS
HECHOS ANTE EL ORDINARIO DE CARTAGENA DE INDIAS (1657-1660)

REFUNDIDA Y ACRECENTADA

POR EL

P. JUAN MARIA SOLÁ

religioso de la dicha Compañía

CON LICENCIA

BARCELONA
IMPRENTA Y LIBRERIA DE V. É H. DE J. SUBIRANA
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, 16
1888

SAN PEDRO CLAVER, S. J.

QUEDAN RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DE LA VIDA DE SAN PEDRO CLAVER

LIBRO PRIMERO

DESDE SU NACIMIENTO HASTA QUE SE ORDENÓ DE SACERDOTE

	Pág.
CAPÍTULO PRIMERO.—Nacimiento y primera crianza de san Pedro Claver.	17
CAP. II.—Estudios del P. Claver en Barcelona, y su vocacion á la Compañía de Jesus.	23
CAP. III.—Empieza su noviciado en Tarragona y virtudes que en él ejercita.	32
CAP. IV.—Hace los votos de la religion: sus primeros estudios en Gerona, de donde pasa á Mallorca á oir Filosofía.	41
CAP. V.—Cómo el Señor previno al H. Alonso Rodriguez para Maestro espiritual del P. Claver.	46
CAP. VI.—Comunica familiarmente con el santo H. Alonso Rodriguez: algunos documentos que recibió de él.	53
CAP. VII.—Revela Dios al santo H. Alonso la gloria prevenida al P. Claver; prosigue éste sus estudios y llámale Dios para las Indias.	62
CAP. VIII.—Estimacion que el P. Pedro Claver hizo siempre del santo H. Alonso y de sus cosas.	72
CAP. IX.—Estudia en Barcelona Teología, hasta que le envia á las Indias la obediencia.	77
CAP. X.—Se hace á la vela y llega á las Indias; estudia en Santa Fe; va á Tunja y vuelve á Cartagena, donde recibe los sagrados órdenes.	85

LIBRO SEGUNDO

MINISTERIOS QUE EJERCITÓ EN CARTAGENA Y SUS CONTORNOS Á BENEFICIO DE LOS NEGROS

CAPÍTULO PRIMERO.—De la ciudad de Cartagena y varias naciones de negros africanos que desembarcaban en aquel puerto.	98

Pág.

ver.—Nobleza atribuida á Pedro Claver y á su consorte Ana Corberó. 513

NÚM. III.—Demostracion de la verdadera fecha de bautismo de san Pedro Claver.—Dia de su nacimiento. 527

NÚM. IV.—Ereccion y principios del nuevo Obispado de Solsona.—Estudios de san Pedro Claver en Barcelona antes de su entrada en la Compañía de Jesus.—¿Perteneció á la Congregacion de la Virgen Santísima, del antiguo Colegio de Belen? 538

NÚM. V.—D. Juan Terés Arzobispo de Tarragona y Virey de Cataluña. 550

NÚM. VI.—Peregrinacion de san Pedro Claver á Montserrat. . 553

NÚM. VII.—San Pedro Claver en Gerona.—Indicaciones acerca de los antiguos estudios del Colegio de Palma de Mallorca.—Verdadera relacion de lo que aconteció antes de embarcarse el santo.—En qué punto de Barcelona tuvo san Pedro Claver un arrobamiento.—Fiestas de Barcelona por la beatificacion de san Ignacio. 556

NÚM. VIII.—Los Negros.—Su esclavitud.—Trata de Negros en tiempo de san Pedro Claver.—Europa con relacion á los Negros.—Trato dado á éstos en las Colonias europeas.—Legislacion española. Influencia de la Iglesia católica en la abolicion de la esclavitud. 565

NÚM. IX.—Retratos antiguos de san Pedro Claver.—Robo del relicario de Verdú, en la guerra de Felipe V con el Archiduque de Austria.—Reliquias. 576

NÚM. X.—Preces del Concilio Tarraconense, en las cuales se dió al V. P. Pedro Claver el título de «segundo Javier de la Compañía de Jesús.» 581

NÚM. XI.—Denominaciones del nuevo Reino de Granada.—Santa Fe de Bogotá y Tunja.—Cartagena.—Colegio de la Compañía.—Iglesia: sepulcro de san Pedro Claver.—Restauracion de la iglesia por Monseñor Biffi.—Hospitales de san Sebastian y de san Lázaro. 586

NÚM. XII.—Verdú.—Iglesia en que fué bautizado el santo.—Descripcion de la casa de san Pedro Claver.—Aposento en que nació.—La estaca.—Iglesia nueva.—Privilegio de misa votiva en el altar de la capilla del santo.. . . . 591

DOCUMENTOS. 599

Á LOS MISIONEROS

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

OSADIA pudiera parecer presentaros esta obrita, si se mirara solamente lo imperfecto y deslucido de la forma y la ruindad de la persona que os la ofrece. Pero va envuelta en estos borrones la vida y espíritu de aquel Varon extraordinario, que en la primera mitad del siglo XVII llenó el mundo de sus hazañas, á la Compañia de lustre, y el cielo de innumerables almas, libertadas á costa de sudores y de sangre del poderio de Satanás; y es tan subido el valor de la ofrenda mirada á esta luz, que no he vacilado en dedicárosla á vosotros, herederos de su espíritu y de sus trabajos. Vosotros, por el celo de la divina gloria que os abrasa, por el conocimiento y estima que teneis del apostolado, y por las dificultades y padecimientos que en su ejercicio experimentais, podeis, como nadie, rompiendo la corteza y tosquedad de las palabras, penetrar en lo interior de aquella alma privilegiada, medir la grandeza de sus senos, y apacentaros allí del jugo de vida y de fortaleza que habeis menester para llevar adelante la conquista de los hombres y el blason de nuestro divino Capitan. Él, por su infinita misericordia, se digne multiplicar y robustecer más y más ese vuestro escuadron fortísimo de misioneros, gloriosa generacion de héroes que, repartidos por todo el orbe descubierto, y no buscando en la tierra

sino la gloria de Dios, la salvacion de los prójimos y la fatiga y propio menosprecio, confunden las herejias, reforman las costumbres, disipan los errores é ignorancias, dilatan el imperio de Jesucristo y defienden, hasta derramar la sangre, si es menester, á la Iglesia católica y romana, hoy por tantas vias y tan fieramente combatida. Esta causa, y la de ayudaros á tomar alguna parte en vuestros afanes gloriosísimos, hame dado atrevimiento para dedicaros cosa tan inferior á mi deseo, que más bien debeis mirar como un recuerdo que os envia esta venturosa tierra, donde nació y se santificó nuestro grande Apóstol y dulcísimo Padre.

En este Colegio del Sagrado Corazon de Jesus en Barcelona, á 2 de Febrero de 1888.

De VV. RR. hermano y siervo en Cristo,

JUAN MARIA SOLÁ, S. J.

VIDA

DE

SAN PEDRO CLAVER

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

APÓSTOL DE LOS NEGROS

INTRODUCCION

Con dos libros, ó pocos más, decia la venerable vírgen doña Luisa de Carvajal [1], tiene un católico bastante; conviene á saber, con la *Explicacion de la Doctrina Cristiana*, y con las *Vidas de los Santos*. Porque la Doctrina alumbra el entendimiento, las Vidas despiertan la voluntad; la Doctrina descubre el camino, las Vidas lo allanan y facilitan; la Doctrina es necesaria para no errar, las Vidas para no desmayar

[1] Vida del V. M. Fr. Luis de Granada, por el Licenciado Luis Muñoz. Libro 3.º, cap. 3.º

en el ejercicio de la virtud, alentados con el ejemplo del que va adelante y punzados con la vergüenza de quedar atrás.

Entre las más admirables de estos últimos siglos, y que más hondamente impresionan el corazon dejándolo á la vez atónito y esforzado, es sin duda la del apostólico y penitente Padre San Pedro Claver de la Compañía de Jesus, catalan de nacion, columna de la fe en el Nuevo Reino de Granada y lumbrera esclarecida de las Indias Occidentales. No es de maravillar que dijese de ella el inmortal Pio IX, que de cuantas Vidas de Santos habia leido, ninguna le habia admirado y conmovido como la de este Varon extraordinario. Y no cabe ciertamente decir, que nace esa impresion y maravilla de la variedad de las empresas, de la magnificencia de los triunfos, ni de la muchedumbre de los empleos y correrías, que en otras Vidas de apostólicos varones deleitan la fantasia y arrebatan dulcemente la atencion de los lectores: todo es aquí áspero como el camino del Calvario, monótono como la vida de Cruz, pero grande y sublime como el martirio. Los actos más difíciles y calificados de heróicos en otros Santos, son en el Apóstol de los Negros cotidianos y casi triviales; y aquel perseverar cuarenta años con igual teson, en las tareas mismas y en la misma ciudad, sin descaecer un punto, antes creciendo siempre en ansias de padecer y trabajar cuanto más trabajaba y padecia; le levanta tan alto sobre el comun nivel de la santidad, que parece empleó molde aparte el Artífice Soberano para labrar una abnegacion tan estupenda y una imágen tan peregrina de Cristo Crucificado. En un rasgo se dice en este libro lo que costó cuarenta años de fatigas y raudales de su-

dores y de sangre. Por esta causa, ruego al que leyere, que no haga mucho hincapié en la materialidad y como corteza de los hechos que se narran; sino que pondere, leyéndolos, las circunstancias de lugar, tiempo, personas, intensidad y crecimiento de fervor, contradicciones, achaques y penitencias, sin uno de esos alivios del cuerpo que hacen llevaderas las pesadumbres del espíritu, y que junte en su mente y corazon lo que andaba junto en las virtudes del Santo y que es fuerza vaya dividido y derramado por la presente historia.

Escríbola (ó por mejor decir es la misma de nuevo revista y acrecentada) conforme á la que estampó en Zaragoza en 1666 el P. José Fernandez, contemporáneo de los hechos que relata, y que tuvo en su poder y estudió diligentísimamente las informaciones todas y papeles sin cuento que de varias partes le enviaban. Ni en autoridad y copia de documentos, ni en profundidad y peso de doctrina puede ningun biógrafo del Santo comparársele. Porque el P. Alonso de Andrade, cuya es la Vida de S. Pedro Claver que salió á luz á nombre del Licenciado Jerónimo Suarez de Somoza, en Madrid, el año 1657, no pudo tener á mano los procesos jurídicos de Cartagena; y así aquel trabajo hubo de ser una recopilacion de lo que escribió el Provincial del Nuevo Reino de Granada P. Gaspar Cuxía, de varias cartas ánuas de la Compañía y otras relaciones que llegaron despues de la muerte del Santo. Más precisas y ajustadas, aunque no del todo perfectas, son las Vidas publicadas en el siglo xviii por los PP. Longaro Oddi y José de Lara en lengua italiana, y por el P. Bertran Gabriel Fleuriau en frances. En cambio, se han procurado eliminar ahora los defectos que notó el P. Fleuriau en el libro del P. Fernan-

dez, que por testimonio de todos es el primero sacado de fuentes verdaderas y autorizadas, y obra de un varon tan docto y eminente.

Nació dicho Padre en Zaragoza el año de 1617, y á la temprana edad de 15 años entró en la Compañia. Fué en ella dechado de religiosos, y en sus estudios campeó de manera su ingenio y se aventajó tanto en la Teologia, que la enseñó por muchos años. Mas, otro llamamiento interior y el celo de las almas le sacaron de la cátedra y le llevaron por las ciudades y provincias, predicando, misionando, y convirtiendo innumerables pecadores. Con la espada de la voz fuera de casa, y con la de la pluma en su encerramiento, no es ponderable las victorias que ganó del comun enemigo este fiel ministro del Señor. Para utilidad de los confesores trasladó en lengua castellana la Teologia Moral del P. Busembaum [1]; para servir á los predicadores compuso el libro de la *Elegancia Cristiana,* obra utilísima, que es de lamentar quedara sin publicarse; asimismo algunos libros de sermones y misiones y varios opúsculos de mucha devocion. Vertió tambien para provecho de todos, y para fomentar el amor de Nuestra Señora, el *Jardin de la Soberana siempre Virgen Maria Madre de Dios y madre nuestra* [2]. Fué la postrera de sus obras, la *Apostólica y*

---

[1] Traduccion del latin al español de la Suma Moral del Padre Busembaum, en Zaragoza. Juan de Ibar, 1674, en 4.º

[2] «Version al español del *Jardin de la Soberana siempre Virgen María, Madre de Dios,* ó varios modos prácticos para ejercitarse en el culto y servicio de esta Señora, que escribió en latin el P. Jesuita Francisco de La Croix.» La dedicó á la R. Abadesa del Religioso Convento de Descalzas de la Inmaculada Concepcion de la Villa de Agreda, la Madre Maria de Jesus. En Zaragoza, por Juan de Ibar, 1660, 8.º, pág. 422.

Penitente Vida del Venerable P. Pedro Claver, de la Compañia de Jesus; muriendo su piadoso autor en la ciudad de Valencia en 1674.

Lástima que la afeen no poco los lunares de que adolecen los escritos de su tiempo, que sus reflexiones harto frecuentes no se acomoden á nuestro paladar, y que sus razonamientos largos en demasia no se avengan bien á la rapidez con que vivimos: por esta causa, y para acrecentar el interés con los datos que se han ido esclareciendo, y con las noticias que hemos allegado, se deliberó no volver á la estampa, sino rehacer y refundir con nueva forma y estilo, y sin menoscabo de su autoridad, la obra antigua; añadiendo á ella un interesante Apéndice de noticias y documentos, debido á recientes investigaciones del P. Luis Fitter de la Compañia de Jesus.

El sacerdote y el seglar, el religioso y el hombre de mundo, los sabios y los indoctos, hallarán en esta Vida mucho que admirar y muchísimo que imitar. Nadie se disculpe, notaremos con San Gregorio Niseno [1], diciendo por ventura: «¿Cómo yo, que ni soy Caldeo, como se escribe de Abrahan, ni tampoco hijo de la hija de Faraon, como Moisés, ni finalmente tengo nada comun con aquellos Patriarcas que pasaron, podré seguir sus pisadas y vivir la vida que vivieron? Mas nosotros responderemos, que ni para la virtud ni para el vicio importa nada ser Caldeo, ni por morar en Egipto ó Babilonia es uno excluido de ser santo. Porque no se ama á Dios únicamente en la Judea, ni sólo en Sion es adorado.» No estuvieron nuestros padres más cerca ni no-

[1] S. Greg. Nyseni. De vita Moysis.

sotros más lejos del que es Eterno; ni por haberse comunicado á los que precedieron se ha disminuido la fuente manantial del Infinito; ni le quedó cansado el brazo de haber labrado grandes Santos, al que es la misma Bondad y Omnipotencia. Quiera el cielo, con la consideracion de los trabajos de éste Apóstol, encender muchos corazones y suscitar en su Iglesia nuevos Claveres. El mismo Dios tenemos, la misma gracia, el mismo Mediador Cristo Jesus: *Jesus Christus heri, et hodie, Ipse et in sæcula* [1].

[1] Hebr. 13.

LIBRO PRIMERO

DESDE SU NACIMIENTO HASTA QUE SE ORDENÓ DE SACERDOTE

CAPÍTULO PRIMERO

NACIMIENTO Y PRIMERA CRIANZA DE SAN PEDRO CLAVER

En el límite de aquella region de Cataluña conocida con el nombre de Segarra (que formó parte de la antigua Lacetania), junto al extremo oriental del Llano de Urgel [1], á ocho leguas de la ciudad de Lérida y á diez y nueve de Barcelona, está la villa de Verdú, patria del glorioso Apóstol de los Negros San Pedro Claver. Un fuerte y grandioso castillo defendia esta poblacion, que pertenecia al Obispado de Vich [2], y estaba bajo el señorío del monasterio de Poblet [3]. Fué en los pasados siglos famosa en el Principado y fuera de él por sus ferias tan concurridas; pero será perpétuamente más celebrado su nombre por ser la villa natal de uno de los mayores Santos que han tenido la Iglesia y la Compañía de Jesus.

[1]—[3] Véase el Apéndice.

Nació el bendito niño Claver, ocupando la silla de S. Pedro, Gregorio XIII, y reinando en España la Majestad de Felipe el Prudente, segundo de Castilla y primero de la Corona de Aragon; y le bautizaron en la Iglesia parroquial de Santa María de Verdú el dia 26 de Junio del año 1580, segun consta en el Archivo parroquial [1]. La partida de bautismo de nuestro Santo no fué conocida de los antiguos biógrafos, quienes, por este motivo, señalaron diversas fechas á su nacimiento. Ha sucedido con el Apóstol de los Negros, cosa igual ó semejante á la que pasó respecto del Apóstol de las Indias S. Francisco Javier; que tampoco se puso de manifiesto con claridad y certidumbre el año en que vió éste la primera luz, hasta el tiempo de su canonizacion.

Llamáronle en el bautismo *Juan* Pedro, sin duda por razon de su padrino *Juan* Borrell; si bien desde sus primeros años quedóle solamente el nombre de Pedro, para distinguirle de su hermano mayor que se decia Juan. Era el Benjamin de la casa y el último de los hijos que dió el Señor á Pedro Claver y á su primera consorte Ana [2]. Los antiguos escritores de la vida de S. Pedro Claver careciendo de los documentos que todavia existen en el archivo parroquial de la villa, no pudieron aquilatar ciertos pormenores de mucho interés para el conocimiento cabal del linaje de nuestro santo. No especificaron, en primer lugar, el segundo apellido de su padre que se decia Pedro Claver y Minguella, noticia necesaria para no confundirle con otros Claveres de Verdú. Asimismo, llamaron á la madre del Santo, Ana Soboca-

[1] Véase el Apéndice.

[2] El padre del santo casó más adelante con Ángela Escarrer, y en terceras nupcias con Juana Grenyó; pero no tuvo sucesion de estos otros matrimonios. (Libros de bautismos de Verdú).

no ó Sabocana, siendo la verdad que se llamaba Ana Corberó, como se lee en varios instrumentos antiguos; y de otros consta igualmente que su apellido segundo era tambien Claver, no por razon de su marido Pedro Claver, sino por llamarse Catalina Claver la madre de Ana. Escribieron, en tercer lugar, dichos biógrafos, que los padres de San Pedro eran de noble sangre y el apellido Claver uno de los más ilustres de Cataluña, incorporado más tarde á la Casa de los Condes de Pimentel y Benavente, por haber casado con los Claveres y Requesens y unido así los mayorazgos. Mas, en hecho de verdad, es ilusoria, como podrá verlo el lector al fin de este libro, esa nobleza atribuida á los padres de S. Pedro Claver, de condicion labradores, pero en este humilde estado, de los más calificados de la villa [1].

No ha menester el Apóstol de los Negros de más títulos ni ejecutoria que su heroísmo incomparable, para que sea digno de honra y veneracion sobre todos los grandes y monarcas de la tierra. Fué de nobilísima estirpe el Javier de Navarra; pero el mismo Dios que eligió de noble sangre á tan gran varon, quiso que naciera de cuna sin lustre ni esplendor el Javier de Cataluña, el nuevo apóstol enviado por Él á la ciega gentilidad, y para consuelo de tantos desgraciados.

Por los mismos documentos puede comprobarse la piedad y virtudes de los dichosos progenitores de nues-

[1] Así lo dan á entender las cantidades señaladas por Pedro Claver y Minguella á sus hijos, en un memorial de dote otorgado en 1587, á pesar de la institucion de heredero á quien correspondia la mayor parte de los bienes; y lo mismo se deduce de sus testamentos, teniendo en cuenta la gran diferencia que média entre los valores de entonces respecto de los de nuestros tiempos. Segun parece, fué tambien dicho Pedro Claver, Jurado ó Concejal de Verdú.

tro Santo, piedad y virtudes de que habla, en efecto, el P. Fernandez con referencia á «noticias ciertas» que no expresó en su historia [1], por lo cual se tratará de esto más en particular. Para convencerse, pues, de que la familia del santo Apóstol de los Negros estaba embebida del católico espíritu de la antigua España, unido á la sencillez y piedad característica del pueblo catalan, especialmente de ciertas comarcas del Principado, basta leer los testamentos de Pedro Claver de la Calle Mayor de Verdú. Vense en ellos algunos legados ó mandas pias para el alumbrado del Santísimo Sacramento y el de S. Estéban, y para el Hospital de la villa, disponiendo además la celebracion perpétua de una misa rezada, cada mes, en el altar de Nuestra Señora del Rosario. De la piedad de Ana Corberó no deja de ser buen argumento la de su hijo Pedro, criado á sus pechos y bajo su cuidado hasta el tiempo en que Ana falleció, que fué á 17 de Enero de 1593 [2]. Y si de ella no ha quedado memoria ó escrito particular, pues murió sin testamento, quizás por lo grave y agudo de la enfermedad; cuán grande fuese el amor á la Vírgen Santísima en la familia de que ella procedía, lo manifiesta una cláusula del testamento de su hermano Antonio Corberó, en la que dispone la celebracion de seis misas en el altar de Nuestra Señora del Rosario, *para que aquella*, dice, *sea más adorada con su Unigénito Hijo* [3]. No es, por tanto, de maravillar que S. Pedro Claver llevara consigo á Cartagena las devociones tan sólidas y á los fieles provechosísimas del Santísimo Sacramento y del Rosario de Nuestra Se-

[1] Apostólica y penitente vida... pág. 7.
[2] Archivo parroquial de Verdú.
[3] «Pera que aquella mes sia adorada ab lo seu Unigenit Fill.» (Archivo parroquial).

ñora; las cuales propagó allí con tan ardiente celo, que nuestro santo puede ser considerado como uno de los que en primer término han descollado en la dulce empresa de arraigar en los corazones el amor al santo Rosario, y á la Sagrada Eucaristía.

En el período de su infancia, no fué necesario que el niño Pedro saliera de Verdú para aprender las primeras letras. Porque además de los presbíteros de la Comunidad de la Iglesia de Santa María, entonces floreciente y numerosa, mas en la actualidad extinguida totalmente; no faltaba en Verdú, á pesar de ser villa de corto vecindario, maestro de primeras letras [1].

Comenzaróse á descubrir presto, en el santo niño, suavísimas costumbres, condicion blanda y una viveza infantil llena de modestia y gravedad. Era rendido á sus padres, y aficionado al servicio de la Iglesia; pues gustaba de ayudar la santa Misa, por ejercitar el ministerio de los ángeles y recoger más copiosamente los frutos de la Cruz; haciendo las ceremonias con gran devocion y reverencia. Mostraba finalmente, tal inclinacion y afecto á las cosas de piedad, que pudo ya inferirse, desde entonces, que sería en adelante un vaso de eleccion. Con la experiencia propia cobró grandísimo concepto de cuanto importa que se crie en loables costumbres la niñez. Y esta era más tarde materia muy ordina-

---

[1] En los libros de Cumplimiento pascual de la Parroquia de Verdú, unas veces se le llama *mestre de estudis*, y otras *mestre de minyons* es decir, de los niños que aprendían á leer, como puede verse en las «Ordenaciones del Estudio General de Barcelona,» § *Dels minyons que aprenen á llegir en dit Studi*. (Ordinacions per reformacio y perpetua fundacio de la Universitat del Studi General de la Ciutat de Barcelona) ...Fetas á XXII de Setembre, any mil sinch cents sinquanta nou. - Barcelona.— En casa de Jaume Cortey.

ria de sus pláticas, repitiendo en ellas algunas máximas que se hallaron en sus apuntamientos, como son: *Lo que se aprende en la cuna, para siempre dura. Lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama*, y otras á este tenor, como quien sabia que la educacion de los primeros años es la llave del vicio ó de la virtud, de la muerte ó de la vida.

No poco hubo de contribuir al aumento de la piedad en el tierno corazon del niño Claver, tan bien inclinado de suyo y con tanto esmero cultivado por una educacion cristiana, la antigua y arraigada devocion al santo Cristo de Verdú, que se venera en la Iglesia Parroquial y cuya festividad se celebra cada año, en el mes de Enero, con el imponente y magnífico ceremonial de los pasados tiempos. Iguales efectos causarian en su alma las fiestas con que se honraba á la Santísima Vírgen en el misterio de su Asuncion, título con que era y es venerada como Patrona de la Villa; aunque ahora es tambien Patron de ella el mismo S. Pedro Claver, á quien se celebran solemnísimos cultos el dia 9 de Setiembre.

Así como el aparato religioso que hemos dicho hubo de fomentar en el pecho de Claver el amor de las cosas celestiales y eternas; así tambien hubo de serle de gran provecho el conocimiento de cuán frágiles y deleznables son las cosas de la tierra, en la sensible muerte de su querida madre, á la cual siguió pocos dias despues el fallecimiento de uno de sus hermanos, Jaime Claver y Corberó, á la temprana edad de 20 años y 7 meses [1]. Si tuvieron parte estos sucesos en la resolucion que Pedro tomó, algun tiempo despues, de abrazar la carrera eclesiástica; es cosa que no podemos asegurar. Lo cierto

[1] Falleció el 1.º de Febrero de 1593.

es que el dia 8 de Diciembre de 1595 le confirió la prima clerical tonsura en la Iglesia de Verdú, el Ilmo. Señor Obispo de Vich D. Pedro Jaime [1], que rigió aquella Diócesis desde 1587 á 1597 [2] y tuvo parte muy principal en la formacion de los procesos para la beatificacion del fundador de la Compañia de Jesus. Verdú no perteneció al Obispado de Solsona hasta el año 1598, y así, era todavia Prelado de la Villa natal de S. Pedro Claver el Obispo de Vich [3].

Gran delicia fué para el joven Pedro que contaba á la sazon 15 años y algunos meses dedicarse á Dios por medio de la Vírgen en la fiesta de su Purísima Concepcion. ¡Cuántas gracias derramaría el Señor en su bendita alma, en aquel corazon recto, piadoso, y tan limpio en una edad en que muchos han perdido ya la cándida estola de la inocencia bautismal y padecido naufragio en los escollos de las pasiones!

---

[1] «Noverint universi, quod Petrus Jacobus, Dei et Apostoli-«cæ Sedis gratia Vicensis Episcopus et Regius Consiliarius, «Die Veneris 8 mensis Decembris anni a Nativitate Dñi 1595 in «Ecclesia Parrochiali Villae Verduni Dioecesis nostrae Vicensis, «debitis ordine et solemnitate servatis, dilectum nobis in Christo «Petrum Claver, filium Petri Claver Agricolae dictae Villae Ver-«duni et Annae ejus uxoris, confirmatum et in aetate et litteratura «habilem et idoneum repertum, ad primam Clericalem Tonsu-«ram in Domino duximus promovendum, prout rite, recte et ca-«nonice promovimus. In quorum testimonium, praesentes fieri «jussimus manu nostra subscriptas et sigillo nostro munitas. Da-«tum Verduni, die, mense et anno et loco praedictis.

«Petrus Episcopus Vicensis.

«Supra.—Joannes Vinyes Notarius et pro eo Jacobus Frabegatus Substitutus.—Registrata.»

(Procesos de Beatificacion. Fol. 368, vuelto.)

[2] Episcopologio Vicense.—*Vich*, por D. Joaquin de Salarich. —1854.— Pág. 165.

[3] Véase el Apéndice.

CAPÍTULO II

ESTUDIOS DE S. PEDRO CLAVER EN BARCELONA.—SU VOCACION Á LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Otro de los hechos que consignaron los biógrafos antiguos de S. Pedro y que está en oposicion con datos ciertos, y documentos contemporáneos del santo, existentes todavía, es el de sus estudios en Solsona. Pudo inducirles á creer que Pedro habia hecho sus estudios en esta ciudad, la noticia de que un tio paterno del niño fué canónigo de aquella catedral; y de esto deducirian que el padre del Santo le envió allá para que más tarde sucediese á su tio. Pero de una breve comparacion de fechas resulta que este hecho no pudo tener lugar.

En efecto, en 1597, cuando Claver ya habia comenzado sus estudios, apenas habia transcurrido un año desde que por vez primera la recien fundada Diócesis de Solsona, se vió honrada con Cabildo Catedral en el que no podia figurar como uno de sus miembros el tio de Pedro, porque en el mismo año de 1597 era todavia Beneficiado de Tárrega [1]. No pudo, pues, Claver estudiar gra-

[1] Véase el Apéndice.

mática al lado de un tio suyo canónigo de Solsona. Consta además que cursó Gramática, Retórica [1] y probablemente algun año de Filosofía [2], en Barcelona, y que de Barcelona fué despues á Tarragona para entrar en la Compañia de Jesus.

La circunstancia de haber transcurrido más de dos años despues de haber ido el primer Obispo de Solsona D. Luis Sans á su nueva Sede, sin que la villa de Verdú hubiese sido incorporada á ella, y la falta de organizacion de los estudios, en los primeros tiempos de aquella Diócesis, parecen ser las causas que movieron al padre de S. Pedro Claver á enviar á su hijo al *Estudio general* ó Universidad *de Barcelona* á donde acudian á la sazon muchos jóvenes del Principado. En esta determinacion acaso influyeron tambien relaciones de familia [3].

Lo que en Barcelona arrebató principalmente los ojos y el corazon de nuestro Pedro, no fué ninguna de las cosas que suelen admirarse en las grandes capitales, sino la vista de los religiosos de la Compañia de Jesus, que vivian en el Colegio de Belen, en la Rambla de los Estudios, y de los cuales se servia mucho Dios nuestro Señor.

Era este Colegio de Belen uno de los primeros de la Compañia, fundado por San Francisco de Borja en el lugar que señaló desde Roma San Ignacio, costeado por la liberalidad de los Barceloneses, pero principalmente de la Excma. Sra. D.ª María Manrique de Lara, hija de los Duques de Nájera, que recibió los honores y título

---

[1] P. Fernandez, pág. 10.
[2] Véase el Apéndice.
[3] Véase el Apéndice.

de fundadora. Cuando vino el santo mancebo Pedro Claver, estaba ya terminada la obra de la Iglesia, hermosa por cierto y muy capaz, pero que no llegaba al primor y magnificencia de la que ahora vemos, labrada por los años de 1668. Estos eran los hombres y éste el sitio que con más gusto frecuentaba el jóven Claver en Barcelona.

No pudo estudiar gramática en las Aulas de la Compañía, porque entonces solamente leian facultades mayores, con grande fruto de los discípulos y con satisfaccion de los varones doctos. Estudió pues, en la Universidad, segun creemos, gramática y despues retórica: el tiempo que le quedaba libre gastábalo en el Colegio de Belen. Aquí oia misa ó la ayudaba y cumplia con sus devociones, tratando con los religiosos las cosas de su alma. Con su comunicacion y ejemplos se sintió maravillosamente trocado, con ánsias y deseos ardientes de ser santo. Una de las cosas que más podian edificarle en aquellos religiosos, era verlos salir en mision, de dos en dos, por las villas y aldeas, ir á las galeras de forzados y á las cárceles, acompañar á los ajusticiados, y el considerar el copioso y extraordinario fruto que hacian en todas partes, con sus doctrinas, pláticas y sermones que eran muy frecuentes en todas las Parroquias de la ciudad, sobre todo en Santa Maria del Mar y en Santa Maria del Pino. Los domingos y algunos dias entre semana hacianse en nuestra Iglesia pláticas que terminaban con el ejercicio santo de la disciplina.

En aquella sazon estaba ya arraigada y generalizada la frecuencia de sacramentos en Barcelona, despues de muchas resistencias y dificultades. Contra el santo Virey Francisco de Borja se habia levantado en tiempos

pasados grande contradiccion, porque comulgaba cada ocho dias, y hubo de alentarle desde Roma San Ignacio. El P. Antonio Araoz y el P. Estrada enfervorizaron la gente piadosa á la misma frecuencia; y se alteraron tanto los ánimos de algunos demasiadamente discretos, que fué menester para sosegarlos mucho tiempo, hasta ver y palpar el provecho en la mudanza de las costumbres. Continuaron la obra de la frecuencia de los SS. Sacramentos los Padres de la Compañía, sobre todo los Padres Cordeses, Ayala y Bautista Barma, con tanto éxito que en casi todas las iglesias comulgaban los fieles cada ocho ó quince dias. Con esto, pudo el jóven Claver gozar del mismo beneficio, y con más razon por la disposicion excelente de su ánimo.

Durante el tiempo que estudió gramática y retórica, no pudo ser nuestro Pedro, de la Congregacion de la Vírgen Santísima, establecida en el Colegio de Belen; porque entonces no pertenecian á ella los gramáticos y retóricos. Sin embargo, hay no leve fundamento para opinar que fué congregante cuando ya era filósofo [1]; por lo cual ha parecido oportuno dar aquí una breve idea de las antiguas Congregaciones de la Compañía de Jesus en Barcelona.

Estaba ya establecida en el Colegio de Belen la Congregacion de la Santísima Vírgen, desde el año de 1577 siendo rector el P. José de Ayala. Fué la primera de la Coronilla de Aragon, en tierra firme; pues la de Mallorca comenzó antes que la de Barcelona, esto es, en 1570. Al principio sólo contaba ésta treinta y dos congregantes, á saber, diez y seis estudiantes teólogos y otros tan-

[1] Véase el Apéndice.

tos *artistas*, es decir, filósofos de los más hábiles y de mayor virtud; tomando el cargo de Prefecto de ella un Catedrático de Teología de la Universidad, y la proteccion el Rmo. Sr. Obispo. Estaba dividida en dos academias, teniendo respectivamente sus conclusiones muy lucidas los filósofos y los teólogos, haciendo discursos y lecciones, y ejercitándose en toda virtud. Esta fué la primera Congregacion de dicho Colegio, llamada de los Estudiantes. A ésta se añadió en 1595 la segunda, de los seglares, dividida en varias secciones de Caballeros, de Artesanos, etc.; y la tercera, que más tarde se instaló, llamada de los Clérigos, en la cual entraron algunos canónigos y varias dignidades eclesiásticas de Barcelona, de donde salieron grandes maestros de espíritu, dechados de honestidad y toda perfeccion. Solian ir á la cárcel por su turno dos de la Congregacion, principalmente de los caballeros, los que se señalaban el domingo: platicaban á los pobres la doctrina cristiana y asistian al repartimiento de la olla. Cada domingo iban seis ú ocho al Hospital de Santa Cruz, á lavar las manos y cortar las uñas y cabello á los enfermos, y despues les daban agua rosada, para que, pasándosela por el rostro, quedasen con buen olor. Fueron todas estas Congregaciones de muchísimo fruto y de no menor edificacion, y no raros los casos en que los Congregantes dieron altos ejemplos de virtud sólida y maciza [1].

En dos cosas principalmente ejercitaron al jóven Claver sus Directores, en la oracion y mortificacion: con estos ejercicios practicados con ahinco y perseverancia, se conservó puro y sin mancilla en los años de su mo-

[1] Ms. de la Provincia de Aragon.

cedad. Usaba, ya en este tiempo, de penitencias, ensayando su inocente cuerpo para los rigores que veremos en su apostolado: pero más le inculcaban la mortificacion interior y la guarda de los sentidos. Amante del retiro y lejos de toda amistad sospechosa, que son medios muy eficaces para conservar los estudiantes la limpieza del corazon; á medida que Pedro iba creciendo en virtud sentia inflamarse más en el deseo de ser perfecto.

Una de las cosas que sin duda hicieron mas mella en su alma y que habain de influir poderosamente en su vocacion á la Compañia fué la devocion á nuestro Padre y Patriarca S. Ignacio, que entonces no habia sido aún beatificado; devocion que S. Pedro Claver propagó con empeño y con filial amor en América.

Despertóse este movimiento religioso, en Cataluña, con el ejemplo de muy elevados dignatarios eclesiásticos, con la reverencia que despertaba la memoria del Fundador de la Compañia de Jesus en todos los Prelados de la Provincia eclesiástica Tarraconense, con las nuevas que de Roma venian sobre su santidad y con la fama de los muchos milagros por él obrados en aquellos tiempos. Con licencia del Ilmo. Sr. Obispo, otorgada á 22 de Enero de 1602, se puso en la Iglesia de Belen un gran retablo que el Prelado mandó se intitulara de la Santísima Trinidad. Representaba á Jesucristo con la cruz á la parte diestra, al Fundador de la Compañia de Jesus en la izquierda, en la parte superior al Eterno Padre, y arriba al Espíritu Santo en forma de paloma; y entre Dios Padre y Dios Hijo, otras imágenes de varones santos de la Compañia, todo muy hermoso y acabado. Delante de este retablo oraban los devotos de nuestro Instituto con especial complacencia; por lo cual allí acudiria el joven

Pedro con particular aficion, al sentir que Dios le llamaba á la espiritual milicia fundada por el heróico defensor del castillo de Pamplona.

La ocasion de este llamamiento parece que fué el nuevo espíritu que le infundió el Señor con las nuevas órdenes. Tenia edad suficiente, sobresalia entre sus compañeros por su ingenio y aplicacion, y al pedir las órdenes menores, recibió el Sr. Obispo tales informaciones de las letras y virtud de Pedro, que testificó se las conferia con mucho gusto *por hallarle más aventajado que los demas*, no sólo en ciencia, sino principalmente en piedad y religion. Era obispo don Alonso Coloma, hijo de los Condes de Elda, al cual debe muchísimo toda la Compañia, por lo que trabajó en los procesos jurídicos en órden á la Beatificacion de nuestro Santo Padre.

Mucho antes habia tenido impulsos de pedir la Compañia, pero siempre le arredró la alteza de tan divina vocacion y el conocimiento de su propia insuficiencia; pero ahora, no pudiéndose contener, se resolvió á poner por obra su deseo. Las primeras instancias fueron con Dios y con la Vírgen, redobló sus penitencias, aumentó sus ratos de oracion, hasta que le pareció que le habian otorgado en el cielo lo que tanto deseaba. Despues dió razon de todo á su confesor, descubriéndole con fidelidad y sencillez la fuerza con que la inspiracion divina le llamaba, y los motivos que le obligaban á seguirla, que eran hacerse muy santo y ganar muchas almas para Cristo. Aconsejóle el confesor que lo representase él mismo al P. Rector Antonio Clar, y al Rdo. P. Provincial, que era el P. Melchor de Valpedrosa, y como ya tenian tantas prendas de su virtud, vinieron gustosamente en admitirle. Con todo eso, hicieron nuevas experiencias,

las cuales mostraron que estaba firme en su propósito.

Entre tanto, dióse aviso á sus padres [1], y aquellos dos corazones verdaderamente cristianos, no acababan de dar gracias al Señor: escribieron á su amado Pedro una carta llena de bendiciones, en la cual le daban su beneplácito; ejemplo digno de memoria, para que aprendan los padres á no desviar á sus hijos de la vocacion divina y del camino de su felicidad, y á quererlos antes para Dios que para el mundo. Alegre con la respuesta, vino el santo mozo á nuestro Colegio, en el cual fué admitido más como huésped que como novicio. Aun permanece el aposento donde estuvo en la casa antigua de la calle de Xuclá, detrás del Colegio de Belen, en la que viven ahora las llamadas Monjas del Retiro: así se conserva por tradicion en aquella casa. Por esto todas querian vivir en aquel cuarto, convertido ahora en capilla, y se tenia por dichosa la que lo alcanzaba; venerando aquellas paredes santificadas con la presencia y tal vez con la sangre de tan gran siervo de Dios. Confirma esta tradicion la costumbre que habia de admitir en nuestras Casas los pretendientes de la Compañia antes de enviarles al Noviciado, para irlos desasiendo poco á poco del mundo, y amoldarlos más suavemente á la vida religiosa.

Con dicha licencia y el mandato de sus Superiores, no tardó Pedro en ponerse en camino para Tarragona donde estaba la Casa Noviciado de la Compañia. En ella hizo su entrada Pedro Claver el 7 de Agosto del año 1602.

---

[1] Pedro Claver y Minguella habia contraido matrimonio algunos años antes, con Juana Grenyó (Archivo parroquial de Verdú).

CAPÍTULO III

EMPIEZA SU NOVICIADO EN TARRAGONA Y VIRTUDES QUE EN ÉL EJERCITA

La Casa matriz de Tarragona, cuya Iglesia «de los Santos Reyes» se ha dignado confiar el actual Arzobispo, Excmo. é Ilmo. Dr. D. Benito Vilamitjana á los Padres de la Compañía de Jesús, debió antiguamente su asiento á dos ilustres prelados: al Arzobispo Cardenal D. Gaspar de Cervantes, su fundador, y á D. Juan Terés su obispo auxiliar, Arzobispo despues de aquella Iglesia metropolitana y Virey que fué tambien de Cataluña. Era éste natural de Verdú [1], como el jóven Claver, y devotísimo de la Compañía, pues habiendo estudiado en Valencia en nuestras aulas, nunca olvidó el cariñoso afecto con que en sus juveniles años habia sido tratado por sus maestros, y así tuvo singular complacencia en promover eficazmente cerca de la Santa Sede la Beatificacion de N. P. S. Ignacio. A tan buena sombra, y con el acierto y buena direccion dada desde un principio al Noviciado; florecía en él un vigor de espíritu acreditado con ejemplos memorables que se leen en la Historia manuscrita de la Provincia de Aragon, y estaba aquel Noviciado, cuando fué á él nuestro Claver, que parecia

[1] Véase el Apéndice.

un cielo. Habia crecido por sus pasos en fervor y número de sujetos desde Valencia, donde se entabló, hasta Gandía, y de Gandía á Zaragoza, y de Zaragoza finalmente á Tarragona, cabiéndole la dicha de tener aquí casi por fundamento á un Apóstol esclarecido, pues no habian pasado seis años desde su última traslacion á esta Ciudad.

Hacia tiempo que aguardaban los novicios al santo mancebo Claver, por la fama que ya corria de su virtud; y así fué grande el regocijo el dia de su entrada, ganándose muy presto la reverencia y los corazones de todos. Pero ¿quién podrá explicar los celestiales júbilos del suyo, si áun él mismo que los experimentaba, se embarazaba en explicarlos? No podia contenerlos en su pecho, y así apenas desprendido de los brazos de sus hermanos, en viéndose en la celda y á solas con su Dios, se arrojó para besar el suelo de tan suspirada habitacion, bien así como el que sale de los peligros de una tormenta se arroja en tierra y besa devotamente la playa que le recibe. «*¿Y será verdad, Señor mio*, exclamó, *que me habeis acogido en vuestra casa? ¡Con qué he llegado al colmo de mis deseos! ¿De dónde á mí que me hayais introducido en la antesala de la gloria? ¿Qué ha sido esto, mi Bien, qué ha sido sino grande misericordia vuestra, á que debe mi alma eternas alabanzas? No estoy en mí de gozo. ¡Oh si nunca me volviese á mí, sino siempre permaneciese en Vos por ardentísimo amor! ¿Cómo puedo ser agradecido á esta merced, sino viviendo únicamente de amaros? Dadme, Señor, que siempre os ame, para que siempre la agradezca. Pues dejo de ser mio por el nuevo estado, acabe hoy de vivir para mí; y pues empiezo á ser todo vuestro, viva en adelante para sólo Vos.*» Aquí derretido en lágrimas y con encendidos afectos llamaba á la Vírgen por intercesora, al

Angel de su guarda, á San Ignacio nuestro Padre y á todos los Santos de su devocion, para conseguir por el número de abogados lo que desconfiaba por merecimientos propios. Volvia los ojos á una y á otra parte de la celda, como no creyendo lo mismo que gozaba, y con ardientes ansias repetia: «*¡Oh amadas paredes! ¡con qué ya os miro y os toco y os poseo! ¡Oh dulce clausura donde alcanza el alma la verdadera libertad! ¿Es posible que ya te conseguí? ¿Es cierto que ya me tienes y te gozo? ¡Oh habitacion más estimada y gustosa para mí que los palacios de los reyes! ¡Oh felicísima morada donde ya gusta mi corazon un sabor de cielo que me arrebata! Hasta hoy no he vivido, pues no he vivido en tí; Dios mio, misericordia mia y toda mi confianza, asistidme con vuestra gracia, para que no pierdan mis culpas lo que me dió vuestra bondad.*»

La alegría de emprender la vida religiosa aviva en todos el fervor, y como la emprendió tan alegremente nuestro Pedro, fueron rapidísimos sus progresos en el camino de la perfeccion. ¿Y qué tropiezos habian de embarazar aquella alma siempre limpia, que no supo jamás de vicios ni pecados? ¿Cómo no habia de volar á lo que amaba aquel espíritu purísimo enamorado de su Dios? Desde el primer dia se halló tan hecho y ajustado á todas las observancias de la religion, como si el mismo espíritu con que San Ignacio escribió las reglas, las hubiese escrito en el alma de este santo mozo. Es voz comun de todos los que le conocieron novicio y despues en todas las edades, que jamás le vieron faltar á la regla más menuda. Dícese esto con más facilidad que se pondera, y en breves palabras se comprende el más dilatado elogio que se puede hacer de un varon santo. Más de cincuenta y dos años de profesion religiosa sin un des-

cuido de que pudiera asirse ni la curiosidad de unos, ni la delicadeza de otros, ni la atencion de todos los superiores, constancia es verdaderamente sobrehumana, y más en una vida tan probada en tantas ocasiones y peligros, en tantos riesgos y trabajos, y ejercitado en tantos y tan difíciles ministerios con los prójimos. Así comenzó desde el noviciado y así perseveró hasta el último aliento. En estos términos lo declara con juramento en los procesos el H. Nicolás Gonzalez, en cuanto á los veintidos años que vivió con él en Cartagena, sirviéndole de compañero: y el P. Gaspar Sobrino, varon de grandes letras y virtud, Provincial de la Compañía en el nuevo Reino de Granada, novicio con nuestro Santo en Tarragona, como le viese despues en Cartagena, á la sazon que visitaba aquel Colegio, dijo con notable admiracion: *Tan novicio está hoy el P. Claver en el modo, cómo cuando le conocí en el noviciado.* Los trabajos de la Religion loablemente sustentados desde la mocedad hasta las canas son una cierta preeminencia, que blandamente se introduce áun en los más avisados. Pero el humilde P. Claver desconoció en sí esa preeminencia de tal suerte, que ni los muchos años le despejaron el encogimiento de novicio, ni los méritos tan gloriosamente grangeados le sacaron en su estimacion de la esfera de principiante. Como novicio procedió siempre en el sencillo rendimiento á todos, y en la delicadeza en observar las reglas. ¿Quién pudo sin lágrimas de consuelo y de veneracion mirar en el P. Claver los muchos años adornados de la primera sencillez, y las canas venerables hermoseadas con aquella vergüenza virginal, y los sudores de apóstol con aquella sujecion, modestia y compostura de novicio? No hay alabanza que así realce

las virtudes de Claver, como haber durado tan enteras en su dichosa y larga vida. El firme asiento que habian hecho en el alma del P. Claver, se veia desde el noviciado, donde resplandecia entre los demás como el lucero entre las estrellas. Ardiente en la oracion, pronto en la obediencia, alegre en los empleos de humildad, gustoso en el trabajo, riguroso consigo, apacible con los demás, abstinente en la mesa, compuesto en las recreaciones, en todo procediendo con intencion purísima, con la cual hacia bueno lo indiferente y subia de punto lo mejor. Era amado de todos con cariño, porque era el alivio de todos en cuanto podia. Sus empleos se reducian á orar, obedecer y servir á sus hermanos, si bien obedeciendo y sirviendo siempre oraba: en el Superior miraba á Dios para obedecerle, y en sus hermanos á Cristo para servirles con mayor fervor y devocion.

Comunicábase abundantemente Su Majestad con aquella alma purísima, ocupada toda con su amor; y para no olvidar las enseñanzas interiores que le daba, íbalas apuntando en un librito que le acompañó toda la vida. Entre otros apuntamientos se lee lo siguiente:

«*Cuatro documentos que ha de guardar un novicio de la* »*Compañía.*

»*El primero, buscar á Dios, y procurar hallarle en todas* »*las cosas.*

»*El segundo, que emplee todas sus fuerzas en alcanzar de* »*sí perfecta obediencia interior y exterior, sujetando su jui-* »*cio y voluntad á sus superiores, como á la misma persona* »*de Cristo Nuestro Señor.*

»*El tercero, que todo lo que hiciere lo enderece á la mayor* »*gloria de Dios.*

»*El cuarto, finalmente, que no busque en este mundo, sino*

»lo que buscó Cristo Nuestro Señor de manera, que como Él »vino al mundo para salvar las almas, y morir por ellas en »la Cruz; asi èl procure ganarlas para Cristo, y ofrecerse á »cualquier trabajo y muerte por ellas con alegría; recibiendo »cualquier afrenta que se le hiciere por amor de Nuestro »Señor con contento y regocijo de corazon, y deseando que se »le hagan muchas, con tal que él no dé causa de su parte »para ello, ni ocasion en que Dios sea ofendido.»

A tan heróica perfeccion como esta le guiaba Dios desde el noviciado; y como le daba clara luz de la alteza de su vocacion, desde novicio aspiró á ella y lo consiguió, si no en la ejecucion por falta de ocasiones, en los deseos vivísimos de padecer grandes trabajos por la salvacion de las almas. Entre las pruebas con que la Compañía ejercita á sus novicios es la peregrinacion á devotos santuarios, á donde van de dos en dos, buscando el sustento de limosna y alojándose en los hospitales. Déjales ir solos porque los quiere sin violencia; hace de ellos esas experiencias para conocer lo que son fiados de sí mismos, y lo que podrán sufrir en las misiones y ministerios de su profesion. Como no se crian para vivir siempre retirados, mal podrian en el retiro hacerse cabalmente los experimentos de aquella virtud apostólica que pide su Instituto. Si con la salida se menoscaba por ventura el fervor del espíritu, repárase luego con los ejercicios del noviciado, que dura un año más que en otras sagradas Religiones. Son estas romerías de grande utilidad y consuelo, si se hacen como deben. En ellas grangeó N. P. San Ignacio inestimables tesoros para su alma, cuando en el noviciado de su perfeccion, peregrinó á Jerusalen. Los pasos del Padre, ordenó la Compañía que siguiesen los hijos, como destinados á un mismo fin

de la salvacion de las almas. Cúpole á nuestro Pedro la peregrinacion á Monserrate, deseada de todos los novicios por las misericordias que allí franquea la Soberana Vírgen. Comulgó en compañía de otros peregrinos con extraordinaria devocion, la mañana que se habia de emprender el viaje, resignado para tomar el que le señalase la obediencia. Recibió despues el compañero y la órden para ir á Monserrate, armado ya de los aderezos de su romería; caña por bordon, alforjas al lado colgadas del hombro con un orillo, para depósito de las limosnas; y en este traje partió se luego conla bendicion dè su Superior. El cansancio del caminar ni le dispensó de las ordinarias penitencias, ni le desconcertó un punto los ejercicios santos de oracion, exámenes y otras devociónes: para todo hallaba en el viaje la misma oportunidad que en el retiro. Daba á Dios las más horas que podia, y lo que sobraba de ellas no lo desperdiciaba derramándose en conversaciones inútiles, antes la meditacion daba materia para hablar, y lo que se hablaba para volver más encendido á la meditacion. Cuando entraban en los lugares y aldeas, íbanse á la iglesia á buscar el primer descanso en su Dios Sacramentado, y recibíanle todos los dias que dispone la regla y los demás que el Superior les habia concedido.

Pedian despues limosna con las alternaciones que experimenta quien mendiga, ya limitada, ya abundante: alegrábase cuando era limitada nuestro peregrino, porque así probaba los efectos de la santa pobreza; con la abundante se regocijaba su caridad, porque tenia que repartir con otros pobres, ó en el camino, ó en el hospital, donde con indecible júbilo se albergaba en compañía de los enfermos y mendigos. Si llegaban á tiempo, (y su celo

lo procuraba siempre) de recoger los niños; en devota procesion iba con ellos cantando por todo el lugar las oraciones, á cuyo reclamo se llegaban los de mayor edad, y por ventura más necesitados. Reunidos en la plaza, enseñaba uno la Doctrina Cristiana, y despues contaba otro algun ejemplo para todos. Cuando le tocaba á nuestro Pedro enseñar el Catecismo, como ardia en su pecho el fuego del Espíritu Santo, saltaban de él frecuentes centellas y vivos desengaños, para instruccion de los mayores que escuchaban. Cuando le cabia el ejemplo, los abrasaba á todos en amor de Dios y dolor de los pecados. Así se iban acercando al término de su peregrinacion y de sus deseos, con mucha edificacion de todos los lugares por donde pasaban, enamorada la gente de tanta modestia y caridad. Cuando ya tuvieron á la vista aquella montaña, maravilla de la naturaleza y trono de la Reina del cielo para favorecer á quien la adora, saludáronla con entrañable devocion. Cogieron la subida por aquel laberinto de sendas y veredas que, ya hundidas ó empinadas, ya revueltas por las fragosidades del monte, parece que desvian al peregrino, y con sabroso engaño le conducen á donde desea. La frescura del sitio, la amenidad de las flores, la fragancia de las yerbas olorosas y el canto de las aves divierten la fatiga y hacen olvidar lo áspero de la cuesta. Pero el P. Claver no quiso esparcir su alma en estos objetos apacibles, porque la guardaba toda para su Dueño; y así tanto más logró aparejarse para recibir mercedes, cuanto más se habia mortificado y negado fervorosamente á los divertimientos de los sentidos. A vista de aquella Imágen Soberana, que con su hermosura y antigüedad ostenta cierta majestad agradable, é infunde profunda veneracion y amor al Original que representa,

¿quién podrá decir lo que sintió en su corazon? ¿qué afectos? ¿qué ternezas y regalos con aquella Reina y Madre suya, á quien amaba tan dulcemente desde que le rayó la luz de la razon? ¿Cómo le herviria el alma y qué le diria á su Señora aquel pecho enamorado? Dos dias ó tres se detuvieron en aquel santuario, á costa de la caridad con que agasajan, especialmente á los religiosos, los observantísimos monjes del Patriarca San Benito. En ellos cumplieron con las obligaciones de su romería, confesaron y recibieron la sagrada Eucaristia, oyeron la instruccion que les hizo un monje, visitaron las ermitas y emplearon lo restante del tiempo delante de la Vírgen. Aquí el P. Claver, acordándose de lo que esta Señora favoreció á San Ignacio N. P., esforzaba su esperanza para merecer como hijo suyo iguales beneficios, y rogaba al Santo que abogase por él con la eficacia con que abogó por sí. No cesaba en estas instancias ya con la Santísima Vírgen ya con San Ignacio; y aunque ignoramos los favores que le hizo aquí la Reina de los ángeles, porque los ocultó en su corazon humilde, pero sabemos que el efecto de ellos le duró toda la vida, y en su venerable ancianidad derramaba dulcísimas lágrimas cuando recordaba las delicias en que se bañó su alma ante la Vírgen de Monserrate. Sólo la necesidad de la obediencia pudo arrancarle de aquel sitio, y cuanto la subida tuvo de placentera, tuvo de triste la bajada por el sentimiento de dejar á su Madre. El órden que se llevó á la ida, gobernó la vuelta hasta restituirse los romeros al noviciado, para proseguirlo con los nuevos fervores que traian de su devota peregrinacion [1].

[1] Véase el Apéndice.

CAPÍTULO IV

HACE LOS VOTOS DE LA RELIGION: SUS PRIMEROS ESTUDIOS EN GERONA, DE DONDE PASA Á MALLORCA Á OIR FILOSOFÍA

CUANDO faltaban al P. Claver los ocho dias últimos de noviciado, le ordenó el Superior que entrase en ejercicios para disponerse á los votos que habia de ofrecer á Dios el dia 8 de Agosto. Dió principio á este recogimiento el 31 de Julio, dia consagrado al felicísimo tránsito de nuestro P. San Ignacio, cuyo espíritu queria entrañar en su corazon. No sin particular providencia fué recibido en la Compañía durante la octava del Santo, y por su intercesion logró los favores de Monserrate, y en el dia de su fiesta comienza á disponerse para el holocausto de sí mismo, porque Dios le destinaba igualmente á propagar su gloria en las Indias Occidentales, y para hacer guerra sin tregua al infierno. Las piadosas meditaciones que le inspiró el Señor para estos dias, conservó siempre en su librito, para que nunca se borrasen de su corazon.

«*Consideraré*, dice, *lo qué he de ofrecer á Dios, que son los cuatro votos, Obediencia, Castidad, y Pobreza, y entrar en la Compañía; esto es, tomar el grado que nuestro P. General me quisiere dar.*

»*Consideraré que por la Obediencia consagro á Dios mi alma con sus potencias y afectos; por la Castidad, el cuerpo con todos sus miembros y sentidos; y por la Pobreza, todos los bienes de fortuna, así riquezas, como honra y estima.*

»*Consideraré, asimismo, la obligacion grande que tiene el que una vez ha hecho esta consagracion de sí mismo á Dios. Primeramente, que ya no le es lícito profanarse, como ni es lícito usar de los vasos ya consagrados á Dios, en usos profanos. Tambien, el castigo que usó Dios contra Antíoco, que se atrevió á tomar los vasos consagrados del templo. Y que hasta la muerte me he de consagrar al servicio de Dios, haciendo cuenta, que soy como un esclavo, que todo su empleo ha de ser en servicio de su amo, y en procurar con toda mi alma, cuerpo y mente agradarle y darle gusto en todo y por todo.*»

Sencillas son las palabras, pero vivificadas de celestial espíritu. No estriba su fuerza en lo mucho que ofrece, sino en la perfeccion con que ha de cumplirlo; ni pasó su virtud en piadosos deseos y devotas aspiraciones, sino que lo alcanzó con ejercicios fuertes, y con el favor de la divina gracia. Estuvo siempre tan rendido á la obediencia, que si tuvo primeros movimientos contra ella ó de voluntad ó de juicio, nunca se le conoció la más leve demostracion. Tan limpio y tan negado estaba á lo que lícitamente deleita los sentidos, por conservar la puridad angélica, que sólo usó de ellos para martirizarlos. Tan pobre de corazon, que nada de este mundo se le pegó sino los pobres y los esclavos, para serlo voluntariamente de todos y en todas las cosas. Con estos sentimientos se presentó al altar del sacrificio como víctima perpétua, ofrecida á Dios por el cuchillo de la santa obediencia. Hizo sus votos en manos del Superior, con tan copiosas lágrimas de consuelo, que la avenida de ellas le embarazaba las palabras. En habiéndose entregado á Dios, le recibió Sacramentado en su pecho, dándole entera posesion de lo que enteramente le entregaba. Pre-

mióle su Majestad y aceptó la generosa entrega, abrasándole más y más en deseos de hacer y padecer grandes trabajos por la salvacion de las almas.

Como es solemne costumbre en la Compañía no permitir á los novicios en dos años más estudio que el de la propia perfeccion, así es mucha la puntualidad de enviarlos luego, en concluyendo el noviciado, al Seminario ó Colegio de letras humanas, donde se adelanten en ellas para poderlas enseñar. Con el P. Claver no se guardó ese estilo, porque no careciese el noviciado de su ejemplo. Dos meses le detuvo en él su Maestro, hechos ya los votos, á pesar de la pobreza de la casa, y ser muchos los que en ella moraban; sin otro motivo que el de amarle tiernamente por su virtud, y juzgarle importante para promoverla en los demás novicios. No se le hizo violenta la detencion con el apetito de estudiar, muy vivo en otros con la privacion de dos años; porque no apetecia sino la voluntad de Dios, declarada por la obediencia. Miró el Santo mancebo aquella detencion como un nuevo plazo que le daban para reformarse, por haber aprovechado poco; y así trabajó con grande ahinco aquellos dos meses, como quien los habia menester para su enmienda.

Al fin hubo de dejar el Noviciado y trocarle por el Seminario de Letras humanas, que estaba entonces en Gerona, con gran sentimiento de los que perdian aquel dechado de perfeccion, con cuyo ejemplo andaban todos fervorosísimos[1]. Un año que estuvo en Gerona, perfeccionóse en la lengua latina, aprendió la griega, y estudió retórica, todo muy aventajadamente, escribiendo y reci-

[1] Véase el Apéndice.

tando oraciones en entrambas lenguas con los adornos de una elocuencia varonil; y escribia con lindo aire los caracteres griegos, como se ve en papeles suyos. Descansaba el Maestro gran parte de su trabajo en el Padre Claver, fiándole la enseñanza de algunos discípulos; porque salió tan consumado en las buenas letras, que las podia enseñar, si se hubiese quedado en Europa, en las cátedras de mayor estimacion que corren á cuenta de la Compañía. Gran parte de su aprovechamiento debió al ingenio, que era bueno; pero más debió á la aplicacion y cuidado: porque como el estudiar era obedecer, no perdia punto de su tarea, y la falta leve en el estudio, le fuera escrúpulo grave en la obediencia. Aunque tomó el estudio tan de veras, no se le descompuso el corazon, ni se apartó de aquella severa disciplina con que anheló siempre á la más alta santidad. Estudiaba puramente por Dios, sin cebarse en la golosina de saber, porque nunca quiso otra ciencia que la de amar á Dios y de aquello que entendia ser voluntad divina que aprendiese. En Dios empezaba su estudio, dirigiéndolo á su mayor gloria; con Dios lo proseguia, consultándole y pidiéndole luz en las dificultades; y en Dios le daba fin, suplicándole que fuese Su Majestad el único fin de sus trabajos. Tan igual y resignada su alma para las fatigas del estudio, como para despreciar y olvidar todo lo estudiado, si fuera gusto de Nuestro Señor.

Tres años tenia de religion con grandes acrecentamientos de virtudes, cuando en el de 1605 le llegó el tiempo de oir la Filosofía, que aquel año habia de empezarse en el Colegio de Mallorca [1]. Salió del puerto

[1] Véase el Apéndice.

de Barcelona con los HH. Antonio Palau, Gabriel Alegre y Juan Humanes. Iba el primero para oir casos de conciencia, y los demás artes ó filosofía en la cátedra del P. Blas Vayllo que la enseñaba con grande aceptacion. No es largo el mar que se atraviesa, pero entonces lleno de peligros, porque hervia de corsarios. Nada puso miedo á aquel corazon deseoso de padecer y resuelto á morir obedeciendo. Y cuando le fuera penoso el navegar, fuera mayor su consuelo con la esperanza de verse en los brazos del santo Hermano Alonso Rodriguez, que moraba entonces en el Colegio de Mallorca, y cuya fama y extraordinaria santidad ya llenaban el mundo. Varon verdaderamente grande y de elevadas ilustraciones, de estado humilde, de corazon purísimo en que hizo asiento la Sabiduría del cielo. Alegróse el Padre Claver cuanto se puede imaginar de la ocasion que le ofrecia Dios de adelantarse en toda perfeccion con su doctrina y ejemplo, y dióle afectuosamente las gracias por aquel beneficio, reconociéndolo como efecto amoroso de su providencia. Vencido el golfo con feliz navegacion, llegaron á Mallorca el dia 11 de Noviembre, y dada la obediencia al Superior, se fué luego el P. Claver en busca del Hermano Alonso, deseando ver á quien amaba antes de conocer. Arrojóse á los piés del santo Hermano para besárselos, y lo hiciera sin duda, á no estorbárselo la humildad de Alonso. El fin de semejante contienda fué abrazarse y juntarse aquellos corazones que mudamente se hablaron y entendieron. Fué el gozo recíproco: en el Hermano Alonso de ver la pureza de un mozo tan bien dispuesto para subir á la más alta perfeccion; y en el P. Claver de haber encontrado un Santo anciano y experimentado Maestro de quien aprenderla con seguridad.

CAPÍTULO V

CÓMO EL SEÑOR PREVINO AL H. ALONSO RODRIGUEZ PARA MAESTRO ESPIRITUAL DEL P. CLAVER

Entre la muchedumbre de doctores y maestros de espíritu que tuvo la Compañía de Jesus en su primera centuria, bien podemos contar al humildísimo portero del Colegio de Montesion, el H. Alonso Rodriguez. Esta gloria le faltaba á nuestra mínima Compañía, la de hermanar estado de Coadjutor temporal, con sabiduría de Profeso, simplicidad de lego con discrecion de confesor, ejercicio de portero con ciencia de ascético y teólogo; y esta gloria la reservó el Señor para el que habia de formar en espíritu á nuestro P. Claver. Pues antes de hablar de aquellas íntimas comunicaciones entre el discípulo y el maestro, necesario parece averiguar el caudal que tenia el buen Hermano para educar el corazon de nuestro grande apóstol, cuando llegó á su escuela en 1605. Quien desee ver cumplidamente y en sus efectos el gran magisterio del H. Alonso, examine y ahonde en las dos muestras que nos ha dejado, una en sus Obras Espirituales, que gozan ya de la pública luz [1], y otra más

[1] Obras Espirituales del Beato Alonso Rodriguez, coadjutor temporal de la Compañía de Jesus, ordenadas y publicadas por el P. Jaime Nonell, de la misma Compañía. Tres tomos en 8.º mayor.—Barcelona. Imprenta de Francisco Rosal. Calle del Hospital, 115.—1885.

viva en su discípulo Claver, porque ambas á dos nos dan la verdadera medida de su espíritu y eminente sabiduría. Mas fijémonos en el Santo, á la sazon que Dios le encargó el alma del que tenia predestinado para las altas empresas de la India.

Para este magisterio, no sólo tenía edad conveniente, pues contaba ya 75 años, y era de claro entendimiento y carácter suavísimo, sino que le preparó el Señor con muchos trabajos y una vida azarosísima, que es la mejor escuela de virtud. ¿Quién dirá los golpes y reveses con que le labró el cielo para maestro de paciencia? Desde Segovia, donde nació, fué á estudiar á Alcalá de Henares; de Alcalá, con ocasion de la muerte de su padre, hubo de volverse á Segovia; aquí, por quererlo su madre, contrajo matrimonio y siguió el comercio de paños, mientras sus hermanos seguian en Alcalá. Mas, le sobrevinieron mil tribulaciones, muchas averías, pérdidas de intereses, la muerte de su esposa, la de todos sus hijos, menos uno pequeñito, que despues tambien murió. Así le desnudó el cielo de los bienes temporales, y le desprendió de los lazos de la tierra para que volase á la Compañía de Jesus. Fué á pié desde Segovia á Valencia, venció mil obstáculos, y pasados seis meses en la Probacion de Gandia, le enviaron al Colegio de Palma, donde al principio tuvo por cargo ayudar á la fábrica de la iglesia, luego cuidar de algunas oficinas y servir á los Padres de compañero, despues hizo de portero y sacristan segundo, hasta que por último le fijó el Señor en aquella portería tan famosa en nuestras historias. Aquí le encontró el P. Claver, bien curtido por cierto con todo linaje de adversidades y contratiempos. Treinta y cinco años llevaba en Palma de Mallorca, y aquel venera-

ble anciano buscaba un alma donde depositar los dones que Dios en la suya iba atesorando. Tantas riquezas é ilustraciones celestiales no las adquirió en las aulas, pues cursó poco tiempo en Alcalá, sino que le vinieron de arriba, del Padre de las luces, en la oracion y trato continuo con su Majestad, en la meditacion atenta de las verdades de la fe y en la dolorosa contemplacion de Cristo crucificado. Ni le faltaron por esto sermones y pláticas, y la lectura de libros piadosos, como el Cartujano, Blosio, San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, el B. Orozco; ni mucho menos el conocimiento de hombres santos, cosa que contribuye poderosamente á la perfeccion del magisterio. Porque ya antes que entrase en la Compañía trató con los Padres de ella, que, dando misiones en Segovia, se alojaban en su casa; en Alcalá gozó de la comunicacion divina de aquel espiritualísimo varon el P. Villanueva, á cuya tutela lo habia encomendado su padre: allí mismo vió al P. Martinez de conocida santidad, con quien hizo su confesion general. En Valencia trató íntimamente con el P. Luis de Santander y se aprovechó de la prudencia del P. Antonio Cordeses, Provincial entonces y uno de los hombres de más reputacion en aquel tiempo. Y ¡cuánto medraria su espíritu con el roce de tantos hermanos que con él moraban en el colegio de Montesion en el espacio de 35 años, y con el gobierno de superiores tan santos y discretos como los Padres Bartolomé Coc, Matias Borrasa, Juan Rico y Gabriel Alvarez!

Pero lo que más le habilitó para maestro del Padre Claver, fué haber andado él mismo el camino que habia de enseñar, y sido muy probado y ejercitado en todos los pasos de la vida espiritual. Desde que la em-

prendió en Segovia hasta este tiempo, bien se puede asegurar que lo habia probado todo y ejercitádose en todo. Siete años contínuos habia sufrido los asaltos más vehementes contra la castidad, pero con lucha tan recia y porfiada, que de pocos se lee haber peleado tanto tiempo como él, y tan á brazo partido contra todos los poderes infernales. Mas, gracias á Jesus y á su Santísima Madre que varias veces se le aparecieron y confortaron, vivia con gran determinacion de morir por la limpieza, ántes deseando y queriendo sufrir sin pecado todas las penas del infierno, que ofender á su Señor, ni aun siquiera venialmente. En la obediencia habia llegado á su cumbre, no sin antes pelear, hasta haber avasallado la voluntad y juicio propio, sus mortales enemigos, procediendo en ella, no tanto por via de fe creyendo que lo que le mandaba el Superior era mandamiento y ordenanza de Dios, como por via de ilustracion clara, á manera de los ángeles en el cielo, viendo en todo y á todas horas á Dios que le mandaba, y desapareciendo á sus ojos el hombre su ministro. En materia de mortificacion habia crecido tanto desde Segovia, donde comenzó su vida austera y penitente, que se habia propuesto por modelo á Cristo crucificado, y le imitaba en la crucifixion perfecta de todos sus apetitos y deseos. Léanse sus escritos maravillosos, y toda su doctrina se verá que se resume en el negamiento de sí mismo, en la muerte del *bien me quiero*, y en contrariar todas las inclinaciones naturales, lo cual él practicaba sin más motivo que entender que lo eran y que le impedian el señorío del amor de Dios.

En éste era tan extremado, como era constante la vigilancia sobre su propio corazon, y absoluto el despego de todo lo criado, y no interrumpido el trabajo de

cumplir menudísimamente las industrias para saber meditar por el método trillado de los santos Ejercicios. Así llegó el Santo á la union más íntima con Dios, diciendo que no queria otra vida y otro sér, sino el sér y vida de su Amado, y que perdiera mil veces la vida propia, si tantas tuviese, por darle gusto; y que si Dios le descubriese ser su voluntad que se fuese á arder en los infiernos, al punto lo cumpliria con sumo gozo por dar contento á su Señor; y que estando en él no sentiria las penas, porque la satisfaccion de saber que esa era la voluntad de su Amado seria tan grande que lo más apagaria lo menos. No es nuestro objeto descubrir aquí todas sus virtudes admirables, sino solamente bosquejar el original de donde salió la copia del P. Claver. Ciertamente, quien más ahondare en el espíritu del maestro, más cabal idea se formará del discípulo; porque hay tal comunicacion y semejanza entre los dos, como entre el hijo y el padre, como entre el rayo y el sol que lo produce. Pero no conviene pasar en silencio dos virtudes del H. Alonso que veremos agrandarse en el Apóstol de Cartagena, formando su fisonomía particular: la humildad y el celo de las almas. Aquella se encendia y atizaba en el horno del propio conocimiento, de donde nacia el odio santo de sí mismo, hasta llegar á decir que una de las grandes penitencias que tenia secretas era, que habiéndole Dios metido en el propio conocimiento, se veia hediondo, malo y abominable, y *como tal me aborrezco*, añade, *que no me querria ver ni oir de puro odio y aborrecimiento que me tengo. Y si pudiera huir de mi carne, enemigo tan malo, y ausentarme de ella en tierras muy lejanas, lo haria por no verla ni saber de ella, y esto seria para mí de grande consuelo.* El celo era tan ardentísimo,

que sentia vivos y continuos deseos de padecer, si posible fuera, las penas mismas del infierno, porque ninguna alma se condenase. Pedia constantemente al Señor que esos deseos se acrecentasen en su pecho infinitamente, y hacia mucha oracion y grandes penitencias para que fructificase la semilla de la palabra divina sembrada por los predicadores, consiguiendo por este medio conversiones sin número. Se abrasaba tanto en este celo, que mereció la aureola del Apostolado, y el galardon como si hubiera convertido todo el mundo, y que el Señor le diera por discípulo en quien encender esa llama un hombre de corazon grande y muy aparejado á recibirla.

Muchos habia encontrado en su largo magisterio, por manera que con la eficacia de sus palabras envió innumerables discípulos suyos á todas las Religiones; y con verdad se puede decir, que en tantos años que fué portero, ninguno entró en la Compañía en el Colegio de Palma que no lo consultase con él, ó no se moviese á tales deseos encendido con sus pláticas (Colin. Lib. I, cap. XXIII). Buen testimonio de su caudal en levantar almas á la perfeccion fueron los Hermanos Francisco Morey y Diego Ruiz, muertos en olor de santidad; mas estos fueron ensayos, ni pudo comunicarles sino una partecita de su espíritu: cuando arribó á aquellas playas nuestro Claver, en su formacion lucieron y campearon todas las dotes de excelentísimo maestro.

Tal era el Hermano Alonso: hombre enriquecido por Dios con todos los dones que pedia tal cargo: ingenio excelente, avanzada edad, ciencia enseñada por Dios, vida muy trabajada, trato y conocimiento de muchos varones santos, experiencia propia de todos los caminos

de la perfeccion, lumbres y visitaciones del cielo, grandes batallas, celo abrasadísimo de la salvacion de los prójimos, largo magisterio, y sobre todo deseos muy encendidos de comunicar y vaciar todo su espíritu en una alma como la suya.

CAPÍTULO VI

COMUNICA FAMILIARMENTE CON EL SANTO H. ALONSO RODRIGUEZ: ALGUNOS DOCUMENTOS QUE RECIBIÓ DE ÉL.

Trató luego el P. Claver de aprovecharse de las enseñanzas del H. Alonso, porque no le quedase el dolor de haber perdido la ocasion inestimable de hacerse santo. Asentó pues en su escuela, sacando licencia general del Superior para emplear todos los dias tiempo fijo en oirle lecciones del cielo. Admitióle el bienaventurado Hermano no ya como á discípulo á quien enseñarlas, sino como á un íntimo y entrañable amigo con quien poder conferirlas. Entendió ser esta la voluntad de Dios, que habia traido al P. Claver á Mallorca para que ambos tuviesen el consuelo de conocerse y comunicar sus almas, unidas con estrecho lazo de caridad desde que se vieron la primera vez. ¡Oh venturoso encuentro de dos corazones alentados á la mayor virtud! ¡Oh amistad dulcísima de dos espíritus unidos en el Sumo Bien! En Dios se hallaron el uno al otro, porque entrambos estaban en Dios, y aunque á tiempos se ausentaban, no por esto se desviaban del centro de sus aspiraciones. Señalaron hora de hablarse cada dia, que no embarazase sus empleos. Era puntualísimo el P. Claver, como quien conocia lo mucho que ganaba su espíritu: y así andaba

de una en otra escuela, atendiendo con igual cuidado á la filosofía y al estudio de su propia perfeccion. Hizo en ella extraordinarios progresos con sólo imitar los santísimos ejemplos que veia en su maestro y seguir sus enseñanzas divinas. No sabia separarse de su lado, mirándole con el mismo amor y reverencia con que pudiera hacerlo un hijo con su padre. «*¡Ay Alonso mio!* le preguntaba á menudo, *¿cómo podré llegar á amar de veras á mi Señor Jesucristo? Enseñádmelo Vos. ¿Qué es lo que debo hacer para agradarle? El me da unos deseos vehementísimos de ser suyo sin reserva, y yo no sé cómo hacerlo.*» Al eco de estas voces enternecido el santo anciano, le estrechaba amorosamente en su seno, y le descubria todos los tesoros de su alma, para que con ellos se enriqueciese. Por estos pasos, si mucho se adelantó en la filosofía, pero más sin comparacion en el espíritu, porque para las letras previnole el Señor de buen ingenio y de maestros doctos; para la santidad, de fervoroso corazon y de doctísimo maestro, instruido del cielo y del Espíritu Santo, que hablaba en él para enseñarle. Sus palabras eran saetas de fuego que traspasando el corazon de Claver, encendian en él llamas de amor divino; mas para no fiarlas de sola la memoria, y con el fin de mantener siempre viva tan preciosa llama, ó de avivarla, si tal vez llegaba á amortiguarse, corria el fervoroso jóven á trasladarlas todas en un cuaderno que mientras vivió tuvo siempre consigo, aunque á veces el mismo santo Hermano se las daba escritas de su puño. Comunicóle las mayores delicadezas de perfeccion en todas las virtudes, porque hallaba disposicion en él para lo más perfecto, y porque conocia que era gusto de Dios que vertiese en el alma de Claver las grandezas que habia depositado en la su-

ya. Enseñóle un dia los primores de la virtud de la humildad reducidos á cinco puntos, y pidiéndoselos despues, porque no los pudo escribir cuando se los oyó; para que más los estimase, refiere él mismo que le dijo: *Hermano, estos cinco puntos creo que los reveló Dios á un religioso;* y volvió á repetir: *Estos cinco puntos han venido del cielo.* Así le abria el H. Alonso las riquezas de su corazon, y el discípulo escuchaba sus instrucciones, con que aprendia lo que habia de obrar; y miraba y remiraba sus ejemplos, con que aprendia el modo de ejercitarlo, hasta sacar en sí una cabal copia de su santo maestro. Al paso que crecia la semejanza, se aumentaba el amor en ambos, y cuanto el discípulo amaba más á su maestro, más se esforzaba en imitarle; y cuanto Alonso amaba más á su Claver, más le ayudaba con oraciones ardientes y documentos santos. Pondremos aquí con sus mismas palabras los que se han podido recoger, principalmente de un manuscrito que el mismo P. Claver dió á un religioso compañero suyo de muchos años, doctrina verdaderamente celestial, como dada de un santo á otro santo, y dignísima de que siempre se lea y se venere:

«La salud y perfeccion de la ánima del hombre está en hacer la voluntad de Dios Nuestro Señor, á la cual debo siempre en todos los momentos de la vida mirar en todas las cosas, para ejecutarlas con gran diligencia, y cuanto más de ella cumplirá, tanto tendrá de perfeccion.»

«Para hacer la voluntad de Dios es necesario, que el hombre en todas las cosas menosprecie hacer su voluntad: porque cuanto más muriere á sí, tanto más vivirá á Dios; y cuanto más se purgare de el amor suyo, y amor propio, tanto más abundará en el de Dios. Y pa-

ra cumplir la voluntad de Dios, es menester que el hombre le ame; porque la medida del amor, será el cumplimiento de la voluntad de Dios.»

«Para amar á Dios, es menester que el hombre primero aparte su voluntad, y la limpie de todo amor, y aficion terrenal y carnal; que no ame sino á Dios, y si alguna otra cosa amare, sea por Dios y no de otra manera.»

«Lo que es de más alta perfeccion es que todos sus pensamientos, palabras y obras enderece solamente á honra y gloria de Dios. Ha de trabajar con sumo deseo que su voluntad sea en todo conforme á la de Dios, y esté tan conjunta de El, que no quiera no sólo el mal, mas ni el bien, que Dios no quiera; y en cualquiera cosa que le acaezca adversa en cosas temporales ó espirituales, ha de procurar no se turbe la paz de su alma, queriendo lo que Dios quiere y le da y envia de su mano.»

«Para querer lo que Dios quiere, es menester negar la propia voluntad con gran constancia; porque el que la niega hace la voluntad de Dios, y ejecuta lo que á El sumamente agrada, y tiene al Criador consigo.»

«No está la perfeccion del Religioso en tener el cuerpo cerrado de paredes, sino en tener el alma acompañada de virtudes.»

«Para bien ganar, ha de callar cuando le injuriaren, y reprendieren, y maltrataren, ora sea sin culpa ó con ella, no volviendo por sí; y cuando porfiaren con él, déjese vencer callando.»

«Si quiere bien ganar, guarde la lengua; no pierda por hablar, lo que ganó por callar, porque esto guarda en el alma grandes bienes. Vele, pues, como en todas sus

palabras haya quietud y paz, verdad y edificacion de el prójimo; y brevedad, pocas palabras, y de mucha sustancia, y de cosas de Dios.»

«Si quiere ganar mucho y bien hablar, hable de Dios siempre y con Dios, viviendo con El á solas humildemente.»

«Nunca proponga de presente á nada de todo cuanto le mandare la obediencia, ú otra cualquiera persona que no sea superior, sujetándose á toda criatura por Dios, sino á todo decir de sí, aceptándolo todo, haciendo lo que pudiere con gran paz. Y si no lo hiciere, siendo preguntado, responderá, *no he podido;* porque todo lo demás no sale bien; y guárdese despues con gran silencio, no respondiendo nada, nada, nada á lo que le dijeren; y él calle, calle, calle, y no responda ni una letra: porque aquí está escondida gran perfeccion, y santidad, y aprovechamiento: porque esto es vencerse el hombre á sí mismo, no volviendo por sí, por amor de Dios, aceptándolo todo, como no sea contra Dios ni contra la obediencia [1].»

«Ahondar en el propio conocimiento, que es firme cimiento; quien se conoce se desprecia; y quien no se conoce se envanece.»

«Hablar poco con los hombres, y mucho con Dios.»

«Quien sabe buscar el rincon, hallará la devocion.»

«El buen Religioso ha de ser, como Melchisedech, sin padre, ni madre, ni genealogía de deudos y parientes; porque no los ha de tratar más que si no los tuviera.»

---

[1] Aquí terminan los documentos textuales; los siguientes se hallan en la edicion de Madrid, y aunque las ideas son del santo H. Alonso, no lo parecen el estilo y las palabras.

«No ha de haber en el mundo más que Dios, y vos: porque El solo le ha de ser todas las cosas.»

«Mire á Dios en todos los hombres, y sírvalos como imágenes suyas.»

«Ore á Dios por los que le ofendieron, y hágales mayores bienes, que le hicieron males.»

«Dé las primicias de el dia á Nuestro Señor, ofreciéndole su corazon, y todas las obras de aquel dia.»

«Ofrezca sus obras á Dios al principio, al medio y al fin: al principio enderezando la intencion á su mayor gloria y servicio; al medio juntándolas con las de Jesucristo, para que sean de valor, y aceptas á su Majestad; al fin ofreciéndolas por su alma, y las de sus prójimos.»

«Tenga á Dios presente en su corazon, y no haga ni diga cosa sin pedirle licencia, y comunicarla con El.»

«Retírese á todas horas en el retrete de su corazon, á reverenciar á Dios, y pedirle su gracia para servirle y no ofenderle.»

«Nunca salga del aposento sin causa, y pidiéndole licencia á Nuestro Señor, y gracia para no ofenderle; y á la vuelta examine si vuelve como salió.»

«Antes de salir de casa, visite á Nuestro Señor en su templo, y pídale que le acompañe, y vaya siempre con El.»

«No use de los sentidos, sino en las cosas precisas, y del servicio de Dios: no mire cosas curiosas, ni oiga nuevas inútiles, que secan el corazon.»

«Nunca hable de la comida ó el vestido, ni lo pida, ni tampoco el aposento: pórtese en todo, como quien es muerto al mundo, y vivo sólo á Dios.»

«Nunca comer cosa dulce, ni regalada, ni otra que la necesaria para sustentar la vida: quien admite el regalo

del cuerpo pierde el del espíritu; y quien se regala con los hombres pierde los regalos de Dios.»

«Tenga las alabanzas por oprobios, acordándose lo que es en los ojos de Dios; los hombres miran lo de afuera, pero Dios Nuestro Señor el corazon.»

«Gócese en los vituperios, y estime los baldones, por los que Cristo sufrió por él; humíllese en las afrentas, pues merece más por sus pecados.»

«Rumie continuamente sus postrimerías, especialmente la muerte, en que ha de parar presto; y anímese á obrar, y padecer, pues se le ha de acabar el tiempo de merecer.»

«Medite á menudo la Pasion del Señor; acuérdese en cada hora lo que padeció por él, y dele muchas gracias, y pídale su cruz, y llévela con gusto por su amor.»

«Medite las virtudes, en especial religiosas, que pertenecen á su estado; considere que se le ofrecen cosas árduas y grandes en cada una, como difíciles obediencias, y grandes trabajos, y no cese hasta rendir su corazon á llevarlos con alegría por amor de Dios.»

«Diga de todos bien, y mal de sí.»

«Repréndase y castíguese por las faltas, en que cayere, pidiendo á Dios perdon, y que le dé su mano para no caer en más.»

«Huya las ocasiones en que una vez cayó, ó tuviere peligro de caer, que son lazos del demonio, á quien debe resistir hasta vencer.»

«Sirva á las Misas siempre que pudiere, acordándose, que los Angeles asisten, y sirven al Señor que allí se ofrece: mírele en el altar, como en el Calvario, y ofrézcale con el sacerdote á su Eterno Padre.»

«Despegue el corazon de todas las criaturas, y pón-

gale en solo Dios; haga muchos actos de amor entre dia avivando el fuego en el santuario de su corazon.»

«Sea muy devoto de la Santísima Virgen, amándola, y sirviéndola de todo su corazon; visítela muchas veces cada dia; ofrézcale todas sus obras: récele su rosario, y si pudiere sus Horas; y no pierda ocasion de hacerle cualquier servicio; contemple sus virtudes, y anímese á imitarlas con la gracia de Dios.»

«Sea tambien devoto del Santo Angel de su guarda, y de San Ignacio nuestro Padre, ámele como hijo, venérele como á Padre; y ponga á ambos por intercesores para alcanzar lo que pidiere á Dios.»

«Venere las imágenes de los Santos, como si los tuviera presentes; acuérdese de sus virtudes y de lo que sirvieron á Dios, y cuán presto pasaron sus trabajos, y el premio que alcanzaron por ellos; la brevedad de esta vida, y la eternidad de la otra; y todo se hará leve y fácil de sufrir por amor de Dios.»

«Velar mucho y dormir poco; cuanto se ahorra de sueño, se añade de vida y merecimiento.»

«Estudiar con cuidado lo necesario y no lo supérfluo; la ciencia conveniente aprovecha, y la supérflua envanece.»

«Busque en todas cosas á Dios, y le hallará y tendrá siempre á su lado.»

De este linaje era la semilla que el Santo H. Rodriguez sembraba en el corazon de su discípulo, el cual como tierra blanda y favorecida largamente de la gracia, llevaba copiosísimo fruto, y producia el ciento por uno en todas las virtudes.

Pero entre las devociones que le inculcaba, eran en primer lugar las que la misma Vírgen le mandó que es-

cribiese y propagase, conviene á saber: la Corona ó rosario de Nuestra Señora, las Letanías lauretanas, el Oficio Santísimo de la Inmaculada Concepcion, y que rezase doce Salves y doce Ave-Marías encaminadas á las veinticuatro horas del dia y de la noche, para que la bendita Señora rogase á su precioso Hijo cada hora que le guardase limpio y sin pecado. (Obras espirituales, tomo 1, pág. 216). El mismo Hermano le dió una copia escrita de su puño de este Oficio de la Inmaculada, la cual llevó consigo el P. Claver con los demás cuadernos del Hermano Alonso, y esto que aun no habia tenido el Santo Hermano aquella solemne revelacion de que «una de las principales causas porque Dios envió al mundo á la Compañía de Jesus era ésta, para que enseñase y defendiese en la Iglesia, como lo hizo desde su fundacion, el privilegio y propagacion del culto de María Inmaculada.» (Obras espirituales, tomo 1, pág. 756).

CAPÍTULO VII

REVELA DIOS AL SANTO HERMANO ALONSO LA GLORIA PREVENIDA AL P. CLAVER; PROSIGUE ÉSTE SUS ESTUDIOS Y LLÁMALE DIOS PARA LAS INDIAS

Cuanto excede la gracia á la naturaleza en perfeccion, la aventaja tambien en los afectos. Los de la naturaleza raras veces se hallan en el punto y equilibrio que deben, porque ó andan destemplados por la vehemencia, ó remisos por la inconstancia, ó encontrados por el interés. Pero libres los afectos de la gracia de estos achaques, son más verdaderos, porque se apoyan en motivos más altos; y más finos y acendrados, porque proceden de causa más noble. De ahí que no amen los padres á los hijos con aquella verdad y fuerza, con que los varones espirituales aman á sus hijos en Cristo. Amaba el Santo Hermano Alonso al P. Claver como á hijo muy de sus entrañas, y cuanto más crecia en la virtud, mayor fuerza iba cobrando la razon de amarle. No cesaba de ofrecerlo á Dios, suplicándole que confirmase y aumentase sus soberanos dones en aquella alma tan bien dispuesta á recibirlos, como solícita en lograrlos y corresponder á ellos. Quiso Dios consolar al Santo Viejo, mostrándole la gloria prevenida á su discípulo, y por ella la perfeccion de sus virtudes.

Un dia que con vivas ansias rogaba á su Majestad por él, recogido todo á lo interior, dióle un arrobamiento y suspension de los sentidos, en que voló su espíritu á ver la gloria de que gozan los bienaventurados. Ibale acompañando su Angel, y mostróle un dilatadísimo horizonte bañado de brillantísima luz, y en él los gloriosos tronos que describe san Juan en el Apocalipsis, ocupados de personajes reales, en lucida muchedumbre. Entre ellos vió que en un trono majestuoso estaba una silla vacía, de riqueza sin igual y coronada de prodigiosos resplandores. Vínole deseo de entender el misterio, y díjole el Angel: *Esa silla está prevenida para tu discípulo Claver, en premio de sus grandes virtudes, y de las innumerables almas que en las Indias ha de ganar á Dios con sus trabajos.* Volvió á sus sentidos, y teníale fuera de sí el gozo; y revolviendo en su corazon lo que habia visto, daba continuas gracias al Señor, y pedíale que confirmase su promesa. No descubrió al P. Claver lo que se le habia revelado, pero descubriólo á su Padre espiritual, de quien despues se supo. Quiso Dios que el Santo Hermano tuviese este consuelo, sin que el P. Claver lo barruntase, porque habia de padecer muy á secas la cruz de Jesucristo, crucificando en ella todos los gustos y quereres de su vida. Quien la leyere y ponderare, la hallará muy digna de aquel premio, y sus grandes trabajos son la fianza más segura de la verdad de la revelacion. Habiendo llegado esta revelacion á noticia del P. José de Urbina en Cartagena de Indias, tomó con particular empeño seguirle los pasos al P. Claver, y registrarle cinco años continuos hasta las acciones más menudas, y pudo hacerlo más libremente por el oficio que ejercitaba de Ministro. Siendo despues Secretario de su Provincial, es-

tando en el mismo Colegio el año de 1660, dijo que se confirmó en la certidumbre de la revelacion, porque, además del cuidado y vigilancia de cinco años sin notar en él la menor falta, conoció tan rara perfeccion en el P. Claver, que no se admiraba de la corona que para él vió prevenida el santo Hermano Alonso.

Aun no sudaba aquella frente con los calores de las Indias, y ya estaba labrada la diadema resplandeciente que habia de coronarla. Aun no gemia en el trabajo de las conversiones, y ya le aguardaba la silla del descanso eterno. Aun no andaba hecho esclavo de los esclavos negros para grangearlos á Cristo, y ya tenia en el cielo preparado un trono de Rey, tan majestuoso como rico. ¡Oh Señor! ¡qué neciamente faltan los hombres en serviros para servir al mundo, donde á trabajos ciertos corresponden premios dudosos, á largos afanes escasos galardones, á peligros de la vida mercedes que traen de ordinario á riesgos de perder el alma!

Tuvo revelacion san Antonio de Padua que un escribano habia de alcanzar la corona del martirio; y santamente envidioso de aquella dicha tan pretendida y deseada, doblaba siempre las rodillas al encontrarle, venerando lo que habia de ser, antes que lo fuese. ¿Qué haria el santo Hermano Alonso con su amado discípulo, á quien ya podia venerar por la santidad con que de presente resplandecia? Si un alma que por el cuchillo habia de salvarse le mereció tal respeto á tan gran Santo, ¿qué veneracion mereceria al Santo Hermano un alma predestinada á tan alta gloria, por quien millares de almas habian de salvarse? Y si bien es verdad que no le dió públicas demostraciones de reverencia, porque fuera dar pesadumbre á la humildad de su discípulo, reverenciába-

le profundamente como á un apóstol y le miraba como á un santo. Las conferencias desde entonces eran más largas, las pláticas de Dios más ardientes, y no se entablaba razonamiento, que no viniese á parar en la muchedumbre de las almas que se pierden por escasez de operarios evangélicos.

Por aquel tiempo, estando á la puerta de la sacristía el P. Vicente de Arcayna con el H. Alonso, preguntó éste al Padre, *quiénes eran dos que venian por el patio y estaban como cincuenta pasos?* y respondiéndole que los Hermanos Pedro Claver y Juan de Humanes, que eran condiscípulos, dijo con gran ponderacion: *Estos Hermanos han de ir á las Indias, y han de hacer grande fruto en las almas.* El suceso comprobó la verdad de la profecía, pasando despues el P. Humanes al Paraguay, y el P. Claver al Nuevo Reino, donde murió colmado de merecimientos y rico de despojos de innumerables almas. La profecía confirma la revelacion, y entrambas la eleccion del P. Claver para Apóstol de los Negros. No habia aún sentido en sí este llamamiento, ni habia levantado su corazon á ella, ó por estimarse inútil, ó por no moverse de su propio impulso, aguardando la señal de la obediencia. Sólo atendia á perfeccionarse en virtud y letras para el ministerio en que le mandase Nuestro Señor que le sirviese. En todo le echaba su Majestad la bendicion, bien merecida por cierto con aquella intencion rectísima que tenia de agradarle en todo. Salió lucido y aventajado filósofo, y fué elegido entre sus condiscípulos para defender el último acto de filosofía. Pero más progresos hacia en la virtud con el magisterio del Hermano Alonso, cuya eficacia se verá en dos casos, uno escrito y otro referido por él mismo.

Saliendo un dia al campo con el H. Miguel Serra, gran discípulo tambien del H. Alonso, que en santa vejez acabó sus dias el año de 1665 con fama de mucha virtud, acreditado con casos milagrosos, les dijo á entrambos el venerable maestro: *¿Vais á pascar? Haced cuenta que á un lado está Jesus, y al otro María.*— *Con las cuales palabras,* añade el P. Claver, *me sentí tan herido el corazon, como si me hubieran tirado una saeta.* ¡Tales eran las palabras del H. Alonso, caldeadas y encendidas en el divino fuego! Pero si dos palabras así le atravesaron y encendieron, ¿cuál le tendrian tantas y tan fervorosas pláticas que trataban cada dia? En otra ocasion iba á un asueto el P. Claver en compañía de otro hermano, y el santo viejo que cuidaba de la portería dijo señalando con la mano el pecho del P. Claver: *Aquí el Padre,* y, señalando el de su compañero, *Aquí el Hijo,* y luego, poniendo la mano entre los dos, *Aquí el Espíritu Santo.* Apenas pronunció la última palabra, quedó enagenado de los sentidos en éxtasis dulcísimo, y al nombrar al Espíritu Santo pareció que vino sobre los tres el ímpetu de su amor. El H. Alonso quedó arrebatado, y el P. Claver sin acertar á dar un paso, desfallecido con la suavidad de aquel afecto. Preguntóle á su compañero si habia sentido algo, y respondió que una dulzura de amor que no habia palabras para explicarla. Quiso volverse á casa, porque el accidente amoroso le quitaba totalmente las fuerzas para andar; pero reparando en que ir al asueto era obediencia, suplicó á Dios, que le templase aquel regalo, para poder cumplirla. Sintióse algo más desembarazado, pero de manera que era menester gran violencia para cada paso. Llegó por fin á donde estaban los demás, pero todo el dia anduvo como enagenado, porque le arre-

bataba toda el alma aquel encendimiento de divino amor. Celestial manera de enseñar la del H. Alonso, dar con la doctrina los efectos de ella, y encender el corazon al mismo tiempo que las palabras llegaban al oido. Si de paso y en presencia de otros así enfervorizaba á sus discípulos, ¿qué seria á solas y de asiento, cuando se abrian aquellos dos corazones para derramar el uno bienes celestiales y el otro para recibirlos? ¿Cuántas veces empezando á hablar el maestro y á oir el discípulo quedaban arrobados ambos, porque Dios les atraia y abrasaba interiormente? Si en la huelga de un asueto le tuvieron tan recogido tres palabras, ¿qué oracion pensamos que tendria despues de largas pláticas con el bendito Hermano?

Corria á su fin el curso de Artes, y quisiera el P. Claver entretener el tiempo para no separarse nunca del H. Alonso, con cuya comunicacion grangeaba tantos bienes. Uno de los mayores que le debió en su vida fué despertar en él su vocacion á las Indias, donde á golpes de trabajos habia de labrarse corona tan preciosa. Como el Santo Hermano tenia prendas de Dios que le queria para aquellas partes, trató de que él mismo cooperase á este llamamiento con sus deseos y diligencias. Es creible que tuvo expresa órden de Dios para persuadir esta empresa al P. Claver, á lo menos no puede dudarse que fué inspiracion del cielo, para que participase del mérito de sus trabajos el que tanta parte tuvo en la perfeccion de su virtud, y para que ayudase con oraciones al fruto de sus ministerios, el que tanto influyó con la persuacion y doctrina. Apóstol se llama de Inglaterra san Gregorio Magno porque dió Apóstoles á Inglaterra; y por tal puede reconocer el Nuevo Reino de

Granada al Santo H. Alonso, pues le dió varon tan apostólico como el P. Pedro Claver. Un dia pues, los dos á solas y con la íntima confianza y familiaridad que solian, habló así el maestro á su discípulo:

«*No hay corazon para sentir que sea Dios desconocido de la mayor parte del mundo, y esto porque hay pocos que vayan á darle á conocer. ¿Con qué lágrimas puede llorarse que la sangre de Jesucristo no alcance á innumerables almas por falta de ministros que la lleven? ¡Que se pierdan tantas almas, no tanto por querer perderse, aunque quieren, como por andar en las tinieblas de la muerte! ¡Sobran los operarios donde es poca la miés; y no los hay que quieran trabajar, donde es abundantísima! ¿Quién puede vivir sin temor de la cuenta que se le pedirá, si se pierden los que podria salvar? ¿Cuántos que están ociosos en Europa, podrian ser apóstoles en América? Témese el trabajo de buscar almas, y no se teme el peligro de condenarse. ¿Valen menos las almas que las riquezas que buscan los hombres en aquellas regiones?* Y llorando amargamente; *¡Gran cosa*, exclamaba, *gran cosa, que la caridad de Dios no haya de navegar aquellos mares, que ha sabido surcar la humana codicia! Hácense de los tesoros de la tierra, flotas que alegran á España cuando desembarcan, ¿y los tesoros preciosísimos de almas no hay quien los lleve á la seguridad eterna de la gloria? Pues qué ¿no valen infinito las almas de los indios, pues valen la sangre de Jesus? ¿Y ha de ser menos ardiente el amor de Cristo para buscar almas, que el amor del mundo para buscar aquellas riquezas que se allegan con afan, se traen con sobresalto, se poseen con temor y riesgo? Ni por estar envueltas aquellas almas en costumbres bárbaras y bozales han de despreciarse, pues no se desprécia el diamante en bruto; trabajo y sudor cuesta despojarlo de su corteza y tosquedad, pero despues de labrado,*

alegra con sus luces y resplandores. ¡Oh hermano mio de mi alma, qué campo se abre aquí al fervor! Si el celo de la casa de Dios le come las entrañas, vaya, vaya á las Indias, á salvar tantas almas que allí se pierden. No tenga miedo á los trabajos, que quien no sabe padecer, no sabe amar. Si ama de veras á Jesus, vaya á recoger su preciosa sangre que se desperdicia en tantos redimidos, porque no lo conocen. Trabaje con Jesus hasta morir en compañía de Jesus por la salvacion de los prójimos, pues á esto le obliga el militar en su santa Compañía. Para esto le quiere Dios, pues le da tan vivos deseos de agradarle, y en nada puede agradarle más que en esto. Estar dispuesto á obedecer, si mandan los Superiores ir á las Indias, es resignacion verdadera; pero si quien la tiene no la declara, no es tan fácil que se lo manden; porque es tan árdua esta vocacion, que se mueven mucho más los Superiores con las instancias del que llama Dios. Represénteles sus deseos, pida con fervor, inste con firmeza, que el instar no es contra la obediencia, cuando ésta se detiene para probar la constancia del que pide. En su corazon quede siempre rendido y quieto á la disposicion del Superior, que con esto nunca faltará á la perfecta resignacion.»

Con las razones de su santo maestro abrasábasele al P. Claver el corazon, ya por sí dispuesto á encenderse y á acometer cualquier empresa por la divina gloria. Sobraba para que abrazase la jornada de las Indias, entender que Dios le queria allí, y esto por boca del H. Alonso, cuya voz acataba como venida del cielo. El recuerdo de las almas que allá se pierden hirió profundamente su pecho y quisiera luego dar mil vidas, porque ninguna se perdiese. En fin inflamóse en tan vivos deseos de aquella apostólica mision, que desde allí se fué á escribir al P. Provincial una carta fervorosísima como dictada por el

celo más ardiente. La respuesta fué, remitir el exámen de aquella su nueva vocacion á la vista que habia de ser presto en Barcelona, concluido el curso de filosofía. Dió remate á ella con el acto que, como dijimos, corria por su cuenta. Defendióle con tanta modestia como lucimiento, que bien caben en uno tales prendas; y tal fué la satisfaccion de todos que mereció con tales conclusiones nombre de excelente ingenio y de aventajado religioso.

Tras la última funcion de las artes, aguardaba la orden de partirse á Barcelona, para empezar los estudios de Teología. Duro trance para su corazon tener que apartarse de su H. Alonso, ni le dolia menos al santo viejo aquella separacion; pero acalló en entrambos el pesar, su rendimiento al divino beneplácito. Ofrecióle nunca olvidarle en sus penitencias y oraciones; dióle algunos papeles devotos escritos de su mano, entre ellos un librito en octavo, suma de la perfeccion religiosa en todas las virtudes, obra de su alto espíritu. Hízole escrúpulo al P. Claver el recibirlos, porque habia órden que no se sacasen del Colegio escritos del H. Alonso, para defenderlos de las repetidas instancias con que de todas partes los pedian. Era tan rigoroso el mandamiento, que le obligaron á un religioso que estaba ya en la portería para irse á embarcar, á deshacer el atillo, y registrándolo, le quitaron un papel del Santo Hermano, que para su consuelo se llevaba. El reparo del H. Claver puso en noticia del precepto al H. Alonso, y por el amor que le tenia recabó licencia de los Superiores, para que se llevase aquel librito, en atencion que habia de ir á las Indias, donde se carecia de libros más que por acá.

Embarcóse pues para Cataluña el mes de Noviembre de 1608 con el H. Juan Humanes condiscípulo de Filo-

sofía en la cátedra del P. Baylio, y con ellos fueron tres hermanos Novicios llamados Juan Ballester, Antonio Gual y Pedro Juan Pons, los cuales con buen tiempo llegaron al puerto de Salou y de allí á Tarragona. Así consta de este viaje en la Historia manuscrita de Montesion en la ciudad de Palma.

CAPÍTULO VI

ESTIMACION QUE EL P. PEDRO CLAVER HIZO SIEMPRE DEL SANTO HERMANO ALONSO Y DE SUS COSAS

Dejemos al P. Claver descansar de su navegacion en Barcelona, para dar principio al estudio de Teología. Hemos visto los beneficios y mercedes que recibió del santo H. Rodriguez; veamos ahora su agradecimiento, aunque sea menester adelantar algunas noticias de su vida. Prendió en su corazon con gran fuerza el amor del Bienaventurado Hermano, y al paso del amor la veneracion. Ni el largo trascurso de tiempo, ni la distancia de los mares, fueron parte para entibiar un punto su cariño. Siempre que le nombraba áun en los años últimos, llamábale con ternura y reverencia, *Mi Santo Maestro*, honrándose de haber sido su discípulo. Hablarle de él era la mayor satisfaccion, y tratando de sus cosas se regalaba, hasta suspenderse y enajenarse de gozo. En acordándose de aquellos dulcísimos ratos de su celestial conversacion, se le arrebataba toda el alma, sin poder atender á cosa alguna. Tenia dos cuadernos de materias muy espirituales, sacadas de los escritos de su santo maestro; otros tres, aunque de pocas hojas, de altos documentos que le dió de viva voz; notado el dia,

mes y año que se los dió. Estos y el librito del H. Alonso, prenda de su amor dada al despedirse, llevó consigo toda la vida y leia continuamente en ellos, aunque los traia bien grabados en su corazon. El libro, especialmente, fué todo su cariño y su consuelo. No sabia dejarle de las manos, acudiendo á él como á oráculo en sus dudas, como á alivio en sus trabajos, y como á reliquia de profunda veneracion. Túvole sobre el pecho estrechado con grande reverencia para enfervorizarse más con su contacto, en ocasion de una enfermedad. En la última, dispuso de estas prendas con licencia de los Superiores, y entonces se conoció bien lo que las estimaba. Dejó los cuadernos á un religioso, en premio y gratitud de 22 años que le acompañó en el ministerio de los Negros. El libro envió á nuestro Noviciado de Tunga, con una carta en que resplandecen el alto concepto que hacia de aquella alhaja y el bajísimo que de sí tenia. Dice así:

«*Con licencia de nuestro P. Provincial, y de nuestro P. General, segun constará por su carta, deposito, estando de partida de este mundo, digo, que deposito un tesoro grande, que recebi del S. Hermano Alonso Rodriguez; que es un libro escrito de su mano de él, en el cual dexó estampada su alma y sus virtudes. Y asi lo embio al Noviciado, para que los santos novicios se aprovechen de él; y el P. Maestro de ellos, pues yo no me supe aprovechar, cuide de este tesoro. Suplico y ruego al que esto leyere ruegue á Dios por este pecador, que aviendo tenido en su poder un tan gran tesoro, en vez de sacar oro de santidad, no sacó sino escoria. Por lo cual no pido premio, ni paga, sino perdon y misericordia. Fecho en Cartagena en 28 de Octubre 1651. Pedro Claver.*»

Breves pero preciosas cláusulas. ¡Qué estimacion de lo que envia! ¡qué celo de que aproveche á otros! ¡qué

compuncion de no haber sabido aprovecharse, y qué humildad en pedir en vez de hacimiento de gracias, perdon de sus pecados! Era aquel librito un molde de forjar hombres verdaderamente espirituales, y como deseaba que lo fuesen todos los de la Compañía, enviólo al Noviciado por donde todos han de pasar.

En esta misma enfermedad que le duró algunos años mostró tambien el amor y ternura que conservaba para con su Maestro, en las cariñosas demostraciones que hizo con el libro de su admirable Vida, cuando le vió impreso. Túvole el H. Nicolás Gonzalez, y al punto lo llevó al P. Claver que hacia cama, no ignorando lo que le habia de alegrar. *Aquí tiene V. R.*, le dijo, *la vida del santo H. Alonso Rodriguez, que ha venido impresa, y ha querido darle este consuelo antes que muera.* No se puede declarar el gozo que sintió el santo anciano. Cogió el libro, púsole sobre su cabeza, y rebosándole de alegría el corazon: *Bendito sea Dios*, dijo, *que me ha dejado ver impresa cosa que yo tanto deseaba.* Abrióle el libro el H. Nicolás para que viese el retrato del santo H. Alonso sacado felizmente al vivo de su original, y renovó en el P. Claver los júbilos del alma. Veneróle con tal afecto, que parecia le queria dar el corazon en agradecimiento de tanto bien recibido por su medio. Parecióle al Hermano que era sazon esta para informarse de algunas cosas que le pasaron con el Santo H. Alonso, y que obligado del reciente agasajo venceria su modestia y natural encogimiento. Preguntóle si el S. Hermano le dijo que pasase á las Indias? ¿Si al Nuevo Reino? ¿Si con especialidad á Cartagena? Respondió que todo se lo dijo y muchas veces. Instóle por otras noticias de lo que con él le habia sucedido, y entonces le refirió el caso

que le sucedió en aquel dia de asueto; y empezando á referirlo se quedó elevado como si actualmente pasara, cerrados los ojos, mudos los labios y absorta y arrebatada el alma, sin accion y movimiento sino para traer las manos repetidas veces y sosegadamente de la cabeza al pecho, como haciendo señas que lo que sentia no era para explicarlo con palabras. *¿Qué siente, Padre mio?* le dijo el H. Nicolás. Pero impedida el habla, sólo respondia con aquella accion y movimiento de las manos. Pasada ya la avenida del cielo, pudo acabar la relacion, y despues el hermano dejóle reposar, llevándose la Vida del H. Alonso. Apenas se hubo ido, cuando se hizo vestir porque su flaqueza necesitaba de socorro ajeno, y muy ansioso aunque medio arrastrando, bajó á la sacristía en busca del H. Nicolás que cuidaba de ella, para que otra vez le consolase, dándole á ver la Vida de su querido Maestro. Mal puede el amor hallar descanso sino en lo que ama. Teníalo el P. Claver en aquel libro, y aunque tan enfermo, le arrastra el deseo de recobrarlo. Volvió á repetir las primeras demostraciones de gozo, y como se encontrasen en esta sazon en la sacristía algunos devotos del Colegio, entre ellos el Gobernador de Jamaica D. Antonio de Betancur, se admiraron y edificaron grandemente del júbilo del P. Claver. Hizo el S. Padre que todos escuchasen y que el H. Nicolás leyese gran rato en la Vida de su amado Maestro, regalándose suavísimamente su corazon, especialmente cuando se tocaban cosas, que habian pasado á vista suya.

El riguroso espíritu de pobreza no le permitia tener en el aposento alhajas de vano adorno, pero sí algunas para su devocion: la más estimada era la estampa del S. H. Alonso Rodriguez fija á una tablilla que pen-

dia en la cabecera de la cama. Esta imágen llevaba á los enfermos que iba á visitar, y con las misericordias que les prometia ó les alcanzaba por su intercesion, excitaba á los fieles á venerarle. Esta era su compañía en las misiones, y la arbolaba en la bandera de la doctrina, para dar en su nombre aquellas espirituales batallas contra el enemigo de nuestras almas. Esta sola perseveró con él hasta la muerte, cuando antes de ella, perdidos por largo tiempo los sentidos, saquearon, por decirlo así, la celda sus devotos, para enriquecerse con sus reliquias. Defendióla entonces con particular providencia un religioso, para que asistiese al P. Claver en la cabecera, hasta el último aliento, á lo cual ayudaria invisiblemente el H. Alonso, para que no faltase en la muerte quien en vida le amó con tantas veras. Quede esto referido con anticipacion, á fin de enlazar la fiel correspondencia del P. Claver á las obligaciones de su santísimo Maestro.

CAPÍTULO VII

ESTUDIA EN BARCELONA TEOLOGÍA, HASTA QUE LE ENVÍA Á LAS INDIAS LA OBEDIENCIA

Corria el año de 1608 cuando aportó el P. Claver á Barcelona, que para su corazon enamorado de las Indias y desasido de su patria, era como pais extranjero. El despacho de su peticion no lo halló tan fácil como lo pedia su fervor, para que se examinase con la dilacion la constancia y verdad de su deseo. Sobre esto, haciasele muy duro á la Provincia privarse de un sujeto que daba cada dia mayores esperanzas, al paso que se iban conociendo sus aventajadas prendas; y así se movia menos el negocio, para que la detencion amortigüase poco á poco sus fervores. Mas, como el fuego detenido hácese más impetuoso, así la vocacion á las Indias del P. Claver cobraba mayores fuerzas con las largas que le daban sus Superiores. Entretanto que no le consolaba la Obediencia, aplicóse al estudio de la Teología, en el cual hizo raya entre los que la empezaron en su tiempo. El cuidado de estudiar le aventajaba á todos, pero sin vanidad de competir con nadie, porque sus competencias nunca fueron sobre lucir más, antes bien sobre humillarse más. Si las buenas letras y la filosofía no le desquiciaron ni entibiaron el espíritu, la teología que mira á Dios por

principal objeto, ¿cuánto le ayudaría para amarle? Tuvo mucha opinion de estudiante, pero mayor de santo; y de su perfeccion en este tiempo depone como condiscípulo suyo el P. Gaspar Garrigas, morador de nuestra Casa Profesa de Valencia, en carta al P. Alonso de Andrade, fecha á 15 de Agosto de 1656, del tenor siguiente:

«*Quisiera el tiempo, que fuí condiscípulo de Teología del P. Pedro Claver, haber sido su confesor, que sin duda tuviera muchas cosas tocantes á su vida tan admirable y perfecta, como entiendo ha sido en todo tiempo: en el de Teología en que le conocí y traté, solo puedo decir, que no advertí en él cosa que no fuese de un perfecto y santo religioso. Su modestia nos edificaba á todos; su trato era apacible y oficioso, con que procuraba dar gusto á todos, y de todos se hacia amable: jamás le oí quejas de ninguno; hablaba siempre de Dios y de cosas tocantes al aprovechamiento del espíritu; y en cuanto podia aumentaba y adelantaba el suyo. Era muy humilde, y no menos exacto obediente, con notable rendimiento en todo á los Superiores. Cosas particulares no las puedo decir, porque era muy callado y retirado: lo cierto es, que no le vi quebrantar, ni faltar en la observancia de ninguna regla, por mínima que fuese. En todo trataba de imitar al santo Hermano Alonso Rodriguez, con quien tuvo en Mallorca estrecha amistad, comunicacion y trato; de que le nació tenerlo siempre con Dios. Guardaba unos cuadernos, que le dió el Hermano Alonso Rodriguez, escritos de su mano, en que habia unos tratados de la oracion, y mortificaciones que el dicho Hermano practicaba; y lo propio hacia el P. Claver. Y así no me maravillo, que Dios haga milagros por su medio, pues vivió tan santamente. Él me alcance del Señor gracia para que yo le imite y vea en el cielo.*»

Quien ponderase bien esta declaracion, concebirá alta-

mente de la virtud del P. Claver en sus estudios, y cuando no dijera sino que en la oracion y mortificacion imitaba al H. Alonso, seria alabanza singular. Porque gran cosa fueron estas virtudes en aquel bendito Hermano, pero acaso mayores en el P. Claver por las circunstancias que concurrieron, de juntar tan alta oracion con el ruido de los estudios, y tantas mortificaciones en sujeto tan delicado como fué el P. Claver cuando escolar, y sobre la fatiga de los libros. Lo que pasaria en aquella oracion entre Dios y un alma tan pura, tan mortificada y tan abrasada en amor suyo, no se puede averiguar, porque encubrió esas mercedes su recato; más algo se puede inferir de lo que advirtió una vez su compañero. Pasaban un dia por aquella calle de Barcelona, donde N. P. S. Ignacio llevado de su ardiente espíritu reprendió á unos mozos que inquietaban y escandalizaban á ciertas religiosas, y donde ellos arrebatados de furor diabólico, añadieron la crueldad á la liviandad, maltratándole inhumanamente [1]. El compañero del P. Claver, que era un religioso muy siervo de Dios, le dijo cuando llegaron á aquel punto: *Hermano, aquí fué donde molieron á palos á N. P. S. Ignacio, aquí fué, aquí fué.* Así refería el P. Claver que se lo dijo.

El, en oyéndole, se quedó inmoble, fijos los ojos en el cielo, como quien miraba una cosa grande y de elevado talle; y repitiendo lo mismo el compañero, se quedó arrobado tan enteramente, que en gran espacio no volvió en sí, ni pudo moverse del lugar donde le asió aquel regalo celestial, hasta que suspendió el Señor aquel torrente de delicias. No pudo ocultar el arrobamiento, pero tuvo

[1] Véase el Apéndice.

oculto lo que entonces vió: solamente se sabe que los efectos de aquella celestial visitacion le duraron siempre, porque refiriéndola despues en las Indias á un confidente suyo, bien que sin participarle lo que fué secreto, solia arrebatarse como á vista de lo que en Barcelona le mostraron, y añudada la lengua, prorumpia en un llanto continuo y copiosísimo. Pero dejando á Dios lo que vió ó entendió el bienaventurado Padre en este arrebatamiento, como otras mercedes que mereció su humildad y siempre las tuvo para sí, es creible que le mostró Dios la gloria del Patriarca S. Ignacio alcanzada en premio de los golpes padecidos por su amor, poniéndole en su paciencia un grande ejemplo, y en su gloria un incentivo para animarle á padecer. Lo que no admite duda es su trato y familiaridad con Dios en este tiempo, y los subidos quilates de su perfeccion. Indicios de ella son estas mercedes, las cuales comunmente no las hace Dios sino á las almas limpias y bien desasidas con perfecta y rigurosa mortificacion, y despues de haber trabajado mucho en su servicio. El P. Claver, aunque mozo en la edad, era anciano en la virtud y en el caudal de merecimientos. Quien se hallaba tan prevenido para recibir favores semejantes en el bullicio y publicidad de las calles, ¿qué recibiria en el retiro sosegado de la contemplacion?

Todas estas misericordias eran fuertes y repetidos golpes que daba Dios á su corazon, llamándole más poderosamente cada dia á la empresa de las Indias. Fué tanta la fuerza de sus instancias dos años casi que le entretuvieron, que vencido de ellas el P. José de Villegas, Provincial entonces de Aragon, vino en concederle la licencia, y se la envió por esta carta:

«No hay que resistir más á la voluntad de N. S. la cual bien he experimentado en los deseos, que siempre le ha dado de emplearse en su santo servicio con los Indios, los cuales, con la divina gracia, confío que han de ser del Hermano muy ayudados. Y aunque yo le he detenido todo lo posible, con todo me parece no debo estorbar más sus santos y eficaces deseos y propósitos. Por tanto, luego en despachándole el P. Rector, que será luego, porque dá priesa el P. Alonso de Mexía desde Sevilla á donde le aguarda, se ponga en camino, y venga á Tarragona, para que se vaya junto con los demás hasta Valencia; de donde se partirá para Sevilla con la compañía, que le darán allí conforme á lo que yo ordenare. Y avíseme de su camino y llegada, cuando estuviere en Sevilla, por mi consuelo. No más, sino que el Señor le eche su cumplida bendicion, y enderece todas sus cosas y trabajos á mayor gloria suya, como yo se lo suplico. Tarragona 23 de Enero de 1610. José de Villegas.»

Los deseos del mundo antes que se cumplan causan desasosiego; despues de cumplidos, más veces dolor que gozo, y siempre en todos estados son vanidad y afliccion de espíritu. Los deseos de Dios mientras se dilatan consuelan con la misma pena que trae su sabor; cuando se consiguen no dejan seno en el alma que no bañen de dulzura, de suerte que dilatados ó conseguidos siempre engendran felicidad sólida y verdadera. ¿Qué avenidas de gozo inundarian el alma del P. Claver, teniendo el sí de la obediencia para el cumplimiento de sus fervorosos deseos? Ningun mundano así se alegró con la cédula real para una dignidad ó puesto grande, como el bendito Pedro con aquella carta que le abria camino para inmensos trabajos. No se satisfacia con leerla muchas veces y besarla con entrañable veneracion. Toda la

vida la guardó en memoria del gozo que le dió en este dia felicísimo. Fué á postrarse ante el santísimo Sacramento, derramando el corazon en acciones de gracias por aquella misericordia de querer servirse de él en el Apostolado de las Indias. Allí ofreció de nuevo á Dios cuidados, fuerza, sangre y vida en la salvacion de los infieles; allí pidió su gracia para ejecutarlo como lo ofrecia, interponiendo á la santísima Vírgen, su Madre y toda su esperanza, y á los Santos de su mayor cariño.

Hacia menos de siete años que se habia fundado Provincia de la Compañía de Jesus en el Nuevo Reino de Granada; y como heredad nueva era necesario poblarla de escogidas plantas que llevasen los frutos copiosísimos, que, mediante la proteccion divina, le han dado tanto crédito y hermosura. En orden á esto mandó N. P. General Claudio Aguaviva el año de 1609, que cada provincia de España diese un obrero al Nuevo Reino de las prendas convenientes á una Provincia que empezaba. Dió la de Aragon al P. Pedro Claver, y en él lo mejor que tenia, y en uno solo muchos operarios. Públicamente en el Colegio de Tunja dijo el P. Manuel de Arcos, Provincial, que seis juntos de los más valientes y fervorosos no trabajaban lo que el P. Claver. Y en realidad de verdad, que si es lícito hacer comparacion, animosamente puede afirmarse, que despues de S. Francisco Xavier, si ha dado la Compañía á las Indias hombre igual al P. Claver, no le ha dado ciertamente superior. Señalado por su Provincia para el Nuevo Reino, habia de ir á la ciudad de Sevilla á juntarse con tres que por las otras provincias habian de concurrir allí para embarcarse; y todos iban á cargo y obediencia del P. Alonso Mejía, Procurador General de la Provincia del Perú.

Partió el P. Claver de Barcelona con general dolor de todos los que le conocian porque le amaban tiernamente, pero con tanto gozo suyo, que aunque quisiera mostrar sentimiento por los que dejaba, prevalecia el júbilo que le bañaba el alma. Aquí el P. Claver hizo uno de los actos heróicos que en la Vida de S. Francisco Xavier tan justamente se celebran, cuando no quiso despedirse de su madre, lo cual pudiera con rodear pocas leguas. Menos tenia que rodear que el Apóstol de las Indias, porque llevábale el camino á una ó dos leguas de Verdú, y vivia aún el padre y los hermanos, y partíase tambien para nunca verlos en la tierra. Triunfó, no obstante, su desasimiento de los afectos de la carne y sangre, y no quiso ir á verlos. Mándanos Cristo que aborrezcamos al padre y á la madre cuando se encuentran sus gustos con los mandamientos de Dios; aconséjanos que los dejemos para ir en seguimiento suyo, si nos lo embarazan, pero el verlos no se opone á la perfeccion. Mas todavía, porque el P. Claver no se contentaba sino con lo más grande y heróico, no quiso satisfacer este afecto natural del amor terreno, para entregar todo su corazon á su Dios y Señor. Las amorosas quejas de su padre y parientes hicieron más público el despego y generosidad del santo Hijo. Habia conocido en Barcelona al P. Domingo del Prado, y por la noticia de su santidad comunicado con él su llamamiento á la Compañía, al cual le esforzó el P. Claver con sus encendidas razones. Logró su deseo, pasado algun tiempo, y siguió despues al santo Padre al Nuevo Reino. Dejábale todavía seglar en Barcelona á tiempo de partirse, y con tanta estimacion de su rara virtud, que fué luego á su patria sin otro motivo que el de conocer á la dichosa familia de un hombre

tan santo. Hallólos quejosos de su ausencia y de que no se hubiese despedido de ellos, ni aun dádoles noticia de su jornada por una carta. Consolábalos el P. Domingo del Prado, pero en las razones de consuelo las hallaban ellos de mayor dolor. Decíales que Dios le habia llamado para las Indias, y él obedecido perfectamente al divino llamamiento; que no habian de resistir, siendo tan rendidos á nuestro Señor; y aquí lloraban que hubiese desviado de ellos su jornada, como sospechando que le estorbarian su propósito. Encarecíales su dicha en tener un hijo y un hermano de tan insigne santidad, y aquí se desconsolaban ellos, porque solamente á sus ojos les faltaba aquella luz que á todos resplandecía. Con las mismas quejas le halló el P. José de Alitran, pasando por Verdú aquellos dias; y siendo despues Rector del Colegio de Mompox en el Nuevo Reino, lo depuso en el proceso auténtico de informaciones sobre la Vida del P. Claver. Estos dos testigos tan calificados tuvieron las quejas no injustas de su familia; pero muchos más lo fueron de aquella resolucion no culpable antes perfectísima del hijo, que con valor más que humano, supo negarse á los afectos más entrañados en la sangre. Con tales alientos tomó el camino de Sevilla, adonde le aguardaban sus compañeros y la embarcacion para el Nuevo Reino de Granada.

CAPÍTULO VIII

SE HACE Á LA VELA Y LLEGA Á LAS INDIAS; ESTUDIA EN SANTA FE; VA Á TUNJA Y VUELVE Á CARTAGENA DONDE RECIBE LOS SAGRADOS ÓRDENES

Suelen los religiosos que pasan á las Indias recibir los Órdenes sacros antes de embarcarse, teniendo competente edad, porque allí la distancia de las tierras hace dificultoso el recurso á los obispos. El P. Alonso Mejía, como superior, dispuso que se ordenasen en Sevilla los que iban á su cargo, menos el P. Claver que se excusó alegando que no tenia más que dos años de Teología; y esto con tal sencillez y candor que logró se dilatase la ordenacion. En Abril de 1610 se hicieron á la vela dejando á la popa las riberas de España, y el P. Claver las memorias de ella, tan enteramente que nunca más se acordó de la que dejaba á las espaldas; perfecto imitador del Apóstol de las Gentes, segun el cual no se deja con perfeccion aquello que aún queda asido á la memoria. Hasta en varones muy espirituales dase á sentir el dulce amor de la patria en el sabor con que hablan ó escuchan hablar de ella, y mucho más cuando viven apartados en regiones muy remotas. Al P. Claver no se le oyó hablar ni preguntar de España despues que la dejó, en 44 años que vivió en las Indias. Sólo se acordó

de tres cosas de por acá: de las virtudes que vió en algunos perfectos religiosos, para reprenderse de no haber aprovechado con sus ejemplos; de los sermones que en las Dominicas de Adviento predicaban hombres apostólicos, deseando si pudiese oirlos y volverse; de las fiestas con que celebró Europa la beatificacion de S. Ignacio N. P. gozándose como buen hijo en sus honores. Tan enteramente se olvidó por Dios de cuanto acá dejaba, como si en las costas de Sevilla hubiera sacudido de su alma todas las aficiones y memorias de la tierra.

Acompañábale á todas partes la fama de su gran santidad, edificando á todos con la fragancia de sus admirables virtudes. Su compañía daba seguridad y confianza á los que con él iban embarcados, ni temian los pasajeros las tormentas, llevando consigo á aquel ángel tutelar. Por humildes y trabajosos que fuesen, queria echar mano de todos los oficios, y servir á todos como el criado más despreciable; pero donde campeó su caridad fué en el cuidado de los enfermos que tomó por su cuenta, hasta darles por su mano el alimento, curarlos, asearlos, asistirlos de dia y de noche; no separándose de uno sino para acudir á otro más necesitado. Obligado por el Capitan á sentarse á su mesa, se levantaba de ella poco menos que sin probar bocado, pero con un buen repuesto para regalo de los enfermos. Si alguno de éstos corria peligro, le disponia con toda suavidad á recibir los últimos Sacramentos, proveyendo él mismo quien le administrase el de la penitencia. Haciéndose así todo para todos, llegó á cautivarse de tal manera la voluntad de todos, que los tenia siempre prestos á seguir sus insinuaciones. A una hora fija asistian todos á la plática ó á la explicacion del catecismo; á otra, se reunian para rezar

en comun las alabanzas de la Sma. Vírgen y su Santo Rosario. Si alguna vez se deslizaba alguno en juramentos, blasfemias, ó conversaciones deshonestas, su celo no podia contenerse; y era esto tan sabido, que bastó más de una vez la amenaza de dar parte al P. Claver para que hasta los más osados y procaces se atemorizasen y enmudeciesen. Con feliz viaje de varios meses, santificado por él con el continuo ejercicio de todas las virtudes, surgieron en el puerto de Cartagena, y tomando tierra reconoció el P. Claver el campo de sus sudores apostólicos: regó con lágrimas aquellas playas por las que tanto tiempo habia suspirado, levantó el corazon y los ojos al cielo dando mil gracias á Dios de haberle prósperamente conducido al término dichoso, donde habia de trabajar más de cuarenta años en la salvacion de las almas. Aguardaban ya en la ribera todos los Padres y Hermanos del Colegio, y aquellas demostraciones de religiosa caridad y de tiernísimo amor le estrecharon más y más con la Compañía y le hicieron más amable su vocacion, conociendo por experiencia, cuál era el espíritu de un Instituto, que en lugares tan distantes y en tan diversos paises y naciones, á todos los unia como hermanos hasta hacerlos de un solo corazon y de un alma sola. Acompañáronles á casa, fundacion entonces reciente, pero no se detuvieron en Cartagena más que lo bastante para reparar sus fuerzas del mareo. Aquí el P. Alonso Mejía, reconocidas las prendas del P. Claver, intentó privar al Nuevo Reino para favorecer con ellas á su Provincia del Perú. Doblóse la pena al P. Claver, por verse estimado, y á peligro de ser alejado de donde entendia que era voluntad de Dios que le sirviese. Tuvo de su parte, oponiéndose á los designios del Procurador,

al P. Provincial, que atento á las necesidades del Nuevo Reino, le mantuvo en él; fuera de que era órden de N. P. General que se quedase en el Nuevo Reino para socorrer con obrero tan excelente los principios de aquella Provincia.

Recobrados ya todos del cansancio, los dividió la obediencia á varios puestos; al P. Claver y á otros que les faltaba algun tiempo de estudios, á la ciudad de Santa Fe, capital de aquel Reino, distante 200 leguas de Cartagena, camino largo y desacomodado en lo que se navega de rio, y áspero en lo que se anda por tierra, pero gustosísimo al mortificado espíritu del P. Claver, que se iba gozando de aquellos primeros pasos de tanta paciencia y sufrimiento. Venia en busca de trabajos y fuéle gran consuelo dar en la mina á los primeros golpes; mas tambien fueron mayores las mercedes y regalos con que el Señor le confortaba. Su alegría animaba á todos, su caridad los descansaba, y los edificaba su virtud. Cuando salian á hacer noche en las playas, recogia á los negros de las canoas, para que les predicase un sacerdote. Ibasele el alma tras aquella gente despreciada, de quienes allá en su espíritu le mostraba el dedo de Dios dilatadísimas regiones, como de blanca y sazonada miés, y con esto le hervia el corazon con el celo de trabajar en recogerla.

Llegaron á la ciudad de Santa Fe, donde ni habia aún estudios, ni se pudieron entablar hasta el año de 1612, en que las cosas de la Provincia comenzaron á tomar asiento. Nuestra casa estaba desmantelada y escasísima de sujetos, y así todo el tiempo de dos años se encargó de los oficios de nuestros Hermanos Coadjutores, tan bien hallado en ellos, que los quiso ejercitar de

por vida, habiéndosele dado por necesidad ó entretenimiento. Aunque era ardiente el celo que le llevaba hácia los prójimos, mas era tan bajo el conocimiento que de sí tenia, que se hallaba sin cualidad ninguna para tan alto ministerio. Y es cierto, que si el santo H. Alonso no le pusiera en la empresa de las Indias, jamás lo hubiera intentado, por el íntimo desprecio con que se miraba inútil para todo. Con esta luz y desengaño propio, cuando habia de proseguir sus estudios, concibió en su corazon un deseo ardentísimo de quedarse en el grado de Coadjutor temporal, y así lo suplicó humildemente á los Superiores. Repitió tan vivamente las instancias, que hubo de mandarle el P. Gonzalo de Lyra, Provincial, que desistiese de ellas y se aquietase á la disposicion de la obediencia. De aquí se colige, que los pretextos para no ordenarse en Sevilla, se enderezaban á declinar el estado y honra sacerdotal, poniendo todos sus deseos en el más humilde de la Religion. Raro es el que se mide al justo por su propio conocimiento. En los que de veras son espirituales siempre es corta la medida, pero en los imperfectos sobradamente larga. Admirables son los caminos del Señor, por donde guia las almas. Trae al P. Claver para emplearle en ministerios apostólicos; y pónele vivísimos deseos de no ser sacerdote. Con la humildad le está llamando eficazmente al estado de Coadjutor, y con el celo infúndele fervorosas ansias de los ministerios de las Indias. Para que así la humildad asegure al celo, persuadiendo que no vale para nada; y el celo premie la humildad honrándola con la gloria del Apostolado.

Hubo de rendirse el P. Claver á proseguir en Santa Fe la Sagrada Teología que empezó en España, con

aprovechamiento igual á los principios, pero más á costa de trabajos y ocupaciones. Sobre la tarea de estudiar, le era forzoso tomar sobre sí gran parte de los quehaceres domésticos, y hacia de portero, de sacristan, de cocinero con grande aseo y agilidad; ya porque en ellos servia á Dios, ya por ventura para que, vista su destreza, le perpetuasen en aquellos oficios. Mirábanle todos con respeto, y amábanle con cariño, y lo merecia su caridad invencible y los trabajos de dentro y fuera de la casa, con la sobrecarga de orar gran parte de la noche, y de las asperísimas penitencias, con que, por decirlo así, pagaba á su cuerpo el buen servicio que le habia prestado en sus fatigas.

Estimóle mucho el P. Antonio Agustin, su Maestro de Teología entonces, y muchos años de su espíritu en Cartagena, donde fué su confesor. No puede excusarse en este lugar una breve noticia de varon tan insigne, gloria de esta Provincia de Aragon, y que tanta parte tuvo en la santidad y heróica perfeccion del P. Claver. Nació en Zaragoza de la nobilísima familia de los Agustines, fecunda de hombres grandes en virtud y letras. De tierna edad, con otros doce de iguales pensamientos, fué á Valencia á pedir el hábito de Sto. Domingo á san Luis Beltran. Todos lo alcanzaron, menos el P. Antonio, impedido en aquella sazon de una enfermedad. Persistia en sus deseos de entrar en aquella sagrada Religion, pero siempre varios accidentes lo estorbaban, porque Dios le queria para la Compañía de Jesus. Entró en ella y fué tan observante, que era voz comun, que si las reglas se perdieren, podian restablecerse copiando las acciones del P. Agustin. De condicion suavísima, de costumbres amables, de aventajada doctrina, era las delicias

de los que le trataban, cuando le llamaron á Roma para Revisor por España de los libros de la Orden. En aquella corte, emporio del mundo, dejó tanta opinion de santidad, que hasta en las Indias le escribian muchos Cardenales, sin más objeto que solicitar sus oraciones. Pidió pasar á aquellas partes por el celo de ayudar á las almas de los indios y con deseo de retirarse á donde no le conociesen. Fué el primero de nuestra Religion que leyó Teología en el Nuevo Reino, cuando se abrieron estudios en Santa Fe, aunque no pudo proseguirla mucho tiempo por los achaques que aumentaron con el clima. Buscándole otro cielo menos dañoso á su quebrantada salud, mudó habitacion á Cartagena, donde fué el cuarto Rector de nuestro Colegio. Más de veinte años fué Calificador del Santo Oficio y Ordinario en aquel Tribunal por los señores Obispos, llevando el peso de todos sus negocios. Ninguno habia de importancia que no pasase por la consulta y aprobacion del que tenian por oráculo de todos. Era por sus prendas el hombre de más autoridad que hubo en Cartagena, y aun en las Indias; solo él lo ignoraba como verdadero humilde y despreciador de sí. Recomendado frecuentemente de N. Padre General á los Provinciales, nunca admitió exencion ni singularidad alguna. Tenia gran asistencia al confesonario, y era gran calificacion del confesor la señalada virtud de los penitentes. Aplicábase gustosamente á confesar niños, ocupacion en los más de grande embarazo y pesadumbre, y enseñábales á amar á Dios desde la tierna edad. Varon de constante y rigurosa penitencia; pobrísimo cuanto se puede encarecer; todas las alhajas de su aposento se reducian á dos sillas y una mesa viejas, dos estampas fijas á la pared, sus papeles y los Decreta-

les. Rendido á los Superiores como un novicio. Murió á 18 de Febrero de 1635 con opinion de vírgen y de santo. Hiciéronle solemnísimas exequias, concurriendo á ellas toda la ciudad y pidiendo todos á porfía alguna reliquia de sus pobres alhajas. Quedó su venerable cuerpo tratable, blando y tierno como de un niño, indicio, como piadosamente creemos, de la gloria de su espíritu bienaventurado.

Instruido por tal Maestro salió consumado Teólogo el P. Claver, pero más crédito recibió su virtud estimada de tan insigne varon. Al exámen rígido de cuatro Profesores se sujetan los estudios de Filosofía y Teología cuando ésta se concluye, y los cuatro sobre juramento han de dar fe, que es idóneo el examinado para enseñar entrambas facultades; calidad necesaria en la Compañía para el grado de Profeso de cuatro votos, honor que hace la Religion á la virtud y letras de sus hijos. Llamaron al P. Claver al fin de sus estudios, y persuadiéndose que era para ordenarse, extrañó las sutilezas en que le pusieron y la energia con que le argumentaron; y dijo despues con gran candor: *¿Para recibir órdenes y catequizar unos pobres indios he menester tanta Teología?* Advertido que el exámen era para el grado de Profeso, respondió: *Si lo hubiera sabido, no hubiera respondido nada, que no merezco esa honra.* Con efecto, lo rehusó cuanto pudo; pero no era razon agraviar á sus méritos por satisfacer á su humildad. No pocos quilates descubrió de ella en este acto, porque es el entendimiento la joya más apreciada de nuestra alma, y tocar en ella es tocar en las niñas de los ojos. Grande humildad fué rehusar la honra de Profeso, pero mayor sin duda, querer hacerse ignorante por desviarla.

A tiempo que el P. Claver dió fin á sus estudios, se daba principio en Tunja á una Casa de Noviciado de la Compañía, y pareció á los Superiores que seria conveniente á su salud, harto quebrada con las penitencias, estudios y achaques, repararla en aquel clima más benigno, antes de entregarse á los gloriosos trabajos de Cartagena. No atendieron menos al provecho de los Novicios, dándoles la norma viva de la observancia religiosa, y un santo que los enfervorizase con su ejemplo y divina conversacion. Aquí estuvo obra de un año, en que hizo la tercera Probacion que se acostumbra en la Compañía. No hay cierta noticia sino de haberse ocupado el tiempo que allí estuvo en los oficios de portero y sacristan y en edificar á aquella santa casa, donde se crian tantos varones apostólicos. A ella envió, como dijimos, aquel libro del H. Alonso, que llamó tesoro celestial, enviándoles en él un ejemplo permanente de las virtudes que sólo de paso habian antes admirado.

Era ya el mes de Noviembre de 1615, cuando recibió órden de volverse á Cartagena á donde llegó los últimos del mismo mes. Halló la casa en diferente puesto que cinco años antes, cuando desembarcó en aquella ciudad. Obligóles á la mudanza un edificio que se levantó junto á ella y la dominaba por completo; y como no pareciese tolerable á la modestia religiosa tener á todas horas aquellos testigos importunos de las acciones más caseras, eligióse el sitio que hoy tiene el Colegio, que aunque más desacomodado, está libre de aquella sujecion y servidumbre. Aquí estaba ya la Compañía cuando tornó el P. Claver, hallando la casa muy al sabor de su espíritu pobre y mortificado. La iglesia corta que no tenia treinta piés, bañada de continuas humedades hasta hacerse lodo; la habi-

tacion tan estrecha, que á los pocos que eran los obligaba á estar de dos en dos en una celda, y sobre esto cercada á la una parte de las carnicerías públicas, y á la otra de tabernas y bodegones, que molestaban la quietud religiosa ya con los golpes, ya con los gritos y cantares. A las velas con que se alumbraban servian de asiento las naranjas en vez de candeleros, y todas las alhajas eran de este talle, porque casi de todas carecian. El sustento era de aventura; porque como el Colegio estaba sin fundacion ni rentas, vivíase de la limosna que á las puertas recogian. No pocas veces experimentaron los efectos de la santa pobreza, pero lo que no daba Dios en abundancia para probar el sufrimiento de sus siervos, dábalo en consuelos interiores, con los cuales bien alimentado el espíritu de aquellos fervorosos operarios, trabajaban incansablemente en la viña del Señor.

Esta era y así estaba la casa, cuando entró en ella el P. Claver para no dejarla hasta la muerte; y en verdad que en más de 39 años que vivió despues, mejoró muy poco en comodidades, con lo cual siempre la tuvo al gusto de su corazon. Recibió luego órdenes mayores del Ilmo. Sr. D. Fr. Pedro de la Vega, de la Religion de Santo Domingo, Obispo de Cartagena. El Subdiaconado á 21 de Diciembre de aquel año; el Diaconado á 23 de Febrero, y el Sacerdocio á 19 de Marzo de 1616. Hasta que se ordenó de Misa fué su empleo acompañar al Padre Hernando de Nuñez, operario de gran nombre y espíritu y piedra fundamental de aquella Casa. Mientras el Padre trabajaba en lo que no podia ayudarle, leia un libro de Teología Moral que llevaba consigo, porque no le asiese el ocio en aquel tiempo. Estaba tan aventajado en ella, que si se ofrecia en los ministerios algo dificulto-

so, el humilde P. Nuñez recurria luego á su compañero, el cual resolvíalo con acierto y presteza, más por obedecerle que por ostentarse.

Ya sacerdote trató de disponerse á la primera Misa, como quien habia alcanzado con la lumbre superior la gran pureza con que debe ofrecerse tan alto sacrificio. Quien quiso desviar de sí aquella dignidad, por la reverencia que le infundia, ¿qué esfuerzos, qué prevenciones, qué penitencias y qué larga y ferviente oracion no haria para empezar á ejercitarla? Recogido á los santos ejercicios, dispuso una confesion general de toda su vida, en que fué mucho lo que lloró, con ser así que no hallaban los confesores de que absolverle. Las mercedes que en estos dias de retiro le comunicó Dios con larga mano, se manifestaron por los efectos. No parece que se podia mejorar su vida, segun era de perfecta; pero desde entonces fué tan otra, que la pasada parecia sombra y como aurora de la nueva que emprendió. Llegóse al altar el nuevo sacerdote, y ofreció con aquel corazon tan limpio y aquellas manos tan puras la ofrenda de la pureza misma, encendido como un Serafín, alegrando á los ángeles y edificando á los hombres con su extraordinaria devocion. Fué el primero de la Compañía que celebró en Cartagena misa nueva; díjola en la Capilla de la Vírgen del Milagro, imágen devotísima de nuestra iglesia con quien toda la vida tuvo regaladísimo afecto y gratitud, por haberle dado la Señora su altar para la primera funcion del sacerdocio.

LIBRO SEGUNDO

MINISTERIOS QUE EJERCITÓ EN CARTAGENA Y SUS CONTORNOS Á BENEFICIO DE LOS NEGROS

HASTA el año 1616 vivió sólo para sí el santo P. Pedro Claver; desde ahora para sí y para los prójimos, juntando y vivificando estas dos obligaciones con tan divino espíritu que daba á cada una todo el tiempo. Las horas de trabajo no parece que dejaban hombre para la oracion, ni las horas de oracion para el trabajo, ni entrambos ejercicios fuerzas ni sujeto donde ejecutar tan rigurosas penitencias. Pero Dios, que es maravilloso en sus santos, hizo de la vida de nuestro Pedro una hermosísima labor, donde luciesen todas estas virtudes juntas con admirable consonancia. A otros varones apostólicos llévales el Espíritu de Dios á varias provincias en busca de almas que salvar; mas al P. Claver le tuvo á pié quedo en Cartagena, trayéndole á ella las almas que habia de ganarle, para que no perdiese el tiempo que habia de gastar en los caminos. Allí estuvo cuarenta años sin quebrar ni rendirse: pero antes de verle trabajar es preciso conocer la ciudad de Cartagena y las varias razas de Negros que en ella evangelizó.

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA CIUDAD DE CARTAGENA Y VARIAS NACIONES DE NEGROS AFRICANOS QUE DESEMBARCABAN EN AQUEL PUERTO

CARTAGENA de Indias, hoy uno de los Estados-Unidos de Colombia, y antes capital insigne del Nuevo Reino de Granada, era en el siglo XVII una ciudad populosísima y emporio de riqueza y de comercio. Está asentada sobre una isla arenosa en aquella costa que mira al septentrion entre el golfo del Darien y el gran rio de la Magdalena en el mar de las Antillas.

Las murallas hoy derruidas, las iglesias y conventos yermos ó derribados, las calles y las plazas apenas frecuentadas y la famosa bahia desamparada casi por completo, no pueden dar idea al viajero de lo que fué en los dias del P. Claver, ni la tierra descubierta por D. Rodrigo de Bastidas, (1520) ni la ciudad fundada por D. Pedro y D. Alonso de Heredia (1533). Aquellos primeros descubridores y fundadores, entre los cuales se contaban religiosos y clérigos tan dignos como el historiador Juan de Castellanos, Fray Tomás de Toro, D. Francisco Diaz de los Santos, D. Gerónimo Ballesteros, que despues fué obispo de Venezuela, se dieron tanta prisa á levantar

iglesias y conventos, que al año siguiente de la fundacion (1534) se erigió Cartagena en sede episcopal y se llenó en breve de frailes de san Francisco y santo Domingo. De esta sagrada religion era D. Juan de Ladrada, quien gobernaba aquella diócesis por los años de 1605 cuando llegaron al puerto algunos padres de la Compañía de Jesus, que debian esparcirse inmediatamente por diversas provincias del Nuevo Mundo. Pero, á instancias del Obispo y del Gobernador D. Gerónimo Zuaso Casasola, se hubieron de quedar en Cartagena los Padres Francisco Perlin y Hernando Nuñez. Comenzaron á ejercer sus ministerios en casa de un caballero portugués, mientras iban recogiendo limosnas para edificar la iglesia y la residencia. Acompañábales el piadoso Obispo, saliendo con ellos por las calles y pidiendo de casa en casa y de puerta en puerta, ya que su pobreza no le permitia ayudar de otro modo al establecimiento definitivo de la Compañía. Con este noble ejemplo se animaron los Cartageneros, y en breve se llevó á cabo la obra de arquitectura más hermosa que hasta hoy se ha fundado en todo el pais [1].

Esta es la casa que santificó, y esta la ciudad que evangelizó el P. Claver con los trabajos y sudores de cuarenta años. A otro pecho no tan hambriento de padecer hubieran sido intolerables tantos afanes y molestias; pues sólo la destemplanza del clima es para quebrantar al más valiente. Al mismo P. Claver se oyó decir algunas veces, que solas las penalidades que lleva aquella tierra bien sufridas son indicio bastante de un buen espíritu.

---

[1] Historia de la Compañía de Jesus en la Nueva Granada por José Joaquin Borda. Poissy 1872.

Reinan en ella calores excesivos, ó como dice nuestro Juan de Castellanos que los padeció, [1]

No faltan calurosas pesadumbres,
Y cuasi siempre suda la mejilla:

Sólo se templan algo desde Diciembre á Marzo con el viento que sopla del nordeste. En los meses que restan, abrasa tanto el sol, que á cielo abierto es insufrible. Las tormentas son horrorosas, las enfermedades que se producen con la variedad de temperatura son varias y malignas, como el vómito negro, la lepra ó mal de san Lázaro, la culebrilla, que suele terminar en gangrena con pasmos y convulsiones. La infestan además mil sabandijas, y muchedumbre de insectos que llaman cucarachas, niguas, alacranes y ciento-piés. La plaga más comun es la de moscas y mosquitos, que hierven en todas partes y lastiman con sus aguijones hasta levantar ronchas envenenadas. Con todo eso, la ciudad que parecia inaccesible y al amor de la vida tan repugnante, era requerida por la codicia humana, y acudian allí de todas las nacio-

[1] Varones ilustres de Indias, Parte III, Historia de Cartagena, Canto I. Del mismo autor es la noticia siguiente:

Año de treinta y tres era llegado
Del parto de la Virgen Soberana,
Cuando para viaje deseado
Al manso viento dieron la mesana,
Por no lo ser entonces destemplado,
Antes hallaron siempre la mar llana;
Y á trece dias ya del mes de Enero,
Vieron á Calamar, pueblo frontero.
Al cual llaman agora Cartagena...

nes como á lonja universal del occidente. Obligaban á esto la copia de oro y plata que como rios desembocaban en aquel puerto de todos los manantiales de las Indias. Por él entraba y salia el comercio de Méjico, del Perú, del Potosí, de Quito, y de todas las islas adyacentes.

Desembarcaban tambien en este puerto innumerables Negros africanos, no como mercaderes ó tratantes, sino como un artículo de comercio, en cuya compra ó venta se negociaban ganancias muy considerables. Ellos eran los que llevaban todo el trabajo de las Indias así en el laboreo de las mismas, como en el cultivo de los campos. Iban los mercaderes á comprarlos á las costas de Guinea, Angola y otras tierras donde aquellos infelices se vendian públicamente por sus dueños, de quienes quedaron esclavos en las guerras que traian unos con otros, y los daban á precio de vino, aceite y bastimentos de que se carece por allá. El que más costaba de primera compra seria valor de cuatro pesos, y en Cartagena se vendian por doscientos y más. Su número era tan crecido que en el discurso del año pasaban de diez á doce mil los que se traian, y en el de 1633 se vieron catorce navíos juntos en el puerto sin otra mercadería que los Negros, con la carga de ochocientos ó novecientos cada uno. Los mercaderes que los compraban, atentos algunos solamente á ganar con ellos, no cuidaban mucho de aquellas pobres almas, y el que más hacia en beneficio suyo era dejarles que se hiciesen cristianos, á lo cual poco repugnaba la cortedad de sus entendimientos vencidos del respeto y del temor á sus amos. Con esto los bautizaban sin instruirlos en el sacramento que recibian, ni en los misterios que habian de creer, ni en los pre-

ceptos que debian observar. En muchos el bautismo no era más que ceremonia postiza ya que no fuese sacrilegio, y todos necesitaban de catecismo, porque traian los ritos de gentiles encubiertos con el sacramento de cristianos. Las calamidades, las miserias, y las horruras que padecian en la navegacion no se pueden con palabras explicar. Hacinados como en rediles en el fondo de los navíos, iban sin otro abrigo para cubrirse que el que les dió la naturaleza y los hierros que los aprisionaban; mal alimentados y revueltos en sus mismas inmundicias, con un calor y tufo de unos á otros, que con la estrechez del lugar causaban un hedor más intolerable que el de cuerpos muertos. ¿Pues qué si picaba la enfermedad en ellos, y casi nunca dejaba de picar? ¿Qué si las viruelas los herian, achaque muy ordinario y en ellos tan pestilente y hediondo? Pegados los enfermos á los sanos, perecian á centenares cada dia, quedando los demás sepultados en la podredumbre y corrupcion de los cadáveres. No hay ponderacion para exponer las desdichas de esta gente, y más cuando se imaginaban, y así corria la voz entre ellos, que les traian para que su sangre sirviese de teñir las banderas de los blancos y sacarles la grasa y carenar los buques.

Baste decir que no pocos de aquellos desgraciados por acabar de una vez con tantos trabajos, solian obstinadamente negarse al alimento (emperrarse llaman allá), y preferian una muerte pronta y desesperada á tan penosa y afanada vida.

Y eran los que se traian de varias costas y de ellas muchas naciones en lenguas y en genios muy diversas. Los de los Rios de Guinea eran más de treinta naciones y otras tantas lenguas. A estos llamaban Negros de ley,

por ser más prietos, de mejor gesto y talle, de más alentado corazon, de fuerzas más robustas; gente huraña y por naturaleza intratable, de pocas razones y de fiereza melancólica. Los que confinaban con los moros traian pegados muchos de sus errores y toda la terquedad de la raza mahometana. Los de Angola y Congo, de donde eran los más que llegaban á aquel puerto, en grande variedad de naciones, eran afables en el trato y de mucha blandura y docilidad; venian á nuestra santa Fé con gusto y con fervor, y viendo bautizar á los que de allá no traian el bautismo, los que ya lo recibieron se ponian de rodillas para que se les volviese á administrar, y era menester hasta destreza para desengañarlos de su piadoso error. Las mujeres de aquella tierra venian menos desnudas, cubriéndose con cortezas de árboles. La lengua general de ellos es la Angola, algun tanto alterada en las tres naciones de Congo, Mungiolos y Anchicos. Los demás Negros se traian de las islas de Sto. Tomé, Carabal, Arda y Mina, donde si bien no los habia, pasaban de las costas al cultivo de la tierra. Si alguno nacia allí, hablaba una lengua mestiza de la portuguesa y de la propia de su casta. El precio vil á que éstos se compraban, declara su miseria sobre todos los demás; pues cuatro astas de buey era el precio de cada uno. De condicion salvaje, y más que fieras en el apetito de carne humana, llegaban á no perdonar la de sus hijos; con dientes firmes y agudos como leznas roian á manera de perros los huesos de la racion que se les daba, y quebrantados menudamente entre las piedras, los echaban despues en la boca como si fuera anís. Tenian de bueno estos infelices que se rendian fácilmente á recibir la fé, con especialidad los de Arda, que en Cartagena

llamaban Araraes, que se bautizaban con muchas demostraciones de devocion [1].

Esta era Cartagena, y este el concurso de su puerto, plaza de reseña á todas las naciones. Aquí fijó Dios al P. Claver más de cuarenta años que corrieron desde que se ordenó de sacerdote hasta que murió, y propiamente fué como fijarle, pues todos ellos estuvo clavado en dura y perpétua Cruz. Ni su celo, ni su paciencia podian hartarse sino aquí, donde era tan abundante la cosecha asi de almas como de trabajos. Los operarios que peregrinan á varios climas descansan de los rigores de unos en la benignidad de los otros, y cuando fuesen destemplados todos, es de algun alivio la mudanza. Desde Cartagena fué en cierta manera Apóstol del mundo, porque todas las naciones del mundo pasaban como muestra en Cartagena. Campeó más la luz de su apostolado cabe la sombra y miseria de los Negros, porque este admirable varon, elegido por Dios para beneficio espiritual de aquella gente desdichadísima, trabajó por la salud de sus almas entrañablemente, con teson y aliento hasta ahora nunca visto en la tierra, y por ventura sin igual en adelante.

Comenzó este ministerio acompañando al P. Alonso de Sandoval. Y porque este varon verdaderamente apostólico fué maestro del P. Claver, y el que felizmente dió principio á una obra de tanto servicio y gloria de Dios, diremos en el capítulo siguiente los motivos que le obligaron á emprenderla, haciendo una relacion sumaria de su vida.

---

[1] Véase el Apéndice; y sobre la trata de Negros ya histórica ya moralmente considerada léase el P. Molina, De Justitia. Tract. II, disput. 34, 35 y 36.

CAPÍTULO II

BREVE COMPENDIO DE LA VIDA DEL FERVOROSO P. ALONSO DE SANDOVAL, FUNDADOR DEL APOSTOLADO DE LOS NEGROS

No es fácil ceñir á un capítulo la materia de un libro entero; mas ni el intento que proseguimos permite más, ni el reconocimiento al fundador de empresa tan heróica en que trabajó el P. Claver, convirtiendo á la fe más de trescientos mil negros, sufre que pasemos por alto su memoria. Tristan Sanchez natural de Toledo y doña Maria de Figueroa, criolla de la Ciudad de Lima, en piedad y sangre muy ilustres, lograron como fruto de bendicion tres hijos y cuatro hijas todos religiosos, uno de los cuales fué el P. Alonso de Sandoval. Hubiéronle en Sevilla yendo de viaje para Lima, á donde por merced de Felipe segundo, iba su padre como Contador de las Cajas Reales de aquella Ciudad. Nació á 7 de Diciembre de 1576 dia de S. Ambrosio. Dotóle el cielo de condicion suavísima y muy inclinada á la virtud, con que se grangeó desde niño todo el amor de sus padres. Crióse en el Seminario de San Martin, que tiene la Compañía en Lima, donde pidió fervorosamente ser admitido en ella, y lo consiguió despues de bien examinada su vocacion. La firmeza de ésta se dió luego á conocer en el

espíritu con que abrazó la disciplina religiosa, y en la impaciencia santa de no esperar el fin y largos plazos del noviciado para consagrarse á Dios con los tres votos. A los seis meses pidió licencia al Maestro de novicios para hacerlos por su devocion, y permitióselo bajo la fianza que tenia de su virtud, bien acrisolada con recias y prudentes experiencias. Habíale probado perfectamente el P. Cristóbal de Obando, Maestro suyo, hombre espiritualísimo, y de gran caudal para guiar las almas á la perfeccion; y como vió las fuerzas robustas y macizas de su novicio, cargábale de mortificaciones, sin miedo que quebrase. Mucho tiempo le hizo andar en público con traje despreciado, sufriendo las interpretaciones que daban en su descrédito los que no sabian que era ejercicio de virtud. Oíalas él con grande paz, holgándose más de ser mofado que ellos de mofarle. Y esto en edad tan tierna y en una ciudad como Lima, donde era tan conocido, y sus padres vivian en grande estimacion y lucimiento. Tres meses antes de acabar el noviciado, le pasaron á estudiar filosofía, con mucho dolor de su corazon porque le cercenaban un tiempo tan sabroso para su espíritu, en que solamente vivia de mortificacion y trato con Dios. Oyendo filosofía hizo los votos en manos del P. Juan Sebastian, Provincial entonces del Perú, cuya santa y penitente vida es muy notable entre los varones ilustres de la Compañía. Este santo varon amó y estimó siempre con tierno afecto al P. Alonso de Sandoval, llevado de la virtud que conoció en él; porque solamente la saben conocer y amar en otros los que la tienen en sí mismos. Estudió la filosofía en Lima y la teología en Cuzco, y entrambas tan felizmente que coronó su carrera con un acto público, que defendió con gran satis-

ſaccion de su doctrina. Allí mismo acabó la tercera probacion, para acrecentar no para reparar el fervor que no se habia entibiado con la tarea de los estudios. Al fin de ella le mandaron que se ordenase, mas él rehusólo con modestia y eficacia teniéndose por indigno del sacerdocio. Así que, el recibirlo fué para obediencia, tan semejante al P. Claver en la humildad como en el celo de la salvacion de los Negros. Con muchas prevenciones de penitencia y oracion cantó la primera Misa asistiéndole de padrino el P. M. Fray Luis de Vera, hermano suyo, y Comendador á la sazon del Convento de Nuestra Señora de la Merced en Cuzco. Era Rector de Nuestro Colegio el Santo P. Diego Alvarez de Paz, que regocijó mucho este dia como tio del misacantano con su apacible santidad. Este es aquel grande Maestro de espíritu, que en la dulzura celestial de sus escritos, da bien á sentir que la alcanzó milagrosamente de la Vírgen.

Por este tiempo entró la Compañía en Cartagena, y como no habia Provincia en el Nuevo Reino de Granada, la del Perú proveia de sugetos á las otras fundaciones. Cúpole á la de Cartagena el P. Alonso de Sandoval, y al momento partióse para su puesto, sin otra prevencion que el Breviario y sus papeles, siendo el viaje por tierra prolijo y trabajoso, y la navegacion por los dos mares del Sud y del Norte harto peligrosa. Habia de pasar por Lima, donde todos le quisieron detener, y para conseguirlo tomaron por pretexto la vecindad de la cuaresma, obligándole con mucha instancia á que ayudase á sus hermanos. Redujo el deseo de trabajar, al que habia cerrado los oidos á los gustos de la carne. Asistió aquel tiempo á las confesiones de la gente pobre, y con particular aficion á los infelices Negros. Dotóle Nuestro

Señor de admirable talento para ganarlos, y el consuelo interior que experimentaba en este ministerio, hízole para con ellos tan afable y cariñoso que venian á enjambres á su confesionario. Si antes le deseaban en Lima por su virtud, ahora llevaban pesadamente perderle por su habilidad en todos los ministerios. Diéronle fuerte batería para que desistiese ó retardase su viage, pero ninguna mella hicieron sus dos Maestros para no dejar padres, deudos, amigos y paises deliciosos, en busca de las ovejas descarriadas.

Llegó á Cartagena en Junio de 1605 y halló la casa desprovista de todo, pero rica de trabajos. Pocas ha tenido la Compañía en que se haya servido á Dios con más fineza y perfeccion, y ninguna que haya padecido tanto de persecuciones y pobreza, dotada de estos bienes desde su primera fundacion; efectos inequívocos de lo mucho que Dios la amaba, y el demonio la aborrecia. ¿Cómo no habia de amar Dios á la que le ganó tantas almas? ¿y cómo no habia de aborrecer el demonio á la que le hacia tan cruda guerra? No se puede dar en esta vida más alto galardon á los servicios de Dios, que padecer muchos y grandísimos trabajos por su amor. Habia en casa tres sacerdotes, sin ningun Hermano, y el Superior de ellos era el P. Juan Perlin, religioso perfecto y predicador de gran celo y espíritu apostólico. Obligóles la necesidad á mendigar para vivir, y de comun acuerdo se dió este cuidado al P. Sandoval. Tres años anduvo de puerta en puerta, vinculadas en su alforja todas las provisiones de casa; hasta que se recibió un Hermano, que pudo descansarle, despues de instruido por un año en compañía suya de la modestia y edificacion con que debia proceder en aquel empleo. Mientras lo ejercitó el

P. Sandoval es increible el trabajo que tomaba para satisfacer á su fervor. Hacia todos los oficios de puertas adentro, sirviendo á todos con humildad de esclavo, y aliviándoles con amor de madre. Iba á comprar lo que se habia de comer, y llevábalo á casa de una mujer virtuosa llamada Beatriz Lopez para que lo aderezase. Sobre todo esto, acudia el buen Padre á las confesiones, doctrinas y pláticas, descansando siempre de unos trabajos en otros más penosos.

Con ocasion de unos Caciques del Darien y Uraba que vinieron á Cartagena con presentes al Gobernador y Obispo, vínole deseo al P. Vice-Provincial Diego de Torres, que se hallaba en la ciudad, de ir á sus tierras á introducir el evangelio, lastimado de ver que estando tan á las puertas de la Provincia, las tuviesen tan obstinadamente cerradas á la luz. Propúsolo á los religiosos, y el ardor del P. Sandoval previno á los demas, ofreciéndose de rodillas á servirle de compañero. No tuvo otro fruto la jornada, que mucho padecer, y pasar grandes peligros los fervorosos Padres. Porque aquella gente empedernida á nada se movió sino á pedirles de lo que llevaban; y cuando no tuvieron que dar, les quisieron quitar la vida, y banquetear sacrílegamente con sus carnes. Pero guardólos Dios para que en otras partes lograsen el fruto de su celo. Cogióle muy copioso el Padre Alonso de Sandoval en otras misiones, en que le acontecieron sucesos harto raros. Tal fué el de un hombre que andando por las costas de Tulú, se confesó con él movido de la fama de su santidad. Habíasele hecho encontradizo el demonio en forma de mujer, tentándole á pecar, mas él con honestidad constante rebatia las instancias de su mal deseo; hasta que cediendo luego á

darle gusto y ya para cumplírselo, clavósele una espina y lastimado exclamó: *Jesús sea conmigo.* A esta vez se desvaneció con un estallido horrendo aquella hermosura fingida, parando en humo lo que habia sido fuego de la concupiscencia. Quedó asombrado y agradecido á Dios de haberle librado de aquel riesgo. Hizo confesion general con el Padre, y bien instruido con sus consejos santos vivió despues cristianamente.

Salió á Mision el P. Rector Juan Perlin llevando consigo al P. Sandoval, á las ciudades de Zaragoza, Cáceres y los Remedios. A este designio principal, se añadia el de recoger algun socorro de limosnas, para no tener que rendir á la miseria y necesidad aquel Colegio, plaza tan importante al servicio de Nuestro Señor y al provecho de tantas almas. A Cáceres y á los Remedios fué el P. Rector, y el P. Sandoval á Zaragoza, tierra enfermiza y de mal temple. Hizo maravilloso fruto con aquel ministerio nunca visto en aquel país, y trabajó con tal ahinco que estuvo á punto de perder la vida, y enfermó tan peligrosamente que se previno con los últimos sacramentos, llegando una vez á cubrirle con la sábana dejándole por muerto. Llegó la nueva de su peligrosa enfermedad al P. Rector, el cual con exceso de caridad rogó á Dios, que fuese servido de trocar las suertes, llevándole á él ya inútil para el trabajo, en vez del P. Sandoval mozo aún y de grandes esperanzas. Puso á san Ignacio N. P. por intercesor, y aparecióselo el Santo, asegurándole la vida del P. Sandoval, para que la emplease en la salvacion de los Negros. Pero Dios nuestro Señor dejó la vida al P. Sandoval para que le sirviese, y alargósele al P. Perlin para que trabajase más y se gozase en los trabajos de su súbdito. Edificada Zaragoza

con su ejemplo y agradecida á los afanes de su apostolado, se los renumeró con gruesas limosnas. El premio de más estimacion, fué una imágen de la Sma. Vírgen, que en decente capilla es honrada en nuestra Iglesia de Cartagena; llámase la Vírgen del Milagro, porque un rayo que se encaminaba contra ella, quemó é hizo cenizas un paño que la defendia sin osar ofender el rostro de la Señora. Esta sagrada Imágen fué todo el amor y toda la confianza del P. Sandoval. En presencia suya empleaba largos ratos de oracion, y no emprendia ministerio que no lo consultase con Ella y pusiese á su amparo, ni salia á ninguna jornada de la cual no trajese para Ella algun adorno, proveyendo de quien le labrase la Capilla y sirviendo él mismo de perpetuo Capellan todos los dias que vivió.

No ignoraba que era su vida de milagro para la salvacion de los Negros, por cuyo respeto se la conservaba Dios, en cuyo amoroso corazon caben las almas de aquellos miserables, que el mundo no sabe sino explotar y despreciar. Empezó á amarlos más tiernamente conociendo lo que Dios los amaba, y en tres misiones que luego hizo en los contornos de Cartagena, ellos fueron todo su cuidado. Tratábalos con notables caricias, consolábalos en sus trabajos y halló por muchas experiencias que el beneficio principal se les debia hacer en Cartagena, cuando desembarcan, y que esta obra no era para emprendida á la ligera, sino para dedicarse á ella muy de veras. Como entran todos por aquel puerto y en tan numerosas armazones, que así llaman á las cáfilas ó muchedumbres juntas de los Negros, en el supuesto que venian bautizados no se examinaba este punto, y sin estarlo muchos, pasaban por cristianos. Como tan

bozales, y llevados luego á las minas ó á las estancias (este nombre tienen las heredades grandes) se les administraban los Sacramentos, sin haber recibido el primero y puerta de los demás. A los que no faltaba el bautismo, faltábales instruccion así en la fe tan mal creida, como en la ley peor guardada, siendo rarísimo el que, si era cristiano, supiese cómo habia de serlo para salvarse. Para ocurrir á tanto daño de aquella pobre gente, efecto más de ignorancia que de malicia, en desembarcando armazones de Negros iba luego el P. Sandoval á sus alojamientos con un intérprete de aquella lengua. Reconocia primero los enfermos, siempre en gran número por los trabajos casi infinitos que padecen en la navegacion. Empezaba la visita por la salud del alma, sin detenerse en la del cuerpo ya sin esperanza de remedio. Si estaban bautizados, los confesaba y disponía á bien morir, segun el peligro demandaba; si no lo estaban, con la instruccion que permitia la priesa de la enfermedad, les administraba el santo bautismo, y á muchos no les alcanzaba más vida que la precisa para recibirlo; que sólo parece que aguardaban á morir cuando se les diese aquel pasaporte para el cielo. En los que la enfermedad daba más plazos, acudia primero á su alivio corporal, agasajábalos con agradables razones, con muchos regalos de comida y con agua fresca, que es uno de los más apetecidos en aquella tierra y más á los que salen de la mar. Reparada así su hambre y su sed, que es la mayor parte de sus enfermedades, se trataba del alma aplicándoles remedios oportunos; si eran ya cristianos la confesion, y si se hallaba que no lo eran el bautismo, disponiéndolos á cada sacramento. Con los sanos, despues de diligente exámen y enseñanza de la

doctrina, guardaba el mismo estilo, ganándolos á todos con amorosos agasajos y haciendo increible fruto en aquellos desgraciados.

No pudo sufrir el demonio que el santo P. Sandoval le arrancase tantas almas, y le levantó una gran persecucion para descomponerle todo el ministerio. Despertó en la jurisdiccion eclesiástica no sé que celos de que la Compañía se hubiese introducido en los bautismos de aquella gente, y por imaginadas conveniencias se irritó sobre manera de que se le entrasen en su hacienda *propia*. Mandaron al P. Sandoval que desistiese del empleo, pero respondiese de nuestra parte con modestia, alegando los privilegios de la Religion para administrar sacramentos á los prójimos. Vino el negocio á recurso y debate del Juez Conservador, y los golpes más recios cayeron sobre el P. Sandoval, dulcísimos ciertamente á su espíritu, si no hubiese de desamparar aquellas almas. Parecióle que todo se compondría si los interesados tomaban informaciones sinceras, y así pidió á algunos de los Capitulares tuviesen el gusto de hallarse presentes y ver por sus ojos aquel controvertido ministerio. Vieron pues el sumo trabajo de examinar á los Negros, el cansancio en instruirlos, la mortificacion en sufrir tan de cerca su hediondez; y desengañados que no era oficio sino para religiosos de espíritu apostólico, lo dijeron así al señor Obispo. Muy edificado su Ilustrísima, confirmó este parecer habiéndose hecho el catecismo en su presencia, y mantuvo al P. Sandoval en pacífica posesion del ministerio de los Negros, mandando que nadie le impidiese.

Encendido el santo Padre en amor de Dios y de aquellos pobrecitos, no se puede ponderar lo que trabajó en asistirlos y ayudarlos: no habia hora del dia

ó de la noche que se negase á su consuelo, porque en nada lo experimentaba mayor que en socorrerlos. Ni las inclemencias del tiempo fueron estorbo á su fervor, ni sintió jamás algun miedo de menoscabar la salud. ¿Y por qué habia de temer, gastándola en el empleo para que Dios se la guardó? Cebado santamente en la ganancia, buscó intérpretes de las naciones que más comunmente llegaban á aquel puerto. Teníalos en un libro por sus nombres y los de sus amos y las calles donde vivian. Agasajaba entre año á los intérpretes para que acudiesen con gusto en la ocasion, y á los amos para que no les dificultasen la licencia. Hizo otros dos libros distribuidos por títulos de todas las naciones de los Negros; y en bautizando hombre ó mujer, escribia su nombre debajo del título de su nacion, con las señas de rostro, manos ó talle que le distinguian de los demás. Estos libros le acompañaban siempre; y cuando encontraban algun negro ó negra en los ranchos, en los trapiches ó en los caminos, lo examinaba luego si estaba bautizado; y si no lo estaba, lo instruia y bautizaba con un pomo de plata, en que traia agua bendecida para estas ocasiones. En siete años se halló que habia bautizado más de treinta mil, y los tres mil ciento treinta y tres corrian antes en opinion de cristianos. No contento de lo que hacia por sí mismo, escribió un libro donde apuntó sus experiencias, para que acertaran mejor los que habian de sucederle en el desempeño de aquella obra. Trabajo utilísimo, que suelta maravillosamente las dificultades y desembaraza el camino á los obreros apostólicos.

La fama de este ministerio que daba tales frutos y los prometia mayores á la Iglesia, hizo gran ruido en todas partes, y llenó al P. Sandoval de innumerables testimo-

nios y cartas, en que los hombres más graves y más perfectos de la Religion le daban las gracias de haberlo comenzado, le animaban á proseguirlo y le rogaban los hiciesen participantes del fruto de sus trabajos. Los primeros en este reconocimiento tan debido fueron los Generales de la Compañía; y el P. Mucio Vitelleschi temiendo que si llegaba á faltar el P. Sandoval, decayese aquella grande obra ordenó que se pusiesen otros bajo la disciplina de tan inteligente maestro, para que aprendiendo de él á ejercitarle, pudiesen sustituirle. Cupo tan dichosa suerte y mandamiento al P. Pedro Claver estando próximo al sacerdocio, y en recibiéndolo entró en la escuela del P. Sandoval. Anduvo como un año en compañía suya, ensayándose con su direccion y ejemplo para apóstol de los Negros. Como de Elías, Eliseo, heredó el P. Claver del P. Sandoval el espíritu doblado. Recibia con docilidad y rendimiento las instrucciones que le daba su maestro; pero él no tanto miraba la certeza de ellas, como el celo y caridad en que le veia arder. El fuego de estas virtudes derramado y acrecentado en el pecho del P. Claver, le habilitaron muy pronto para tan heróico ministerio; porque la caridad de Dios enseña repentina y vigorosamente, mientras la enseñanza y amaestramiento humano obra con espacio y languidez. Instruido ya el P. Claver en aquel empleo, hubo de quedar á solo su cuidado y diligencia el año de 1617, por causa de un viaje forzoso á Lima del P. Sandoval. Aquí pudiéramos poner término á la noticia de este apostólico varon, pues el motivo de divertirnos á ella, fué mostrar los principios que tuvo el apostolado de los Negros, á quién se debió su fundacion, y quién introdujo al Padre Claver en este ministerio. Pero seria grave injuria

á su memoria santa, y perjuicio de nuestra edificacion no seguir siquiera rápidamente el resto de su vida.

En camino tan largo y trabajoso á la capital del Perú fué haciendo continua mision; no llegaba á ningun pueblo en que no predicase, enseñase la doctrina y visitase los enfermos. Alguno de los que confesaba morian luego en recibiendo la absolucion, como muchos negros, segun dijimos, en recibiendo el santo bautismo. Examinaba á éstos indispensablemente en cualquiera parte que los encontrase; y hallándolos sin el primer sacramento se detenia á bautizarlos. En Lima, ademas de dar traza en los negocios que le habian traido, dió en los contornos diez y seis misiones, revalidando un sinnúmero de confesiones y bautismos. Concluidos felizmente sus negocios, se restituyó á Cartagena, volviendo á sus queridos ejercicios de la salvacion de los Negros. Mas como el P. Claver bastaba para todos los ministerios de la ciudad, salia el P. Sandoval á las costas de Tierra-Firme, y en cuatrocientas leguas que se extienden no dejó poblacion, rancho, ni estancia sin cultivar con sus afanes apostólicos. De ahí pasó á otras tierras más retiradas de la costa; todo lo alumbraba y todo lo purificaba con las luces de su predicacion y de su virtud. De Maracaybo al Rio de la Hacha, le libró Dios una noche del gravísimo peligro de caer en manos de aquellos feroces indios que cortan y sajan para sus mesas bárbaras á los españoles que encuentran, y de las testas de ellos hacen copas para sus embriagueces. Alcanzó tan grande veneracion áun en la gente más bozal, que á los negros fugitivos bastaba un precepto del Padre para reducirlos de los montes á la servidumbre de sus dueños.

Tuvo á su cargo la Procura del Colegio largo tiempo;

fué Rector tres años y muchos su Ministro; y en todos los empleos se le halló cabal y acertadísimo. Cuando Procurador, cuidaba del aumento temporal sin desasosiego, cuando Rector celaba la observancia sin ofensa; cuando ministro proveia sin embarazo á todas las cosas de las más grandes á las más menudas. Jamás el tropel de las ocupaciones desconcertó sus santos ejercicios, y por mucha priesa que le diesen, habian de aguardarle á la puerta hasta cumplir su devocion. Despues les daba cumplido despacho, portándose en ellas como dueño sin permitir que el bullicio de las cosas exteriores entrase á perturbar su corazon. Acrecentó la casa con muchas y gruesas limosnas, no sacadas con importunidadas molestas, sino debidas á su virtud y apacibilidad. Recibíalas con agradecimiento y gusto, para acudir á las necesidades de los siervos de Dios, convencido que todo el cuidado en su asistencia redunda en beneficio de la comun observancia. Consolábase mucho en poder por su mano sustentar aquellos infatigables operarios que sudaban continuamente en la heredad de su Señor, y que ya que eran inútiles sus fuerzas, pudiese trabajar con las de todos, pues á todos alimentaba. Mas no por esto remitia un punto de su trabajo en bien de los prójimos, antes se daba por más obligado á promoverlo con su ejemplo. El era el primero en emprender la tarea de los ministerios y el último en dejarla. El confesionario, los catecismos, las misiones nunca le echaron menos, siendo Superior; porque el serlo no lo consideraba como privilegio, sino más bien como estímulo para más trabajar. Acompañó cuando Rector á un infeliz que iba arrastrado á la horca, y aunque otros religiosos le ayudaban, el fervor del Padre Sandoval atrajo diestramente sobre sí todo el peso

del sentenciado, aliviando á los demás á costa de su fatiga. El cansancio y el ardor del sol le pusieron á riesgo de morir, porque se le derritió alguna parte de las entrañas, y las arrojó con abundancia por la boca.

Fué hombre de gran sinceridad y llaneza, decia la verdad desnuda sin disfraces ni equívocos; de paciencia inexpugnable en las injurias, respondiendo á ellas con el silencio, y vengándose con nuevos beneficios. La limpieza de su castidad nos la dejó escrita en el libro que compuso de cómo se ha de ayudar á los Negros; allí enseña cuál ha de ser el recato y circunspeccion del obrero evangélico, y tal era la que el padre profesaba. No fué menos rigurosa su pobreza, pues cuarenta años de procura no pudieron pegarle el corazon á ninguna comodidad ó regalo propio. Cuanto vestia de piés á cabeza era de viejo; en la celda vivia tan pobremente que ni por devocion tenia más alhajas que una cruz de madera sin pulimento alguno. Jamás se le vió replicar ni contradecir á la obediencia, áun en cosas árduas y que algunas veces le lastimaban en la honra y estimacion. ¿Qué diré del sufrimiento en penosísimas enfermedades? Con tener todo el cuerpo lleno de fístulas, manantiales de podredumbre, jamás se le oyó la menor queja, ni quiso comer carne en dias en que la Iglesia lo prohibe. Así acudia al trabajo como los más sanos, y así se maltrataba con penitencias como los más robustos. Con aquel semblante bello y siempre sonroseado supo disimular lo mucho que padecia; pero con todo eso, se llegó á entender su padecimiento, y reconociéndole el pecho para curarle, asombrado el Superior y horrorizado al ver aquellas llagas, exclamó con lástima: *¿Como es posible que viva hombre que tal tiene?*—En estos y otros trabajos, no decia más palabra el bendito Padre sino: *Gracias á Dios, glorificado sea Dios.*

En los dos años últimos de su vida se fueron ahondando las llagas, y despedian una materia tan maligna y hedionda que eran hervideros de gusanos; y con verse en tan lastimero estado estuvo el buen P. Sandoval como un Job con una alegria y conformidad del cielo. Para que imitase más perfectamente á su Señor en la Cruz quiso Dios que los de fuera le olvidasen, y que apenas pudieran asistirle los de casa, por ser pocos y los ministerios muchos, con que era fuerza dejarle á solas todo el dia. Estaba pues en aquella pobre cama, el rostro levantado al cielo, y puestas las manos ante el pecho ofreciéndole á Dios continuamente dos sacrificios, uno de alabanzas y otro de los tormentos que sangrientamente ejecutaban en él aquellas crueles sabandijas, lentos y bulliciosos verdugos de su inocente cuerpo. Con todo, se esforzaba á levantarse por la mañana, y asido á las paredes bajaba á decir Misa, en que tenia todo el consuelo de su espíritu, hasta que por fin le rindieron los accidentes de la muerte. Dispúsose á ella, aunque estuvo siempre tan prevenido, despojóse de lo que usaba, que eran sus papeles, un breviario viejo, y un libro espiritual que dió á un Hermano, para remunerarle el afecto con que acudia á los Negros, y le rogó que prosiguiese en aquel ejercicio. Recibidos con gran ternura los Sacramentos, en santa vejez, y colmado de buenas obras acabó en paz, á tiempo que los Angeles la anunciaron en la tierra á los hombres de buena voluntad, como lo fué el bendito Padre. Murió el dia de Navidad entre una y dos de la mañana, naciendo al cielo cuando nació Dios á la tierra, el año de 1652 á los setenta y seis de edad, cincuenta y siete de religion y cuarenta de profesion de cuatro votos.

CAPÍTULO III

EJERCITA EL P. CLAVER EL MINISTERIO DE LOS NEGROS ESTILO QUE GUARDABA EN LOS CATECISMOS

Al favorable viento del Espíritu Santo, que le impulsaba con fuerza á los mayores sacrificios, tiende el P. Claver todas las velas de su celo. Adornado de excelente ingenio y cultivado con los estudios de la Compañía, tan ventajosamente como hemos visto, todo lo consagró á unos pobres y bozales Negros; escondiendo entre sus horruras lo que pudiera grangearle aplausos en las cátedras y púlpitos, porque juzgaba que lo más subido de las ciencias es despreciarlas por amor de Dios. Nunca ostentó más conocimientos de los que pedia aquel humilde ministerio, contentándose con parecer hábil únicamente para aquello en que le mandaba el Señor que le sirviese. El amor que le infundió su Majestad á aquellos miserables, bien parecia participado del divino; porque en la tierra no hay amor de madre hácia sus propios hijuelos que pueda igualarse á las finezas que usaba el varon santo con los pobrecitos Negros.

Fué tan conocido este cariño en el celoso Padre, que en arribando algun navío, se apresuraban todos como sobre apuesta á darle la primera nueva, sabiendo que las albricias eran nueve misas. Los Gobernadores y perso-

SAN PEDRO CLAVER

socorriendo á los Negros de una armazon llegada al puerto de Cartagena.

nas de más autoridad se adelantaban á avisarle para darle aquel gusto y ganar los primeros aquel espiritual socorro. Entonces el regocijo santo le ponia al bienaventurado Padre como un angel, rejuveneciéndosele el semblante marchito y desfigurado por la penitencia. Arrodillábase á dar gracias á Dios de haber traido á salvamento el navío en que venian tantas prendas de su corazon. Informábase qué lenguas eran las que hablaban y buscaba intérpretes. Iba luego á la playa con grandes provisiones de diversas viandas y bebidas, como conservas, frutas, limones, aguas frescas y aromáticas, aguardiente y tabaco, deleite y golosina de aquella gente, á quien, decía, que era preciso hablar antes con la mano, que con la lengua, y que aquellos regalillos eran el anzuelo más poderoso para apresarlos. Con todo este aparato entraba en los navíos y su primer saludo era abrazarlos uno por uno y estrecharlos tiernamente contra su pecho, cual padre á sus queridos hijos, exhortándolos á que no temiesen. Porque aquellos infelices venian impresionados del demonio, pensando que los traian al degüello para dar con su sangre carena á los navíos, y tinte rojo á las banderas, y para hacer manteca de ellos, y otros desatinos semejantes. Decíales por los intérpretes que respirasen de aquel vano miedo, porque no los traian á la muerte sino á la vida verdadera á que habian de renacer por el bautismo, y á la felicidad de hijos de Dios, sacudida la servidumbre, en que hasta entonces los tuvo el demonio: que los blancos les harian todo buen tratamiento: que viesen y palpasen el desengaño en los Negros que les hablaban, los cuales nacidos en su país, de donde los trajeron tan bozales como á ellos, estaban bien hallados en aquella tierra: que él venia á ser-

les su protector, su abogado, su maestro y su padre, como lo experimentarian en las muestras de su amor. Era tan tierno el que les tenia, que le salia al rostro, y mirándolos y mirándole ellos, les decia más á los ojos, que los intérpretes al oido. Entendíanle aquella habla muda del mirar, más elocuente que toda la retórica para dar á conocer los afectos del alma, y con una oculta simpatía se les iba el corazon tras aquel prodigio de caridad. Repartíales luego lo que llevaba, porque solia decir que la liberalidad era la persuasiva más eficaz para ganarlos; y á un piadoso amigo pidiéndole limosna para estas ocasiones, decíale con gracia: *Navío de Negros ha venido, necesario es anzuelo.* Entendíale el amigo y enviábale grandes provisiones de bastimentos. Tomaba informacion de los niños que habian nacido en el viaje, para lavarlos con el agua del bautismo, de los enfermos que corrian peligro, para examinar si estaban bautizados; si era así, los confesaba; si no, los disponia á recibir el primer sacramento, y luego se lo administraba. Muchos de ellos así niños como adultos, espiraban en recibiendo de sus manos las llaves para entrar en el cielo. La alegría que gozaba en estos lances, le alentaba á mayores trabajos, persuadido que todos eran poco para merecerla. Acariciaba á los enfermos, limpiábalos de las materias é inmundicias, abrazábalos, y con su misma mano, cuando no podian valerse de las suyas, les ponia en la boca aquellas conservas que llevaba, y los recreaba con agua fresca y olorosa. Viendo esto los sanos, se miraban alegres y pasmados unos á otros, maravillándose aún la rudeza de aquellos bárbaros de la excesiva caridad del santo Padre, quedando con más envidia que lástima de las enfermedades de sus compañeros que veian ser oca-

sion de tantos agasajos. Concluíase esta visita del navío abrazándolos á todos uno á uno, con que los dejaba tan contentos y tan aficionados á su dulzura, que les era ya más sabrosa la servidumbre de Cartagena, que la libertad de sus países.

El dia y hora en que habian de desembarcar, estaba puntualísimo el P. Claver en el puerto, acompañado de algunos esclavos, comunmente de la misma lengua que los recien venidos, y rodeado de las provisiones que les llevó el navío. Apenas le divisaban aquellos pobrecitos, enternecia el verlos subirse á lo más alto de las naves, y palmotear desde la cima de los árboles y antenas para saludarle. Dábales la mano para saltar en tierra, recibíalos en sus brazos y dábales el ósculo de paz. Tenia de antemano dispuestas muchas carretas para conducir despacio y con comodidad á los enfermos; confortaba á los descaecidos ya con regalos, ya con aguardiente, y á todos daba algun socorro con un fervor de espíritu y con un amor tan entrañable, que ponia devocion á cuantos le miraban. Gozosos ellos y más que todos juntos el santo P. Claver los conducia á las casas de su alojamiento, honrándose más de cortejar á aquellos pobres esclavos, que si fueran príncipes. Nuevo y raro espectáculo de alegria para los ángeles, y de admiracion para los hombres. Entrada magnífica por cierto y de mayor gloria, que la que hacian los vencedores en Roma; porque más engrandecian y honraban aquí el triunfo de Jesucristo los esclavos agasajados por el amor, que los allí cautivos y aprisionados con los hierros de la ambicion.

Y para que se comprenda bien lo árduo y difícil del ministerio de los Negros y lo mucho que costó siempre su ejercicio á este siervo de Dios, menester es que haga-

mos una breve reseña de los alojamientos ó albergues, que sirviendo, no sabré decir si de asilo ó de prision á aquellos esclavos durante su permanencia en Cartagena, eran el ordinario teatro en donde triunfaba el celo del Apóstol. Eran estos unos grandes almacenes, capaces cada uno de ellos de dar cabida á muchos centenares de personas, húmedos por lo comun y oscuros, sin más utensilios que las cuatro paredes de que se formaban y que por muy anchurosos y capaces que fuesen, eran siempre demasiado estrechos y reducidos para el gran número de esclavos que allí se encerraban. De aquí es que, tirados por los suelos aquellos infelices, tenian que estar poco menos que amontonados unos sobre otros; de donde se seguia que, contaminado en breve el aire con el calor de tantos hálitos y el hedor que exhalaban á la par tantos cuerpos, se hacia intolerable la permanencia en aquel encierro; y quien no gozaba de complexion más que robusta, con sólo asomarse al umbral tenia lo bastante para que se le revolviera el estómago y se ahogara con la falta de respiracion. Y si á más de esto se añaden los enfermos, que siempre eran en crecido número, y si entraba á hacer estragos entre ellos la viruela ó algun otro mal epidémico, que sucedia con frecuencia, como dijimos, aun en el viaje y en las mismas embarcaciones, era tan excesivo el hedor, que hacia desmayar y postraba á los mismos esclavos, encallecidos en los trabajos. Pues nada menos que estos albergues, tan horribles y hediondos y para cualquier otro intolerables, fueron el delicioso jardin de este operario evangélico, en los cuales, venciendo con la fuerza de la gracia, la debilidad de la naturaleza, puede decirse que tuvo fija su habitacion por espacio casi de cuarenta años no interrumpidos, y donde con su invencible celo recogió una miés de almas tan abundante.

En llegando pues del navio á estas casas ó habitaciones, volvia á reconocer los enfermos por si nuevamente se habian puesto de peligro, y hallándolos en él, prevenia los remedios convenientes á sus almas. Advertia á todos que volveria á instruirlos en los misterios de la fe, para disponerlos al santo bautismo, y alegrábanse aquellos desventurados con la esperanza de volverle á ver. Con esto se despedia de ellos encomendándoles muy encarecidamente á sus propios amos. Siempre habia dificultades que vencer en hallar intérpretes, y más si los Negros eran naturales de la provincia de los Rios, de lenguas diferentes. A los principios fué increible el trabajo y los gastos muy considerables: mas para vencer el trabajo, siempre sobró valor al P. Claver, y para los gastos que podian embarazar sus empresas, nunca le faltaban las limosnas. Concediéronle licencia los Superiores para buscar todo lo necesario, y disponer de ello en beneficio de los Negros; con la cual acudia á las puertas de la piedad cristiana, donde hallaba oportuno socorro, y muy larga la providencia de un Dios que ama infinitamente á todas sus criaturas. De esas limosnas salia lo mucho que empleaba en asistir y regalar á los pobres, y en alquilar intérpretes, bastándole á veces para comprarlos. Pero cuando habia de valerse de los que servian á otros dueños, y estaban á veces en alojamientos que distan leguas de la ciudad, costábale el traerlos lo que no se puede encarecer. Cuando el P. Claver lo tenia todo convenido, ellos no acudian el dia señalado; y era forzoso que el bendito Padre se acomodase á las conveniencias de los amos. Sobre esto, habia de buscar otros que trabajasen el tiempo en que él ocupaba á los intérpretes; porque fuera sobrada galanteria de aquellos dueños codicio-

sos no hacerse pagar con exceso la necesidad que habia de sus esclavos para el catecismo.

Despues de largas y fervorosas oraciones, que hacia por espacio de muchos dias y noches en la presencia de Jesus Sacramentado, y conquistada por decirlo así, con asperísimas penitencias su infinita misericordia para con aquellos pobrecitos, iba el Padre con su compañero y los intérpretes á las casas donde quedó alojada la armazon de los Negros, á dar principio á sus tareas. Una raida sotanilla, una vara en la mano que remataba en cruz, un Crucifijo de bronce al pecho, y dos grandes alforjas al hombro, eran todo su equipaje, y el tren con que emprendia aquella su mision amadísima. En una de las alforjas iban los sagrados óleos, sobrepelliz, estola, rosarios y medallas; la otra iba llena de cortos regalillos, pomitos de aguas olorosas, frasquillos de aguardiente, y unos bizcochuelos. Llevaba asimismo aderezos para un altar pobre, pero decente y devoto; y cargado de toda esta balumba, caminaba con tanta priesa y fervor que no podian los compañeros seguir el paso del bendito Padre. Comenzaba su visita por los enfermos, consolando detenidamente á cada uno é informándose minuciosamente de su estado. Y porque de ordinario, más que la enfermedad se les hacia insoportable respirar aquel aire inficionado y corrompido, á fuerza de agua de olor, vinagre y aguardiente los confortaba, y con los regalos esforzaba su flaqueza, y luego perfumaba todo el ambiente con fumigaciones aromáticas; finalmente con las caricias los dejaba llenos de consuelo, y administrábales los Sacramentos de que necesitaba su peligro. Concluidos todos estos oficios de caridad con los cuerpos, pasaba al cuidado de las almas, dando principio á la doctrina.

En los patios ó lugares espaciosos, armaba el altar en tal punto que se pudiese cómodamente ver de todas partes. En él exponia á la vista de todos un grande y devotísimo lienzo de Cristo Crucificado, de cuyas cinco llagas salian cinco como raudales de sangre, que se reunian en una gran concha ó pila. Junto á esta se veía un sacerdote revestido de sagrados ornamentos, que tomando de aquella divina sangre, bautizaba con ella á un Negro, que de rodillas á sus piés esperaba el beneficio de aquel precioso baño. En el aire formaban una especie de corona al Redentor varios retratos de Pontífices, Reyes y Cardenales asistiendo y autorizando la ceremonia, y ensalzando la misericordia de aquel Dios en cruz que derramó su sangre para todos. A un lado del cuadro, hácia la parte inferior, algunos Negros graciosamente vestidos y aseados, figuraban los que habian recibido el bautismo; del otro lado, otros Negros monstruosos, deformes y rodeados de infernales mónstruos que abrian sus bocas horribles para tragarlos, eran la imágen de los que se obstinaban en no hacerse cristianos. Esta pintura vista por los Negros, valia por largas persuasiones, ya para atemorizarlos con la calamidad eterna para que deseasen huirla en virtud de aquella divina sangre, mezclada con el agua del sacramento; ya para que estimasen más aquella sagrada ceremonia, viéndola honrada de las dignidades supremas de la tierra; ya en fin para excitarlos al amor de un Dios, en quien el amor de los hombres abrió tantas fuentes de misericordia. Es la pintura una callada pero vivísima elocuencia, que introduciéndose por los ojos en el alma, subyuga con eficacia y prontitud todos los afectos. No gasta en persuadir muchas cláusulas; en una mirada cifra toda su fuerza: fuerza te-

rrible y digna de castigo, y tanto más cuanto son más delicados sus primores, si representa liviandades y fomenta el vicio; pero merecedora de alabanza y digna del cielo, cuando figura cosas piadosas, y enciende al amor de la virtud. Puesto ya el altar, buscaba tablas, bancos y esteras que traia él mismo Padre y disponia al rededor del patio para asiento de los Negros; sillas ó taburetes para los intérpretes; tan alegre y solícito, como si no tuviera otro oficio que el de servir, haciéndose esclavo de los esclavos por amor de Cristo. Salian luego al patio todos los que no estaban impedidos de la enfermedad; á una parte los hombres, á otra las mujeres. Si alguno habia que diese pena á los demás con sus asquerosas llagas, le abrigaba con su manteo; otras veces hacia de él asiento á los más flacos, para que la dureza de las tablas no les ofendiese, y solia recobrarlo con depósitos de materias y de otras hediondeces; pero nunca escarmentaba el siervo de Dios para que no les repitiese aquel alivio, perfumándolo todo la fragancia de su virtud, y purificándolo el fuego de su caridad. Algun dia se hubo de lavar siete veces el tal manteo; y alguna se lo pusiera el Padre, despues de haber servido á los Negros, hecho un albañar, si los intérpretes no se lo hubieran estorbado; porque él, todo absorto y embebido en Dios y en las ansias de ganarle aquellas almas, no habia reparado en ello.

Antes de empezar el bautismo llamaba aparte á cada uno, y examinaba si estaba bautizado: exámen en verdad muy molesto, por tener que hacerse tan secretamente que no lo oyese el que estaba cerca; porque le habia enseñado la experiencia, que entre esta gente tosca, á manera de estúpidas ovejas, responden todos lo que oyen

contestar al primero, sin reparar en si es verdadera ó falsa la respuesta. Si eran naturales de los Rios, habíase de trabajar mucho para que respondiesen; porque su condicion altiva dobla mal la cerviz á la coyunda del cautiverio, y áun despues de sojuzgados por la fuerza, mantienen cuanto pueden la altanería de su espíritu para no rendirse. Su natural feroz no se deja fácilmente halagar; y los que vienen con errores del Mahometismo, hacen alarde de terquedad y pertinacia. Aquí trabajaba el P. Claver con más actividad; á estos soberbios leones africanos los domesticaba el Padre como mansísimos corderos, no con la violencia sino con el amor. Mostrábales unas entrañas suavísimas, y rendíase la fiereza á la dulzura inefable de sus obras; y cuando á ésta no, á la eficacia de su oracion fervorosa. A los que daban buena razon de su bautismo, ponílos aparte, echándoles al cuello una medalla de plomo, en que estaba grabado el nombre de Jesus y en el reverso el de María; encargándoles, que la llevasen siempre por defensa, y por testimonio del bautismo. A los que respondian con ambigüedad despues de todos las posibles preguntas poníales otra medalla distinta por contraseña, para administrarles aquel Sacramento condicionalmente; y por fin con los no bautizados usaba un tercer distintivo, y los separaba de los demás, y así se procedia al Catecismo para todos.

En él observó siempre el P. Pedro Claver lo que el Ilmo. señor D. Pedro de Castro y Quiñones ordenó que se practicase en su arzobispado de Sevilla, habiéndolo consultado con gravísimos teólogos: varon de tantas letras y experiencia que pasaba por eminente en esta facultad, pero tan humilde que nunca hallaba satisfaccion siguiendo su propio parecer. Con aquella vara que tenia

la Cruz por remate, se arrodillaba en medio de todos y con el alma abrasada en el fuego del Espíritu Santo que le inflamaba el rostro y centelleaba en el semblante, llevándose la mano derecha á la frente, en tono alto y tierno, capaz de conmover el corazon más duro, se comenzaba á persignar repitiendo con devota pausa dos ó tres veces cada palabra y cada accion, para adiestrarles la lengua á proferirlas y la memoria á retenerlas, y otras tantas las repetian ellos. Luego iba con los intérpretes de uno en uno haciéndole persignar; al que lo repetia con destreza, le alababa y acariciaba, y aun solia regalarle para promover en los otros la emulacion. Al que encontraba embarazado ó lerdo, se paraba de propósito, y mirándole dulcemente con una sonrisa amigable y dándole un golpecito como de chanza con la varita, le hacia advertir su yerro, sin separarse de él hasta que, á fuerza de tanto repetirlo, aprendiese á hacerlo bien y con presteza. Continuando en ejercicio tan penoso por muchas horas, llegaba el varon santo á perder las fuerzas, pero crecia despues inmensamente el trabajo en las otras instrucciones más largas y difíciles. Con devocion y caridad igual les enseñaba las oraciones necesarias, los misterios de nuestra santa fe, los Sacramentos, los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, hasta que los aprendian bien de memoria y penetraban el sentido. Y eran maravillosos los símiles que traia acomodados á la rudeza de aquellos bárbaros, con que les hacia llano lo más dificultoso. Decíales, que fe era creer lo que no se ve, porque lo dice Dios; y si allá en sus paises creyeron, que habia otros blancos sin haberlos visto, porque se lo decian otros hombres, con mayor firmeza debian creer las cosas de la vida eterna, aunque no las viesen, diciéndo-

selas Dios por sus ministros. Que el camino para aquella vida invisible lo halla el alma con toda certidumbre, en desatándose del cuerpo; como ellos hallaron, sin entender que era posible, el camino de aquellas tierras, no viéndolo señalado en los inmensos mares que las dividen de las suyas. No paraba en proponerles lo que habian de creer, sino que les enseñaba á creerlo; pues no basta estar instruidos en las noticias de la fe si no se ejercitan los actos de ella, y se omiten muchas veces al tiempo que obligan porque no se tiene facilidad en su ejercicio. En cada misterio les enseñaba á actuar la fe; y como en él era tan viva hallaba palabras eficacísimas para avivarla en ellos, y quedábanles aquellas verdades firmemente impresas en la memoria con el ejercicio mismo de creerlas. De aquí los pasaba á la virtud de la esperanza, dilatándoles el corazon con la gloria que Dios les tenia prevenida, y que ellos debian esperar apoyados en la misericordia y sangre del Salvador. Luego les movia á fervorosos actos de caridad, amando á un Dios tan bueno, que los sacó de las tinieblas de sus errores á la luz de su Evangelio, de esclavos del demonio á hijos suyos, de eterna condenacion á salvacion eterna, que podian lograr en el cumplimiento de su santa ley. Estos actos de las virtudes teologales que les iba dictando, forjados en la fragua de su corazon, abrasaban los de aquella gente; como el incendio poderoso que hasta en los troncos más bastos de la selva levanta luego llama. No contento con esto pasaba á ejercitarlos en actos de abominacion y detestacion de sus antiguas supersticiones y costumbres, despertando al mismo tiempo en su alma un ardiente deseo del bautismo. «Hemos de hacer, les decia, lo que la culebra que se despoja de la piel antigua para aparecer

más vistosa y resplandeciente con la nueva.» Al decir esto, para hacerles entender con un acto sensible la semejanza, se arañaba el cutis como si quisiera destrozarle y despellajarse; y era cosa muy graciosa y digna de verse como los Negros, en señal de haberle entendido, se arañaban á su vez con santo enojo, protestando con aquel acto que se desnudaban de la vida gentílica y que deseaban vestirse de Jesucristo en el bautismo. Pero cuando hacia más mella en sus corazones, era al mostrarles la imágen del Santo Crucifijo que llevaba en el pecho: con él en la mano les ponderaba las finezas de amor, que le pusieron en aquella Cruz para redimirlos. Y como á la representacion viva de su Dios crucificado y muerto, se deshiciese en lágrimas el mismo Padre, lloraban amargamente todos, prorrumpiendo en clamores altísimos y ayes de dolor capaces de mover las piedras. Remataba siempre con el acto de contricion, y comunmente con estas sencillas pero ardentísimas palabras: «Jesucristo, Hijo de Dios, tú eres mi Padre y mi Madre y todo mi bien. Yo te quiero mucho; pésame en el alma de haberte ofendido. Señor, yo te quiero mucho, mucho, mucho.» Aquí daba fin el Catecismo, ni ya pudiera proseguirlo porque absorta toda el alma en su Amor crucificado, se quedaba suspenso entre avenidas de copioso llanto. Mientras duraba el Catecismo, daba sillas á los intérpretes; perseverando él de rodillas hasta que no podia más: entonces, ó se ponia de pié, ó se sentaba en algun trasto ó tonel vacio, tomando el descanso en variar de postura y no en mejorar de comodidad. Así se reparaba el bendito Padre del cansancio, buscando á título de alivio lo que sobre ser mayor penalidad, era tambien mayor desprecio. Edificados los que le veian tan

San Pedro Claver catequizando á los Negros.

humilde, pero indignados de ver á los esclavos tan acomodados, más de una vez hicieron ademan de castigarles aquel descomedimiento; pero salia el Padre á su defensa, y probaba con razones serias que merecian aquel puesto y que debian preferírsele, porque él era nada, y ellos el todo de aquella obra. Grande y verdadera humildad no tanto el dar á unos esclavos la precedencia en el asiento, como el ponerse debajo de ellos en lo profundo de su estimacion.

CAPÍTULO IV

LO QUE OBSERVABA EN LOS BAUTISMOS DE LOS NEGROS; CUIDADO DE ELLOS MIENTRAS ESTABAN EN CARTAGENA, Y DEMOSTRACIONES DE CARIÑO CUANDO SE PARTIAN

Despues de repetir el catecismo lo bastante para que los Negros estuviesen suficientemente instruidos en los misterios de la fe, y señalado el dia para bautizarlos, juntos todos en el patio que sirvió de escuela, los agrupaba de diez en diez; porque á cada diez ponia un mismo nombre, á fin de que siendo muchos se conservase mejor la memoria de él, y los unos lo recordasen á los otros. Comenzaba el órden por los niños, seguian los varones adultos. Por fuente bautismal habia delante del altar una pila de barro vidriado. Vestíase el santo Padre la sobrepelliz y estola, gala pobrísima pero preciosa á los ojos de Dios, estimador de la pobreza; doblaba luego las rodillas, y hacia un rato de fervorosa oracion, ofreciendo al Señor aquellas almas que habian de entrar por el bautismo á aumentar el número de sus ovejas; pedíale que las bendijese, y con la marca de su sangre las señalase para el eterno aprisco; y encendido como un serafin, se levantaba á dispensarles las corrientes puras de la gracia. Un Negro y una Negra ya cris-

tianos asistian como padrinos al que habia de bautizarse, y junto al Padre estaban los intérpretes, para hacerle las preguntas necesarias. Teniéndole arrodillado delante de la pila, las manos devotamente puestas en el pecho, le mostraba el agua saludable en un jarro de plata. «*Esta es*, le decia, *el agua santa del bautismo, que en virtud de la Sangre de Cristo, lava de toda culpa al alma, y la deja más limpia que el sol. Esta es la fuente de la gracia, que hace hijos de Dios y da derecho al reino eterno de su gloria. Para que sobre tí obre estos efectos, es necesario que te duelas de tus pecados, que renuncies al demonio y á sus obras, que de corazon quieras recibirlo. ¿No te dueles? ¿No renuncias al demonio? ¿No quieres el agua del bautismo?*—Repetiale estas preguntas dos y tres veces, dándole en cada una tiempo para que respondiese; si le satisfacia la respuesta echaba el agua del bautismo, y luego le ponia al cuello la medalla con los nombres de Jesus y de María para distinguirle como bautizado de los que no lo estaban.

Si alguno por flaco ó achacoso no podia venir á la pila bautismal, acudia el Padre á traerle en sus brazos, haciéndole el amor ligero el peso, y limpias sus inmundicias. Si en la mayor priesa de bautizar, le daban aviso que algun enfermo de los que no pudieron salir, corria peligro de morir, iba volando el Padre, porque no acabase sin bautismo; y volvia despues á proseguir su tarea con los que llevaba entre manos. Fueron innumerables las almas que le quitó al demonio en estos trances; pasándolos repentinamente de su bando al de Cristo, y de las puertas del infierno á las del cielo, por socorrerlas oportunamente con el santo Sacramento. Un Negro de casta Biojo espiró en habiéndole bañado con el agua: de

lo cual gozoso el santo Padre, dijo á la que le habia servido de intérprete: «*Juana, gran merced nos ha hecho Dios hoy en servirse de nosotros, para la salvacion de esta alma;*» y quedó gran rato en oracion dándole afectuosas gracias.

Despues de todos bautizados, les exhortaba á que fuesen muy agradecidos á Dios por aquel incomparable beneficio, de haberlos introducido al gremio de su Iglesia, y hécholos ovejas de su rebaño, amigos suyos é hijos de su amor; advertíales la obligacion que tenian de observar su ley, y que antes habian de morir mil veces que quebrantarla; pero si faltaban á ella por flaqueza humana, el remedio era la confesion; y enseñábales el modo de confesarse bien. Para ponerles horror á la culpa, les mostraba el retrato de una alma condenada, con que les infundia gran temor. Util espectáculo á los ojos de una consideracion atenta, y que debiera hacer más fuerza en los hombres civilizados que no en los bárbaros; pero acaece por desgracia, que donde es más el peligro, es menos el temor; y siendo muy espantadizos en las cosas temporales no tememos los daños eternos, como si el no temerlos, fuera camino para evitarlos. Ultimamente, bañado en dulces lágrimas de consuelo, los abrazaba á todos, y mirándolos ya como hijos de Dios y con la hermosura de la gracia, quisiera meterlos á todos en sus entrañas. Correspondian ellos al amoroso Padre con afectuosas muestras de gratitud, y sintiendo en el consuelo de sus almas los efectos del Sacramento recibido, son indecibles las demostraciones que con él hacian; allí el levantar las manos al cielo, el dar palmadas de alegria, el cogerle las manos y los vestidos para besárselos de rodillas, el llenarle de bendiciones á voz en

grito en la regocijada gerigonza de su lengua: y no solamente entonces, pero siempre que le encontraban en calles ó plazas, se le arrojaban á los piés con aquellas ceremonias de reverencia y gozo, llamándole á boca llena su maestro, su padre, su protector y todo su bien. No pueden reducirse á puntual suma los que bautizó; todos depusieron en esta materia con escrúpulo de andar cortos. Su cómputo fué el más atento para nunca encarecer sus cosas, sino más bien para disminuirlas. Con todo eso, algunos años antes de su dichosa muerte, preguntado de un religioso, cuántos Negros habria bautizado, respondió, que á su parecer más de trescientos mil; con que se hace moralmente cierto ó por lo menos muy probable, que pasaron de cuatrocientos mil en todo el discurso de su vida: así porque en su cuenta se atuvo á los menos, como por los muchos que añadió á ella, en los años que despues vivió. ¡Oh, lo que puede un hombre flaco revestido del espíritu de Dios!

Pero no se satisfacia el celoso Padre de haber hecho cristianos á tantos, sino que procuraba que fuesen buenos cristianos. En órden á esto, les remediaba sus miserias, los socorria en su pobreza, los consolaba en sus aflicciones, buscábales cuando estaban enfermos medicinas y regalos; de dia y de noche los asistia hallándose en tantas partes en cuantas habian menester de él ó la necesidad ó el consuelo de los Negros. Siendo innumerables á los que acudia, cuidaba tanto de cada uno por sí, como si no hubiera más necesitados. Mientras no se deshacian y repartian las armazones de los Negros, ó no se embarcaban para Puertovelo, que es á donde van ordinariamente, siempre que salia de casa, los iba á visitar y les llevaba de aquellas cosas que los Negros ape-

tecen. Si no las tenia prevenidas, pasábase por la plaza á recogerlas de limosna entre las vendedoras; y acomodadas en un ceston lo cargaba sobre el hombro. Tan libre y franca era su humildad, que hacia gala por las calles públicas de la carga que suele asentarse en las espaldas de un ganapan. El que veia á su amado Dueño en las almas de los esclavos, ¿qué mucho que desease parecer esclavo en el oficio? De este trabajo de llevar la carga, descansaba el Padre con el gusto que sentia en repartirla; y más experimentando, que con aquel agasajo tenia contentos á los Negros en la doctrina que les enseñaba, porque este era el principal fin de la visita. Entonces les explicaba los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, la obligacion que les corria de guardarlos, el premio aparejado á sus guardadores y el castigo prevenido á los quebrantadores de ellos; dando fin con el acto de contricion, que siempre era el remate de sus exhortaciones.

Los dias de fiesta se iba á buscarlos para traerlos á Misa, y capitaneándolos por las calles los conducia á nuestra Iglesia, llena ya de antemano y por diligencia suya de tarimas, tablas, esteras, banquillos en que acomodarles para que la humedad no les dañase. Si el Padre por las muchas confesiones no podia ir por ellos, enviaba algun Negro ladino, que les fuese guia y los trajese. Aquí tuvo bien que padecer, porque el ruido que movia aquel ejército de Negros, los españoles y especialmente las señoras que esperaban misa, se indignaban mucho, gritando que los echaba el P. Claver de la Iglesia, trayendo á ella aquellos esclavos de tufo tan insufrible como pestilencial, y de hecho se salian con enojo. Estas quejas hacian eco dentro de sus casas, y hallaban favor en todos los de ellas, y las revolvian y desazonaban con-

tra el Padre, porque, enamorado de sus Negros, hacia inaccesible la Iglesia inficionándola de tan mal olor. Pero él con gran modestia y no menor constancia respondia: que aquellos Negros eran cristianos, y habian de cumplir con el precepto de la misa, y él como capellan suyo debia celebrarla para que la oyesen. Pero si los Negros sanos y limpios ya de su hedor con el aire libre de las calles y en un templo tan espacioso no podian sufrirse, ¿qué seria entrar y estar largas horas, como acostumbraba el P. Claver, en los camaranchones angostos de los enfermos y llagados de piés á cabeza, donde no cruzaba una ráfaga de aire que mudase el ambiente, antes hirviendo éste de calor, se avivaba más y más la hediondez? Despues de la misa, á los enfermizos y más flacos hacia algun regalo, para que se volviesen con aliento, y proveyéndoles de guia los remitia á su casa.

Cuando entendia que ya se les acercaba la partida, era más frecuente en visitarles y ponia todo su cuidado en quitarles el miedo, con decirles que la tierra á que iban era apacible y abundante; que hallarian buen trato en los amos y consuelo en muchos compañeros de su nacion, quienes despues de bautizados en Cartagena pasaron á aquellas tierras y vivian allá gustosos y contentos. Toda su ansia era, que se hiciesen muy capaces de los actos de contricion, para que los tuviesen familiares, faltándoles confesor en el peligro; y que los menos bozales quedasen mejor instruidos en este punto, y cuando los viesen peligrar de muerte, los excitasen á dolerse debidamente de las culpas. Cuando se habian de embarcar, los acompañaba hasta el puerto, y allí los abrazaba y les echaba su bendicion al despedirse: rogaba á los capitanes que tuviesen gran cuenta con ellos, y no se apartaba de la

orilla hasta que en el golfo se perdia de vista el navío, donde iban tantas prendas de su corazon. Ofrecia despues la misa por su feliz viaje, y siempre delante de Dios rogaba por ellos tiernamente, acudiéndoles con oraciones á donde no alcanzaba con otro linaje de socorros. Esto hacia con los Negros de las remesas ó armazones que entraban en Cartagena por registro.

Pero los pilotos y gente de mar suelen traer otros muchos por cuenta propia, que con el fin de ahorrarse la gabela impuesta de Real órden por cada esclavo que allí arriba, los desembarcan de secreto, y los ocultan en lo más hondo y retirado de las casas; hasta que clandestinamente los venden y envian á las estancias ó trapiches fuera de la ciudad. Redunda esta ganancia de los amos en lamentable pérdida de aquellas almas; porque recibidos en la compra como si fuesen cristianos sin serlo ni estar lavados con el bautismo, son admitidos á los demás Sacramentos de la Iglesia. Pero no habia de ser el interés más astuto en esconder aquellas almas para su perdicion, que diligente el celo del P. Claver en hallarlos para su remedio. Cuando tuvo intérpretes, enviaba los que sabian la lengua de las naciones que desembarcaban por las casas y calles de la gente de mar. Estos como al descuido hacian la pesquisa; porque sin preguntarlo ellos, los Negros ladinos de la casa les descubrian los que estaban escondidos á título de parientes y de una misma casta, y hablaban de las nuevas que les habian traido de su pais y de sus padres. Entonces el intérprete se hacia llamar á uno con pretexto de ver á su paisano y deudo, y salian todos por más escondidos que estuviesen, al reclamo del nuevo pariente. Despues de regocijados con aquellos afectos que mueve la dulce memoria de la pa-

tria, en los que se encuentran lejos de ella, se informaba si habian recibido el bautismo: hallando que no, les decia que él habia venido en busca suya, para que recibiéndole fuesen hijos de Dios como los blancos, y con la breve noticia que les daba de la fe, y del tierno amor de un cierto P. Claver para con las gentes de su nacion, los dejaba deseosos de que el mismo Padre fuese á bautizarlos. No era menester más para que el siervo de Dios corriese allí con diligencia y gozo: y aunque hallaba siempre dificultades gravísimas de parte de los amos, temerosos de ser descubiertos, era sin embargo tal la amabilidad de su trato y la eficacia de sus razones, que asegurados bajo la fianza del secreto, permitian que los viese y se los entregaban para que los instruyese y bautizase. Con esto tenia tantas escuelas cuantas eran las casas en que habia esclavos escondidos; escuelas tanto más trabajosas cuanto que sobre la tarea ordinaria de instruirlos, le obligaban á un contínuo y trabajoso movimiento, yendo y viniendo de una parte á otra, á fin de asegurar aquellas almas para Dios.

CAPÍTULO V

HACE LA PROFESION SOLEMNE; DISPONE QUE SE COMPREN INTÉRPRETES ESTABLES, Y LA ESTIMACION QUE HACIA DE ELLOS

Entregado á ministerio tan humilde como provechoso, no tenia el P. Claver mas pensamiento que el dedicar todas sus fuerzas en promoverlo; cuando el año 1622 le vino órden que hiciese la profesion de cuatro votos; grado el más honroso de la Compañía, no porque dé alguna preeminencia ó exencion, sino por lo que supone de virtud y letras. Intentó resistir el P. Claver con todas veras, porque le mortificaba vivamente que aprobasen cualidades que nunca supo reconocer en sí, pero hubo de rendirse á la obediencia, la cual pesando las razones de su repugnancia como nuevos méritos, se halló más obligada á remunerarlos con aquel solemne reconocimiento. Hizo la profesion á 3 de Abril, la Dominica in Albis, dia célebre en la cristiandad, en que deponian las vestiduras blancas los muchos que se bautizaban en la Pascua. A los votos de los demás profesos, añadió el P. Claver el de atender toda la vida á la salvacion de los Negros, como queriendo con este voto renovar las alegrias de la primitiva Iglesia, dándola enjambres de recien bautizados, y plantas sin número con

que hermosear sus vergeles. El papel en que se halló escrita su profesion, es bien notable por el preámbulo con que empieza, y la firma con que concluye. Dice así: *Amor, Jesús, María, José, Ignacio, Pedro, Alonso mio, Tomé, Lorenzo, Bartolomé, Santos mios, Patrones mios, Maestros y Abogados mios y de mis queridos Negros, oidme:* —y poniendo luego la fórmula, con que profesan los de la Compañía, firma de esta suerte: *Petrus Claver Æthiopum semper servus;* que quiere decir, *Pedro Claver esclavo siempre de los Negros.* El discípulo amado pinta á Nuestro divino Salvador más humilde cuanto más amante, al describírnoslo á los piés de unos pobres pescadores, cuando el amor más le abrasaba las entrañas. Porque la medida del amor es la humillacion. Pues, ¿qué amor seria el del P. Claver cuando llegó su humildad á la mayor bajeza, que es hacerse esclavo de unos vilísimos esclavos? A unos seres, horror de la naturaleza, retablo de calamidades, asiento de todas las miserias, gente infelicísima en quien los ojos no hallan cosa que no sea aborrecible ó despreciable, á estos llamaba sus queridos, porque amándolos á ellos amaba mas á su Dios. Con Dios que de nada necesita, ¿qué demostraciones podia hacer? ¿y qué mucho amarle y buscarle en si mismo pues es infinitamente amable? Por esto, el enamorado corazon de este siervo de Dios buscó los objetos más repugnantes y horrorosos, porque amando en ellos á su Dios mostrase más los quilates de su ardiente caridad. Llevado de este afecto, no es ponderable lo mucho que amó á sus esclavos, las caricias que con ellos usaba, la asistencia á sus trabajos, los consuelos en sus aflicciones, los cuidados infinitos en todo lo que redundaba en beneficio de aquella gente en quienes amaba á su infinito Amor.

Aunque con el uso de tratarlos, alcanzó algun conocimiento de la lengua Angola, menos difícil que las otras; pero como las de los Negros eran tantas, nunca pudo ejercer este ministerio sin intérpretes. Siendo éstos esclavos de otros señores, no los tenia á mano cuando más peligraban los enfermos, que con tantas incomodidades corrian aceleradamente á la muerte. Atravesado el corazon con el dolor de los que morian sin poderles ayudar por falta de intérpretes, trató con los Superiores que se comprasen algunos Negros para el servicio de la casa y para usar de ellos en la ocasion, sin dependencia de voluntad ajena. Ayudó á la compra con limosnas, que él mismo recogió á este fin, las cuales fueron tan agradables al Señor, como se manifiesta en un caso justamente tenido por milagroso. Habiendo de partirse á los Reinos de Guinea un mercader amigo suyo que trataba en Negros, le dió el P. Claver cantidad de oro bastante á la compra de tres esclavos; encargándole que fuesen de los más ladinos y perspicaces, para que le sirviesen de intérpretes con los de su nacion: díjole que llevase aquella limosna como prenda segura de feliz viaje, porque iba con él la esperanza de más almas que tenia él cabellos; que estuviese cierto, no le dejaria Dios en el peligro, porque no fuese á pique la salvacion de tantos, vinculada en aquel oro que le daba. Recibióle el capitan por fianza de seguridad, estribando en la promesa del P. Claver, como si de Dios la hubiera oido. El suceso fué, que á vista ya de las costas de Guinea, se embraveció furiosamente el mar; ni bastó que arrojaran á las olas las mercancías y aligeraran los galeones, porque no podian mútuamente socorrerse, por haber apartado los navíos á fin de que no chocasen los unos con los otros.

Veíanse en las fauces de la muerte, pero lo que en aquel estrago aconteció al mercader que llevaba á cargo la compra de los Negros, lo dirá este capítulo de una carta suya para el P. Claver:

«*En el punto y tiempo que todos se iban ahogando, así navíos como hombres, me faltó la memoria de todo; y sólo me acordé de la encomienda de V. P. la cual amarré á un paño, y ciñéndome con él los calzones blancos, me arrojé á la mar, fiado en esta encomienda, y en las muchas almas, que dependían de ella; fué cosa milagrosa, que no estando seguros los galeones del Rey, al punto me deparó Dios, ó las dichas almas, una concha grande de tortuga, que me sirviese de esquife; entréme en ella, y bien aferrado á sus bordes, me sacó Dios á tierra con vida, si bien desnudo, y sin más hacienda, que los valones blancos y el paño en que llevaba guardado el poco oro.*»

Respetó la tempestad enfurecida aquel oro que había de ser instrumento para la salvación de tantas almas; y agradecido á él lo guardó fidelísimamente sin gastar de él ni un maravedí en aprietos muy urgentes que ocurrieron. Compró tres famosos intérpretes que sirvieron muchos años al Padre con grandísimo provecho de la misión y con increíble fruto del mismo mercader, como se vió en las prosperidades con que el cielo le premió después.

Con estos tres y otros que juntó, tuvo el P. Claver hasta siete intérpretes, todos de diferente lengua, y entre ellos uno que sabía cuatro, llamado por esto Calepino. Vióse contentísimo por ellos, porque podía trabajar más en beneficio de los Negros y acudir prontamente á los peligros. Puso gran cuidado en reclutarlos, comprando otros de nuevo, ó para aumentar el número, ó para sus-

tituir los que faltasen. Persuadido de su importancia para este ministerio, no perdonaba á trabajo en instruirlos, ni á fineza para ganarlos. Como son tan rudos, por la mayor parte, y agenos de las cosas de la fe, costaba harto tiempo y grandísima paciencia el imponerlos en ellas. Sólo el enseñarles á traer el pulgar y el índice en forma de cruz para persignarse, era con algunos hacienda de muchos dias. ¿Qué seria hacerles dueños del catecismo para que lo pudiesen enseñar? Mas todo lo vencia el celo constante del P. Claver sin jamás darse á partido en las mayores dificultades. Todos los dias sin falta tenia para instruirlos hora fija, que era comunmente la de la siesta, tomándola el siervo de Dios en las molestias de debastar aquellos toscos ingenios. En aquella hora reservada á imponer á sus catequistas, no daba lugar á otra ocupacion. Adiestrados ya todos, si alguno nuevamente se compraba, á él solo le hacia escuela como á muchos, siendo mayor el trabajo de enseñarle faltándole el estímulo y competencia de los otros. Hacia que estos intérpretes tomasen oficio, para que la ociosidad no estragase con malos siniestros, lo que en ellos iba formando la enseñanza. Los intereses que resultaban de su trabajo servian para la compra de los otros, y para regalo de los más bozales y enfermos; porque no fuese todo á costa de limosnas. El amor á los esclavos intérpretes, pudiera parecer en otro extremado; pero en el P. Claver era ferventísima caridad, y efecto del divino amor que le abrasaba las entrañas. Su natural melancólico, era la misma apacibilidad para con ellos; y su espíritu recogido siempre en lo interior, sólo parece que se derramaba para atender á sus comodidades. No hay madre que así se desvele por sus hijos, como el bendito Padre por estos

esclavos. Era increible su solicitud en que no les faltase el alimento, el vestido y el regalo conveniente. ¿Pues qué si enfermaban? Aquí era el afligirse, aquí el servirlos, aquí el proveerles de remedios, aquí el agasajar á los médicos para que les frecuentasen las visitas. Lleno él de achaques que le traian bien trabajado, nunca les habló de ellos; y en adoleciendo un esclavo, les era importuno, de lo cual no recibian desabrimiento sino edificacion. El padecer en sí era padecer en lo que aborrecia, y así no hacia sentimiento; mas el padecer en los esclavos era padecer en lo que amaba, y por esto hacia extremos de dolor que le traian con gran desasosiego. Cuando la enfermedad era prolija ó peligrosa, para no perderla de vista se llevaba el enfermo á su aposento; donde no es creible lo que obraba en su cura la caridad humilde y ardiente del P. Claver. Por su misma mano les daba la comida, les tomaba la sangre y podre de las llagas, les aplicaba los remedios, y cuidaba de toda su limpieza á costa de muchos ascos y suciedades. Por las noches, cuando nadie lo podia notar, poníalos en su misma cama, pagando él á la naturaleza la forzosa deuda del sueño sobre la tierra dura; bien que lo interrumpia muchas veces, entregándose toda la noche más á la oracion que al reposo. Pero bien se lo pagaba Dios haciéndole regalada compañía é inundándole el pecho de consolaciones inefables. Vez hubo que á un intérprete le cuidó cuatro meses en su celda, sufriéndole en ellos, además de las incomodidades y trabajos de otros enfermos, la hediondez de unas fístulas; compañía verdaderamente intolerable para otro corazon que no fuera el del P. Claver. Si alguno de ellos se le moria, le lloraba y recibia pésames, como pudieran otros por sus hijos que tiernamente ama-

ron. Hacíale muy honroso funeral con cera en abundancia y música, convidando á todas las castas de los Negros, para que asistiesen. Era costumbre suya hacer los Oficios en todos los entierros de casa; pero en los de estos intérpretes no le dejaba el pesar y sentimiento cumplir con esta devocion. Lo que hizo algunas veces fué llevar la Cruz á vista de un concurso numeroso; sirviendo en aquella accion humilde, para la cual no eran obstáculo las tiernas lágrimas con que acompañaba el duelo.

Sobre todas las finezas que hacia con ellos, era la de sufrir sus insolencias, porque abusando de la blandura del santo Padre, le daban mucho que padecer. Uno, especialmente, de condicion arrebatada, le ejercitó como los tiranos á los mártires, usando con el Padre de los más bárbaros tratamientos. A éste acudia el siervo de Dios con más frecuencia, en busca de oprobios y mortificaciones, con pretexto de valerse de su industria en muchos casos. Con él se aconsejaba en los negocios de más importancia, á él confiaba los cargos más honrosos, y siempre, en suma, le amó con preferencia á los demás con toda la ternura de su bondadoso corazon. Y aunque de verle tan sufrido tomaba motivo aquel bárbaro para ser más cruel, pareciéndole que con el silencio aprobaba sus demasías; nunca sus atrevimientos entibiaron el amor del P. Claver, porque le amaba sobre todas las injurias: imitador grande de Dios, cuyo amor á los hombres sobrepuja todas las ofensas. Obligábale á esto, además de su paciencia, hambrienta siempre de trabajos, el celo de las almas; y porque aquel y otros intérpretes eran útiles á la salvacion de ellas, no podia dejar de amarlos, por más que le ofendieran.

CAPÍTULO VI

CUIDADO QUE TUVO DE LOS ENFERMOS NEGROS, ACREDITADO POR DIOS CON PROFECÍAS Y CASOS MILAGROSOS

Sólo Dios sabe lo que hizo este fervorosísimo varon en beneficio de los enfermos Negros en casi cuarenta años. En todo este tiempo nunca faltó á su asistencia, como no le ocupasen en misiones, ó le impidiesen sus propias enfermedades. Apenas en tantos años se hallará dia que no lo dejase señalado con algun acto heróico de caridad; de manera que los que fueron en los mayores santos más objeto de admiracion que de imitacion, en el P. Claver fueron costumbre. Tenia apuntados en un librito de memoria todos los enfermos pobres esparcidos por la ciudad. Avisaba en las casas donde habia esclavos, que le diesen noticia en enfermando alguno: visitaba las enfermerias de los Negros, enterándose minuciosamente del número y estado de los dolientes; y donde no alcanzaba la diligencia humana para estas informaciones, se ayudaba de conocimiento superior. Porque, como era el Angel tutelar de aquella gente, le ilustraba Dios con sobrenaturales luces, para que conociese sus necesidades ó peligros, y los proveyese de socorro. Persuádome que le hacia Dios esa merced, así por el bien de aquellas almas, como porque no

se quedase el P. Claver con el dolor de que muriese alguno sin asistencia, dolor por cierto vehementísimo é imponderable, á la medida del cariño con que los amaba.

No habia enfermo que estuviese lejos para él, aunque algunos lo estaban harto; ni enfermedad de largos años que se le hiciese prolija para dejar de asistirles; ni los muchos le fueron embarazo para que á alguno de ellos le faltase su consuelo. Multiplicábase en todas partes su presencia, si no por milagro, por la industria de su ardiente caridad. Entonces era de ver la actividad de su fervor, sobre las fuerzas de cuantos le iban acompañando. Rendíanse de cansancio en una tarde dos y tres compañeros, y le era necesario volver á casa otras tantas veces, para dejar uno y tomar otro de refresco. Volvian los compañeros tan desmayados y sin aliento, que habian de descansar en la portería para poder subir á la celda; y el Padre conservaba sus fuerzas tan enteras, como si no hubiera empezado á trabajar. Ni soles, ni aguaceros, ni lodos, ni otras inclemencias, igualmente molestas que peligrosas en aquel país, podian amedrentarle ó detenerle; por todo se hacia paso su invencible espíritu para ayudar á las almas. Y como si nada hubiera hecho durante el dia, rogaba al portero que, si venian á llamar de noche para algun enfermo, le avisase, porque *los demás*, decia el humildísimo é incansable varon, *trabajan mucho y necesitan de descanso; y yo que nada hago, demasiado duermo.* Caia su celda sobre la portería, y al primer golpe de la campana, como estaba vestido siempre y la mayor parte de la noche velando en oracion, salia á ofrecerse adelantándose á los demás. A vista de los grandes trabajos, desmayan las fuerzas de la naturaleza, pero se aumentan las del amor y de la gra-

cia. El hombre por sí solo trabaja lo que puede ¡y puede tan poca cosa! pero esforzado del amor divino puede todo lo que ama. Al P. Claver, le acontecia, que cuando estudiaba en Santa Fe, le dañaba el sol hasta ponerle enfermo, y pasando el corto espacio del patio de escuelas, tenia que repararse la cabeza con el vade: ahora rompe por los soles ardentísimos de Cartagena, discurriendo á una y otra parte sin parar, y con todo eso no descaece ni se menoscaban sus brios con la fatiga. Milagro fué este del amor divino, trabajar de dia y de noche, sin dar un leve indicio de cansancio, con ser los achaques más penosos, las penitencias más desmedidas, los ayunos más apretados, y la edad más pesada y desfallecida.

Hacia gran provision de conservas, de medicinas, de sahumerios y de bastimentos con que socorrer á la enfermedad y penuria de los pobres; especialmente de tamarindos, especie de dátiles del pais, que confeccionaba con miel y azúcar, regalo y remedio en aquella tierra de grande utilidad. Ya se sabia que su celda era botica general de los pobres enfermos; y con esta confianza habia tal concurso á su aposento, que bastaba á ocupar un hombre en distribuir esas cosas á los muchos que venian á pedirlas. Cuando salia á ver á sus enfermos, siempre iba proveido de ellas el zurron, su inseparable compañero, llevándoles juntamente alivio para el cuerpo y remedio para el alma. A los que tenian postradas las ganas de comer, les buscaba salsas y sainetes; é informándose de lo que apetecian, al punto iba á proveerlo.

Á Rufina Angola, segun atestiguó su ama, no la desamparó el Padre en tres años de enfermedad continua; confesándola y acudiendo á su consuelo y regalo con

más cariño, que pudiera una madre á su hija muy querida. A otra Negra enferma, la asistió diez años, en que le llevó cuanto le era necesario para la vida humana, de alimento y ropa, de romero, esencias y otros sahumerios, contra las humedades de su pobre albergue. A un Negro ya muy viejo, y por eso muy desamparado, sustentó y visitó por espacio de catorce años que estuvo enfermo, sin faltarle hasta la última hora. Vivia éste en un barrio extraviado, dentro de una chozuela mal armada de palos y palmas, vecina á la muralla: cada año le tomaba Bula, cada semana le llevaba la provision, muchas veces enviaba á saber de su salud; hacíale reparar la choza, y cuando venia el bendito Padre, le sacaba en brazos de la cama y despues de haberla compuesto y aderezado, le volvia á ella. Recomendábale en todo el vecindario, pidiendo de puerta en puerta que le consolasen y asistiesen, asegurándoles gran premio por aquella obra; y á los que mostraban piedad con este y otros enfermos pobres, les pagaba con algunos piadosos regalillos, que fomentaban su devocion. En los hospitales ó enfermerias, que llaman casas de Cabildos, y en los barrios de S. Pedro Mártir y santa Catalina, habia muchos Negros y Negras, tullidos, mancos, ciegos y con otros achaques, efectos del mucho trabajar que los dejaba estropeados é inútiles: á todos acudia y regalaba, pero con mayor asistencia á los que veia más desamparados. Sol verdaderamente de caridad divina, á cuyo calor ningun desgraciado se podia esconder.

Angela Rodriguez, Negra, pero ya libre, á ruegos del santo Padre, recogió en su casa á otra Negra, llamada Ursula de Abiler; túvola cuatro años en cama, siempre tullida, cubierta de llagas y muy enferma. Sus alimentos

corrian á cuenta del Padre, que lo fué de esta pobre mujer como de innumerables otros. Visitábala con frecuencia, dejándola mantenimiento cada vez; hasta que últimamente se puso de peligro, y en él creció el cuidado de asistirla en el alma con los Sacramentos, y en el cuerpo con los regalos de cada dia. Halló una tarde afligidísima á su piadosa huéspeda, dando por cierto que espiraria aquella noche, porque los accidentes eran mortales. Pero el P. Claver la prometió tres ó cuatro dias más que faltaban hasta el sábado en que aseguró que habia de morir. Puso á todos en expectacion el suceso; y el sábado, habiendo dicho misa, la fué á reconciliar y disponer á la última jornada. Despues de una hora, empleada en fervorosos actos, estando ya para volverse, se arrodilló y la dijo: *Madre Ursula, mucho la quiere Dios, pues la quiere llevar á descansar: hoy ha de morir, y no ha de estar en el Purgatorio más que tres horas: acuérdese, cuando se vea delante de Dios en la gloria, de rogar por mí, y por esta mujer* (señaló á Angela Rodriguez) *á quien debe tanto, que si fuera su madre no hubiera hecho más.* Murió Ursula á las doce del mismo dia cuando el santo Padre lo predijo; porque Dios deposita los secretos en los corazones de sus siervos, á veces para que los guarden en prueba de su fidelidad, y á veces para que los digan en señal de rendimiento. Dijo la profecia para esfuerzo de la moribunda, animándola con la proximidad del galardon; y para consuelo de la que quedaba, premiándola con la confianza de su intercesion delante de Dios, bien merecida por cierto con los piadosos servicios de cuatro años. No pudo olvidar el P. Claver á la difunta, y así dispuso un magnífico entierro ayudándola con su caridad hasta los últimos oficios.

La misma amorosa asistencia habia prestado á otra Negra que estaba de cuidado, confesándola muchas veces, y previniéndola para el último trance. Dando un dia vuelta á los enfermos, halló que habia ya espirado. Era grande en los deudos el dolor de haberla perdido, y mayor en el Padre por no haberse hallado á su muerte, más acelerada de lo que todos esperaban. Púsose de rodillas cerca del cadáver, y despues de larga oracion, se levantó á decirla un Responso; y con semblante alegre dijo á los que lloraban, que enjugasen el llanto, porque aquella muerte era más para envidiada que para sentida; que la difunta estaba en camino del cielo y llegaria á él despues de veinticuatro horas de penas padecidas en el Purgatorio; que le abreviasen el viaje con sufragios de más provecho á la difunta que aquellas lágrimas estériles.

Si aquí le consoló Dios, revelándole la salvacion de la que no pudo ayudar en la hora de la muerte, no le consoló menos en otras ocasiones, revelándole el peligro de los que necesitaban de su asistencia. Habiendo gastado la tarde yendo de unos enfermos á otros, ya cerca del toque del Ave María, cuando volvia á casa, al doblar una esquina que llaman de Badillo, con un grande suspiro dijo al compañero: *« Vamos aquí, que luego volveremos.»* Tomó la calle arriba, y antes de llegar á la plaza de los Jaqueyes, entró en casa de unas pobres mujeres.—*Algun Angel le ha traido*—exclamaron ellas; y el Padre con gran priesa—*¿dónde está la enferma?*—Señaláronle el puesto y corriendo hácia él, halló que una Negra estaba ya luchando con las últimas agonías. Animóla con breves exhortaciones, movióla á gran dolor, confesóla con la diligencia que el riesgo demandaba, y en absolviéndola murió.

Muy semejante á este caso es lo que le aconteció otra vez. Habiendo salido de casa, llevado del mismo espíritu, previno al compañero, que tuviese paciencia, porque habian de ir á socorrer á una alma necesitada de los Sacramentos. Sin otro aviso que el de su interior espíritu, sin otra guia que la estrella de su inspiracion, con gran diligencia tomó el camino de una huerta, que llaman de Zarate, fuera de la ciudad; donde sobre una barbacoa de palos, cama de gente pobre, y debajo de una enramada de palmas y de hojas que más parecia celosía para mirar el cielo, que techo para reparar de las inclemencias, yacia un Negro de unos cien años, cargado de miserias y casi reducido al último suspiro. Oyóle apresuradamente de penitencia, ungióle con el óleo sagrado, encomendóle el alma, y apenas estuvo limpia con los Sacramentos, la entregó á su Criador. El tiempo lluvioso les caló toda la ropa con un recio aguacero; los caminos estaban encharcados y hechos un lodazal, donde más se hundian los piés cuanto más querian avanzar. Volvieron á casa hechos agua y lodo de piés á cabeza; y olvidado de sí el caritativo y mortificado Padre no tomó sosiego hasta haber negociado, que se le diese al compañero ropa enjuta, quedando él envuelto en la mojada, acudiendo con solicitud á su hermano á fin de tenerle gustoso para otras ocasiones. Cuando depuso de este caso el que le acompañó en él, dijo: que fueron tantos los que de este jaez pasaron por manos del santo P. Claver, que su muchedumbre le embarazaba y los dejaba de especificar porque eran semejantes. Acudia con el remedio á todos los necesitados que sabia, y Dios en premio le aumentaba el conocimiento con superiores luces, para que aquella alma nunca satisfecha de trabajos, tuviese nuevas oca-

siones en que desahogarse. A muchos administró el bautismo tan á tiempo y con tan milagrosa Providencia, que se conocia, no aguardaban para morir sino recibirle. En casa del capitan Simon de Lezgrave, á un Indio que habia perdido los sentidos, se los restituyó, para que diera el consentimiento á su bautismo, y en recibiéndolo espiró. En casa del capitan Diego Fernandez Calvo, á un Negrito, y en casa de Duarte Bravo, á una Negra, tenidos entrambos por cristianos, examinólos el Padre en la confesion; y hallándolos sin el agua del primer sacramento, bañólos con ella y al instante murieron los dos, el hombre de una enfermedad que le tenia muy al cabo, y la mujer de una caida.

No fué menos dichoso que éstos un Negro que vivia en casa de Doña Ventura de Puertollano, llamado Juan Mandinga; que muchos años pasó por cristiano sin tener bautismo. Muerto ya á juicio de los de casa, enviaron con todo eso por el P. Claver, para que lo absolviese en caso de restituírsele el sentido. Restituyóselo la oracion del Padre, de manera que pudo declarar el sacramento que le faltaba y disponerse á recibirlo; con lo cual limpio de culpas voló su alma al paraiso de la gloria.

Dióle noticia un cirujano de una Negra infiel que se moria en una casa. Entró volando, y hallóla vidriados ya los ojos, parados ya los pulsos, frio é inflexible el cuerpo, y tan sin movimiento como si careciera de vida. Cinco horas estuvo el santo Padre aplicándola fomentos de varias clases, é instando más con oracion, á fin de recobrarla el tiempo necesario para su instruccion y bautismo. Calentó el manteo al fuego de yerbas olorosas, envolvió su desnudez en él, aplicóle varios remedios; con lo cual cobrando calor el cuerpo helado, mostró al-

gunas señales de vida en los sentidos. Antes de que desapareciesen, pudo, aunque con priesa, reducirla, catequizarla y administrarle el sacramento que habia de darle entrada en el cielo, con ira y despecho del demonio que perdia aquella alma que ya tenia por tan suya.

CAPÍTULO VII

DA MILAGROSAMENTE LA SALUD Á VARIOS NEGROS, Y RESUCITA Á TRES

Tuvo el P. Claver el don de sanidad y de milagros, como tambien el de profecía; prendas y señales de espíritu apostólico, de que daremos pruebas en varias partes de la presente historia; pero aquí traeremos solamente algunos milagros hechos en favor de sus queridos Negros. En una remesa ó armazon de ellos, traia una Negra una criatura ya para espirar, atravesado todo el cuerpecito de fístulas hediondas, de que corrian las materias hasta el suelo. Compadecido el santo Padre, la puso sobre su manteo, y habiéndola refrigerado con aguas olorosas, y dádola algunos bocaditos de conserva, la hizo volver en sí. Sin otra medicina que la de sus caricias, empezó á mejorar desde entonces, y en breve se halló del todo sana. Dejó aquel hecho perpétuo agradecimiento en la madre; y en toda la armazon causó gran pasmo y deseo de recibir aquella Fe que hacia hombres de tan ardiente caridad. Porque es así, que persuade más eficazmente una obra que muchas palabras; y si los cristianos obrásemos siempre como debemos, habria ya pocos infieles que no hubiesen abrazado nuestra santa religion.

Catequizando otra armazon, víspera del Espíritu Santo, se fué el bienaventurado Padre á un Negro muy enfermo y enajenado ya de los sentidos, encomendando al compañero el catecismo de los otros. El capitan, dueño de aquella gente, le quiso distraer de aquel trabajo, dándolo completamente por inútil, por la experiencia que tenia, que los Negros nunca se vuelven á recobrar de aquel estado. Era la confianza del P. Claver sobre todas las experiencias; y así armado con ella y de fervorosas oraciones batalló toda la mañana con la enfermedad, hasta triunfar de su pertinacia. Al medio dia despertó el Negro de su enajenamiento; y con la primera palabra le premió al celoso Padre el afan de toda la mañana, porque exclamó: *bautismo, dadme el bautismo.* Instruido bastantemente, se lo administró, y entrándole la verdadera salud en el alma, instantáneamente redundó en el cuerpo y quedó libre de toda enfermedad. Levantóse luego tan sin rastro de dolencia, que pudo andar con los más sanos, agradeciendo infinitamente la salud espiritual al agua del Sacramento, y la corporal al ministro que se la dispensó, con admiracion de todos los circunstantes.

No se le conocia la enfermedad á un Negrito esclavo de doña Leonor de Ordaz, pero lo cierto es que le redujo al último aprieto sin que las medicinas lo impidiesen. Habiéndole confesado el P. Claver, al despedirse le asió el Negrito tan fuertemente del rosario, que hubo de darle la Cruz de su remate. Quedóle en aquella prenda la confianza de su remedio y lo alcanzó con felicidad; porque le sobrevino luego un accidente que dió á conocer el encubierto mal, y reconociendo que era de lombrices, administrósele una medicina, la cual desalojándole de las entrañas más de trescientas todas crecidísimas, gozó al otro dia de salud cabal.

Con astucia santa arrojaba el humilde Padre las mercedes y escondia la mano del milagro; mejor que la sagacidad de muchos, que despues de tirada la piedra esconden la mano con que hirieron. Una Negra esclava de D. Gaspar de los Reyes, desahuciada ya y con la candela en la mano, estaba para dar su espíritu al Criador; cuando el P. Claver, sin haberle llamado y sin saberse por donde tuvo noticia de la enferma, entró preguntando por ella. Bien informado estaba del peligro el que venia á remediarlo; y pregunta á los presentes para disimular lo que sabia. Visitóla al parecer sólo para consolarla; pero dejóle la salud secretamente, para que al otro dia sin que se le atribuyese á él lo tuviesen todos como efecto del remedio que ordenaba. Al despedirse pues, le dijo doña Juana de Antunez, hija de D. Gaspar de los Reyes: *¿qué le parece á Vuestra Paternidad de la Negra?* y el Padre, respondió que sanaria luego con un poco de yerba buena mojada de manera que la pudiese beber deshecha en agua. La fe en el Padre persuadió á la señora, aunque sentia repugnancia natural en aplicar una medicina que por sus calidades es de conocido daño á aquella enfermedad. Pero en virtud de quien la habia recetado, salió tan felizmente, que al siguiente dia se sentó la enferma en la cama con apetito de comer, y en comiendo estuvo al punto buena. A nadie quedó la menor duda, que la curacion habia sido milagrosa; porque trasladarse de las agonías de la muerte á la salud perfecta, sin convalecencia de ninguna clase, no pudo ser efecto de natural remedio, pues aunque su eficacia venza al mayor contrario, es menester mucho tiempo para reparar los estragos que deja siempre la violencia del mal. A más de esto, mirado en sí aquel remedio, más era dañoso que

útil; pero aquel Señor que con lodo despeja y alumbra á los ciegos, no por virtud del lodo, sino por el poder de las manos que lo aplican, hizo que aplicado por el P. Claver sanase á la enferma lo que naturalmente habia de empeorarle.

El mismo D. Gaspar de los Reyes, que hizo fe de este caso, depuso el siguiente. Consolaba él á Francisco Ortiz amigo suyo, atligidísimo y lloroso, porque una Negra de muchísima habilidad, y que llevaba el gobierno de la casa, no podia dar á luz la criatura, y estaba á pique de perder la vida. En la casa todo era lamento y alboroto, no hallando medio de ayudarla, y aguardando por instantes que muriese. Estaban los dos amigos á la puerta, y cada movimiento que se hacia arriba, lo interpretaban como sentimiento de haber ya fallecido. Llegó allí el P. Claver; preguntóle á Francisco Ortiz la causa de su llanto, y sonriéndose á tal noticia, «*¿á qué vienen*, dijo, *esas lágrimas? rogar es menester y no llorar. Vaya, vaya, encomiéndala á Dios, y no dudes que bien pronto saldrá del paso.*» Siguió adelante, suplicando al Señor favoreciese á la que agonizaba ya en el riesgo; y no hubo dado veinte pasos, cuando la gente de arriba, con grandes voces y atropellamiento por adelantar cada uno la buena nueva, venia gritando escalera abajo, que ya habia dado á luz, y estaba fuera de peligro. Quedaron atónitos los dos de la brevedad con que la oracion del Padre Claver habia logrado del Señor el cumplimiento de su profecía.

Pero sería demasiado prolijo si quisiera referir aquí todas las curas prodigiosas que hizo el siervo de Dios en sus queridos Negros, que por ser tantas ó no causan maravilla, ó en gran parte la disminuyen. D. Manuel

Lopez de Estremoz tuvo una esclava llamada Antonia, tan al cabo que el mismo P. Claver estuvo ayudándola á morir dos ó tres noches. El sábado de S. Lázaro á las diez de la noche, habiéndola tomado el pulso, para informarse si acabaria luego, la dijo con semblante regocijado: «*Antonia, esta es la resurreccion de Lázaro; da muchas gracias á Dios por la salud que te ha concedido.*» Despidióse con esto, diciendo que no era ya necesario asistirla: la salud fué tan prodigiosa, que libre la enferma de aquel riesgo, pudo tenerse por resucitada, si no á cuatro dias de muerta como Lázaro, á cuatro de haber luchado con la muerte. Era devotísima esta buena mujer de los pobres del Hospital de S. Lázaro; y como el Padre los queria tanto, pidió á nuestro Señor que la guardase más tiempo para consuelo de aquellos pobrecitos. Con el beneficio de la salud se tuvo por obligada á nuevas demostraciones de agradecimiento. Además de las visitas que entre año acostumbraba, el domingo de S. Lázaro les llevó siempre una gran comida; y todo lo que grangeaba con su labor, depositaba en la hucha ó alcancía hasta esta festividad, dándoles á los pobres de una vez lo que le costaba un año de trabajo.

Pero no solamente hizo milagros el santo P. Claver previniendo la muerte, sino librando de ella despues de ya ejecutado el golpe. Restituir la vida á los difuntos es la más estupenda de las maravillas, y la más estimable de todas, cuando por la muerte temporal se va á la eterna. En casa del Alguacil mayor de Cartagena D. Vicente de Villalobos, una Negra Angola por nombre Agustina, vino al último peligro de la vida, cuando el P. Claver corria á confesarla y asistirla. No pudo ser tan diligente, que no lo hubiera sido más la muerte en

arrebatarle á su querida esclava. Halló que D. Vicente y toda la familia acompañaban el cadáver, disponiéndole la mortaja, y dando ya órden en el entierro. Y aunque todos la tenian por muerta, el Padre á grandes voces empezó á llamarla por su nombre: *Agustina, Agustina.* Ni respondió, ni hizo movimiento. Púsose en oracion á rogar á Dios por aquella alma; y despues de una hora que estuvo de rodillas haciendo su causa fervorosamente, se comenzó á mover la difunta con espanto de todos y á despedir gran copia de sangre por la boca; y ya desembarazada de ella, dijo con un suspiro: *¡Jesús, y qué cansada vengo!—¿De qué? ¿y de dónde?* la preguntó el Padre.—«*Anduve un larguísimo camino muy ameno y deleitoso; y cuando estaba ya casi en el término del deliciosísimo paraje, me salió al encuentro un mozo blanco de igual gentileza que hermosura, que me mandó volver, diciéndome que no podia pasar de allí. Volvíme luego, aunque sin saber cómo ó por dónde; sólo sé que me ha quedado gran fatiga.*» Hizo el Padre que despejasen todos la pieza para confesarla; en el discurso de la confesion entró en sospecha de su bautismo; y bien examinada, halló el Padre que no lo habia recibido. ¡Oh misericordia inefable de Dios, y poderosa oracion de su fiel siervo! Ya esta alma habia entrado por las puertas de la muerte, y hace que retroceda para tomar el camino de la vida eterna. Debidamente preparada para el santo bautismo salió á pedir un jarro de agua. Sabido el caso de como no estaba bautizada, lo extrañó doña Micaela Heras Manrique mujer de D. Vicente, y se resistia á creerlo, confiada en la cristiandad de la Negra que por veinte años habia ejercitado tantos actos de religion y frecuencia de Sacramentos. Bautizóla el Padre, y le desembarazó con

esto el camino de la gloria; la cual como es de creer consiguió al breve rato en que volvió á espirar, dejando en todos grande alegría y esperanza cierta de su salvacion, pues habia resucitado para lograrla. Atestiguó este suceso D. Vicente con juramento, en la informacion auténtica que se tomó de la vida y milagros del santo Padre, y la reverencia con que de allí adelante le trató, fué buen testigo de la grande estimacion de su virtud que le infundió aquel prodigio. Encontrándole se postraba á besarle la mano; y sus cosas las veneraba por reliquias, como de Varon que moraba más en el cielo que en la tierra.

No fué esta alma sola la que resucitó por la oracion y méritos del santo Padre; alcanzó de la muerte otra victoria con triunfo más ilustre, porque la lucha fué más porfiada. Entre los Negros de una armazon que fué á catequizar, habia dos enfermos; el peligro de ellos le obligó á descuidar la instruccion de los demás y á emprender con veras la salvacion de los dos que á toda priesa se iban á la muerte. Hizo extraordinarios esfuerzos su fervor ya con el uno ya con el otro; pero tercos ellos en el gentilismo, desatendian su propia enfermedad, por defender su secta de las instancias con que el celoso Padre la combatia. Estuvo toda la mañana hasta las once porfiando con aquellos dos corazones que resistian insensibles á todos los argumentos. Quedó el Padre sin fuerzas y sin voz, pero no desistió de la batalla, si bien la suspendió para tomar aliento, y volver más animosamente. Salióse afuera, clamó al cielo que les ablandase el corazon; ofreció penitencias y sacrificios porque aquellas almas, que costaron la sangre á Jesucristo, no se perdiesen en ocasion tan oportuna de salvarse. Estando

en estas ansias, le hirió la triste nueva de que habia muerto el uno de los Negros en su infidelidad; volvió ligero como un rayo y halló que ya le tenian en el patio para llevarle al campo y darle la sepultura de los brutos, á donde por desprecio ó abominacion arrojan los cadáveres de los infieles. «*¡Ah, eso no!*» dijo el santo Varon llevado de un ímpetu de caridad; «*¡ah, eso no!*» Y haciéndole volver al aposentillo en que espiró, cerróse con él en la viva confianza de que le alcanzaria de Dios la salud temporal para el cuerpo y la espiritual para el alma. A poco rato hallaron vivo al que le habian entregado muerto, y al Padre estrechando con las manos aquella Cruz que traia continuamente al pecho, instrumento de aquella y otras maravillas. Habló el Negro resucitado, pidiéndole con grandes instancias el bautismo; y ¿quién podrá imaginar el consuelo con que se lo administró el bienaventurado Padre que tanto habia trabajado en reducirle, y perdido ya lo recobraba de las gargantas del infierno? Llenó la fama de este milagro toda aquella tierra, y el P. Provincial del Nuevo Reino, quiso tomar la informacion del mismo Padre, como en fuente más pura. Respondió: «que á él le llamaron, diciendo, que el Negro habia muerto; y que estuvo con él, y quiso Dios que á cabo de rato volviese en sí.» Discretas cuanto humildes palabras, con que sin oscurecer la verdad disimuló el milagro; mas como tan atento á deshacer la opinion de aquella maravilla, es cierto que si pudiera, salva la verdad, hubiera negado ó la muerte del Negro, ó que volvió á la vida. A estos dos casos puede juntarse el de un Negrito de 14 años, que estaba tísico en casa de Duarte Bravo, y le hallaron muerto un dia repentinamente cuando le llevaban de comer. Asustáronse todos,

mas por si acaso era desmayo, enviaron á llamar inmediatamente al Padre y al señor Cura, para que le administrase la Extremauncion. No dudó éste de la muerte del muchacho, y habiendo reñido á los amos por el descuido de no haberle llamado á tiempo, se volvió con los santos óleos, diciendo, que no eran para muertos. Unos se lamentaban del caso, otros trataron de amortajarle; pero el P. Claver dijo que le dejasen primero encomendarle á Dios. Rocióle con agua bendita, púsole sobre los labios un santo Cristo, hizo oracion, y empezó á llamarle por su nombre. Tornó á llamarle segunda vez, pero en balde, al parecer de toda la casa, que le tenian por difunto. A la tercera vez, como si despertase el jóven de un dulcísimo sueño, dijo suspirando: *¡qué de cosas he visto!* Hizo el Padre salir la gente, y confesóle muy de espacio; envió luego por la Extremauncion, no acabando de admirarse el Cura, que hubiese vuelto para recibirla: y así sacramentado volvió á espirar lleno de consuelo en los brazos de su amadísimo Padre, el cual nunca quiso descubrir las cosas que vió el muchacho, ó porque las sabia en confesion, ó porque no lo tuvo por conveniente.

CAPÍTULO VIII

ACTOS HERÓICOS DE CARIDAD CON LOS NEGROS ENFERMOS

Más admirable es el P. Claver por las virtudes que ejercitó, que por los milagros que obró; porque más es haberse vencido á sí con repetidos y heróicos actos de caridad con los prójimos y de mortificacion con sí mismo, que no haber vencido á la muerte, sacándole los difuntos de su jurisdiccion. No podemos ver en el corazon lo que el P. Claver amaba á Dios y al prójimo por el mismo Dios, pero algo se puede rastrear por sus obras tan estupendas que apenas se ven otras mayores en los grandes santos. Con ser tan ilustres, no eran ciertamente medida fiel de los afectos interiores, sino algunas como llamaradas de aquel fuego que sin poderlo estorbar reverberaba en lo de fuera.

A fin de formar algun concepto de lo que ha de escribirse ahora, es necesario tener presentes las desdichas en que las enfermedades envuelven á los Negros. Algo se ha dicho de ellas, pero son verdaderamente más de lo que puede explicar la pluma. Y aquí debemos prevenir al piadoso lector y pedir que nos dispense, si con el objeto de no hacer agravio á la virtud del siervo de Dios callando los rasgos más heróicos de su vida, nos vemos obligados á presentárselo ante los ojos en el continuo y

desagradable empleo de manejar enfermos asquerosísimos, aplicando la boca á llagas verminosas, extrayendo de ellas y chupando las más repugnantes materias, limpiándoles con su lengua la podre, comiendo al propio tiempo con ellos en un mismo plato, abrazándolos tiernamente, acariciándolos y besándolos: cosas que, como cada cual echa de ver, son capaces de ofender la delicadeza de un estómago poco robusto, y de revolverle enteramente. Pero como quiera que sea, no podrá menos de inferir de aquí el lector á qué sublime acto de heroismo se elevó la virtud de este siervo de Dios, pues que á fuerza de una continua victoria de sí mismo llegaron á formar sus delicias por tantos años las cosas más opuestas y repugnantes á la naturaleza, y que, practicadas por otros, apenas tiene nuestro amor propio suficiente valor para leerlas ó escucharlas sin estremecerse.

Aunque los Negros, pues, son asquerosísimos de suyo y muy hediondos aun estando sanos, todavía cuando sobre las ordinarias y comunes dolencias, que consisten en calenturas, disenterías y postemas, les da una, especialmente á los Angolas, que llaman *loanda*, quedan horrorosos á la vista é intolerables al olfato. Empieza la *loanda* por llagarles la boca y encías, hasta que creciendo poco á poco, viene á parar en un cáncer asquerosísimo. Cúranlos con aguas y lavatorios fuertes, que les hacen arrojar bocanadas de sangre y podre; y de las fístulas de que están plagados, sale un vapor denso á manera de humo, que impregnado de malignas cualidades, inficiona á quien se les acerca. Están sujetos en llegando á Indias á otro mal propio de la tierra, que llaman vicho; el cual prende con más fuerza en las complexiones de los Negros, con pasmos y relajacion irreparable del vientre. Las viruelas

y sarampion, peste á ellos familiar, los desuellan de piés á cabeza de tal suerte, que despojándoles de la piel los cubren de un humor corrompido y negro, el cual helándoseles sobre las carnes los presenta como chamuscados ó más bien fritos con resina y goma. A todo esto se agrega la cama á veces sobre el desnudo suelo, la menos húmeda sobre algunas tablas y la más blanda sobre alguna estera. La habitacion son desvanes ó huecos de escaleras, camaranchones apenas visitados por el aire, donde no entra sino el calor excesivo en aquella tierra, con que hierve el hedor y crece la congoja. Es esto de manera que ha sucedido entrar los Curas á sacramentarlos, cuando están de peligro; y dada la extremauncion con toda priesa á dos ó tres, tener que salir al punto, no pudiendo soportar el tufo y la vista de aquellos miserables. Habiendo bajado un religioso del Colegio de Santa Fe á Cartagena á recibir el órden del sacerdocio, le llevó el P. Claver por compañero á una armazon de Negros picados de contagio de viruelas. Encalabrinósele la cabeza, revolviéronsele las entrañas, y con horror de lo que habia visto, dijo, que si pensara ver tal no hubiera puesto los piés en Cartagena, aunque dejara de ordenarse. A otro de los nuestros que iba á Roma como procurador de una provincia de las Indias, le dió curiosidad de ver si las enfermedades de los Negros, y las finezas del P. Claver con ellos, eran lo que la fama publicaba. Ofrecióse un dia á irle acompañando, y al hedor y á la vista de aquellos vivos cadáveres tendidos por tierra, fuentes de podredumbre y cebo de gusanos, fueron tan mortales las bascas, que perdidos los sentidos y la respiracion, le hubieron de sacar afuera medio muerto. Quedó con esto muy escarmentado, pero con tan grande

estimacion del santo P. Claver, que hizo propósito de ir pregonando las hazañas de su heróica caridad, hasta Roma.

Las piezas ó zahurdas en que yacen estos pobres Negros para el P. Claver eran jardines, las llagas flores, los manantiales de postema fuentes de dulzura y los vapores hediondos, exhalaciones de ámbar fragantísimo; no porque lo dejase de sentir, ó que tuviese los sentidos obtusos, embotados é impenetrables á la violencia de tal martirio; sino porque á fuerza de mortificacion, llegó á tomar gusto en los mayores tormentos. Habíale Dios encomendado aquella gente como á Apostol suyo; y no podia hacerles falta en sus necesidades más terribles. Su obligacion era asistir á aquellos miserables; y para facilitarse este ministerio, entró venciéndose animosamente en lo que podia causarle mayor asco y repugnancia. Dió fe el Muy R. P. Fr. Juan de Sahagun, religioso de san Agustin, que habiendo en casa de sus padres una armazon de Negros, cuyo dueño era el capitan Manuel de Acosta, fué el P. Claver en alas de caridad para asistirlos. Estaban todos los Negros infestados de muy contagiosa enfermedad; y así á despecho de la virtud del santo Padre, no dejó la naturaleza de resistirse é intentar la retirada: mas no salió con ello, porque avergonzándose de sí mismo por aquella sorpresa repentina, arrojó el manteo, y oyósele exclamar: «*¿Así? ¿así? Pues ahora lo vereis.*» Y diciendo y haciendo hincóse luego de rodillas y de uno á uno fué abrazando aquellos pobrecitos, hízoles mil caricias, y les lamió detenidamente las llagas, hasta dejárselas del todo limpias. Asombrados los de casa se retiraron todos; y despues de grande rato salió el Padre con severo y apacible rostro, y se despidió tan sosegado, como si tal cosa hubiera hecho.

En otra ocasion le llamaron á casa de un armador riquísimo de Lima, (nombre que dan allá á los que negocian en armazones) para que confesase á un Negro enfermo, apartado al último rincon de casa, por asqueroso é insufrible á sus mismos compañeros. Fuéronle siguiendo como al descuido el mismo dueño y cuatro españoles, y llevados de la fama de las caricias que usaba con los llagados, desearon examinarle las finezas de su caridad en aquel Negro á todo el mundo intolerable. Recia prueba, y tal, que aun al mismo Padre puso grima. Porque, en viéndole tan hediondo y horrible, el primer movimiento de la naturaleza fué de cejar, por manera que estuvo á punto de desmayarse. Pero triunfante el espíritu de la carne, saca el brazo izquierdo de la sotana, y dejando desnudas las espaldas, empieza á descargar una fiera tempestad de azotes, juntando al castigo una severa reprension por aquel amago de repugnancia: «*¿Así rehusais*, se decia, *llegar á vuestro prójimo, redimido con la Sangre de Jesucristo? Pues no ha de ser así, sino que lo habeis de pagar y llegaros con caridad á lo que fuere menester.*» Despues de la rigurosa disciplina, llegóse al enfermo de rodillas, y pegando el rostro cariñosamente á las llagas más asquerosas, con devotísima suavidad puso en ellas sus labios y las fué limpiando con el halago de su lengua. Confesóle y estúvose muy de espacio consolándole: admirados y sobremanera compungidos los caballeros que le atalayaban de secreto, se apartaron de allí antes que saliese. ¡Cuán reprimidas tendria las pasiones é impulsos hácia el mal, quien no le sufria á la naturaleza una repugnancia tan inculpable! ¡Heróica mortificacion por cierto dar con los labios y con la lengua en las llagas, por vencer un primer movimiento y por ayudar á su hermano redimido con la sangre de Cristo!

Estas demostraciones de amor más que humano enternecian á los mismos enfermos, y les ponian tan grande devocion al santo Padre, que escuchaban y obedecian sus palabras como de un ángel, moviéndose con ellas á fervorosa contricion. Conociendo el Padre este provecho de las almas, le eran las llagas sabrosísimas, y el besarlas ó lamerlas el primer agasajo con que obsequiaba á los enfermos, y con más cariño las que producian mayor asco. En casa del Sr. D. Agustin Ugarte Saravia, Inquisidor entonces en Cartagena, y despues Obispo meritísimo de Quito, habiendo confesado á un Negro que tenian apartado por contagioso, se estaba el santo Padre regalando su boca y lengua en las postemas de sus llagas. En esta postura le halló el Inquisidor, el cual avisado que estaba allí el P. Claver, quiso verle; y viéndole raer con la lengua la podredumbre y cómo le daba amorosísimos ósculos, se hizo atrás, porque el asombro le dejó sin voz, pero toda su vida celebró siempre aquella prodigiosa caridad. En unas casas cerca de S. Diego, tenia el contagio de viruelas á una armazon de Negros tan lastimados, como suele: á uno entre todos hacian más notable las miserias; íbasele á pedazos la piel de todo el cuerpo; ya cubierto de materia y sangre, no habia ojos que pudiesen parar en su figura. Con éste hizo el Padre Claver las mismas finezas que con el pasado.

D. Vicente de Villalobos, de quien arriba queda hecha mencion, llegó á las casas de Francisco Jerez en busca de Negros que comprar; y entrando en una pieza, le avisaron, que se retirase porque era enfermería de los Negros, y el mal que padecian muy contagioso. Desde la puerta vió al P. Claver, que á uno de ellos le limpiaba con su mismo pañuelo el rostro podrido de viruelas. Sacóle

afuera el hedor y tufo de la estancia; y razonando con el compañero del Padre sobre lo que habia visto, le respondió: «*No se admire v. m. que aquí hay un mozo* (y lo señaló con el dedo), *que el otro dia le vió besar las llagas á un enfermo de estos.*» Dió gracias á Dios del grande espíritu que le comunicaba, juzgando que no era posible aquella heroicidad, sino en un hombre todo poseido de su amor.

El capitan Francisco Caballero, que fué Alcalde Ordinario de Cartagena, y por el gran comercio de Negros tuvo ocasion en su misma casa de admirar en el Padre Claver actos heróicos; sabiendo que se hacian informaciones de su virtud, escribió al P. Rector de nuestro Colegio algunos casos de que fué testigo. El primero, que el año de 1628, recien llegado á Cartagena, se hallaba con una armazon de Negros, en quienes se habia cebado el contagio de viruelas. Declarado el peligro en todos, deseoso de que no se perdiesen para Dios, ya que se perdian para él, preguntó si habria confesor que entendiese la lengua de aquella gente, y se encargase de sus almas. Dijéronle la caridad y gusto con que el P. Claver se ejercitaba en este ministerio. Esta fué la ocasion de verle la primera vez. Mandó purificar la pieza de los enfermos con sahumerios de yerbas aromáticas, para que estuviese menos insufrible, aunque nada bastó para que no diese siempre grave pesadumbre. Vino el Padre al primer aviso; y entrando en la pieza de los enfermos, que estaban en tarimas bajas, los saludó con dulce y compasivo semblante, y luego de uno á uno los fué abrazando de rodillas y besándoles las llagas con amorosa devocion. Hízole este agasajo dueño de los corazones, de suerte que ya blandos y rendidos se le entregaron para Dios; confesólos á todos con gran consuelo, y despues les repartió algunos

regalillos. Desde entonces Francisco Caballero le miró, como él mismo dice; con grande reverencia, como á Varon en quien moraba el Espíritu divino. Finalmente este acto de poner la boca y chupar y llevar la lengua por las llagas de los enfermos pobres, se hizo en el bendito Padre costumbre, no sólo en las enfermerias de los Negros sino en los hospitales, y más repetidamente en el de leprosos, de que adelante se dirá. Sábese que una ú otra vez llegaron la boca á llagas apostemadas santa Isabel reina de Portugal, santa Catalina de Sena, san Francisco Javier y otros Santos de extraordinario espíritu; y esto justamente se refiere con admiracion y se oye con pasmo y se celebra por prodigio. Lejos de nosotros el preferir á ellos el P. Claver en el fervor de semejantes actos; pero en el número no puede negarse que les hace gran ventaja. Y si esta victoria es más gloriosa donde son mayores las dificultades de alcanzarla, cierto es que no ha habido sujetos más asquerosos que aquellos Negros, que aun limpios de llagas, son por sí mismos repugnantes. Pero el bendito Padre ó con humildad de gusanito se alimentaba de ellas, ó mirando en las llagas de aquellos pobres las de Cristo crucificado, andaba en ellas con inocencia de paloma. Un Negro que vino á curarse de Zaragoza á Cartagena, fué de sus más queridos, porque fué de los más llagados. Llevó con gran paciencia la enfermedad, en la cual le asistió el Padre para consuelo de su alma y algun alivio de su cuerpo miserable. Yendo pues un dia á visitarle halló que era muerto; y mirando con ternura las llagas del difunto como esmaltes de gloria, las besó y tuvo gran rato el rostro pegado á ellas, santamente envidioso de lo que con ellas habia merecido.

CAPÍTULO IX

OTROS TESTIMONIOS DE SU CARIDAD EN LOS NEGROS ENFERMOS

Fueron tantas las finezas que hizo el P. Claver con estos pobres, que para describirlas no bastaria un gran volúmen. A los principios hubo descuido en irlas apuntando; y cuando se despertó la general atencion, fué mayor el cuidado del humilde Padre en encubrirlas. Referiremos algunas, dejando á la devocion y admiracion de los lectores, que pondere el número de las que obró en casi cuarenta años con la continuidad y fervor que se puede conjeturar.

Hizo llamar en una ocasion á Magdalena de Mendoza, Negra libre, para que le sirviese de intérprete con una armazon de Negros de su casta, que era Viafara: padecian terribles accidentes de los cuales se iban como vasija rota, tendidos en el desnudo suelo. El compasivo Padre acudió á levantarlos y limpiarlos; y los tomaba en sus brazos con amor de madre. Mas la Negra intérprete no pudo sufrir mirando lo que el mortificado Varon sufria padeciendo. Tales bascas le vinieron, que sin poder consigo más, se retiró. Pero el Padre viendo que habia de faltarle lengua para entenderse con aquellos pobres, la empezó á gritar: «*Magdalena, Magdalena, no se*

vaya, que estos son nuestros prójimos redimidos con la sangre de nuestro Señor Jesucristo.» Detúvose á estas voces, y confundióse ante el ejemplo del humildísimo y caritativo Padre, que los fué levantando á todos, limpiándolos y acariciándolos, con que se abrió paso á su enseñanza, y los dispuso para que con gusto recibiesen el bautismo.

Llamado á toda priesa á confesar un Negro de casta Tolofo, le halló en un aposentillo tan lóbrego, tan hediondo y abrasado, que parecia traslado del infierno; y el pobre enfermo tenia hinchada la barriga hasta la boca y ya sin habla. Trabajó el Padre lo que pudo para sacarle alguna señal, por donde acudir al remedio de su alma. Como iba el negocio con algun espacio, ni el compañero ni el intérprete que llevó consigo pudieron sufrir más el tufo de aquel sitio, sin salir á respirar nuevo aire. Perseveró allí el Padre, rociéle con agua bendita, púsole el Santo Cristo en la boca y corazon; entre tanto clamaba á Dios por aquella alma: de ahí á poco empezó á llamarle por su nombre á grandes voces, á las cuales volvieron el compañero y el intérprete; y sin haberse abierto ventana en el aposento, porque no la habia, experimentaron un aire tan apacible, como si lo anduviera oreando alguna suave y fresca marea. Quedaron extrañamente admirados de aquella mudanza, y más de la que hizo el enfermo á la imperiosa voz del santo Padre; porque cobró el habla y muy en sí pudo confesarse y recibir la Extremauncion. Dejóle allí el intérprete para que le ayudase, advirtiéndole que luego habia de morir; y sucedió como lo dijo: porque era su oracion el instrumento de cuanto queria obrar su caridad; con ella vuelve al enfermo los sentidos para que negocie su salvacion; y con ella despe-

ja la pieza del congojoso ambiente, para que el intérprete le ayude á negociarla. Para sí nunca solicitó alivio, porque tenia su regalo en padecer; para otros hace un milagro, á fin de que asistan sin pesadumbre al remedio de un alma. Y aunque era aquí dificultosa la entrada á la brisa ó vientecillo, pero si un Angel en el horno pudo sacarla de las mismas llamas, bien podia el P. Claver sacar la frescura de aquel mismo calor, y de aquel foco de hediondez suavísima fragancia.

El año de 1633 ó 34 en aquel contagio de viruelas que hizo tan grande riza y con más fiereza en los Negros, fué admirable la asistencia del P. Claver á consolarlos, mientras duró el azote de la plaga. Todos ó en la enfermedad ó en la hora de la muerte, le tuvieron á su cabecera y con más certidumbre los más desamparados. Si alguna vez iba otro religioso, por no encontrarle en casa los que venian á llamarle; ó no se confesaban los Negros, ó se les conocia el poco gusto, porque tenian todo el consuelo en su P. Claver, con quien solamente se entendian por el lenguaje del amor. Creciale con esto grandemente el trabajo, pero nunca desistió porque siempre le sobraban las ganas de padecer. Herida entonces una Negra en casa de D.ª María de Maza, la tenian en el aposento más alto, cerrada la puerta, para que no se propagase la infeccion. Sin ningun respiradero, los vapores de la enfermedad se fueron haciendo más gruesos y apretados; y llena la pieza de ellos volvíalos á respirar la pobre enferma. Al abrir la puerta para que entrase el P. Claver á confesarla, desembocó por ella un tufo tan pestilente y encendido, que desmayado el compañero estuvo para dar en tierra. Advirtiólo el Padre, y dos veces le dijo: *Apártese allá, mi Hermano;* pero como le vió romper tan

animoso, fuéle siguiendo hasta la enferma. Sobre unos sacos ó jergones estaba la pobrecita en medio del aposento, pero tan mal parada, que no se veía en ella figura humana, sino un montón de viruelas. La piel se le caía á girones, y las carnes á pedazos, manando la podredumbre hasta hacer corrientes en el suelo, y exhalando vapores repugnantes. Acercósele el santo Padre, y puesto de rodillas, dióle á besar el Crucifijo, diciéndola: *Ten buen ánimo, hija, que viene este Señor á sanarte.* Aturdida ella y como aletargada, dábale el Padre con la mano en la cabeza para que se avivase. *Despierta*, la decía, *no estés dormida; yo vengo aquí á animarte, y á socorrerte en cuanto pudiere.* Recobrados los sentidos, reconoció la voz y tomó algun ánimo. Sentóse el Padre en tierra para oirla de confesion, y despues la ungió con el óleo santo, porque de beneplácito y aun por ruegos de los Ordinarios, lo administraba á estos enfermos, aunque no urgiera en ellos la obligacion de sacramentarlos. Quejábase la enferma de la dureza de la cama, y del tormento que le causaban las materias que la iban carcomiendo todo el cuerpo; y el bendito Padre mandó entrar á su catequista, que por el intolerable hedor se había salido, y dispuso que la pusiese en tierra sobre su manteo. Limpióla despues con los paños de que iba prevenido, la reanimó con fomentos y aguas aromáticas y la dió algunos regalillos llevándoselos á la misma boca. Compúsole la cama con la mayor blandura que se pudo, y dejóla consolada en el alma y con algun descanso en el cuerpo. Y él volviendo á ponerse aquel mismo manteo, todo afeado y corriendo suciedad, por lo más concurrido de Cartagena regresó á nuestra casa, haciendo alarde de aquellos trofeos conquistados contra sí mismo por amor al prójimo.

En las casas de Francisco Caballero, donde, segun queda advertido, eran frecuentes y numerosas las armazones de los Negros, encontró uno demacrado, lleno de úlceras y tan sin fuerzas que parecia esqueleto vivo ó estátua de la muerte. La piel sencilla sobre los huesos, que se podian contar; por el cuello y pecho tales costras y postemas que le tenian como engomado y paralizado. Sacóle el P. Claver en los brazos al patio de la casa con ayuda de su compañero para que respirase aire más sano; y sentado sobre una piedra, y el Padre hincándose de rodillas, le fué poniendo en la boca á pedacitos unos bizcochos mojados en vino; lavóle y enjugóle muy bien; y habiéndole envuelto en su manteo, y asegurándolo con el fiador en el cuello, donde estaba la parte más lastimada, se fué á la cocina á traer un tiesto de áscuas. Deshaciendo en ellas las yerbas confortativas y olorosas, aplicó el humo á los piés del enfermo, ahuecando el ruedo del manteo, para que pudiese recogerlo. El mismo Negro, con ser tan bozal, estaba como atónito y más atento á la caridad del Padre que al gozo de su alivio; y ya que no podia con palabras, manifestaba su gratitud á su amado bienhechor y amantísimo Padre inclinando la cabeza, cruzando las manos, y levantando á menudo al cielo los ojos bañados en dulces lágrimas. En casa de D.ª Teodora Ribera, estando en igual necesidad otro Negro experimentó igual socorro en el amor del santo Padre, á vista de unas señoras españolas, las cuales miraban pasmadas aquel prodigio de caridad que toda la vida con mucha ponderacion engrandecieron.

Madre é hija, mujeres virtuosas, cuidaban de la casa de Fabricio Viacava, vecino de Cartagena, en que un pobre Negro, retablo de llagas y miserias, les causaba

notable horror, con especialidad á la madre que aun de lejos no podia recabar consigo de mirarle, sin que se le turbase la cabeza y revolviesen las entrañas. Desdicha la mayor de un mal, que aleja de sí á quien lo puede remediar. El P. Claver llevado de Dios á desdichas semejantes, halló al miserable hombre tan necesitado de consuelo, como destituido de quien le consolase. Hallóle el Padre tendido en un desvan; dobló el manteo y colocándole blandamente en él, empezaron las finezas que con los demás, desde los abrazos, hasta dejarle limpio de las materias que le podrian y abrasaban. Miraba la buena mujer, muy edificada, aquella caridad como reprension suave y eficaz de su delicadeza; y sin poderse contener llamó á su hija para que los viese y la dijo: *Mira, mira este santo Padre, qué entrañas tiene de tanta caridad y misericordia. ¡Que no me atreva yo á mirar á este enfermo, y el Padre se está con él limpiándole, halagándole y refrigerándole, y parece que se lo quiere meter en el corazon! Pues yo prometo que no me he de desviar, ni retirarme de él, sino que me he de acercar é imitar en cuanto pudiere á este santo Padre.* Así enfervorizó con su ejemplo la piedad de aquellas mujeres, para que sirviesen y regalasen al enfermo. Entrambas le veneraron de allí adelante como á Santo, y la hija que le sobrevivió le hizo retratar por la grande estimacion de su virtud.

No fué menor la que tuvo del Bienaventurado Padre el secretario D. Diego de Baena, por causa de haberle visto cuidar de una Negra, sin desampararla hasta la muerte. Andaba medio fátua por los muladares á caza de sabandijas sucias y de otras asquerosidades para su alimento. Contrajo una enfermedad á manera de lepra tan hedionda como las viandas que la habian engendrado.

Sobre una tarimilla dura pasaba su trabajo, sin haber ojos ni olfato que se atreviesen á sufrirla. Pero lo que á todos era pesadumbre, para el P. Claver era atractivo; y allí tenia sus delicias la caridad, donde era más repugnante la miseria. Ni la dejó en su enfermedad, ni en la hora de su muerte, con asombro de los que notaron cómo la servia hasta en los oficios más humildes de enfermero.

Avisóle una Negra de parte de su ama, que no se acercase mucho á un Negro que entraba á confesar, porque estaba tísico; pero el efecto de esta prevencion, fué tomarle en los brazos y estarse gran rato regalándose con él. A otro del mismo achaque y tan gastado ya que parecia imágen de la muerte, le ponia siempre sobre su manteo, mientras catequizaba á los demás de una armazon, en casa de Isabel Nuñez; y ofreciendo ella con piedad una saya, no la admitió el Padre, diciendo que su manteo era para eso. Y es así, que más servia para uso de los enfermos pobres que para el Padre; porque él solo lo llevaba por las calles; pero en las casas ó albergues de los enfermos, ya era almohada, ya asiento, ya alfombra, ya abrigo, haciendo tantos oficios, como diferentes eran las necesidades de los Negros. Si la mitad de la capa que dió el glorioso san Martin á un pobre desnudo, sacó Jesucristo á vista de los ángeles haciendo gala de ella; ¡qué de veces seria regocijo de la gloria el manteo del Padre Claver, aplicado tan repetidamente á los pobres y desnudos! Ni dejó el Señor de dar á entender bien claramente y con señales prodigiosas, lo mucho que le agradaba el piadoso uso de aquel manteo; pues aunque llevado por tantas bascosidades, y empapado siempre en mil inmundicias, lejos de contraer ningun mal olor, ex-

halaba una fragancia suavísima, como si estuviera siempre doblado entre flores; así lo depusieron con juramento dos testigos, frecuentes compañeros del bienaventurado Padre.

No se valia solamente del manteo en servicio de los pobres, sino que repartia con ellos el uso de las demás alhajas. Cada semana en Cartagena se les proveia á los religiosos de dos pañuelos: alivio necesario y no bastante, segun es la continuidad con que se suda. Nunca éstos enjugaron el rostro del P. Claver, porque se reservaban para el de los enfermos. Comunmente están echados por tierra, y el polvo que se les pega revuelto y mezclado con lo demás les deja la cara hecha toda un asqueroso lodo. Limpiábalo él con sus pañuelos, como si recogiera rosas. Al bonete le daba tambien su empleo, porque lo doblaba y aventaba con él los tábanos y moscas, para que cebándose importunamente en las llagas, no hiciesen tan lastimosa carniceria en los enfermos.

Finalmente, la caridad del santo Padre para con ellos no sólo resplandecia en vida, sino tambien despues de la muerte. Y ya difuntos, les buscaba mortaja y los ayudaba á amortajar; negociábales el entierro de limosna como á pobres, costándole á veces no poco trabajo el concertarlo. Por todos los Negros que morian, decia misas y hacia otros sufragios; no contentándose con haberlos puesto en el camino, sino ayudándoles á llegar presto al término de su salvacion. A los deudos les daba el pésame con tan verdadero sentimiento, que muchas veces acompañaba con sus lágrimas las que ellos derramaban.

CAPÍTULO X

MINISTERIOS CON LOS NEGROS QUE MORABAN EN CARTAGENA

La ocupacion sola de los enfermos era sobre las fuerzas que no se sintiesen animadas de un valiente espíritu; y más, añadiéndose el trabajo de administrarles los Sacramentos, y el de procurar su salud con las finezas que se ha visto. Pero el espíritu del P. Claver nunca harto de trabajos y siempre hambriento de más almas, tomaba sobre sí nuevas tareas en beneficio de los sanos, como si no le embarazaran los enfermos. El fuego moderado se ahoga en mucha leña; pero el incendio poderoso cobra con ella más pujanza: así cuantos más eran los ministerios en que se ocupaba el santo Padre, más poderosas eran las llamas de su celo. Siendo tan pocos los HH. Coadjutores, y esos ocupados en los quehaceres de la casa, quedábales muy corto tiempo para acompañarle en el ministerio; y así ayudaba el P. Claver en sus oficios al que le señalaban por compañero para desembarazarle más presto de aquella obligacion. Ya fuese en la sacristía, ya en la cocina, ya en cualquiera otra parte, obedecia á los Hermanos con rendimiento de novicio y ejecutada sus órdenes con presteza y diligencia. Cuanto la ocupacion era más humilde

más se le conocia el gusto en ayudarles; y como ganaba tiempo para el ministerio, andaba con priesa y fervor en el cumplimiento de la obra.

El cuidado de los Negros no le dejaba sosegar, siempre desvelado el Padre porque no desmintiesen con la conducta la ley santa que habian recibido. Como árboles nuevamente trasplantados á la fé, es fácil que de las raíces del gentilismo broten algunos ramos si no se está siempre sobre su cultivo. A más de esto, en tanta muchedumbre de esclavos y de esclavas, es grande la frecuencia de ocasiones en que tropieza la honestidad. Salia el P. Claver á remediar ó prevenir estos daños, discurriendo con ardiente celo de unas partes á otras. No habia freno para los Negros, como ver al Padre; porque como le amaban tanto, temian grandemente disgustarle. Cuando le encontraban por la calle, se arrodillaban á besarle la mano; levantábalos él con amor, hablándoles algo en su lengua con que los regocijaba mucho. Deléitase aquella gente con bailes, que forman en grandes tropas al son de flautas, adufes, tamboriles y otros instrumentos de este género: cuando en ellos no faltaban á la modestia cristiana, condescendia el Padre en permitirlos; pero ¡ay de ellos, si alguna vez se introducia en sus danzas la licencia, el libertinaje ó la desvergüenza! porque entonces no lo podia tolerar. Era fama en Cartagena que á veces veia al demonio llevarles el compás, para excitarles á la liviandad con indecentes juegos y mudanzas. Hacen esto creible las demostraciones del santo Padre para desbaratarlos; porque entonces encendido el rostro y deponiendo su natural mansedumbre, el Crucifijo en una mano y en otra las disciplinas descargaba en ellos tal tempestad de golpes, que les

hacia arrojar á toda priesa los instrumentos del placer. Recogíalos él como despojos ganados al demonio, y depositábalos en alguna tienda, con órden precisa que no se restituyesen á sus dueños; sino que, vendida cada pieza á dos reales, se diesen á los pobres de San Lázaro, para que así redimiesen la culpa con limosnas.

Cuando encontraba hablando Negro y Negra, reprendíalos severamente, sin admitir disculpa de parentesco, capa con que suelen arrebozarse muchas correspondencias sospechosas; porque decia, que el parentesco no lo sabian todos y todos veian el escándalo. No se movia de allí hasta que apartados por contrarios caminos se perdiesen de vista el uno al otro. En viéndole de lejos los que estaban en semejantes conversaciones, las rompian luego; y es fama constante que más de una vez, para tenerlos á raya, se dejó ver milagrosamente en medio de la calle, aunque á la sazon estuviese en otra parte. Así le sucedió á un Negro junto á la puerta que llaman de la Media-Luna. Hízosele allí encontradiza una Negra y queriéndole hablar, trémulo y avergonzado el Negro, *anda, anda con Dios,* le dijo, *que ya se acabaron esas cosas; ¿no ves al P. Claver que viene hácia nosotros, y ya le tenemos encima?* Retiróse la mujer toda despavorida como si viese algun fantasma. Oyó las voces el P. Fray Luis de la Encarnacion, religioso de S. Juan de Dios, que por casualidad se hallaba allí; y mirando á todas partes, ni vió al P. Claver, ni á otra persona; con que presumió que aquel Negro se habia confesado con el santo Padre, y que él se le habia aparecido para librarle del torpe lazo que le volvia á armar aquella Negra. Y no es maravilla que vacando á Dios en el recogimiento se hallase en las plazas para atajar sus ofensas, quien andando por las ca-

lles vivia con el espíritu en el recogimiento de su celda.

Si algun Negro sustentaba plática con las vendedoras de la plaza, echábale de allí afeándole el escándalo; y si alguna de ellas, sintiéndose culpada se retiraba por no ser reprendida, cogia la batea ó canasta, donde tienen lo que se vende, y entregándola á algun vecino, habia de pagar un real á los pobres para sacarla, conmutando la penitencia en aquella pequeña limosna. Las que en la cuenta de lo vendido hallaban alguna falta, temerosas del castigo de sus amos, íbanse al P. Claver con su aflicion; y él entonces, si los amos eran benignos, les negociaba la misericordia; mas si eran interesados, temiendo su crueldad, buscaba limosnas para que les ajustasen la partida. Era celosísimo de que las Negras no trabajasen en los dias festivos; y encontrando que en ellos hilaban, tomábales los husos; y á veces traia diez y doce, que los habia quitado, y no se los volvia si no le daban formal palabra de enmendarse. Velaba diligentemente que ayunasen los dias de precepto; y á la disculpa ordinaria de que comen mal, respondia ofreciéndoles arroz y otros alimentos. Procuraba que empleasen santamente el tiempo de Adviento y de Cuaresma; y en éste no permitia juegos á los Negros, quitándoles las bolas y otros instrumentos con que se entretenian: porque el alma redimida con la Sangre de Jesus toda habia de entregarse entonces á los misterios de la Redencion, que es intolerable ingratitud pasar jugando el tiempo que Su Majestad estuvo padeciendo. Perseguia el vicio de maldecir y perjurar con grande ardor; haciales besar la tierra, y poniendo el pié sobre la cabeza del jurador, «*¿y quién eres tú*, le decia, *que te atreves á poner la boca en el cielo é insultar á la Majestad de Dios?*» y dejaba órden en las ca-

sas que le avisasen, si habia enmienda ó no en aquel vicio. A los amancebados, cuando no habia otro remedio, hacíales casar; y padeció sobre esto muchas persecuciones de los amos. Porque decian, que despues de casados habian de quedar ellos peor servidos y los esclavos de no mejores costumbres, porque entregados ya á la lascivia, no habian de contenerse dentro de los límites y templanza del santo matrimonio. Respondíales el Padre que las culpas despues de casados se imputarian solamente á los Negros; y las que cometiesen por no dejarlos casar, correrian la mayor parte por cuenta de sus señores. Los cuales debian entender, que no llega su dominio á las almas de sus esclavos: que esta era propiedad reservada á solo Dios; y que el derecho de gentes con que los dominaban no podia perjudicar al divino ni al natural que les concedia el matrimonio, á beneficio de la propagacion y por remedio de la concupiscencia.

En lo que puso más cuidado el santo Padre, fué en evitar unas juntas que los Negros llamaban *lloros;* en que hombres y mujeres se reunian de noche á llorar sus difuntos, no sin resabio de ritos gentílicos. Comian y bebian con exceso, y con nombre fingido de lloro y lamentacion, andaban más licenciosos los efectos de la hartura y de la embriaguez apadrinados de la oscuridad de la noche. Para deshacer tan pernicioso abuso, instaba sin cesar con entrambas jurisdicciones eclesiástica y secular; y era tan conocido su dolor de las ofensas divinas, que para darle algun alivio le daban cuenta muchas veces de lo que se hacia en órden al remedio. Supo que en una casa, á donde acudian los Negros á beber *guarapo,* brebaje que los deleitaba y embriagaba, con el calor de la borrachera se hacian á Dios muchas ofensas: rogó á don

Antonio del Castillo, que era Regidor, tuviese por bien de estorbarlo, prohibiendo la venta de aquella perjudicial bebida que fomentaba los escándalos. Prometiólo el Regidor, pero suspendió la ejecucion, porque la mujer que lo vendia era viuda, pobre y con muchos hijos. Nunca le falta al vicio algun color de piedad para encubrir su malicia. Volvióle á instar el Padre, alegando que el demonio ganaba allí muchas almas; que el servicio de Dios debia preferirse á los respetos humanos; que las culpas de los otros se imputan á quien debe y puede remediarlas, si no lo hace. Ofrecióle, si lo ejecutaba, una misa por el buen suceso de su negocio. Segunda vez lo prometió, pero no lo cumplió mejor que la primera, excusándose con que no se lo permitian sus ocupaciones y el deseo de proceder jurídicamente ante escribano. Esta disculpa dió al P. Claver, cuando ya tercera vez le repetia éste las instancias, diciéndole: *Mire v. m. que ello es obra de Dios; que como v. m. quiera hacerla no dejará de hacerse por falta de escribano; y mire que importa mucho, por la ganancia que allí tiene el demonio, hágalo que yo cumpliré mi palabra.* Despidióse el Padre, y quedó D. Antonio entre pavoroso y confundido, del sentimiento con que le dijo estas palabras, y cargando la consideracion en lo que le apretaba un varon tan santo y apostólico, con que aquello era servicio de nuestro Señor, se resolvió á ejecutarlo. Apenas hubo dado cuatro pasos en este pensamiento, vínole al encuentro Manuel Lopez Nieto, escribano de su Majestad. La prontitud con que se cumplió lo que el Padre dijo, que no faltaria escribano, y el puesto en que le halló, que era el puente que da paso á la otra banda de Getsemaní, rarísimas veces por él frecuentado, hicieron tal conmocion en su pecho que se le

erizaron los cabellos. Partió luego de allí en compañía de Manuel Lopez á la casa donde los Negros se habian reunido. Despejóla de ellos declarándoles la órden que traía y amenazándoles con castigo si no se retiraban, ó volvian á aquel sitio: echó á rodar las tinajas de guarapo, las cubas y demás vasijas, certificando el escribano todo lo que se habia ejecutado. Dióle el santo Padre Claver las gracias, y cumplió la oferta de la misa.

No menos solícita era su caridad en consolar á los Negros cuando estaban afligidos, que en evitar sus culpas. Cuando llegaba á su noticia que los amos hacian en ellos castigos inhumanos, se le rasgaban las entrañas de dolor. Entrábaseles por las casas, y con palabras de gran eficacia y mansedumbre, les proponia la sinrazon de aquellos excesos, para que los reconociesen con el arrepentimiento, y los moderasen en otras ocasiones. En oyendo en alguna casa alaridos de esclavos, subia desalado á socorrerlos; y á su presencia, luego se alzaba mano de los golpes. A los que se huian por temor del castigo merecido, los volvia á casa, exigiendo de los dueños seguridad de perdon, y proponiendo él la enmienda en nombre de los esclavos. Una Negra, de nacion Angola, resuelta por enojos con su ama de huirse á los montes, parecióle ingratitud no despedirse antes de su P. Claver, y fué á pedirle su bendicion para la fuga. Así le amaba aquella gente, que aun determinada á perderse, no olvidaba su tierna memoria. Templóla el santo Padre con ruegos y razones; mostróla el desatino que hacia en buscar alivio á los trabajos, dando en otros mayores que no han de tener fin. *¿Cómo podrás tolerar los del infierno*, le decia, *á donde vas derecha por este camino? ¿cómo sufrirás el furor de los demonios, pues no te atre-*

ves á sufrir la mala condicion de una ama? ¿No ves que ésta puede corregirse, y los demonios nunca pueden amansarse? Fía de mí todo tu consuelo, pues me has fiado tu atrevida resolucion.» Reducida la Negra, la entregó á su ama, con tan encarecidas recomendaciones, que nunca en adelante la dió ocasion de igual despecho.

Castigaban á veces á los Negros con prision larga encerrados en algun caramanchon y asegurados con cadenas. A éstos eran más frecuentes sus visitas, para que la melancolía de sus calamidades avivada con la soledad no los redujese á la desesperacion. Llevábales comida, conservas y tabaco, por la experiencia que tenia de lo que padecian, á causa del descuido de sus amos en proveerles de lo necesario á la vida, para que la cárcel fuese más penosa. Estábase con ellos toda la tarde y siempre le parecia corta; decíales tales cosas y tan dulcemente de lo que valen los trabajos, que les persuadia la paciencia: decíales, que si en sus amos era indignacion tratarlos con aquel rigor, en Dios era misericordia el permitirlo, conmutándoles en aquella pena temporal, las eternas que merecian por sus culpas; que él, si pudiera, se quedaria con gusto en aquella prision, ayudándoles á padecerla con su compañía; pero ya que no podia estar con ellos continuamente, vendria más á menudo á consolarlos. Y cumpliéralo como lo decia; porque sus palabras eran hijas de su corazon y jamás hablaba lo que no sentia. Sus razones y caricias volvieron á innumerables de aquellos desdichados del camino de la desesperacion, que ya intentaban unos con el lazo, otros por el hierro, los más por el hambre, negándose del todo al alimento para morir de una vez.

CAPÍTULO XI

ASISTENCIA AL CONFESONARIO, Y FATIGAS DEL P. CLAVER DURANTE LA CUARESMA

Este es el campo en que el fervoroso Padre cogió más abundante cosecha de almas y de trabajos. Y á la verdad, que si se consideran el tiempo, el lugar y otras circunstancias, se hallará que fué esta, como confesaron muchos con razon, una de las grandes obras del siervo de Dios, y en la cual difícilmente se hallará quien pueda imitarle. Porque es la iglesia del Colegio de Cartagena húmeda por su proximidad al mar, y calurosa en extremo por estar combatida de los soles. El confesonario del P. Claver estaba al lado de una puerta, que coge el sol de lleno desde que sale hasta el mediodia, con que parecia un horno, y sólo ponerse en él era ya penitencia por el calor y por los enjambres de mosquitos, aun sin el trabajo de las confesiones. Todos los dias sin que le llamasen se ponia en el confesonario antes de la primera misa; ojala cuando no habia á quien confesar; perseveraba hasta las ocho poco más ó menos en que comunmente daba fin á la tarea ordinaria de los penitentes. Recogido despues en su celda, cuantas veces le hacian señal, bajaba con diligencia y gusto, sin que en su vida se excusase. En fiestas solemnes ó Jubileos eran inmensos los con-

cursos; y para que fuesen mayores, dos ó tres dias antes daba vuelta por la ciudad, exhortando á todos á la confesion. Su estilo era: *tal dia es fiesta de la Virgen ó Jubileo; conviene lavar la ropa y limpiar la casa.* Estos dias y los de cuaresma empezaba la tarea desde las tres de la mañana, y á veces antes, hasta que le avisaban para decir la última misa.

Mientras habia Negros, no habia que tratar que confesase á otros; despues de éstos, tenian su vez los pobres, y en su falta los niños de la escuela. Sentia mucho que otra gente de autoridad se mezclase entre sus humildes penitentes; á los caballeros decia, que les sobraban confesores; á las señoras, que era estrecho su confesonario para guarda-infantes, (traje al que tuvo siempre declarada ojeriza) y sólo capaz de pobres Negras. Con todo esto, algunos caballeros y señoras le vencieron con importunos ruegos que los confesase; pero era con precisa condicion de aguardar que se desocupase de los Negros. Porque nunca este santo varon tuvo cuenta con los respetos humanos; y era tal en su concepto la vida trabajosa y despreciada de los esclavos, que la tenia por más preciosa en los divinos ojos, que la descansada y lucida de los señores, y por más acepto á Dios darles á ellos la precedencia, así en la estimacion como tambien en el confesonario. Jamás llamó á D.ª Jerónima de Urbina, penitente suya, aunque la viese aguardar horas enteras de pié ó de rodillas, hasta que conocida de las Negras, la hacian cumplimiento de que pasase. A D. Garcia de Zerpa, regidor, le sucedia siempre lo mismo; y decia con gracia que para informarse en qué parte de la iglesia confesaba el Padre Claver, miraba dónde era mayor el concurso de los Negros. Entregado todo á sus confesiones, llevaba á mal

que viniesen otros á hablarle, por el tiempo que le cercenaban de ellas.

Pero ¿cómo podrá referirse lo que en las cuaresmas trabajaba en este santo ministerio? Empezaba la obra desde el Jubileo de carnestolendas. Ocho horas confesaba por la mañana, y cuatro en la iglesia por la tarde, y tres en un aposentillo cerca de la portería por la noche, menos en las que habia *ejemplo* y disciplina. Y porque la humedad de la iglesia no hiciese daño á sus Negros, cubria el pavimento de tablas y tarimas, y cuidaba de que levantadas y sacadas de allí cada tercer dia se limpiasen y lavasen con esmero; en cuyo trabajo era uno de los jornaleros el santo Padre y el más pronto á cargar sobre sus hombros aquellas tablas pesadísimas. A las espaldas de la silla de su confesonario, habia una alacenita proveida de rosarios, disciplinas y cilicios, que iba repartiendo á los penitentes desde el primer dia de la cuaresma. Confesaba á una y otra mano; y para el mejor órden de los concursos tenia delante de él una mesita donde escribir las cédulas de confesion. Sobre ella habia asimismo un libro de estampas de la Vida y Pasion de Jesucristo, y toda la cuaresma colgaba del confesonario un retrato del alma condenada, para mover provechosos afectos en los penitentes, ya con el temor de las penas merecidas, ya con el dolor que causaron á nuestro divino Redentor. A cada tanda ó compañía de Negros que llegaba, y á cada uno por sí hacia exhortaciones fervorosas, hablándoles con tal fervor de espíritu, que les arrancaba la compuncion del corazon y las lágrimas de los ojos. Empleaba toda la mañana en confesar; á las dos de la tarde ya estaba otra vez en la iglesia, y en ella gran muchedumbre de Negras, aguardando unas y su-

cediendo otras para confesarse. Persignábase el Padre en voz alta y devota, y en este tono les decia las oraciones; luego platicaba breve y sencillamente alguna cosa sobre el Evangelio de aquel dia, acabando con un tierno acto de contricion, en que sacaba muchas lágrimas. Entrábase despues en el confesonario, hasta la seis. El trabajo largo, el calor del sitio, el vaho de los penitentes, la apretura de los cilicios desde los piés hasta el cuello, las heridas crueles de los tábanos, el estar en ayunas por tantas horas, sobre el quebrantamiento de su cuerpo maltratado por largas y frecuentes disciplinas de sangre, y por el poquísimo sueño que le concedia, aunque llegaban á desfallecerle, no eran parte para que interrumpiese la tarea; contentándose con humedecerse de vez en cuando ligeramente con un pañito mojado en vino las narices y las sienes. A veces el desfallecimiento remataba en desmayo; de lo cual avisado el P. Alonso de Sandoval, le mandaba sacar en brazos, desnudábanle, y quitándole los cilicios, poco á poco le hacian volver en sí, á fuerza de confortativos. Reprendíanle aquellos excesos cuando volvia á los sentidos; pero en recobrándolos tornaba de nuevo á su faena con los mismos alientos que primero. Descansaba de un trabajo en otro nuevo; recogiendo las tropas de los Negros, que por confesar de dia á las mujeres, hacia esperar hasta la noche. Con ellos se iba al aposentillo que dije, donde instruidos y excitados á la contricion delante de un devoto Crucifijo, los estaba confesando hasta las nueve, en que se cerraban las puertas del Colegio. Quedaba tal el bendito Padre, que era necesario tomarle en hombros para llevarlo al refectorio. Un poco de pan con alguna porcion de plátano asado, vianda más insustancial y desabrida que nuestro pepino,

era su colacion, y aun de ella daba la mayor parte á su intérprete. Así reparaba sus fuerzas quebrantadas con el peso de todo el dia. Pero el recibimiento que hacia en su celda á su cuerpo tan debilitado, era de sangrientas disciplinas; lo más de la noche gastaba en altísima contemplacion de la cual se alimentaba su espíritu, y con las fuerzas que en ella recibia, sustentaba la debilidad de su cuerpo. Que un hombre de barro quebradizo, de complexion delicada, tan desfallecido y quebrantado del trabajo, persevere constante en él como si nada sintiese, es nuestra prodigiosa de la gracia y harta confusion de nuestra tibieza.

Las noches de *ejemplo* y disciplina, que eran tres cada semana, tenia de menos las confesiones del aposentillo; pero no estaba ocioso el P. Claver durante estos ejercicios. Repartia disciplinas en la puerta á los que iban entrando, y tomábalas de los que salian, acabado el acto de la penitencia: él mismo buscaba cordel para labrarlas, y entre año las iba haciendo los ratos de la recreacion comun. Para oir el ejemplo, se asentaba arrebujado en su manteo, en la escalera que sube al coro; asiento que elegia su humildad por ser de pobres, y á causa de su oscuridad era frecuente ocasion de que le pisasen los que subian y bajaban. No predicaba el P. Claver, pero daba eficacia con su oracion á las palabras del predicador; y así orando en la escalera obraba las conversaciones, sin los aplausos que da el púlpito. Sintió el demonio la callada guerra de su oracion, como se vió por el caso siguiente. Era costumbre sacar el púlpito á la puerta, para que no sólo los hombres que estaban en la iglesia, sino tambien las mujeres de la parte de afuera, oyesen el *ejemplo*. Contábalo una tarde el P. Juan Onofre, y entre

tanto el P. Claver, como solia, clamaba en su corazon á Dios, que le asistiese con espíritu fervoroso, orando el uno como Moisés y batallando el otro como Josué: cuando un espeso y tempestuoso nubarron, arrebatado sin duda de los espíritus malignos, y con estruendo horroroso como de carros que corren por pedregal, vino de golpe á dar con el predicador. Asustado sobremanera se arrojó del púlpito, y en brazos agenos le hubieron de retirar á la sacristía. El pavor, el alboroto, la confusion en el auditorio, era de gente sin consejo, que huia á unas partes y á otras, sin fiarse de ninguno. Los de afuera se entraban de tropel en la iglesia, y los de dentro salian con igual ímpetu y formidables alaridos, estorbándose en el encuentro los flujos y reflujos de la gente. Los que no hallaban salida por las puertas subíanse á los altares, abrazándose con las sagradas Imágenes.

Los que estaban en el coro, arrojándose precipitadamente por la escalera abajo, dieron sobre el P. Claver que estaba sentado en ella: pisado, estrujado, herido todo el rostro, y corriendo sangre, llevóle la corriente hasta la capilla de Nuestra Señora. Todos los bancos de la iglesia se hallaron vueltos al suelo y trastornados; con que declaró el demonio la pesadumbre que le daban aquellas pláticas, de que le resultaba al infierno tanta pérdida; pero conocida la traza del maligno espíritu, no logró que se interrumpiese por largo tiempo el ejercicio, merced á la industria del bienaventurado P. Claver que, sobreponiéndose á los gritos de la gente, serenó el tumulto.

Los domingos de cuaresma, á son de campanilla, que llevaba él mismo, recogia á todos los Negros y Mulatos, y en procesion iba por las calles, cantándoles las oracio-

nes hasta llegar á la plaza que llaman de la Yerba. Allí les enseñaba la doctrina, y con pláticas muy fervorosas les ponia aborrecimiento al vicio y amor á la virtud. Con el mismo órden volvian á la iglesia de nuestro Colegio, donde se concluia con el acto de contricion; y el Padre se retiraba á su confesonario, para lograr luego el fruto de aquella diligencia. A los Negros impedidos por vejez ó por achaques, hacia traer en silla de manos á nuestra iglesia, en donde cumplian con el precepto Pascual, habida licencia del Ordinario. Cogíalos en brazos y levantábalos, si lo permitia la enfermedad; y si no, se acomodaba el Padre sobre los palos de la silla y los confesaba con no menos molestia que dulzura de su corazon. Despues de confesarlos, los iba acompañando y sosteniendo hasta la barandilla de la comunion; y despues de ésta, les daba algun almuerzo ó refrigerio, sirviéndoles por su misma mano, y las más veces de rodillas. Para las Negras viejas y delicadas reservaba las tarimas más cercanas á su confesonario, á donde prohibia llegar á las señoras de más lustre.

Desde la Dominica de Pasion platicaba á los que acudian á su confesonario de la Pasion del Redentor; los cuadros de ella, que habian de servir para adornar el monumento, los ponia el sacristan en la capilla de la Vírgen, conociendo que le daba gusto. Cuando venian las compañías ó tropas de los Negros, llevábalos á vista de aquellas imágenes devotas y doloridas; donde les predicaba con tan tierno afecto que solia quedarse enagenado. Compungidos de la exhortacion, los confesaba y les repartia cédulas: en entrando otra banda de ellos volvia á hacer los mismo; yendo y viniendo todo el dia de las pláticas á las confesiones, y de las confesiones á

las pláticas. El Jueves Santo, abierta en el libro de su mesita la estampa del Lavatorio de los piés, la mostraba á todos, exhortándoles con el ejemplo mayor de amor y de humildad, á servir con rendimiento á sus amos, á perdonarse mútuamente las ofensas, á amarse de corazon unos á otros. Estos dias de Semana Santa, desde las dos de la madrugada sostenia el peso de las confesiones. A los Negros que conocia de natural terco é indevoto, no daba la cédula hasta el fin de la cuaresma, para obligarlos á oir estas pláticas que les ablandasen el corazon. Hubo por esta causa grandes sentimientos en los amos, hasta prohibir algunos que sus esclavos se confesasen con el Padre, doliéndose de que hiciesen falta á sus intereses el tiempo que los entretenia el santo Padre; como si no mejorasen los amos de servicio, mejorando los esclavos de costumbres, siendo más leales, más obedientes, más rendidos, cuanto más cristianos y fervorosos. Finalmente, era tanto lo que trabajaba en este tiempo, que no pudieran muchos juntos lo que hacia sólo el Padre Claver. Cuantos lo ponderaban, convenian con admiracion, en que era sin ejemplo; y que al P. Claver nadie le podria imitar. Más de cinco mil cédulas de confesion despachaba cada cuaresma, y éstas á los Negros, los más de ellos bozales y estúpidos, con quien se habia de proceder con más espacios, si no para desenredarles la conciencia, para desbastarles tanta ignorancia y tosquedad.

A más de las cédulas que él daba, hacia dos pliegos de ellas; en uno ponia hasta dos mil para los confesores de la Seo, en otro la cantidad que le parecia bastante para el Párroco de la Santísima Trinidad. El primero lo remitia en una salvilla, cubierta con un tafetan, con este sobrescrito al Provisor: *A los santos confesores de*

esa Santa Iglesia, ese pequeño socorro, como de dos mil cédulas, para que el señor Provisor D. Matías de Melo ó el que su merced señalare las repartan, dando más al que asistiere más. Ya cercano á la muerte, dejó por heredero de este cuidado al Hermano Nicolás Gonzalez, rogándole con mucho afecto y sumision que lo prosiguiese en adelante. Con la misma caridad, si le hacian algun regalo los Negros, les decia: «*Llevadlo á vuestro Cura, que lo merece más que yo.*» Grande apreciador de lo que los otros trabajaban en beneficio de las almas, les deseaba todo alivio y regalo; y como despreciador de cuanto él hacia, se lamentaba de que comia el pan de balde. Ponia mucho empeño en que los Negros asistiesen con devocion á las procesiones de Semana Santa, y desde la puerta de su confesonario las recibia él con la candela encendida, y con tanta modestia, que no alzaba los ojos, si no es á mirar con gran ternura las imágenes de Jesucristo nuestro Redentor.

Pasada la solemnidad de Pascua, cuando las confesiones de nuestra iglesia le daban lugar, se iba por la ciudad á oir de confesion á los enfermos pobres, que no habian cumplido con la Parroquia; y en las casas grandes hacia pesquisa por las caballerizas y rincones de ellas, si habia algun Negro decrépito que no se hubiese confesado. Porque estos infelices, desamparados totalmente y olvidados en el cuerpo y en el alma, yacian algunos de edad de cien años ó poco menos, como esqueletos olvidados de la misma muerte. Fueron muchos á los que llegó el P. Claver tan oportunamente por divina inspiracion, que sólo esperaban los sacramentos para ir al cielo. Con la experiencia de estos casos, no solamente en este tiempo, pero en todos los del año salia á

estas visitas, con especialidad cuando cundian enfermedades fatales á la vejez; y siempre que visitaba á los viejos y achacosos les decia: «*Mirad que está vieja la casa, y que cuando menos lo penseis vendrá á tierra: confesaos pues teneis ocasion, que por ventura no la tendreis más.*» Confesábalos luego, y muchas veces el suceso demostraba, que la prevencion habia sido, si no profética, prudente. A una Negra de casi cien años, gastados los más de ellos en Cartagena, con opinion de excelente cristiana, la preguntó el Padre si estaba bautizada; á que respondió dando un profundo suspiro, como á quien costaba gran vergüenza confesar lo que ya no se atrevia á negar; pareciéndole que le habia leido el corazon el santo Padre. Cuando esta gente llegaba á ser ladina y antigua en la tierra, tenia por desdoro recibir el bautismo; y si luego que venian dejaban de administrárseles por algun descuido, y comenzaban á correr con opinion de cristianos, reputaban despues por grande mancha que se les averiguase que no lo eran. Este necio pundonor llevaba á la infeliz mujer atormentada con remordimientos de conciencia, porque verdaderamente no estaba bautizada; pero á tan buena sazon le hizo el P. Claver la pregunta, que ella lo confesó, añadiendo que la noche antes se le aparecieron Cristo crucificado y la Vírgen Santísima con vestiduras blancas, reprendiéndola con aspereza, porque no trataba de bautizarse. Así entró en la Iglesia por la puerta de este Sacramento, para entrar dentro de poco en el paraíso, vencida ya la vergüenza con que el demonio la tenia aprisionada.

CAPÍTULO XII

DE LAS MISIONES DEL P. CLAVER EN LOS CONTORNOS DE CARTAGENA

Pero ya es tiempo de que salgamos de la ciudad, y veamos al siervo de Dios en la campiña, aplicado con igual celo á la cultura espiritual de otros Negros, tanto más necesitados de socorro, cuanto más abandonados. La recreacion para holgar de los trabajos de Cartagena era salir á sus amadas Misiones, sin dar siquiera á su cuerpo un poco de descanso. Iba á ellas prevenido de licencias ámplias, para administrar todos los Sacramentos, mayormente el del matrimonio, á los que hallase mal unidos. Dábanle los Ordinarios liberalmente sus veces y autoridad, para que pudiese en casos oportunos desenmarañar las conciencias. Habiendo despachado una licencia de estas Francisco Gutierrez, escribano mayor del juzgado eclesiástico, el buen Padre se le arrojara á los piés para darle las gracias, si el caballero no le detuviera, diciéndole, que no deseaba otro premio de haberle servido, sino que le tuviese presente en sus oraciones. Hízole cargo de embarcarse en tiempo de tantas tempestades y aguaceros; pero satisfízole el Padre, con decirle que en nada debe repararse cuando se atraviesa el servicio de Dios y el aprovechamiento de las

almas. Muchos por su medio trocaron el amancebamiento por el matrimonio; y en volviendo de su Mision tornó á dar las gracias al escribano, porque cuanto era enemigo de cumplimientos, era afectuosísimo en agradecer á los que trabajaban por el bien de los prójimos. Preguntado cómo le habia ido, respondió, que muy bien; porque el fruto habia sido grande, y los trabajos como el fruto; con el lodo y agua hasta las rodillas, caminando por montes y fragosidades que no se podian cruzar. La confianza en Dios era toda la provision para estas Misiones; el compañero, un Negro intérprete á quien obedecia como á su superior; entre los dos se repartia el atillo, á saber, un ornamento para decir misa, rosarios y otros donecillos y regalos, para hacerles á los Negros más gustosa la doctrina. Eran muchos los que habia en cada estancia, y derramados muchas leguas por aquella comarca. El viaje en lo que no se navegaba por los rios, hacíalo descalzo y á pié, sin desayunarse jamás; aunque no se hubiese de llegar al término, sino muy vencido el mediodía. El trabajo de caminar hácese mayor con las variaciones del tiempo; si está sereno, con los soles ardientes; y si revuelto, con las aguas y tempestades. Añádase la fatiga de andar por atolladeros, en donde cuanto más estriba más se hunde el caminante; el ir despejando el paso por los jarales y malezas; y despues de abierto el camino, el hallar que se torció el rumbo, y tener que enderezarle á tientas por senderos nuevos y nuevas dificultades.

En llegando á la estancia, si habia iglesia ú oratorio se entraba á visitarlo, implorando el auxilio divino para la Mision; si no lo habia, se arrodillaba para esto delante de la Cruz, levantada en todos los patios. Saludaba

con humildad á todos, y preguntaba si habia Negros decrépitos ó enfermos, y sin detenerse daba vuelta á los ranchos, para consolarlos y regalarlos; y si los hallaba con necesidad, les administraba sin dilacion los Sacramentos. De camino, notaba el albergue más desacomodado y pobre para hospedarse en él, en compañía del enfermo; ó bien elegia algun otro vacio y desamparado por malo y caedizo. No habia que hablarle de aposento en casa de los dueños ó mayordomos, ó en los ranchos de los españoles; porque allí estaba más agasajado, donde hallaba más que padecer y en qué mortificarse. Entre tanto que el Padre discurria por los enfermos, recogiánse en casa por la noche los Negros que por la mañana se habian esparcido á trabajar. Abrazábalos á todos en llegando; y habiéndoles dado algun tiempo para descansar de sus fatigas, juntos en el oratorio ó entorno de la Cruz, les decia de rodillas las oraciones; dábales despues razon de su venida, que era solamente para el bien de sus almas, y encaminarlas á la eterna salvacion por los Sacramentos de la penitencia y Eucaristía, limpiándolas de culpas, é imponiéndoles bien y con firmeza en la guarda de la ley de Dios. Hacíales una plática fervorosísima; representábales las penas del infierno, ya de viva voz, ya por la pintura de ellas; y del afecto de temor los llevaba suavemente á la contricion verdadera con la imágen del santo Crucifijo. Hecha esta primera funcion, despedíalos el Padre, y les advertia que antes de amanecer estaria allí para confesarlos á todos, los dias que fuesen necesarios, y que cada tarde les enseñaria la doctrina y predicaria antes que se recogiesen á los ranchos. Aquella noche tomaba noticias sobre los vicios particulares y escándalos que dominaban

en aquella ranchería, y contra ellos aparejaba principalmente la gran batería de sus sermones.

Con gran dificultad le llevaban los dueños ó mayordomos á sus mesas, para hacerle comer viandas de regalo, porque á dos bocados apartaba el plato para los enfermos. Su comida era un poco de arroz, sin otro aderezo que de sal y agua; y lo más frecuentemente un bollo de maiz, que es alimento de esclavos, con un poco de plátano tostado, que se llevaba por prevencion. Siendo tan poco y sin sustancia el alimento y el trabajo mucho, desmayóse de flaqueza una mañana en que estuvo hasta las diez oyendo confesiones. Cuando volvió en sí le reprendió el intérprete porque se trataba tan mal y que el remedio era comer. *Hoy no*, respondió el fervorosísimo varon, *porque no hice á Dios servicio de importancia*. Gran confusion para los tibios; no quiere comer porque no sirve, el que en el trabajo de servir llega á desmayar y perder las fuerzas de puro cansancio y fatiga. Si le forzaban á comer con los señores, en vez de silla ó banco, que jamás admitia, arrimaba á la mesa una botija, para que el asiento tuviese de desprecio y mortificacion, lo que la mesa tenia de honra y de regalo. Lo más comun era comer en el rancho, donde elegia la posada. Recogido en esta como choza, tomaba por las noches un brevísimo sueño sobre la desnuda tierra, envuelto en su manteo, interrumpiéndolo para orar fervorosamente, y castigarse con largas y sangrientas disciplinas. Antes del dia estaba ya en el oratorio á oir las confesiones de los penitentes, y despues de concluidas, decia misa para comulgarlos. Volvíase luego al amado retiro de su rancho, donde en quieta soledad se daba todo á Dios, hasta que la proximidad de la noche le re-

cogia otra vez el auditorio. Mientras predicaba, deponen testigos oculares y veracísimos, acosaban y hacian asiento en el sufridísimo varon tantos mosquitos, tábanos y avispas, que le cubrian el rostro y las manos, como negro y crecido vello, sacándole al mismo tiempo cantidad de sangre, que le goteaba sensiblemente. Y el santo Padre nunca los ahuyentaba, hasta que bien hartos y pacidos se volaban unos y sucedian otros. Cuando le preguntaban por qué no los mataba, respondia que eran animalitos de Dios; y si le decian que los apartase por lo menos, contestaba, que le eran provechosos, porque chupándole la mala sangre, le libraban de dar el brazo á la lanceta. Viendo el intérprete que le martirizaban dejándole desfigurado y como abrasado todo el rostro, y que ni el Padre habia de sacudirlos, ni permitirle á él que los esparciese con el abanico; tomó por acuerdo persuadirle que abreviase las pláticas, por razon de que, fatigados los Negros del trabajo, habian de ir pronto á descansar. Con esto, ya que no le excusó aquel martirio hízolo mas breve.

El provecho de estas Misiones fué inmenso, en confesiones revalidadas, en amancebamientos deshechos, en odios extinguidos, en costumbres de jurar y maldecir desarraigadas, en bautismos dados á muchos que, con opinion de cristianos, carecian de ellos, y en devociones santas firmemente establecidas, sobre todo la de la Vírgen nuestra Señora y de su Inmaculada Concepcion; de manera que las estancias por donde pasaba el P. Claver, de eriales de vicios quedaban convertidos en jardines de virtudes y buen ejemplo. Si algun desdichado rebelde á sus amonestaciones servia de tropiezo á sus compañeros, presto escarmentaba con el castigo celestial. A un Ne-

gro de rota y escandalosa vida, le avisó que si no la enmendaba, tendria sobre sí la ira de Dios á pocos dias. Hizo donaire de la amenaza y prosiguió sin susto en la maldad. Pero no pasó mucho tiempo, cuando desapareció el Negro de la estancia, sin que se hallase rastro de él, vivo ni muerto; hasta que en un grande y cenagoso charco cerca de allí, mataron un enorme cocodrilo, que abierto por medio, mostró á todos haber sido el verdugo de aquel Negro, porque vieron que estaba descuartizado entre sus dientes, entera aún la cabeza y algunos cuartos en el buche. Quedaron atónitos y espantados todos los circunstantes, y aprendieron á temer la justicia divina en la desgracia de aquel hombre miserable.

Más cuerdo fué otro Negro, en la estancia del contador D. Pedro de Estrada. Encontróle el Padre sembrando maiz y le dijo: *Vos lo sembrais; pero sabed, que ni lo habeis de coger, ni de gozar*. Enfermó de ahí á poco, y le llevaron á casa de sus amos para curarle; y aunque los años juveniles, la complexion robusta, la enfermedad nada maliciosa eran razones para esperar en breve la salud, no se dejó lisonjear del amor á la vida, antes previnose para la muerte, dando más fé á las palabras del santo Padre, que á los indicios engañosos de la dolencia. Al fin vino la hora postrera y le cogió bien dispuesto para la gloria.

Acreditó Dios este ministerio con otros casos milagrosos. En una estancia ó poblacion de Negros, halló muy afligida la gente, porque dentro de ella habia una sima á manera de volcan, que hirviendo á tiempos despedia por muchas bocas encendido y pestilencial lodo, que los atormentaba con el hedor y más con el miedo de que algun dia reventase y los hundiese. Compadeció-

se el santo Padre de aquella pobre gente, y ofrecióles encomendarlo al Señor, dándoles órden que tuviesen prevenida una Cruz grande para el siguiente dia. Celebrada devotamente la santa misa, sin deponer los ornamentos sacros, con la Cruz y todos los asistentes se encaminó hácia la sima: arrodillóse, y oró breve y fervorosamente, conjuró aquel sitio, rocióle con agua bendita, y plantó la Cruz cerca de la boca por donde el volcan respiraba con más fuerza. Desde aquel dia perdió el resuello, sin que hasta hoy se haya notado el menor temblor, ni visto jamás una centella de fuego. Llegó á la villa de Tolú á dar Mision y halló la gente desconsolada, porque veia perdida la cosecha con larga y pertinaz sequía. Habíanse hecho muchas rogativas para alcanzar la lluvia y el cielo siempre de bronce. Rogó el Cura al bienaventurado Padre en nombre de la Villa y los de más autoridad en ella, que les desenojase á Dios, y diese por fin agua á los campos ya marchitos, porque faltando aquella cosecha, perecerian sin remedio. Ofrecióles el santo varon que lo pediria con veras á Dios nuestro Señor: y conocióse bien, porque no viéndose entonces señal de lluvia, á la mañana comenzó una tan abundante, que sin cesar en tres dias y otras tantas noches, dejó harta la tierra, asegurados los frutos, regocijada la gente, y agradecida al santo Padre, reconociendo aquel beneficio á su oracion.

En una estancia de D. Nicolás de Barrios, vecina á la costa, el Negro que cuidaba de la hacienda, hombre de gran juicio, recibió con mucho agasajo al santo Padre, confiando que en él enviaba Dios el remedio á una pobre Negra. Díjole que habiéndosele atravesado la criatura, habia mucho tiempo que luchaba la infeliz con las

congojas del parto y de la muerte. Movióse á compasion el santo Padre, fué allá y dióla mucho ánimo con sus santas palabras; y habiéndola dicho un Evangelio, salió la mujer felizmente del peligroso trance, con general alegría de todos y gran veneracion á la virtud del P. Claver. El piadoso Negro quiso hospedarle en la casa principal, el tiempo que habia de estar en la Mision. Agradeció el afecto sin admitir el hospedaje; y reconocidos todos los ranchos, ninguno le pareció mejor para su vivienda que un bohío, que son graneros donde se guarda el maíz, estrecho, caluroso y hervidero de gorgojo y otros animalejos. Allí estuvo con gran incomodidad, pero más contento que en el mejor palacio. Agradecido de la caridad del Negro le ofreció tres misas: dijo las dos, y en la mañana que habia de decirle la tercera, le rogó con superior impulso que se partiese con él á toda priesa á otra estancia. Apenas se partió, sucedió luego en la que dejaban, el furioso saco de unos Holandeses, piratas de la costa. Da Dios á veces á sus siervos vehementísimas inspiraciones, sin descubrirles á qué fin; y á veces claramente les revela todo lo que ha de suceder, pero limitándoles el uso de lo revelado precisamente á lo que quiere, segun sus altísimos é investigables juicios. Así acaeció ahora, sacando el P. Claver de la estancia que habia de correr peligro á solo el Negro mayordomo, y dejando en ella á los demás, pagándole así la caridad con que agasajó al apostólico varon.

Pero más admirable que estas obras maravillosas, era sin duda el rendimiento con que se sujetaba á la voluntad del Negro, intérprete y compañero suyo. Nada de monta hacia el Padre sin su mandamiento, y en ordenándolo él, le obedecia como á su dueño. Los moradores

de unas estancias allende el rio Sena, le enviaron cierta embajada llena de instancias y deseos, rogándole que les comunicase tambien á ellos el beneficio de sus Misiones. Respondió que él estaba á la obediencia del Negro, á quien tocaba determinar sobre el negocio; que iria con gusto, si él venia en ello. La distancia y la profundidad del rio quitaron al Negro las ganas de emprender aquel viaje; y no aprobándolo no se atrevió á replicar el P. Claver, excusándose con que no era dueño de sí mismo. Su estilo fué siempre rehusar con teson santamente invencible cuanto era honra y regalo; y donde más le importunaban con piadosa urbanidad los dueños, daba priesa á la Mision por huir de sus instancias. Por mucho que le apretó el capitan Rocha, no pudo vencerle á que se dispensase en el rigor de la abstinencia, teniéndole á comer consigo; maravillándose aquel caballero de ver tanto trabajo en tanto ayuno y mortificacion. De su estancia salió una vez por aquellos montes sin querer guia, ni llevar consigo al compañero, segun él decia, por no cansarle, pero más verdaderamente para no llevar testigo de sus maravillas. De vuelta le riñó amorosamente el capitan porque se iba solo, por parajes desconocidos y de tanto riesgo. *Así convenia*, respondió, *para el remedio de tres almas*. Eran tres Negros decrépitos, que desprovistos de todo humano socorro, en lo extraviado de los montes, y entre las ruinas de unos bohíos, aguardaban la venida del bienaventurado Padre, para morir en paz.

No solamente le llevaba con gusto á estas misiones el celo de las almas, sino la buena coyuntura de padecer mucho en ellas, donde alargaba las riendas á los fervores de la penitencia, sin que nadie le fuese á la mano.

Volvia con esto sumamente flaco y descaecido, pero tan cebado en las mortificaciones que allá hacia, que las prosiguiera en casa, si no le templara la prudencia y caridad de los superiores. Intentó privarse del pan, sustituyendo el maiz, con pretexto de que se avenia mejor con su estómago. Traia en cierta ocasion, una funda con apariencia de almohada, pero en vez de lana, estaba rebutida de agudos palos; fué un hermano á tomársela, y porque no descubriese la mortificacion que disfrazaba con traje de comodidad, no le permitió llegarse á ella con recelo que no se publicase su penitencia, ó con temor de que no se la prohibiesen. Nada recibia en las misiones, sino unas raices comestibles que llaman *yame*, con las cuales mostraba su agradecimiento á los que le daban medicinas y regalos para los pobres, y que la gente estimaba en mucho por venir de manos del tan santo Padre.

LIBRO TERCERO

MINISTERIOS DE SAN PEDRO CLAVER EN FAVOR DE LOS DOMÉSTICOS Y EXTRAÑOS, ESPAÑOLES É INDÍGENAS

La principal ocupacion del santo Padre Pedro Claver fué sin duda la de los Negros bozales y bárbaros; tarea bastante para quebrantar las fuerzas á muchos hombres de valiente espíritu. Pero superior el suyo á todos los trabajos, siempre se hallaba sobrado así de fuerzas como de tiempo. Verémosle ahora en tantos y tan varios ministerios que parecia gozar su cuerpo del glorioso don de la multiplicidad, y los ejercia todos con tantas veras y con tanto ahinco, como si cada uno fuera el único y más favorecido de su fervor.

CAPÍTULO PRIMERO

HÁCENLE MINISTRO DEL COLEGIO, Y MAESTRO DE LOS HERMANOS COADJUTORES NOVICIOS

Es el primer cuidado del ministro en la Compañía ser atalaya de la observancia religiosa, y el segundo encaminar el gobierno económico de la casa. El P. Juan Manuel, varon de grandes prendas y de mayor espíritu, Rector entonces del colegio de Cartagena, quiso que fuese su Ministro, el fervoroso P. Pedro Claver. Y á la verdad, que era dificultoso hallar un sujeto de más celo en quien descargar su obligacion, ni más ejemplar para traer concertada la observancia, ni más cuidadoso y caritativo para asistir á las necesidades temporales de sus súbditos. Pero halló dificultad el humildísimo Padre, por la falta, segun él decia, de talento de gobierno; y dábale gran pena verse superior el que andaba siempre á los piés de todos. Sólo en esta obediencia sintió repugnancia, por tener que mandar á religiosos, quien, á su parecer, no era capaz de tratar con esclavos negros sino obedeciéndoles. *¿Cómo ha de enmendar*, decia, *las faltas agenas, quien en tantos años no ha hallado el camino de enmendar las propias? ¿Cómo ha de celar en otros la observancia, quien la trae siempre tan maltratada? ¿Cómo he de encargarme de fuera, andando dentro tan desconcertado el espi-*

ritu? Pero hubo de rendirse, consolándose con revolver sobre sí la mano y autoridad que le daban sobre los demás. Empezó pues imponiéndose á sí mismo los oficios de mayor humillacion: y dió principio á su gobierno barriendo toda la casa hasta los lugares más despreciables, lo cual aunque siempre lo hizo, pero ahora con particular diligencia, dejándolo todo muy limpio y aseado. Bajóse á servir al H. Cocinero, y á fregarle todo el ajuar de su oficina; y para decirlo en una palabra, ponerle á ministro, fué ponerle á esclavo de todos, porque lo que el podia hacer, y todo lo podia su fervor, á nadie lo mandaba: bien que, como el ejemplo es un imperio más eficaz que las palabras, todos seguian al fervoroso superior con grande emulacion. Entraba á menudo en el refectorio en tiempo de primera mesa con traje vil y despreciado, arrodillábase y decia sus culpas el santo Padre, y besaba los piés á los religiosos, que no acababan de espantarse de tan profunda humildad; mayormente cuando le vieron, al tercer dia de su gobierno, entrar en el refectorio durante la primera mesa, cargado de su colchoncillo y unos pedazos de sacas de harina que mal zurcidos le servian de cobertor, y que arrodillado dijo con muestras de grande arrepentimiento su culpa, *porque se dejaba llevar del sueño y no sacudia la pereza al levantarse.*

Atendia con particular vigilancia á que sus padres y hermanos estuviesen bien asistidos en lo temporal, porque no tuviesen disculpa en el quebrantamiento de las reglas. No son todos perfectos en la más perfecta comunidad, y aunque muchos carezcan con mérito de las cosas necesarias, no faltarán otros por ventura que no teniendo mortificacion para sufrir tales menguas irán

aportillando el muro de la observancia á título de necesidad. Pero, aunque el celo de la guarda de las reglas no obligara al P. Claver á desvelarse en acudir á los religiosos con todo lo necesario y conveniente, forzárale la ardiente caridad con que amaba á todos, porque si bien era austero consigo mismo, era la misma benignidad con sus hermanos. Si alguno enfermaba, se afanaba tanto el bendito Padre y le servia con tal diligencia, que no dejaba lugar al enfermero; y si era Hermano Coadjutor, sobre el trabajo de servirle, cargábase con el cuidado de sustituirle en el oficio. El dia de S. Ignacio N. P. halló que el sacristan con el trabajo de la fiesta de la mañana estaba harto indispuesto: cogióle en hombros y le llevó á su misma cama; dióle un medicamento saludable, y dejándole que con el descanso se compusiese, bajó á cuidar aquella tarde de la iglesia y sacristia. En este tiempo desahogó más que nunca su liberalidad y misericordia con los pobres; inclinado grandemente á ella, alargaba mucho las limosnas. Entregábase entonces con más continuidad á los ministerios con los prójimos, por serle más fácil la ayuda y manejo de los compañeros. Pero considerando el P. Juan Manuel que su ministro no se valia del oficio, sino para acrecentarse por todas vias el trabajo, y que haberle dado aquel empleo, fué darle más armas contra sí, le alivió de él, conmutándoselo en el de maestro de los Hermanos Coadjutores Novicios. Mas presto sucedió, que las razones que tuvo para quitarle del primer oficio, le obligaron á descansarle tambien de este segundo, porque se quebrantaba igualmente la salud antes con más trabajo y ahora con rigores excesivos.

Era Cartagena puerta la más frecuente de las Indias,

y para muchos entrada y camino de verdaderos desengaños. Como no sonaba acá en España sino el ruido del oro y plata de aquellas regiones, era dulce reclamo de la gente codiciosa que acudia desalada, imaginando que con sólo poner el pié en aquellas tierras, habia de verse rica. Iban muchos en las armadas y flotas con esta persuasion, y les parecia que ó rodaban los tejos por las calles en busca de dueño, ó que aguardaban los barrones del precioso metal á quien quisiere cargar con ellos. Pero sucedíales lo mismo que al que sueña mil tesoros, que despierta con las manos vacías. Volvian algunos sobre sí, tocando lo engañoso de sus esperanzas; y defraudados de los bienes de la tierra, buscaban los del cielo, que ni los ladrones roban, ni la polilla consume, ni hay que cruzar los mares para alcanzarlos. Con esto en Cartagena se recibian numerosos sugetos en todas las religiones; y comunmente no eran para sacerdotes los que allí se admitian, porque los más entraban en avanzada edad y sin bastante profesion de letras. Aunque la Compañía tenia el Noviciado en Tunja, pero por distar de allí doscientas leguas, pareció conveniente póner otro en el Colegio de Cartagena, para los Hermanos Coadjutores. Favoreció á esta resolucion la ventaja de poder criarse los novicios á vista de ejemplar tan acabado, como el P. Pedro Claver y para que les fuese más familiar, se lo entregaron por maestro y director.

Hallándose el bendito Padre con esta nueva obligacion, no es ponderable la diligencia con que los instruia. Enseñábales lo que habian de hacer, haciendo él mismo lo que les enseñaba, no sólo para que más fácilmente lo aprendiesen, sino para que viendo que él practicaba lo que les decia, se persuadiesen que era aquella doctrina

obligacion perpétua en los religiosos y no para solo el tiempo del Noviciado. Fundábalos hondamente en la humildad y mortificacion, que es el cimiento de peña, sobre el cual el edificio de la virtud se levanta firme. Trabajaba mucho en imprimirles altísimo concepto de la oracion y trato con Dios á todas horas, haciendo las obras en su divina presencia, y con intencion pura de agradarle; *porque*, decia, *el torcer á otros fines los ejercicios de la Religion es pretender humo, en pago de lo que vale cielo; y causa gran lástima, que quien huyó del siglo para ser perfecto, vuelva á él por los mismos pasos que habian de conducirle á la perfeccion.* Encargábales que no dejasen pegar el corazon á menudencias y niñerias, pues importa poco que lo que embaraza para ir á Dios sean cadenas ó cabellos, si el cabello nos detiene como pudiera una cadena. Doblábales con gran destreza la voluntad, ejercitándoles en obedecer con prontitud y á ciegas, dejando al punto lo que llevaban entre manos, si les mandaban otra cosa. Olvidóse de esto un novicio, á quien, mientras labraba una espiga de disciplina, llamóle otro novicio que tenia superioridad en él. Respondió que luego, en acabando la espiga ya casi rematada. Con ser doble, porque iba una espiga sobre otra, y el cordel con que se armaba recio, hízose al punto pedazos, saltando como si fuese de vidrio. De esta manera, y rompiéndole Dios la hacienda que le detenia, mostróle el disgusto de que él se detuviese en obedecer. Quedó confuso el tardo obediente, y muy advertido para adelante de lo que importa acudir á la primera señal de la obediencia.

Llevaba el P. Claver á sus novicios con grande suavidad, hasta que los veia con fuerzas y robustos en el espíritu: porque entonces echaba mano de recios experi-

mentos, y más frecuentemente con los que entendia se aprovechaban bien y salian de ello con ganancia. Ibalos capitaneando por las calles, vestido como ellos de sotana parda y con la escoba en las manos, á parar en el Hospital. Allí á su ejemplo barrian las cuadras, componian las camas, y servian á los enfermos en cuanto contribuia á su regalo y limpieza. Abrazábalos él y hacia que los abrazasen, para ir cobrando amor á lo que sentian repugnancia: alguna vez á vista de los más fervorosos, lamió las llagas á los pobres; y encendidos los novicios, como cachorros generosos que se alientan á ejecutar lo que ven en sus padres, se abalanzaron á las llagas. ¡De tan valiente espíritu salian los novicios de su escuela! Otras veces llenaba un gran ceston de bastimentos, y atravesado un palo por las asas, cogia él un cabo sobre el hombro, y echando el otro al de un novicio, lo llevaban por la ciudad á los enfermos de San Lázaro. Con ser algunos mozos y de buenas fuerzas, se rendian con el peso y la distancia, sin que al P. Claver con tener menos fuerzas y más años se le conociese flaqueza ni cansancio. Cuando le acompañaban á los Negros, hacia que le diesen el manteo, para asentar en él ó para abrigar al de llagas más hediondas. Sacaba á sus novicios á la porteria, en tiempo que se da á los pobres la limosna, y les mandaba que les sirviesen y muchas veces que comiesen con ellos en el mismo plato. Traíalos mortificados públicamente en trajes viles, paraque se hiciesen á sufrir desprecios. Los enfervorizaba en la mortificacion y penitencia, la cual era tanta y tan rigurosa, que en cerrando la noche, no se oia en casa sino estruendo de disciplinas, que llamaba la atencion y causaba asombro en los que pasaban por la calle. Este fervor de los novicios del P. Claver se derivaba á los an-

tiguos, de suerte que parecia todo el Colegio un Noviciado. Aunque los criaba en esta aspereza de vida, pero en viéndolos enfermos, se le deshacian las entrañas de pura compasion. Entonces depuesta la serenidad de maestro, era todo blandura de amorosa madre, hasta llevarlos á su aposento y darles su pobre cama, en donde los curaba con entrañable amor. Ni es de maravillar que hiciese esto con los novicios sus hermanos, quien usaba con los Negros de la misma caridad.

Entraron muchos en la Compañía movidos de su fervorosa predicacion, los cuales habiendo sido fruto de sus sermones, fueron despues gran crédito de su alto magisterio. De estos fueron dos sugetos de circunstancias muy especiales. Llamábanse Pedro Solabarrieta y Diego Felipe Monsalve; aquel vizcaino noble, y éste, persona de lustre en el siglo. Venia el primero á las Indias confiado en el favor del general de la armada, que le estimaba grandemente por su nobleza y prendas, con palabra que le habia dado de ayudarle en los ascensos que justamente merecia. El segundo estribaba en su traza y habilidad; tenia linda mano para escribir y gran inteligencia de escrituras y papeles, por donde suele hacerse buena fortuna en las Indias. Entrambos, desengañados con las ardientes palabras del P. Claver, torcieron el rostro á todas sus esperanzas, y tocados del divino llamamiento entraron en la Compañía. Al H. Pedro dieron sus amigos recia batería para derribarle de la vocacion, pero fueron golpes para afianzarle más en ella. Tales son las finezas de los amigos del mundo, ponerse al paso de todo lo bueno, y allanar el camino para las diversiones y aun para los pecados y maldades. Porque sabe el demonio que las armas que hacen más estrago

en los hombres son, no las desnudas que él esgrime, sino las que juega envainadas, digámoslo así, en las caricias y agasajos de los amigos y parientes. Afeábanle éstos al H. Pedro el estado de lego en tanta nobleza; pero él que con vista despejada y limpia distinguia ya la honra verdadera de la falsa, respondia que aquel estado era el más precioso esmalte de su nobleza: que en los ojos de Dios lo más humilde era lo más alto, y aquellos venian á mayor privanza que le servian en mayor humildad: pues ¿por qué habian de querer desviarle de lo que le acercaba más á Dios? Con la direccion de su santo maestro hicieron su noviciado los dos novicios, como quien lo hacia para ir al cielo; porque en concluyendo su probacion, como sazonados para la gloria, llevó Dios para sí al H. Pedro y al H. Diego Felipe de allí á dos meses. Fueron muy llorados de todos porque les faltaban sus ejemplos, pero con envidia de su suerte por las prendas que de su bienaventuranza les quedaban. En poco tiempo caminaron mucho en la virtud, favorecidos de la soberana Vírgen nuestra Señora, á quien amaban tiernamente. Vino en pos de estos el sargento de su compañía, soldado de gran nombre, cuyo valor y servicios eran merecedores de puestos más aventajados. Movióle un sermon del P. Claver á retirarse en nuestra casa á hacer ejercicios para disponerse á una confesion general. En el retiro, le tocó Dios tan fuertemente el corazon, que acabados ya los ejercicios, dijo resueltamente que se habia de quedar en casa, para religioso si le querian admitir, y si no, para servir de criado. Examinada su vocacion y reconocida por de Dios, fué recibido en la Compañía, con universal admiracion de los soldados, edificadísimos de verle dar las espaldas á los honores y acrecentamien-

tos, que podia esperar de sus grandes servicios en la armada. Fué este hermano de vida muy ejemplar y digna de principios tan fervorosos. A otro novicio menos firme que él, le profetizó su santo maestro que habia de salirse de la religion, para que estuviese prevenido. Partiéndose de Cartagena á Santa Fe con un sacerdote, le dijo el P. Claver con gran dolor y se lo repitió tres veces: *Hermano, yo sé muy bien que no ha de perseverar en la Compañía.* Tomó á risa la profecía del santo, porque ni entonces ni antes le habia pasado por el pensamiento dejar la vocacion. A los cinco meses que entuvo en Santa Fe, le dió una enfermedad y con ella una melancolía tan profunda, que no se atrevió á perseverar, pareciéndole que su tristeza habia menester más divertimiento, que el permitido en la vida religiosa. Detúvole más de dos meses el P. Provincial, enviándole dia y noche religiosos graves que le consolasen y disuadiesen el intento. Nada bastó, porque cobrando fuerzas la tristeza al paso que el achaque se aumentaba, salióse de la religion pensando distraer su pena en los regalos y pasatiempos del mundo. Pero el necio no advirtió que nada importa pasar la vida triste, si al fin se llega á una dichosa muerte y por ella á una feliz eternidad.

CAPÍTULO II

TRABAJOS GLORIOSOS Y CASOS RAROS EN EL HOSPITAL DE SAN SEBASTIAN

Este Hospital de Cartagena estaba al cuidado de aquellos caritativos varones nunca bastantemente alabados, los religiosos de San Juan de Dios; y si en todas partes eran de admiracion las obras de su gran misericordia con los pobres, allí se excedian á sí mismos. El Hospital lo pasaba sin dotacion, los enfermos eran muchos y en tiempo de armadas á millares; al trabajo inmenso de curarlos, se les recrecia el de proveerlos de alimento, de regalo y de medicinas, buscado todo de limosna y con el sudor de su rostro. Amó el santo Padre Claver á estos religiosos con grandísima fineza, por la ternura que usaban con los enfermos. En cualquiera parte que los encontrase, habia de abrazarlos, y les decia, que si le habian menester, allí estaba aunque tan ruin. Cada semana iba á su Hospital algunas veces, y muchas le llamaban ellos, porque les era de gran descanso su presencia. El tiempo que estaba en Misiones, sentian con tanto extremo su falta así enfermos como religiosos, que le recibian á la vuelta con aclamaciones y aplausos de todo el Hospital. En llegando á él, tomábanle el manteo, cuando desde casa no iba ya desemba-

razado de esa carga; porque ordinariamente usaba por mortificacion ir en cuerpo, la escoba en la mano, y una sotanilla á media pierna, llena de remiendos. Causaba admiracion en todos ver aquellas canas tan venerables, y más aquellos merecimientos en tanto desprecio de sí mismo. Iba por todos los enfermos de uno en uno, dándoles á adorar el Santo Cristo, y preguntándoles si querian confesarse: para oirles, tomaba la postura que no les fuese de incomodidad, aunque para él más trabajosa, cogiéndoles de cerca el aliento y rozándose con los ascos de su enfermedad.

Sus delicias eran servir á los pobres, hasta en los ministerios de los criados más humildes. En tiempo de armadas, cuando se poblaba de enfermos todo el Hospital, asistia en él desde la mañana hasta la noche; y no parando todo el dia de trabajar, nunca se pudo recabar con él que tomase desayuno, ni siquiera un trago de agua. Rigor que admiraron siempre como un milagro aquellos santos religiosos. Y con razon, porque los calores de Cartagena relajan de suerte todo el cuerpo, que no avivando las fuerzas con algun alimento á la mañana, descaecen aun en personas que gozan de comodidad y ocio en su casa. No es maravilla por tanto que mirasen como prodigio del cielo al bienaventurado Padre en un contínuo movimiento de la mañana á la noche, con excesivo trabajo, en la congoja de un Hospital, entre vapores de enfermedades varias, sudando siempre de calor, y sobre esto ayuno todo el dia. Si habia que barrer, su escoba andaba la primera; si era menester trasegar camas ó mudar enfermos, no habia brazo ni hombro que le ganase; á servir la comida ninguno le adelantaba en diligencia, entrándose despues en la cocina á fregar los

platos: pero con subordinacion tan grande al Prior ó enfermero, que para todo tomaba sus mandamientos, y si alguna cosa extraordinaria se ofrecia para consuelo de los enfermos, antes pedíale licencia. Decia un religioso, que en su vida habia visto mayor resolucion y caridad para servir á los enfermos, sin oirle una sola vez, que estaba cansado, ni conocer en él indicio de fatiga. Otro añadia, que trabajaba con tal fervor, que bien se le veian los deseos de valer por cuarenta en ayudar y sacramentar á los dolientes.

Sólo de verle ú oirle se alegraban los enfermos, como si vieran un ángel enviado de Dios para su consuelo. Grande lo experimentó Juan Ramirez que estaba afligidísimo con la enfermedad de que cegó, llorando dia y noche su desdicha, con intensísimo dolor en la cabeza. Sintiendo que andaba el Padre por la sala de las calenturas, le dió una voz para que se llegase; y ya que se vió con él, le significó el desconsuelo de haber cegado, y el dolor que estaba padeciendo. A la ceguera le respondió el Padre, que la recibiese como beneficio de la mano de Dios y le diese gracias, porque le importaba para su salvacion; al dolor, nada respondió: sólo con el manteo le cubrió la cabeza, y dióle dos veces ósculo de paz en la mejilla, con lo cual repentinamente quedó libre, y pudo toda aquella noche tomar el sueño sosegadamente. Remediado pues en el dolor de cabeza sintióse muy consolado en la falta de vista, teniendo por mejor ir cieguecito al cielo, que no á ojos abiertos al infierno.

No faltó aquí á su acostumbrada devocion con los enfermos llagados. Tenia muy asquerosas y maltratadas las piernas un pobre á quien el Padre consolaba en la sala

de cirugía. Pidióle que rogase á nuestro Señor por él; y el Padre díjole entonces: *Ea, hermano, encomiéndese á Dios, y consuélese con su divina Majestad, que yo confío ha de tener salud.* Y de rodillas luego le lamió las llagas. En la misma sala habia estado Alvaro Barbosa Salazar, curándose unas gomas reventadas, y llagas originadas de humor gálico. Irritósele una en el brazo derecho, hasta pudrir y roer el hueso, despidiendo tal corrupcion que no pudiendo sufrirle los demás, acordaron los religiosos retirarle á un aposentillo desviado y alto, donde recibió los últimos sacramentos. Allí le buscó la caridad del P. Claver, siempre solícita en buscar estos lances; saludóle con grande amor, y saliéndose en busca de asiento, volvió luego con un banquito, donde se acomodó de suerte, que le cayese rostro y boca cerca de la llaga del brazo. El mismo enfermo le rogó que se retirase; porque no podria tolerarla. *No, no, hermanito,* dijo él, *déjese estar, que ningun enfado me causa;* y acercó tanto el rostro que besó la llaga, si bien el brazo estaba tan insensible que no pudo percibir el halago de la lengua. Preguntóle si queria confesarse, y respondiendo que ya lo estaba, se detuvo consolándole dos horas. Ido el Padre, á quien no conocia el enfermo, aunque habia oido mucho de su santidad, dijéronle quién era, y él entonces: *No me admiro,* exclamó, *que tenga tan gran fama de santo, porque sin duda es aun más la virtud que la fama.* De allí adelante volvia cada dia á visitarle; de ordinario por la mañana y por la tarde, y tan despacio que solia sacar un librito para leer ó rezar, por tomar más de asiento aquella mortificacion tan llena de caridad. Remataba siempre la visita con rogarle que cuando se viese en el acatamiento de Dios se acordase de él; ofrecíalo el enfermo, pidiéndole recípro-

camente el socorro de sus oraciones. Y verdaderamente, estaba tan al cabo, que su muerte se juzgó infalible. Un dia, que despues de la acostumbrada despedida, le daba el enfermo cuatro reales para que le hiciese decir una misa á quien gustase, pues los de la Compañía no reciben limosna por el santo sacrificio, le respondió apaciblemente el Padre: *No, hermanito, guárdeselos, que la misa yo la diré.* El dia siguiente volvió alegrísimo diciéndole que la Misa estaba celebrada, y sentado junto á la cabecera, le añadió: *Esté muy alegre, que Dios le quiere mucho, y espero en su Divina Majestad que ha de pasear vuestra merced las calles de Cartagena. Tenga siempre en su memoria á Dios, y huya mucho de pecar y de ofenderle; pero, sin embargo, su Divina Majestad le pondrá un freno para que no peque ni le ofenda, porque le quiere mucho.* Desde aquel dia, al paso que fué mejorando de las llagas, fué perdiendo la vista, de manera que se vió á un mismo tiempo sano y ciego. Aunque el Padre prosiguió despues en visitarle, nunca más le dijo que se acordase de él, cuando se viese en la gloria. Con lo cual tuvo por cierto, que alcanzó la salud por su oracion, y que en ella le reveló Nuestro Señor, se la daria, quitándole empero la vista, para traerle con este freno más ajustado á su santa ley. De grande enseñanza es este caso, y de grande consuelo á los que aflige Dios con calamidades, efectos de su amorosa providencia con que los asegura para sí. Mayor beneficio hace el padre al hijo quitándole que no dándole la espada, si conoce que ha de serle instrumento de muerte. Así privó Dios á este hombre del uso de los ojos por donde habia de pecar, porque le queria mucho Nuestro Señor, quien en ninguna cosa muestra más amor á una alma, que en quitarle lo que ha de serle ocasion para

que ofendiéndole se pierda. La pérdida de las riquezas, instrumento de todos los vicios; el estrago de la hermosura, lazo de cuantos la miran; el menoscabo de la salud, que fomenta los apetitos de la carne, no son desgracias, sino beneficios grandes del amor de Dios á sus escogidos, con que les quita las ocasiones de arruinarse para siempre.

Cuatro ó cinco hombres que se abrasaron en un navio por haberse prendido fuego en el pañol de la pólvora, quedaron tan feamente lastimados, que cuantos iban á verlos por curiosidad, se retiraban luego con horror. Además de esto, era intolerable el pestilente humor que de las llagas despedian. Asistíales el Padre lo más del dia, haciéndoles las caricias que acostumbraba y defendiéndolos de la molestia de rábanos y moscas; saliendo, los que lo veian, más pasmados de aquella caridad, que del estrago qne hizo el fuego en aquellos infelices.

A este hospital acudia el santo Padre no solamente por el gusto de ejercitar la caridad con los enfermos, sino por la abundante caza de almas, que le traia allí la necesidad de la salud corporal. En las salas de los que toman unciones era la más frecuente y prolongada asistencia, por lo mucho que allí tenia que oir y por las almas que ganaba para Dios. Introducíase con ellos, compadeciéndose de sus desdichas, servíalos luego y regalábalos, con que los obligaba dulcemente al agradecimiento y al amor. De estos agasajos se deslizaba con suavidad á conversaciones sobre el bien del alma. «*¡Cuanto más fácil hubiera sido*, les decia, *privarse de un deleite que padecer estos achaques, y sobre ellos la penalidad de los remedios! ¿Qué es un breve gusto, sino sucia oficina de dolores para el cuerpo, y de peligros para el alma?*» Y á este tenor iba ra-

zonando sobre la brevedad del deleite y sus amargos dejos, con tanta dulzura y eficacia que quedaban maravillados. Añadia que ya que no tuvieron cordura para prevenir lo que padecian, que escarmentasen en sus dolores, y que les fuese de enmienda y desengaño la terribilidad misma de la cura. Que las heridas que la culpa les dejó en el alma, eran más peligrosas que las que abrió en el cuerpo; bien que aquellos tenian remedios más benignos, con lo cual no les quedaba disculpa si no lo admitian. Que ya que hasta entonces no les habia prendado la hermosura y excelencia de la virtud, les obligase en adelante á seguirla el mal tratamiento que les hizo el vicio. Que los trabajos de la buena vida los hace suaves el consuelo interior, y muy honrosos la causa porque se padecen, y amables el galardon que se esperan: pues ¿qué razon hay para no abrazarlos? ¿Que desatino despreciar los deleites puros de la buena conciencia por los torpes placeres del apetito, veneno pestilencial que acarrea juntamente la ruina de alma y cuerpo? Estas palabras dichas con fervor y escuchadas con la atencion que engendra el escarmiento, hicieron tan buenos efectos que á todos los compungian, y á muchos obligaron á retirarse á las sagradas religiones, donde con la memoria de lo que sufrieron por la salud del cuerpo, se animaban mucho á padecer por la del alma, tomando satisfaccion de sus culpas con ásperas penitencias.

Fuera de estas conversiones, hicieron aquí famoso al P. Claver las de muchas almas, que desesperadas ó rebeldes, solamente pudo reducirlas la eficacia de su celo. Cuando todos inútilmente habian batallado con alguna de éstas, en viniendo el Padre de socorro era segura la victoria; con tan grande fe de aquellos religiosos, que

luego le llamaban á estos casos, por la experiencia que tenian de su destreza en apear de su obstinacion al más empedernido. Llegó á aquel hospital un hombre de enfermedad no conocida; y aunque en los gestos descompasados de rostro y ojos, y en el menear bullicioso de las manos habia sospechas de algun mal espíritu, con todo se le aplicaron varios remedios para averiguar si eran efectos de oculta enfermedad. Como fuese todo sin provecho, trataron que se confesase, pero él no daba oidos á esta plática. Acercáronle reliquias y sacudíalas furiosamente; mostráronle la imágen del Redentor y torcióle el rostro como endemoniado. Una noche y una mañana se anduvieron remudando todos los religiosos por ver de reducirle, pero nada hizo mella en su dureza. Acudieron al último remedio, al santo P. Claver, ya entonces muy viejo y achacoso, pero nunca impedido en semejantes casos, para los cuales le daba siempre fuerzas el fervor. Fué volando, díjole muchos Evangelios, y con razones blandas y eficaces le sosegó y redujo á morir como buen católico, despues de recibidos los Sacramentos con notable reconocimiento de sus culpas, sin que le inquietara en la hora de la muerte la ferocidad de aquella pasion, que segun parece habia sido del demonio.

Pero más fuerte se hace la heregía en las almas, que los demonios en los cuerpos que poseen: sin embargo, aseguran todos los testigos que en entrando el P. Claver en batalla con este mónstruo, era cierta la esperanza de la victoria. En general se sabe por los religiosos que así lo depusieron, que convirtió en este hospital muchos hereges y mahometanos, gente proterva y de dura cerviz, mas esto, por ser materia dilatada, se dirá en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO III

REDUCE Á MUCHOS HEREGES Á LA FE CATÓLICA

NUNCA se cansa de trabajar este gran obrero del campo del Señor. Reduce á los hereges, convierte á los moros, alumbra á los gentiles, mejora las costumbres de los católicos, sin que haya estado ó condicion de gente en que no gane innumerables almas para el cielo. Solamente se retira de los grandes y poderosos, como enemigo del fausto; si le buscan se enconde, y si le hallan despréndese luego de ellos y los remite á tratar con otros sus negocios; como no sea en materia de trabajos, porque entonces se detiene el buen Padre cuanto importa á su consuelo. Como tan humilde de corazon, dale en rostro, aun en los demás, lo que sabe á lucimiento y pompa, y como amante tan fino de la Cruz, se le va el corazon tras los trabajos. Recibe á los grandes cuando están afligidos, y no quiere tratarlos cuando viven en prosperidad; porque en sus aflicciones halla luego donde ejercitar su celo, mas en su trato notaba el prudentísimo Padre que se desperdicia mucho tiempo en cumplimientos vanos, antes de llegar, si por ventura se llega, á lo que importa al alma. Al bienaventurado Padre que no sabia tratar sino del cielo y de las almas, le era de intolerable dolor gastar en otras materias un momento. La salvacion

de las almas era de dia todo su cuidado, de noche todo su desvelo y continuamente su tarea. Por esto oraba con esforzados clamores del corazon, por esto se afligia con mortificaciones rigurosas, por esto derramaba sangre y sacrificaba su cuerpo con crueles penitencias; almas y más almas para Dios era la continua ansia de su celoso espíritu.

Los navíos de nuestra armada en la bahía de Cartagena estaban llenos de ingleses y holandeses, de que una real órden limpió las islas de S. Cristóbal y Sta. Catalina. Para cuya inteligencia es de saber, que los corsarios de Holanda y de Inglaterra infestaban con sus bajeles varios puntos del océano; y como llegasen á la vista del Nuevo Reino de Granada, anclaron en las citadas islas, puntos muy á propósito para sus perversos designios, donde plantaron dos colonias nacionales. Tuvieron al principio buena suerte, porque apresaron muchas naves españolas cargadas de Negros, turcos y otros esclavos, y se sirvieron de ellos para el cultivo y embellecimiento de las islas. Recibida la noticia de este suceso en la corte de España, é informado el Rey católico del perjuicio que acarreaba tal usurpacion á los derechos de la corona, y de los daños gravísimos que diariamente experimentaban los mercaderes de mar y los pueblecillos de las vecinas costas, expuestos de contínuo á los robos y saqueos, expidió contra aquellos ladrones públicos una poderosa armada con órden severísima al general D. Fadrique de Toledo de desalojarlos de allí á todo trance y limpiar de tal peste aquellas islas. No tardo el de Toledo en ejecutar las órdenes del Rey. Caballero de gran talento y extremado arrojo y provisto de fuerzas numerosas, no sólo se apoderó bien pronto de las

islas, sino que haciendo prisioneros de guerra á los usurpadores, cargó sus naves de piratas y los condujo á Cartagena. Como á tiranos primero de aquellas islas y despues vencidos por nuestras armas, pareció conveniente á la comun seguridad echarlos fuera. Entre tanto quedaron prisioneros en los galeones y en el puerto mismo de Cartagena, con prohibicion no menos católica que política de saltar á tierra, ya porque á fuer de hereges no la inficionasen con su veneno, ya porque, como enemigos de España, no reconociesen nuestras fuerzas y guarnicion. No pudo contenerse el celo del P. Claver con los hereges á la vista sin intentar y procurar su conversion, con esperanza firme en nuestro Señor que le daria victoria de sus errores, como dió á nuestros soldados el triunfo de las armas. Comunicó su designio al Superior, y habida su licencia, salió con otros religiosos de la Compañía, y los aderezos de la misa en un esquife, y dió de proa en la mayor fuerza de aquella gente. Era un navío en que estaban más de seiscientos ingleses á guarda de catorce ó diez y seis soldados españoles. Recibido de éstos con grande agasajo, le rogaron que les dijese misa, porque desde que salieron de las islas carecian de este consuelo, obligados á no dejar la guarda de los prisioneros. Armó el altar con la mayor decencia que se pudo, y celebró los Misterios santos con tanto fervor y tan graves y devotas ceremonias que fué de admiracion á los herejes. Llamábanse unos á otros, como novedad nunca vista de aquella gente, y les dió materia para muchas pláticas, mostrando grande estimacion de aquel divino sacrificio. Convidáronle á comer los soldados por ser ya mediodía, y sólo este convite admitió en su vida, con la esperanza de hallar en él su vianda más apetecida, la

salvacion de las almas, y juntamente ocasion de darles el manjar del cielo; á imitacion de Cristo que con este fin admitió algunas veces el convite de los publicanos. Halláronse algunos ingleses á la mesa, la cual acabada ya, con deseo de hacerle cortesía, le dijeron, si tendria gusto de ver á su obispo. Mostró el Padre que se holgaria mucho y agradecióles el favor, porque confiaba en nuestro Señor, que si alcanzaba victoria de la cabeza, seria fácil rendir á los demás. Salió luego un anciano de venerable aspecto, cano y prolongado el pelo de la cabeza y barba; venia con majestuosa modestia, pausa en los movimientos y compostura en todas sus acciones. Levantáronse el P. Claver y sus compañeros á recibirle, previniéndole con reverente cortesía, á que el obispo correspondió con demostraciones iguales. Advertido del capitan, le brindó el Padre á usanza de su tierra, ceremonia de amistosa urbanidad entre ellos. Estimóla grandemente el Arcediano de Lóndres, que así le llamaban los suyos, y trabando entre sí cortas razones en latin citó al Padre á plática secreta y familiar sin árbitros de su nacion. Retirados entrambos á la cámara de popa, los demás religiosos entre tanto razonaban con los otros ingleses acerca de la verdad de nuestra fe. Conocianla muchos y desde luego se pasaran á ella si no hubiera de costarles más que confesarla; pero halagados con la libertad de sus vicios, no era fácil desprenderse de sus dulces ataduras; porque de ordinario no engendra las heregías la persuasion del entendimiento, sino la corrupcion del corazon. Estuvo el P. Claver con el Arcediano hasta muy cerca de la noche, confiriendo en tan larga conversacion los puntos en que su secta se encontraba con la Fe católica. Desengañóle en todo hasta convencerle, y aunque la

voluntad no estaba terca en el error, pero andaba vacilante ó tibia en resolverse. Hallábase con mujer y algunos hijos, con gruesa hacienda, alimento y sosten de su familia; y si se declaraba católico, todo aquello habia de pasar al fisco. Faltábale valor para sacrificar de un golpe tantas prendas. Lo más que pudo conseguirse de él, fué que en el corazon abrazaria desde luego la verdad católica, reservando la confesion declarada de ella y el reconciliarse con la Iglesia Romana para la hora de la muerte; porque en lo exterior le era conveniente profesar la religion de Inglaterra, para conservar sus intereses. Ya como se despedian, se acordó el Padre que era dia de santa Ursula, nobilísima Vírgen de la nacion inglesa, que con millares de doncellas santas dió la vida en defensa de la verdadera fe, y dijo al Arcediano: *Hoy, Señor, es la fiesta de aquella grande vírgen, gloria y honor de vuestra patria, santa Ursula; ¿por ventura su sangre y la de tantas compañeras suyas se derramó por la religion que profesais, ó por la Romana y verdadera que yo os persuado? ¿San Lucio, rey de vuestra gran Bretaña, ilustre ejemplo de monarcas católicos, no fué tan obediente hijo de la Sede Apostólica, que cada año le enviaba dones dignos de su grandeza, como tributos de su rendimiento y testimonios de su devocion? ¿Todos vuestros reyes, que por dilatados siglos le sucedieron en la corona, no le sucedieron tambien en esta piedad misma, hasta que prevaricó de ella el infeliz Enrique octavo? ¿El mismo Enrique con públicos escritos, no defendió contra Lutero esta Iglesia, estos Sacramentos, y la soberanía de la Cátedra de Pedro? ¿qué le obligó á que, dejada la religion antigua de sus mayores, recibiese, y os diese nueva religion? ¿No fué el repudio de su legítima mujer, contra las leyes divinas y humanas? ¿No fué el adulterio, é incestuoso amor de Ana*

Bolena? Estas abominaciones produjeron la religion nueva en Inglaterra; inferid la bondad del efecto por las calidades de la causa. ¿Cómo puede caber en la razon de hombres, preferir la religion que dieron el adulterio, y el incesto, á la que dió el Verbo de Dios hecho hombre, purísimo resplandor de la sustancia del eterno Padre? ¿á la que predicaron los Apóstoles? ¿á la que apoyaron con su sangre tantos mártires? ¿á la que defendieron con la vida lucidísimos escuadrones de vírgenes inglesas, teñido de su pura sangre vuestro océano? ¿á la que tantos príncipes piadosos doblaron obedientes el cuello? ¿á la que en muchos siglos fué venerada constantemente de vuestros mayores? ¿Más creida ha de ser la escandalosa autoridad de un perverso rey, que la piedad de tantos reyes? ¿La religion que entró por la santidad de Lucio, no ha de ser verdadera, y ha de serlo la que entró por el incestuoso adulterio de Enrique? Si Enrique no pudo defender sus culpas, sino buscando apoyo en una falsa religion, ¿por qué vos, no teniendo aquellas culpas que defender, habeis de sustentar aquella religion? ¿Y si disteis crédito á la maldad de aquel príncipe en vida, por qué no lo dais á su arrepentimiento en la hora de la muerte? Decís que á la hora de vuestro tránsito os hallareis con ánimo de arrepentiros; ahora, no, por consecuencias de vuestra familia y casa. Temo, que en aquella hora, ha de ser vuestro arrepentimiento tan infructuoso, como el de Enrique. ¿No os hace miedo aquel ¡OMNIA PERDIDIMUS! *con que espiró el desdichado rey? Tuvo ánimo muriendo de reconciliarse con la Iglesia, pero faltóle la ocasion; ¿quién os asegura que no os sucederá lo mismo? La hacienda, los hijos, la mujer, que os embarazan ahora, ¿pensais que entonces os dejarán el afecto libre? ¿Son prendas más caras que la vida? Pues mirad cuántas doncellas tiernas, despreciaron hoy la vida animosamente por no faltar á la confesion de la fe. Ver-*

güenza es que á un varon de vuestra calidad falte valor y pecho para ménos. ¿Débense estimar más aquellas prendas, que el alma y la posesion de Dios? Vuestra primera obligacion sois vos; sabed teneros lástima; no os condeneis á eternas penas, por dejar conveniencias temporales á otros.»

Herido de estas razones el corazon del viejo, pidió con lágrimas al Padre que intercediese por él y le alcanzase la divina gracia. Despidiéronse con ternura entrambos, quedando el inglés con la fuerza de aquel razonamiento muy turbado, y el Padre con propósito de acrecentarla más con su oracion. Instó con Dios fervorosamente doblando ruegos y penitencias por la reduccion de aquel hombre, el cual convertido, habia de traer á los demás. Ocho dias despues, víspera de Todos los Santos, estando el Padre en el hospital de san Sebastian, vió que llegaba hácia él una silla cerrada en que traian enfermo, con grande acompañamiento é igual veneracion, al famoso Arcediano de Lóndres. No fué el último el P. Claver en recibirle, ni poca la alegría del Arcediano con su encuentro. En viéndole le dijo en latin: *Tempus est adimplendi vota mea quæ tibi et Deo meo promisi, convertendi cor meum ad veram et Catholicam Religionem patrum meorum et Sanctæ Romanæ Ecclesiæ.* «Ya es tiempo de cumplir la promesa que hice á mi Dios y á tí, de convertir mi corazon á la verdadera y católica religion de mis padres y de la santa Iglesia Romana.» Prosiguió pidiéndole que no le dejase en aquel trance porque la enfermedad le fatigaba mucho. La alegría del santo Padre con esta conversion, fue igual á los deseos que de ella tuvo, y á las encendidas instancias que hizo con Dios para alcanzarla. No cesaba de darle gracias por la grandeza de sus misericordias. Asistió al enfermo con aquellas entrañas de

caridad que solia, cuando importaba á la salvacion de un alma. Abjuró el Arcediano públicamente la heregía, confesó sus culpas con ejemplar contricion y lágrimas, y recibida la absolucion y sacramentos de la Iglesia, entre coloquios tiernísimos con su Redentor, le entregó su espíritu, no dejándole el P. Claver hasta el postrer aliento. Celebróse despues la pompa fúneral con el mayor lucimiento que se pudo con asistencia de todas las corporaciones de la ciudad, honra muy debida al ejemplo que dejaba á los de su nacion, por donde muchos vinieron á nuestra santa Fe.

Habia informado antes de morir de cosas importantes al P. Claver, especialmente de cómo se administra entre ellos el bautismo; modo que pareció poco seguro y así tomóse el acuerdo de volverlo á dar condicionalmente á los que se reducian á la Fe Romana. En el tiempo de su enfermedad y muerte eran en gran número los ingleses enfermos que habia en el hospital, y todos ellos, murieron católicos, á ejemplo de su obispo, juzgando que la religion que para sí tomó el maestro, era la segura para bien morir. Daba gran consolacion oirles invocar á los Santos en el peligro de la muerte, y decir á voces: *Sancti de España, Sancti de España, sed conmigo y amparadme,* dando á entender que morian en la Fe Romana que profesan los españoles. Con la experiencia de los que se convertian en el hospital, creció la esperanza de convertirlos, y disminuyéronse los temores de lo que podia resultar de permitirles que desembarcasen. Dióse licencia para salir á tierra los que estaban en los bajeles, y muchos con la novedad de haberse convertido su obispo y aficionados á los Padres de la Compañía que los visitaron á bordo, venian á ellos para conferir mate-

rias de religion. Acercábase la fiesta del Nacimiento del Señor, solemnísima entre los católicos, y pidieron con instancia se les permitiese aquel dia ver el ornato y pompa de nuestra iglesia. Ofrecióseles, y con este aviso, decoróse el templo con la mayor esplendidez. Desocupada del concurso y dichas ya las misas, se cerraron las puertas, y por dentro de casa se introdujeron en ella los ingleses. Causóles admiracion ver los altares, las luces, los ornamentos, las colgaduras y alhajas, y aquel aseo y limpieza en todo. Arrodillados delante del Tabernáculo del Santísimo, le veneraron y oyeron por intérprete un razonamiento en órden á su reduccion. Quedaron tan prendados de lo visto y oido en nuestra casa, que no quisieron aquella noche volver á los bajeles; con que fué forzoso buscarles racion y alojamiento, dificultoso á la verdad por ser ellos muchos y escasos entonces los mantenimientos en la tierra. Pero el celo del P. Claver proveyó á todo sin embarazarse, aprovechando con gusto la ocasion, para introducirse más en sus corazones, con aquellos nuevos agasajos. Admirados y pagados de la caridad del santo Padre, pasaron la palabra á todos los navios, y de ellos venian á bandadas cada dia, con que se hizo fácil hablar y persuadir á todos con tan buen suceso, que los reducidos pasaron de seis cientos. Habló el P. Claver con el General de las armadas, representándole la conveniencia de apartar á éstos de los que obstinados tercamente resistieron á la fuerza de la verdad; porque, con la comunicacion de los hereges siempre peligra la fe, pero más cuando aun está tierna y como recien nacida; y la misma razon obligaba á darles acá algun empleo, y honrada ocupacion, para que no volviesen á su patria, donde era aún mayor el riesgo de

pervertirse. ¿Cómo no habia de ser bien recibida esta propuesta del General, siéndolo don Fadrique de Toledo, insigne en piedad como en valor? Señaló bajeles aparte para los ingleses ya católicos, sueldo y ventajas á cada uno segun su calidad y méritos, para que sirviesen en las banderas españolas; desviados con esto del peligroso comercio con los suyos, y alejados honrosamente de su patria. Trocados por este medio en milicia católica los que antes habian sido enemigos de la fe, la defendieron con más valentia que la impugnaron antes. Sirviendo con fineza en la causa de nuestra religion, queda dicho que sirvieron con lealtad en la de España que siempre fué la misma, cabiendo al P. Claver la gloria de haber trabajado en servicio de la Majestad del cielo y de la tierra, alistando soldados para Dios y para el Rey.

CAPÍTULO IV

PROSIGUE LA MISMA MATERIA, DE LA REDUCCION DE LOS HEREGES

El hospital era el comun paradero de esta gente, tan feroz á veces que costaba más de rendir que la misma braveza de las fieras. Fué milagrosa la reduccion de uno, que estando en el último peligro, no habia arbitrio de moverle de su error. Trabajó dias y noches el P. Claver en desengañarle, pero sin hallar entrada en su pertinaz entendimiento; porque al hablarle de Iglesia Romana, de Papa ó Sacramentos, cerraba los oidos como si le hablaran de blasfemias. Un dia, hechos los esfuerzos posibles sin más resultado que otras veces, le dejó ya por desesperado. Perdido al parecer el fruto en el herege, quiso lograrlo en un hombre vengativo que allí estaba. Habíale el Padre persuadido muchas veces, que dejase el mal intento de dar la muerte á un su enemigo, de quien habia recibido cierto agravio; y ahora cogiéndole por la mano, se lo llevó consigo, y por el camino ya con ruegos blandos ya con severas amenazas, no dejó piedra por mover, para apartarle del sangriento propósito. «*No se cause, Padre,* le respondió él, *que no dejaré la venganza, hasta que el enfermo herege no deje la heregía,* ¡Lo que ofusca una pasion la lumbre de la fe! Volvió

el P. Claver su corazon á Dios, suplicándole que los rindiese con su gracia y triunfase en ellos la misericordia, aunque merecian los rigores de su justicia; cuando le viene un recado á toda prisa de parte del herege ¡oh poder y caridad de Dios! que vuelva, porque se siente eficazmente llamado y le va desamparando ya la vida. Corrió allá y con él juntamente el vengativo á certificarse de la verdad. Detestó el herege sus errores con muestras de extremado dolor, reconcilióse con la Iglesia, y con grandes prendas de salvacion murió en paz. El católico, asombrado de aquella maravilla, sintióse tan trocado que allí mismo depuso sus deseos de venganza dejando en manos del P. Claver la manera y forma de reconciliarse con su enemigo.

Con los holandeses que se sacaron de la isla de Santa Catalina, vinieron tambien gran muchedumbre de Negros, que algunos los contaban por millares. Valíanse de ellos los piratas para cultivar las tierras de la isla, donde hacian asiento conveniente para piratear. Presa los infelices de aquellos tiranos, los habian contaminado con su falsa religion, doblándoles el cautiverio con grillos en el cuerpo y con errores en el alma. Tuvo noticia de ello el santo Padre Claver, y herido el corazon en lo más vivo, acudió con solicitud al remedio de aquellas sus ovejas, las más amadas de su grey. Costóle grandísimo trabajo arrancarles tantas supersticiones y mentiras, porque sobre las costumbres de gentiles les habian los holandeses asentado sus malditos errores, que tales piedras sólo caen bien en tal engaste. Iba de uno en uno, acariciándolos, enseñándolos y animándolos, y así los fué limpiando á todos de gentilismo y de heregia.

No fué menor el beneficio que recibieron estos mis-

mos holandeses, quienes enfermaron luego en gran número poblando mucha parte del hospital. Supo que entre ellos habia uno herido de muerte, y fuese á él con la diligencia que el peligro reclamaba; pero hallóle el más terco y apasionado de su secta. Al fin, tras las resistencias y porfias que pueden inferirse entre el celo del Apóstol y la terquedad del error, abrió los ojos el herege y abrazó la Fe Católica para morir en ella. Por ser el primero de su nacion que murió reducido á la Fe Romana, se le ordenó un entierro muy honroso. El ejemplo y edificacion con que acabó, y la honra que se le hizo despues de muerto, trajo á nuestra santa Fe á los más de los enfermos, y tan de corazon que los convertidos pidieron que los apartasen de los no convertidos, porque su trato además de ser peligroso les daba pesadumbre. Examinados bien, se hallaron muchos de ellos sin bautismo, y despues de catequizados, se levantó, para el dia solemne en que se les habia de administrar, un altar con muchas luces y aderezo: acompañó la música aquel acto para hacerlo más regocijado, y el lucido concurso de nobles y magistrados competian entre sí sobre ser padrinos de los que se bautizaban. Verdaderamente palpábase en ellos la divina gracia, en la devocion con que deseaban y recibian despues del bautismo los Sacramentos de la penitencia y Eucaristia.

A un herege tentó el P. Claver en varias ocasiones, pero nunca pudo doblegar su dureza; porque sin quererle jamás oir, recibíale con injurias y baldones, nacidos del aborrecimiento á la Iglesia Romana. A este tiempo entraron en el hospital catorce holandeses mal heridos y todos de peligro. Mudó el Padre contra éstos la batería de sus razones con esperanza de mejor suceso; mos-

tróles su amor en palabras y obras, haciendo en su alivio y remedio cuanto le dictó la caridad, pródiga siempre de sí misma. Limpiábales y acariciábales las heridas, levantábalos en sus brazos, y componíales las camas, dábales la comida por su mano, y en conclusion hacia con ellos todos los oficios de piadosísimo enfermero. Entre éstos, interponia suavemente pláticas de Dios y del alma, las cuales, obligados de aquella caridad, escuchaban ellos con agrado. Tomó con más fervor el reducir al de más riesgo, y consiguiólo con la divina gracia; dispúsole debidamente para morir y cuidó se le hiciese un solemne funeral, como acostumbraba. Uno á uno fué conquistando á trece, que murieron como buenos católicos, no faltándoles el santo Padre hasta el último oficio de la sepultura. Quedábale por vencer el último, y aquel otro tan obstinado en quien nunca pudo penetrar, aunque lo probaba muchas veces poniéndole delante el ejemplo de los que se iban convirtiendo. La respuesta era maltratarle desvergonzadamente de palabra; y si pudiera de mano, habia en el desventurado furia para todo. Compadecido el Padre de las llagas que tenia en una pierna, y más de las del alma, fuésele una vez á echarle los brazos amorosamente, pero arrojóle de sí con ira endemoniada, llamándole embustero, hipócrita, y que no habia de engañarle á él como á otros sencillos que no le conocian. Mas el varon verdaderamente apostólico, siempre atento á la causa de Dios, ni ha de mirar lo que le lisongea para detenerse, ni lo que le agravia para retirarse. Esto es saber gobernarse entre las dos aguas de la abundancia y de la miseria, del aplauso y de las infámias, triunfando en unos con el desasimiento de corazon, y en otros con la paciencia, y en todos los lances así próspe-

ros como adversos con la caridad. No desistió el P. Claver de aquella empresa que le valia tantas injurias; antes el gozo de sufrirlas, templaba en parte el dolor que le causaba la obstinacion de aquel hombre. Como médico con el frenético que le injuria, iba variando el P. Claver las medicinas para sanar al herege: halagos, amonestaciones, servicios oficiosos y sobre todo continua oracion á nuestro Señor para que ablandase su dureza. Mientras aguardaba el efecto de estas diligencias, el holandés último de los catorce, caminaba como sus compañeros á la muerte, pero no con su piedad y devocion. El natural más huraño y desabrido resistia á todas las instancias que se hacian para reducirle: pero las del P. Claver animadas de oracion y espíritu, fueron tan poderosas que finalmente le vencieron. Quiso que la reconciliacion de este con la Iglesia se celebrase con mayor solemnidad convidando á ella muchas personas principales. Murió á breve tiempo en la Fe Romana con gran arrepentimiento de sus culpas. No le dejó enterrar el Padre hasta que previno el aparato fúnebre con todo lucimiento: paño de luto, cera, música, con asistencia de lo más noble y calificado de la ciudad; para que viendo los otros hereges la estimacion de los que morian católicos y el desprecio con que se daba sepultura á los que morian en sus errores, se animasen á dejar su rebeldía con la esperanza de aquel honor.

La noche que sucedió á este entierro la gastó el padre Claver en orar por el alma del difunto y por la reduccion del otro obstinado, á cuya vista se hicieron la reduccion y sepultura tan solemnes. Al siguiente dia, volvió al hospital bien de mañana con el cuidado de conquistarle, alentado con no sé qué nueva confianza. Apenas

le vió el herege enfermo, le llamó con afectuosas voces: *Padre, Padre, venga acá.* Corrió á él desalado, y viéndole abrir los brazos para recibirle cuando antes le sacudia de sí con injurias, le dió el Padre los suyos, y embargados ambos en el gozo, no hablaron largo rato sino las lágrimas. Cobró el aliento y díjole el enfermo: «*Oyeme, Padre, que me importa mucho. Esta noche se me apareció el alma del holandés, á quien ayer enterraste con tanto lucimiento; y me desengañó que no hay otro camino de salvacion sino el que tú enseñas; que él y sus compañeros que aquí han muerto, están por la misericordia de Dios y por tu celo en lugar de salvacion: que la maldita secta que yo sigo es despeñadero que da en los infiernos. Reprendióme con aspereza porque te trato mal, deseándome tú hacer tanto bien, díjome que te pidiese perdon y te creyese. Y así, Padre, postrado á tus piés, te ruego me perdones, por lo que ciego y loco te ofendí. En tus manos me pongo; dime lo que he de hacer para salvarme; porque me ordenó que hiciese cuanto me mandases en estos dos dias que hay hasta mi muerte. Breve es el tiempo, no lo perdamos; ayúdame con oraciones y consejos, que por mi parte á todo estoy rendido.*» Atajóle el Padre en este punto, porque siendo tan corto el tiempo que se le daba, no lo gastase en arrepentirse de las injurias hechas contra él, sino de las que habia cometido contra Dios. Excedióse en la asistencia de este hombre pagándole los agravios con finezas; hijo antes de su dolor y ahora de su cariño, ayudóle con santos consejos á aprovecharse de aquella gran misericordia del Señor. Este fué para el P. Claver uno de los dias más felices de su vida. Abjuró el enfermo la heregía, recibió con humildad y devocion los Sacramentos, rogando al Padre que en su entierro no hiciese demostraciones de honra, porque de ninguna ma-

nera la merecian sus enormes culpas. Fué grande la devocion y gozo de los que conocieron su dureza, viéndole ahora repetir fervorosamente actos de fe, esperanza y caridad, y aquel dolerse tan de corazon de su pasada rebeldia, con que se movian todos á dar á Dios mil gracias y alabanzas.

Innumerables fueron las conversiones de este jaez que en los hereges hizo el santo Padre, y referirlas una á una seria asunto interminable. De ellos hubo algunos tan bravos enemigos de la Iglesia Católica, que en hablándoles de reducirse, cerraban los oidos y perdian el color de pura rabia; de ellos tan furiosos, que revolviendo su coraje contra el Padre, como feroces toros que desahogan su cólera en la capa de quien escapó de sus astas, le hicieron pedazos el manteo ya que otra cosa no pudieron. Pero el celo, la caridad y la constancia del P. Claver todo lo vencia, trocando en corderos estas fieras. Yacia uno tronco sin piés ni manos, pero más deforme en la dureza de su alma, insensible á cuanto le decia: dejóle el Padre, porque le llamaba la necesidad de otro enfermo vecino. Las finezas que con éste le vió hacer, y la amorosa dulzura con que le oyó hablar, ablandaron al que no pudieron persuadir las razones. Faltábale el aliento para hablar, é hízole señas con la cabeza que volviese. Volvió el Padre, y plugo al Señor restituir al herege el habla que hubo menester para reconciliarse con la Iglesia y confesarse, aunque con la priesa de quien corria hácia la muerte, la cual fué muy edificante y de fervoroso católico.

La porteria de nuestra casa era otro punto de espera donde cogia el santo Padre muchedumbre de almas. Fué costumbre suya muy antigua, tener las llaves de la porte-

ria cuando acababa de comer, porque este era el descanso de lo mucho que trabajaba todo el dia. Quitaba aquel tiempo á su reposo por darlo al H. Portero, y para repartir con su mano limosna á los pobrecitos, postre dulcísimo para él servir en ellos á Cristo su Señor: finalmente, porque á cuenta de pobres y mendigos acudian algunos hereges y moros, á los cuales procuraba entonces ganarles con amor y beneficios, no perdiendo lance de persuadirles que se redujesen á la Fe. Estaba vecino á nuestra casa el alojamiento de los hereges prisioneros y de los moros de galera, á quienes traia á nuestra porteria la necesidad de agua y de alimento, porque las raciones son muy limitadas, y no hay pozo ni fuente pública en toda la ciudad. Venian ellos con hambre y sed, pero el bendito Padre que la tenia mayor de su conversion, los recibia con mucho amor, de manera que se convirtieron aquí muchos de una y otra secta, á fuerza de caridad indecible, y con la blandura con que los trataba, y con la afabilidad y buena gracia, hasta servirles la comida y darles de rodillas agua á manos. A un moro herege que redujo, hízole públicamente adorar la Cruz en presencia de los de su nacion, y púsole al cuello el santo Rosario como por gala y ornamento. Fué tanto el odio que concibieron contra él, que hubo de sacarle del alojamiento, porque intentaron darle muerte. Murió en efecto á los pocos dias, con singular gozo del Padre, en una estancia á donde le retiró para librarle de la violencia de sus compañeros.

CAPÍTULO V

MARAVILLOSAS CONVERSIONES DE MOROS

Entre los infieles de varias sectas esparcidas por el mundo, ningunos por ventura se hallarán más pertinaces en su error que los que siguen la sucia ley de Mahoma. Encenagados con todos sus sentidos en los placeres de la carne, se les hace dura una ley que guerreando siempre contra ella, solo tiene puesta la mira en cultivar el espíritu. Además de esto, como tienen prohibicion de disputar sobre sus desatinos, domina solo el deleite y se cierran todas las puertas al desengaño. En tiempo del santo P. Claver, concurrieron muchos de esta secta así moros como turcos, parte en las flotas donde los capitanes y mercaderes los llevaban para el servicio, parte, y la mayor sin duda, en las galeras que el Rey nuestro Señor enviaba á aquel puerto para guarda de las costas. Uno de los cuidados que más solicitaba el varon apostólico en llegando flota, era andar pesquisando por todos los navios, si venian turcos ó moros: por las calles, por las casas, por los embarcaderos iba en busca de esta gente, y en hallando alguno se le hacia amigo y mostrábale por su bienestar sumo interés. Abrazábalo, preguntábale acerca del viaje y tratamiento de los amos, serviále con toda su persona, y aunque le cos-

tase muchos años le seguia siempre con agasajos y socorros hasta vencer su dureza. Puede decirse en su estilo, que no levantó caza que no matase, tanto más sabrosa al cogerla, cuanto fué más dilatado el trabajo de perseguirla.

De los muchos que convirtió en la porteria á tiempo que daba la limosna, fué el más celebre un turco de calidad. Estos, como gente que se precia de noble y el nervio más fuerte de su ley, hacen alarde de su tenacidad en ella, sustentándola como parte de su valentía. Así que, por carácter ó por su estado era ese turco rebeldísimo; de condicion altiva, semblante feroz, ánimo ingrato y tan despreciador de los beneficios, que los recibia su arrogancia como deudas. Pero el santo Padre Claver, perseverando muchos años en la instancia, rindió aquella altivez con la humildad, aquella ferocidad con la blandura y aquella ingratitud con la paciencia; hasta que aquel hombre arrogante, despues de haberle hecho padecer infinitas sinrazones, diósele finalmente á partido, pidióle perdon de su desvio y groseria, y bien catequizado por el Padre le bautizó éste y le puso el nombre de Francisco.

No menos señalada fué la conversion de un moro de sesenta años, el cual estaba vecino á la muerte en el alojamiento de los forzados, desde donde iba sin remedio á serlo perpétuamente en los infiernos, ayudándole á morir en su perversa secta además de la natural obstinacion, la mala compañía de los moros. Súpolo don Pedro Zapata, Gobernador y Capitan General de Cartagena, y con piedad digna de su nobleza, le mandó llevar á su casa, y confió al P. Claver el cuidado de reducirle. El que hasta allí estuvo protervo, en hablándole el Padre se ablandó

deshaciéndose su helado corazon con la fuerza de sus razones encendidas. Dispuesto ya para el bautismo, lo recibió en la misma casa, y con piedad nueva quiso serle padrino el Gobernador, honrándole con su mismo nombre y apellido. En mejorando de posada, mejoró de salud el pobre enfermo, y cuando estuvo sano, se suplieron en la Catedral las solemnidades del bautismo. Esta notable conversion la depuso el mismo Gobernador, como milagrosa y que sucedió á su vista.

Más conmovedor es el caso siguiente. Un piadoso vecino de Cartagena habia comprado un moro de la armada, de buen entendimiento, natural dulce y tratable, hábil y acomodado para todo. Pero todas esas prendas no satisfacian al amo, mientras no dejase de ser turco. Hablóle en este sentido muchas veces con celo de pocos imitado, que como saquen de sus criados ó trabajadores el esquilmo de los intereses, no les inquieta mucho que sus almas se pierdan ó se ganen. Aunque el natural apacible del infiel escuchaba con gusto la plática, no la admitia su obstinado corazon. Llevóle un dia al P. Claver, el cual le recibió con muchos abrazos y con tanta amabilidad, que de la primera vista con él quedó resuelto en su interior á convertirse. Pidió el Padre á su amo que se lo enviase muchas veces: hízolo así, y al poco tiempo le declaró el moro que queria recibir la fe. Gozosísimo el santo Padre, tratóle del bautismo y le respondió que deseaba primero aprender á leer para tomar mejor inteligencia de los misterios santos, sabiendo la lengua española. Dióse tan buena diligencia, que á los dos meses, deseando el Padre saber cómo aprovechaba, le envió á llamar, y dándole un libro, leyó en él tan sueltamente, como si lo hubiera ejercitado muchos años.

Conoció que andaba allí enseñando Dios nuestro Señor, porque queria servirse de aquella alma; y así le instruyó luego para que fuese bautizado con solemnidad.

Pero no concluyó aquí la maravilla y el placer. En la misma armada que este, vino un hermano suyo sin saber uno de otro, hasta que habiendo desembarcado entrambos, se encontraron en Cartagena. El ya cristiano, que era el mayor, quiso que el otro le acompañase en la dicha, y que doblasen el vínculo de la hermandad, haciéndose hijos de una fe, como lo eran de una madre. Díjoselo una vez, dándole cuenta del gran beneficio que Dios le habia hecho con ponerle en el gremio de su Iglesia, de que no acababa de dar gracias. Indignado el otro y con gran pesadumbre de que hubiera mudado la ley, le respondió, que en su vida le hablase más de aquella materia, porque él habia nacido moro, y moro habia de morir. Despedidos con algun desabrimiento, se fué el cristiano al P. Claver con el dolor de lo pasado con su hermano y con el deseo de traerle á la verdadera ley, en que él estaba tan bien hallado; pero que se le habia cerrado de manera, que le dejaba poca esperanza de su conversion, si no obraba Dios un milagro. Quedaron de acuerdo que haria el Padre oracion por su hermano con muchas veras, y que despues se le trajese para hablarle. De ahí á pocos dias, hízosele encontradizo el cristiano al moro, y razonando de las cosas de Cartagena, le dijo, que á nadie en ella debia tanto como á un Padre Claver, de quien se hallaba tan obligado que todo agradecimiento seria corto, y que pues le tocaban á él sus obligaciones tan de cerca, estimaria que viéndose con el Padre, le agradeciese por su parte los favores que de él habia recibido. El moro, nada lerdo, entendió el arti-

ficio, y respondió que no podia agradecer por favores, los que eran agravios de su ley, y que si intentaba llevarle al Padre para que le hablase contra ella, él no pensaba verle, por no escuchar lo que no tendria paciencia de sufrir. Pero el otro le dijo tanto de su virtud, de su mansedumbre y humildad, que le puso cuando no deseos, pero si curiosidad de conocerle. Fueron entrambos, y como si el Padre los hubiera oido la conversacion, se hizo todo dulzura para el moro. Despues de abrazado tiernamente, le sentó cabe sí, y razonando blandemente le decía: *¿Qué buen viento te ha traido á Cartagena? ¿qué amo tienes? ¿qué tratamiento te hace? ¿en qué oficio te ocupas?* Alabóle despues á su hermano, la blandura de su carácter, su entendimiento despejado, la bondad de su corazon: y llegando á la mudanza de religion en que le tenia Dios tan consolado como favorecido, revolvió diestramente la plática, persuadiéndole que le imitase. Oíale el moro, admirado de sí mismo, que recibiese tanto gusto, en lo que nunca pensó escuchar sin pesadumbre. Y viéndole el Padre tan suspenso, le mostró la imágen de Cristo crucificado, y prosiguió: «*Aquí tienes á tu buen Dios y amable Redentor. ¿No ves cuánto ha hecho y padecido por tí? Mírale muerto en esta cruz por tu amor. El te está convidando, te espera con ánsia y tiene los brazos abiertos para acogerte en su Corazon.*» Con estas y otras razones rindióle á los piés de su Amor crucificado, y dió palabra de verse despacio con el Padre para negocio que tanto le importaba. Parecióle que bastaba aquel esfuerzo para vez primera, y despidióle muy otro de como vino, bañado de interior consolacion. Turbóle el demonio con vehementes tentaciones de no volverse á presentar jamás, pero triunfando por fin la gracia, en otras dos ve-

ces que tuvo vistas con el P. Claver, se determinó de abrazar la fe muy de corazon, y convenientemente instruido y bautizado, se declaró ferviente católico.

Nada menos que veintidos años anduvo el P. Claver en seguimiento de un moro de galera por hacerle cristiano. ¿Qué no hizo en todo aquel tiempo, y qué no le dijo su ardoroso celo? Mas no fué posible convencerle, porque á los golpes más recios, hallaba siempre más dureza. Dió al infeliz la última enfermedad estando en el hospital, y á la voz de que peligraba su vida, acudió el santo Padre á procurar la salvacion de su alma. Entróle compadeciéndose de su dolencia, y luego con demostraciones de maternal amor tratóle del negocio eterno, pero aquí era siempre el labrar el hierro frio. Mas, ponderóle tan vivamente el riesgo de su condenacion, la terribilidad de las penas que le esperaban si moria moro, la gloria inefable que perdia no muriendo cristiano, que últimamente abrió los ojos á la luz, y conociendo la verdad de nuestra fe, pidió el bautismo. Habiéndole recibido, prorumpió á voces: *No hay otra ley que la de Jesucristo, en la cual protesto vivir y morir. Maldita sea la ley de Mahoma y los que la siguen.* Hecha repetidas veces esta protestacion, rogó al P. Claver y á los religiosos del hospital que no permitiesen la entrada á ningun moro, porque en el discurso de su enfermedad le habian persuadido que muriese en la ley en que nació, y así que aun su sombra aborrecia. Murió con tanta alegria y confianza en Dios, que parecia comienzo de la dicha perdurable.

Más trabajo aún y más oraciones costó á este apostólico varon la conquista de otro turco, que servia en casa de los Gobernadores. Treinta años duraron de una y otra parte las instancias y las rebeldias. Un dia que fué

á cortar leña á un montecillo no lejano, no supo si despierto ó dormido, se le apareció de repente una matrona majestuosa al par que amable, revestida de luz resplandeciente, que era la Madre de Dios con su fidelísimo siervo el P. Claver al lado. Mientras la contemplaba atónito, vuelta hacia él la Soberana Reina, con rostro entre desdeñoso y atento, *¿y por qué*, le dijo, *no abrazas la fe de mi Hijo, y obedeces los consejos de este mi siervo?* Dicho esto, desapareció la vision, dejándole en el alma una clara lumbre que le mostraba la falsedad de su ley y la verdad de la religion católica: pero acostumbrado al camino espacioso de la perdicion, hacíasele de mal entrar por la senda angosta de la vida. La primera persona con quien dió volviendo á la ciudad, fué el P. Claver, como si de acuerdo hubiera salido en la ejecucion lo que la Vírgen le mandó. Se quedo yerto y pálido á tal vista y quisiera evitar hablarle; mas no pudo, porque adelantándose el siervo de Dios, renovó con más ímpetu sus fervorosos acometimientos. Mas no bastaron tantas heridas para derribar aquella fiera tan indómita, porque el golpe mortal debia darlo un acto heróico de la caridad del Padre que fué el siguiente.

Por este tiempo condenaron á la horca á un delincuente, y faltando impensadamente el ejecutor, se le mandó al turco que le sustituyese en el oficio. Rehusólo hasta huir secretamente de la ciudad, á la sombra y favor que le dieron personas graves, á cuyo amparo habia recurrido. Pero encaminándole Dios por aquel medio á su eterna salvacion, huyendo de la infamia, huia de su dicha. Cuantos veces acontece que aborrecemos como dañoso, aquello mismo que Dios nos tiene prevenido para nuestro remedio. Súpose que se habia recogido al castillo de

Santa Cruz, de donde traido por fuerza hubo de servir á la justicia. Asistia el santo Padre Claver con su acostumbrada caridad al reo, y ya estaba con el lazo, cuando trémulo el bisoño ejecutor se desmayó de repente y cayó al pié del patíbulo. Nadie se movia á socorrer al miserable, hasta que el siervo del Señor, Claver, se apresuró á levantarle y sostenerle, confortándole con un bizcocho mojado en vino, y sirviéndole con la caridad y agasajo que pudiera á su mayor amigo y bienhechor. Esta fineza y las que vió usar con el sentenciado, fueron el último impulso para determinarle á recibir la Fe, persuadido que no podia dejar de ser verdadera la que profesaba un hombre tan caritativo. ¡Grande eficacia es la del ejemplo! ¡treinta años de persuasiones no valen para rendir á un rebelde lo que un acto de caridad! Al otro dia á la madrugada vino el turco en busca del Padre para que le instruyese y bautizase. No hay palabras para ponderar la alegria del santo varon viéndose en las manos con la presa que anduvo persiguiendo tanto tiempo. Catequizóle con increible gozo y amor, y regocijó á toda la ciudad con su bautismo, que se celebró solemnemente en la Iglesia Catedral, siéndole padrino un caballero y bendiciendo todos los presentes, que eran muchos, las divinas misericordias.

Quiero juntar á estas conversiones, aunque anticipando la narracion, la no menos milagrosa de un moro, tan avanzado en la edad como encallecido en la malicia. Pudiera oponerse esto á lo que dije, que no hubo obstinado, que si le emprendia el P. Claver no le venciese, pues en realidad de verdad murió sin reducirle, habiéndolo muchas veces intentado; pero el mismo caso ofrece la respuesta, porque si no le convirtió en vida, le convirtió

ya muerto, reservando Dios la conversion del moro para demostracion de la gloria del santo Padre. Era el viejo de más de setenta años, algunos de su mocedad gastados en España, cerca de cuarenta en Cartagena; y en todas partes duro y pertinaz negábase siempre hacerse cristiano. Conocido por el nombre de Amete, era muy famoso por la terquedad en sus errores. El año de 1656 á 30 de Noviembre, es decir dos despues que murió el siervo de Dios, entoldando el H. Nicolás Gonzalez nuestra iglesia, le vió en la plazuela, y llevado de interior impulso le llamó. Excusóse el moro con que era tarde; pero las instancias del religioso fueron tantas, que sobreviniendo las de otros que por allí pasaban, llegó á la iglesia medio por fuerza. *Hême aquí*, le dijo con enfado, *¿veamos ahora qué me quieres?—Que te hagas cristiano*, respondió el otro.—*No es tiempo.—Siempre lo es de volverse á Dios y recibir el bautismo.*—Aquí respondió sacudidamente, que no queria. Hubo de dar el Hermano unos tafetanes á colgar, y entre tanto encargó á un pobre llamado Alonso Nicolás que prosiguiese en persuadirle. Hízolo con harta eficacia, pero cerrándose el moro con un *no quiero*, y que cuando Dios quisiese él se convertiria, volvió el Hermano y díjole con mucho amor: *Si no quieres ser cristiano, di á lo menos estas palabras: Jesus sea conmigo. El me alumbre el entendimiento y me ablande el corazon*, que eran las que hacia decir el santo Padre en semejantes casos á los moros. Ya la curiosidad habia reunido mucha gente, de lo cual enfadado el moro, se levantó para irse; y pareció mejor no detenerle, porque sobre pecho enojado nada que se le dijese habia de admitir. Al otro dia muy de mañana le envió á llamar el hermano Nicolás con el mismo pobre que comunmente es-

taba en nuestra iglesia. Sentado en medio de los dos, volvieron á las razones del dia antecedente, que escuchaba el moro con menos inquietud, pero con igual tenacidad. Mostrándole el Hermano una pintura del infierno, con que batia el P. Claver los corazones más duros; —*¿es posible*, le dijo, *que despues de una vida tan larga de galeras y fábricas, quieras ir á descansar en estas llamas?*— *No quiero infierno*, respondió él.—*Pues si quieres ir al cielo, ha de ser abandonando la falsa y maldita ley de Mahoma y abrazando la de Jesucristo.*—Desabrido ya el moro con la gente que se iba reuniendo á su alrededor, hizo ademan de irse; pero detúvole con suaves razones el Hermano; hasta que viendo que nada recababa, echó mano de otra industria.—*Ven acá, Amete*, le dijo; *¿no conociste al P. Pedro Claver? ¿No te amonestó muchas veces que te hicieses cristiano? Pues ya es muerto, como sabes, y está enterrado allí*, (señalóle con el dedo su sepulcro). *Estos enfermos que aquí ves* (habian concurrido algunos) *vienen á pedir á Dios la salud por su intercesion, y muchos la alcanzaron.* Dicho esto y asiéndole del brazo, le llevó con divina inspiracion al sepulcro del santo Padre.—*Aquí está enterrado*, prosiguió, *¿no lo conociste? El convirtió á muchos de tu secta, y confio que con su poderosa mediacion has de convertirte.*—Hízole tender los brazos sobre el sepulcro, y teniéndolos así por algun rato, besaba los ladrillos y preguntaba con ternura: *¿Aquí está enterrado el P. Claver?*—*Aquí está*, le respondia el Hermano, *pídele que ruegue á Dios, te alumbre el entendimiento y ablande el corazon.* Repetíale aquellas palabras: *Jesus sea conmigo*, y lo demás, y diciéndolas él con mucho afecto, prosiguió á voces diciendo por sí sólo: *Si Dios quiere ahora que yo sea cristiano, yo quiero tambien: quiero ser cristiano, quiero la fe*

de Cristo. Oido esto y apartándole del sepulcro, dióle la cruz del Rosario, que adoró devotísimamente, habiéndola poco antes desviado como el objeto más aborrecible, y colgándole aquel precioso collar lo recibió con igual gusto que devocion. Abrazóle el Hermano, y abrazáronle todos los que allí estaban así españoles como Negros, dándole el parabien con lágrimas de gozo. Los Negros levantaron el grito: *Milagro, milagro que ha hecho el Padre Claver convirtiendo á este moro, luego que adoró su sepulcro.* En los huesos de Eliseo quedó la virtud de profetizar, y en los huesos de este varon apostólico vive aún el celo de convertir. Corrióse la cortina al santo Cristo de la Espiracion, en cuya capilla está el sepulcro del santo Padre, y arrodillándose el nuevamente convertido, detestó la secta de Mahoma, escupiéndola con ultrage. Persignóse, dijo afectuosamente el Credo y repitió muchos actos de contricion guiándole el Hermano; tan encendido en el amor de nuestra santa Fe, que pidió le bautizasen luego, siempre teniendo pegado el pulgar al índice, en señal de su constante determinacion. Las voces del suceso penetraron en lo interior de casa, á las cuales bajó el P. Gaspar de Cugía, Provincial, y todos los demás religiosos; quienes, visto el suceso, alabaron las misericordias del Señor. Dióse órden como le catequizasen y tuviesen en casa con todo regalo, hasta que á veintiuno de Diciembre con licencia del Dean y Cabildo, le bautizo en la iglesia Catedral el P. Juan Onofre, siéndole padrino el capitan Diego de la Torre Cantillana, que le vistió muy bien y le dió su nombre y apellido. Al dia siguiente, vino á verle en nuestra sacristía otro moro que antes de él se habia convertido. Dióle la norabuena de su dicha, y al H. Nicolás las gracias de lo que trabajó

en su conversion, añadiendo, que no la habia creido cuando se lo dijeron, porque sin duda fué el más rebelde de su secta, y cuando él se convirtió, encontrándole un dia, le escupió la cara en odio de la Fe.—*Harto me pesa*, respondió el recien bautizado, *ya es otro tiempo.*— Congratuláronse otra vez y diéronse muchos abrazos á la despedida. Preguntóle despues el Hermano si habia hecho alguna obra buena, por cuyo respeto le miró Dios con ojos de misericordia.— *Yo no sé*, respondió, *como no deba atribuirse, á que siendo esclavo y pobre, no dejé pasar semana en tantos años sin hacer por mi mano alguna limosna al hospital de San Lázaro.*—Creible es que con esta limosna inclinara hácia sí la divina piedad, por los ruegos de san Claver, que fué siempre verdadero Padre de los pobres que en aquella santa casa se recogen. Sobrevivió aún seis meses, despues de los cuales, consumido de años y fatigas, con el rosario en el cuello y muy firme y fervoroso en nuestra Fe, pasó al eterno descanso en el hospital de S. Sebastian.

Otras muchas y prodigiosas conversiones hizo el padre Claver en moros, turcos y mahometanos, que ó pasaron inadvertidas, ó ha olvidado la memoria de los hombres; pero es cosa generalmente atestiguada por personas fidedignas, que fué siempre universal opinion, que de cuantos moros enfermaron en su tiempo en Cartagena, ninguno murió sin recibir bautismo, gracias al celo y solicitud del santo P. Pedro Claver.

CAPÍTULO VI

ASISTENCIA DEL P. CLAVER EN EL HOSPITAL DE SAN LÁZARO Y FINEZAS CON LOS ENFERMOS DE ÉL

Aunque cada obra de este apostólico varon mirada en sí parece la mayor, pero como los pobres de San Lázaro estaban sugetos á más calamidades, resplandeció más en ellos su admirable caridad. Ya hemos visto la abnegacion y fervor con que servia á los enfermos horribles y asquerosos; y como el hospital de San Lázaro le ofrecia un campo tan dilatado al insaciable deseo de mortificarse por Cristo, miró siempre aquella casa como centro de sus delicias. La enfermedad de los miserables que allí se recogian, es una lepra, ó humor bilioso, ardiente ó corrosivo, (fuego de san Anton la llaman otros) que pegándose una vez aquel incendio, cunde luego y se dilata por las carnes, alimentándose de ellas y paciéndolas hasta los huesos. No hay parte reservada del estrago; á unos los deja sin narices, á otros sin orejas, á éste á media cara, aquél hecho un tronco sin brazos y sin piernas; á muchos les priva de los dedos ó se los desencaja de las manos, quedando colgados de los nervios como de hilos. Levanta por todo el cuerpo unas ronchas ó verdugos, que despiden materias de intolerable hedor. A otros se les llena el rostro de tumores

tan espesos y encendidos, que los afea hasta casi quitarles la figura de hombres. No hay ojos para ver aquellos mónstruos de la enfermedad; tan horribles están y tan lastimeros. Y así, no es maravilla que se encontrasen desamparados, porque aun los más piadosos y compasivos los miraban de lejos, y temian contagiarse si les cogia el mal olor de la infeccion.

Cuando empezó el P. Claver á frecuentar este hospital, estaba todavia á campo raso, sin tapias, sin iglesia donde reservar el Santísimo, sin una habitacion siquiera donde tener un sacerdote para la asistencia de los enfermos. No pudiendo éstos oir Misa sino los dias festivos, suplia el Padre esta falta yendo á celebrar frecuentemente, á administar los Sacramentos, á dar sepultura á los cadáveres, y en una palabra á ejercitar con aquellos infelices todas las funciones de Párroco. Reducido despues á mejor forma, gracias á la liberalidad del Capitan Diego de la Torre, quien, á persuasion del P. Claver, lo cercó de buenas tapias, fabricó iglesia y labró casa para el Cura, no dejó de ir allá constantemente cada semana muchas veces, porque le robaban el corazon tantas miserias.

Los otros puestos en que trabajó el bienaventurado Padre, pueden llamarse sus campos de labor; pero este hospital era verjel de sus delicias y paraiso de sus recreaciones. Aquí tenia su consuelo, de aquí sacaba aliento para sus tareas apostólicas. Cuando salian de campo los demás, íbase el caritativo varon al hospital entre sus amados pobrecitos; y cuando en las escuelas de casa representaban los niños algun diálogo, ó se regocijaban con otras fiestas, se estaba con sus pobres desde la mañana hasta la tarde. La comida que se llevaba la repartia

entre ellos; porque aquellos dias se olvidaba de comer, engolosinado su espíritu en obras de amor y caridad. Encontrándole fuera de la Puerta de la Media Luna el sargento Gerónimo Jimenez, le preguntó, á dónde iba. Le respondió: *á tener Carnestolendas* (era tiempo de ellas) *con mis queridos pobres de San Lázaro.* Enterneciόle la respuesta, y llevóle la curiosidad ó la devocion á ver lo que allí hacia. Viólo el soldado, y quedó con altísimo concepto de su virtud, y le reverenció en adelante como á santo.

Su estilo era, á su llegada recoger á todos los enfermos que podian valerse de sus piés, delante de la Iglesia; en medio de todos y de rodillas decia las oraciones pausadamente para que todos le siguiesen; exhortábalos despues á la paciencia de la enfermedad, mostrándoles con la compasion la envidia santa que les tenia por lo que podian merecer; decíales que hiciesen de aquellos trabajos purgatorio de sus culpas, más ligero y de mayor merecimiento que el de la otra vida, y para esto, que trajesen el alma siempre limpia de la lepra del pecado, con el uso del sacramento de la Penitencia. Despues, mal sentado en alguna piedra, poníase á oir las confesiones, y si la brisa era algo fuerte, los abrigaba con la mitad de su manteo, quedando dentro de él y respirando aquel hálito pestilente del leproso. A uno que no podia acomodarse de otra suerte, le tuvo sobre sus rodillas mientras le confesó, cuando los compañeros no podian ni mirarle de lejos por su deformidad y podredumbre. Acabadas las confesiones, los alegraba con regalos, dulces, alhucemas, perfumes y tabaco, de que iba siempre prevenido. Entraba luego en las salas y camaretas de los impedidos, y con los más asquerosos estaba más despa-

cio. Habia algunos tan lastimosamente maltratados, que los desviaban á un rincon del hospital, por intolerables á los demás leprosos. Estos no tenian otro consuelo que la visita del P. Claver, el cual los acariciaba como una madre á sus hijitos. Es cierto, que la madre que los llevó en sus entrañas no hiciera con ellos las finezas que este varon de Dios; y así lo confesaban ellos mismos. En premio de lo mucho que se venció, alcanzó del Señor tal gracia, que las llagas más asquerosas le eran de gran suavidad y devocion. Como rosas las manoseaba, y como panal de miel así las llevaba por su boca y lengua. A los que no podian valerse de las manos, limpiábales las babas, ralales el sarro ó viscosidad que les enardecia los labios, llevábales á la boca la comida, sin perdonar á oficio humilde que les pudiese ser de alivio. Encontróse más de una vez con algun leproso desganado y nauseante, y en dándole un bocado, con los mismos dedos recien sacados de su boca, tomaba otro el P. Claver del mismo plato para animarle, con admiracion y asombro de cuantos lo veian. A otro, que por la gran flaqueza dió en tierra al levantarse, le tomó el Padre y en brazos se lo trajo á donde confesaba. El capitan don Pedro de Barahona, vió con espanto grande, y lo referia despues con igual veneracion, que habiendo salido uno de estos pobres al camino para pedir limosna, y no pudiendo valerse de los piés para volver al hospital, el P. Claver le tomó sobre sus hombros para llevarlo, porque, aunque débiles las fuerzas de su cuerpo, sobrábanle las fuerzas del amor. De este modo, sus manos eran manos á los mancos, sus piés eran piés á los tullidos, sus labios lenitivo de las llagas, su lengua lienzo suavísimo para tomarles las materias; hasta su apetito y

paladar servian para avivar las ganas de comer al que las tenia postradas.

Hacia gran prevencion de paños, hilos, sahumerios, medicamentos y conservas; tenia dada órden al pobre de las limosnas, que fuese cada dia á darle razon de los enfermos, y tomando de cada uno informe por menor, enviaba los socorros segun las necesidades. Otras veces los llevaba él mismo y nunca les hizo visita que no les fuese provechosa para el alma y para el cuerpo. Reparó que la mayor parte iban casi desnudos y les proveyó de ropas suficientes. A todas sus camas puso toldos ó cortinajes, colgándolos él mismo, para defenderlos de las avispas y mosquitos, que al cebo de la podre les atormentaban las heridas, recibiendo de cada enfermo un abrazo en recompensa. A falta de cirujanos que quisieran acercárseles, unos á otros habíanse de sangrar á tientas; y porque no cabia en la profesion del P. Claver abrirles la vena por su mano, tomó á su cargo proveerles de finas lancetas, para que la delicadeza del instrumento supliese en parte la poca destreza de las manos, y la operacion fuese menos dolorosa y arriesgada. En las fiestas de Cristo nuestro Señor y de la Vírgen encomendaba á personas pudientes y devotas que le aderezasen una espléndida comida, ya para éstos, ya para los pobres que venian á la porteria. De ella mandaba lo bastante al hospital con los intérpretes catequistas, precedidos de una banda de arpas y ministriles, que los alegrase y recrease durante la comida. Finalmente, hizo tanto el bienaventurado Padre por aquellos pobres siendo tan pobre, que obligó á un religioso de la Merced á predicar públicamente aun en vida del Santo, que á faltarles el P. Claver hubieran perecido de hambre y de miseria.

Mas tales actos, aunque nacidos de su caridad entrañable, llevaban consigo al mismo tiempo un no sé qué de magnificencia y señorío. La mayor fuerza de su amor era bajarse á oficios fatigosos y humildes, como de albañil, carretero, carpintero y otros tales. Vino á tierra la antigua iglesia del hospital, y tomó tan por su cuenta levantarla de nuevo, que, no sufriendo dilacion, empezó á recoger limosnas, á hacinar materiales, y valiéndose de sus intérpretes, á trazar la planta y á poner manos á la obra. Mientras ésta duró, dábale calor con su trabajo, con picos y azadones cavaba fosas, transportaba ya la tierra, ya el agua, ya vigas y madera, como el más ínfimo y robusto jornalero. La comida que en este tiempo se le enviaba de casa, era para los pobres; y él tomaba de la prevenida para ellos algun bocado y en su mismo plato, sin ningun asco de la lepra. Todas las virtudes ponia en movimiento al ejercitar esta obra; la religion levantándole á Dios templos, la humildad sirviendo de peon, la penitencia trabajándose con pesadas cargas y guardando rigurosísimo ayuno, la mortificacion trocando su plato por el de los leprosos, la misericordia dando á los enfermos su comida, y la pobreza recibiéndola de ellos como pobre, y mendigándola de mendigos.

Plugo al Señor dar á conocer la heroicidad y grandeza del espíritu interior con que el P. Claver ejercitaba estos actos, á D. Francisco de Riveros, arcediano de la santa Iglesia de Cartagena, varon de señalada virtud y de insigne caridad con los pobres de S. Lazaro. Solia darles la limosna de su mano, porque decia que tan bien parecen las manos del sacerdote favoreciendo á los necesitados, como ofreciendo el divino Sacrificio. Un dia pues que el ejemplarísimo eclesiástico llegó á este hos-

pital, halló en rueda á los pobres, y al santo Padre en medio de ellos hecho un serafín, con el rostro encendido como un sol, circundado de suavísimas luces, que coronándole la cabeza, ofrecian un espectáculo dulcísimo. Atónito y fuera de sí quedóse inmóvil D. Francisco, no atreviéndose á interrumpirle en el ejercicio santo de la doctrina cristiana que les enseñaba. Estúvose aguardando que acabase, para agradecerle el consuelo que daba á los pobres, y besarle la mano y encomendarse en sus oraciones. Pero el santo Padre, como si adivinara la honra que ponia asechanzas á su humildad, concluido el ministerio, se escabulló tan de priesa que no pudo el piadoso arcediano decirle una palabra.

Mas la caridad del siervo de Dios no se ceñia á los enfermos vivos, sino que abrazaba y consolaba á los difuntos. En muriendo alguno en este hospital, al dia siguiente les decia misa, llevando por ofrenda los panes que daban como derecho al señor cura, y éste los entregaba al Padre que los recibia por no desconsolarle. Encontró un dia á Gaspar de los Reyes que iba á su heredad, y pidióle que se viniese con él, por si no encontraba en San Lázaro quien le ayudase la misa. Siguióle el buen caballero, y vió cómo en llegando se quitó el manteo y lo tendió como un paño sobre la sepultura de un enfermo, enterrado el dia antecedente. Salióse luego á buscar cuatro naranjas que sirviesen de candeleros en las esquinas del ataud, y sobre él puso un plato con algunos panes que de limosna recogió pasando por la plaza. Díjole la Misa y el Responso, y agradeciendo á Gaspar de los Reyes su asistencia, añadió: *con esto, queda este difunto consolado.*

Halló el P. Claver en la sepultura á una Negra, por

nombre Magdalena, de casta Bran, pero sin paño de difuntos, y díjola un Responso, y para tender en el ataud su manteo, tomó el cadáver y lo puso en tierra; lo colocó despues sobre el manteo, asistiendo con su vela en la mano hasta que terminó la ceremonia.

En otra ocasion habia muerto de mal contagioso una Negra á quien llamaban la Criolla de Puerto-Belo y estaba su cadáver sobre la tierra desnuda. No pudo pasar por ello la piadosa compasion del Padre, y quitándose el manteo de los hombros, sin miedo al contagio lo hizo servir para la difunta, acomodándola sobre él. Raras y maravillosas fueron las habilidades que dió la caridad á ese manteo, en beneficio de vivos y difuntos. Los mismos pobres viendo cuán sin temor se lo vestia el Padre despues de bien rozado en llagas hediondas, en cuerpos contagiosos y en cadáveres, decian que no era hombre de la tierra sino del cielo el que así se familiarizaba con los males. Finalmente, no hubo antes, ni hay esperanzas de que se vea jamás otro hombre, que obrase en este hospital, lo que el santo P. Claver. Fué tanto, que segun confesion de todos pudiérase escribir un libro entero, y tan heróico y portentoso, que comunmente todos echaban el sello á las alabanzas del Padre con decir, que quien hizo lo que el siervo de Dios obró en S. Lázaro, no puede llegar á caridad mayor. Meses y años le lloraron aquellos pobrecitos, más que si hubieran perdido padre y madre juntamente, sin recibir en su pérdida consuelo.

Y por cierto que debia ser así, pues de tal manera excitó la rabia del demonio que intentó quitarle la vida. En su última enfermedad, cuando ya no se levantaba de la cama el santo anciano, sino de tarde en tarde y so-

lamente en dias quietos y sin brisa, deseó ver una vez siquiera á sus amados pobres de san Lázaro, y darles el postrer adios antes de su muerte. Pidió al mismo hospital que le enviasen el rocin, en que da vuelta á la ciudad el pobre que hace la postulacion de la limosna; bestia ya más para el prado que para montarle, ¡tal estaba de viejo, flaco y estropeado! Los jaeces eran una enjalma nada más, y todo á propósito para llevarle á uno á la vergüenza: sólo el P. Claver venerado de todos podia dignamente subir en él, sin ser objeto de la mofa, aunque su humildad la pretendia. Muchas veces habia subido en esta caballeria, yendo y volviendo del hospital por las calles de mayor concurso; pero en esta ocasion húbole de acomodar un negro, porque no podia valerse de piés ni manos sino para temblar. No pudo sufrirlo el demonio, y aguardándole en el puente que conduce fuera de la ciudad, quiso vengarse aquella vez entrando en el caballo y embraveciéndolo de manera que le dió bien á conocer el dueño que lo poseia. Rompió el jumento en un precipitado y rápido galope, yéndose desbocadamente de carrera, y al mismo tiempo desencadenó el espíritu maligno un viento impetuoso que, hinchándole como vela de navio su manteo prendido del fiador, le empujaba hácia atras y forcejaba por derribar al bendito Padre. Españoles, negros y mulatos viéndole en peligro de la vida, se atravesaron con palos y espadas desnudas, pero inútilmente, porque la furia de la bestia se abria paso por todos, y corria siempre con mayor ímpetu. D. Pedro de Estrada que miraba desde la ventana aquel percance, envió á toda priesa sus criados á favorecerle: y así, era grandísimo el tropel de gente que le seguia, socorriéndole, ya que otro no podia, con voces al cielo, que

guardase á su Padre; cuando despues de largo trecho, paró el jumento por sí mismo, no permitiendo el Señor á los demonios que le hostigasen más. Rodearon todos al santo varon, creyendo encontrarle por los sacudimientos y el susto casi muerto; cuando con grande asombro le vieron con el semblante risueño, y tan sosegado como si nada hubiera sucedido. Cuantos allí estaban lo celebraron por milagro, que un anciano tan débil y achacoso, sin piés ni manos para tenerse, hubiera corrido tan seguro en carrera tan arrebatada y combatido de tan recio viento. Prosiguiendo felizmente su viaje, se consoló con aquellos sus hijos tan queridos del hospital, y les dió con los últimos avisos los postreros abrazos, bañándose recíprocamente en dulces lágrimas; y luego, implorando sobre ellos la bendicion más copiosa del Señor, se retiró á prepararse para la otra vida, con la esperanza de verlos para siempre en el cielo.

CAPÍTULO VII

MINISTERIOS DEL P. CLAVER EN LAS CÁRCELES Y AYUDANDO Á BIEN MORIR Á LOS AJUSTICIADOS

No son las cárceles donde hallan menos en qué ejercitarse la caridad y el celo de las almas, porque en pocos sitios abundan más las necesidades y las culpas. Tuvo el santo Padre Claver don particular de Dios para insinuarse con gente facinerosa, á fin de reducirla y disponerla á llevar el castigo con paciencia y merecimiento. Hízole famoso este ministerio, y solo él podia granjearle la opinion de Apóstol. Frecuentaba las cárceles, y socorria las necesidades, y reformaba las costumbres de los presos; que la limosna y el socorro corporal es el mejor camino para reformar á quien padece. Exhortábales á merecer la misericordia de Dios, ofreciendo á la divina Justicia la satisfaccion que daban á los hombres por sus delitos. Movíales muy tiernamente á dolor grande de sus culpas, y á buscar su remedio en la confesion, fin principal de sus exhortaciones. Con los recluidos en los calabozos gastaba largos ratos, y más despacio donde la estrechura y la soledad hacian más desconsolada la prision. Saliendo una vez de un calabozo donde estaba un Negro preso, dijo al compañero: *Lástima tengo de este pobrecito, que todo su cuerpo han de hacerle cuartos.* Y así

fué, porque vista la causa, le salió la sentencia que profetizó el Padre, la cual se ejecutó á los ocho dias. Encargábales la paciencia, que se abstuviesen de juramentos, de pendencias y rencillas, y daba á uno de ellos el cuidado de avisarle, cuando en ello se faltaba. Al más ladino y de mejor natural le ordenaba que cada tarde dijese las Letanias de nuestra Señora, y que respondiesen los demás; y para que rezasen con mayor devocion, repartíales rosarios y entrañábales el amor á la Santísima Vírgen. Con esto las cárceles parecian más bien clausura voluntaria de penitentes, que encierro forzado de culpables.

No miraban ellos mismos sus propias causas con el afecto é interés que el bendito Padre; las de los pobres encomendaba al licenciado Juan Sanchez Pareja, gran devoto suyo, porque le hallaba siempre gustoso y preparado á defenderlos. Hablaba á los procuradores y escribanos, para que promoviesen los negocios de los presos; á los abogados para que no llevasen lentamente la defensa; á los jueces para que despachasen presto, cuando las causas no eran de sangre. En estas apelaba á la misericordia, mientras podia sin menoscabo de la justicia. Si habia parte contra el delincuente, pedíale que bajase de la querella, que raras veces está tan dentro de lo justo, que no tenga resabios de venganza; proponíale su mayor peligro de condenacion en traspasar su derecho, que el del reo en padecer el castigo; porque éste podia desenojar á Dios sufriendo la pena con paciencia, mas quien solicita el castigo por vengarse, ¿á quién pedirá perdon? A todos hablaba con eficacia, pero sin ninguna molestia ó importunidad; pero en lo que el Señor le dió particular gracia fué en hacerles dulce la sentencia á los condenados á muerte; y así, en habiendo algun senten-

ciado, le enviaban á llamar para que le dispusiese á bien morir. Acudia luego con un santo Cristo, y lo primero era abrazarle con tan grande amor como si quisiera esconderle en las entrañas. Poníale el Crucifijo en las manos, y decíale con íntima compasion: *Hermanito, para escapar de esta tormenta, no hay otro remedio, sino acompañarse de este Señor, como los que padecen naufragio se asen de una tabla para salir del mar. Aquí tienes, hermano, la tabla verdadera, que no hay otra para salir de los naufragios de esta vida. Dichoso tú que sabes el dia de tu muerte, y dichoso yo si supiese el de la mia.* Ponderaba luego como en las enfermedades naturales ó no se ve la muerte tan clara que no quede alguna esperanza de vida; ó si se ve y se cree el trance inevitable, es á tiempo que embarazada el alma con los accidentes, no acierta á pensar en lo que importa. *Grande beneficio es,* les repetia, *que nos coja la muerte con los sentidos enteros y libre la razon para poder fijarse en aquel punto de que pende la dicha ó la desdicha eterna. Todos hemos de llegar á él ó por atajo ó por rodeo de tiempo; pero ¿qué importa que el atajo sea tan trabajoso como el de la horca, si se va con mayor seguridad?* Instruíales en el modo de hacer confesion general, y para facilitarles la preparacion les dejaba algun libro por donde se guiasen. A los que no sabian leer, dábales otro de los presos que les leyese en el devocionario. Cuando iba á confesarlos les llevaba bula si no la tenian; disciplinas y cilicio con que los enfervorizaba de suerte, que ellos mismos se abrian camino al forzoso sacrificio de la vida con el rigor de voluntarias penitencias. Despues de la misa en que les daba la comunion, les decia un Evangelio, poniéndoles la mano sobre la cabeza; y el dia del suplicio, que procuraba fuese tarde para dar más tiempo de mere-

cer al que padecia, muy de mañana decíales misa en la cárcel, y ésta acabada, convocaba á todos los presos á decir por el reo las letanías de nuestra Señora. Esforzábale despues con algun regalo de comer, y estábase con él excitando con eficacia y suavidad fervorosos actos de las virtudes más importantes en aquella hora. Cuando era tiempo de vestirle para el suplicio y echarle el dogal, le suavizaba tan devota y tiernamente el horror y amargura de aquel paso, que le animaba á él y deshacia en lágrimas á los circunstantes. Aquí llamaba otra vez á todos los presos, y á vista de aquel espectáculo les peroraba el santo para que les sirviese de escarmiento aquella vista. Hacia que el sentenciado los abrazase y pidiese perdon del mal ejemplo que en la cárcel les habia dado, y encomendábase en sus oraciones: si era de capacidad procuraba que dijese algo de suyo para desengaño de sus compañeros. Por las calles de la ciudad llevábale instruido, si le veía animoso, en vocear cuando encontraba mucha gente, que escarmentasen en su cabeza. En llegando al patíbulo le hacia besar aquella escalera por donde habia de subir al cielo; aquí sacaba su pañuelo y le enjugaba el sudor del rostro, y le confortaba con aguas de olor y algun bizcocho, porque de todo llevaba prevencion, y especialmente de agua bendita con que iba rociando el camino, y purificaba despues el lugar del suplicio á la redonda, para ahuyentar del infeliz todo mal encuentro. No le dejaba hasta espirar, redoblando su fervor á medida que la muerte se acercaba. Prevenida la música de la Catedral, apenas espiraba el reo, entonaba un solemne Responso en honor y sufragio del difunto, y para aviso y edificacion de los concurrentes. Quedaba el Padre con tan grande certidumbre de la buena dispo-

sicion que llevaban los sentenciados á muerte, que aunque sentia verlos padecer era si cabe mayor su pena si algun accidente ó favor humano los desviaba del camino de la gloria, recabándoles el perdon. Dijo una vez á los que libraron á un delincuente: *Dios se lo perdone, que le quitaron á este hombre la salvacion de entre las manos, con peligro de no recobrarla jamás.*

Los mismos ajusticiados tenian á dicha morir de esta suerte, y depositaban en el corazon del Padre toda la esperanza de sus almas. En las Horas de nuestra Señora que dejó uno, se halló que intimada ya la sentencia, habia escrito estas palabras: «*Estas Horas son del hombre más venturoso del mundo, que para que su alma se salve, muere por la justicia. A cuyas manos vinieren, ruego que me encomiende á Dios. Pequé, Señor, pésame que no me pesa de haberos ofendido, tanto como es justo que me pesara.*» Era este un capitan de muchas prendas que, condenado á la hoguera por moneda falsa, no quiso que le asistiese otro que el P. Claver, aunque el gobernador D. Melchor de Aguilera al partirse á la visita del gobierno, habia dejado órden, por no sé qué piques con la Compañía, que no se llamasen religiosos de ella á este ministerio. Hubo de prevalecer el consuelo del delincuente, y aunque otra Comunidad de religiosos que se habia llamado le rodeó todo el camino del suplicio, pero dejaron penetrar al P. Claver, con quien se habia confesado antes, para que le reconciliase. Aquí el bendito Padre hizo las finezas que solia, á las cuales atento un religioso, y admirado de la pobreza con que iba vestido, el sombrero desteñido de puro viejo, caidas las alas, y rota la badana del forro dándole en la cara, edificadísimo de todo dijo señalando al Padre con el dedo: «*Esto es ser religioso y*

enseñar á serlo, que no se le da nada del mundo: esto es ir por el camino derecho de la humildad.» A tiempo de torcerle el garrote, calósele al sentenciado el bonetillo de bayeta sobre el rostro, lo cual fué ocasion de que se quebrase el cordel á la primera vuelta: y porque iba á dar en tierra, le cogió el P. Claver en sus brazos, pegando su rostro al del sentenciado, para hablarle con voz más baja y más cariñosa. Teniéndole así, el verdugo le echó el cordel; lo cual visto por los religiosos declararon á voces el escrúpulo de que el P. Claver habia contraido irregularidad: *¡Mas que la contraiga por salvar un alma!* respondió el Padre con celo de un apóstol; *pero ahora no soy irregular por esto.* Segunda vez se rompió el cordel á vueltas del garrote; y segunda vez el fervoroso Padre se abrazó con el ajusticiado, dando rostro con rostro; pero el del reo muy horrible por manera que levantado el bonetillo, nadie lo pudo mirar; ¡tan amoratado estaba y reventándosele los ojos, y la lengua un jeme fuera de la boca! Mas el P. Claver nunca le dejó de los brazos, y hasta que espiró le estuvo diciendo palabras fervorosas al oido, socorriéndole en las agonías de la muerte. No le infundia miedo aquella espantosa fealdad, porque los ojos de su grande espíritu pasaban por ella á mirar la hermosura de un alma redimida con la sangre de Jesucristo. Murió ejemplarmente el capitan, y la asistencia del P. Claver le grangeó tal concepto entre los seglares y los religiosos, que le miraban como prodigio de santidad y celo.

Dejamos escrito que se convirtió un turco á nuestra Fe, movido del fervor con que vió al Padre asistir á un ajusticiado: pero no fué menos maravillosa la mudanza que en aquél se verificó. Era pobrísimo y ni siquiera tenia

donde dormir bajo techado. Se encontró con un capitan, el cual habiendo oido sus lástimas, le recogió en su casa y le agasajaba como si fuera su hijo. Al cabo de pocos dias, con enorme traicion y codicioso de la hacienda de su amo, asesinó el ingrato á tan cortés bienhechor y le robó cuanto tenia. Como el delito por todas las circunstancias era enorme, se le dió la merecida sentencia, recibida de la ciudad con aplauso, pero del reo con despecho y desesperacion. A un genio tan feroz, como quien pudo pagar los beneficios con tan descomunal alevosía, áun las prisiones no le domaban la braveza. Encerróse el P. Claver en el calabozo con el reo; lo que hizo no se sabe, pero se vieron luego los efectos. Porque, ido ya el Padre, donde antes no se oian sino ahullidos y bravatas, se comenzaron á oir desde afuera tiernos suspiros y recios golpes de disciplina, con que aplacaba la misericordia de Dios ofendido por tantos crímenes. Confesóle despues y acompañóle hasta el suplicio, que padeció muy cristianamente, mereciendo la compasion de todos, como antes se habia ganado el aborrecimiento universal por sus delitos.

Preso el Conde de Castelmayor en el castillo de Santa Cruz, como cabeza de un levantamiento con que intentó hacerse dueño de Cartagena, se huyó de la cárcel á dos navíos de Portugal, que escoltando á otros dos holandeses, dieron vista á las costas, buscando la ocasion de libertarle. Halláronse culpados el sargento á cuyo cargo estaba la fortaleza por ausencia del castellano, y un mulato portugués, que en lugar de servir de posta y atalaya hizo espaldas á la fuga. Condenados á morir de arcabuzazos, fué el P. Claver á disponer sus conciencias bien enmarañadas, por los muchos inocentes

que, por purgarse ellos del delito, habian culpado sin razon. Hizo lo posible para remediar el daño, restituyendo jurídicamente la fama á cuantos ellos habian desacreditado con sus lenguas. Púsoles á entrambos en gran fervor, especialmente al sargento, el cual sin querer que le atasen ni dejar el santo Cristo de las manos recibió con valor los disparos de arcabuz. No fué de tanto animo el mulato portugués, aunque de igual resignacion en admitir la muerte. Caidos ambos en el suelo, se arrojó á ellos el P. Claver para ayudarles mientras tuviesen vida, y aun despues de difuntos, no sabia desasirse de ellos. Las cabezas se pusieron cerca del castillo, hácia la parte donde se embarcó el fugitivo Castelmayor; y como estuviesen clavadas algun tiempo y nadie se moviese á quitarlas de allí, el mismo Padre fué por ellas y les dió sepultura en nuestra iglesia.

Era este ministerio tan de su cariño, que ninguno murió en su tiempo por justicia, á quien no asistiese. Si ejecutaban á muchos juntos, para todos bastaba el santo Padre; si en lugares distintos, á todas partes acudia. No es creible lo que trabajó con treinta Negros y un morisco condenados juntos al dogal por haberse fugado á los montes, donde se hacian fuertes en unos que llaman palenques, insultando desde aquellas madrigueras nuestras armas, y viviendo á costa de las haciendas y vidas de los caminantes. Todos estos con la buena direccion del bienaventurado Padre hicieron tan ejemplar muerte como habian hecho escandalosa vida. Claváronse los cuartos por las entradas y caminos de la ciudad, para escarmiento y horror de los esclavos, que no huyesen á mantener su libertad con gravísimos delitos. Cogidos por los soldados del castillo de Manga cinco ó seis de

estos cimarrones, allí mismo los sentenciaron á muerte; y ni allí les faltó el P. Claver por buena dicha de aquellos infelices. Halló uno que aún era gentil, porque habiendo huido recien llegado á Cartagena, hurtóse al santo bautismo por librarse de la servidumbre. Así hubiera muerto á no venir á las manos de la justicia y del bendito Padre, el cual le bautizó convenientemente preparado; y confesados los demás, acabaron todos con grandes esperanzas de salvacion. Ni el estar enfermo eximia de este trabajo al fervoroso Padre, porque aun entonces se hacia llevar á las cárceles cuando en alguno se habia de ejecutar sentencia de sangre. En la última enfermedad acudió á un Negro condenado á la horca, y en un negocio bien intrincado, lo dejó tan allanado de una vez que le habló, y al Negro tan fervorosamente dispuesto, que sucediéndole otros religiosos en la asistencia, le hallaron con ardientes deseos de morir, suspirando porque le llegase aquella hora en que esperaba ver á Dios.

A la caridad que usaba con los ajusticiados podemos juntar la que tenia con los penitenciados por el Santo Oficio, porque no habia linage de aflicciones que no mitigase con el bálsamo de su consuelo. Veneraba con suma reverencia los castigos de este santísimo y rectísimo Tribunal, y de las procesiones de los reos cuando iban al Auto, solia decir, que eran de tanta utilidad para las almas como las de Semana Santa. Eso no obstante, se compadecia de los penitenciados; y como el santo Tribunal, á imitacion de Dios nuestro Señor, siempre templaba la justicia con la clemencia; así el P. Claver con la aprobacion de la pena juntaba la compasion del miserable reo. El dia antecedente al Auto, salia á recoger una buena limosna para hacerles algun regalo. Antes que

partiesen á oir la sentencia, apercibíalos con las virtudes de humildad, de silencio, de sufrimiento y paciencia para que la escuchasen con provecho de sus almas; traíales á la memoria las afrentas de Cristo nuestro Redentor siendo inocente y la pureza misma, para animarles á ellos á llevar bien aquella su ignominia, siendo culpados y pecadores. A la vuelta los aguardaba el Padre con merienda, que les repartia con mucho agrado, exhortándoles entre tanto á la paciencia y á que escarmentasen en lo porvenir.

CAPÍTULO VIII

MINISTERIOS DEL P. CLAVER CON LOS ESPAÑOLES, Y DE ALGUNAS CONVERSIONES MARAVILLOSAS

El celo de la gloria de Dios que abrasaba las entrañas del santo P. Claver no le dejaba sosegar un punto. Si podia trabajar más, nunca quedaba satisfecho de lo que habia obrado; sin que afanes ningunos le cortasen los alientos á su espíritu. Sentia más las culpas de los que estaban más obligados á servir á Dios; y aquí era donde desplegaba su celo y ardor para evitarlas. *Que el gentil,* decia, *el recienvenido á la fe, dé algun tropezon en el camino de los mandamientos que nunca anduvo; que el bozal negro envuelto en ignorancias no atine siempre con la luz del Evangelio; que el herege enmarañado en dudas, no lo obedezca cumplidamente; y que el moro sumido en mil errores no lo abrace, es mucho de sentir: pero, ¿qué corazon hay que no se duela viendo los pecados de los católicos, los cuales, criados desde la cuna é instruidos en la ley de Cristo, ciertos y firmes en la verdad de ella, viven sin embargo tan livianamente, como si desconocieran ó dudaran de su fe?*

No hubo, en efecto, clase alguna de personas que no experimentase los ardores de su caridad. Los campamentos militares, las tiendas de los mercaderes, los talleres de los artesanos, las mesas de los tahures y juga-

dores, los hospitales y las cárceles, las calles y las plazas en que se reunia alguna gente, eran otros tantos teatros donde triunfaba su celo, declamando contra el vicio y exhortando dulcemente á la virtud. Desde Setiembre á Navidad poco más ó menos, concurrian en la bahia de Cartagena las armadas de España, y los bajeles del Perú, Quito y Potosí cargados de plata de aquellas partes; hombres de negocios sin número con ocasion de comerciar en las flotas, formando en aquel tiempo una nueva ciudad los forasteros. No traian los navíos tanta abundancia de riquezas como de vicios, los cuales en la mar tuvo á raya el temor ó encubrió la falta de ocasiones; pero en saltando á tierra, se desenfrenaban desbocadamente sin poder la justicia de los hombres con tanta muchedumbre. Entonces se ejecutaban duelos aplazados, y estallaban las iras represadas en el corazon; entonces servian los banquetes á la glotoneria, á la lascivia y al orgullo; acudian mugeres perdidas, concertábanse amancebamientos, cruzábanse las usuras, hervian los logros, la mohatra robaba con nombre de industria, y la fulleria hurtaba en los juegos con nombre de habilidad y destreza. Todo lo cubrian y apadrinaban con juramentos sobre falso, ultrajando desvergonzadamente el Nombre santísimo de Dios. A esta impetuosa corriente de iniquidades se oponia el animoso celo del P. Claver, como firme roca para quebrarla y deshacerla. Y como la plaza pública, á donde desembocaban las cuatro calles principales de la ciudad y se recogia todo el concurso de la gente, era el emporio del comercio, ó por mejor decir, la fragua de las trampas, la oficina de los enredos y el hervidero y cloaca de las culpas; éste era tambien el campo de batalla en que entraba el santo varon á combatir los vicios.

Reunidos todos los niños de la doctrina tras de una cruz, se dirigia con ellos todos los dias de aquella temporada á la famosa plaza, cantando á coros las alabanzas divinas. Llegado allí predicaba con tanto fuego que sus palabras parecian rayos que deshacian los corazones y los inflamaban en amor de Dios. No hay guarismo que pueda contar los males que evitó cada año en los cuarenta que vivió en Cartagena. Impidió desafíos, compuso paces, amortiguó discordias, desbarató amancebamientos ó cortando las ocasiones ó convirtiéndolos en matrimonios, limpió los tratos de injusticias, reformó los juegos reduciéndolos á entretenimientos decentes, y desterró los juramentos de la soldadesca y del negocio. Innumerables fueron los que convirtió de las costumbres rotas á otras más cristianas y compuestas, del vicio á la virtud, de las vanidades del siglo á vida religiosa y penitente. Y porque importa poco cortar la culpa si queda la raiz de la ocasion, pensó en que se dotasen las mugeres mozas, que en gran número concurren aquel tiempo, sin otro arbitrio para vivir que sus escándalos. Alcanzó de los Gobernadores de la plaza y de otras personas que tenian mano, que se aplicasen á esto las penas de Cámara que se imponian á los delincuentes y se pidiesen limosnas á los de la armada y la ciudad: y los mismos Gobernadores, con los magistrados y caballeros principales, salian á pedirlas con tan buen efecto, que recogidas gruesas cantidades, dieron estado á innumerables mugeres escandalosas, desembarazando de aquel tropiezo la república. Finalmente, gracias á la diligencia del santo Padre é incansable celo por la observancia de la Ley de Dios, era tan universal la reforma que, á los pocos dias, no parecia aquel tiempo de feria sino de jubileo, y

tan grande el número de confesiones que no cedia al de Semana Santa.

Pero viniendo á particulares conversiones que en los españoles obró Dios por este su fidelísimo ministro, era tal la eficacia de sus oraciones y la energía de sus discursos, que no tienen cuento las que obtuvo de grandísimos pecadores. Con pocas palabras llenó de horror el espíritu y sugetó la pasion desenfrenaba de un caballero noble enredado de tal modo en los amores de una mugercilla, que perdido ya el rubor, la llevaba como en triunfo por todas partes. Saliendo un dia de la ciudad en su caballo y á la grupa la manceba, vió que el P. Claver venia derecho por la parte opuesta. Sobresaltado el corazon y perdido el color del rostro, no habiendo dónde torcer camino ni osando volver las riendas á la huida, hubo de proseguir hácia delante. Al emparejar, miróle el santo Padre con más compasion que severidad, y díjole con voz blanda y lastimera: *Mucho me pesa de verle acompañado del demonio.* Pocas palabras, pero que le hirieron tan agudamente, que segun afirmaba él mismo, pensó caer muerto del caballo. Pasó todo aquel dia con la saeta clavada en el alma, sin poder recobrarse del susto, hasta que resolvió desposarse con aquella muger, como lo ejecutó luego con edificacion de todos, y gran paz y sosiego de conciencia.

Viviendo amancebada una negra criolla con un español la inspiró Dios que se fuese á confesar con el padre Claver. A pocos lances, conoció el santo confesor que peligraba la perseverancia de ella en la virtud, si no se casaba con aquel hombre. Persuadióselo y rehusábalo ella por la desconfianza de conseguirlo. En efecto, halló al español tan fuerte que ni queria dejarla ni casarse con

ella, por estar tan rendido al amor torpe, como sujeto al vano pundonor. Excusábase con que habia de andar corrido entre los hombres casándose con muger de condicion tan baja; que aquello era condenarle á perpétua infamia; que se haria asunto de todas las conversaciones, que huirian de él todos sus amigos volviéndole la cara con desprecio; que estaba sin un maravedí para poner casa, y que nadie se hallaria en Cartagena que se dignase serle padrino en aquellas bodas. Parecióle al Padre menos dificultoso vencerle en este punto, rebatiendo razones con razones, que apartarle del amancebamiento que cierra toda entrada á la razon. Instóle con decirle que si no le era sufrible el ser censurado de los hombres por un casamiento desigual, ¿cómo lo seria verse abominado de Dios y de los Angeles por aquella amistad tan escandalosa? si temia el descrédito en esta vida, ¿cómo no le daba miedo condenarse á infamia sempiterna? si llevaba mal que le sacudiesen los amigos de su lado, ¿cómo llevaria que Dios le arrojase de sus ojos para siempre? Que estas desdichas eran ciertas si perseveraba en la maldad; mientras las otras sólo imaginadas y exageradas de un vano temor: porque antes bien creia que le habia de resultar alabanza, y que le habian de tener por hombre que daba á las cosas su importancia, y que despreciaba por las conveniencias del alma las vanas opiniones del mundo, que ni hacen desdichados cuando censuran, ni felices cuando levantan y engrandecen. Que si no hallaba padrino lo seria él, y le buscaria socorros de dinero, sin perdonar á oficio ni trabajo por sacarle del riesgo en que le veia de perderse. Estas y otras razones dichas con gran viveza de espíritu y mezcladas con dolor entrañable de su peligro y ruegos muy

humildes, le redujeron tan totalmente, que sin perder de su crédito con el casamiento de la criolla, vivió muy ajustado á la ley de Dios y muy pacífico en su casa. Quedó la muger tan reconocida al beneficio, que despues de muerto el P. Claver, visitando un dia su sepulcro, dijo en presencia de mucha gente, que no se admiraba de los milagros que obraba el santo Padre, porque en su misma persona los hizo mayores en vida, sacándola de las puertas del infierno.

Un hombre que por muchos años habia desempeñado el cargo de cómitre en las galeras, enfermó con riesgo de la vida, pero mayor del alma, porque no habia medio de persuadirle que mirase por su salvacion. A las amonestaciones cerraba los oidos, á la imágen de Jesucristo torcia el rostro, con ademanes de descreido ó desesperado. Como le hablasen los varones de mejor espíritu que habia en Cartagena, mas sin ningun efecto, porque le hallaban siempre más rebelde, fué llamado el P. Claver, pero le recibió casi con igual desabrimiento. Antes de repetir segunda instancia, se recogió á tener oracion, luchando á brazo partido con Dios sobre el negocio de aquella alma. Volvió lleno de confianza y celo, propúsole el peligro de morir y de condenarse si en el breve tiempo que le daba Dios, no se arrojaba en los brazos de su misericordia, que no aguardaba sino el arrepentimiento de sus culpas para otorgarle cumplidísimo perdon. Sacó el Crucifijo de madera que siempre traia al pecho, rogóle humilde y amorosamente que lo adorase, y luego pusiese el cabo de la cruz dentro de la boca. Caso raro; como si la cruz fuese canal de la divina gracia, le bajó de golpe al corazon, prorumpiendo en llanto copiosísimo, é hiriendo su pecho quebrantado repentinamente de dolor. Pidió al

Padre con lágrimas que le confesase, y á Dios perdon de las muchas ofensas que habia cometido, y á la mucha gente que le cercaba, del mal ejemplo con que los habia escandalizado. Abrazóle el Padre Claver con tanto gozo de su conversion como habia sido el desconsuelo de su primera rebeldía; dispúsole para todos los Sacramentos, que recibió muy devotamente, dejando en todos grande confianza de haber merecido las divinas misericordias. Quedó el bendito Padre tan contento y agradecido á nuestro Señor, que de vuelta se entró en casa de una persona principal y muy cristiana, á pedirle que le ayudase á dar gracias al cielo por la gran clemencia que usó con aquella alma.

Aun era más lamentable la perdicion de una española, que sobre igual dureza de corazon y enfermedad de igual peligro, estaba tan poseida del inmundo espíritu de la lascivia, que á los que la exhortaban á que se reconciliase con Dios, respondia con obscenidades que horrorizaban. Súpolo el P. Claver, y antes de acudir á tratar de su reduccion, la pidió á nuestro Señor con oracion muy larga y fervorosa. Fué despues á la casa de la enferma y dió principio á su piadoso intento por un Evangelio que la dijo: mas ella se desbocó de suerte en las suciedades que la dictaba el maldito espíritu, que no pudiendo los castísimos oidos del santo Padre sufrir palabras tan asquerosos á su limpieza virginal, reventó por fin el ímpetu de su celo; y con severísimo semblante, voz de trueno y el Crucifijo en las manos: *Ea, pues,* la dijo, *ya que quieres irte al infierno, vete enhoramala; aquí tienes al juez divino que te condena.* Despavorida, ó más bien humillada la impúdica muger con estas vehementes amenazas, perdió los brios juntamente y la palabra; y

viéndola así el siervo de Dios, como buen Pastor que amedrenta la ovejuela para volverla al redil, trocando la severidad en blandura, la animó con la misericordia de aquel Dios crucificado, que la estaba llamando con tantas voces como heridas. Rindióse al fin y confesóse tan de corazon y con tanta abundancia de lágrimas que muriendo poco despues, nos dejó abonadas prendas de su eterna salvacion.

CAPITULO IX

LIBRA Á MUCHOS ENDEMONIADOS, Ó INDUCIDOS Á DESESPERACION DEL MAL ESPÍRITU

No le faltó al santo P. Claver la gracia de lanzar demonios, comunicada por Cristo á los Apóstoles y en su cabeza á los sucesores de su celo y predicacion. Dos pruebas podemos alegar en general del poder que el Señor le otorgó sobre los espíritus malignos. La primera del mismo demonio, el cual se quejó muchas veces del santo Padre como de su mayor enemigo sobre la tierra, pues en ninguna parte le permitia hacer asiento ni reinar pacíficamente; no en las almas, porque trocaba los pecadores más obstinados; no en los cuerpos, porque le arrojaba de ellos con la fuerza de su virtud. La segunda son los mismos procesos, donde consta que la deposicion en esta materia se hizo á bulto, atestiguando el Padre Provincial que era negocio muy prolijo quererlos contar todos; pero nosotros particularizaremos algunos más maravillosos, de que hay noticia más cierta y circunstanciada. Aunque la posesion demoníaca no es tan frecuente despues de la Redencion, y hay muchas ilusiones en este punto, creyendo que es efecto del demonio lo que es obra del antojo ó de la enfermedad, mas seria temerario negar que muchas veces la permite el Señor para los altos fines de su providencia.

Ardid fué muy usado del demonio, fingirse como dolencia natural del que atormenta, para que no sospechándose la verdadera raiz de la enfermedad se gaste el tiempo en remedios inútiles. Así se disimulaba en un Negro, incurable á juicio de los facultativos, que habian apurado todos los recursos de su ciencia. No habia recibido aún el santo bautismo, porque poseido en alma y cuerpo del demonio, estaba como enagenado y fuera de sí con los asombros y amenazas que le hacia para que no lo recibiese. Quitóle el uso de su lengua nativa, dándole una tan incógnita, que no le entendian los intérpretes de su misma nacion; y hablaba gorgeando, en tonillo de papagayo, sin entender lo que decia. Apenas le vió el P. Claver, cuando conoció la contrahecha enfermedad. Hizo oracion, y díjole los Evangelios y el Credo, poniéndole las manos sobre la cabeza. No pudiendo el demonio hacerle rostro, huyó al instante, y libre ya el enfermo, empezó á hablar sosegadamente su lengua natural, en que le catequizó el Padre por intérprete. Pidió á voces el bautismo y logró en las aguas regeneradoras la salud del cuerpo con la del alma, y una quietud grandísima y una alegria entrañable nacida del felicísimo estado de la gracia.

De un lugar distante muchas leguas mudó casa y familia á Cartagena una pobre muger, por el sobresalto continuo en que la traian unos estruendos formidables y sombras espantosas. No halló remedio en la mudanza, ni en los exorcismos que la hicieron varios sacerdotes, para que cesasen aquellas fantasias. Acudió al santo Padre Claver, el cual la dió una medalla y estampa de nuestro P. san Ignacio, con órden que, en oyéndose aquellos ruidos ó cruzándose aquellas sombras, dijese al

autor de ellas: *Déjanos en nombre de san Ignacio.* La primera vez que se le hizo la intimacion al demonio, le obedeció de suerte que nunca más se vieron esos fantasmas en la casa.

No es fácil averiguar si los que se gobiernan por los sentidos, sin vida de fe, peligran más en las miserias que en los gustos y prosperidades de este mundo. No niego que es dificultoso tener resignacion para morir, cuando las felicidades por todas partes nos halagan; pero más lo es tener magnanimidad para sufrir esta vida, cuando de todas partes nos estrechan los trabajos. No pocas veces buscan los mundanos la salida de ellos por el precipicio de una desesperada muerte; porque como está tan vivo el sentimiento de lo que acá padecen, y casi muerta la fe de lo que allá se ha de padecer, se abrazan algunos con la muerte para librarse del mal que de presente los aflige. A este aprieto se hallaba reducida una española, madre de un mozo, que habiendo malbaratado una hacienda que se le habia encomendado, le urgian rigurosamente los acreedores para que satisfaciese cuanto antes; como si la fuerza hubiera de sacar el dinero, cuando en el deudor no hay sino sangre que exprimir. Padeció la pobre todas las molestias de la exaccion, sin remedio humano. Hízosele insufrible la vida á tanta costa, y persuadida del demonio, intentó librarse de aquella pesadumbre por medio del veneno. Comprado ya, bajó á cerrar las puertas de la calle, porque nadie la estorbase, ni pudiesen acudirla si el veneno obraba lentamente. Pero Dios nuestro Señor, ó por expresa revelacion ó con providencia especialísima, encaminó de suerte los pasos del P. Claver, que cuando la mujer por dentro doblaba las puertas, las detuvo por defuera el Padre; y entrando ino-

pinadamente en el zaguan, con semblante apacible la preguntó: *¿Qué hay por acá, señora?* Asombrada de verle en casa á tal sazon, y mirándole como aparecido quedó sin habla; pero juzgando por milagroso aquel repentino encuentro, recobrándose algun tanto, le dijo: *Sea bien venido, Padre, que no es hombre sino algun ángel del cielo que envia Dios para mi remedio.* Con lágrimas le confesó su mal propósito, mostrándole el veneno; y el bendito Padre con blandas pero eficaces razones, le dió una reprension tan bien templada de consuelos, que igualmente la dejó arrepentida y animosa.

En cierta casa de Cartagena se celaba mucho el recogimiento de las esclavas, sin permitirlas salir por las calles; precaucion bien necesaria atendida su facilidad y gran peligro en tales ocasiones. No pudo sufrir tanto retiro cierta esclava, y se huyó de allí para dar libertad á su vicioso corazon, estrechado y violento en la clausura de la casa. Despues de algunos dias que corrió sin freno por sus divertimientos y torpezas, no le quedó de ellos sino confusion, y una vergüenza tan grande que no sabia á dónde volverse la infeliz. «*¿Con qué semblante*, se decia, *he de volverme á casa de mis amos? ¡Yo tan desenvuelta y ellos tan recatados! ¡yo tan torpe y ellos tan honestos! ¡yo tan viciosa y tan virtuosos ellos, que si les miro he de condenarme á perpétua vergüenza, y si me miran me estarán siempre castigando con muda reprension!*» Dando el demonio fuerza á estas razones, indujeron á la pobre esclava á darse la muerte: resolucion para ella menos dificultosa, que poner sus liviandades á vista de sus amos y de una familia tan virtuosa y cristiana. Y es así, que teme el vicio delante de la virtud, porque calladamente le reprende; pero ¿cuál será su temor delante de Dios

cuando severamente le juzgue? Para ejecutar aquel desesperado intento buscó una soga, y á fin de no gastar tiempo en esta diligencia y porque no tuviese lugar de arrepentirse, se la puso luego en las manos el demonio, siempre solícito en ayudar á los hombres á despeñarse en su perdicion. Salió á boca de noche de la casa, y subiendo á un árbol, y atando la soga al cuello, y despues á una rama, se arrojó diciendo: *Jesus sea conmigo.* Invocado tan dulce y poderoso nombre experimentó luego su favor; porque la soga, como si temiera ser cómplice de aquel delito, se rompió de repente, y dando la esclava en tierra, se quedó no menos arrepentida que avergonzada. Hizo la señal de la Cruz, y admirada y enternecida de ver la misericordia de Dios con ella cuando más provocaba su justicia, movido el corazon y deseosa de reducirse, sólo le embarazaba la vergüenza de volver á casa de sus amos. En esto, oyó una voz que le decia en su interior: *vete en amaneciendo á la iglesia de la Compañía, y da cuenta de todo al P. Claver, que él te remediará.* Así lo hizo, llevando para mayor confusion suya roto en dos pedazos el dogal, que entregó al santo Padre, confesándose la infeliz con más lágrimas que palabras. Como sabio médico en semejantes enfermedades del alma, aplicó á la esclava los remedios oportunos, afeándole por una parte la villania de aquella accion, y abriéndole por otra el corazon á sentimientos de confianza y arrepentimiento. Llevóla por fin á sus amos, abogando tiernamente por el perdon de la que traia tan enmendada y corrida de su culpa. Fuése de allí al árbol de donde quiso ahorcarse aquella esclava, y debajo de él quemó el dogal, costumbre del Santo en tales casos, para dar, como él decia, pesadumbre á los demonios con

aquel humo en que se deshacia el instrumento de su maldad.

El buen Angel trajo á nuestro colegio de Cartagena á un hombre, tan poseido de pena y melancolia que andaba dándose golpes por las paredes, señalando con el desasosiego del cuerpo, la turbacion de su espíritu. Notólo el sacristan y quisole coger aparte, pero excusábase con que era ya noche. Instó, le apremió, y retirados dentro le preguntó la causa de su pena. La respuesta fué: *quédese Adios, Padre, si no quiere otra cosa.* Púsole en más cuidado aquel sacudimiento y resolucion, y despues de muchos ruegos que amigablemente le interpuso, le advirtió que por ventura le habia traido Dios para que allí encontrase el remedio, y seria gran desdicha que se volviese sin lograrle, cuando no le costaria más que descubrir la causa de sus aflicciones. Convencido por fin pidió un confesor con quien poder desahogar su pecho. Llevóle al P. Claver, que informado de lo que le pasaba, tuvo por conveniente que se quedase aquella noche en nuestra casa; y habida licencia del Superior, le agasajó con muchas razones de consuelo, y con cena abundante, que el mismo Padre le sirvió. A la mañana le oyó la confesion, preparada con gran diligencia y lágrimas de toda la noche; mas luego se enjugaron, y sucedió gran serenidad de conciencia, y un gozo muy sosegado en vez de las inquietudes y turbaciones con que vino. Y porque le ayudasen á dar gracias á Dios los que tuviesen noticia de tan gran misericordia, dijo al Padre que podia referir á otros el suceso que le condujo á nuestra casa, y fué así. Perdida la hacienda, y sin arbitrios aun para ganar el necesario sustento, acosóle tal tedio de la vida que determinó acabarla en un dogal. Tomó

para esto el camino de un montecillo cerca de la ciudad, y penetrando por él encontró al demonio en figura humana, que con palabras de mucho agasajo y amistad le obligó á seguirle. Entróle por una espesura sin senda ni rastro de ella, rompiendo por espinos y jarales, en que iba dejando los vestidos á pedazos, y recibiendo á cada paso muchas heridas lastimándose en la maleza. Viéndose el pobre roto y ensangrentado, dijo á la guia: *Jesus, ¿á dónde me llevas?* Desapareció á estas voces el demonio, y él con asombro hizo la señal de la Cruz, y trató de volverse y recobrar el camino. Apenas estuvo en él, cuando el demonio, en la forma que antes, se le hizo otra vez encontradizo, persuadiéndole con igual blandura de razones que le siguiese. Pero escarmentado ya, y mirándole como amigo fingido y enemigo verdadero que halaga para herir, se puso en precipitada huida, erizados los cabellos con horror, y no paró hasta dar consigo en nuestro Colegio. Toda la tarde estuvo luchando en su interior: sus desgracias le impulsaban á manifestarse pronto, mas la vergüenza le ataba porque no las declarase, hasta que prevaleció la vergüenza. Dos veces quiso ya salirse, si no le hubiera retirado de la puerta el temor del demonio, que con amigables é importunas señas, vió que le llamaba desde la calle. Ultimamente, vecina ya la noche, como estuviese para irse, le detuvo, segun queda dicho, el sacristan, que fué el primero á quien el P. Claver refirió el caso.

Una persona muy honrada, á quien despojó la desgracia de muchos bienes de fortuna, vino á dar en una tristeza y frenesí tan grande, que con sospechas de endemoniado, traia la casa revuelta dia y noche. Verdaderamente no se conoce lo que prenden en el corazon estos bienes

perecederos, hasta que se arrancan de él, y se ven los estragos que ocasionan. Acosado una noche de fatal melancolía, y queriendo acabar consigo por acabar con ella, envió á su muger fuera de casa, á título que le llamase al P. Claver, de quien esperaba, la dijo, su remedio ó cuando menos alguna mejoría. Parecióle que esta razon la sacaria de casa más apriesa, y sin recelo de lo que intentaba contra su vida. Pero la muger inspirada de Dios, y reflexionando sobre el riesgo en que le dejaba á solas y en manos de aquella pasion arrebatada, se volvió á la mitad de su camino; y al entrar en casa oyó que en el corral ó huertecillo se estremecian las ramas de un árbol con notable estruendo. Acudió allí temiendo algun fracaso, y encontró á su marido colgado y batallando con las agonías de la muerte. Corrió á sustentarlo en alto, porque el mismo peso no le ahogase, y sosteniéndole así firmemente, con las fuerzas que le daba su dolor, convocó á voces y alaridos á los vecinos pidiendo socorro. Vinieron á tiempo para cortar la soga y bajarle vivo del árbol, pero tan furioso, que arrojando centellas por los ojos y espumarajos por la boca, ya iba á echarse en la profundidad de un pozo, ya cogia arrebatadamente cuchillos, espadas y cuanto venia á las manos para revolverlo contra su vida. Llamado el P. Claver, sin otra diligencia que la de cogerle de la mano, y rezarle á solas unas preces, y ponerle en el cuello una medalla de nuestro P. San Ignacio, le sosegó y tranquilizó de manera que él mismo casi llegó á desconocerse. Viéndole quieto, trató del consuelo más íntimo y durable por medio de la confesion, que hizo muy despacio aquella misma noche. Quedó tan otro el buen caballero, que reconocido y alegre vino al dia siguiente á nuestra casa, á rendir

las gracias á S. Ignacio y al P. Claver, por cuya intercesion habia alcanzado la salud.

Aunque es verdad que Dios nuestro Señor quita á los hombres los bienes de fortuna, para que desembarazado el corazon aspire libremente á los bienes eternos; mas pocos son los que, á ejemplo del santo Job, llevan con igualdad el verse despojados, y muchos hacen como el niño á quien la madre quitó la golosina que le hacia daño, el cual levanta el alarido y se agita y deshace de dolor y sentimiento, perjudicándole por ventura más la fuerza con que llora, que la misma golosina si la comiera. A esta desdicha vino, como los pasados, cierto hombre que perdió la hacienda, quedándose con muchas deudas y familia numerosa. Cada dia le apremiaban por su parte los acreedores exigiendo la paga, y los hijos el sustento necesario. Sumida el alma en profundísima tristeza, que no le dejaba fijar el pensamiento ni en cosa de consuelo, ni en recursos para levantar su casa, le fué gastando la melancolía hasta ponerse como un esqueleto. Doblábale las penas una voz que importunamente le decia: *ahórcate, ahórcate*. Y aunque pudiera fácilmente colegir quién era el autor de tal consejo, teníale tan ciego la pasion, que le pareció conveniente obedecerle. Pero mirándole Dios con ojos de misericordia, le llevó á casa de un amigo suyo, que penetrando en sus designios, le condujo con buena maña al P. Claver, á quien dió razon del miserable estado de aquel hombre. Tomóle aparte el Padre, y con aquella dulce eficacia de que el cielo le dotó, le persuadió, lo que comunmente solia á los molestados del mal espíritu, que hiciese una verdadera confesion, arma la más temida del demonio. En ella le previno de avisos convenientes, y dándole despues una me-

dalla de S. Ignacio, le despidió sano en cuerpo y alma, porque desde entonces comenzó á mejorar, y á los quince dias se halló tan vigoroso y de tan buen semblante como si nada hubiera padecido.

Habia en Cartagena una muger moza y de buen parecer que sustentaba las galas con el vicio: arbitrio lamentable de las que, creyendo deslucida su hermosura con un traje modesto, se arriesgan á comprar los atavíos á precio de su alma. Vivió con un español en amistad larga y escandalosa, de quien recibió la paga merecida á su facilidad; porque no sólo la despreció desdeñosamente, pero la robó mientras dormia todas sus galas y joyas, y se huyó de la ciudad, sin dejarle más que un vestidillo humilde. Cuando á la mañana se vió sola y robada, fué tan grande el sentimiento del agravio, que se volvió contra sí como una fiera, por haberse fiado de un hombre tan infame. Arrebatada de la pasion, salió precipitadamente de su casa para quitarse la vida colgándose de un árbol; pero al mismo tiempo salia tambien de nuestro colegio el P. Pedro Claver con tan grande priesa cuanta era menester para cortar los pasos á una mujer desatinada. Encontróla en medio de la calle, y preguntándola á dónde iba, enmudeció de espanto. *Dame eso que llevas ahí,* la dijo el Padre; y ella, mirándole con temor y reverencia, como á hombre que con luz del cielo conocia lo más oculto, no se atrevió á negarle lo que pedia. Hincóse de rodillas, y doblando la mantellina que llevaba, descubrió una soga confesándole su intento de matarse. *¿Pues por qué, hija mia,* la dijo el santo Padre, *estando yo aquí para acudirte en cuanto fuere necesario?* Hízola volver, la consoló con palabras y obras, buscando camisas, vestidos y algunas alhajuelas para la decencia

de su persona y casa; pero lo más importante fué una confesion general, de la que salió tan desengañada de cómo paga el vicio á quien le sigue, que llevó en adelante una vida de mucha limpieza y recogimiento.

Concluyamos esta materia con lo que sucedió á una pobre esclava, que esperando de su amo la carta de horro y perpétua libertad, prometida en satisfaccion de muchas obligaciones y servicios, en vez de la tal carta se encontró con una trampa ó falsificacion con que le desmentian todos los títulos de pretenderla. Impaciente al ver la mala fe, con que, negándole el pactado rescate, le hacian la servidumbre de por vida, vino la infeliz á desesperar, y siempre que andaba en ese intento, se le aparecia el demonio en trage y aspecto de doctor, animándola á que pronto lo ejecutara. «*¿Qué aguardas*, la decia, *que no te das la muerte? ¿témesla por ventura? ¿y qué otra cosa es esto sino temer el descanso de vida tan penosa? Si no puedes sufrir las amarguras de la vida, no hay otro remedio que dejarla, porque mientras dure, ha de haber penas donde es perpétua la esclavitud. Si vives siempre agonizando, ¿qué reparas en poner fin á tanto agonizar, muriendo de una vez? Acaba ya, que pasas muchas penalidades y pierdes la gran corona que te aguarda en el cielo, por no resolverte á morir mártir.*» Doctrina muy digna de tal maestro. Un dia que apretada más de aquellos pensamientos estaba cerca de una ventana de balaustres, se le puso delante el demonio en la figura que solia, dándole traza como poderse ahorcar de la ventana. Enseñada la muger, hacíale instancias el enemigo sobre la pronta ejecucion. «*Acaba*, la decia, *date priesa, que viene un hombre á quien aborrezco, porque es el mayor enemigo que tengo en esta ciudad; y si llega, ha de estorbarnos y no hemos de salir con lo que pretendemos.*» Ya

se habia echado el dogal al cuello, cuando hé aquí que el P. Claver entra en la pieza; y el demonio que vió tan malogrado el lance, púsose en huida, diciendo con despecho á la muger: *¿no te lo decia yo?* Pero él quedó confundido, y el Padre victorioso. *¿Qué es esto que aquí haces?* la preguntó con grande amor,—*¿para qué es esta soga?*—Y ella entonces, hechos dos fuentes de lágrimas los ojos, respondió,—*¿qué ha de ser, Padre mio, sino mis pecados?*—*Pues aquí te traigo*, repuso el Padre, *á quien desea perdonártelos, si arrepentida te postras á sus piés.* Mostróle una imágen de Cristo crucificado, en cuya presencia arrodillada, hizo fervorosos actos de contricion, dirigiéndola el buen Padre, con quien se confesó despues generalmente de su vida, contentándose de pasarla en la esclavitud, con la confianza de desquitar así las penas que sus culpas merecian.

CAPÍTULO X

SANTAS INDUSTRIAS Y VARIOS MINISTERIOS CON LOS DE CARTAGENA. ACREDÍTALOS DIOS CON CASOS MILAGROSOS

Pedia la bien ordenada caridad, que los que vivian en Cartagena, ó por haber nacido ó por haberse avecindado en ella, no careciesen de los beneficios que al celo de este apostólico varon debian los extraños. Los sermones en las calles y plazas fueron muy frecuentes, porque á todos alcanzase el fruto; pero su modestia y ejemplo era un sermon contínuo, porque su compostura angelical predicaba á los ojos con no menor eficacia que en el púlpito á los oidos, y aun compungia más el verle que el oirle. Porque es cierto, que si las obras del ministro Evangélico andan de concierto con las palabras, hacen armonia y arrebatan los corazones de los hombres; mas cuando se encuentran, producen no sé qué disonancia y engendran la confusion del escándalo. Aunque por las calles andaba recogido en su interior, pero, sin derramarse afuera, aprovechaba las ocasiones que se le ofrecian de remediar al necesitado, de impedir ofensas de Dios, de zelar la observancia de su ley y de exhortar eficazmente á la virtud. Si veia que algunos con palabras de indignacion urdian alguna pendencia, terciaba luego para desvanecerla; si estaba ya trabada, me-

tíase por medio, y con su autoridad la deshacia, tomándoles las paces y componiéndolos en cristiana caridad. Cuando encontraba jugadores, les tasaba la cantidad sobre que habian de jugar, porque siendo moderada no causase pesadumbre en el que la perdiese, ni fuese cebo del que la ganase. Advertíales que jugasen con paz, sin hacer de una recreacion un foco de desazones; y con fidelidad, sin atropellar las leyes dando en fullerías; y finalmente, sin juramentos porque es necio despique del corazon impaciente, desahogarlo en ultrajar el santísimo Nombre de Dios. En cualquiera parte que oyese blasfemar ó maldecir, acudia luego con la reprension, pero tan bien templada con el celo y la blandura, que siempre enmendaba lo que el Santo pretendia. Hombres y mugeres en conversaciones sospechosas, ó no se atrevian á esperarle, ó si les cogia descuidados, no permitia que pasasen adelante, afeándoles el escándalo que daban. Cierto hombre confesó de sí mismo, que hablando en la plazuela de santo Domingo á una mujer con intenciones no rectas, le halló el P. Claver; y queriéndose disculpar á título de negocio necesario, no vino el Padre en admitirle aquella excusa, y apartándolo de allí, le llevó consigo, y dióle tan útiles consejos que nunca jamás se le vió en encuentros semejantes.

Tuvo este santo varon declarada enemiga con los trajes profanos de las mugeres, y traia consigo una estampa, donde los demonios estaban atormentando á una muy engalanada. Mostraba á los que la miraban, por una parte los atavíos, y por otra los tormentos que la costaban á la infeliz, para que pesasen atentamente la vanidad de las galas y la pena que en los infiernos les espera. Probable es que reformaria á muchas, pero no

nos atrevemos á afirmarlo, pues no se puede dar por hecho un tal milagro, menos que conste por claro testimonio. Vergüenza da decirlo y más que se diga tan sin esperanza de remedio; tienen contra sí estos abusos de la moda la censura de los SS. Padres, la de muchos doctores y teólogos, y ninguno hay que no condene á las que los introdujeron y que no aconseje á todas que los reformen; pero defiéndense unas con la moda, como si no fuera pecado escandalizar con ella; otras con la intencion que tienen, como si con la buena intencion salvaran del peligro á los demás, cuando ellas dan ocasion á que las miren. No es maravilla pues que el P. Claver tomase tan á pechos poner remedio en lo que hace tanto daño; pero experimentando poco efecto, tuvo por ventura tanta aversion á confesar mugeres que traian galas, por la desconfianza que tenia de reducirlas á que se moderasen.

No perdia lance de aprovechar á los prójimos, siempre hambriento de más almas. Cuando habia de confesar en alguna casa, daba órden al compañero que entre tanto enseñase la doctrina á los niños ó contase algun ejemplo á la familia. Cuando morian los que ayudaba en aquel trance, volvíase hácia los presentes para que aprendiesen con aquel desengaño á bien vivir, disposicion, les decia, la más segura para bien morir. Y porque no quedase tal desengaño encerrado en las paredes de sola aquella casa, al volverse iba diciendo por la calle en todas las puertas donde veia gente: *Ahí queda la muerte, acercándose viene; cada uno mire cómo vive antes que le coja.* Saetas, que nunca dejaban de hacer saludable herida en los corazones. Iba por las tiendas de los oficiales donde habia muchachos y mancebos, dándoles buenos consejos,

apropiados á aquella edad la más resbaladiza, si el temor de Dios no los refrena, y enseñábales á tener especialísima devocion á Nuestra Señora. Entró la vigilia de Navidad en una tienda donde habia mucha gente, y preguntó con gracia, si hallaria allí saliva para cierta enfermedad. Uno de ellos, no tan ladino que penetrase la intencion de la pregunta, respondió: *No, Padre, porque todos hemos almorzado.* Entonces él: *Y bien, hijos, ¿por qué no ayunais en vigilia de tan grande fiesta? Dado que os excuse el trabajo, ¿cómo puede excusaros el agradecimiento? ¿No nace Dios para mayores trabajos por nuestro amor, del que os puede causar el ayuno sobre la tarea? Ea, ninguno coma hoy á mediodía; conténtese con el almuerzo, para esperar la colacion de la noche.*» Así lo prometieron, y así lo cumplieron todos.

Como le conocian la buena gracia con que ablandaba los corazones más duros, valíanse del santo Padre cuando los otros medios habian sido inútiles. Una señora principal, llevada más de disgusto que de razon, puso pleito de divorcio á su marido, ante el Provisor de su Obispado, el cual lo mandó depositar en casa de Diego de Villegas. El y su mujer doña María de Albornoz intentaron á fuerza de agasajos allanar el camino, persuadiéndola que desistiese de aquel injusto pleito, y atajase tantas pesadumbres, y mereciese la gracia de su marido. Pero la señora enfurecíase contra ellos, y pertinaz en su propósito, nombró abogados y procurador de su causa, los cuales entablaron el litigio; y doña María y don Diego prosiguieron las instancias, ya interponiendo dulces ruegos, ya representándola casos desastrados de divorcios. Respondió ella con enfado, que si podian recabar que volviese á su marido, no podia recabar consigo

misma que no se ahorcase. Hubo de poner mano el P. Claver á peticion de Diego de Villegas, y habiendo dos ó tres veces hablado á las partes y halládolas muy desviadas y rebeldes, la una resuelta á no restituirse á casa del marido, y el otro á no admitirla aunque quisiese, hizo las diligencias que solia con Dios nuestro Señor, pidiéndole con veras el remedio. No tardó mucho, porque una mañana despertó aquella Señora dando grandes voces en demanda de socorro. Entró á ellas Diego de Villegas y hallóla sentada en la cama, temblando y sin color. Preguntóla qué tenia; y ella, «*que la habian asido cuatro demonios dos por cada lado, forcejando para llevársela, y que lo mismo quisieron hacer con su abogado y procurador; que el susto le hizo dar aquellas voces, y que aun estaba fuera de sí con el temor.*» Ora fuese vision, ora sueño, hizo en ella efectos de verdadera amenaza, y para que no la quedase duda, se le mostraron en el mismo riesgo los que la favorecian en el pleito injustamente comenzado. Sabedor el P. Claver de lo que pasaba, fué á la casa y habló en secreto á la señora y despues al marido, y á la vuelta dijo á Diego de Villegas que encomendase á Dios aquel negocio, porque el lunes habia de quedar ajustado; y al siguiente dia, que era domingo, dispuso el modo con que se habia de ejecutar: y fué, que el lunes llevase doña María de Albornoz á la señora á casa del marido, para que de rodillas á sus piés, le pidiese humildemente perdon y prometiese la enmienda; y que el Padre Claver y Diego de Villegas se hallasen allí al mismo tiempo para allanar las dificultades que se podian ofrecer. Así se hizo todo, y aunque el marido al principio se mostró reacio y dificultóso, al fin se dejó vencer de aquel rendimiento, persuadido que lo más que puede ha-

cer una condicion altiva es humillarse, y sobre todo en mugeres que con teson y brios afectados quieren desmentir la necesidad de estar sugetas. Con las amonestaciones del santo Padre, quedaron despues en santa paz, que nunca se alteró mientras vivieron.

Era tan grande la opinion de su virtud, que en viéndole no habia desgraciado que no esperase remedio, ni afligido que no se prometiese grande alivio. Más de cuatro meses anduvo doña Leonor de Ordaz á riesgo de perder el juicio: tan congojada vivia con la ausencia de su esposo, sin esperanza de su vuelta, y sin medios para sustentarse á sí y á cuatro hijos, ya en edad de darles estado, sin hallar que darles de comer. Creció de suerte su afliccion que temia si ejecutar en su persona algun desastre, cuando se fué una mañana á la Iglesia de nuestro Colegio, donde impensadamente encontró al P. Claver. Dióle cuenta de sus trabajos, pidióle la encomendase á Dios y alguna reliquia ó prenda de devocion para su consuelo. Entendió el Padre el piadoso disimulo con que le pedia algo suyo, y rehusólo constantemente, hasta que le dijo, que se estaba muriendo. Compadecido entonces sacó la cruz de madera que llevaba al pecho y se la dió, advirtiéndole que la pusiese sobre el corazon mientras oia misa, y que despues se la volviese, porque ya habia hecho el efecto que deseaba. Como el Padre lo dijo así fué; porque poniendo la cruz sobre el corazon, luego se serenaron aquellos nublados, dejándole tan extraordinario consuelo, como si hubiera acabado toda la causa de sus penas. Tales son los milagros de la cruz de Cristo y los trabajos que cada uno padece; que son intolerables llevados con disgusto, pero son dulcísimos si los abraza con gusto el corazon. Temió aquella señora

que si dejaba aquella prenda, tornarian á embestir las atlicciones, y así fuese á casa sin restituírsela al Padre Claver; el cual como lo supo, envió luego á recobrarla, asegurando á la señora que no la habria menester en los dias de su vida. Así sucedió, porque jamás entró en su alma el desconsuelo, despues que el contacto de la santa cruz asentó en ella la alegria.

Estas y semejantes maravillas ponian deseos en muchos principales de Cartagena de confesarse con el Padre; pero conseguíanlo pocos y tras largas importunaciones, porque andaba tan ocupado en confesar Negros, que ni le sobraba tiempo para los demás, ni le llevaba su natural inclinacion, que era sólo de tratar á gente humilde. Pero al fin, perseverando en los ruegos, lo alcanzaron algunos y entre ellos don Pedro Calderon, Familiar del Santo Oficio, el cual atestiguó de sí, hallarse tan trocado desde que empezó á confesarse con el P. Claver que no se conocia ni le conocian en su casa, porque sin repugnancia alguna, antes con suave propension, sintióse inclinado á la virtud y al vencimiento de sí mismo, reconociéndolo por beneficio de su confesor, á quien veneraba como á santo. Mirándole con tan alta estimacion, deseaba que fuese algun dia á su casa, y en más de un año que le rogó que la honrase con su presencia, no pudo recabarlo, excusándose con que el honrarla era para personas de autoridad, que él era un gusanillo. Pero un dia que pasaba por la puerta, el H. Nicolás Gonzalez, que le iba acompañando, le mandó con cierto imperio que subiese y le obligó á entrar, con regocijo universal así de los dueños como de toda la familia, que no cabian de gozo por haber merecido tan deseada visita. Agradeciéronle con muestras de grande agasajo y

veneracion, y para entretenerle más tiempo, pidieron al despedirse que les echase su bendicion en todas las piezas de la casa; y aunque se excusó cuanto pudo, al fin hubo de ceder á sus instancias, y discurriendo de pieza en pieza las bendijo todas, menos una en que vió colgados algunos guardainfantes, diciendo que tales trastos más merecian fuego que la bendicion. Por remate, le dijo don Pedro que le faltaba lo principal por bendecir, que era á doña Maria Hidalgo su mujer, preñada de seis ó siete meses. Mostró en esto mayor dificultad, pero vencido de los ruegos, hízolo el Padre, más apenas la bendijo, cuando tomó la puerta para irse. Volvióse Pedro de Calderon á su muger y asustóse viéndola sobresaltada y encendido el rostro; la cual le respondió, que cuando la bendijo el santo Padre, le dió la criatura dos vuelcos en el vientre. Admirados todos, atribuyeron el desusado movimiento de la criatura al placer de recibir la bendicion del siervo de Dios, ó á reverencia sobrenatural, humillándose como pudo en las entrañas para recibirla dignamente. Algun rastro de semejanza ofrecen estos movimientos de veneracion y gozo con el del glorioso san Juan Bautista en las entrañas de su madre; pero dejando aparte las diferencias así de los efectos como de las causas, lo cierto es que el parto de aquella señora fué muy feliz, merced á las oraciones y bendiciones del santo Padre.

Uno de los ministerios en que trabajó más el P. Claver fué la asistencia de enfermos pobres, sin que ni las horas incómodas, ni los soles ardientes, ni las distancias grandes ni los achaques propios, fueran excusa ni le quitaran el gusto de acudirles. Llamáronle para visitar á un hombre casado y enfermo de peligro, y le dijeron para

prevenirle que estaba en casa de la manceba, herido del castigo donde cometió la culpa. Dispuso el Padre que llevasen al enfermo á casa de un hermano suyo, porque fuera muy sospechoso el arrepentimiento con el calor y á vista de la ocasion, y su muerte por lo menos murmurada de la gente. Asistióle el padre tres dias y tres noches que le duró la vida, y en tan breve plazo ajustó con tanto acierto sus cuentas con Dios, harto largas y enmarañadas, que recibidos los Santos Sacramentos murió con grandes esperanzas de salvacion.

Enfermó una pobre muger llamada Bernardina, á quien el santo Padre estimaba mucho por la devocion que tenia de amortajar á los pobres, y la fué inmediatamente á confesar, acompañándole Pedro Calderon que le dió la noticia de la enfermedad. No pudiendo éste sufrir desde la puerta el mal olor de aquel aposentillo estrecho y asqueroso en que estaba, maravillóse mucho de ver cuán despacio se estuvo el P. Claver consolando á la enferma, aun despues de confesada. El gozo de la visita fué para ella medicina de salud, porque desde aquel punto fué mejorando declaradamente. De vuelta, cayó tan grande aguacero que les obligó á entrarse en una casa; en cesando la lluvia, aunque las corrientes iban por la calle de pared á pared, quiso proseguir el Padre su camino. Decíale Pedro de Calderon que le habia de hacer notable daño andar por el agua estando ya tan viejo y achacoso; que él enviaria por una silla de manos, donde fuese acomodado y sin peligro. *No consentiré tal*, respondió él, *que el buen pescador no rehusa mojarse los piés*. Con todo esto la mandó traer, y no pudiendo rendirle á que de grado la aceptase, resolvió valerse de la fuerza, á que no pudo el santo viejo resistir. Lleváronle aunque muy contra su

voluntad en aquella silla, que fué tenida desde entonces con grande reverencia en casa de D. Pedro de Calderon.

Muchas veces, cuando algun enfermo pobre necesitaba del P. Claver para bien de su alma, ó alivio de su desamparo, acudia luego aunque no le llamasen, sin saber la gente por donde le venia la noticia. Y es que se la daban los ángeles por el gusto que recibia; ó que su corazon, todo puesto y enclavado en las necesidades de los pobres, siempre adivinaba donde y cuando padecian. Alonso Nicolás, de quien arriba dijimos, enfermó de una maligna comezon en todo el cuerpo, que le tenia envuelto en sangre y podre: pero aun le hacia más penosa la enfermedad, la violencia de los remedios, y la pobreza en que vivia. Entróle á visitar un dia el P. Claver, admirándose el enfermo de que sin aviso alguno hubiese atinado con una casa tan encubierta y con un hombre tan despreciado. Despues de haberle confesado, preguntóle su nombre y respondiendo que se llamaba Nicolás, díjole si queria ver á su Santo. Con mucho gusto, contestó, y sacando un libro de la faltriquera, en que traia una estampa de san Nicolás, se la mostró al enfermo. Habia en ella una tropa de demonios como huyendo á vista del glorioso Santo, pero tan feroces que le atemorizaron grandemente, disponiéndole con aquel saludable temor al aborrecimiento de sus culpas. Entró en tanto dolor y tan verdadero, que quiso hacer una confesion general de toda su vida, para empezar otra nueva y fervorosa. De estas imágenes y espectáculos usaba el siervo de Dios, y exhortaba que se sirviesen prudentemente los demás para mover á dolor y piedad á su auditorio. Acabada la confesion de aquel pobre hombre, le dejó el bienaventurado Padre una buena limosna, y de allí ade-

lante, mientras estuvo en cama continuó todos los dias en visitarle y socorrerle. Nunca tomaba asiento sino en el lecho del enfermo, aunque lleno de la sangre y materia que de sus muchas llagas le manaba; y como en estas, á fuerza de vencerse, halló tan gran regalo, no se podia contener en viéndolas, que no se arrojase á lamerlas una y otra vez, sin podérselo estorbar con importunos ruegos el enfermo, pasmado y confuso de tan espantosa caridad. Cuando ya podia valerse de sus piés, un dia que iba de puerta en puerta recogiendo limosna, le encontró el Padre, y yéndole á abrazar con gran fervor, rehusólo el pobre bajo pretexto que le lastimaria las llagas aun tiernas que llevaba en todo el cuerpo; pero viéndole en la pierna una tan podrida, que era ya alimento de gusanos, el bendito Padre que en su aprecio se tenia por gusanillo vil, puso en ella la boca para alimentar su devocion donde alimentaban su vida los gusanos. Cada dia venia este pobre á nuestra iglesia, y como andaba tan impedido, en entrando se levantaba el P. Claver de su confesonario vecino á la puerta, y tomándole de la mano, le ayudaba á ir á la capilla del santo Cristo, donde le dejaba para oir misa, y despues le daba siempre alguna limosna.

LIBRO CUARTO

VIRTUDES, MILAGROS Y SANTA MUERTE DE SAN PEDRO CLAVER

La fineza de la santidad se conoce como en piedra de toque en el ejercicio de las perfectas y sólidas virtudes. Ellas son, y no otros dones y prerogativas, las gradas por donde suben los escogidos á la union con Dios en esta vida y á su vision bienaventurada en el cielo. De la manera que las ropas reales que adornan la magestad y realeza pero no la constituyen, si las vistiera un vasallo, aunque le diesen gala y hermosura, no le hicieran rey; así los dones extraordinarios son adorno excelentísimo de la santidad, pero no constituyen la misma santidad. Las virtudes son las joyas verdaderas del alma, que no sólo adornan al que las tiene, sino que le levantan y estrechan en union íntima con Dios. En ellas debemos poner principalmente la atencion cuando leemos las vidas de los santos: pero nuestro gusto corrompido, aun en las cosas espirituales apetece más lo apacible y maravilloso que no lo macizo y provechoso,

y más buscamos cebo donde apacentar la curiosidad que materia de ejercicio é imitacion. Pues para atender á ambas cosas, pondrémos por remate un resúmen de las virtudes más heróicas y de los prodigios más grandes de este Apóstol, procurando no repetir lo dicho y tocar solamente las circunstancias más notables, por evitar prolijidad.

CAPÍTULO PRIMERO

CELO ARDIENTE DEL P. CLAVER POR DILATAR LA FE CATÓLICA, SU ESPERANZA Y GRANDE AMOR DE DIOS Y DEL PRÓJIMO

Entre las virtudes débese el primer lugar á las más nobles, que son las que miran á Dios derechamente por objeto, llamadas por eso teologales. ¿Y quién dirá el altísimo grado en que las alcanzó el santo P. Claver y el aliento con que las practicó? Vivió siempre de fe, como varon verdaderamente justo *(Hebr. 10)*, alimentando continuamente su alma con verdades eternas, sin admitir en su pecho los blandos engaños de esta vida, tan mentirosa como lisongera. Vivir en la fe es comun á todos los católicos, que creen los misterios y artículos que la Iglesia les propone; vivir de fe es propio de los perfectos, que gobiernan todos sus acciones por la luz y dictámenes de ella; y por esta norma gobernó san Claver todas las operaciones de su vida perfectísima. Escogióle Dios para Apóstol y Maestro de la fe que la predicase y enseñase á innumerables almas, y así le llenó el Señor de vivísimos resplandores para que pudiese instruir la rudeza de los gentiles, y vencer la terquedad de los moros y hereges con la eficacia del ejemplo, no menos que con la energia de la voz. El celo ardiente de propagar los do-

minios de la fe le sacó de España, con olvido total de comodidades y parientes; le llevó por dilatados mares, despreciando generosamente todos los peligros; le sacrificó á la tarea prolija de evangelizar por espacio de cuarenta años á los esclavos Negros, martirio lento en que si faltó el derramamiento de sangre, padeció trabajos inauditos bastantes á labrarle una corona inmarcesible. Con ser tantos los Negros que entraban cada año por el puerto de Cartagena, al P. Claver le parecian pocos, porque á su gran corazon todo el mundo era corto para rendirlo á Dios; y así, cuando los capitanes de los navios, que llamaban armadores, estaban de partida para las costas de Guinea, ardiéndole el rostro con el fuego de su celo, les decia, y lo mismo pedia á los superiores, que le llevasen á él y le dejasen en un cabo de aquellas costas, de donde podria hacerse paso á las provincias extendidas de los Negros, para reducirlas todas á la fe. Pero ya que no le permitian este desahogo, rogaba encarecidamente á los capitanes que tragesen á Cartagena muchos Negros; y porque se empleaban en esta obra, amábalos muy de corazon, y teníales repartidos los dias de la semana para hacer especial oracion por cada uno. Llamábalos sus queridos, y era tanto lo que los agasajaba, que cuando no sus propios intereses, sólo el amor y agradecimiento al P. Claver los obligaba á arrostrar los trabajos y peligros de la navegacion, para poderle presentar almas á millares, y entretener así ya que no hartar, aquel corazon siempre sediento de almas y conversiones.

Se interrumpió en gran parte el trato de los Negros, cuando el levantamiento de Portugal, á cuya corona pertenecian casi todos los puertos de Guinea. Aquí fué el

afligirse, aquí el deshacerse y abrasarse aquellas celosísimas entrañas, tanto que eran perpétuos los suspiros, exclamando á voces: *¡Ah! ¡quién se viera en las costas de Guinea, de Carabal y Arda, convirtiendo las almas de aquellos pobres Negros!* No paró en desearlo, sino que pidió con vivas instancias que le dejasen llevar el Evangelio á aquellas partes, esperando la corona del martirio. Como esto fuese imposible, intentó ir á los puertos de Caracas, Santo Domingo, Cumana, Maracaybo y Santa Marta, donde hacen escala los navíos que van á Cartagena, dejando en el paso muchos Negros: porque fiaba poco de la cristiandad de los que allí quedaban, con la experiencia de haber hallado á muchos sin bautismo, despues de haber estado algun tiempo en aquellos puertos. Queria recorrerlos uno á uno, para catequizar á todos sus Negritos sin que ninguno se perdiese, como el codicioso labrador que faltándole mieses en el campo donde jugar la hoz, recorre el suelo para ir recogiendo las espigas que se cayeron del manojo. Cerrada tambien esta puerta, se encaminó á las misiones; y, en la última llegó hasta Cotoca, vecina á Uraba, donde se hacian fuertes los idólatras con las armas y más con la ferocidad y la barbarie. Allí iba á entrar el santo P. Claver, con valiente resolucion, ó de rendir á la fe aquellos rebeldes corazones, ó de derramar su sangre en tan gloriosa demanda. Contentóse Dios con los deseos, quitándole la salud al tiempo que iba á ejecutarlos, no de otra suerte que á san Francisco Javier, cuando quiso romper el inexpugnable muro de la China para introducir el Evangelio, le llamó el Señor á recibir el galardon, por ventura más grande, por haber sacrificado su mayor deseo.

No es de maravillar este celo tan desasosegado y fer-

voroso por dilatar la fe católica, porque le ilustró Dios con luces tan vivas en los misterios de ella, que en trayéndolos á la memoria ó á la conversacion, quedaba como absorto en su grandeza. La víspera de la Encarnacion del Verbo eterno habiendo dicho Misa en casa de doña Ana de Porres y comulgado á esta Señora y á sus hijas, sacó un libro de estampas, y mostrando la de aquel inefable misterio, se puso á platicarles de él. Llegó á ponderar la deuda que debemos á la santísima Vírgen por su consentimiento en que se encarnase Dios en sus purísimas entrañas, acto que aventaja en valor los merecimientos de los Angeles y Santos; y fué tan copiosa la avenida de lágrimas, que hubo de interrumpir la plática. Cerró despues los ojos, atraido del afecto interior que poderosamente le llamaba, y vuelto el rostro hácia el cielo, quedó suspenso y arrobado por tan largo espacio de tiempo, que haciéndose ya tarde, fué necesario que el compañero le sacase violentamente de aquella elevacion. Lo mismo le sucedia con frecuencia en los demás misterios.

Hermana de esta fe era su esperanza, la cual prendió con tal firmeza en su corazon que le tuvo desasido de todo lo terreno y pendiente sólo de lo eterno. Del gran Bautista dijo gravemente san Gerónimo, que á ninguna cosa de este mundo se dignaba abrir los ojos que habia consagrado con la esperanza de ver á Jesucristo. Lo mismo cabe decir de los sentidos y potencias del santo P. Claver, cerrados á todas las cosas de la tierra y embebida toda el alma en los bienes eternos que esperaba. Efecto fué no sólo de su mortificacion sino de su esperanza aquel andar abstraido de lo terreno y suspirando contínuamente por el cielo; aquel conversar con los hom-

bres sin que nada de los hombres se le pegase al corazon, buscándolos únicamente para Dios sin divertirse á vanos cumplimientos. Sucedíale muchas veces ir á casas principales á confesar los esclavos enfermos, sin pasarle por la mente preguntar quiénes eran los dueños ni hablar con nadie á la entrada ó á la salida, sino en caso de no saber el aposento; y entonces en averiguándolo, no gastaba más razones. Con haber vivido tantos años en Cartagena, ni aun de nombre conocia á muchas personas de gran suposicion por su estado ó por sus riquezas. Estando de mision en la estancia ó heredad del capitan Rocha, llegó noticia de un caso que habia sucedido al capitan Alonso Cuadrado Cid, y refiriéndoselo al buen Padre, preguntó quien era Cuadrado: y por más señas que le daban, jamas cayó en la cuenta. Era este caballero uno de los hombres que hacia más ruido en Cartagena, Regidor de la ciudad, capitan de caballería, Provincial de la hermandad, el más rico de aquellas tierras, y en cuya casa habia estado el P. Claver innumerables veces al ministerio de los Negros; y con todo eso, ni aun su nombre le habia interesado. Cosa que aumentó grandemente en el capitan Rocha el concepto de su santidad, admirado de verle tan extrangero de la tierra donde vivia, y tan engolfado en el ministerio de las almas, que ninguna cosa le hacia impresion de las que brillan á los ojos del mundo. Más admirable es aún que no le movieran un punto las novedades que de España llevaban los galeones, más sabrosas y apetecidas en aquellas partes tan remotas. Jamás el santo Padre tuvo curiosidad de preguntarlas, ni paciencia para oirlas. Lo que preguntaba era si traian enfermos los navios, para acudir luego á su asistencia; y alguna vez si habia paz en la cristian-

dad, ó alguna nueva de edificacion; porque la esperanza le tenia tan connaturalizado con la patria de los escogidos, que desterró de su memoria la terrena. La firmeza de esta virtud le tuvo á pié firme tantos años en los inmensos trabajos que hemos visto, y constante hasta la muerte en los rigores de su espantosa penitencia.

Pero ¿quién podrá hablar de los incendios de su caridad para con Dios, sin abrasarse en la misma llama? Ardíale continuamente el corazon, y como pebete oloroso, se deshacia en la presencia de su amado. Este amor le traia dulcemente inquieto, con deseo de contentarle sin poderle satisfacer jamás. Recurria á martirizarse con sangrientas maceraciones, porque el primer blason y único alivio del amor es padecer; no daba tregua al trabajo, continuando las noches con los dias; andaba en busca de humillaciones y de oprobios, de que se alimentan los que aman; poníase á los piés de todos, hasta de los esclavos mismos, teniéndose por más vil que todos ellos: pero tantos rigores, trabajos, humillaciones y desprecios le parecian nada, porque sobrepujaban las llamas de su amor. Este amor le llevaba siempre tan enagenado de sí mismo, como embebido en Dios; y aun cuando andaba por las calles, se hallaba como en el yermo, retirado á la soledad de su corazon. El tráfago del mundo no penetraba en su espíritu, ni estruendo alguno ni accidente eran poderosos á llamarle afuera. Sucedióle en una ocasion, que habiéndose alborotado las mulas de un coche, partieron con él furiosamente calle abajo, hácia donde iba el santo Padre con su compañero. El estruendo grande que hacian, se redoblaba con las voces de los que gritaban que se apartasen; y allí sin duda pereciera si el compañero no cogiera en brazos al Padre y le retirara á

una tienda á toda prisa. Pero el santo varon iba tan absorto que ni oyó los gritos, ni advirtió el peligro, ni se informó de la ocasion de haberle entrado en brazos dentro de aquella casa. Este amor siempre encendido le sacaba razones ardientes, como caldeadas en la fragua de su corazon, con las cuales sentian enfervorizarse cuantos le escuchaban. Nunca habló que no pegase fuego al alma, nunca sus pláticas herian solamente los oidos, sino que traspasaban al pecho los ardores. Este amor finalmente fué el espíritu de todas sus virtudes, porque todas las ejercitaba amando, y por desahogar ó acrecentar su caridad.

Con el mismo amor que se ama á Dios, amamos tambien al prójimo, cuando Dios es únicamente la razon de amarle. Conócese esto claramente, cuando no nos llevan á amarlos nuestras conveniencias ó intereses; ni nos retraen ó entibian en él, agravios recibidos, ó ingratitudes á grandes beneficios. Del que tuvo este apostólico varon es testimonio la presente historia, en cuyas páginas está centelleando el fuego de su incomparable caridad. Amó á todo el mundo, por ser almas redimidas con la sangre de un Dios, y á nadie dejó de amar aunque le injuriasen; pues era más poderosa para amarle la sangre de que le consideraba como bañado, que las injurias con que le provocaba para dejarle de querer. Todo su gusto era trabajar en beneficio de los pobres, todo su anhelo vivir entre los esclavos, todas sus delicias hacer suyas las mayores miserias de la tierra. Los efectos de la más heróica caridad resplandecen todos en la de este fervorosísimo varon. ¡Qué misericordia en compadecerse de los atribulados! ¡qué celo en corregir las culpas! ¡qué solicitud en desterrar las ignorancias! ¡qué consuelos pro-

digaba á los encarcelados! ¡cuántas caricias á los enfermos! ¡qué cuidado en socorrer á los difuntos! Grande fué su caridad, ya se mida su altura en los motivos altísimos que le estimulaban; ya su longitud en la constancia con que la ejercitó sin quiebra tantos años; ya la latitud en la universalidad con que la ensanchó á todo linage de personas; ya finalmente la profundidad hasta penetrar con los beneficios en los senos de la tierra donde se purifican las almas con el fuego. Socorríalas con sacrificios, oraciones, penitencias y con toda la parte satisfactoria de sus buenas obras; aplicábales muchas indulgencias, y repartia gran número de cuentas, medallas y rosarios para que otros hiciesen lo mismo. Argumento es de lo que aliviaban á las almas del purgatorio los sufragios del santo Padre, el venir ellas mismas á solicitarlos. Un Negro enfermo que tenia el Padre en su misma cama y aposento, oyó á media noche lamentables gemidos y estruendo de cadenas. El temor le llevó al P. Claver que estaba arrodillado en oracion: *Padre mio*, le dijo, *¿qué ruido es este, que no me deja dormir de miedo?* A que le respondió: *Sosiégate, hijo, y vuélvete á la cama sin cuidado.* Ayudóle á ponerse en ella, y echóle la manta sobre la cabeza; y abriendo la puerta, se puso á razonar: no vió el Negro con quién ni de qué cosas, pero el silencio que siguió á las voces y ruido de cadenas, le persuadió que eran algunas almas que venian á pedirle el socorro de sus oraciones, como solian otras veces.

Otro Negro que trabajaba en un estancia ó heredad, andando por los montes de ella, oyóse llamar distintamente por su nombre de lo alto de un árbol; volvió los ojos á la voz; pero no viendo á nadie, huyó despavorido hácia sus compañeros. Mas, atajóle el camino un fan-

tasma agigantado, que poniéndosele al paso, con un látigo que parecia de caldeado hierro, dióle tan recios golpes, que fué mucho no acabar en ellos, y mientras le azotaba le decia: *¿Cómo no traes rosario? ¿cómo no traes rosario? No andes sin rosario, y rézalo por las almas del Purgatorio.* Despues de la cruda tempestad de los azotes, le ordenó que pidiese á la muger del capitan de aquella estancia cuatro pesos que le debia, y los entregase al Padre Pedro Claver para misas en beneficio suyo, y que le ayudasen con sus oraciones á salir más presto de las penas. Desapareció el difunto, y á las voces del Negro acudieron sus compañeros. Halláronlo más muerto que vivo, señaladas con quemaduras de fuego cuantas partes le cruzó el azote, y tan sin aliento, que á nada de lo que le preguntaban podia responder. Llevado á la estancia, y recobrado del susto, refirió el caso, bien indudable con el testimonio de las cicatrices, y de la muger del capitan, que confesó debia cuatro pesos á un Negro poco antes difunto. Dióselos al Padre Claver, el cual, informado de lo que pasó, hizo decir las misas y dió al Negro dos rosarios, porque no tuviesen ocasion las almas de repetir el tremendo castigo de los azotes.

CAPÍTULO II

SU ORACION ALTÍSIMA Y EXTRAORDINARIA DEVOCION

Despues de las virtudes teologales sigue en excelencia la Religion, cuyos actos internos son la oracion y la devocion, en los cuales sin duda fué excelentísimo nuestro Padre Claver. Bien sabia que la devocion sin la oracion es cosa postiza y pasagera; porque como no sea otra cosa devocion que aquella voluntad pronta y dispuesta á todo lo que es servicio de nuestro Criador, necesario es que proceda de lo que medita ó contempla el entendimiento. Por esta causa, la devocion del santo Padre parecia la de aquellos abrasados serafines que vió el profeta Isaias *(Is. 6)*, con las alas del corazon siempre desplegadas en ademan de volar, para seguir en todo el ímpetu del Espíritu; porque su espíritu contemplaba siempre de hito en hito la Soberana Magestad de Dios, no con la claridad de los bienaventurados, pero con la que permite la mortalidad de esta carne á un alma que levanta el Señor á sus abrazos. No es de extrañar que estuviese tan vivo siempre el fuego de la devocion, en quien la contemplacion era tan continua y tan perfecta. El grado á que llegó el santo P. Claver, y los regalos con que Dios le favoreció en este ejercicio, túvolos siempre para sí; mas podémoslo rastrear por algunas congetu-

ras. Porque, si se miran las disposiciones que purificando el espíritu le habilitan para contemplar, ¿en quién se hallaran más perfectamente que en el bendito Padre? ¡Qué pureza de vida! ¡qué rigor en las penitencias! ¡qué mortificacion de pasiones! ¡qué sentidos tan refrenados y compuestos! ¡qué sufrimiento en los trabajos! ¡qué olvido de la tierra y qué aborrecimiento de sí mismo! Si atendemos á las muchas horas que daba á la oracion, es imposible moralmente que por tantos años perseverase en ella, si no le sustentaran las brazos de una contemplacion muy alta. Si á los efectos que en él se veian, no eran de los que se hacen por industria propia, sino de los que se padecen, obrando Dios en el alma poderosamente como dueño: suspensiones, enagenamiento de sentidos, arrobamientos y vuelos de espíritu que arrebatan hácia el aire la pesadumbre del cuerpo. En su última enfermedad habiéndose levantado una noche á su oracion, le halló Diego Fulupo que le asistia, vara y media elevado del suelo, dobladas en el aire las rodillas, fijos los ojos en un Crucifijo que tenia en la mano izquierda, y la derecha sobre el pecho, conservando la postura en que le cogió la fuerza del arrobamiento. Pasmado Diego y dudoso si llamaria á los religiosos y á otros compañeros suyos, no se atrevió por el temor de disgustarle, y aguardó á que volviese del rapto para ponerle en su pobre cama. Pidióle palabra el humildísimo varon que á nadie lo diria, y así lo cumplió, hasta que muerto el Padre lo depuso en el proceso. Pues aquella vista de su espíritu que penetraba las necesidades y peligros de los ausentes, y se extendia á los sucesos por venir, y veia lo secreto de los corazones, es abonado testimonio de cuán adentro le admitia Dios en su divino trato, pues le daba tan frecuentes ilustraciones.

Pero el finísimo amante de la Cruz tenia sus delicias en padecer más que en gozar, y el humilde de corazon no buscaba sino á Cristo humilde, de suerte, que desasido completamente de aquellos sobrenaturales regalos, conservaba el alma en una perfecta desnudez. Levantaba Dios su alma y la anegaba en aquel inmenso piélago de soberanas luces, penetrándola del fuego de su amor como si fuera un rayo de aquel divino Sol; y el Padre aún tomaba los puntos de meditacion, por reglas de los principiantes, juzgando que no habia pasado de las primeras lecciones, y que no merecia ningun linage de regalos. Todas sus delicias era la Pasion de su Redentor y la puerta por donde siempre entraba en su oracion. Abria para ello un libro de estampas devotísimas, fijando los ojos en el misterio que contemplaba, para que enterada el alma por los sentidos de las circunstancias del paso doloroso, se abrasase más en amor de su Jesus; y premiábale Dios levantándole el espíritu de la consideracion amarga de sus penas á la sosegada contemplacion de su divina Esencia y atributos, donde quedaba sumido el corazon abrasándose en amorosas llamas. En esta fragua encendida recibió el temple que hubo menester para sobrellevar tantos trabajos y fatigas naturalmente insufribles; y era tan contínua su oracion que nunca perdia de vista á su Amor Crucificado. Con la costumbre de mirarle siempre, aun cuando dormia le estaba enamorando y requebrando con ternísimas aspiraciones y suspiros. Pero cuántas eran las horas de oracion retirada no ha podido averiguarse. Solia decir el P. Sebastian de Murillo, que no sabia cuando interrumpia su oracion, porque siempre le hallaba orando, por extraordinaria que fuese la hora en que entrase en su aposento. Abria sin llamar,

con la autoridad de Rector, y unas veces le encontraba con la corona de espinas clavada en la cabeza, otras con una soga al cuello ó puesto en Cruz, y siempre tan suspenso, que por no romperle su enagenamiento, se retiraba sin hablarle. Así meditaba el santo Padre, vestido del trage que miraba en Cristo, imprimiendo en el alma y señalando en el cuerpo las penas y tormentos de su Amado. Temeroso de los truenos que sobre todo de noche suelen estremecer á Cartagena, se acogia el H. Nicolás Gonzalez á la celda del P. Claver, reconociendo en su virtud la salvaguardia de todos los peligros; y nunca el Padre le sintió entrar, absorto siempre en su oracion. Deshecha ya la tempestad, salíase el Hermano, dejando al bendito Padre siempre inmoble en la quietud de su contemplacion altísima. El sueño que tomaba era muy breve de dos ó tres horas; oraba el resto de la noche, quejándose del sol porque venia tan pronto á interrumpirle. Por más que reprimia los amorosos sentimientos de su espíritu, se vertian en copiosas avenidas de lágrimas, con que tenia los ojos todo encendidos y hechos sangre de tanto llorar.

A la virtud de la religion pertenecen asimismo los actos interiores y exteriores con que adoramos á Dios, reverenciamos sus misterios y honramos á los santos. El bienaventurado P. Claver, perfectísimo modelo de esta virtud, siempre que se ponia á rezar las Horas Canónicas, consideraba atentamente la suprema Magestad á quien habia de tributar aquellas alabanzas; y para ser más acepto á los divinos ojos, se adornaba con las insignias de la Pasion de Cristo: la soga á la garganta y la corona de espinas en las sienes. ¡Con cuánto agrado miraria el Eterno Padre aquel devotísimo retrato del Hijo

en quien tiene sus complacencias, más conforme con él por la semejanza del alma que por el trage doloroso que vestia! Hincadas las rodillas en la tierra, y el corazon en el cielo, y despidiendo vivos resplandores que le retocaban el semblante, con voz pausada y tierna decia su Oficio, dando su tiempo á cada Hora con puntual observancia, con santo fervor y devocion que la pegaba á cuantos le veian. Y aquellas insignias de dolor no eran afectacion postiza, sino fuerza de un pecho enamorado que viste los colores y galas de quien ama. Y es cierto, que no tuvo otro regalo que la Pasion sagrada de Dios-Hombre. No sabia hablar de otra materia, y apenas entraba en ésta, todo era lágrimas, suspensiones, deliquios é incendios de amor. Parecíale á un religioso que le trató familiarmenre muchos años, que traia grabados en el pecho los instrumentos de la Pasion y en medio de él á Cristo crucificado; lo averiguado es que los llevaba estampados en su vida, toda sellada con desprecios, con penas, con asperezas y rigores nunca vistos. Aunque comunmente tenia el rostro macilento por la penitencia, pero en Semana Santa se mostraba tan inmutado, tan pálido, tan enflaquecido y dolorido por el mal tratamiento y crueldad que usaba con su cuerpo, que como una imágen de Cristo paciente, no podia mirarse sin un devoto espanto. Conocíansele entonces unos vehementísimos deseos de que todo el mundo y hasta las criaturas insensibles hiciesen sentimiento por la muerte de su Criador, y quisiera que todo en aquel tiempo se cubriera de luto y de tristeza. Doblábase las penitencias, que siendo las que despues veremos, parece imposible que pudieran doblarse. Pasaba aquellos dias como extático, y lo mismo le sucedia los viernes de entre año en que au-

mentaba sus rigores. A horas avanzadas de la noche, porque no le viesen, con la soga al cuello, la corona en la cabeza, una mordaza en la boca y una pesada Cruz á cuestas, andaba por los tránsitos de casa, contemplando en el amargo camino del Calvario, y castigándose al paso con recias disciplinas. Sorprendióle entre otros un seglar recogido en el Colegio, el cual despertó una noche al estruendo de unos azotes tan terribles que le hicieron grima. Oyó luego que abrian la puerta de una celda, y vió pasar por delante de la suya al santo Padre en la forma y ejercicios que dijimos. La oscuridad, el silencio, los golpes y aquel espectáculo lastimero le dejaron tan compungido que no pudo otra vez tomar el sueño. Cuando creia no ser visto ni oido, exhalando un suspiro muy profundo: «*ay, Jesus mio*, decia, *Jesus mio, yo te amo mucho, mucho, mucho.*» Habia sacado de las obras de san Bernardo tiernas meditaciones de las llagas que padeció Cristo nuestro Redentor en todos sus miembros, y teníalas en un cuadernito todo borradas del frecuente uso y de las lágrimas que sobre él vertia. Cada dia saludaba aquellas santísimas llagas una á una con ternísimos afectos, haciendo su guarida ya en una ya en otra, principalmente en la del corazon, sin poder arrancarse de su Amado. No se le podia hacer gusto igual que mostrarle alguna imágen de la Pasion, con cuya vista se regalaba maravillosamente, bastándole esto para emprender cualquier empresa y endulzarle la amargura de cualquier trabajo. Fue celosísimo de que no faltase á los enfermos alguna imágen de Cristo crucificado, y para este fin mandó hacer algunas muy devotas aunque pobres; y donde no la habia, dejaba el suyo propio para consuelo de los enfermos.

En el angustísimo sacramento de la Eucaristia, memoria viva de la pasion de nuestro Redentor, tenia el Padre Claver todas sus delicias y recreo. No se puede ponderar lo que sentia su corazon con la real y verdadera presencia de su Dios sacramentado. Penetrando con la viveza de su fe lo que encubren los accidentes, y considerando que la Humanidad santísima de Cristo, la divinidad una en la esencia y trina en las personas, la magestad, la omnipotencia, la hermosura infinita de Dios y todos sus atributos están en este admirable, tremendo y venerabilísimo sacramento del Altar, subian las llamas de su amor y se abrasaba en incendios su pecho endiosado. Encarecia con lágrimas la grandeza de este beneficio, y cómo el mismo Dios, que visto claramente, sólo es para los que viven en el cielo; Dios sacramentado, solamente es para los que vivimos en la tierra: y si visto allá se lleva todos los amores de los celestiales cortesanos, ¿por qué sacramentado no ha de llevarse todos los amores de los que peregrinamos en el mundo? Amenle sin cesar los bienaventurados en el cielo donde le poseen por vista clara; y ámenle sin cesar los viadores donde le tienen por certidumbre de fe. La del P. Claver era tan viva, y tan grande el impulso de su amor hácia su Dios sacramentado, que siempre se desasia de él con violencia. Allí asistia dia y noche cuantas horas le dejaban las ocupaciones precisas, y allí pasaba lo más del tiempo de oracion. Sobre esto, le hacia frecuentes visitas breves pero fervorosas; y aunque no pudiese valerse de los piés como en su última enfermedad, habian de llevarle en brazos á visitar á su Señor. Por cuantas iglesias pasaba habia de entrar á saludarle, y lastimábase tiernamente de que habiéndose Dios avecindado entre nosotros, le tuviésemos tan des-

conocido ó desestimado, y desiertos los templos, cuando las plazas se pueblan de ociosos, y las diversiones arrastran los concursos. Érale de intolerable dolor que poniéndose Dios en el divino Sacramento para vivir y morar en los corazones de los hombres, hubiese tanto desamor ó descuido en recibirle. Esto le obligaba á salir por las calles las vísperas de las grandes festividades y jubileos, exhortando á todos á la comunion del siguiente dia; esto á trabajar incansablemente en apercibir á los rudos Negros para tan soberana mesa; esto á procurar que en sus enfermedades peligrosas se les diese el Viático, y porque la indecencia de los alojamientos podia ser dificultad, él mismo los barria y aseaba, y perfumaba con olores, y para adorno de la cama llevábales una colcha de seda que tenia de limosna para estos casos.

No le faltaron persecuciones contra este su dictámen, reprobando muchos que admitiese á los Negros á la comunion y más á la frecuencia de ella, siendo gente tan bozal, asquerosa y horrura de la naturaleza. Notábanle de ligero y que se guiaba más por impulso de piedad, que por reglas de discrecion y ciencia; de tal suerte que pasó á conversacion del vulgo, lo que empezó por censura de hombres que, satisfechos con la opinion de doctos, se miran con derecho para juzgar de todo antes de averiguarlo. El humildísimo P. Claver, aunque podia ser maestro de todos en lo tocante á los ministerios que manejaba, ya por los estudios de largos años y prolija experiencia, ya por la luz del cielo que le asistia, calló entonces; pero no de manera que se rindiese su constancia ó quedase oscurecida la verdad. No era tan fácil en admitir los Negros á la sagrada comunion que no excluyese á los incapaces; *y si son brutos y bozales*, les decia, *mi*

trabajo me cuesta el desbastarlos; y si asquerosos, la fealdad del cuerpo no mancha al alma, sino la culpa, que tambien en cuerpos hermosos se esconden á veces almas muy hediondas; y si son horrura de la naturaleza mirados por defuera, dentro están hermoseados con la gracia. Pues ¿qué razon hay, exclamaba el siervo de Dios, *para que siendo cristianos, no cumplan con los preceptos de la Iglesia, ni gocen del beneficio del aquel soberano Sacramento, cuyo blason es alimentar á los pobres y comunicarse á los humildes?* Al fin el santo Padre Claver explicó su dictámen con razones tan sólidas y con doctrina tan maciza, que nadie se atrevió á contradecir; y cuán acepto fuese á Dios nuestro Señor veráse por el suceso que sigue. Hablando una religiosa de calificada virtud con cierta persona muy grave por su religion y letras, vínole á tratar de la gran fama de santidad con que resplandecia el P. Claver en Cartagena; y como las alabanzas agenas empalagan á los imperfectos, si no las razonan con el agridulce de alguna tacha, respondió el religioso, que veneraba su virtud, pero que le desagradaba la facilidad en conceder la comunion á los Negros. Dióle pena á la religiosa oir aquel parecer de persona de tan cabales prendas, y con el escrúpulo de haber oido sin contradecir, se fué á tomar el sueño acostumbrado. En él se le aparecieron entrambos; el P. Claver en pié, rodeado de hermosos resplandores, y el religioso arrodillado en su presencia, en ademan de pedirle perdon por haber querido poner sombras en su inmaculada santidad.

Porque nadie quedase sin misa en dias de precepto, previnose con licencia para decir dos en dias de Corpus ó Autos de fe, ó cuando el número de las armadas era grande. Decíala el último, y tenia avisado al sacristan en

estos dias, que si despues de haber alzado entraba gente, no le diese las abluciones, para que entendiese que debia celebrar segunda vez. Por muchas que fuesen las ocupaciones se retiraba media hora antes de subir al Altar, y entonces examinaba severamente su conciencia, y se deshacia en la contemplacion de aquel gran Dios que habia de bajar á sus manos y entrar en su mismo pecho. Cada dia se reconciliaba inviolablemente con gran copia de lágrimas, y desde que entraba en la sacristia hasta haber dado gracias, nadie por mucha autoridad que tuviese, se atrevia á hablarle, porque sabian que reservaba únicamente su atencion para los sentimientos interiores. Vestíase los ornamentos sagrados meditando en cada uno la insignia de la Pasion que significaba, ayudándose de todo para acrecentar su devocion; la cual era tan grande en el tremendo sacrificio, que muchas personas por la que sentian de solo verle, se consolaban de oir su misa, especialmente en tiempo de Pasion, en las festividades de Cristo y de su Madre santísima, en que le salian llamas y resplandores por el rostro, sosteniéndose más que en suelo con la fuerza de su espíritu. Fué exactísimo en las ceremonias y rúbricas más delicadas, y media puntualmente el tiempo de la misa segun lo dispuesto por la regla, procurando llenarlo y no exceder, que en el religioso la misma devocion ha de ser sin resabio de propiedad. En la accion de gracias, que duraba cuando menos media hora, hincaba la consideracion en la distancia infinita de su bajeza á la Magestad que habia recibido; y pasmado del amor inmenso que humilló á Dios á unirse con tan vil criatura, se confundia su alma y se abrasaba de amor. Aquí eran los suspiros y palpitaciones hasta desfallecer; aquí reconociendo su pobreza

clamaba al Señor de las virtudes, que tenia consigo, que le enriqueciese con ellas para darle posada menos ruin; aquí recurria á la Madre de las misericordias, pidiéndola le quisiese dar, siquiera de prestado, alguna partecita de aquel adorno con que preparó hospedaje al Señor en sus limpísimas entrañas. Y siempre daba gracias en la capilla de la vírgen del Milagro, donde celebró la primera misa; porque este santísimo varon mamó con la leche de la devocion á la Reina de los ángeles, y aumentóla con el trato familiar del santo Hermano Alonso Rodriguez, hijo tan regalado de esta gran Señora; y la perfeccionó con la imitacion de sus virtudes, mirándose contínuamente en ellas, fineza que estima sobre todas nuestra Madre santísima. Tenia para esto un librito de meditaciones con la historia de su vida, y al fin de cada misterio una estampa de él, compañero inseparable que llevaba siempre en el pecho, para poderle mirar á todas horas. Al solo abrirle, suspendíase en amor de su dulce Madre, y le saltaban al rostro las centellas del corazon. Al salir de casa y al volver, despues de saludado el santísimo Sacramento, hacia oracion á la capilla de la Vírgen; á la salida, pedíale favor para hacer bien su ministerio, y á la vuelta le daba las gracias de lo que con su mediacion habia obrado; y fué esto costumbre inviolable, en que nunca se dispensó por muchas veces al dia que hubiese de salir. Celebraba con singular ternura sus festividades, empezando desde la vigilia á honrarla con variedad de obsequios, ayunos, penitencias, convocacion del pueblo á los sacramentos de la confesion y Eucaristía, para que todos las solemnizasen con pureza de alma. Confesaba por la tarde á los niños de las escuelas, para estampar en ellos como en cera blanda el amor á nuestra Señora.

Estos dias hacia traer de casas ricas y piadosas abundante comida; y acabadas las funciones de la Iglesia, repartíala por su órden: parte enviaba á los pobres de San Lázaro con banda de música que los alegrase, parte guardaba para los pobres que acuden á la portería. Teníales preparada limpia y aseada mesa, dábales en ella el primer lugar, reservando para sí el último de que se juzgaba indigno, porque veneraba en cada pobre la imágen de Jesucristo. Empezaba con los platos la música de ministriles y dulzainas, servíales el bendito Padre y comia entre aquellos mendigos con más gusto y regalo que si estuviera en la mesa del mayor monarca. El jueves Santo les hacia el mismo agasajo, precediendo el lavatorio de los piés. Al fin de la comida, los exhortaba á la devocion amorosa y entrañable á la santísima Vírgen, guardando, como él decia, el plato más dulce para postre. Deseó vivamente que se imprimiese esta devocion en los corazones de todos, y hablaba tan altamente de las grandezas de esta Soberana Reina, que nadie le escuchaba que no quedase herido de su tierno amor. Innumerables son los rosarios que repartió en el discurso de su vida, á fin de que todos lo llevasen consigo y ninguno dejase de rezarle: además de los muchísimos que daba en las cárceles, hospitales, en el confesonario y siempre que se ofrecia la ocasion, el proveer á los Negros que cada año venian á Cartagena era negocio de nueve mil y más rosarios. Para abastecerse de ellos, hacia traer á sacos una frutilla, que secándola servia de cuentas, sin ser menester más trabajo que agujerearla. Cada dia hacia varios servicios á su Madre santísima, y entre otros el saludarla cada hora con una Salve, suplicándola humildemente que le guardase de culpa en aquel espacio y

no alzase mano de su maternal proteccion y le enriqueciese con la preciosísima joya de su amor. Túvole muy particular con los misterios de su Concepcion y Asuncion; con el primero porque le enamoraba su inmaculada pureza, y con el segundo porque salia de sí de regocijo considerando la gloria de su Reina y Madre.

Resplandeció mucho su devocion para con los otros Santos, y tenia repartidas las horas del dia y de la noche por veinte y cuatro de ellos, para que en ninguna de ellas le faltase especial abogado, á los cuales rogaba tiernamente que le librasen de la más leve culpa con la eficacia de su intercesion. Al santo Angel de su guarda amó perpétuamente como á su luz, guia, patrocinio y amigo fidelísimo; á S. Pedro como á su Patron, cuya memoria tenia grabada en su nombre y apellido, porque Claver en lengua catalana suena, el que tiene las llaves; y como san Pedro tuvo las del cielo, así le alcanzó de Dios una especial gracia para abrir los corazones y llevar almas al Paraiso celestial. A san Ignacio honraba como á Padre, mostrándose ser hijo verdadero en la imitacion y perfecta semejanza de todas las virtudes. Traia consigo la medalla del santo Patriarca, que solia aplicar á los enfermos ó poseidos del mal espíritu, y obró por este medio grandes prodigios, gozándose el bienaventurado Padre de ver que se establecia y propagaba la devocion del Santo entre los fieles.

CAPÍTULO III

SU CONTÍNUA MORTIFICACION Y ESPANTOSA PENITENCIA

La mortificacion y la oracion son las dos alas con que se vuela en el camino del espíritu, y el que pretendiese subir con una sola, tenga por cierta la caida. Porque la oracion que no se mortifica es sospechosa, y la mortificacion que no ora no puede ser verdadera ni constante. Segun dos conceptos puede mirarse la mortificacion, ó como disposicion para contemplar, ó como efecto del amor divino, en que se enciende el alma contemplando. El que emprende el camino de la perfeccion debe mortificarse, para llegar á la cumbre de ella, que es la caridad y amor de Dios; y el varon perfecto se mortifica tambien para desahogar los incendios de su amor. Del que abrasó al santo P. Pedro Claver es argumento su mortificacion y penitencia, tan espantosa, que le hacen admirar como un prodigio del amor y de la gracia. Vivió siempre con fervorosas ansias del martirio, y para ensayarse hízose tirano de sí mismo, maltratándose con tan sangrientas asperezas que no sólo excedieron á los tormentos de los mártires en la duracion, pero los igualaron en el rigor y violencia. En nada se dió gusto, y en cuanto pudo se dió siempre pesadumbre, porque se aborrecia muy entrañablemente. Hállase entre sus apunta-

mientos uno que dice: *Para imitar á Cristo nuestro Señor en el amor y celo de las almas, hemos de perseguirnos á nosotros; y para ser suyos, hemos de dejar de ser nuestros: y esta persecucion de nosotros mismos ha de ser no dándonos lo que queremos, convirtiendo lo amargo en dulce de todas las adversidades que nos vengan de Dios. No hay otro camino para la Vida ni más alto ni más seguro, ni cosa á Dios más acepta que padecer de buena gana por Cristo.* Con estos dictámenes impresos hondamente en el corazon, publicó una guerra implacable contra sí, persiguiéndose á sangre y fuego, siempre desnuda la espada de la mortificacion, como se verá en el tratamiento que hizo á todos sus sentidos.

Traia tan ceñidos y enfrenados la vista y el oido como si fuera sordo y ciego, venciendo el apetito insaciable que tienen los hombres de ver y oir. Y comenzando por los ojos, los llevó siempre tan compuestos que nunca les alargó la rienda para contemplar objetos curiosos ó apacibles. Comunmente clavados en tierra, raras veces los alzaba para mirar á nadie, lo cual pudiera parecer descortesia si no le disculpara su virtud. Y si justamente se alaba el recato de aquel solitario de Egipto que en cincuenta años no vió rostro de muger, ni aun de su madre que fué á visitarle, más es de maravillar que en cincuenta y dos años que vivió el P. Claver en la Religion guardase en medio de innumerables gentes y concursos, el mismo recato que aquel anacoreta en los yermos de la soledad. Si salia al campo, que era por milagro, no esparcia la vista por los prados y verduras que podian deleitarla; y lo que pone más admiracion, ni aun los adornos del altar miraba cuando en las grandes fiestas se solia engalanar, aunque siempre daba las gracias al sacristan

por el trabajo que habia puesto en componerlo. Cuando en las escuelas del Colegio se representaba Diálogo ó se hacia otra fiesta de regocijo, íbase el mortificado Padre á solazarse con los leprosos de S. Lázaro. Pero lo que excede toda ponderacion es que en tantos años de vivir en Cartagena, jamás vió entradas ni salidas de flotas ó armadas, pudiendo gozar de aquel espectáculo con sólo asomarse á la ventana de su celda, desde donde se miraba libremente todo el puerto. Viva mortificacion que sólo aquel sabrá debidamente apreciar que se forme idea de los deseos con que aguardaban entonces, y el universal regocijo con que se recibian las armadas. Si en esta vida hay dia alegre, si en este destierro hay vista de alborozo, era sin duda cuando entraban por aquella bahia, vencidos los riesgos de su largo viaje, las naos españolas. Desplegábanse entonces las banderas en las torres y castillos, hacíanles salva las campanas de las iglesias, saludábanlos los clarines con su armonía, los tambores con sus redobles, la artillería con su estruendo. En órden y de gala salia la milicia al solemne recibimiento, y con ella el brazo eclesiástico, los religiosos y la nobleza, y derramábase toda la ciudad por la ribera: en fin, no habia oficial que no alzase mano del trabajo, ni tullido ó estropeado que en alas del placer no corriese hácia la mar; unos á dar la bienvenida á sus amigos, otros á tomar las mercaderías que les traian, otros á vender bastimentos y vituallas, aquellos á recibir las dulces cartas de la patria ó las nuevas de sus deudos y parientes, y todos á saber lo que en España pasaba, lo cual se apetecia como el vivir; ó al menos á entretener la vista con la grandeza de las armadas, con la bizarría de los bajeles, hechos un jardin de flámulas y gallardetes, con el bullicio de la

marineria y con la confusion y alborozo del concurso. Nada de esto pudo recabar que el santo P. Claver, saliese ni una vez á la ventana de su celda en más de cuarenta años. Constancia y mortificacion acaso sin ejemplo. En lo que apacentó su vista insaciablemente fué en miserias, en llagas y en horrores de Negros y leprosos.

Entre los sentidos el del oido es el menos dueño de sus operaciones, teniendo muchas veces que escuchar lo que no quiere, con cierto linage de servidumbre á los objetos. De esta servidumbre los redimió el P. Claver privándoles de toda noticia placentera y abriéndolos solamente á lo que conducia al servicio de N. Señor y bien de las almas. En las conversaciones de otras materias ó curiosas ó indiferentes, se recogia de suerte á lo interior que no le quedaba atencion para lo que sonaba de fuera; y porque tal vez esas pláticas no le cogiesen desapercibido, traia los oidos pertrechados con algodon, á título de remedio, no siendo á la verdad sino defensa. Si alguna vèz cantaban en casa músicos de España, celebrados por la destreza ó por la voz, jamás queria oirlos, y aunque tenia particular contento de que las fiestas de la Iglesia se solemnizasen con alegre orquesta, nunca gozaba de ella, porque entonces ocupaba y suspendia el alma en la contemplacion del cielo, por negarse á cuanto en la tierra pudiera darle gusto. Cuando llegaban Padres y Hermanos huéspedes, era necesario avisárselo, porque andaba tan arrobado en Dios que no lo advertia; y en habiendo cumplido con los oficios de la perfecta caridad, y abrazádolos y dádoles la bienvenida, no preguntaba de donde venian: ni á dónde iban, ni á qué empleo ó negocio, reprimiendo los primeros asomos de natural curiosidad. Además de prohibir á los oidos cuanto pudiera

recrearles, los trajo continuamente atormentados con las confesiones de los Negros, las cuales si le daban mucho que sufrir por la ignorancia de aquella gente hasta desbastarla, mucho más le molestaban los términos harto soeces con que declaraban sus culpas y liviandades, tormento mayor del que se puede encarecer á los castos oidos de varon tan puro.

No fué menos rigurosa la mortificacion en el olfato, al cual jamás aplicó cosa de recreo; nadie le vió una flor en la mano, ni andando entre la hediondez de los Negros y enfermos contagiosos, usó de preservativos olorosos; y si los hallaba prevenidos en alguna pieza de los esclavos cuando los iba á confesar, decia á los criados, que se los llevasen á sus amas, porque allí no eran necesarios. Solia decir que le confortaba el olor de los Negros, el cual es tan insoportable que marea á todos con mortales bascas. Entrando á confesar á uno de ellos, entró en pos del santo Padre una esclava rogándole se detuviese un poco mientras limpiaba el aposento. *Bueno está,* respondió; y no la permitió que sacase un gran monton de parches que estaba á los piés de la cama, ni el vaso de inmundicias de la cabecera, hasta que despues de haberle confesado y padecido aquel insufrible hedor, la ordenó que desembarazase luego el aposento, porque no dañase al enfermo. Ningun mundano regaló su olfato como lo mortificó el bendito Padre con cuanto pudo darle pesadumbre. ¡Qué asistencia tan larga á los enfermos más asquerosos, á los leprosos más horribles, á las llagas de más intolerable corrupcion, pegando á ellas el rostro, porque nada se le perdiese de aquel olor más precioso en su estimacion que el ámbar y el incienso!

El gusto fué sin duda uno de los sentidos con que

grangeó más merecimientos, porque no parece que lo recibió para regalo de la naturaleza, sino para ejercicio de mortificacion. Comparado lo inmenso que trabajaba y lo poco que el santo comia, se admiraron todos que viviese sin milagro. No excedia la cantidad de sus comidas á la de una colacion módica y escrupulosa, tasa rígida en un varon apostólico que sudaba sin cesar en la tareas de sus trabajosos ministerios. Nunca probó comida ni bebida de regalo; y si le importunaban en ocasion de Pascuas que probase algun dulce, excusábase el santo Padre con que le hacia escupir mucho. La abundancia habia hecho ya costumbre el chocolate, pero ni esto ni el habérselo ordenado en calidad de medicina por la flaqueza de su estómago, bastó nunca para que lo gustase ni una vez. Negóse á todo género de frutas, así las verdes que se dan en la tierra, como las secas que se llevan de España. En una recreacion cogieron dos Hermanos un hermoso racimo de uvas, y presentáronlo al P. Claver, instándole vivamente que lo comiese. No hubo reducirle, hasta que uno de ellos, con sentimiento de que no admitiese aquel agasajo, le dijo que más les edificaria dejándose vencer que mostrándose tan inexorable. Esto le obligó á tomar dos granos y echarlos en la boca, añadiendo que eran las primeras uvas que probaba en aquella tierra. Así pudo satisfacer el ageno gusto, sin quebrantar la mortificacion, antes realzándola con el esmalte de la fraterna caridad. Su racion ordinaria era un mendrugo de pan, que recogia de las mesas y aun pidió trocarlo por el maiz, un pedazo de plátano, y cuando se hallaba muy desfallecido bebia un poco de caldo. Carne jamás la comia, porque la reservaba siempre para los enfermos pobres. Ninguna fiesta en que se diesen platos extraordi-

narios le sacaba de su costumbre ni apartaba de su dictámen harto rígido, de que las festividades más solemnes se habian de celebrar con más penitencia y no con más regalo. Los presentes que le hacian muchas veces, repartíalos á los demás, mortificando su gusto y agasajando á los otros; que es condicion de la verdadera virtud, ser blanda con todos y rigurosa sólo para sí. Todo el tiempo que residió en Cartagena, dijo siempre la última misa sin dispensarse jamás, como depusieron los testigos, los cuales juzgaron el no desayunarse hasta aquella hora por ayuno rigurosísimo, en una region donde los calores postran las fuerzas si no se reparan con algun alimento á la mañana. Este rigor le trajo repetidas veces hasta desmayar; pero nunca en esas ocasiones ni dentro ni fuera de casa, se pudo recabar de su constancia que admitiese ni un trago de agua por no privarse de la misa. Nadie le vió fuera de los tiempos de la comida y cena, ni tomar un bocado ni, lo que es más en un clima abrasador y en cuarenta años de apostólicas fatigas, el leve refrigerio de beber ó enjuagarse la boca alguna vez. La bebida del agua era muy limitada y sin más frescura que la que daba el tiempo, por cierto muy ardoroso en general. Escogia de ordinario el lugar postrero de la mesa, para experimentar menos el cuidado de los que sirven. ¡Cuántos dias enteros pasó en el hospital sin más desayuno que las ablnciones de la misa! ¡Y cuántos en el de San Lázaro sin más alimento que el que comia en un mismo plato con los leprosos!

Estuvo muy lejos de saborear las viandas con linage alguno de sainete, tan vulgar allí como la sal, por la necesidad de avivar con esto el apetito en tierra de tan excesivos calores. Las salsas del bendito Padre eran ce-

niza y agua con que desabria las viandas, ó bien las hojas de cierta yerba como ajenjo con que las amargaba, á título de que le confortaban el estómago: que si la naturaleza hizo sabrosos los manjares por la necesidad de alimentar la vida temporal, el mortificadísimo Padre los hacia desabridos, para alimentar su vida de Cruz con desabrimientos y amarguras. No perdia lance de dar á su gusto pesadumbre, como se vió en un caso que le sucedió con el H. Manuel Rodriguez; el cual apenas pudiera creerse, á no asegurarlo con juramento el mismo Hermano. Pidióle el Padre un adobo ó conserva de aceitunas, porque penetró con luz del cielo que habia de servirle de tormento. Sacólo el Hermano de una vasija de barro, y presentóselo en un plato; y el santo Padre deshaciendo en sopa un pedazo de pan, comióselo con tal sabor que fué maravilla en su mortificacion y compostura. Dióle despues las gracias al Hermano, diciéndole que estaba famoso. A la siguiente noche pidióle de las mismas aceitunas, le repitió las gracias, celebrando siempre lo sabroso y delicado del adobo. Púsole con estas alabanzas ganas al Hermano de probar las famosas aceitunas, y apenas las llevó á la boca cuando se le revolvió el estómago, como si hubiera sorbido amarguísimas y podridas hieles. Quiso averiguar la causa, y reconociendo la vasija, halló en ella una cucaracha de grandeza enorme ya reventada de mucho tiempo, la cual habia derramado en el adobo toda la infeccion de sus entrañas. Tercera noche volvió á instar el Padre que le diese el regalo de las antecedentes; y respondiéndole el Hermano que la habia vaciado y por qué causa, y que se admiraba cómo habia podido probar, cuanto más comer aquella pócima, le dijo con grande sentimiento:

¡Oh, válame Dios, ¿por qué lo derramó? que estaba muy bueno! Celebra mucho san Doroteo, como habiéndole presentado al Abad Estéfano unos huevos aderezados con aceite de linaza por inadvertencia de un su discípulo, probólos el santo Abad y los dejó con semblante muy igual, reconociendo que lo permitia Dios así para ejercitarle el sufrimiento. ¿Qué diremos del santo P. Claver que solicita una y muchas veces el adobo de unas aceitunas inficionado con la podredumbre de una sabandija, y no se contenta con probarlo, sino que lo pasa á las entrañas, saboreándose en el brevaje, y lo come con gula santa, y se lamenta de que se lo hayan derramado, como si se desperdiciara un preciosísimo licor?

Con más rigor triunfó el mortificado Padre en el sentido del tacto, que por estar esparcido en todo el cuerpo le ofrecia campo más dilatado. Muchos eran las instrumentos para atormentarse, pero mayor la valentia y aun crueldad con que los revolvia contra sí. Ponia grima á los que miraban su celda hecha una armeria de tantas y tan exquisitas armas para hacerse guerra de piés á cabeza, que más parecian aparejos de martirio que de penitencia. Para el ejercicio de la disciplina usaba ya de cordeles ñudosos y retorcidos, ya de espigas gruesas labradas de cruda y yerta pita, ya de bolantines retorcidos y de dobladas puntas y bañadas de brea, ya finalmente de cadenas de hierro para que lo pesado de los golpes le quebrantase los huesos. Iba variando los instrumentos asiendo ya de uno ya de otro, sin cansarse nunca, porque era más poderoso el cuerpo para sufrir, que el azote para castigar. Tres veces se disciplinaba en el espacio de siete horas; una antes de recogerse á dormir, otra á la media noche y otra cuando se hacia señal á la comuni-

dad para levantarse. A esos tres tiempos oian los religiosos y los vecinos el ruido de los golpes tan espantosos y sangrientos, que las rondas que pasaban por la calle se detenian pasmadas de aquella penitencia, sin que la frecuencia de escucharlos dejase de moverles cada vez á compuncion. Porque no quedase parte de su cuerpo sin castigo poníase en vivas carnes, como le halló un religioso grave que entró á reconciliarse á horas de noche, de lo cual el Padre muy confuso, le rogó que fuese con otro en adelante; y así le encontraron varias veces los Superiores, que compadecidos de la carniceria que estaba haciendo en su inocente cuerpo, abrian la puerta para ordenarle que cesase.

Pues no trataba con mayor blandura las llagas que rasgaron los azotes; porque vendábalas con asperísimos cilicios que las avivasen y escociesen, llegando estos á desollarle hasta donde no alcanzaron los golpes de la disciplina, sin que parte alguna de piés á cabeza quedase exenta de martirio. Entretegia los dedos de los piés con cordeles de cerda muy delgados; en el empeine revolvia otro cordel un dedo de grueso todo nudoso; los zapatos anchos para disimular su mortificacion; por las piernas y muslos subian enroscándose apretadamente soguillas asimismo de cerdas. Llevaba dos cruces de madera una al pecho y otra en las espaldas; la del pecho sembrada de puás agudísimas; las cuales para que hiciesen asiento en las carnes las agarraba con sogas labradas de ásperas cerdas, y los cabos que sobraban de cada lado, se recogian ciñéndole por los brazos y bajando en vueltas hasta las muñecas. De seis sogas de cerdas formó una faja ó banda claveteada de puntas de acero, la cual echándola al cuello cruzábasela á manera de estola, atando estre-

chamente los remates por la cintura. Cuando estaba á solas en su celda, ni en la cabeza, ni en el cuello, ni en las manos habia de faltarles su martirio. En la cabeza asentaba la corona de espinas, tan agudas que por sí mismas le hirieran aunque su fervor no las clavara; en el cuello se ponia una áspera soga, doblando el de la sotana para que le maltratase sin estorbo; las manos envolvia el santo en unos guantes ó fundillas de cerdas; y porque no le viesen estas mortificaciones tan extrañas arrimaba una piedra hácia la puerta, para que la fuese deteniendo cuando abriesen, dándole tiempo á deponer su trage penitente, aunque quiso Dios que le cogieran muchas veces al descuido en tan lastimera figura.

Si el santo Padre se armara de tantas y tan penosas piezas, para sufrir quieto en el retiro de su celda, aun fuera sobrado rigor: pero lo que excede toda admiracion es que un hombre tan ceñido de sogas, tan apretado con la armadura de los cilicios y tan lastimado de puntas aceradas, anduviese tan ágil y tan suelto en sus ministerios que no podian seguirle los que le acompañaban. Perdiera otro el movimiento, y cada paso le costara un ay con aquellos cordeles revueltos á los piés entrándose los ñudos en las plantas: no se atreviera otro á rebullir por temor á los encuentros de las crueles puntas; y pasara gran congoja quien se envolviera en aquellas cerdas, no digo en el caluroso clima de Cartagena, pero en pais frio y templado; y al bendito Padre le quedaba espíritu para vestir sobre los cilicios una como túnica de lana burda, que le servia de camisa con un cuello de lienzo. Veinte años vistió camisas de lana, porque todo ese tiempo supo encubrir su piadoso engaño; hasta que los superiores en atencion á su salud le mandaron despues que

usase lienzo. Buscóle pero tan grosero y áspero, que satisfizo á la obediencia sin menoscabar el ejercicio de mortificacion. Y si en sólo el tiempo de salud se hubiera afligido con tan estrañas penalidades, aun no fuera tanto de maravillar; pero que achacoso, enfermo y debilitado no moderase los rigores de las disciplinas, ni se aliviase de un solo cilicio, verdaderamente es cosa sobre cuanto se puede encarecer. Sustentando con su invencible espíritu la flaqueza de la carne, recibia las enfermedades como represiones de su flojedad, y parecíale que por tener consigo la mano muy blanda le añadia el Señor aquella dolencia. Asomábasele el cilicio por el cuello en ocasion que estaba enfermo, y díjole el H. Pedro Lomparte: *¿Qué es esto, mi Padre? ¿Hasta cuándo ha de tener amarrado el borrico?—Hasta la muerte*, respondió animoso y secamente, y así lo cumplió sin quebrar jamás. En accidentes graves solamente la obediencia pudo despojarle de los rigurosos instrumentos con que se maltrataba. Asaltóle una fiebre de repente, y acudiendo el médico, le ordenó que se pusiese en cama: rehusábalo el santo Padre, porque no podia sin socorro ageno desnudarse, y le era de grande sentimiento que le registrasen los cilicios Mandóle el P. Provincial que obedeciese al médico, y que el P. Sandoval le ayudase á desnudar. Halláronle cubierto de cilicios de la cintura al cuello y ambos brazos, con grandísima vergüenza del Padre y admiracion en los circunstantes. Arrodillóse el médico y dijo cayéndole las lágrimas: *Padre mio de mi alma, ¿cómo no quiere estar enfermo si de esta manera se martiriza? ¿No ve, Padre, que esto es exceder en la mortificacion y hacerse homicida de sí mismo?*—Tuvieron harto que hacer en desenmarañarle de aquellas mallas, adorándolas una á una el piadoso

médico. Rogó que le dejasen solo para acabar de desnudarse, y le dejaron con un Negrillo que tenia órden de quitarle los demás cilicios. Sucedió otras veces que retirándole el médico la manga de la sotana para tomarle el pulso, se encontró con las sogas de cerdas que bajaban amarrándole el brazo: pero era tan obediente que en mandándole que las quitase se rendia; y en una ocasion padeció extremada vergüenza, porque le obligaron á quitarse los cilicios á vista de un seglar.

No era desigual á las otras penitencias la cama del santo Padre. La que le daba la religion servia en su celda más de respeto y de apariencia que de comodidad; porque él dormia sobre una dura piel de vaca ó sobre una estera, poniendo un madero por almohada. Cuando sus años pedian descanso y sus achaques alivio, ni usó de estera ni de piel, ni de más cama que el desnudo suelo. Estaba tan hecho á la costumbre de dormir en tierra, y se le aumentaban tanto los fervores al paso que se le disminuian las fuerzas corporales, que aun estando enfermo se deslizaba de la cama, en descuidándose los Negros que de noche le asistian; y aunque ellos le reñian, apenas podian recabarlo de su mortificacion, que solo en las penas hallaba descanso, y hácia las penas se inclinaba como á su centro. Sobre estas mortificaciones hacia tantas y tan disimuladamente, que nunca se pudo averiguar las que inventaba con el deseo de perseguirse este penitentísimo varon. En cuanto obraba, buscaba siempre alguna pena: si estaba sentado, tenia el un pié en el aire, hasta que cayéndose de cansado levantaba el otro: si arrodillado, buscaba con las rodillas desnudas la dureza del suelo: si le corria el sudor hilo á hilo, jamás llegaba un lienzo al rostro para limpiarlo. Nunca procuró alivio

contra las inclemencias del tiempo, ni se quejó de ellas ni siquiera para hacer conversacion. En el refectorio se ejercitaba en varias mortificaciones, ya diciendo su culpa, ya comiendo en tierra, ya besando los piés á todos, ya teniendo los brazos en cruz por largos ratos. Cuando venian los barberos era el último en rasurarse, á fin de hallar las navajas con los filos embotados. Entraba diciendo: *¿Habrá por ahí algun machete?* y como lo decia, así lo deseaba entregándose en manos de los más aprendices, que le dejaban lleno de heridas la corona y el rostro, ya por la poca ó ninguna destreza de la mano, ya por el deseo de rematar con la tarea. Estaba con una mansedumbre de cordero el bendito Padre, los ojos cerrados, los labios mudos y el corazon muy alegre sufriendo que aquellos muchachos le rajasen. Algunos religiosos compadecidos de la mucha sangre que le corria, y de los pedazos de piel que con el pelo le llevaba la navaja, reñian al maestro porque dejaba al Padre en manos de aquellos rapaces comunmente Negrillos ó mestizuelos. Pero él se disculpaba diciendo, que no habia quien redujese al P. Claver á que se dejase rasurar de otros que de los inexpertos aprendices.

Ya queda advertido cuán acosada es Cartagena de mosquitos y otras sabandijas de alas, que travesean como espesas nubes por el aire y la importunidad con que embisten, y el veneno de sus aguijones tan sutiles en penetrar como pertinaces en no ceder. Pues en cuarenta años no buscó ningun arbitrio para estorbar que le hiriesen, ni estando cubierto de moscas asquerosas ó cruelísimos tábanos hizo un ademan para desviarlos, ni dejándole plagado de encendidas ronchas mitigó la picazon de ellas restregándose. Hacian asiento en el paciente Padre

hasta envolverle el rostro y las manos y llenándole de la sangre que con sus aguijones les acaban; y si compadecidos los que le miraban le decian que los matase ó sacudiere, respondíales, que *le eran de provecho porque le sangraban sin lanceta.* Si un mosquito basta á desvelarnos toda la noche con el zumbido de la trompetilla aunque no llegue á clavar el aguijon, ¿qué tormento seria padecer las heridas de enjambres de ellos y de grandeza extraña y por tantos años continuados, sin que una vez alzase la mano con un primer movimiento, para defenderse ó para aliviarse? Mientras que recorria las aldeas y estancias circunvecinas dando misiones, repararon algunos que casi todas las noches salia de su casilla ó cabaña y pasaba muchas horas al aire libre. Pusiéronse en acecho pensando que salia á hacer oracion ó á disciplinarse, como lo tenia todo el año de costumbre; y vieron con no menos horror que maravilla, que desnudándose desde el cuello á la cintura convidaba á los mosquitos, tábanos y mil otros molestísimos insectos que inundaban el aire á que se saciasen en sus carnes; y aceptaban con tanta avidez el convite, que cubriéndole en un instante todo el cuerpo como espeso velo, le taladraban y acribillaban de tal modo con sus aguijones, que á poco rato le cubrian de sangre. Saciados ya los primeros: *vaya*, les decia, *vosotros ya habeis sacado vuestra racion; id en paz, y dad lugar á los otros.* A los primeros sucedian los segundos, á estos los terceros, y todos se cebaban á su costa, renovando cada vez en su persona la misma carnicería. Ya no parecerá tras esto gran mortificacion el que alargase tanto su oracion ya cosida la boca con el suelo, ya con una mordaza en ella ó en brazos en cruz, ni que obligase á quien le servia cuando enfermo y paralítico á

que le vistiese todas las mañanas sus cilicios y otras innumerables industrias que inventó para mortificarse. Baste decir que al abrirse despues de su muerte el armario donde tenia guardados sus instrumentos de penitencia, se encontraron tantos y tales que causaron en los presentes un horror y devoto espanto. Y aunque parece que las fatigas apostólicas le obligaban á moderar las penitencias, tenia el santo este dictámen que, si pide penitencia el cuidado de la propia perfeccion, el de la propia y el de la agena piden sin duda mucha más.

CAPÍTULO IV

PACIENCIA DEL P. CLAVER EN LAS PERSECUCIONES Y GRANDES ADVERSIDADES

No son tantas austeridades juntas lo más heróico de las virtudes del siervo de Dios san Pedro Claver; porque las penitencias afligen el cuerpo, y por dolorosas que sean, el ser voluntarias hace que el corazon no las mire de mal ojo, hallando en su eleccion algo de que asirse el amor propio. Mas las persecuciones que vienen de fuera hieren el espíritu, y causan tanto mayor llaga en el corazon de los Santos cuanto hieren con la misma punta el corazon de Dios. No es perfecta paciencia la que no es sufrida sino en lo que ella elige, ni la que se descompone con lo adverso que le viene de fuera; más éslo y perfectísima la que se goza en las tribulaciones. Tal fué la del P. Claver, con que se refinó su virtud y mereció la corona de los mártires labrada con recios golpes por mano agena. Habíale prevenido mucho antes su santo maestro el H. Alonso Rodriguez con este admirable documento escrito en sus papeles y más estampado en su alma: *O lo que dicen de mí es falta, ó no es así. Si es falta, enmendarse de ella y pedir á Dios perdon: si no es falta, holgarse de que Dios le dé qué padecer por su amor, y en ninguna de estas cosas hablar palabra, ni aun decir—*

peor que eso haria si Dios me dejase de su mano—porque con esta palabra se abre puerta al corazon para otras. Hermano, estas tres cosas ha de fijar y arraigar en su corazon. Fija y arraigada en el P. Claver esta doctrina celestial, fué echando más vigorosas raices con el ejercicio mismo de sufrir y con los sentimientos espirituales que acerca de él le comunicaba su divina Magestad. Entre ellos hay uno maravilloso por el desprecio con que se trata y por el fervor con que se anima á la paciencia. *Siempre*, dice, *que no hago lo que el asno hace, me vá mal. ¿Qué es lo que hace el asno? Si dicen mal de él, calla; si no le dan de comer, calla, si le cargan hasta caer en tierra, calla; si se olvidan de él y le desprecian, calla; si murmuran de él calla; y si está mala la comida; calla. No se queja nunca por mucho que digan, ó hagan, ó por mal que le traten, porque es sufrido como asno. Así ha de ser el siervo de Dios: «sicut jumentum factus sum ante te.»* (Ps. 72). Máxima, que cuando no la hubiera escrito entre sus apuntamientos, pudiera leerse en el sufrimiento admirable con que enmudeció siempre á los golpes de la persecucion y de la injuria.

Parece que el ministerio de los Negros tan heróico y saludable habia de grangearle el aplauso y agradecimiento de todo el mundo. Pues permitió el Señor, cuyo estilo es, mientras no premia con galardon eterno, pagar á los suyos dándoles mayor parte en su cruz, que no ganase de muchos sino emulaciones, desprecios y persecuciones declaradas. Primeramente, muchos amos de los esclavos Negros usaron con el santo Padre grandes demasías. Unos sentian vivamente que los ocupase tanto tiempo en catecismos y confesiones con que se hacian haraganes: otros que les hiciese tantas caricias y tratase con tanta blandura, con que se aumentaba su ins-

solencia: algunos porque procuraba se casasen los amancebados, gran estorbo para que sirviesen y flaco remedio para que se enmendasen: y todos porque los esclavos gastaban con el P. Claver el tiempo del trabajo con daño de sus intereses. Y así, cuando iba el Padre en busca de los Negros, no fueron pocos los dueños que cargándole de baldones y de injurias, le dieron enojados con la puerta en los ojos, prohibiendo á todos sus siervos, so pena de palos ó latigazos, que volviesen á tratar con él. Todo lo sufria el siervo de Dios con pecho de bronce sin desistir jamás de su gloriosa empresa, y gozosísimo de que le valiese tantas pesadumbres y denuestos.

Lo que más vivamente pudo herirle fueron algunas contradicciones domésticas de religiosos, en las cuales cuanto mayor certidumbre tenia de la rectitud de intencion de sus contradictores, más le hacia su humildad recelar de sí y de su modo de proceder. Y aunque la larga experiencia de tantos años, la aprobacion de los doctos, y el inmenso fruto que recogia justificaban sobradamente su conducta, pero nada bastó para desengañar á algunos por ventura mal informados. Exageraban el ruido que levantaba con aquel empleo, como si pudieran en secreto manejarse tantos Negros á millares: encarecian el tiempo que desperdiciaba en instruirlos ó acariciarlos, como si no necesitase de instruccion tanta rudeza, y de caricias tanta ferocidad: ponderaban el contínuo movimiento en que tenia á los intérpretes con menoscabo de los servicios de casa, como si el fin principal de tenerlos en ella, no fuera para servir en aquel oficio; en conclusion, en todo hallaban exceso y demasia. No se contentaban algunos con hacer por sí mismos la jus-

ticia castigándole con palabras acedas y ásperas, sino que le ponian mal con los Prelados acusando con buen celo al santo Padre; y como él nunca salia á su defensa, interpretábase el silencio por tácita confesion de su pecado. Varias veces le penitenciaron por ello, y una especialmente en que habiéndole un Religioso grave puesto algunos cargos y ponderádolos con gran viveza, le mandó el superior que escribiese él mismo una pública reprension contra el P. Claver. Oyóla el bendito Padre muy confundido de aquellas faltas, y agradecido á la reprension porque le abria los ojos para conocer lo que antes no veia. Y aunque el testimonio de su conciencia le abonaba, daba más fe á los que le avisaban, persuadiéndose fácilmente de todo lo que era contra sí. «*¡Gran cosa, gran cosa, Padre mio*, solia repetir, *que no acierte á hacer un poco de bien sin causar mucho mal y alborotar toda la casa! Mas, esto es propio de un ignorante, indiscreto y para nada, como yo.*» Oyó un Provincial que á un esclavillo le llamaban el Negrillo del P. Claver, sin otro misterio que distinguirle de sus compañeros por el nombre del que le trajo á nuestra Casa. Ofendióse el Provincial de aquella singularidad y dió al P. Claver una severa reprension, la cual estuvo escuchando con los ojos bajos, sin desplegar los labios para disculparse en lo más mínimo.

Pero donde resplandeció su gran paciencia sobre toda ponderacion, fué sin duda en los postreros años de su vida. Valiéronse los émulos de la Compañía, que nunca la han de faltar por la misericordia de Dios, de la ida de un visitador á Cartagena. Levantóse tan brava tempestad contra los nuestros, que corrieron gran peligro y casi naufragio con los vientos de emulacion y falso celo.

Pretendieron envolver en ella al santo Padre Claver, y le acusaron que reiteraba los bautismos. No se entabió la causa por la desconfianza en los acusadores de probarla, pero diósele órden que no bautizase en adelante. Duro golpe, no ya por la afrenta del castigo, sino por privarle del ministerio que era todas las delicias de su corazon. No ignoraba el Padre la ocasion del mandato y la facilidad con que se desvaneceria, respondiendo por sí con la doctrina sólida y verdadera que seguia en la administracion de aquel sacramento, que aunque no pueda reiterarse, débese dar condicionalmente á los que se duda si lo recibieron; pero tuvo tal serenidad y guardó tan inviolable paciencia que no dijo una palabra, aunque le entraba el cuchillo hasta lo más vivo del alma.

No fué menos prodigiosa su paciencia en sufrir ultrages y burlas de sus prendas naturales, censuras de su condicion, desprecios de su ciencia y sospechas contra su virtud. La constancia del Padre se reputaba por tenacidad, el celo por capricho, la austeridad consigo por duro natural, las finezas con los esclavos por manía, el encogimiento por ignorancia, y la santidad por ilusion é hipocresía. Ninguna de estas cosas le desazonaba el corazon, siempre amable y dulce entre las mayores amarguras. Dos ó tres veces tuvo el gobierno de la casa un religioso muy grave, que no miraba con buenos ojos el comportamiento y natural del P. Claver. Muchas fueron las ocasiones en que ejercitó la paciencia de su súbdito ya privada ya públicamente: sobre la disputa de una ceremonia, díjole un dia en presencia de algunos sacerdotes seglares: *Ande, que es un ignorante que aun no sabe latin.* Cerró el Padre sus labios y aprobó con el silencio aquella dura calificacion de su talento. Acordábase de

aquella sentencia de santo Tomás de Aquino en ocasion que le enmendaron mal un acento que el Santo habia pronunciado bien, y repitiólo segun le habian corregido: parecióles á otros que mejor hiciera no acomodándose á la correccion pues iba mal; y respondióles santo Tomás: *Va poco en pronunciar larga ó breve una sílaba, y va mucho en ser humilde y obediente.* Palabras muy dignas de imprimirse en la memoria, y ejemplo que habia de grabarse en el corazon de todos los cristianos, y mayormente de los que profesan letras. Muchas ocasiones le dió la desabrida condicion de aquel superior, porque iban los Negros que servian en casa con frecuentes quejas de lo mucho que los ocupaba el P. Claver con certidumbre de que serian bien oidos. Entonces venian las reprensiones, que era un impertinente, un iluso y caprichoso, que traia la casa en desconcierto, que daba más que hacer que todos juntos, que no habia quien pudiese sufrirle, y otras razones á ese tono, que eran suave música para los oidos del pacientísimo varon. A veces respondia: «*Sí, P. Rector, cárgueme bien la mano, que no es menester poco para domar esta bestia.*»

No es ponderable lo que un H. Coadjutor portugués le dió que sufrir y merecer. Hombre de condicion precipitada, osado en hablar, y de costumbres tan poco ajustadas que tuvieron que arrojarle por incorregible; este era el compañero del P. Claver cuando salia á ministerios. Llevábalo á mal y hacia aguardar largo tiempo siempre que habia de salir con él; por las calles le iba motejando con apodos y baldones; si el Padre apresuraba el paso, porque pedia priesa la necesidad á que acudian, él se detenia haciendo parar al santo varon cuando más le estimulaba su celo. En casa era tambien su perpétuo azote,

burlándose de su santidad como de hipocresia, y de sus ministerios como de invenciones peligrosas. Al fin no hay Abel que no le siga un Cain, ni David á quien le falte un Saul, ni Estéban á quien no tire piedras algun Saulo: porque cuanto el diamante es más fino, más instrumentos son menester para labrarle.

Entró una muger en nuestra iglesia con sobrada gala, muy agena de su condicion que no admitia tanto fausto, é impropia de sus años no desmentidos con aquella profanidad y sobre todo de aquel sagrado tiempo que era de Pasion. No pudo contenerse el P. Claver que no la reprendiese y le afease aquel exceso, de lo cual furiosa la muger cuando debiera compungirse, despues de haberse desfogado con las insolencias que dijo al santo Padre, rompió en tales alaridos que alborotó la Iglesia. Salió el H. sacristan y viéndola llorar amargamente se puso de su parte: á los gritos de entrambos sobrevino el Padre Rector, quien viendo el llanto de la muger apoyado y defendido por el sacristan, se persuadió que les sobraba razon, y allí mismo públicamente dió una pesada mano al P. Claver. Satisfizo entonces con callar, pero al otro dia muy de mañana bajó á la sacristia, y tomando descuidadamente al H. sacristan, se echó á sus piés y se los besó: accion que el Hermano no pudo impedir, pero le dejó tan confuso, que en desquite queria arrojarse tambien á los piés del Padre: mas éste, como si fuera el ofensor y no el ofendido, empezó á pedirle perdon con grande amargura y copia de lágrimas.

Más sinrazones tuvo que sufrir de una muger tendera, que sobre no querer con enredos y trampas pagar ciertas deudas al Colegio, decia tantos desatinos de la Compañía que movió gran ruido en la ciudad. Llegaron las

blasfemias á tal escándalo, que se juzgó debia atajarse cuanto antes, primeramente con blandos y eficaces medios, y si éstos no bastaban, con mano de justicia. Dióse cargo al P. Claver que la hablase, confiando que la opinion de su virtud junta con la suavidad de sus razones habian de templarla ó reducirla. Pero aquella furia de muger abusando de la humildad y blandura con que intentó el Padre traerla á razon, descargó tales oprobios contra él y la Compañía y con saña tan endemoniada, como si el infierno hablara por su boca. No sacó el buen Padre otro fruto de esta diligencia que el del sufrimiento con que enmudeció á semejante batería, pero la muger quedó rabiosa de no haber pasado á las manos y maltratado al siervo de Dios. Intentólo de ahí á pocos dias, porque fingiéndose enferma y arrepentida, envió á llamar al P. Claver, entrada ya la noche. Apenas entró el Padre á confesarla, en un aposento donde estaba en cama la muger, cuando aparecen unos foragidos que ocultamente le acechaban. Empieza la muger sus quejas de injurias mil que forjó su delirio, pero con tales lamentos y abundancia de lágrimas, que irritados aquellos valentones embisten con sacrílego atrevimiento contra el P. Claver, como lobos furiosos en mansísimo cordero. Lo menos fué tratarle de ladron, engañador, hipócrita; pues ya se descomedian las manos para abusar de tanta mansedumbre. Mas el compañero, hombre de brios, terció el manteo, miró á qué echar mano para defender al Padre, y 'gritaba al mismo tiempo: ¡favor á la Iglesia! Aquella voz los desconcertó y puso en huida acelerada, esforzando la voz el buen Hermano para acosarlos con el miedo de algun grave castigo. Quedó el Santo con sentimiento de que se le hubiese quitado aquella ocasion

de padecer; y la muger tan compungida viendo su paciencia y humildad, que levantándose de la cama se arrojó á sus piés y le pidió perdon de su temeraria desvergüenza.

Hallóse el Colegio tan apurado en un grave pleito que contra él se levantó, que nadie osaba tomar nuestra defensa. Veian los Padres que perecia nuestra justicia, porque mal informado el juez se desmandaba á maltratar de palabra y de obra á los que intentaban favorecernos. Conocian todos la necesidad de negociar la causa so pena de perderla, pero nadie tenia valor para hacer rostro á las demasias de aquel juez. Ordenó el P. Rector que se encargase de ella el P. Claver, prometiéndose con fundamento ó que el juez habia de respetarle, ó que el siervo de Dios tendria paciencia para sufrirle. En efecto, no es creible lo que aquel mal hombre se encolerizó, y las injurias que vomitó contra la Compañía y contra el Padre; quien respondió á ellas con el silencio que acostumbraba, y se despidió haciéndole tan humilde acatamiento como si hubiera recibido muchos agasajos. Dió razon de lo sucedido al Superior, quien se vió obligado con harto sentimiento á exponerle el siguiente dia á los mismos desaires con nueva peticion. Obedeció como la vez primera, deseoso siempre de obedecer y padecer; y en verdad que ahora pudo colmársele el deseo, porque el juez, interpretando esta segunda diligencia por desacato de su autoridad, con gritos descompuestos desfogó su rabia contra el buen Padre y todos los de su Orden, llamándolos facinerosos, revolvedores, dignos de ser desterrados del mundo y otros desatinos á ese talle. Escuchólos con paciencia y semblante muy sereno, respondiendo á la despedida con una profunda reverencia. Como en los

pleitos unos pasos se llaman á otros y una diligencia á otra diligencia, hubo de proseguir el Padre muchos dias yendo y viniendo, sacando los mismos baldones en premio de su trabajo.

Finalmente, ya hemos visto en los capítulos pasados cuánto ejercitaron su paciencia los intérpretes Negros; pero lo que padeció en las enfermedades tan prolijas y dolorosas de los postreros años de su vida, veráse mejor cuando tratemos de su bienaventurada muerte.

CAPÍTULO V

SU POBREZA EXTREMADA Y ADMIRABLE PUREZA DE ALMA Y CUERPO

Tiempo es ya de que estudiemos á S. Pedro Claver, no como apóstol trabajando con todas veras en la santificacion de los prójimos, sino como religioso particular santificándose más directamente á sí mismo, con la exacta observancia de los votos religiosos y de las reglas de su Instituto; es decir, con la práctica de aquellas virtudes que, despojándole enteramente y desasiéndole del mundo y de sí propio, le dispusieron á revestirse todo de Dios y á sostener con decoro su árduo apostolado. Y comenzanda por la pobreza voluntaria, virtud de levantado orígen y de grandes corazones, como que es hija de la caridad que se desdeña de amar otra cosa que á Dios, fué ésta en el P. Claver tan magnánima y generosa, que nunca quiso nada de la tierra y se gozó de pasar menguas de las cosas más necesarias á la vida. Como á madre han de amar á la santa pobreza los buenos religiosos, porque verdaderamente lo es de todas las Religiones y de las virtudes más heróicas. Quien conociere la pobreza y volviese los ojos al P. Claver, verá una copia tan cabal y perfecta que parecia la pobreza misma. Todas sus cosas eran pobrísimas sobre manera.

Regalábase con los pobres porque los miraba como hermanos, é hijos de la pobreza su madre queridísima. Desentrañábase por ellos, alimentábalos cuando sanos, asistíales en las enfermedades con regalos y remedios. Las gruesas limosnas ya en dinero ya en géneros que pasaban todos los dias por sus manos, todas las empleaba en beneficio de los pobres, sin aplicarse jamás ni el valor de una hilacha, ni de ellas queria más provecho que la vergüenza de recaudarlas y el merecimiento de repartirlas. Importunado muchas veces de personas devotas que recibiese algunas dádivas, agradecia el afecto pero rehusaba el presente como tentacion: pero si eran muy apretadas las instancias, tomaba una pieza de moneda muy pequeña y decia, *ésta para los pobres de San Lázaro*, y se partia luego á llevarla, ó enviábala por algun hombre de confianza. ¡Qué no hizo el capitan Juan Francisco de Sanmartí paisano suyo para regalarle algo en su última enfermedad, y no pudo recabarlo! Porfió que le dijese por lo menos de qué necesitaba, para no irse con el desconsuelo de no haberle servido en nada. *De un poco de lienzo crudo*, respondió entonces, *para vestir á un pobre Negrito.* Enviéle al punto doce varas, hizo el Padre cortar cuatro que eran necesarias para el vestido, y mandóle restituir las ocho. Vencido de las importunidades de otro que admitiese un frasquito de vino, le preguntó si lo queria blanco ó tinto. *Los pobres no escogen*, respondió el Padre, *sino que toman lo que les dan.* Recibiólo y enviólo sin probarlo á un religioso enfermo, aunque él tambien lo estaba. Con tener en su celda las provisiones que dijimos, de miel, conservas y otros regalos para los pobres y Negros; es constante que nunca tomó nada para sí, aunque le apretasen los propios achaques y do-

lencias. Victoria insigne de su mortificacion y no menor de su pobreza, con que voluntariamente se negaba aquellos socorros que repartia con largueza á los mendigos.

Como no puede blasonar que ama la humildad quien aborrece las humillaciones, que son efectos suyos y causas al propio tiempo; de la misma manera, nadie puede gloriarse que ama la pobreza quien no quiere sufrir los efectos de ella en la falta de las cosas necesarias. El santo P. Claver era pobre tan de corazon, que en todo procuraba alguna mengua y experimentarse pobre. En la comida de tal suerte satisfacia á la naturaleza, que nunca le daba lo bastante, porque nunca dejase de padecer necesidad. Este afecto á la santa pobreza le hacia recoger los regojos de la mesa y mendruguillos de pan para su alimento; éste, que no admitiese regalo de ningun género; éste, que se mezclase con los mendigos de la porteria y que comiese con ellos en el mismo plato. Su vestido, habitacion y alhajas eran lo peor de casa; y nunca se pudo recabar de él que usase prenda que no fuese muy traida desde el zapato hasta el bonete, menos una vez que le mandó expresamente el Superior que se vistiese una sotana de estameña nueva. Hallóse con ella tan trabado y atligido, tan sin acertar á dar un paso, que de pura compasion le restituyeron la vieja, y con ella un gozo increible de verse desembarazado de aquellas ataduras. *Para vestido de pobres*, decia el Padre, *no se usan piezas nuevas, sino que se abrigan con lo que otros dejan.* Con esta máxima no admitia sino el deshecho de los otros. La sotana, aunque limpia, era tan usada que no se le conocia el tinte, y tan remendada que parecia labor de taracea, y tan corta que comunmente no le baja-

ba de la media pierna. El manteo, del jaez de la sotana, y como lo hacia trabajar en tantos oficios con los enfermos y leprosos, segun arriba dijimos, era de admiracion la porfia y cuidado con que lo remendaba. Trajo, muchos años, uno de pelo de camello, yerto á manera de pergamino, de colores deslucidos y muy varios, y la orla rasgada con fealdad en desiguales puntas. De diez en diez y aun más años mudaba de bonete, y nunca el que tomaba habia de ser nuevo, con que se dice cómo estaria de raido y descuadernado. Aunque todo cuanto llevaba en su persona respiraba gran pobreza, pero merece particular memoria el vestido interior, donde sin menoscabo de la decencia, podia mostrar su cariño á esta virtud. Servianle de jubon cuatro andrajos de tela de saco; dos de ellos arrimados á las espaldas y pecho formaban el talle, y dos revueltos á los brazos hacian de mangas, asegurándolos todos con vueltas de orillos y cordeles. Decia la celda con el trage, porque era estrecha, desacomodada y la más expuesta á los mosquitos: vivió muchos años en un cuchitril tan lóbrego que habia de salir afuera para escribir ó leer. El menage, como la celda; la cama, diriamos de respeto, era un colchoncillo cubierto en vez de frazada con sacos mal cosidos unos con otros, pero la cama de su uso era la piel ó estera que dijimos: y reducido despues á más pobreza y mortificacion, aun de ellas se desembarazó como de alhajas supérfluas, durmiendo sobre el desnudo suelo. La mesa muy pequeña con dos libros de Teologia moral, y cuando tenia necesidad de otros libros, íbase á la libreria comun á estudiarlos. En la pared, y enfrente un santo Crucifijo de pincel tosco, gastado ya y deslustrado con el tiempo, y el lienzo en que le halló lo fué cercenando por las líneas mismas de

la imágen para sacarla entera. Otra de Cristo á la columna y san Pedro llorando de rodillas, muy devota pero de pobrísima labor. A la cabecera de la cama una Cruz de madera y la estampa del H. Alonso Rodriguez; dos sillas tan bastas y desvencijadas que sólo servian á fuerza de ataduras. Estas eran para los que iban á su celda, porque el asiento del santo Padre era un banquillo. No habia en el aposento otros adornos, sino los varios instrumentos de su penitencia. El Breviario y Diurnal que le dieron al tiempo de ordenarse, de impresion antiquísima y de pobre encuadernacion, le acompañaron toda la vida, aunque estaban ya casi deshechos. Ofreciéronle otros muchas veces, pero no hubo remedio que los admitiese. Menos en tiempo de enfermedad, nunca se alumbró con velas de sebo enteras; cuando mucho usaba de cabos que sobraban á los otros, y lo más comun era raer de las linternas que alumbraban los tránsitos el sebo que se habia derretido, y poniéndole en una vasija de tierra á modo de candil alimentaba con la torcida una luz muy melancólica. Para sus apuntamientos y escrituras no gastaba otro papel que las márgenes ó reversos de las cartas, ni estrenó pluma nueva para escribir, sino que recogia las que otros desechaban por inútiles. Hasta en el uso del agua resplandecia su pobreza, porque nunca se lavaba sino en la pila del lavatorio cuando habia servido á los demás; menos cuando habia de decir misa, que entonces por la reverencia al santo sacrificio torcia la llave á la fuente ó grifo para sacarla limpia. Aun en los ornamentos que sacaba al Altar habia de campear su pobreza, porque siempre tomaba los menos buenos desde el amito hasta la casulla: nunca quiso vestir una algo vistosa, porque habia ciertas florecillas

enlazadas con primor. Sólo en los dias de Pascua ó primeras festividades de la santísima Vírgen tomaba el ornamento rico; y en conclusion puede afirmarse que pocos mendigos se vieron reducidos al grado de estrechez á que se redujo por amor á la pobreza este espiritualísimo varon.

De la castidad y pureza, hermosura grande de la perfeccion religiosa, no puedo hablar más cumplidamente, que con decir que murió vírgen como habia nacido, sin haber jamás manchado ni el cuerpo con obra indecorosa, ni el corazon con pensamiento menos limpio. Así lo aseguran unánimemente testigos dignísimos de toda fe, que en diversos tiempos fueron sus confesores, conservando hasta la muerte la inocencia bautismal. Prevenido de la gracia cuando niño, prendió en su alma el amor de esta virtud, el cual fué creciendo por manera tan admirable que el tiempo que vivió en el siglo era mirado como un ángel y pudo ser ejemplar de religiosos. Desde que puso el pié en el Noviciado hasta el último aliento, siempre creció en el amor de la pureza y en los medios para conseguirla. El primero y principal fué el temor de Dios al cual miraba continuamente en su corazon como en riguroso tribunal, desde donde le pedia cuenta de todas sus acciones y pensamientos, y donde el Padre se la daba con mucha frecuencia y exactitud, temiendo dar á su divina Magestad el más leve disgusto. Hablando un dia con D. Pedro de Campo, se quedó repentinamente absorto en la conversacion: vuelto en sí, le preguntó D. Pedro ¿qué era lo que le habia sucedido? *Ofrecióseme*, dijo, *si tenia bien ajustadas las cuentas con Dios*. Confundióse aquel caballero de ver en hombre tan perfecto aquel santo temor, y que estuviese siempre tan sobre sí,

que aun en la conversacion no le olvidase. Sin esto, usaba de otros medios eficacísimos para conservar el buen lustre de su pureza. Tuvo especialísima devocion á la Reina de los Angeles y gran Madre de vírgenes María, cuya Concepcion Inmaculada, como fué siempre el objeto de sus más tiernos y particulares amores, así fué el medio que tuvo por más eficaz para conservar sin mancilla su limpieza virginal; y con la devocion á este misterio no es creible á cuantos, principalmente jóvenes, sacó del cieno de la incontinencia, ó siendo inocentes los preservó de caidas. Cada dia se confesaba despues de riguroso exámen y profundo dolor de las faltas más menudas, y era tanto lo que lloraba que compungia á sus mismos confesores.

Mas porque para conservar lozana y olorosa la bella azucena de la castidad, no bastan las influencias del cielo, si la tierra donde nace y que ha de nutrirla no se cultiva bien ó se guarda mal, la cercó con una escrupulosa guarda de los sentidos, con una modestia angelical, con gran templanza en el comer y beber, con penitencias y malos tratamientos, para quebrantar los brios de su carne y abatir el orgullo de las pasiones, hasta reducir su cuerpo á fuerza de fatigas, trabajos y asperezas, á ser incapaz no digo de rebelarse, pero ni aun de resentirse. Era recatadísimo en su trato, porque decia que es tan delicada esta virtud, que como flor no puede manosearse sin que se marchite: y como cristal resplandeciente, que cuando se guarde de encuentros que le quiebren, no es fácil guardarle de alientos que lo empañen ó enturbien. De aquí, el no consentir jamás que le besasen la mano y menos las mugeres; defendíase con decir que estaba súcia y que habia tocado leprosos: pero si mucho

importunaban, dábales el rosario ó el manteo. Instado por muchísimos para que les dijese un Evangelio con las manos puestas sobre su cabeza, no lo hacia sino envolviéndolas ó en el solideo ó en la punta del mismo manteo. Precisado por razon de su ministerio á tratar frecuentemente con esclavas desenvueltas y livianas por naturaleza, nunca permitió que ninguna de ellas compareciese en su presencia con trage menos modesto. A este fin, además de ir en ciertos tiempos del año pidiendo limosna de puerta en puerta por la ciudad, tenia algunas personas pudientes y devotas que le proveian de vestidos y ropa blanca; y cuanto iba á catecismos, daba órden á los intérpretes que de antemano le llevasen mantellinas y otros lienzos para las Negras, y porque una vez supo que faltaron á esta prevencion, se volvió del camino dejando por entonces de catequizarlas.

CAPÍTULO VI

DE SU PERFECTA OBEDIENCIA Y EXACTA OBSERVANCIA DE LAS REGLAS DE SU INSTITUTO

La suma de la perfeccion consiste en hacer en todo la voluntad de Dios; y la mayor dicha del religioso es que siempre cumple la divina voluntad, si nunca se aparta de la obediencia de sus mayores. Puede errar el Superior mandando, pero el súbdito no puede errar obedeciendo; porque aunque no siempre aprueba Dios lo que manda el Superior, pero siempre quiere que el súbdito obedezca donde no hay pecado manifiestamente. Esmeróse tanto el santo P. Pedro Claver en la perfeccion de esta virtud, que parece exceso. Basta citar aquí lo que depuso con juramento el Hermano Nicolás Gonzalez, que habiendo vivido en la misma casa con el siervo de Dios casi treinta años y sido por mucho tiempo su compañero, tuvo cabal noticia de todas sus acciones. Hé aquí sus palabras: «*Fué el P. Claver tan amante de la obediencia, que en todo el curso de su vida se portó siempre como un novicio. No se presentaba á los Superiores sino con la cabeza descubierta, con tanta modestia, humildad y compostura como si estuviera delante de nuestro Señor Jesucristo, poniendo en práctica cualesquiera de sus órdenes con increible puntualidad, á ciegas, sin replicar jamás ni excusarse, ó alegar*

razones en contrario, teniendo presente que era esta la divisa con que queria su santo Padre se distinguiesen sus hijos.» Hasta aquí el Hermano Gonzalez. Habíase criado el bendito Padre á los pechos del santo Hermano Alonso Rodriguez, perfectísimo ejemplar de esta virtud; y Dios nuestro Señor le habia dado superiores luces de lo que ella vale y de lo mucho que á su Magestad agrada la obediencia. Lo que sentia de ella se verá por sus apuntamientos. En uno dice así: «*No hay cosa en la religion, que más presto lleve el alma á la suma perfeccion, que la obediencia á los Superiores, en la cual vá camino derecho, y no va engañada; contenta á Dios y hace su voluntad: y así más caso tengo de hacer de una palabra del superior, que de mil revelaciones.*» En otro dice: «*Cuando el Superior manda algo, ora sea difícil, ó peligroso, ó penoso, levantaré el corazon á Dios, y advertiré y caeré en la cuenta, que Dios me manda y ordena; y como cosa mandada por Dios y no por el hombre, sin dilacion alguna lo pondré por obra, con obediencia ciega, con prontitud de ángeles, teniendo por gran merced de Dios que me mande y se quiera servir de mí.*» De la reverencia con que se deben mirar los Superiores, se halla otro apuntamiento suyo con estas palabras: «*No está bien que el súbdito se trate con el Superior en ninguna ocasion como si fuera su igual; y aunque se le muestre afable y llano, debe en espíritu alzar la vista, y mirar en él un no sé que de divinidad. Y si antes de ser Superior le era muy conocido y amigo, debe despues mirarle con otros ojos.*» Segun este dictámen, á los que de antiguo le eran familiares, en siendo Prelados, los respetaba el P. Claver como al mismo Cristo. Olvidábase de que le eran amigos los que le daban por superiores, así por huir todo viso de lisonja, como por recibir sus preceptos sin ningun miramiento humano

que disminuyese el valor de su obediencia. Como miraba á Dios en el Prelado, estaba en presencia suya con el bonete en la mano, descubiertas aquellas venerables canas que en vez de autoridad mostraban la candidez de un niño en sugetarse, los ojos modestamente caidos en tierra, el alma atenta para ejecutar al punto lo que se le mandaba: y no era necesaria órden expresa, porque al primer indicio corria á obedecer sin jamás excusarse ó replicar. Nunca las dificultades le dieron cuidado, ni los trabajos pesadumbre, ni los peligros miedo: por todo rompia animosamente abrazándose con la obediencia ciega. Recibia las órdenes del Superior como los serafines de Dios, vendados los ojos del entendimiento para no examinar lo que se le ordenaba, y abiertas las alas del corazon para volar á ejecutarlo. Este rendimiento del santo Padre, era el descanso de los Superiores, que le echaban sobre los hombros las más pesadas cargas sin el trabajo que trae el imponerlas, cuando en el súbdito se encuentra repugnancia.

Habia ya principiado la mision en la Villa de Tulú y publicado el santo jubileo, cuando le entregaron una carta del superior que á toda prisa le llamaba á Cartagena. Esto solo bastó para que interrumpiéndola se dispusiese á partir en aquel momento, aunque estaba cansado y en ayunas. Opusiéronse el Párroco y los feligreses, y el cura por su parte y los del ayuntamiento en voz de villa por la suya, se ofrecieron á escribir al padre Rector, diciéndole las causas de haberle detenido y suplicándole que las aprobase pues eran tan justificadas: el consuelo de todo el pueblo preparado ya para lograr el santo jubileo; el haber echado el Padre la hoz á la miés y no poder dejarla sin gran detrimento; ser el tiempo llu-

vioso, los caminos intransitables y todo cercado de peligros. Pero todas estas razones no bastaban á detenerle respondiendo con resolucion, *que el verdadero obediente debe tener más piernas para correr á la ejecucion de lo que se manda, que cabeza para examinar los mandatos del superior; y que jamás podia ser agradable á Dios una buena obra contra su expresa voluntad; que por lo que á él tocaba, tendria por gran dicha el perder aunque fuese la vida, á trueque de no perder el mérito de la obediencia.* Mas no lo permitió el Señor, supliendo á la insuficiencia humana con su Providencia divina. Y en efecto, parece que quiso aprobar el cielo aquella obediencia, porque desde que se puso en camino hasta que llegó á casa el bienaventurado Padre, no cayó una gota, suspendiéndose la lluvia en su mayor fuerza. Ya queda dicho que en sus postreros años, por siniestras informaciones le prohibió un Visitador que bautizase; ministerio con que tanto sirvió á la Iglesia é hizo tan gloriosos los trabajos de este apostólico varon. Era fácil deshacer aquellos informes con la luz de la verdad; pero eligió antes el desdoro de verse castigado y privado del empleo más de su cariño, que faltar un punto á la obediencia, ni proponer razones que le desobligasen de cumplirla. ¡Hombre verdaderamente desnudo de toda propia voluntad y perfectísimo ejemplar de obedientes!

Nada se le mandó que no lo tuviese por lo más acertado sin ninguna oposicion de su entendimiento; nada que no ejecutase con valor, sin que le acobardasen las mayores dificultades. Jamás emprendió ninguna cosa sin la bendicion de la obediencia. Estilo fué suyo sin quiebra hasta la muerte, declarar al superior cuanto pasaba por su espíritu: su oracion, sus penitencias, sus inclina-

ciones, sus movimientos más menudos y secretos; rogándole siempre que le enmendase y dirigiese, que añadiese ó cercenase, poniéndose todo á su gobierno con la humildad y sinceridad de un niño. Era máxima suya *que todo lo que se falta en obediencia se deja de medrar en la perfeccion.* Hasta una hebra de hilo no se atrevia á tomarla ó darla, sin que el Superior, pidiéndole la licencia, viniese en ello. Si tal vez le entregaban de su parte alguna carta cerrada con permiso de leerla, se desconsolaba de que el superior no la hubiese primero leido, pareciéndole que aquella gracia era dispensarle en la verdadera sujecion. ¿Qué diré de la que mostró en algunas ocasiones en que los prelados quisieron hacer experiencia de ella? Una vez, sin más causa que la de ejercitarle, le riñó un superior con harta aspereza, y por remate le ordenó que estuviese de rodillas hasta que le mandase otra cosa. Oyóle el siervo de Dios con la cabeza baja y en silencio, con tanta humildad de corazon y exterior compostura que movió á lágrimas á cuantos se hallaban presentes: pero lo que acabó de maravillar á todos fué que si bien cargado de años y de merecimientos, enflaquecido por los trabajos y ya convulso, se estuvo allí de rodillas una hora larga, y hubiera perseverado con la misma serenidad Dios sabe cuánto, si una contra-órden de la obediencia no le hiciera levantarse.

No solamente á los Prelados de la casa obedecia el P. Claver como á Cristo, sino que con la misma puntualidad y rendimiento se sujetaba á los Hermanos Coadjutores. Si entraba en la cocina para ayudar en ella, lo primero era quitarse el bonete, y con los ojos modestísimos pedirle al cocinero que le mandase lo que habia de hacer, poniéndolo por obra con gran puntualidad. En el

Refectorio observaba lo mismo con el hermano que lo tenia á su cargo; que no tocaba cuchillo ni otra pieza sin licencia suya. En oyendo la señal que le hacia el portero, respondia al punto: *¿Qué manda, hermano?* y sin detenerse acudia á donde le llamaban. La confianza que con él tenia el sacristan, le daba mano para que se valiese del santo Padre en cuanto se le ofrecia en la sacristia ó iglesia que pidiese ministerio de sacerdote; y á todo obedecia como súbdito, sin jamás en tantos años mostrar dificultad ó dar excusa, ejecutando cuanto le mandaban con igual presteza que alegria. Parecerán menudencias estas cosas, pero esto mismo acredita grandemente su rendimiento, y debe aumentar nuestra admiracion. Su espíritu de pobreza le hacia buscar siempre los ornamentos menos lucidos para decir misa; pero si el sacristan le daba otra órden, se vestia los que le señalaba, dejando por entonces de parecer pobre para ser más obediente. Cuando salia fuera de casa, se sujetaba á la voluntad del compañero y seguia su eleccion en ir por esta ó por aquella calle, en ir antes á una parte que á otra, mortificando su gusto por acomodarse al ageno en todo lo posible. Si alguna vez entraba en la pieza del noviciado, era para obedecer al novicio que presidia, reverenciando aquella sombra de superior como si fuera el mismo Dios. No parece que hay que decir más en esta materia de obediencia; pero la del santo P. Claver, fué tan rara que por ventura no se dijo de otro lo que vamos á contar. Salia á sus misiones cada año, en las cuales comunmente no podia acompañarle otro religioso, sino algun Negro que servia de intérprete en los catecismos y de esclavo en el Colegio. No sabia el bendito Padre dar un paso por su voluntad, sino que en todas

sus acciones pendia siempre de su Prelado; y como éste le faltaba en las misiones, y tambien otro religioso que en su lugar le gobernase, inventó la traza de dar obediencia al esclavo, y estábale sugeto con la misma humildad y con el rendimiento mismo que en casa al Superior. Así, trocábanse las suertes, y el esclavo quedaba mandando, y el libre como esclavo obedeciendo. Si se habia de caminar, el esclavo habia de disponer la jornada; si hacer algo, el esclavo habia de mandarlo; si parar en esta ó en aquella estancia, el esclavo habia de resolverlo. Hasta si le llamaban de alguna aldea para predicar, remitíales á que se lo concertasen con el esclavo; porque en nada tenia más accion que la de obedecerle.

Como el santo Padre Claver fué tan extremado en la obediencia, así lo fué tambien en la observancia de las reglas. Tuvo grande aprecio del Instituto de la Compañía, y altísimo concepto de san Ignacio nuestro Padre su Legislador; lo cual mostró en guardar exactísimamente las leyes que nos dejó escritas. Por testimonio de cuantos vivieron con él en una misma casa por espacio de muchos años, no se le pudo notar que faltase un ápice á las reglas, aunque muchos cuidadosamente le anduvieron atalayando las acciones. Parece cosa de milagro en la fragilidad humana, atendidas las muchas cosas que dispone la Regla, unas muy difícultosas por su grande perfeccion; y menudas otras y que exigen diligentísimo cuidado. Alguna vez le sucedió que ocupado en atender á lo que le hablaban, salia de casa sin registrar su nombre en la tabla de la portería; y hallábase como embarazado, hasta que cayendo en la cuenta volvia á registrarlo. Habíase puesto muy apretadas leyes acerca del recogimiento en la celda, medio eficacísimo, para la ob-

servancia religiosa. «*Del aposento*, dice, *saldré por una de tres cosas solamente: por obediencia, debeis; por caridad, bien podreis, y por necesidad urgente. Y si por otra ocasion el aposento dejais, es cierto vos os buscais, sin saber, la tentacion con que en peligro os veais.*» En la celda nunca estaba ocioso: trabajaba, leia, rezaba, y lo más del tiempo gastaba en la contemplacion. Porque decia que no basta que el recogimiento esconda al religioso, sino que ha de mejorarle y adelantarle siempre en el espíritu. Era tan puntual á la obediencia, que á la señal primera dejaba la letra comenzada. El primero que se encontraba en el puesto á donde se hallaba convocada la Comunidad, era el Padre Claver. Nunca recibió ni escribió carta sin licencia, ni cerró la escrita sin que la hubiese leido el Superior. Ordenóle N. P. General que escribiese á otro religioso de las Indias sobre cierto negocio; y porque es regla que se muestren al Superior las cartas antes de cerrarse, y al General no podia mostrar la que escribia por su órden, se fué con ella al Provincial que entonces estaba en Cartagena, para que la viese. Para confesar en una casa principal á toda la familia, le pusieron la silla en el oratorio, quedando el compañero en la pieza contígua que era muy espaciosa. Notó el Padre que habia de perderle de vista si se sentaba donde tenia preparada la silla; é hízola sacar y colocar en puesto de donde recíprocamente pudieran verse, observantísimo siempre de esta regla. Finalmente, los que le conocieron en todas las edades, convienen en que su observancia regular fué tan perfecta, que parecia haberle san Ignacio escrito en el alma el Instituto de la Compañía.

CAPÍTULO VII

HUMILDAD PROFUNDA DEL SANTO PADRE PEDRO CLAVER

En todas las virtudes fué este santo varon tan admirable, como puede inferirse de lo que dejamos escrito; pero ninguna en mi juicio estimó más ó cultivó con mayor esmero que la humildad, por ser esta el fundamento y base de todas, y servirles como de escudo contra cualquier asalto. Sentia tan bajamente de sí y de sus cosas, que á pesar de los grandes méritos que habia contraido con Dios y de los extraordinarios dones recibidos en tanta abundancia de su mano, se consideró y trató siempre como el mayor pecador del mundo. Dificultoso parece á la razon humana, cómo sin faltar á la verdad pudo un hombre de vida inculpable, de santidad aventajada y que parecia la inocencia misma, tenerse por el pecador más vil y escandaloso de la tierra. Pero como los santos con los ojos limpios del espíritu no miran sino á Dios; así, contemplada aquella Grandeza inefable y limpieza infinita, cuanto en sí descubren á esta luz, les parece lo sumo de la miseria y lo más abominable de la culpa. Así nos lo dice el bienaventurado Padre: «*Al alma humilde*, escribe en sus apuntamientos, *levanta Dios, y á la soberbia la derriba. Al humilde dá su gracia y levanta á su conocimiento y amor: y de este amor, mirando á su Dios*

con la luz que él le dá, le comunica grande conocimiento de su nada y de su vileza. Porque así como cuando el sol embiste á una pared, y en frente de ella hay una ventana, aquel resol se entra en la sala y la pone clara, que se vé lo que está en ella: así puntualmente, cuando levanta Dios al humilde al conocimiento de sí mismo, luego se enciende en el amor de aquel Señor; y vé, y conoce que es infinitamente bueno y amoroso; y de ahí le viene luego de recudida al alma el conocimiento de sí misma; y vé la diferencia que vá de lo negro á lo blanco, de Dios á ella; y como esté tan negra y fea de pecados y males, le vienen deseos de mortificarse y estimarse de verdad por mala.»

Más dificultad tiene el ser verdaderamente humilde de lo que suena á los que no han experimentado la sangrienta riza que hace la humildad de corazon, en los afectos más arraigados en nuestra naturaleza. Esta virtud degüella aquellas sutiles complacencias, que casi el alma no las siente y que la enamoran calladamente de sí misma: degüella al amor propio de donde brotan y lo arranca del centro del corazon donde se esconde; y en vez de amarse, la obliga á aborrecerse y perseguirse con implacable ódio, y á que reciba pesadumbre en las honras, en la estimacion y en los aplausos, y gozo en las mortificaciones, en los desprecios y en los ultrages. Y de ahí le nacen unos vehementísimos deseos de abatirse á los piés de todos y de maltratarse, persiguiéndose á sangre y fuego cuanto puede. Todo esto se funda en el conocimiento de sí mismo; y faltándole esta raiz, las humillaciones exteriores tienen más de postizas que de verdaderas, y son como las hojas de otoño, que al más leve airecillo se desprenden. Aun no es esto describir ni bosquejar la humildad del bendito P. Pedro Claver: des-

cribiránla mejor sus palabras y sobre todo sus ejemplos. «*Mira*, dice hablando consigo mismo en sus apuntamientos, *cuántos desean entrar y estar en tu Orden, para servir á Dios en ella, y no lo alcanzan. Y tú, á quien trajo Dios por su misericordia á ella, eres odioso á Dios con continuas caidas. Parece que quieres conquistar y ganar el infierno: y te dejas llevar de cualquier viento. Mira, guarda no te tome la muerte en tus maldades súbitamente, y cuando menos te pienses te halles en el profundo de los infiernos; donde poco aprovechará decir, que quieres ser bueno y servir á Dios; antes con infernal rabia, al Criador tuyo benignísimo maldecirás. ¿A qué viniste? ¿Los del mundo devotos, y tu indevoto? Mira que* arcta est via quæ ducit ad vitam, et pauci sunt, qui inveniunt eam: *y si tan mal vives, ¿cómo serás uno de ellos? Mira que de aquellas cinco ciudades que Dios destruyó, solo Lot se salvó; que de todo el mundo no quedó sino Noé con poquitos hombres. Por donde puedes sacar que pocos se salvan. Mira los que entraron contigo, que priesa se dan para la perfeccion; y aun los que despues han entrado, cuánto te llevan; y tú te estás descuidado, siendo el mayor pecador. Mira que viniste á hacer penitencia por tus pecados, para que se descontasen con tus buenas obras; y te vas cada dia adeudando más, mereciendo más pena. Mira, guárdate, hermano, del terrible juicio, que suele venir súbitamente sobre los que se descuidan en el servicio de Dios. Mira no te acontezca, que seas tu entre tus hermanos, como Judas entre los Apóstoles, que parece llevas camino. Mira, pues, que* violenti rapiunt *el reino de los cielos, y no los descuidados y perezosos, y por eso mira como vives y que* vincenti dabo manna absconditum, et non coronabitur nisi qui legitime certaverit.»

No es ponderable lo que aquel profundo conocimien-

to de sí mismo le fundaba en su desprecio; sentia que era un ruin y peor que los Negros Araraes, gente bárbara y feroz; que si le conocieran los que le honraban huirian de él como de perro muerto. Cuanto veia le era materia de confundirse y baldonarse. Contemplando los cielos y las estrellas, le oian exclamar: *gran cosa, gran cosa, tantas nobles criaturas no cesan jamás de hacer la voluntad de Dios; y yo villsimo gusano, siempre me resisto á ella!* A vista de las yerbas y flores del campo, *¡Ay ingrato, mira*, decia, *con cuánta fidelidad corresponde la tierra á las influencias del cielo; y tu corazon regado con tantas gracias, solo dá malezas y espinas, y apenas sabe producir un buen pensamiento!* Cuando se encontraba con militares ó comerciantes, cubriéndose el rostro de vergüenza, solia decir: *¿Y será verdad que estos hagan y padezcan muchisimo más por un humo vano de honor y por un puñado de tierra, que lo que yo padezco y hago por un reino eterno?* La vista de algun artesano en el acto de desbastar un madero con la azuela, ó de dar forma al hierro con el martillo, le hacia exclamar: *¡Ay, Dios mio, si no haceis vos otro tanto conmigo, jamás ablandareis mi dureza!* Reparando un dia en ciertos animales inmundos que se revolcaban en el cieno, dió un profundo suspiro y dijo al compañero: *Ved ahí; lo mismo soy yo, siempre sumergido en el lodazal de mis culpas.* Si veia algun seron *¡qué bueno seria este*, prorumpia, *para amortajarme! ¿Donde sino aquí, puede ir la basura?* Si daba en charcos encenagados y hediondos, suspiraba y decia: *¡Ay de mí, que soy como ese charco, en que se corrompió el agua, habiendo caido del cielo limpia: así sucede á las inspiraciones de Dios cayendo en mi corazon!* Si le decian que encomendase á Dios algun negocio, respondia: *¡Linda diligencia para echarlo á perder!* Como el verdade-

ro humilde no ve faltas sino en sí mismo, á todos los estimaba por mejores y de todos estaba persuadido que le podian enseñar. Cuando ayudaba á bien morir á los Negros ó á los sentenciados á muerte, solia decirles con ternura: *¡Quién fuera como tú! ¡quién estuviera á tus piés! Llévame contigo, no me dejes en este mal mundo!* Cuando iba á visitar enfermos que padecian mucho, entraba diciendo: *¿hay por acá mucha paciencia? ¿hay mucho sufrimiento? que yo me hallo muy falto de estas virtudes y vengo á aprenderlas de vosotros: enséñame, enséñame, que he venido á aprender de tí.*

El conocimiento de sí mismo trocaba el nombre á sus heróicas obras, y las mayores finezas de su amor le servian para humillarse en sus ojos. Un dia que el penitente Padre se estaba abriendo á golpes de larga y rigurosa disciplina, avisado de ello el superior, entró á moderarle. Hállole con su corona de espinas y un freno ó mordaza en la boca: riñóle aquellos excesos con que se maltrataba, y *¡Ay Padre, respondió, que estoy muy cargado de deudas, y todo es necesario para irme desquitando!* Persuadido de que el verdadero humilde antes que parecerlo procura que le tengan por vil, se valia de todo artificio posible para que los otros le despreciasen, hasta llegar á desacreditarse el mismo, y casi diríamos, á calumniarse. Cuando instruia á los Negros, cedia siempre el primer puesto á los intérpretes aunque fuesen esclavos, mandándoles sentar con comodidad y quedándose él de pié ó mal sentado sobre algun trasto ó tonel vacío: y porque algunos se escandalizaron, y los reprendieron ágriamente tratándolos de groseros, salió el Padre á su defensa, diciendo *que así lo requeria su elevado ministerio de intérpretes por el cual se hacian beneméritos de la fe y de*

Dios, mucho más que él con todas sus fatigas. Nada le avergonzaba tanto como las propias alabanzas, y las honras le servian de tan intolerable pesadumbre, que no hay hombre de pundonor que sienta las afrentas, como el humildísimo Padre sentia que le honrasen. Habiendo encontrado á una muger española muy pobre, la socorrió con algo de lo que llevaba en el zurron, y dióla algunos consejos provechosos para el alma. La buena muger agradecida se arrodilló á sus piés y comenzó á exclamar: *¡Oh santo Padre; no en balde dijeron en Lima que por vuestra paternidad, Dios habia perdonado á Cartagena y no la habia asolado.* Iba á proseguir en sus alabanzas: pero el santo varon, como fuera de sí, turbado, y lleno de vergüenza, la hizo levantar y enmudecer, diciéndola con gran enojo: *Calle, calle, que es una tonta y no sabe lo que se dice; ¿cómo dice esos disparates? pida á Dios perdon; y si sé que dice más esas cosas, la haré castigar y echar de la ciudad.* Fundamento tuvo la muger para lo que dijo, como despues veremos; pero si ella quedó aturdida y temblando de aquella reprension, no lo quedó menos el Padre de aquellas alabanzas. Toda la tarde anduvo como afrentado, sin atreverse á levantar los ojos; y no contento con esto, como si temiese que de aquella alabanza se le pudiera pegar algo, corrió al hospital público á poner su boca en la asquerosísima llaga de un enfermo, maltratándose al propio tiempo con mil ignominiosos improperios. A los que le trataban de paternidad como era justo, abriendo su zurron les respondia con humilde donaire: *esa paternidad echémosla en el zurron;* respuesta que dió tambien al Gobernador D. Pedro Zapata, porque, cuanto eran las personas de más autoridad, más pesadamente llevaba que le tratasen con estimacion.

Comunmente para llevarle á casas principales, se le habia de engañar diciéndole que algun Negro estaba enfermo ó preso, pero hallando que no era así, en habiendo hablado algo con los señores, y haciendo del simple porque le desestimasen y le tuviesen en ménos que al hermano que le iba acompañando, se retiraba con decirles: «*Aquí está el señor Padre que les dirá á vuesas mercedes muy lindas cosas:*» y pidiéndole al compañero que les contase algun ejemplo, él convocaba y hacia rueda de las pobres esclavas, para enseñarles las oraciones y la guarda de la ley de Dios, dándoles algunas medallitas para que escuchasen con gusto. Pero como la honra vá en seguimiento de quien huye de ella, íbanse las señoras á aumentar el auditorio del Padre Claver, y mezcladas con sus esclavas decian que tambien ellas eran Negras, y que á esa cuenta ni las debia privar de su doctrina, ni de las medallas que repartia á las demás. Apreciaba por el contrario y amaba más á los que mostraban no hacer caso de él ó le menospreciaban de algun modo. Con éstos trataba de mejor gana, y á éstos mostraba siempre mayor estima, sumision y deferencia. Aun dentro de las paredes domésticas se vió expuesta su humildad á pruebas bien terribles; pero por duros que fuesen los encuentros, sólo sirvieron para más fortalecerla. Rehusó acompañarle el Hermano Coadjutor que le habia señalado la obediencia, alegando por excusa sus muchas ocupaciones; pero el Padre arrodillósele á los piés y besóselos con gran ternura, hasta que avergonzado el hermano de haberle dado ocasion con su resistencia, le siguió á donde el Padre queria.

Siendo hombre de escogidas prendas y cultivadas con lucimiento en los estudios, aplicóse al ministerio hu-

milde de los Negros, perseverando en él hasta la muerte, lo cual no fué solamente efecto de su caridad sino tambien de su humildad profundísima. Miraba á sus condiscípulos, á unos honrados con prelacias, á otros aplaudidos en el púlpito, á otros estimados en el magisterio; y á todos apreciaba sin envidia, gozándose igualmente en el ensalzamiento ageno que en el abatimiento propio. Para más sepultar en un perpétuo olvido todo el caudal de su doctrina que era grande, y todos los talentos que le hicieran ilustre á los ojos del mundo, tomó á su cargo especialmente en los hospitales los oficios más despreciables y trabajosos, como barrer diariamente, asear á los enfermos más repugnantes, acarrear agua, leña, carbon y cuanto con dificultad hiciera el mozo más ordinario. Veíasele al menos dos dias á la semana mal vestido y casi andrajoso, ir oprimido cual jumento bajo la pesadísima carga, ya de comestibles, ya de lienzos para los enfermos y encarcelados; y no fueron pocas las veces que recogiendo en medio de las calles en que yacian desamparados á los pobres mutilados, llagados ó calenturientos, los cargó sobre sus espaldas y los llevó largo trecho hasta recogerlos en algun asilo. En la reparticion de la limosna diaria á la puerta del colegio, no es fácil decidir si ganó más almas para Dios que desprecios y humillaciones para sí mismo. Comia ordinariamente en un mismo plato con los pobres más súcios y asquerosos, y con más gusto las sobras que dejaban, usando de propósito sus rústicos y groseros modales. Acabada aquella obra caritativa, les lavaba las manos, fregaba las ollas y escudillas, componia los esportillos, lavaba los asientos, barria el suelo, y en suma él lo arreglaba y aderezaba todo. Aun dentro de casa, deseando andar siempre entre los

piés de todos y reconociendo verdaderamente que aun no merecia ese lugar, se ocupaba todos los ratos que le sobraban de las tareas de su ministerio, en suplir ó ayudar al portero, al enfermero, cocinero, y demás empleados en los quehaceres domésticos; y testigos oculares que vivieron con él la mayor parte de su apostolado, deponen que no economizó jamás su ayuda, aun cuando se trataba de quitar á su tiempo el hollin de la chimenea. Con ser hombre de raro ingenio y de exquisita prudencia, cuando recurrian á él personas graves con casos y negocios de importancia, procuraba deshacer aquella opinion, y encogiéndose de hombros respondia: «*Aquí es menester oir á Padres doctos y cuerdos; porque esas cosas no son para mi cabeza, ni sé hilar tan delgado: harto haré si llego á saber instruir medianamente á los esclavos.*» Por ventura este acto es el más valeroso de la humildad cristiana; porque da en tierra con lo más alto del hombre, que es el entendimiento. Mucho es disimular la sabiduría, pero más querer pasar por ignorante. Quedó el Padre Claver con gran pesar de no haber respondido desacertadamente en el exámen de sus estudios para evitar la honra de profeso; pero bien se vengó despues, ocultando toda la vida sus letras y buscando oprobios y desprecios.

En los cuatro años últimos de ella abandonado de todos por permision divina, y dejado, como veremos, al cuidado de un solo esclavo el más atrevido é insolente de casa, lejos de quejarse de él con los Superiores, le tuvo siempre grandísimo cariño, diciendo que más merecian sus pecados. Rogándole en la hora de la muerte que se acordase en el cielo de aquella ciudad por cuyo bien habia trabajado tanto durante su vida, prorumpió

en amarguísimo llanto y dijo: «*Ay de mí; harto poco he trabajado, y aun eso lo he echado á perder con mis impaciencias.*» La única gracia que pidió moribundo á los Superiores, fué que le enterrasen á los piés de sus amados Negros, no mereciendo como él decia, estar, ni aun muerto, con los de la Compañía, cuya sotana habia deshonrado con su mal comportamiento. Pero lo más heróico de su humildad y en lo que se excedió á sí mismo, fué la maña que se dió para esconder sus mismas virtudes y los dones extraordinarios que le comunicó la divina beneficencia. De aquí nació el fiar á las horas de la noche sus más rígidas penitencias y largas oraciones, seguro de que ella las ocultaría con sus tinieblas y le guardaria inviolable secreto. De aquí el llevar tan á mal que sus acciones se atribuyesen á virtud y se contasen despues como actos de heroismo. De aquí para desengañar á los engañados, decia él, y que formaban un concepto tan ageno de la verdad, el dar á sus obras cierto aire que las hiciese parecer y creer, si no viciosas, á lo menos vulgares y de ningun valor. A cualquiera que alababa su infatigable laboriosidad por la gloria de Dios y bien de las almas, sin tregua ni reposo, decia: «*Así debiera ser, mas á la verdad no lo es; y antes bien mi trabajo es todo obra del amor propio. Un temple fogoso como el mio necesita este desahogo, y ¡pobre de mí si estuviera sin hacer nada!*» El contínuo trato con los esclavos y gente baja, en sus labios no era más que una soberbia secreta, celosa de ocultar á los demás sus propios defectos: «*porque los pobres,* añadia, *y los idiotas, como son más cortos de vista conocen menos mi flaco y no avergüenzan mi cortedad.*» Oyéndose aclamar como hombre de gran mortificacion por haberse familiarizado tanto con las llagas y gangre-

nas, que las besaba y lamia, echando la cosa á risa respondia: «*Si el ser santo consiste sólo en tener un buen estómo, ciertamente lo soy.*»

Con el mismo velo de humildad encubria los milagros y portentosas curaciones que obraba en los hospitales públicos y casas particulares, valiéndose unas veces del *Lignum Crucis*, otras del agua bendita, otras de la medalla de san Ignacio, otras de las oraciones de los circunstantes, ó finalmente de la aplicacion de ciertas yerbas ó emplastos de ninguna eficacia por sí mismos para producir aquella curacion, y todo á fin de que no se atribuyese á sus merecimientos, sino al contacto y virtud de tales cosas, y á ellas se tributase la alabanza. Abandonada enteramente de los médicos, estaba ya para morir una esclava de D. Gaspar de los Reis. No le quedaban más que pocas horas de vida, cuando por casualidad ó divina revelacion, entró sin que le llamasen en aquella casa el siervo de Dios. Mientras que con su acostumbrada humildad y dulzura estaba consolando á la moribunda, dirigiéndose á él una hija de D. Gaspar que estaba presente: *Padre*, le dijo, *¿creeis que pueda curar la enferma? ¿y por qué no?* respondió: *toma un poco de yerbabuena, machácala muy bien, y disuelta en un poco de agua, dásela á beber al instante.* La enferma la bebió y al punto resucitando de muerte á vida se encontró enteramente sana.

Pero jamás logró con todas sus industrias, desvanecer la fama de gran Taumaturgo, manifestándose claramente que atendidas todas las circunstancias él era y no otro el autor de tales maravillas. Y para cerrar esta materia la sellaremos con sus mismas palabras, en las cuales se conoce cuán acendrada y limpia de toda escoria y propia esmacion era la humildad de este santo Padre. *El*

verdadero humilde, dice, *desea ser menospreciado, y no quiere parecer humilde, sino vil: á todos se sujeta, á todos obedece, á todos honra, á nadie reprende indebidamente. Ha de querer el humilde que todos le maltraten, y que todos los que lo ven, piensen que lo sufre, no por humildad, sino porque no puede más: porque no es gran cosa querer ser tratado con menosprecio, si piensa que los que lo ven, creen que por su humildad lo sufre, sin quedar corrido ó sentido y como injuriado. Así que, hemos de querer, que nos tengan por viles, y que como á tales nos traten; y hemos de querer que piensen que es muy contra nuestra voluntad ser tratados así: hemos de querer, que crean, estamos muy corridos, y sentidos de ser así maltratados y estimados, estando de ello gozosos por el santo aborrecimiento que nos tenemos.* No puede pintarse con más primores el retrato de la humildad perfecta, cual era la de este santísimo varon; retocarlo más, no seria pulirlo sino borrarlo.

CAPÍTULO VIII

DONES SOBRENATURALES CON QUE LE ENRIQUECIÓ DIOS NUESTRO SEÑOR

Cuanto más se empeñaba el P. Claver en ocultarse á los ojos del mundo, hundiéndose en el abismo de su humildad, tanto más le levantaba Dios y descubria sus méritos y virtudes. No pocas veces, ya predicando al pueblo, ya ofreciendo el divino sacrificio, ora confesando en la iglesia, ora sirviendo á los enfermos del hospital, le vieron todos cercado el rostro de vivos resplandores que deslumbraban á cuantos en él fijaban la vista. Rodeado de la misma luz le vieron en el acto de lamer las llagas de un inmundo leproso, y auxiliar á un miserable ajusticiado, y cuando rezaba de rodillas con los pobres de San Lázaro delante del pórtico de la iglesia. Maravillado un religioso, al pasar de noche por delante de su aposento, de ver que salia por las rendijas una luz muy viva, y dudando si seria fuego ó algun otro extraño accidente, abrió la puerta; y contempló con admiracion todo el cuarto hecho un mar de luz, y en medio de él al siervo de Dios elevado en el aire. Dos cosas notabilísimas y ciertamente milagrosas se observaron en la candela que ardia en su aposento, obligado por sus enfermedades á tenerla encendida toda la noche. La pri-

mera fué, que siempre que el Negro que le servia cuidaba de preparar la vela, una sola no bastaba; pero si pasaba por las manos del P. Claver á las del Negro, como si por aquel contacto adquiriera especial virtud, una bastaba para alumbrar hasta que despuntaba el dia. La otra no menos estupenda fué, que consumida la primera vela y yendo el Negro en busca de luz para encender la segunda, al entrar de nuevo en el cuarto muchas veces la hallaba ya encendida; y preguntando al Padre muy maravillado, quién la habia encendido, «*déjate, hijo,* respondia, *déjate de preguntas y vete á descansar.*» Bien puede decirse que la enagenacion de los sentidos, los extraordinarios encendimientos del rostro, los amorosos deliquios, los éxtasis y arrobamientos acompañaban al bienaventurado Padre, cuantas veces pensaba con atencion en Dios. Hay muchísimos testigos oculares que en ocasiones diversas le vieron levantado largas horas, ya dos, ya tres, ya más palmos sobre la tierra, como si hubiera perdido el cuerpo aquella pesadez que agrava al alma, ó se hubiera ya vestido de las dotes que son propias de los moradores del cielo.

Más dadivoso se mostró Dios con su siervo, ilustrando su entendimiento con la luz de la profecia, y descubriéndole cosas muy ocultas y lejanas, sin exceptuar los secretos más recónditos de los corazones. Sólo sus profecias fueron tantas que ascienden á muchos centenares: referiremos solamente algunos casos más insignes. Es constante que en viendo á algun Negro, al punto le leia el pensamiento; le adivinaba si andaba entonces en rencores ó rencillas; conocia su mal intento de huirse á los montes ó palenques, sosegándole y poniéndole en razon para que no lo ejecutase; finalmente les recordaba los

pecados que por olvido ó por vergüenza dejaban en la confesion. A muchos enfermos peligrosos ó desahuciados les aseguró que recobrarian la salud, como les sucedió contra sus mismas esperanzas. Confesando á un esclavo de D.ª Micaela de Monterroso, muy enfermo, le preguntó el doliente con tanto miedo como sencillez, si moriria de aquella enfermedad. Respondió que no; pero que recibir los santos Sacramentos no le haria daño. Volvióle á instar; *¿Tengo cara de moribundo, Padre? No morirás ahora*, le dijo, *y antes que tú, he de morir yo;* lo cual se vió cumplido á la letra, porque el esclavo sobrevivió al Padre mucho tiempo. Reducidas al último trance doña Maria Ternera y D.ª Maria Casillas, no las permitió confesarse generalmente; diciendo á la primera, que el dia de san Diego iria á la fiesta, y que allí se confesaria más despacio; y á la segunda, que se reconciliase si tenia de qué, y que dejase la confesion general para más tarde en nuestra iglesia. Entrambas señoras, que se daban ya por muertas, alcanzaron perfecta salud, y cumplió cada una con su devocion donde el santo Padre les habia dicho.

A otros les avisaba que se previniesen con la confesion para la muerte cercana ó repentina. Supo que don Gabriel de Mentos, gobernador que fué de Santa Marta, trataba de venirse á España con su muger D.ª Teodora Banquelez, señora jóven y de excelente complexion, y al despedirse díjole el Padre con religiosa urbanidad: «*Vaya usted señora con la bendicion de Dios; pero lleve bien ajustadas las cuentas, porque despues de este viage ha de emprender otro mucho más largo.*» Ella le preguntó con curiosidad, qué viage y hácia dónde; y el Padre le significó que para la otra vida; que Dios la queria llamar á sí; que se sometiese á la voluntad divina, que todo lo dispone

para nuestro bien y que se preparase para aquella jornada. Por el camino descubrió á su marido el temor que traia y el fundamento de tenerle; y conociendo él que no era vano, se quejó muy sentidamente por no habérselo dicho en Cartagena cuando podia desistir de aquel viage, pues ya no podian retroceder estando en aquel punto de alta mar. Al fin D.ª Teodora, despues de una próspera navegacion y á pocos dias que tomaron tierra, acabó santamente su vida.

Llegó el santo Padre á casa de D.ª Mariana de Bellido, y con gran priesa hizo llamar á un esclavo viejo llamado Leon; y como andaba á la sazon fuera de casa, dejó encargado que al punto que llegase se lo remitiesen al Colegio. Vino por fin á saber qué le mandaba, y estrechándole el Padre amorosamente contra su pecho «*vamos, Leon*, le dijo, *que te confieses luego, como quien se dispone á morir.*» Rehusábalo el esclavo diciendo que se hallaba sano y robusto; pero asegurándole el santo varon que aquello convenia, se preparó y confesó con él con mucho dolor y lágrimas. Volvió á casa, cenó con gusto y apetito, recogióse á tomar el sueño, pero para despertar en la otra vida, aunque no sin el consuelo de tener al lado á su amadísimo Padre Claver que, llamado para que le asistiese, tuvo tiempo de administrarle los últimos sacramentos, despues de los cuales, plácidamente espiró en sus manos.

Dando gracias despues de la misa, se llegó al Padre don Antonio de Betancour á consultarle si partiria al gobierno de la isla de la Jamaica, resuelto á no moverse sino por su consejo. Respondióle, «*vaya en buen hora y llévese á sus hijos, mire que no los deje acá.*» Obedeció á todo; y entre tanto que estuvo ausente, se encendió la

peste en Cartagena, en la cual sin duda hubieran sus hijos peligrado. Reconoció siempre que debia al P. Claver no sólo la vida de sus hijos sino la felicidad de su gobierno, en el cual, aunque se levantaron algunos contratiempos, todo le sirvió para su medro y lucimiento.

Esparcióse por Cartagena la muerte del capitan don Faustino Rutinel, marido de D.ª Mariana de Bellido, muerto segun decian en la guerra de Cataluña. De mano en mano, se abrió camino la mala nueva hasta llegar á oidos de su esposa; la cual estaba tan vivamente afligida que sólo le daba algun alivio la incertidumbre y duda de aquel golpe. Fuéla á visitar D.ª Gerónima de Urbina, y consolándola con que quizá seria falsa aquella nueva, pues no se sabia ni el autor ni otro fundamento alguno, díjola que enviase por el P. Claver, con cuyas palabras favorables ó desfavorables, saldrian de aquella incertidumbre. Vino recado, al cual respondió el Padre. «*¿Para qué he de ir allá, si nada le puedo decir que la consuele?*» Con esto dejó de ser ya dudosa la desgracia, y á poco tiempo vinieron cartas de España que confirmaron la verdad de ella.

El capitan Pedro de Arriola, alguacil mayor del Santo Oficio en Cartagena, envió á estudiar á un hijo suyo á Salamanca; y algunos dias despues que se hizo á la vela, se fué á la celda del P. Claver á suplicarle que le encomendase á Dios. «*En eso estaba,* le respondió, *porque ahora padecen los galeones tormenta muy deshecha, pero saldrán de ella sin daño.* » Notó el capitan el dia en que le dijo esto el bienaventurado Padre, y en las primeras cartas que recibió de su hijo halló que aquel mismo dia se vieron en peligro de ir á pique. Pero el Padre Claver, que con su grande espíritu los vió desde tan lejos, pudo librarlos con la eficacia de su oracion.

Un dia que fué á decir misa al castillo de la Punta del Judío, le salió á recibir D. Antonio de Subiza, caballero del hábito de Santiago, á quien el Padre jamás habia visto, ni nadie le pudo informar quién era, porque recien llegado en los galeones aun no era conocido en la ciudad. Con todo eso, apenas le vió el santo Padre, le echó los brazos al cuello con grande amor, diciéndole que le estimaba mucho porque tenia sangre de san Francisco Javier; de lo cual se admiró extrañamente D. Antonio, ignorando por donde pudo saber el Padre la noticia. Aquellos brazos que tantas veces estrecharon á los pobres en quienes reconocia á Cristo, esta sola por ventura estrecharon á una persona de calidad, porque reconoció en ella á un grande Apóstol é imitador de Jesucristo Señor nuestro. A D. Juan de Uriarte Araoz, penitente del P. Claver, se le moria una hija, primero y único fruto de su matrimonio, pérdida dolorosa para sus padres á la medida del cariño con que la amaban. Fué volando á encomendarla al santo Padre, confiando que con sus oraciones le habia de asegurar la vida de su hija. Pero él en viendo á D. Juan y antes de darle lugar á que hablase, le dijo: *nó, nó.—¿Qué me quiere decir vuesa Paternidad con no, no,* replicó el caballero? *¿Piensa que vengo á confesarme?* «*No,* respondió el Padre, *sino á que encomiende á Dios á su hija. Dèle gracias á Dios; déselas muy cumplidas, de que la quiere para el cielo; no le he de decir la misa porque no es necesario.*» Quedó pasmado el caballero de que le hubiese conocido el pensamiento, antes de declararlo; y para averiguar si pudo tener indicios de él por algun aviso adelantado de su misma casa, examinó á todos los de ella; y ninguno se halló, que hubiera dado noticia al Padre Claver del peligro, ni aun

de la enfermedad de la niña. Murió aquel dia, trocándose en gozo el desconsuelo de sus padres, con lo que el santo varon les dijo.

Habiéndose casado Francisco Martin á disgusto de los hermanos de su muger, experimentó en ellos lo que sucede comunmente en casos semejantes, desvio, ceño, y desamparo. Ellos ricos y él pobre, era mucho lo que padecia, no cogiendo sino desprecios, donde esperaba encontrar alivio. Fué con su afliccion al bienaventurado Padre, que le animó grandemente á la paciencia y confianza en Dios; asegurándole que le llenaria de prosperidades en premio de sus trabajos; y que él habia de verle muy rico y decirle entonces: «*Acuérdese vuesa merced de lo que le dijo el P. Claver:*» así sucedió todo, porque uno de los dos cuñados, á la hora de la muerte dispuso á favor suyo de la mayor parte de su hacienda, y el otro le cedió tambien la parte que le cabia, con lo cual llevó Francisco la herencia del difunto por entero y entró en su casa la abundancia y la felicidad.

Estando el P. Claver para decir misa, le pidió Pedro de Calderon que encomendase á nuestro Señor en ella á Diego Martinez de Olivares, suegro suyo; porque en muchos dias no habia tenido noticia de él, y temia con fundamento no peligrase su vida en Santa Cruz de Monpox, inficionada entonces de la peste. Respondióle que no temiese porque su suegro estaba bueno y le veria presto en la ciudad. El entonces llevado del júbilo, *¿qué me dice, Padre, y eso es cierto?* replicó: reparando el siervo de Dios en su admiracion, templó su respuesta, no dándale seguridad, sino exhortándole á confiar en Dios, que le daria salud para con ella poderle servir y restituirse á casa. Con todo eso, quedó Pedro de Calderon

tan regocijado como si ya le viera; y en efecto, no tardó mucho el cumplimiento de esta profecia, porque á los tres ó cuatro dias vino Diego Martinez alegrándolos á todos con su feliz llegada.

En la última enfermedad del Alcaide ó Castellano D. Agustin de Barahona, le fué á visitar una tarde el P. Claver con quien deseó reconciliarse para aumentar la gracia, como solia con todos los sacerdotes que le visitaban. Estuvieron hora y media á solas; y juzgando D.ª Francisca Zurbano su muger, y su hijo el capitan D. Pedro de Barahona, que conversacion tan larga no seria ya de confesion, movidos de la curiosidad se pusieron á escuchar tras las cortinas de la cama. Llegaron á tiempo que hincado el P. Claver de rodillas y puestas las manos ante el pecho, rogaba al enfermo que le diese palabra de encomendarle á Dios cuando en el cielo se viese en su presencia, á la cual dichosamente llegaria el dia despues. Diósela el enfermo y por prenda de que la cumpliria le abrazó estrechamente. Oyendo la muerte tan cercana de su marido, empezó á llorar D.ª Francisca; pero su hijo la consolaba con las esperanzas que de su vecina gloria daba un hombre tan santo como el P. Claver. Murió el enfermo al siguiente dia, trocando la vida temporal por la eterna, anunciada por el santo Padre con igual certidumbre que le habia intimado su muerte.

De la peste que cesó en Cartagena despues de horrible estrago, predijo que retoñaria el siguiente año; y de una armada que se prevenia en España para el Brasil, que no tendria buen suceso. Entrambas cosas vió Cartagena bien á costa suya realizadas; porque la peste repitió la pasada mortandad, y la armada quedó deshecha en su mismo puerto. En ella iba el conde de Castelma-

yor, y prendado del agasajo que se le hizo en la ciudad, intentó con traicion apoderarse de ella y ganarla para Portugal. Pero la vigilancia de D. Antonio Maldonado, á cuyo cargo estaban las armas y defensa de Cartagena, pudo penetrar en los designios del conde; con lo cual le fué fácil á su gran valor atajarle, prendiéndole á él y á todos los conspiradores, bien que logró el conde fugarse, costándoles la vida al sargento y mulato que le favorecieron.

Fueron muchas las cosas que profetizó el Padre Claver á D.ª Gerónima de Urbina y á D.ª Isabel y doña Juana sus hermanas, que en vida y muerte veneraron al bienaventurado Padre con afectuosa devocion. Afligida una vez D.ª Gerónima le dijo confesándose, que no le bastaban las fuerzas para tantos hijos como Dios la daba; que tenia dos amas en casa y que luego habria menester otra tercera para el que traia en las entrañas. Respondióla el Padre *que no seria así; porque el niño que llevaba entonces, aunque saldria á luz, presto moriria, no deteniéndose en la tierra sino á recibir el bautismo y con él los derechos para entrar en el cielo.* Nació en efecto y murió poco despues de bautizado. Habiéndola confesado un jueves, la dió en penitencia que encomendase á Dios á los esclavos que tenia en el cultivo de una estancia; y añadió con notable ternura: *¡Y aquel pobrecito, y aquel pobrecito, como un mártir!* Entró en gran cuidado de lo que habria sucedido; y con el barco de los frutos que vino de allí á ocho dias, supo que casi á la misma hora en que el compasivo Padre se lamentaba, padecia un esclavo enfermo el rigor de un cepo además de una dolencia mortal que le acababa. Sintióse herido de ella aquella misma mañana; y el mayordomo echándole de menos

en el trabajo, y sospechando que lo fingia por holgar, le hizo sacar por fuerza de su choza para castigarle en la prision. Entonces conoció que verdaderamente se moria porque además de la enfermedad, vínole un accidente de pasmo, á causa de los malos tratamientos de los que le traian preso.

D. Pedro de Estrada, marido de esta señora, tenia un esclavo muy antiguo llamado Sebastian á quien su madre deseaba poner en libertad mientras el hijo quedaba en servidumbre. Valióse la madre del esclavo de muchas intercesiones, pero sin efecto; por último recurrió al santo Padre Claver, el cual confesando un dia á D.ª Gerónima la dijo: *¿No libertaríamos á Sebastian?—No, Padre,* respondió: *porque haria grande falta á su amo.* —El entonces: *pues sepa vuesa merced que ya no ha de serles de provecho.* Al poco tiempo, le acometió al esclavo una gota coral tan reciamente, que le dejó del todo lisiado; con que, perdida la utilidad de tenerle en casa, vinieron sus amos en libertarle.

Poco antes de Cuaresma entró el Padre en casa de D.ª Gerónima, donde halló á su hermana D.ª Juana y en viéndola, le dijo: *En verdad, que esta cuaresma no ha de haber guardainfante;* y así fué porque desde el primer domingo de ella hasta el de Ramos, estuvo enfermo el capitan Juan de Urbina, padre de aquellas dos señoras; y D.ª Juana tuvo que asistirle de contínuo, desembarazada de aquel trage que solia por entonces llevarlo muy lucido. En el decurso de la enfermedad, dió al enfermo como á las siete de la noche un fuerte desmayo, en que temieron se moria. Acudió á confesarle el Padre Sebastian de Morillo llevando por compañero al Padre Claver. Trató-se despues de darle el viático, á que se opuso el médico,

juzgando que no habia necesidad de traerlo tan á deshora. Afligió mucho á D.ª Gerónima que se dilatase, temiendo que moriria su padre aquella noche. Pero el Padre Claver le quitó el temor asegurándola que no era tiempo; y señalando con la mano una parte de la pieza donde nunca se habia dicho misa ni se pensaba en tal cosa, añadió, *que allí se habia de celebrar misa muchos dias, y que el siguiente empezaria él á celebrarla.* Así fué, porque pasaron muchos dias hasta su muerte, y en todos ellos se ofreció el santo sacrificio donde el Padre habia señalado. Un domingo á la tarde le sobrevinieron grandes vómitos, sobre los otros accidentes; y á la mañana se fué D.ª Gerónima á pedir al Padre Claver que favoreciese á su padre con oraciones, porque se hallaba en grande aprieto. *¿Quién,* la dijo dando dos palmadas en un bufetillo que tenia delante del confesonario, *aquel santo Job? Así fuera yo cómo él: gran corona le tiene prevenida Dios en el cielo: esta será su Semana Santa.* Y aquella fué su Semana Santa, porque al principio de ella en el domingo de las palmas acabó dichosamente sus dias.

A D. Lope de Estrada hijo de esta señora, castigó su maestro por haberse descuidado en la leccion: sintiólo amargamente el muchacho porque el hábito que traia de Santiago, le pareció que debia eximirle de aquel castigo. El sentimiento de su honor lastimado le llevó al convento de San Diego, con resolucion de entrarse religioso: con este amago queria manifestar su pesadumbre. Visitando por entonces el P. Claver á doña Gerónima su madre, le dió cuenta de lo que pasaba con su hijo, y que aunque tendria á mucha dicha que él y los demás eligiesen camino tan santo, no le parecia aún sazonado para tan alta profesion, siendo tan muchacho y sin saber no-

minativos. «*D. Lope*, dijo el Padre, *no será religioso; más lo serán los otros dos hermanos suyos.*» Pero lo maravilloso fué, la manera cómo todo se cumplió. Porque andando los dos en deseos de abrazar el estado religioso, negábales la licencia su padre D. Pedro de Estrada, no viniendo en ello si habia de otorgarla á los dos hijos. Pero Dios allanó todas las dificultades. Mozo entonces don Lope se embarcó para servir al Rey en la Capitana de aquella bahia nuevamente fabricada, que hacia su primer viage á la Isla de santa Catalina. Al tomar puerto, topó desgraciadamente en un escollo haciendo tanta agua con el golpe, que estuvieron todos para ahogarse. Las nuevas de este suceso llegaron alteradas á Cartagena, confirmándose cada dia con lo que veian en la playa; tablas, maronas, despojos que sobrenadaban por la costa; y hubo quien dijo, que reconoció las gavias de la nave. No es creible la confusion que reinaba en toda la ciudad, porque todos tenian que llorar en aquella pérdida. La muger del piloto D. Pedro Luis de Almeyda, dando por muerto á su marido, se fué al P. Claver hecha un mar de lágrimas, pidiéndole que lo encomendase á Dios. «*No se aflija ni llore la dijo el Padre, que aunque la nave ha padecido nadie se ha ahogado.*» Y á doña Gerónima de Urbina, que estaba con igual dolor con la suerte de su hijo D. Lope, la aseguró que le veria presto. Sin embargo, como era tan universal la consternacion, no fué tan fácil disuadir de aquella desgracia á los que tenian prendas en la nave. Hacíanse en todas las iglesias devotas rogativas; y en la nuestra era numerosísimo el concurso, con ocasion de haberse colocado nuevamente la imágen del Cristo de la Espiracion. Orando pues delante de ella D. Pedro de Estrada, ofreció á Dios, que si le venian

felices nuevas de su hijo D. Lope, daria luego el beneplácito para que los otros dos se hiciesen religiosos. A la misma puerta de la iglesia le estaban aguardando cartas de D. Lope; y porque no se le dilatase el gozo el breve tiempo que habia de estar en leerlas, díjole el que las traia, al dárselas, que su hijo quedaba con salud, y la nave en salvamento en Puertobelo. Volvió á rendirle á Dios las gracias, y á ratificarse en su promesa. Dispuso que se cantase luego con toda solemnidad y con la música de la Catedral el *Te Deum Laudamus*, en la capilla del santo Cristo. Era noche de *ejemplo* en nuestra iglesia y la gente que acudió, infinita; dió la nueva el predicador, de que la nave estaba en salvo; con que el regocijo en la ciudad, fué á la medida del sentimiento que habia producido la nueva del naufragio. Vióse cuán cierta habia sido la profecia del P. Claver; y D. Pedro de Estrada en cumplimiento de lo prometido concedió licencia á sus hijos para que entrasen en la Compañía de Jesús, como lo hicieron.

Mas el P. Claver que profetizó ahora la vida de don Lope, á poco tiempo pronosticó su muerte. ¡Tan asidos andan y casi tocándose los pesares á los gustos en esta miserable vida! Vino este caballero á España, y hallándose en ella cuando Barcelona estaba sitiada, no le permitieron las obligaciones de su sangre que faltase al sitio. Un dia, pues, confesando el P. Claver á su tia doña Isabel de Urbina, la dijo que la muerte de su sobrino retoñaria por Noviembre; y sin más explicacion la dejó en gran cuidado. Otro dia que la halló con doña Gerónima su hermana, les dijo lo que muchas veces habia repetido á doña Gerónima: *Por Octubre, por Octubre*. Cada una temió que la amenaza era contra si, porque cuan-

do pronunció el Padre aquellas palabras, miraba ya á la una ya á la otra con semblante triste. Pero ¿qué mucho si tocaba á entrambas aquella desgracia? Sucedia esto por Agosto; y por Noviembre de aquel año, en la armada que llegó de España, vinieron cartas en las cuales se daba cuenta de que á siete de Octubre del año antecedente habia muerto D. Lope sobre el sitio de Barcelona; profetizando el P. Claver el mes en que sucedió la muerte, y el mes en que habia de llegar la noticia de ella.

Pidiéndole al P. Claver que encomendase á Dios nuestro Señor al P. Francisco de Urbina que enfermó de peligro en Panamá, cuando del Perú bajaba á Cartagena; respondió: «*Estén sin cuidado que luego llegará con entera salud, y nos mandará á todos en el Colegio.*» Llegó como lo dijo y luego le nombraron Ministro de nuestra casa.

Cuando era Maestro de novicios, los entendia antes que le hablasen, y atajaba con la respuesta lo que traian en el corazon para decirle. Nada se atrevian á ocultarle, por no hacerse reos de poca sinceridad, persuadidos que no podian tener retrete tan escondido en el alma, adonde no penetrase la vista de su santo Maestro.

A una religiosa descalza le mandó el confesor que comunicase al Padre Claver ciertas cosas que le pasaban por su espíritu. Prometiólo ella; pero estando en el confesonario con el Padre, se resolvió á callarlas, desviando la consulta á otras materias. Al despedirse, la reprendió por su poca obediencia en no darle razon de lo que se le habia mandado. Quedó atónita, y reconociendo el espíritu de Dios que moraba en el bienaventurado Padre, le confesó su culpa y le comunicó lo que quiso encubrirle contra el mandato de su confesor. En el mismo Monasterio servian de puertas adentro cuatro Negras de gran

virtud, al fin como labrada con la disciplina y el ejemplo de aquellas santas religiosas. Estimábalas mucho el Padre Claver, y siempre que iba las llamaba para decirles algo de edificacion. Un dia se puso á escuchar la plática cierta monja, desde donde ni veia al Padre ni éste podia verla. Murmuró en su corazon y juzgó de poco á propósito aquel razonamiento: mas presto quedó desengañada de que sabe menos una muger de lo que piensa. No bien habia formado aquel juicio, cuando rompiendo el Padre el hilo del razonamiento que seguia, la respondió como si la oyera. «*Yo no digo esto para las Blancas, sino para las Negras.*» Asombrada y confundida la religiosa, no dudó que quien le habia conocido su interior para reprenderla, conoceria bien lo que habian menester aquellas almas para instruirlas.

Entró el Padre Claver en una tienda de platería, cuyos oficiales el dia antecedente, con ocasion de un jubileo universal, se habian confesado todos menos un mancebo más libre y desembozado. Díjole el Padre: «*Tú sólo no te has confesado.*» Persuadido el mozo de que nadie se lo pudo avisar ni seria fácil convencerle, dió en negarlo porfiadamente. Pero el Padre dándole algunos golpecitos en la cabeza con una llave que traia, le replicó: «*No mientas, no mientas, y confiésate cuanto antes.*» Quedó el mozo atajado, y tan temeroso que luego fué á echarse á los piés de un sacerdote para confesarse y ganar el santo jubileo. En adelante siempre que encontraba al Padre Claver, le cogia un miedo y reverencia grande, como quien le veia hasta lo más secreto del corazon; y el mismo efecto hizo este caso en D. José de Villalobos, que se halló presente y lo depuso.

A una mora de costumbres notoriamente corrompi-

das y obstinadísima en su mal vivir, le predijo un horroroso y cercano castigo. Una y muchas veces le habia ofrecido ponerla en salvo; mas ella astuta se excusaba siempre con vanos pretextos. Frustrada toda tentativa, la dijo finalmente: «*Ea pues, sigue enhoramala haciéndote sorda á los llamamientos de Dios, que dentro de poco nos veremos.*» La amenaza fué una profecia, y la profecia en menos de dos semanas llegó á ser historia; pues asaltada la impúdica muger de un furioso accidente, con el cómplice de sus escándalos al lado, murió en desgracia de Dios.

Un jóven disoluto fué á buscar al Padre Claver, más por temor de sus padres que por voluntad propia, y le suplicó que le confesase. «*¿Y por qué no?* respondió el Padre. *Pero y tú, ¿por qué no vienes preparado? Vete al pié del altar, disponte primero, y luego vuelve.*» Hecha una breve oracion, hé aquí que se le presenta de nuevo el jóven, y penetrándole lo íntimo del corazon, «*hijo mio,* le dijo, *con Dios no se juega, tú estás ahora mismo menos dispuesto que antes. ¿Es posible que no quieras apartar de tu imaginacion aquella muger?*» Y al decir esto, tomándole por la mano le llevó delante del Santísimo Sacramento, y rezaron juntos cinco *Padre nuestros* y otras tantas *Ave Marias*. Dicho y hecho: desde aquel punto quedó el jóven enteramente trocado. Concibiendo de repente un grande horror de sus culpas, con lágrimas en los ojos y contricion en el corazon se confesó, y no volvió á pensar en tal muger, como si jamás la hubiera conocido.

Doña Constanza de Luna habia dado á luz en un parto dos niños, los cuales por un mes entero no cesaban de llorar dia y noche con gran molestia de toda la familia, sin que se pudiese atinar con la causa de tanto

lloro. Acudieron al P. Claver como á hombre, por dicho comun, singularmente ilustrado de Dios: quiso verlos y «*¿son estos*, dijo, *los picaruelos? ¿Y dónde está el agua para bautizarlos?—Padre*, dijeron, *los bautizamos ya recien nacidos.—Sí, pero mal,*» respondió el Padre. En efecto, examinada la muger que los bautizó, se halló que el error cometido era esencialísimo, y el sacramento sin duda nulo. Renovó el Padre sobre ellos el bautismo, lo cual bastó para aquietarlos y restablecer la tranquilidad en toda la casa.

A Manuel Fernandez, jóven de grandes esperanzas, persuadió el siervo de Dios que dejase el siglo y vistiese el hábito religioso porque moriria en tal mes de tal año. Con esa profecia que sabia él solo, prosiguió Fernandez sus estudios por muchos años en Santa Fé, hasta que graduado en ciencias, volvió maestro á Cartagena cuando no vivia ya el P. Claver, y allí más tarde llamado del Señor entró en la religion de san Francisco. A los pocos meses de noviciado enfermó, y porque el mal era grave y amenazaba recrudecerse más todavia, trataban los superiores de enviarle á curarse á casa de sus padres: más él, «*no, no*, dijo, *es inútil pensar en eso, debiendo yo morir en este año y en este mismo lugar, puntualmente el mes que viene. Así me lo vaticinó mi santo Padre Claver, y así sucederá ciertamente.*» Verificóse así en efecto, acabando la vida en aquel mismo mes con religiosísima muerte.

Pasando un dia por delante de una casa, avisó á los que estaban dentro que salieran sin tardanza, si no querian quedar sepultados entre sus ruinas. Salieron todos inmediatamente, y apenas estuvieron fuera se hundió la casa parando en un monton de piedras. Así tambien salvó la vida á un buen hombre que le habia hospedado

durante una mision, pagándole su caridad con este beneficio. Al tiempo de marcharse el Padre se lo llevó con toda su familia no sé con qué pretexto; pero bien conocieron la merced cuando supieron que, desembarcando unos corsarios en aquella tierra, la habian saqueado, despues de pasar á cuchillo á todos sus habitantes. Con el mismo espíritu profético avisó á una poblacion entera, que buscasen asilo en otra parte si no querian perecer; porque entrarian en aquella misma noche los ingleses, decididos á asolar todo el pais á sangre y fuego. Causó extrañeza el anuncio, no habiendo noticia alguna de que surcaran á la sazon ingleses por aquellos mares; mas el hecho comprobó la verdad del pronóstico. Entraron aquellos ladrones antes del dia, é incendiaron toda la poblacion, excepto una sola casa, sin duda por haber sido habitada y bendecida por el P. Claver.

En un negocio de mucha importancia, que á nadie se atrevió á fiarlo D. Diego de Villegas, andaba muy perplejo y tenia consigo mismo frecuentes consultas y debates. Un dia al salir de nuestra iglesia y al tomar agua bendita de la pila vecina al confesonario del P. Claver, dejando éste la confesion que estaba oyendo, se fué á encontrarle, y algo alterado el rostro le dijo con imperio: «*Deje aquello, déjeselo á Dios, y no le enojemos.*» Entendió luego que lo decia por lo que llevaba á solas con su pensamiento; mas para mayor averiguacion, se detuvo á conversar con el Padre. Preguntóle: *¿qué era lo que habia de dejar?* y el santo varon, sereno ya el semblante, le explicó todo el secreto de su pecho, rogándole que se olvidase de ello. No pudo dejar de obedecerle, juzgando que Dios le hablaba por su boca. Salióse de la iglesia sin atreverse á levantar los ojos á mirarle.

CAPÍTULO IX

GRACIAS EXTRAORDINARIAS Y ALGUNOS DE LOS MILAGROS QUE OBRÓ DIOS POR LOS MÉRITOS DEL P. CLAVER, EN EL DISCURSO DE SU VIDA

INNUMERABLES fueron las gracias extraordinarias que obtuvieron del Señor los merecimientos del Padre Claver y la eficacia de sus oraciones, singularmente en bien de los pobres y enfermos. Y aunque se esforzó este humildísimo varon en ocultarlas, haciendo que se tuviesen por efectos naturales de algun remedio de suyo desproporcionado y tal vez contrario, ó atribuyendo la gloria á algun Santo invocado por él con este objeto; no pudo ocultarse tanto que no entendiesen todos de qué mano venian aquellas gracias, y cuyo brazo era el que obraba tales maravillas. Muchas quedan esparcidas por esta historia, como las ha ido ofreciendo la ocasion de los ministerios que le hemos visto ejercitar: escribiremos aquí algunas de más notables circunstancias, porque contarlas todas fuera casi imposible.

En las horas en que más reciamente abrasa el sol en Cartagena, salia Francisco Lopez á recoger limosna para la cera del Santísimo: tiempo el más oportuno para hallar en casa á los que han de darla, pero el más peligroso para andar por aquellas calles. Por ser su padre ma-

yordomo de la Hermandad, le pertenecia aquel cuidado é hizo generoso sacrificio de su vida por cumplir con su devota obligacion; porque contrajo una tan grave enfermedad que á pocos lances le puso á las puertas de la muerte. Entre los temores y esperanzas de si estaba ó no muerto, fué á llamar al P. Claver el Licenciado Pedro de Mercado, hermano de doña Juana de Mercado madre del enfermo. Vino el Padre y hallándole sin movimiento ni señal de vida aun apretándole con fuerza el dedo meñique, confiadamente dijo «*que el Señor en cuyo servicio habia perdido la salud, se la daria; y que haber dejado crecer la enfermedad hasta el último aprieto, era para realzar el beneficio: que le echasen una esponjuela, pues aun no era muerto.*» Un Negro, por nombre Manuel, de grande experiencia en todo género de enfermedades, se opuso á este dictámen, porfiando en que el enfermo estaba ya sin vida. «*No lo está*, replicó el santo Padre, *y pruébese el remedio.*» Es este de las esponjuelas tan violento como eficaz, y sólo sirve para casos desahuciados, en que si no aprovecha su eficacia tampoco daña su violencia. Mientras se ponia en ejecucion la órden que dejaba, se volvió á casa á encomendar á Dios el resultado de la medicina. Ningun efecto hizo aquel remedio más que si fuera difunto, con que se ratificó el Negro en que ya lo estaba; y luego toda la familia soltó las riendas al dolor sin ninguna esperanza de su vida. Volvió el Licenciado Pedro de Mercado á buscar al santo Padre, más para consuelo que para remedio de lo sucedido. Pero él sonriéndose «*¿por qué lloras*, le dijo, *como muerto á tu sobrino? Ea, volvamos allá; que la esponjuela habia perdido ya la virtud y se ha de hacer con otra la experiencia.*» Fueron en efecto; y de cinco esponjuelas que le mostraron, es-

cogió una, bendíjola y revolvió el agua con sus mismas manos, y habiéndola recibido, no sé si diga el muerto ó el enfermo; obró tan activamente, que dió un suspiro al poco rato con demostraciones de gran fatiga. Regocijáronse todos los presentes de no haberle perdido, y entregados al júbilo por haber recobrado al que creian muerto, los dejó el santo Padre sin despedirse, huyendo de las voces que empezaban á levantarse de, *milagro, milagro*. No hubo quien por tal no lo celebrase, porque el enfermo recobró la salud apresuradamente y por entero. Si llegó á morir como creyeron todos, ya se vé que no pudo aquel remedio darle la vida; y que hacer tanto hincapié en que no la habia perdido, fué para ocultar el prodigio de resucitarle. Si no murió, tampoco era bastante aquel remedio á darle tan presto la salud; ni habia de aplicarlo el P. Claver, si no quisiera esconder con aquella medicina la eficacia de su oracion que le sanó.

En casa de D.ª Isabel de Urbina llegó á estar de todo punto desahuciada su hermana D.ª Juana, sin haber podido todos los remedios quebrantar la fuerza de un malicioso tabardillo. En todos sus trabajos, era el consuelo de esta señora el Padre Claver; y porque entonces cargado de años, y más de achaques no podia salir de casa sino en brazos agenos, le envió D.ª Isabel una silla de manos, suplicandole que fuese á consolarlas; á la enferma para endulzarla la muerte que esperaba, y á ella el golpe que temia de su pérdida. Fué el santo varon, y despues de haberlas esforzado con sus celestiales palabras, sacó para la enferma no sé qué conserva; y aunque ella ya no podia pasar sino algun trago de sustancias desleidas, con la fe que en la santidad del venerable Pa-

dre tenia su hermana, la animó á que tomase un bocadito. En tomándole, dijo el Padre á D.ª Isabel: «*Ya vuesa merced no tiene que temer de que se muera su hermana; porque ya la muerte ha pasado, como cuando pasa la corriente de un rio muy caudaloso;*» y con esto se despidió para volverse á casa. Fué tan grande la seguridad que le dejó á D.ª Isabel, de que la enferma no habia de morir entonces, que mandando el médico la trajesen la Extremauncion, porque corria prisa, nunca vino en ello; con más confianza en lo que el Padre Claver la aseguró, que temor de lo que el peligro la amenazaba. Vióse presto la eficacia que recibió aquella conserva de la mano por donde vino, porque empezó luego á mejorar D.ª Juana y en breve tiempo recobró la salud.

Un efecto enteramente contrario por lo que hace á la salud del cuerpo, pero más provechoso á la del alma, produjo otra visita del Padre Claver á la susodicha D.ª Isabel. Herido del contagio D. Hipólito de Salazar, su esposo, en el Castillo de la Punta del Judio, de donde era Castellano, enviaron un coche para que fuera allá el Padre Claver; el cual acudió prontamente, llevando consigo una imágen del santo Hermano Alonso Rodriguez. A su vista se alegró extraordinariamente el enfermo, estampó en ella tiernísimos ósculos, y con ella se signó la frente y el pecho muchas veces, ofreciéndole si le alcanzaba la salud, quinientos pesos para gastos de su canonizacion. Díjole un Evangelio el Padre, y todos los de la familia le rogaron que le encomendase de corazon á Dios. Nada bastó para que no muriese D. Hipólito, con el dolor de todos los que conocian sus amables prendas. Hizo grande llaga en el corazon de D.ª Isabel; y desconsoladísima corrió á dar quejas al siervo de Dios y des-

hecha en llanto, *¡ay amado Padre mio*, le dijo, *yo no esperaba eso de vos; si no queriais encomendar á mi marido, ¿á qué prometérselo?—Sí que le he encomendado*, respondió el Padre Claver, *y el Hermano Alonso, pidió á nuestro Señor con muchas veras su salud; pero díjole su Magestad, que convenia que muriese, porque nunca estaria mejor dispuesto que ahora. D. Hipólito ha muerto, pero sabed que se ha salvado.*» Quedó grandemente consolada la piadosa señora, y llevó gustosamente los trabajos de su viudez con el gozo de la buena dicha que cupo á su marido.

Llamado el P. Claver á bautizar una criatura, enferma de peligro en casa del Receptor Andrés de Castro, reparó que el agua prevenida para el bautismo estaba fria, y pidió que se calentase para que no le hiciera daño. No habia fuego en casa, ni era fácil encenderle con la presteza que el caso requeria; pero como siempre ardia en el corazon del P. Claver, como en el Santuario, el fuego del amor divino, hizo con los dedos la señal de la cruz, y revolviendo el agua, la calentó de suerte que pasó el calor á la fuente de plata que la recibia, y de ésta á las manos de D.ª Maria de Fonseca, muger del Receptor.

El segundo dia de Pascua de Resurreccion, sacó para decir misa una casulla de lana blanca con forro de tafetan carmesí; y al dar la comunion, absorto en el Señor que llevaba en las manos, tropezó en la lámpara tan desgraciadamente que vertió todo el aceite en la casulla. No es creible el sentimiento que tuvo el sacristan, viendo destruido el ornamento más rico de la iglesia; y así como se desnudó el Padre, se desahogó contra él con la licencia que le daba su buen celo. No abrió los labios el humildísimo varon, conociendo que le habia dado, si bien involuntariamente, harta causa para el desconsuelo.

Púsose aparte la casulla porque no cundiese la mancha á las demás; y pasado algun tiempo, sin habérsele aplicado más remedio que dejarla por inútil, se halló tan limpia como si entonces se cortara de la pieza. No sé si la admiracion del sacristan ante aquel prodigio fué mayor que el gozo de ver restaurada su preciosa alhaja que daba por perdida.

Aunque es de menos maravilla el curar milagrosamente las llagas, que el lamerlas con la caridad y frecuencia con que lo hacia este varon santo, quiso Dios que acreditasen los prodigios, cuán agradable le era acto tan heróico. Despues de haber besado devotamente las llagas hediondas y podridas á dos hombres y saboreádose en lamerlas, se las dejó curadas. Visitaba á uno de ellos el Dr. Adan Lobo, y hallándole en la calle cuando iba á reconocerle las llagas le riñó por aquella salida; á lo cual satisfizo el buen hombre con mostrárselas completamente curadas. Admiróle aquella cura tan repentina, hasta que le informó de quién habia sido el médico y de la manera cómo le habia sanado; porque entonces no se extrañó por el concepto que tenia de su gran virtud. No fué menos patente y maravilloso el milagro que en el otro hizo; porque las llagas de que le sanó eran añejas, que en el clima de Cartagena son comunmente incurables.

A Lorenza de los Reyes vecina de nuestro colegio se le moria de hemorragias una esclava antigua cuya falta sentia la señora por hallarse con pocas en su casa tan diligentes y hacendosas. Fué el Padre Claver á confesarla, y dada la absolucion, la dijo con apacible imperio: *María, levántate y sirve á tu señora.* Obedeció al punto libre ya del achaque y sin flaqueza en el cuerpo, quedan-

do atónitas y agradecidas así el ama como la esclava.

En casa de D. Francisco de Silva se halló tendida en tierra una esclava con todas las señales de difunta, y con gran dolor de sus amos que sentian sobre todo, que no hubiera recibido el bautismo antes de morir. Informado el Padre Claver del funesto acontecimiento, se dirigió á la casa; y al verle entrar, exclamaran desconsolados los señores: *¡Ay Padre, qué gran desgracia! ¿Quién lo habia de decir?*—*Y qué*, respondió el Padre Claver, *¿está por ventura abreviada la mano de Dios? Confiad en él: ¿Dónde está la esclava?* Despues de breve oracion, la llamó por su nombre con voz imperiosa, y la preguntó si queria bautizarse. Abrió los ojos á la pregunta y respondió al punto que sí. Pasmados quedaron los circunstantes á vista del suceso, movidos unos de gozo, otros de devocion, y todos de un sagrado estupor. Pero mucho más creció la maravilla cuando apenas recibido el bautismo, para el cual estaba ya bien instruida, se levantó en pié por sí misma, curada igualmente en el alma y en el cuerpo. Mas no paró aquí el podigio. Terminada la ceremonia del bautismo, habia mandado el siervo de Dios que no se tirase el agua de que se habia servido, y no sabiéndolo un criado hizo uso de ella para regar un tiesto que tenia tierra y algunas plantas enteramente secas de cinco ó más meses. Esto bastó para que á pocos dias reverdeciese el tiesto y brotase hermosísimas y fragantes flores; cosa que jamás pudo conseguir con otros semejantes, aunque rociados repetidas veces con agua comun y ordinaria.

Desconfiando de la medicina el capitan Francisco Caballero para la cura de un tabardillo que le obligó á recibir los sacramentos, apeló á los remedios celestiales,

disponiendo que todas las Religiones fuesen por órden á decirle misas en su casa. De la nuestra iba el P. Claver; y al tercer dia despues de haberla celebrado se llegó al enfermo y le dijo: «*Vuesa merced dé muchas gracias á Dios, y séale siempre agradecido; porque en su enfermedad ha obrado más la oracion que la medicina.*» Aquella mañana se halló repentinamente con alivio y con un aliento que no habia experimentado en todo el discurso de su enfermedad. Consiguió en breve la salud, no dudando que la debia á las fervorosas oraciones del P. Claver, cuyas palabras le quedaron muy impresas en el corazon.

Una turba de Negros estaban sentados en el brocal de un pozo, mientras uno de ellos sacaba agua, cuando sobreviniendo un deshecho temporal, cayó de repente allí mismo un rayo que produjo una consternacion horrorosa. Rota la garrucha se fueron al fondo la soga y el caldero llevando tras sí al pobre Negro. Todos los demás derribados en tierra, quedaron como muertos. Corrió la noticia de la desgracia, y acudió infinidad de gentes al socorro de aquellos infelices, llevando consigo un médico. Por más remedios que aplicó, no consiguió siquiera que uno de tantos recobrase los sentidos ó diese señales de vida, y menos que todos, el Negro que habian sacado ya del pozo. En esto, llegó el P. Claver, avisado no se sabe cómo ni por quién, y viendo aquel lastimoso espectáculo no pudo contener las lágrimas. Con los ojos clavados en el cielo, pidió al Padre de las misericordias diese vida á aquellos sus queridos hijos, y luego extendiendo su manteo, tan milagroso como la capa de Elías, fué cubriendo con él uno por uno á todos aquellos desgraciados. Con aquel contacto no parece sino que se infundió en aquellos cuerpos insensibles, un espíritu de vida como

en los huesos vistos por el Profeta Ezequiel; pues comenzaron á rebullirse, despertarse y ponerse en movimiento, hasta que se levantaron tan robustos y ágiles como si ninguna cosa les hubiera sucedido.

Dos veces hirió el contagio á D. Vicente de Villalobos, y la segunda con más furor que la primera. La inapetencia grande, el desvelo continuo, los accidentes todos tan mortales, que su muger y toda la casa le lloraban ya y daban por muerto. A esta sazon vínole á visitar una muger, y le refirió que teniendo ella una esclava muy enferma, habia recobrado la salud con unas tajadas de plátano asado aplicadas á la cabeza, segun la receta que le dió el bienaventurado P. Claver. Al nombre de médico tan conocido y venerado por el prodigio de la Negra resucitada en la misma casa de D. Vicente, como en el segundo libro referimos, entró en deseos de la medicina, diciendo que cosa recetada por el P. Claver no dejaria de serle provechosa. Mas ¿qué podian unos trozos de plátano para un contagio metido en las entrañas? En fe de que era remedio dado por un santo, quiso este caballero que se lo pusiesen en la cabeza y frente: y el efecto fué que despues de un sosegado sueño se halló despierto el apetito y libre totalmente de la enfermedad. Prodigio bien extraño que sin tener más parte el P. Claver en la receta, que haberla ordenado una vez, no tanto para remedio como para disimular el milagro, bastaba para dar salud á cualquiera que se la aplicase en nombre suyo.

Escaseaban mucho en Cartagena algunas frutas propias del pais; y se le antojó á un enfermo del hospital de San Sebastian que si le daban de ellas curaria: pero por más que mandó buscar el Prior por todas las plazas, no fué posible hallarlas. Comunicó su necesidad con el

P. Claver, que á la sazon servia á los enfermos, y esto bastó para poner en movimiento al varon santo: «*Fiese V. de mí*, dijo al Prior, *que yo iré por ellas.*» No habia pasado media hora, y ya estaba de vuelta con un gran canastillo de aquellas frutas, cosa que llenó á todos de pasmo, persuadidos que la habia alcanzado de Dios de un modo milagroso. Otro caso no muy desemejante sucedió á una muchacha negra que llevaba á la plaza pública una canasta de huevos para venderlos; la cual encontrándose con un pilluelo, sin saber por qué le descargó éste en la cara un bofeton tan terrible, que cayendo al suelo la canasta no quedó huevo sano. A tan desagradable acontecimiento prorumpió la muchacha en descompasados gritos, y alborotó toda aquella calle. Movido á compasion el P. Claver, que acertó á pasar por allí, se acercó á ella y le preguntó por qué lloraba. «*Padre mio, ¿por qué lloro? ¿Pues no veis esto? Este era todo mi capital para mantenerme algunos dias.*» «*Vamos*, dijo el Padre, *vuelve á colocar los huevos en la canasta y no llores.*» Y porque al caer se habian desparramado, haciendo ademan de querer ayudarla en aquel trabajo, comenzó á echarlos hácia ella con la contera de su bastoncillo. No bien los hubo tocado ligeramente, cuando se hallaron sanos y enteros como antes, tanto que aturdida la chica por la novedad como si presenciara un encantamiento, no acertaba á dar crédito á lo que veia con sus ojos y palpaba con sus manos.

Muchas y prodigiosas maravillas obró el santo Padre con la cruz de madera que traia al pecho. Vimos la resurreccion de un difunto, y casi muerto estaba tambien otro infeliz, y tan sin movimiento y sin uso alguno de los sentidos que parecia un cadáver. Vino el P. Claver, puso

sobre él aquella cruz, y despidiéndose encargó á los que le asistian que tuviesen gran cuenta con ella. Iba ya el Padre por la plazuela que llaman de los Jaqueyes, cuando se oyó llamar á voces, *Padre Claver, Padre Claver;* vuelto su compañero que era el hermano Diego Gimenez, preguntó al que los daba, qué queria: y él entonces siguió diciendo: *el enfermo á quien poco antes habeis dejado, llama al P. Claver á toda prisa.—Es imposible,* replicó el Hermano, *porque está sin habla y aun sin movimiento ni accion para declararse por señas.—No lo es,* dijo, *pues él me envia, como lo verán.*—Volvieron y halláronle sentado en la cama con el mismo aliento y entereza de voz que un sano, porque lo estaba ya enteramente. Dió las gracias al santo Padre restituyéndole su cruz, el cual ni entonces ni de vuelta á casa desplegó los labios para hablar del caso, mas que si tal nunca hubiera sucedido: pero asombrado el compañero de lo que habia visto con sus ojos, y no menos del silencio con que hizo el Padre el desentendido en un milagro tan patente, en llegando al colegio no pudo contenerse de referirla.

La muchedumbre de los casos quita el ánimo al historiador, y la semejanza de ellos desobliga en cierto modo de contarlos todos. El don de sanidad de que le dotó Dios á beneficio de los demás, no lo empleaba en curar sus propias enfermedades, por el gusto que tenia en padecer; pero permitió el Señor que, abriéndosele al Padre de resultas de una caida una herida en la cabeza de dos pulgadas en largo, se erró la cura á los principios, con que se le hizo más peligrosa. Húbola de suspender el nuevo cirujano; cuando sucedió, que habiendo dejado la herida muy abierta, inopinadamente se la halló cerrada, con una señalita como un hilo. Reconociendo

con admiracion el milagro, exclamó el facultativo: *Gran cirujano anduvo por aquí;* pidió al enfermero una escofieta limpia, á título de mudarle la que tenia entonces, y á la verdad con deseo de quedarse con ella por reliquia, como lo hizo con particular devocion por estar rubricada con la sangre del bendito Padre. En llegando á casa, la aplicó á su muger que padecia en los ojos un penosísimo corrimiento de tres años: cedió al punto el achaque, se enjugó la fluxion y cesó el dolor.

Para mayor defensa de la nave en que iba á la isla de Jamaica su gobernador D. Antonio de Betancour, partió otra para la Isla de Cuba, y en ella con plaza de cirujano un mozo catalan, que con la recomendacion de ser paisano suyo, tenia con el santo Padre gran cabida. Antes de hacerse á la vela, fuese á despedir de él y á pedirle algunas reliquias por salvaguardia en los peligros de aquel viage. Dióselas el Padre en un papelito; y él con igual devocion que confianza se las puso en el pecho. Estando ya las dos naves á vista de Jamaica, vieron que una valiente nave del enemigo, á velas desplegadas, arremetia contra ellos. La del Gobernador pudo tomar el puerto, pero la otra hubo de quedar en alta mar. Trabóse la pelea sangrienta de una y otra parte; pero con ventaja conocida del buque enemigo que destrozaba al nuestro á cañonazos. Dió uno en el pecho del cirujano catalan y cayó en el suelo, teniéndole todos por muerto de aquel golpe. Terminada la contienda y yendo los compañeros á desnudarle para reconocerle; como quien despierta de un profundo sueño: «*poco, á poco,* dijo, *que yo gracias á mi santo P. Claver, estoy vivo y sano.*» Y al decir esto se levantó, y desabrochándose, vieron todos la bala de mosquete que se habia quedado entre la car-

ne y el papel de las reliquias, sin otra lesion que una pequeña cicatriz sobre la piel, sin duda para indeleble memoria del beneficio. Recobrados todos de la admiracion en que los puso aquel milagro, quisieron informarse del misterio que se ocultaba en el papel; y sabiendo que era prenda del santo P. Claver, hubo de ceder á las instancias con que le pedian todos alguna partecita; y así, repartió las reliquias y el papel á migajuelas porque alcanzase á todos. Apresaron los enemigos nuestra nave, y contentos con el vaso y los despojos, echaron los prisioneros en la isla, donde se celebró como prodigio este suceso. Refiriólo en Cartagena D. Antonio de Betancour, cuando volvió de su gobierno; y despues, el mismo mozo catalan cuando vino en busca del P. Claver á darle las gracias: luego, para que nunca se perdiese la memoria de aquella maravilla, retiró aparte al H. Nicolás Gonzalez y le pidió que, dictándole él, tomase el caso por escrito.

CAPÍTULO X

ÚLTIMA Y PROLIJA ENFERMEDAD DEL P. CLAVER, RAROS EJEMPLOS DE TODAS LAS VIRTUDES

La virtud se perfecciona en la enfermedad, y en el fuego de la tribulacion se acrisola y descubre sus quilates. Aunque no era necesario que se purificasen las virtudes de este santísimo varon, quiso Dios que luciesen más y resplandeciesen en los últimos años de su vida. De cuarenta que vivió en Cartagena, los treinta y seis primeros empleó en los gloriosos trabajos que hemos visto: los cuatro últimos estuvo enfermo de resultas de un contagio en el cual tiempo fué su empleo principal, orar y padecer. Corria el año de 1650, solemnísimo en todo el orbe católico por el jubileo universal; cuando llegaron á Cartagena las nuevas de la peste que ardia en la Habana, Puerto- Rico y Veracruz, y de que venia corriendo el incendio por las costas de la tierra firme. Los ciudadanos de Cartagena viendo vibrar ante sus ojos la espada del castigo, se dispusieron todos con extraordinaria devocion para ganar el santo jubileo. En tan importante coyuntura, despues de haber trabajado el Padre Claver por muchas semanas mostrándose el apóstol de la ciudad, aunque cansado y desfallecido por las fatigas, salió en mision á publicar la santa Indulgencia por las estancias de

la costa. El fruto fué inmenso; y no inferiores las austeridades con que se maltrató sobre su edad y fuerzas, ofreciéndose como hostia propiciatoria para aplacar la ira de Dios que amenazaba ya de cerca. Hablóse mucho en una estancia de la oracion y penitencias extraordinarias con que daba eficacia á su predicacion: algunos, incrédulos ó curiosos, le acecharon de noche, y certificaron que la pasaba toda en oracion interrumpiéndola con lágrimas y sangrientas disciplinas. Con trabajar todo el dia, yendo del púlpito al confesonario, y del confesionario otra vez al púlpito, apenas comia para sustentarse; lo cual junto con las incomodidades del tiempo lluvioso, le causó gravísimos accidentes. Mas lo que á otro cualquiera hubiera postrado luego en cama, al fervoroso Padre no le pudo sacar de su tarea; hasta que el superior, noticioso de lo que padecia, le envió órden que alzase mano de la mision é inmediatamente se restituyese á casa. Llegó el bendito Padre tan quebrantado, tan deshecho, tan desfigurado y amarillo el rostro, que sólo el gozo de recobrarle, pudo templar en sus hermanos la lástima de verle. Ya entonces andaba salpicando en Cartagena una enfermedad no conocida á manera de contagio que arrebataba á algunos, aunque por no asustar al pueblo no querian tenerle por tal, ni darle el nombre que verdaderamente tenia. Ya habian muerto en el colegio dos religiosos y otros varios estaban todavia enfermos; y como el Padre Claver vino tan falto de fuerzas y con los humores tan viciados, fué de los primeros en quien prendió el contagio.

No afligió al santo Padre la enfermedad por lo que habia de padecer, sino porque le privaba de asistir á los heridos de la peste, que iba cundiendo por la ciudad con

gran estrago. Obligado á recibir el santísimo viático, cubrióse su rostro de resplandor como si fuera un serafín, y quiso bajar de la cama y arrodillarse en tierra para reverenciar á su divina Magestad; pero prohibiéndole la obediencia aquella humillacion, se desquitó con decir á voces y con tiernas lágrimas: «*Esta peste viene por mis pecados. En ella no se ha querido Dios servir de mí, porque he sido mal sacerdote,*» palabras tan humildes, que no pudieron dejar de quebrantar el corazon á todos los circunstantes, los cuales lloraban tiernamente viendo la extremada devocion con que comulgó, y temiendo que iba á escondérseles aquella vida tan dulce y preciosa. Pero fué nuestro Señor servido que mejorase poco á poco, no sin admiracion de que aquel cuerpo tan viejo y maltratado con achaques y penitencias hubiese resistido á la violencia de un contagio, que atropellaba fuerzas más robustas. Mientras hizo cama, lo más del tiempo estuvo absorto y enagenado en Dios. Así le hallaba siempre el H. Nicolás Gonzalez, que con frecuencia le iba á dar razon de los que enfermaban y morian, pidiéndole rogase por ellos á Dios nuestro Señor. Unas veces le respondia: *de buena gana;* otras: *en eso estaba.* Y fué cosa maravillosa que, aunque este religioso fué tambien herido de la peste, pudo llevarla en pié sin acostarse, reconociendo este favor á las oraciones del P. Claver. Mas si bien quedó libre del peligro el bienaventurado Padre, no lo quedó de achaques penosísimos que le duraron cuatro años hasta que le llamó Dios al premio de sus trabajos. Consecuencias fueron de aquella enfermedad, dolores interiores acerbísimos, gran postracion de fuerzas, temblor continuo y violento de todos sus miembros, que además de privarle casi totalmente del uso de piés y

manos, le batia de un modo lastimoso hasta las quijadas y la boca. Quedó con esto imposibilitado para decir misa, á fin de que padeciese más á secas: y como las manos trémulas perdian el tino de la boca, y ésta por el movimiento de las quijadas recibia dificultosamente la comida, costábale mucho tomarla por sí mismo y no pocas veces era necesario que otro se la diese. Por esto y por el trabajo en andar, que comunmente habia de ser sostenido en hombros agenos, no bajó más al refectorio ni aun estaba para levantarse de la cama. Pero el fervor de su espíritu era sobre todos los achaques: cada dia se hacia vestir del Negro que le servia de enfermero, y la primera pieza que habia de acomodarle, eran los cilicios; porque estaba tan habituado á ellos, que no le asentaba ningun vestido sino sobre el saco de la penitencia. Admiraron todos que teniendo siempre trémulos los brazos y las manos, sólo para disciplinarse los tenia fuertes y robustos. Ayudado, pues, del mismo Negro, ó de un bordon cuando estaba menos impedido, bajaba á la iglesia á oir misa; la cual acabada, arrodillábase delante del sacerdote para que le dijese un Evangelio, y en agradecimiento le besaba con humildad la mano, y poníase luego á confesar hasta que no podia más. Importunaba siempre al sacristan, que le llamase si habia confesiones, ó le remitiese los penitentes á la celda; y se desconsolaba el santo viejo si le respondia *que harto habia ya trabajado y que era justo descansase;* pero el humilde Padre le respondia: *No diga eso, Hermano; yo siempre he estado ocioso, y ahora especialmente como el pan de balde.* Las veces que comulgaba que eran muchas, se ponia en la barandilla de los seglares; y porque el sacristan solia ponerle una estola rica para aquel acto, iba prevenido con la

que usaba en el ministerio de los Negros, pobrísima por cierto y que ya no se le conocia el color. Tan atento anduvo siempre en todo lo que miraba á la humildad y pobreza. Aunque no hubiese de recibir al Señor, se reconciliaba cada dia, como si cada vez hubiera de ser para morir; y hacíalo con tales sollozos y lágrimas, que el confesor tenía que interrumpir la absolucion. Nunca permitió que éste fuese á su celda mientras él, ayudado de otros si bien con grandísimo trabajo, pudo ir á confesarse.

Aunque ya no salia del aposento sino á misa, á visitar algunas veces el Santísimo y á su confesion cuotidiana; con todo eso era tal su caridad que llamado de algun enfermo ó encarcelado, se hacia llevar en una silla. Arribó por este tiempo un navio de Negros Araraes, nacion que en treinta ó más años, no habia aportado á Cartagena. Es gente de las más indómitas que se conocen entre Negros, y venian todos sin bautismo, porque ni en sus costas hay poblacion de cristianos, ni en el navio se les pudo administrar por haber muerto el capellan. La noticia de su llegada dió tanto regocijo al corazon del santo anciano, que le alivió de todos sus achaques y casi le hizo olvidar que estaba enfermo. Era dificultoso hallar intérpretes, habiéndose interrumpido tantos años las armazones de aquellas gentes; pero el P. Claver, fuese efecto de su oracion ó de su diligencia, al punto los halló. Con ellos partió inmediatamente, aunque en agenos brazos, á donde los Araraes estaban alojados. Fué cosa digna de suma admiracion que, siendo ellos de natural ferocísimo, y no habiendo oido siquiera el nombre del P. Claver, en viéndole se le hincaron de rodillas con gran reverencia y mansedumbre. Deseada de largo tiempo esta na-

cion, y siendo la última en que habia de emplearse su celo, fueron grandes las muestras de caridad que usó con ella; pero no bastándole las fuerzas para instruirlos por sí mismo, dejó ajustado un catecismo á propósito para ellos, facilitando así á los otros religiosos la manera de sustituirle en aquel ministerio. Mas antes de volverse á su amada soledad, quiso bautizar por su mano á los niños no necesitados ni capaces de instruccion. Saliale al santo viejo en el semblante el júbilo de su alma al darles el agua de aquel sacramento: porque como son dulcísimos los hijos habidos en la ancianidad para corona y consuelo de las canas, así aquellos niños que renacian por el bautismo alegraron como benjamines el espíritu del bendito Padre, coronando su santa vejez con tantos frutos de la divina gracia.

Además de estas salidas extraordinarias, iba cada sábado á confesar á D.ª Isabel de Urbina, que por muerte de su marido necesitaba de ese consuelo. Obligábale á visitarla, además de la caridad por verla afligida, el agradecimiento á su beneficencia; porque el recurso más frecuente del Padre en cuanto se le ofrecia para remedio de los pobres, fué siempre la piedad de esta señora. Allí le oyeron decir más de una vez que la peste de los cuerpos habia sido muy provechosa para las almas, y que volveria al año siguiente en busca de muchos, á quienes habia perdonado, porque no estaban dispuestos para morir. Asustóse D.ª Isabel y preguntóle con grande sobresalto: *Pues ¿cómo, Padre, otra vez peste en Cartagena?* Y él, entonces: *por octubre me lo dirán.* Así fué, que el octubre siguiente se volvió á encender la pestilencia, haciendo en los vecinos de la ciudad la riza que el año anterior habia hecho en los forasteros.

Crecian con el tiempo los achaques del siervo de Dios y para satisfacerle su divina Magestad en alguna manera su gran deseo de padecer, dispuso las cosas de tal suerte, que cuando más habia menester de todos, casi todos le abandonaron, obligándole á pasar aquellos últimos años en total desamparo; remate el más precioso de la cruz de Cristo. Menos dos señoras, D.ª Isabel y D.ª Gerónima de Urbina, que siempre le fueron devotísimas, le olvidaron todos los de fuera, como si no hubieran conocido tal hombre. ¡Condicion del mundo echar de la memoria lo que no ve con los ojos: burla bien pesada para otro que no tuviera tan despreciado al mundo como el P. Claver! Lo que más pudiera llegarle al alma, fué el olvido de los de dentro de casa, porque habiendo la peste reducido los religiosos á muy pocos, cargados de mayores ocupaciones con los de fuera, cuya necesidad era mayor y más urgente, no podian atender al santo viejo cuyos males eran lentos y prolijos. Con harto dolor de sus hermanos, pero con alta providencia permitió el Señor que quedase totalmente á la discrecion de los Negros sin otra asistencia humana. Mas cabalmente el destinado á servirle era un muchacho rústico y bozal, como recien comprado, á quien el pacientísimo varon, sobre el trabajo de sufrirle mil descuidos, hubo de enseñarle la doctrina, para hacerle intérprete en los catecismos. Este le llevaba la comida, que nunca fué otra que la de la comunidad, sin pedir ni querer otro regalo; pero siempre fria, manoseada y diezmada por su golosina, pues se comia lo más y lo mejor por el camino. Cuando le daba de comer metíale en la boca sus dedos nada limpios; pero como el santo varon, se recreaba en el sabor de otros manjares más sabrosos, estaba tan absorto cuan-

do comia, que á cada bocado era menester llamarle la atencion para que lo tomase. Un dia le dejaba sin bebida, otro sin pan, muchos sin racion; y jamás se le oyó al Padre queja sobre esto. Si deseaba levantarse para ir á misa y regalarse en la presencia de Dios sacramentado, unas veces se obstinaba el muchacho en negárselo, y otras, enfurecido como un leon, le sacudia, le empujaba y atropellaba tan bárbaramente que era una compasion. Ocurrió varias veces que aquel más bien su verdugo que enfermero, se escondia por andar á sus anchuras y librarse de la incomodidad de vestirle y acompañarle; entonces el buen anciano esforzábase en levantarse por sí mismo, pero faltándole á lo mejor las pocas fuerzas que le quedaban, daba de golpe en tierra; y en una ocasion se le rompió la cabeza de una caida, de la cual milagrosamente curó, como dijimos. El estrépito avisaba al sacristan que habitaba debajo de su cuarto, y hallándole unas veces contuso y otras herido, le levantaba del suelo y se ofrecia á servirle: pero el mortificado Padre pedíale con gran instancia que le llamase al Negro, porque el Hermano le vestia con tiento y veneracion, defraudándole la ocasion de padecer; y el muchacho, sin veneracion ni tiento, como quien ni tenia habilidad ni gusto en ayudarle. Martirizábale cuando le vestia, estirábale los brazos, dábale fuertes encontrones, manejándole con tanta crueldad como desprecio. Recientes en todo el cuerpo los dolores y rodeado de cilicios, es imponderable lo que entre aquellas manos padecia. Pero nunca le salió á la boca un *ay*, ni se le notó en el rostro una pesadumbre; ántes con sumo gozo de verse maltratado decia con profundísima humildad: *Más merecen mis culpas*. ¿Qué diré de la mortificacion en la poca limpieza con que los Ne-

gros cuidaban del aposento? Meses enteros estuvieron sin barrerlo, lleno de los despojos de lo que ellos comian, pasto de enjambres, de moscas y mosquitos que no dejaban sosegar al pobre anciano. Sobrevínole á sus achaques un flujo de orina tan penoso que á cada cuarto de hora y aun con más frecuencia, le molestaba dia y noche con vehementísimos dolores. Pero al paso que se aumentaban sus dolencias, iba aproximándose á su felicísimo tránsito.

Ya tres meses antes habia dicho al H. Nicolás Gonzalez que moriría en una festividad de la Santísima Vírgen; pero en Agosto de 1654 habló más claramente y dijo á varias personas que pronto pasaria á mejor vida. A veintidos del mismo mes tomaron puerto en Cartagena los galeones de España, yendo por general el marqués de Montealegre, y en ellos vino tambien el P. Diego Ramirez Fariña, predicador de su Magestad, para emplearse con singular ejemplo en el ministerio de los Negros. Oyendo por casa ruido de gente preguntó la causa; y como le respondiesen que era agasajo que se hacia al P. Fariña, predicador del Rey, que venia á sucederle en su apostolado, alzó el rostro al cielo dando mil gracias á Dios, y con júbilo que no cabia en sí y golpeando con su bordon el suelo, repitió muchas veces «*¿A bautizar Negros? ¡Gran cosa! ¡gran cosa!*» Fuese luego medio arrastrando hácia el aposento donde le habian alojado, y en viéndole se arrodilló y le besó los piés para darle la bienvenida. El P. Fariña, informado que quien le cortejaba con aquella humildad y alegria era el P. Claver, de quien habia oido tan grandes cosas en Europa, púsose tambien de rodillas, y en tal postura y llorando entrambos de devocion, se estuvieron abrazados

largo rato, con edificacion de mucha gente noble que habia venido á visitar al nuevo huésped. De ahí á poco, llegó á oidos del santo Padre el decreto de Su Magestad, en que mandaba demoler el cuarto del Colegio labrado sobre la muralla. Fué grande su pena; y empezó á pedir á nuestro Señor con entrañables ansias, se sirviese llevarle para sí antes que tal se ejecutase, porque el sentimiento de verlo, no turbase la paz con que deseaba entregarle su espíritu. Oyóle el Señor, y añadiendo favores á favores, le reveló distintamente el dia de su muerte. Diez dias antes de ella, fué á confesar á D.ª Isabel de Urbina, y la dijo que eligiese por confesor al P. Diego de Fariña, y excusándose ella con que teniéndole á él no habia menester á otro, le declaró el Padre que no podria ya volver á confesarla porque habia de morirse luego. Enternecióse aquella señora á la medida del amor que le profesaba, y lloró como si se le acabara todo el consuelo de este mundo. Pero el santo Padre con dulces y devotas palabras la animó á conformarse con la voluntad de Dios, ofreciéndola que no la olvidaria cuando se viese en la divina presencia. Al llanto de la ama acudió toda la familia, y sabida la causa rompieron á llorar; despidióse de todos dándoles su bendicion y algunos consejos de vida eterna, dejándolos á todos en un mar de lágrimas. Por aquellos dias, á causa del nuevo clima tan caluroso, acometió al P. Diego de Fariña una enfermedad tan grave que le puso á conocido riesgo de morir; y visitándole una tarde D. Pedro de Oleta, del hábito de Santiago, juzgó que no llegaria el P. Diego á la mañana, y así lo dijo á D.ª Isabel de Urbina, la cual respondió confiadamente, que no temia que muriese, porque el P. Claver poco antes se lo habia señalado por

confesor. Las oraciones del santo Padre dieron cumplimiento á su palabra, porque en breves dias le alcanzaron al enfermo la salud.

Como era tan notoria en Cartagena la santidad del Padre Pedro Claver, no pudo ignorarla el marqués de Montealegre; y como tan cristiano caballero, fuéle á visitar en compañía de D. Pedro Zapata, segunda vez Gobernador de la ciudad. Despues de haberle saludado, le rogó el marqués con muchas veras que le encomendase á nuestro Señor y le suplicase por el feliz viage de la armada; porque *el enemigo*, dijo, *ha echado gran poder en la mar, y el encuentro con él, aunque no me dá miedo, puede darme cuidado*. Ofrecióselo el siervo de Dios; y animóle mucho asegurándole que si bien pasaria algun trabajo, llegaria su Excelencia á España sin pérdida ninguna de su armada. Pidióle al despedirse alguna prenda para su memoria; encogióse entonces el santo varon, diciendo, *que un pobre como él nada tenia que dar, y menos á un príncipe como su Excelencia*. Pero advirtiéndole el buen marqués que estaba casado con una nieta de san Francisco de Borja, y que por este título era acreedor á alguna cosa, enternecido el P. Claver al nombre del santo á quien amaba grandemente, le dió la medalla de san Ignacio nuestro Padre que traia en el rosario, por medio de la cual habia obrado Dios muchas maravillas. Tambien el Gobernador le pidió el favor de sus oraciones; y el bienaventurado Padre le respondió, *que se compadeciese de aquella casa, y la mirase con mejores ojos que D. Melchor de Aguilera su antecesor en el gobierno*. Fué Aguilera, autor, con su dictámen, de que se demoliese nuestra casa con no sé qué pretexto; pero castigóle Dios, porque reducido despues de residenciado al mísero salario de guarda del

Duque de Lorena, preso en el castillo de Toledo, allí murió sin esperanza de mejor fortuna. A eso aludió el santo Padre, para que el Gobernador no ejecutase la ruina del colegio, escarmentado con el castigo ageno. Despues de estas visitas de cumplimiento, que más bien lastimaban su humildad, recibió otra de grande gusto, porque vino á verle un religioso de san Francisco hijo de su espíritu, con quien habia contraido íntima amistad, cuando pasó del Paraguay á España. Consoláronse los dos buenos amigos en una espiritualísima conversacion; al cabo de la cual le significó el religioso el sentimiento que tenia por la ruina amenazada contra aquel colegio: *Eso no lo veré yo*, respondió el Padre. *¿Pues cómo*, replicó el religioso, *si de hoy á mañana se trata de derribar el aposento?—Porque he suplicado*, dijo, *á nuestro Señor, que me lleve antes que vea la desolacion de su casa, y su Magestad me lo ha concedido por su misericordia.* Anduvo aquellos dias, como quien estaba de partida para el cielo, suspirando por la dichosa hora en que rompiéndose los lazos de su mortalidad, habia de unirse con el Sumo Bien. Vínole entónces un pensamiento extraño, y fué cortar la firma de su mano de innumerables cédulas de confesion que tenia preparadas en una cajuela. Encomendólo á Manuel Lopez de Estremoz que se hallaba en su celda, con órden precisa que las inutilizase, porque á nadie podian aprovechar ni él las habria menester. Pero él, sintiendo un impulso superior de no obedecer al Padre en aquel caso, salió á consultarlo con un religioso; el cual le dijo, que sacase enteras las firmas y se las guardase; mas conociendo que las deseaba por reliquia, empezó á cortar, con intento de retener para sí buena parte de ellas. El santo Padre, como si á uno y otro les hubiera adivi-

nado el pensamiento, le quitó la cajuela y las tijeras, mandándole que rompiese las firmas que habia cortado, dando despues la comision á quien la ejecutase con más fidelidad. No quiso Manuel Lopez obedecerle ni privarse de aquel tesoro que ya tenia, con el cual enriqueció á muchos, que estimaron aquellas firmas como preciosísimas joyas.

Con quien habló de su vecina muerte con mayor confianza y claridad, fué el H. Nicolás Gonzalez, su compañero inseparable de veinte y dos años en el ministerio de los Negros. Entrególe la llave de la alacena donde estaban las alhajas de que usaba en aquel ministerio, como quien ya lo renunciaba para siempre; y le pidió que enterrase su cuerpo debajo de su confesonario vecino á la puerta de la iglesia. «*No, Padre*, le dijo, *no ha de ser allí; que á la entrada de la iglesia, un cuerpo difunto dará horror á los que vienen á ella: en la Capilla del santo Cristo le tengo de enterrar.*» «*¿Y será bien*, replicó el humildísimo Padre, *que el cadáver de hombre tan malo ahuyente y quite la devocion de aquella santa Capilla á los que la frecuentan?*» Pidióle el Hermano que en el cielo rogase á nuestro Señor por aquella ciudad que habia regado con tantos sudores, y donde habia recogido tan abundante cosecha de almas para Dios y de merecimientos para sí. Pero el Padre con un profundo suspiro y las lágrimas en los ojos: «*¡Ah, no*, respondia, *no es así; todo lo he perdido con las impaciencias de la enfermedad!*» Mas aunque le persuadia esto su humildad, era sin desasosegarle el corazon, ni disminuirle la confianza con que trataba de la gloria como si ya estuviera en ella: porque, habiendo el H. Nicolás hecho una lista de muchas personas por quienes habia de interceder en el acatamiento del Señor, le dió palabra que lo

haria; y queriendo el Hermano que firmase aquel papel y señalándole en la lista donde habia de poner su nombre; le replicó el Padre, *que mejor seria más abajo por si acaso se le ofrecian otros que escribir de nuevo.* ¡Tal era la certidumbre de su esperanza, que firmaba obligaciones pagaderas en el cielo! A la mañana del domingo 6 de Setiembre, haciéndose acompañar á la iglesia por dos Negros, comulgó en ella con tanto afecto y ternura como quien se despedia de aquel Misterio soberano, que fué siempre el regalo de su corazon. Detúvose en las gracias más de lo acostumbrado, encendiéndose en ardientes ansias de que su amado dueño á quien tenia en el pecho, corridos ya los velos de los accidentes, le descubriese su divino rostro, alegria y bienaventuranza de los ángeles. Pasando por la sacristia de vuelta á su aposento, «*Hermano Nicolás,* dijo al sacristan, *voyme á morir; ¿quiere algo para la otra vida?*»—«*Que me encomiende V. R. á Dios y á esta ciudad y casa,*» respondió el Hermano. Ratificóle el Padre la promesa que le tenia hecha; y recogido á su celda, pasó todo el dia en amorosos suspiros y entrañables deseos de gozar á Dios. La vehemencia de los afectos debilitó las fuerzas, y el fuego del amor divino ayudó á que se le encendiese una ardentísima fiebre, de la cual le halló muy fatigado el enfermero hácia la noche; mas pareciéndole que no era sazon de aplicarle ningun remedio, difirió llamar al médico hasta la mañana.

CAPÍTULO XI

RECIBE LA EXTREMA-UNCION Y CONCURRE EL PUEBLO Á VENERARLE. SU PRECIOSA MUERTE, Y ALTA ESTIMA QUE HICIERON TODOS DE SU GRANDE SANTIDAD

A la madrugada del siguiente dia le halló el enfermero sin habla y privado de los sentidos; gran hinchazon en el carrillo derecho, pero con una quietud como si gozara de apacible sueño. Pasó la voz á los de casa, que acudieron luego á su aposento con gran ternura por verle tan al cabo. Entre tanto, dábase calor á la ejecucion de derribarnos el Colegio en cumplimiento de la firma real, con que era forzoso desampararlo y buscar otra casa, y temíase que por no hallarla, nos veríamos obligados á dejar la ciudad. Con este pensamiento estuvo toda la noche desvelado un religioso en amorosas quejas de la divina Providencia, porque permitia que hubiesen de sacar al P. Claver de una casa que tantos años habia regado con sudores y aun con su sangre, sirviéndole con tanto fervor y fidelidad. Dando y tomando sobre esto sin pegar los ojos, inopinadamente oye á la mañana que el bienaventurado Padre corria apriesa á su dichoso fin, preparándole Dios habitacion eterna en el cielo, antes que la de la tierra le faltase. Reprendióse entonces la desconfianza, alabando la providencia que el

Señor tiene de los suyos. Vino luego el médico y dando los remedios humanos por inútiles, ungieron al enfermo con el óleo santo, sin que entonces ni tres horas despues se notase en el enfermo más que el leve movimiento de los pulsos.

Apenas se acabó aquella funcion entre las lágrimas de todos los presentes, cuando á porfía como si la celda se les hubiera dado á saco, comenzaron á despojarla de sus pobres alhajas, sin dejar clavo en pared que no lo tomaran por reliquia. Solamente se perdonó á la ropa de su pobre cama, y á la estampa del santo H. Alonso Rodriguez, por haberla defendido un religioso. Conjetura es probable que tuvo anticipada noticia de esto el Padre Claver; porque dando pocos dias antes un librito espiritual á un Hermano le dijo: «*Guárdelo antes que se lo lleven.*» Esparcióse luego por la ciudad que el Padre Claver estaba oleado, y no se puede explicar la universal conmocion de los ciudadanos que comenzaron á venir por verle antes que muriese; y fué especialísima providencia privarle Dios de los sentidos, pues hubiera padecido no poco su humildad al ver que le trataban con estima y veneracion de santo. Al principio se admitió á muchos por el respeto que se merecian; pero luego fueron tantos los concurrentes y tomáronse la entrada con tal ímpetu, que nada bastó á detenerlos. Iba una corriente de hombres y niños por la casa sucediéndose en el aposento del bienaventurado Padre unos á otros, como las olas de caudaloso rio. Eclesiásticos y seglares, nobles y plebeyos, todos abriéndose paso á viva fuerza querian besarle la mano y tocarle con sus rosarios y coronas. Las religiosas de todas los conventos y las mugeres principales y plebeyas enviaban los rosarios á manojos;

y no dieron poco que hacer con tanta muchedumbre para tocarlos y restituirlos á sus dueños. Pero sobre todo fué espectáculo tiernísimo el ver y oir á los niños que recorriendo las calles de la ciudad venian gritando: «*que se muere el santo, que se muere el santo.*» Y no cabe duda que el Señor movió con fuerza sus inocentes corazones para que tributasen alabanzas á su siervo; porque despues de haber dado muchas vueltas llegaron en tropel á la porteria, enterneciendo á todos con aquellas voces infantiles; y no hubo detenerlos hasta que penetraron en el aposento del Padre, de donde, habiéndole besado la mano con mucha reverencia, se retiraron tranquilamente. No fué de menor ternura el llanto que levantaron los Negros, cuando la voz de que moria su amantísimo Padre, pasó á los tejares, huertas y pesquerias. Abandonadas sus ocupaciones, corrieron de todos los caserios vecinos á la porteria del Colegio, no parando hasta la celda de su Padre queridísimo con ansias de verle y de recibir su última bendicion. Arrodillábanse, y llorando amargamente no se hartaban de besarle sus piés y manos, lamentándose á voces de que con él habia de faltarles el amparo en sus necesidades. Duró el gentio hasta bien entrada la noche, sin poder cerrarse las puertas sino muy tarde y con harta violencia, quedándose dentro algunas personas devotas á quienes no pudo negarse el consuelo de verle espirar. Vinieron dos pintores enviados por penitentes suyos para que le sacasen su retrato; y como el bendito Padre estaba sin movimiento alguno, y más que moribundo parecia extático y arrobado, fué cosa fácil teniéndole en los brazos ponerle á tal luz y en tal postura que pudiesen dibujarle al natural; y porque saliese más perfecto se le habia re-

suelto la hinchazon del rostro y reducido á sus naturales proporciones. Trataban algunos de labrar por su cuenta la caja mortuoria en que habia de encerrarse el tesoro de su santo cuerpo; pero su devota D.ª Isabel de Urbina se atravesó pidiendo que le permitiesen hacerle aquel servicio y honrar en muerte, á quien tanto debió en vida. Pasada ya la media noche del lunes, y entrando el martes 8 de Setiembre, viendo que por momentos se le iban acabando las fuerzas, se le dijo la recomendacion del alma, con asistencia de la Comunidad y de los seglares piadosos que le quisieron acompañar aquella noche. Pusiéronle todos sus rosarios al cuello, llenáronle de relicarios y prendas de devocion que cada uno tenia; y entre una y dos de la mañana, repitiéndole muchas veces los que allí estaban los nombres dulcísimos de Jesús y de María, el mismo dia que habia predicho del nacimiento de su Reina y Madre, murió el santo P. Claver dejando la tierra para nacer en el cielo. Despidióse aquella alma dichosísima de su mortificado cuerpo con tan grande quietud que no pudo notársele ademan alguno de espirar; y le tuvieran todos por vivo si la hermosura y trasparencia que repentinamente le inmutó el rostro, no diera indicios de la gloria que ya gozaba allí donde es ensalzada la humildad, y premiada la penitencia, y aliviados los trabajos, y honradas las virtudes, y coronadas las victorias y galardonados todos los merecimientos.

Fué la muerte del bienaventurado Padre, el año del Señor de 1654 á los 74 de edad y 52 de religion. Quedó el cuerpo difunto con más apariencias de vida que antes de morir; hermoso y apacible el rostro que respiraba devocion, blandos y suavísimos los piés y manos, el cabello como seda floja, todo él tratable y muy flexi-

ble como le querian manejar, y despidiendo una fragancia que recreaba el alma. En espirando le besaron los piés de rodillas todos los que se hallaban presentes; y fué cosa bien notable que á ningun religioso le viniera al pensamiento ofrecer por su bendita alma oraciones ó sufragios, ni aun los que manda la Compañía por los que mueren; porque entregados al consuelo que sentian con la confianza cierta de su gloria, de nada se acordaban sino de venerarle. Cubriósele el santo cuerpo de un copiosísimo sudor; y viendo los que allí estaban que se trataba de mudarle la ropa interior antes de vestirle los ornamentos sacerdotales, se previnieron todos de tijeras para sacar la parte que pudiesen. No bien se la habian quitado, cuando estuvo deshecha en menudas piezas, llevando cada uno la suya. Saquearon segunda vez el aposento de lo que habia quedado la primera: colchon, sábanas, mantas, almohadas, y cuantas cosas habian servido al bienaventurado Padre fueron despojadas por la piedad de sus devotos: hasta unas palmas secas que guardaba del Domingo de Ramos se las repartieron á trozos, y faltando alhajas le cortaron los cabellos de la cabeza, y aun amagaba la tijera á los piés y manos del difunto, y llevéranse los dedos á no velar los Superiores. Vistiéronle los ornamentos sacros, y sobre la casulla con que habian de enterrarle, pusieron otra de rica tela, y colocáronle con algunas luces en medio de su celda.

La misma noche de aquel dia felicísimo para él, se dignó el Señor manifestar en la tierra la grande gloria á que le habia sublimado en el cielo. Hallábase á más de veinte leguas distante de Cartagena, Lucrecia Angola, Negra liberta y penitente muchos años de este glorioso apóstol. Esta pues vió en sueños una numerosa y bien con-

certada procesion de muchos personages, rodeados todos de luces resplandecientes, y al fin de ella á Cristo Nuestro Señor que traia al lado al santo Padre Pedro Claver, con vestidura gloriosísima de gala y de un color que no hallaba términos para explicarlo. Llevaban el camino hácia el cielo, y ella continuó gozando de aquel gratísimo espectáculo hasta que remontándose á gran altura los perdió de vista. Solícita la piadosa señora, salió por la mañana del martes á preguntar, qué nuevas habia de Cartagena, y si acaso el P. Claver habia muerto. Todos le respondieron que no habian tenido tal noticia, pero que el sábado vendrian los arrieros. Llegaron estos y contaron el alboroto y piadoso tumulto de toda Cartagena por la muerte del bienaventurado Padre, y que habia sido el martes despues de media noche. Y aunque no debe darse fácilmente crédito á visiones, y menos de mugeres, esta parece que puede creerse con menos dificultad por la admirable consonancia que hace con la vida del apostólico varon, por la cual mereció siempre que le venerasen todos como santo, con fama constante y universal desde que entró en la religion hasta la muerte.

Los testigos domésticos suelen ser más descontentadizos, y con la costumbre de mirar en la religion grandes virtudes, parece que se disminuye la veneracion para con ellas. Nada de esto pudo menoscabar en los de casa la opinion del santo P. Claver; porque no hubo quien le notase imperfeccion ninguna, y sus virtudes eran tales que la frecuencia misma de mirarlas aumentaba la admiracion en todos. Y si bien permitió Dios para que resplandeciese su paciencia, que algunos por carácter ó por encontrado parecer hablasen de ellas con sobrada osadia, era siempre con remordimiento y con aquel respeto en

el corazon que infunde la virtud heróica. Los Generales y Provinciales de la Compañía le escribian cartas en que mostraban grande aprecio de sus apostólicos trabajos y pedian el favor de sus oraciones con cláusulas de tanta estimacion, que no sufriéndolas su humildad luego las rasgaba ó echaba al fuego. El P. Gaspar Sobrino, habiendo ido de la provincia del Perú á la de Cartagena por Provincial, le honró grandemente dando esclarecido testimonio de la virtud del P. Claver desde el noviciado que hicieron ambos en Tarragona. Superiores y súbditos le tuvieron siempre en igual concepto. Veinte años antes que muriese, le sangraron en una peligrosa enfermedad; y no se perdió gota de aquella sangre, porque algunos religiosos la empaparon en lienzos para repartírsela como reliquia: y temiendo que se moria, andaba ya cada uno preparando su tijera ó cuchillejo para lo que habia de cortar de aquel venerable cuerpo.

Todos los señores Obispos que hubo en Cartagena en su tiempo, estimaron en mucho su virtud: y con gran confianza le daban sus veces en beneficio de las almas. Los Prelados que entraban por aquel puerto á otras mitras de Indias, le visitaban muy despacio, solicitando sus oraciones para el acierto del gobierno. Los Generales de las armadas, y personas de cuenta que venian en ellas, entre los primeros cuidados traian el de ver al P. Claver, y habiéndose de hacer á la vela pedirle alguna prenda suya y recibir su bendicion como fianza y seguridad de buen viage. El marqués de Mancera, ex-Virey del Perú, antes de embarcarse para España, tuvo por gran dicha poder besar la mano al siervo de Dios; pidióle sus oraciones para sí y para toda su familia, y además alguna memoria que llevarse: excusóse el Padre

que nada tenia con que poder servirle. Preguntó entonces el padre Rector á un Hermano, si tenia el P. Claver alguna cosa de devocion para agasajar al marqués; y respondiéndole que una cruz de madera con algunas reliquias, se la mandó traer y dársela al señor de Mancera. Obedeció al punto, y al entregársela le dijo *que le daba todo su consuelo y medicina, porque todo lo habia experimentado en aquella cruz*. Tomóla agradecido el marqués y con grande reverencia la puso sobre su cabeza, diciendo, *que la estimaba más que el toison de oro que llevaba al pecho*. Esta es la cruz con que el santo Padre habia obrado tantos y tan estupendos prodigios, hasta resucitar un muerto.

Pero lo que acredita sobre todo la opinion de santo que gozaba, son las demostraciones de reverencia que con él se hacian cuando arribaban las flotas de España. Hervia la ciudad de gente, y engolfados no menos los ciudadanos que los forasteros cada uno en su negocio, no guardaban atencion con nadie y ni á los más conocidos saludaban. Pues en este universal olvido y como enagenamiento de todo lo que no es dinero é intereses, era de maravillar que en viendo al bienaventurado Padre por las calles, se suspendian los tratos, se aquietaban los bullicios y atajaba su carrera la codicia, agolpándose unos á besarle la mano, otros el vestido, aquel á pedirle su bendicion ó recibir algun saludable consejo, y todos finalmente á encomendarse en sus oraciones. Cuando pasaba por las escuelas de los niños, salian impetuosamente y de tropel á echársele á los piés y besarle la mano, gritando á una voz: «*P. Claver, encomiéndeme á Dios.*» Respondíales el humilde varon:—«*De buena gana, ¡quién fuera como vosotros!*»—Esparcióse por las

Indias y predicóse en la ciudad de Lima, que reveló Dios á una persona muy sierva suya, que por los merecimientos del P. Claver, no habia hundido el Señor á Cartagena con algun temblor ó terremoto; y esforzóse esta voz de tal manera, que mucho tiempo iban los niños cantando por las calles: «*Por un Claver, tiene Dios á Cartagena en pié.*»

Nada de monta se resolvia sin la direccion del santo Padre á quien tenian todos por hombre eminente en santidad, amadísimo de Dios, ángel de consejo, y columna de la fe en el nuevo reino de Granada. Lo que aprobaba, eso se abrazaba como seguro; y sus resoluciones se admitian como de un oráculo. Habiendo recibido la fundadora del religiosísimo convento de santa Clara, bula del Pontífice y licencia del rey para ir á la Habana á la nueva fundacion, no quiso moverse hasta que el santo Padre tras larga oracion que tuvo sobre ello, la animó para aquella jornada, asegurándolo que cederia en grande gloria de nuestro Señor. Cuando iba á este y otros conventos, bajaban desaladas todas las religiosas por el consuelo que sentian de tratarle, y las enfermas se hacian llevar á su presencia para que las dijese un Evangelio. Finalmente no hubo estado, sexo, ni condicion de personas que no le reverenciase como hombre extraordinario, teniendo cualquier prenda suya por reliquia muy preciosa. A los barberos les importunaban, que les guardasen los cabellos cuando le cortaban la barba; á los esclavos pedíanles sus dueños las cédulas de confesion que les daba el bendito Padre, por la firma que tenian de su mano; y valíanse de esas cosas en las enfermedades, por la experiencia de los muchos milagros que obraban. Quiero poner por remate de la grande opinion de santi-

dad que tuvo el bienaventurado Padre Pedro Claver, el ilustre testimonio con que le honró D. Pedro Zapata, habiéndole conocido y tratado las dos veces que fué Gobernador y Capitan General de Cartagena. Fuéle siempre devotísimo, y cuando despues del primer gobierno estaba para volver á España, le pidió una medalla que estimó como dádiva de un santo. En los procesos, pues, de informaciones á que dió el primer impulso, dijo: Que la opinion de su santidad fué tan grande que le reverenciaban todos como columna de aquella provincia: que su virtud fué tan notoria, que nadie jamás habló en imperfeccion suya, en una ciudad, donde como en todas, no faltaban émulos, cuando no de la persona, de la comunidad en que vivia: que no era posible traer á la memoria las virtudes que habia oido, y los milagros que Dios habia obrado por su intercesion, pero que podia afirmar haber oido acerca del P. Claver todas aquellas virtudes y prodigios que se refieren de los Santos ya aprobados y canonizados por nuestra santísima madre la Iglesia Católica.

Con esta fama vivió el santo Padre, y con ella murió, de la cual hacen fé las demostraciones, extraordinarias que vimos en su muerte, y las exequias y honras de su entierro, como se verá en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO XII

EXEQUIAS SOLEMNES Y MOCION EXTRAORDINARIA EN EL PUEBLO Á HONRAR EL CADÁVER DEL SANTO PADRE CLAVER

La pompa funeral con que se llevó el cadáver del bienaventurado Padre, el concurso de gente, el entusiasmo de la ciudad y de toda la comarca, las aclamaciones á voz en grito de Santo, el ímpetu del pueblo por venerar y repartirse sus reliquias, mejor es que lo oigan los lectores de boca del mismo P. Rector del Colegio de Cartagena. Dice, pues, así:

«Luego que amaneció dí aviso al R. Padre Prior de »San Agustin de la muerte de el P. Pedro Claver; y al »instante mandó doblar sus campanas; y aunque le hice »avisar, que el entierro no habia de ser hasta la tarde, »no le sufrió el corazon aguardar tanto sin manifestar »el amor grande que nos tiene este religiosísimo Con»vento; y así vino á las ocho toda la Comunidad, y can»taron al difunto un solemne responso en su aposento, »á donde teníamos el cuerpo; y luego cantaron una Mi»sa de cuerpo presente. Alborotóse la ciudad con un rui»do nunca visto, haciéndose lenguas alabando al difun»to. Los Negros de la ciudad y de el contorno, á don»de fué la nueva de lo que pasaba, vinieron á pendon

»herido, á besarle la mano y á tocar sus rosarios; para lo »cual no bastaban cuatro ni seis personas. Luego mandó »hacer aquella Señora penitenta suya (D.ª Isabel de Ur»bina) una caja de cedro aforrada en tela blanca muy ri»ca, guarnecida con pasamanos de oro, y claveteada con »tachuelas doradas, aldabones y cerradura asimismo »dorados, para poner el cuerpo de su amado Padre. »Otras personas principales quisieron, que corriese por »su cuenta la dicha caja, entre las cuales hubo piadosa »contienda; pero como previno esta señora, no se le pu»do negar la ejecucion de su intento. Don Pedro Duque »de Estrada, Contador de su Magestad de la Casa Real, »envió toda la cera necesaria, para que el cuerpo estu»viese con la decencia conveniente.»

«Llegó la nueva de la muerte de el P. Claver al Gober»nador desta ciudad D. Pedro Zapata, y que el entie»rro habia de ser á la tarde: juntó en Cabildo á los »Regidores, y les propuso, que era justo se encargase la »ciudad de el entierro de un varon tan señalado, y que »tanto habia hecho en servicio y provecho de todos: »no faltó voto á su intento, y acordaron, que se hicie»se con todo el aparato conveniente, para lo cual se»ñalaron dos Comisarios Regidores; los cuales vinieron »á mí, y me pidieron tuviese por bien lo que habia acor»dado el Cabildo, y que se dilatase el entierro para el »dia siguiente; y que hiciese bajar el cuerpo á la iglesia, »para que todos le viesen y venerasen; y que no le ente»rrase en el suelo, sino en lugar honorífico distinto de »los demás; y que nombrase Predicador para las honras »que se le habian de hacer. Todo se les concedió, con »agradecimiento á la honra que hacian al difunto y á la »Compañía.»

«Luego acudió innumerable clerecía, que cercaron el »cuerpo de el difunto, y tuvieron bien que hacer en to»car los rosarios de la gente que concurrió, y desaho»gar el aposento para dar lugar á los muchos que ve»nian. La Hermandad de los sacerdotes de san Pedro »envió su ataud de terciopelo negro para poner su cuer»po en la iglesia, y todos los paños de terciopelo para »adorno de el túmulo, y devotos de fuera enviaron »una palma bien aderezada, para ponérsela en las ma»nos; pero no se permitió por entonces, por no salir de »nuestro uso ordinario.»

«Fué innumerable el gentio que se juntó por la tarde »de señores principales, Negros y Negras, y todo géne»ro de gente, que no cabian en nuestra iglesia, y esta»ban llenas las calles. Bajóse el cuerpo á la iglesia en »hombros de las personas más ilustres de la ciudad, »alumbrándole con sus luces todas las naciones y linajes »de gente que hay aquí. Fué necesario para entrar en la »iglesia sacarle por la porteria, para dar vado á la gente; »la cual así como entró, se abalanzó á besarle las manos »y á tocarle sus rosarios, con tal ímpetu y priesa, que »todo lo hacian pedazos, sin haber fuerza que los pu»diese detener. Rompió por todos D. Pedro de Estrada »con algunos clérigos, y le pusieron la palma entre el »brazo izquierdo y el pecho. A esta sazon llegó el re»verendo P. Comendador de la Merced con todo su con»vento, y haciendo lugar por medio de la apretura, lle»garon al cuerpo, aunque con dificultad, y le cantaron »un responso con mucha solemnidad; accion de estima »por ser en dia de su mayor fiesta, en que era fuerza ha»cer falta á su casa por honrar la nuestra. Luego entró »el General de los galeones, el marques de Montealegre

»con toda la Caballeria de España, y le fueron besando »la mano hincados de rodillas, y tocando sus rosarios; y »el tropel de la gente fué tan grande, que no pudiendo »los de casa darle vado, para que no se ahogasen, nos »fué forzoso valernos de muchos clérigos, y religiosos »de san Agustin y la Merced.»

«Luego vino D. Matías Suarez de Melo, canónigo de »la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad, Provisor y Vi»cario General de el obispado; y con mucha devocion »hincado de rodillas le besó las manos, y dió su rosario »á uno de la Compañía para que se le tocase; lo mismo »hicieron los clérigos y oficiales de su Audiencia, que le »venian acompañando. No se vaciaba la iglesia de la »mucha gente que entraba y salia; y cerca de el anoche»cer, fué tal el concurso, y las olas de innumerables »Negros y Negras, y personas de el pueblo y la co»marca, que embistieron sobre el cuerpo; que se temió »no lo hiciesen pedazos, segun era el tropel y vehemen»cia para tocarle y verle. Estaban las calles y plazas de »gente, que se hundian. Cercaron el cuerpo los de casa »y algunos piadosos hombres; y se tomó por partido »apartar las manos de el cáliz, y tenderlas en forma de »cruz, para que pudiesen besarlas sin acercarse tanto al »cuerpo. Las manos estaban tan blandas y tratables, »que iban á donde querian llevarlas: poníanselas enci»ma de la cabeza y en los ojos, y en las partes á donde »tenian alguna enfermedad, con esperanza de alcanzar »salud por su medio. Todo era tocarle rosarios y coro»nas y medidas de seda, listones, lienzos, pañuelos, y »cuanto tenian para guardarlo por reliquias. Humede»cióse un poco el rostro, y luego llovieron lienzos, y »holandas y paños preciosos para enjugarle; procuran-

»do todos á porfia llevar algo de aquel sudor por reli-»quia muy preciosa. Iba entrando la noche; y vista la »porfia de la gente, y que por momentos iba creciendo, »se tomó por arbitrio, que viniese la guarda de la ciu-»dad á defender el cuerpo. Envióla el Gobernador: en-»traron con violencia, haciendo campo por la multitud, »y con ellos entraron seis religiosos de S. Agustin, tra-»yendo por cabeza al Superior; con cuyo favor pudie-»ron respirar los nuestros, que estaban rendidos de ba-»tallar con todo el pueblo. Quisieron cubrir al Padre »con un paño de terciopelo, para tenerle más seguro: »pero fué tal el alarido de la gente que se hubo de que-»dar descubierto; y fué tal la porfía, que no obstante la »guarda de los soldados y religiosos que lo cercaban, le »quitaron el bonete y las calzas y las uñas de los piés; »y aunque le defendian con hachas encendidas, se me-»tian por las llamas á tomar alguna reliquia en la forma »que podian. De esta suerte estuvo toda la noche más »frecuentada la iglesia, que si fuera Jueves Santo, á vér »y tocar el cuerpo de el santo Padre, que este nombre le »daban todos, llamándole á boca llena, *el Santo, el Santo.*»

«En amaneciendo, volvió el mismo tropel, como si no »le hubieran visto el dia antes; de suerte que sanos y »enfermos, chicos y grandes, no quedó persona en la »ciudad ni en las estancias, que no viniese á venerarle. »A las ocho de la mañana vino la Comunidad de san »Juan de Dios, muy devota de el Padre, y le cantaron una »misa con su vigilia y un responso con mucha solemni-»dad. Luego vino la Comunidad plena de san Agustin »con todos sus religiosos; y á las nueve vino la ciudad »en forma con sus maceros delante, alcaldes ordinarios y »todo el Cabildo pleno con el Gobernador, y su teniente

»general; y como fueron entrando, se fueron llegando »al cuerpo y le besaron los piés, hincadas las rodillas »en tierra, con mucha veneracion, y tocando los rosa»rios á las manos. Hizo el oficio la Comunidad de san »Agustin, cuyo Prior dijo la misa, y predicó el R. Pa»dre M. Fr. Miguel Breton de la Orden de nuestra Se»ñora de la Merced, tomando por tema: *Qui crediderit, »etiam si mortuus fuerit, vivet.* Honró mucho á la Com»pañía, diciendo del glorioso empleo de acudir á la sal»vacion de las almas, cuando los de las otras religiones »están alabando á Dios en el Coro. Alabó mucho al di»funto sobre el morir vírgen; dijo mucho de sus riguro»sas penitencias, y de su celo de almas, con grandísima »satisfaccion de el auditorio. Acabado el sermon, se em»pezó el entierro y la porfia entre los que asistian so»bre quién habia de llevar el cuerpo, porque todos »deseaban ponerle sobre sus hombros. Finalmente le to»maron el Gobernador y los alcaldes y algunos caballe»ros de la armada de los más ilustres, y los clérigos y »religiosos, que pudieron haber parte. Al sacarle de el »ataud para ponerle en la caja, arremetió la gente desa»lada, como quien perdia las esperanzas de sus reliquias, »y le cortaron la sotana y la alba, y asian de los piés y »de los dedos para cortárselos, sin poder resistirlo las »guardas. Tomaron la casulla de brocado que tenia en»cima, y la hicieron mil pedazos; y viendo el tropel de »la gente, se tomó por arbitrio, que el hermano sacris»tan sacase la almohada en que habia muerto, y la repar»tiese al pueblo en lugar distante, para que acudiendo »allá diesen lugar al entierro: pero en saliendo á la igle»sia embistieron con él con tal fuerza, que por poco le »ahogaran; arrebatáronle la almohada y hiciéronla añi-

»cos, teniéndose por dichoso el que podia alcanzar un »pelo de ella. El sacristan se subió al púlpito, huyendo »de el tropel que le pedia reliquias; y desde allí echó »gran suma de cédulas de confesion, que el bendito Pa»dre tenia hechas y firmadas de su nombre para los que »confesaba. Entretenida la chusma en coger estas cédu»las se pudo enterrar el cuerpo. Pusiéronle y cerráronle »en su caja con asistencia del Gobernador y alcaldes y »el secretario del Ayuntamiento; y depositáronle al lado »de la Epístola de el altar del santo Cristo, en un hueco, »que se levantó interinamente de citara. Con esto se dió »fin al entierro, pero no á la porfia del pueblo que hasta »hoy insta y clama, pidiendo reliquias de el Padre Pedro »Claver á quien tiene por Santo.»

«Lunes 14 de Setiembre hizo la misma ciudad unas »muy lucidas honras al Padre con muy ostentoso túmu»lo en que puso sus armas: asistió en forma de Ciudad: »trujo la música de la Catedral, y grande ofrenda. Can»tó la Misa el Rector de el Colegio; predicó el R. Padre »Fray Josef de la Concepcion, Agustino descalzo: hon»ró mucho al difunto y asistieron muchos religiosos y »eclesiásticos, á todos los cuales repartió cera la Ciudad »liberalísimamente.»

«Y no contento con esto el Gobernador D. Pedro Za»pata para mostrar el amor y estima que tenia del Pa»dre Claver, le hizo otro dia honras por su cuenta con »el mismo aparato y magnificencia, que las habia hecho »la Ciudad. Cantó la Misa el Provisor, Vicario general »del Obispado; y predicó el M. R. P. Fr. Josef Pache»co, Provincial que ha sido de San Agustin, y honró »mucho al difunto. Trató de las persecuciones que se »movian contra la Compañía en este tiempo y dijo: *que*

»*Dios se habia llevado á aquel santo Padre, para que no* »*viese los castigos, que queria enviar sobre aquella ciudad:* »á que aplaudió todo el auditorio, que fué lucidísimo, »concurriendo toda la nobleza así de España y Galeo»nes, como de la ciudad, y de la clerecia y religiones.»

«Los Negros tambien hicieron su papel en estas hon»ras, haciéndole unas al Padre todas las Naciones, muy »lucidas de túmulo, cera, música y sermon que predicó »el Dr. Gregorio Bellin, Tesorero de la santa iglesia de »Popayan. Excedió á todos en alabanzas de el P. Cla»ver, y probó con muchos lugares de la Escritura, que »la mocion tan grande que habia habido y lo mucho »que Dios le habia honrado fué por el ministerio de los »Negros. Asistió toda la nobleza de la Armada, y de la »ciudad con su Gobernador. Repartieron á todos cera, »no quedando inferiores á los primeros; y salieron en »forma de comunidad con cirios en las manos, cada ca»beza de Nacion con los más principales de ella, mos»trándose agradecidos, á quien tanto bien les habia he»cho. Muchas cosas han sucedido, al parecer milagrosas, »que han venido á referir personas de toda satisfaccion, »pero no se refieren por no alargar más esta carta. Será »Dios servido de que algun dia salga más cumplida y »dilatada su Vida, de que hay bastantísima materia.»

Hasta aquí la relacion de su Rector; á la cual sólo hay que añadir el extraño sentimiento de los Negros en todas las estancias del contorno. Cuando se supo en ellas el feliz tránsito del P. Claver, le hicieron exequias á su modo, si no aparatosas, tan sentidas que muchos dias no pudieron los mayordomos acallarles el sentimiento ni enjugarles las lágrimas. De los mismos salvages ó cimarrones que viven como fieras, alimentándose de cruel-

dad y de rapiña, se tuvo noticia de que allá en sus bosques ó palenques, desnudándose de su natural fiereza, lloraron con dolor y ternura la muerte del que veneraban y amaban como padre. ¡Así levanta Dios á los humildes y premia los méritos de la virtud! Si se coteja lo que nos dicen las historias haber sucedido en las muertes de los mayores santos, con lo que pasó en la del santo P. Claver; no se verán ni concursos más universales, ni porfia más ardiente en arrebatar las reliquias, ni más generales aclamaciones de santo, entrando en aquella piadosa conspiracion la prudencia de los eclesiásticos, la virtud de los religiosos, las letras de los sabios, las atenciones de la nobleza, el entusiasmo de la plebe, y hasta el candor de los niños. Solamente quien es dueño de todos los corazones, pudo juntar en un mismo parecer tantas cabezas, y en un mismo afecto tantas voluntades, para glorificar en la tierra á su gran siervo.

Fué el santo Padre Juan Pedro Claver, de mediana estatura, de suyo recta, pero con la costumbre de traer la vista en tierra, en sus últimos años algo inclinada. La cabeza grande; el rostro descarnado y largo, con proporcion; el color trigueño y con la penitencia pálido oscuro; la frente ancha y rugosa con dos entradas por los dos angulos de las sienes; las cejas tendidas y bien pobladas; los ojos rasgados pero tristes, y los párpados encendidos de tanto llorar, grueso el entrecejo y estriado con dos hondas arrugas; la nariz algo abultada pero con moderacion; acompañábanla sin fealdad por entrambos lados dos líneas carnosas que, naciendo de los lagrimales de adentro, bajaban derechas hasta el remate de la nariz, y torciendo allí en semicírculo dividian las mejillas de la barba. Era esta poblada y entrecana; las mejillas

muy hundidas; la boca grande, los labios gruesos, algo caido el inferior; el espacio que vá del labio á la barba algun tanto abollado; corto y abultado el cuello; la voz ni gruesa ni delgada, aunque tenia menos de flexible que de sonora. La complexion fué muy robusta, pero rindióla á penitencias, y con los muchos accidentes y enfermedades quedó muy estragada.

CAPÍTULO XIII

MILAGROS DE SAN PEDRO CLAVER DESPUES DE SU PRECIOSA MUERTE JURÍDICAMENTE EXAMINADOS EN LAS INFORMACIONES

La grande opinion de santidad que le granjearon las virtudes y prodigios de su santa vida, creció mucho con los milagros que por su intercesion obró el Señor y no cesa de obrar despues de su dichoso tránsito. Fueron tantos y tan estupendos, que el Gobernador D. Pedro Zapata con la devocion entrañable que tenia á las cosas del santo Padre, propuso al Ayuntamiento de la ciudad que en su nombre se pidiese al Cabildo de la Catedral, que entonces administraba la Diócesis por sede vacante, tomase informaciones de la vida, hechos, virtudes y milagros de este gran siervo del Señor. Recibióse la proposicion del Gobernador con general aplauso; dispúsose la peticion á voz de la Ciudad, y cometióse á D. Estéban Marquez, alférez real de la ciudad, á D. Rodrigo Perez, regidor, y á D. Pedro de Aguilar, procurador general, que promoviesen la demanda; juntóse á ella otra del padre Diego Ramirez Fariña, rector entónces del colegio, predicador de su Magestad y calificador de la Inquisicion suprema, en que suplicaba lo mismo en nombre de la Compañía, y suyo. Señaló el Cabildo eclesiás-

lico por Juez comisario de la causa al doctor D. Juan Guerrero, freile, presbítero y calificador del Santo Oficio, y por secretario al licenciado Juan Tellez, presbítero notario de la santa Inquisicion. Entrambos, admitida la comision, prestaron juramento ante el provisor de haberse en los informaciones fielmente; y previnoseles que presentasen al Cabildo los originales sin sacar copia, para que vistos allí y examinados, se proveyese de justicia á la ejecucion de lo contenido en las peticiones. Así se hizo todo; y habiendo precedido las solemnidades necesarias, se empezó á tomar el dicho á los testigos á siete de Setiembre de 1657, y se concluyó el proceso en Noviembre de 1660. Dijeron en él cincuenta y nueve testigos de todos estados y condiciones, religiosos, eclesiásticos, nobles y plebeyos; de cuyo testimonio y juramento se ha sacado lo más que en esta historia queda referido, y muchísimos milagros de los cuales vamos á contar algunos más insignes.

Doña Isabel de Betancour padecia una penosa fluxion en los ojos, y con temor de que el relente de la noche la hiciese mayor daño, se excusaba de ir á venerar el cadáver del santo Padre, cuando estaba en la iglesia para satisfacer á la piedad de los concurrentes. Su madre, su hermana y otras vecinas le quitaron el miedo y persuadieron que fuese en su compañía. Llegó á besar la mano del santo Padre y aplicándola con fe á sus ojos doloridos, los enjugó repentinamente y cesó el corrimiento tan del todo, que nunca más lo padeció.

Un Negro llamado Juan, esclavo de D. Sebastian Zapata, habia ya seis años que estaba tan deformemente estropeado de las piernas, que no podia andar ni estar en pié. Llevároule al sepulcro del P. Claver, y curó tan de

repente, que pudo volverse á casa sin ayuda de nadie. Mas aunque el prodigio era estupendo y manifiesto, y el esclavo bien complexionado y robusto, recelando su ama de una curacion tan instantánea en una enfermedad tan envejecida, para impedir que recayese le hizo tomar unos pediluvios con vino y varias yerbas confortativas. Pero bien presto tuvo que arrepentirse de esta caridad, hija de su poca fé. Al valerse de aquel remedio pareció que se desencadenaron todos los malos humores en aquel cuerpo. Se le cubrieron otra vez las piernas de asquerosísimas llagas, le acometió una violenta calentura con síntomas tan mortales, que en menos de tres dias, en los cuales de ningun modo pudo tomar bocado ni bebida alguna, llegó á las puertas de la muerte. Entendióse fácilmente de qué mano venia el golpe; y entrando en sí la señora, y pesarosa del hecho, quiso que tal como estaba fuese conducido el esclavo en una silla al sepulcro del siervo de Dios. Dicha suya fué el acogerse bajo la proteccion del P. Claver, tan amoroso con todos, mayormente con los Negros; pues con una breve oracion cesó todo dolor, calmáronse los humores, desaparecieron las úlceras, ahuyentóse la calentura, y el enfermo se encontró sano.

Yacia moribundo en el hospital de San Sebastian un cierto Bartolomé Sanchez, recibidos los últimos sacramentos. Habia dos dias que le tenia fuera de sí la calentura y agudísimo dolor de riñones; se levantó frenético de la cama, y dió consigo en tierra donde le hallaron como muerto. Volviéronle á ella un religioso y un hermano suyo que le asistia; el cual afligidísimo y desesperanzado de ver más á su hermano vivo, se fué al entierro del P. Claver. A las once del dia se volvió cuidadoso

al hospital; y hallándole aún con vida: *Toma, hermano mio*, le dijo, *toma estos ramitos de albahaca que he recogido de las que adornan al difunto P. Claver: encomiéndate á él con gran confianza, que con solo querer puede curarte.* A semejantes palabras, abriendo los ojos el moribundo, aunque con muchísimo trabajo logró ponerse en la boca un pedacito de aquella albahaca.—*Cuidado*, dijo un enfermo vecino á su cama, *que comiéndola podria dañarte;* pero, prevaleciendo la fé sobre el temor, se la comió, siguiéndose el maravilloso efecto de que siendo de suya tan amarga, la sintió dulcísima al paladar, y refrigerándole las entrañas le pareció que le volvia de muerte á vida. Dióle despues un éxtasis ó sueño, y despertó de él como si de nuevo renaciera al mundo; sintió gran mejoria y dentro de una hora vióse con tan cabal salud que ni vestigios se le conocieron de la pasada enfermedad. Y siendo así que en cuatro ó cinco dias no habia comido sino algunas sustancias, que le hacian pasar abriéndole la boca por fuerza; comió luego con muy buen apetito y durmió aquella noche con la quietud de un sano, y al otro dia se fué á su casa vigoroso y récio sin necesidad de convalecencia ni remedio alguno. Aconteció este prodigio dos dias despues de sepultado el P. Claver en Setiembre de 1654. Citado despues el mismo Sanchez en 1659 á deponer bajo juramento el milagro acaecido en su persona, se excusó por un nuevo mal que á la sazon le molestaba, y era una hinchazon muy enorme en partes muy sensibles, con dolores agudísimos que no le dejaban dar un paso. Pero apenas dió esta contestacion, tuvo un grave remordimiento de conciencia, pues no honraba á su bienhechor con la declaracion del beneficio recibido. Levantándose como pudo de la cama, se hizo llevar á la

iglesia de la Compañía, sitio destinado para tomar semejantes declaraciones; y aun no habia llegado al Colegio cuando ya no sentia dolor alguno. Introducido al exámen, conforme iba satisfaciendo Sanchez á las preguntas de los encargados de formar el proceso, iba cediendo el mal, de modo que acabado el interrogatorio, con pasmo de muchos médicos y cirujanos que le registraron, la hinchazon se habia desvanecido, y el enfermo estaba completamente sano.

Al tiempo que llevaban al sepulcro el venerable cuerpo de san Claver, vió Juan de Ribarola que abrió dos veces la mano derecha, y que otras tantas la cerró para empuñar la palma con que le habian adornado. Admirado el testigo, quiso cerciorarse si era suya la mano ó de algun otro religioso de los que rodeaban el féretro; subió para esto de pié sobre un escaño, de donde observó sin poderse equivocar que en realidad de verdad era la mano del difunto, y vió con nueva maravilla que otras tres veces la abria y cerraba asiendo de la palma. Estuvo para romper en aclamaciones de, *milagro;* pero detúvose considerando que si otros veian lo mismo y callaban, debia convenir así, y si él sólo gritaba no tendria crédito su dicho, por ser el autor desautorizado y único entre tanta muchedumbre. Pero díjolo aquella misma noche á varias personas en casa del capitan Pina donde se alojaba, y despues, lo depuso con juramento ante el Juez de las informaciones.

Moríasele á Catalina de Velasco una hija á quien amaba tiernamente, y á medida del grande amor que la profesaba era el dolor de perderla. Reducida á implorar la intercesion del P. Claver, postróse de rodillas delante de su imágen, rogando al Señor por los méritos de su

siervo que concediese á su hija la vida, si la salud del cuerpo no habia de perjudicar á la del alma. Oraba todavía, cuando revistiéndose la imágen repentinamente de un aire triste y compasivo se bañó toda de un sudor milagroso, y tan visible que llenó de admiracion y espanto á cuantos habia en la casa, creyendo que fuese aquel un triste agüero para la salud de la enferma que, en efecto, al poco tiempo murió. Mas no por esto dejó la madre de mostrarse sumamente obligada al siervo de Dios, porque, como señora prudente y de mucha piedad, tuvo aquella pérdida por gran ganancia, persuadida de que se habia salvado la hija y que así habia convenido para bien de su alma.

En casa del Alguacil mayor de Cartagena, D. Vicente de Villalobos, enfermó de peligro Domingo de Betancour, niño de ocho á nueve años, sobrino de D.ª Micaela Heras Manrique, muger del Alguacil, á quien lo dejó encomendado su padre D. Antonio de Betancour, cuando se ausentó de Cartagena y fué á la villa de Santa Cruz de Monpox. Apurados los remedios, que nada podian en sugeto tan delicado contra la fuerza y malignidad de unas fiebres ardentísimas, le desahuciaron completamente los médicos. Lloraba la señora tia al ver morir el niño, y aumentábase el dolor con la aprension de que achacarian la muerte á su descuido, si moria Dominguito en su casa. Acudió D. Vicente á su gran devoto el P. Claver, y postrado ante su sepulcro, rogó á Dios por su medio por la salud de aquel angelito; y luego pidió al sacristan una estola del bienaventurado Padre, con que volvió á su casa contentísimo, con la confianza de que llevaba con ella su remedio. No le salieron fallidas sus esperanzas; porque, revestido el niño de aquella

insignia, ahuyentó á la muerte, resolviéndose el mal en un sudor tan copioso y extraordinario, que los médicos, entre ellos el doctor Bartolomé de Torres, lo calificaron de milagroso. Y que así fuese en la verdad, se reconoció cuando, siendo necesario mudarle la camisa, le quitaron la estola por olvido ó por juzgar que habia producido su efecto. Aquel mismo sudor que casi le habia curado siendo moderado, creciendo desmedidamente y sin cesar, le debilitó tanto que, perdidas del todo las fuerzas, volvió á padecer síntomas gravísimos, y estaba ya desfigurado y le lloraban por difunto. Advirtióse entonces que no tenia la estola milagrosa; y habiéndosela echado al cuello su tia, se salió del aposento por no afligir al moribundo con su llanto. Con grande afecto y hecha un mar de lágrimas, dijo á voces estas palabras: «*Santo Padre Claver, si lo sois como yo piadosamente lo creo, pues hicisteis lo mas moviendo el sudor, haced lo menos en que se detenga, para que yo conozca que la salud es obra de vuestra intercesion.*» Caso maravilloso; apenas se le volvió la estola, cesó al punto el sudor, se calmó la calentura y se levantó luego de la cama, tan sano, tan lucido y tan robusto como antes de enfermar.

Doña Agustina de Talavera, vecina de nuestro Colegio, estuvo en cama muchos dias á causa de una fluxion y dolores intensísimos en el costado que no la dejaban menear. Envióle el H. Nicolás Gonzalez un rosario del P. Claver; aplicóselo D.ª Agustina á la parte lastimada, y al instante sintió que la dejaban los dolores: salió de la cama para hacer experiencia de la mejoria, y hallóse tan desembarazada y libre que igualmente podia valerse de entrambos lados. Arrojó luego los parches y las vendas, y al otro dia fué á nuestra iglesia, y con voces y lágri-

mas que tuvieron por testigos á mucha gente, dió gracias á Dios delante del sepulcro del P. Claver del beneficio conseguido por sus merecimientos. Mas levantándose una mañana con poco abrigo á favorecer una esclava á quien castigaba su marido, le penetró un aire y se le recrudeció el dolor con tal vehemencia, que la hubieron de llevar en brazos a la cama. No cesaba de gritar con la fuerza del dolor, y otra vez envió por el rosario. No se le pudo dar porque andaba por otros enfermos; pero diéronle un librito en que rezaba el P. Claver, de tal eficacia, que lo mismo fué aplicárselo que librarse de aquella dolencia para siempre.

Peligraba por un terrible tabardillo la vida de una muchacha, ahijada de esta misma señora, por nombre María de Torres, hija de D. Sebastian de Torres. Se le ordenó una sangria, y el cirujano le cortó inadvertidamente la arteria del brazo derecho, por lo cual se le levantó un tumor negro como naranja grande: llámanle los médicos aneurisma, y se tiene por incurable y mortal. Probados pues algunos remedios la desahuciaron por completo, y afligidísimos sus padres la llevaron á varios santuarios, en demanda de algun milagro, pero sin el deseado efecto. Empeorando cada dia más la hija, por consejo de doña Mariana de Godoy la llevaron al sepulcro del P. Claver, teatro entonces de estupendas maravillas. Avivóles la fe, y quiso acompañarlas D.ª Agustina de Talavera recien curada de la enfermedad que arriba referimos. Entró la niña en nuestra iglesia llorando tan amargamente que partia el corazon. Salió el sacristan á las voces de la niña, y asentóla en un banco arrimado al sepulcro del santo Padre para que alcanzase á extender el brazo sobre él; resistia ella con llantos y alaridos temiendo que ha-

bian de cortárselo. Acallada finalmente, alargó el brazo y lo puso sobre la bovedilla del sepulcro, fajándole al mismo tiempo su padre con una estola que habia usado el santo varon por muchos años. Volvió á casa, se registró la hinchazon, y se vió que habia cedido y estaba ya blanda y menos enconada. Al otro dia vino muy alegre á nuestra iglesia, y al tercero más, porque iba siempre mejorando, con sola la diligencia de poner el brazo sobre el sepulcro: hasta que á los cuatro ó cinco dias se deshizo del todo aquel tumor, quedando el brazo liso y colorado, sin rastro del achaque. Juró el Dr. Bartolomé de Torres que era imposible naturalmente la curacion de esta niña, y que así la reconocia por sobrenatural y milagrosa.

La misma D.ª Agustina de Talavera pidió un dia al H. Nicolás Gonzalez que encomendase á nuestro Señor por medio del P. Claver, á una criatura negrita, que estaba espirando, en casa de su hermana D.ª Sebastiana, del mal que llaman de siete dias, el cual mata sin remedio. *¿Por qué no la traen al sepulcro?* dijo el Hermano; y respondiéndole que temian se quedase muerta en el camino por ser recien nacida: «*No teman*, replicó él, *y tráiganla, más que estuviera muerta.*» Viendo su fe y buen ánimo, trajeron la criatura bien abrigada, pero ya en estado que más parecia muerta que viva. Envolvióla el Hermano en el manteo del bienaventurado Padre, y acomodóla sobre su sepulcro donde estuvo cerca de una hora, hasta que llegando allí D.ª Inés de Miranda, preguntó á dos Negras que la guardaban *¿qué habia en aquel envoltorio?* Sabido lo que era, apartó el manteo para ver la criatura; púsole el dedo en la boca, y viendo que tenia libres las mandíbulas, trabadas antes con gran tenaci-

dad, y que chupaba el dedo con fuerza, dijo á las dos Negras: *¿Esta es la enferma de mal de siete dias? Llevadla á casa, que ya está buena.* Hallaron que de verdad lo estaba, y con grande alborozo la volvieron á casa, donde sin dificultad tomó el pecho, creciendo en salud, alegría y vivacidad.

Menos costó la curacion de una Negra criolla en casa de D.ª Francisca Sagástegui. Estaba ya desahuciada, y con solo tocar la reliquia del rosario, como dijimos, recobró instantáneamente la salud.

Otra niña de tres meses llamada Teresa, hija de Simon de Anaya, por una cargazon de humor maligno á la vista, habia quedado totalmente ciega, y su ceguera se creia tanto más incurable, cuanto que una excrescencia de carne nacida en la concavidad de uno y otro ojo habia cubierto y escondido ambas pupilas. Pero ¿qué no consigue la viva confianza? Una parienta muy cercana, á quien traspasaba el corazon ver á la tierna niña reducida á tan triste estado, la tomó en brazos, y comprando algunas velas: «*Toma, hija*, le dijo, *estas velas, que tú misma has de llevar al sepulcro del Padre Claver luego que te haya curado. Es imposible que siendo él tan cariñoso, permita que penes así por más tiempo.*» Así fué; abrió la niña los ojos, y con cierta sonrisa comenzó á volverlos hácia todas partes, con tal gracia y viveza que parecian dos estrellas; como si dijera: «*Mirad que ya estoy enteramente curada.*» Y era verdad, con tanto pasmo y admiracion de todos, que volando por todas partes la fama, creció la estima y veneracion en que ya tenian al siervo de Dios.

Un indio muchacho de quince años, cayendo á plomo de una grande elevacion, quedó feamente estropeado de la pierna derecha, y en el espinazo un tumor grande,

sin que los remedios que se le aplicaron sirviesen más que para acabar de estropearle. Vióse obligado el pobrecito en la flor de su edad á vivir arrastrando su cuerpo y sustentándose con dos muletas, dando á cada paso en tierra con la rodilla derecha; tan macilento y flaco que parecia un esqueleto. Un domingo, pues, en que atormentado por los dolores más que de ordinario, habia ido á la iglesia de la Compañía, sentado en una tarima cerca de la puerta, vióle el Sacristan y acercándose á él, en tono compasivo le dijo: «*¿Qué haces aquí, pobrecillo? ¿y cómo estás?*»—«*Padre mio, ¿cómo quereis que esté? no puedo estar peor; siempre muriendo y siempre sin acabar de morir.*»—«*Pero ¿y por qué no acudes al P. Claver? ¿Por qué no te acercas á su sepulcro, donde cada dia obra cosas tan estupendas? Vamos juntos que yo mismo quiero conducirte. Ten fe y dile confiadamente que no te apartarás de él, hasta que le haya concedido esa gracia.*» Llegado al sepulcro, es fácil imaginar el fervor con que oraria: mas no quiso el siervo de Dios sanarle repentinamente, para que se hiciese más digno de la merced con nuevas visitas y más largas oraciones, si bien experimentó desde entonces notable mejoria y comenzó á circular por sus venas un nuevo vigor, sintiendo más ágiles los miembros y más aliviados sus dolores. Animado de tan buen principio, repitió la visita en los dos dias siguientes, cada vez con mayor ventaja, tanto que á la tercera, dejando las muletas en el mismo sepulcro se halló tan suelto y ágil como antes de la caida. Viéndole el Hermano Sacristan, y dudando de lo que estaba viendo con sus ojos, hízole andar por la Capilla del santo Cristo, lo cual ejecutó con gran desembarazo, sin que se le conociese señal del impedimento que dos dias antes le arrastraba por la tie-

rra. Aconsejóle sin embargo que no publicase la salud hasta que la confirmase el tiempo. Respondió que no era fácil ocultarla, y que el Negro que le curaba cada noche el espinazo, hallándole el tumor deshecho y la pierna derecha igual á la otra, y jugándola sin dolor y con facilidad, lo habia celebrado por milagroso, con pasmo y admiracion de todos los de casa. Oyeron la conversacion tres señoras principales, é informadas del suceso del indio, se enternecieron grandemente, y juntos todos con las esclavas que las acompañaban fueron con muchas lágrimas al sepulcro del Santo, dando gracias á nuestro Señor por las maravillas con que ensalzaba á su Siervo.

Una de aquellas tres señoras, que era D.ª Maria de Salcedo, entró en confianza de alcanzar salud para una criaturita, hija de una Negra, esclava suya, la cual padecia unas calenturas tan vehementes, que la noche antes tuvo desvelados á todos los de casa creyendo que no llegaria á la mañana. Dió órden que la trajesen al sepulcro; venia por el camino tan desabridilla de condicion como agobiada por la enfermedad; pero apenas la pusieron en el sepulcro del bienaventurado Padre, cuando le vieron indicios ciertos de salud; alegráronsele los ojos y el semblante, los quejidos se trocaron en gorjeos, y con las manecitas empezó á hacer mil travesuras y meneos de regocijo. Las Negras, (era una de ellas la madre de la niña), daban voces y palmadas de admiracion; y aunque desde luego quedó enteramente sana, prosiguieron nueve dias en llevarla, y con el ruido de este caso no es ponderable la frecuencia de llevar al sepulcro del Padre Claver los niños enfermitos, ni se pueden contar los muchos que recobraron la salud por este medio. Con esa

devocion de visitarle nueve dias haciendo celebrar otras tantas misas, curó una Negra por nombre Isabel Fulupa, que con el sentimiento de habérsela muerto una niña recien nacida se echaba en el suelo casi desesperada. La humedad del pavimento y el aire que colaba por las puertas, cogiendo á la pobre muger de sobreparto, llegaron á tullirla de piés y manos, causándole en los pechos y cabeza dolores excesivos. Baldada casi del todo, poco á poco y medio arrastrando se fué al sepulcro del P. Claver y ofreció visitarle nueve dias; pero al quinto sintió que mejoraba, y al noveno quedó buena del todo sin otra medicina.

Más rara y estupenda fué la curacion, y casi diríamos resurreccion, de un tal Andrés Lopez que estaba en el hospital. Llegó á tal extremo, que desahuciado de los médicos y fortalecido con los últimos sacramentos, caminaba sin remedio á la muerte. No dejaba sin embargo en tal estado, como afirmó él mismo, de encomendarse mentalmente á su santo P. Claver, de cuya gran virtud habia hecho siempre muchísimo aprecio. Pero sin saber por qué, pasados en contínua agonia tres dias y tres noches, y no dando ya señales de vida, le tuvieron todos por muerto, y le envolvieron en una sábana para enterrarle. Antes de darse este último paso de cristiana caridad, hubo una persona que, llena de fe y confianza en la proteccion del siervo de Dios, se acercó á bendecirle y tocarle con su reliquia. ¡Cosa en verdad estupenda! A esta bendicion y contacto comienza á moverse aquel cuerpo y á dar muestras de vida. Le desatan, le descubren, y le oyen hablar distintamente. Estaba vivo y ya sano del todo, tanto que corrió la voz por el hospital y por toda la ciudad de que aquella habia sido la resurreccion de Lázaro.

CAPÍTULO XIV

PROSIGUE EL CAPÍTULO PASADO, DE LOS MILAGROS QUE OBRÓ SAN PEDRO CLAVER DESPUES DE SU MUERTE

ANDRESA Gimenez, doncella de 18 años, hija del sargento D. Gerónimo Gimenez, se ahogaba, sin remedio, de unos nudos que le salieron en la parte de dentro de la garganta y le cerraban el paso á la respiracion. Llevóla su padre una estola del siervo de Dios; la adoró, la rodeó al cuello de la enferma, y en el mismo punto desapareció el ahogo y los nudos se deshicieron. De ahí á un año, le salió á la garganta una postema peligrosísima y mortal á juicio de los cirujanos. Determinaron éstos abrirla; querian unos hacer la operacion con boton de fuego y otros con lanceta; pero en nada de esto confiaba la enferma sino en la intercesion del Padre Claver, al cual invocó muy confiadamente en este segundo peligro, con la experiencia de haberle favorecido en el primero. Sobrevínola un profundo sueño, y en él le pareció que el P. Claver cogiéndola del brazo le decia: «*No tengas pena, hija, que no será esto nada.*» Al asirla despertó la doncella, y reconociendo la postema, la halló reventada y casi limpia; y á los pocos dias, sana del todo, fué á dar las gracias al sepulcro del santo Padre.

En casa de D. Diego de Villegas, un niño de ocho

meses, hijo de una esclava, estaba ya con el pecho levantado y espirando en brazos de su madre. Tomóle otra Negra, y sacaron de allí á la madre que desatinada iba dando bramidos de dolor. Pareció á todos que era caso de apercibirle la mortaja; pero D.ª Maria de Albornoz, muger de D. Diego, se acordó de una escofieta del Padre Claver que guardaba en el escritorio, y dijo que seria bien se la pusiesen al niño; aprobó el consejo su marido y dijo al ponérsela: *Sea Dios servido por intercesion de su siervo, dar la salud á este niño si ha de ser para su gloria.* Apenas la escofieta le llegó á la cabeza, cuando se le bañó de sudor todo el cuerpecito; y despues de un credo volviendo los ojos despejadamente á una y otra parte, llamó á su madre con los términos de aquella balbuciente edad. Entró, abrazóle y él la tomó el pecho. Hizo luego ademanes para que le llevasen hácia una luz que estaba en el suelo y en torno de ella otras criaturitas; bajáronle, y se puso á jugar con ellas muy alegre y placentero. Los Negros y Negras de la casa levantaron gritos de alborozo y decian á su amo: *Señor, este es milagro que ha hecho Dios por inte*[illegible]*re Claver; ¿no lo vé vuesa merced que* [illegible]*rrete de dicho Padre, volvió en sí, y ha mamado, y está bueno?* Por presto que quiso ir D. Diego á nuestra Iglesia á dar las gracias á nuestro Señor, ya se habian anticipado los de su casa y difundido por la ciudad la fama de aquel milagro.

Al mismo D. Diego de Villegas se le puso enferma de un tabardillo malicioso una esclava por nombre Polonia, llegando muy á peligro de morir por el desamparo de los médicos; porque no habiendo en aquella sazon más que uno en Cartagena, cayó enfermo despues que empezó á visitarla. Dos noches arreo la sobrevinieron parasismos,

y el de la segunda tan vehemente que se creyó habia ya espirado. Corrió su amo á la Catedral para que trajesen la Extremauncion, y otros á nuestro colegio en busca de un sacerdote que la confesase en caso que volviese en sí. Dióles el sacristan el relicario en que se guardaba un dedo del santo Padre Claver, y en echándolo al cuello de la enferma, recobró al punto los sentidos. Fueron luego á la Catedral á dar cuenta á su amo, quien halló á la enferma tan mejorada que se juzgó no eran necesarios los últimos sacramentos. Finalmente sin otro médico ni medicina que la reliquia al cuello, se alivió tan conocidamente que al poco tiempo pudo levantarse, agradeciendo la salud á los méritos del bendito Padre.

A la misma esclava le sucedió que en cuatro dias de recísimos dolores no pudo dar á luz una criatura, siendo ineficaces todos los remedios. Desahuciada de todos, recurrió al relicario del Padre Claver, el cual le fué tan favorable en este aprieto como en el tabardillo; porque al instante que lo tuvo y besó con devocion, salió á luz una niña sin lesion alguna, olvidando con el gozo los trabajos que habia padecido.

Más privilegiada fué la casa de D. Simon de la Rosa y de D.ª Luisa de Reyna, donde el P. Claver hizo cuatro curaciones milagrosas. A su hija Juana Bautista niña de seis meses, le acometieron ardientes calenturas con un accidente en los ojos que no podia abrirlos; y si tal vez los abria se los cerraba de golpe el dolor que se le excitaba con la luz. En más de mes y medio no pudo darle alivio la medicina, ni sus padres vieron algun rayo de esperanza. Un dia su madre, mohina y despechada, dijo á una esclava: *Toma esa niña, y llévala por ahí á santiguar*. Tardaba mucho la esclava, y temerosa la madre

que por haberse muerto su hija, (tan acabada se la dió), no se atrevia á volver á casa, entró en cuidado; y cretió más la congoja cuando, habiéndola hecho buscar por varias partes, en ninguna le daban noticias de ella. Despues de dos ó tres horas apareció con la niña, que ya traia los ojitos abiertos y claros, mirándolos á todos muy alegre y risueña. En llegando á casa dió tres estornudos purgándose con ellos las narices de ciertas excreciones endurecidas á manera de piedrezuelas. Con pasmo y regocijo y hallándola sin calentura y sana, preguntaron á la Negra, cómo habia sido. Ella contó que la habia llevado á la iglesia de la Compañía, y que envolviéndola el sacristan con el manteo del P. Claver, la habia puesto sobre su sepulcro, y á un cuarto de hora abrió los ojos sin dificultad y los esparció con alegría por la iglesia; que al volverla á casa le habia puesto entre la faja una reliquia del santo Padre, á quien se debia salud tan milagrosa. Por tal la reconocieron todos, y dieron gracias al Señor.

Pasado año y medio, llegó la misma niña á mayor peligro con otra enfermedad; le abrieron unas ventosas y se halló la sangre tan podrida que todos tuvieron por cierto que se moria. Pero acudiendo al remedio del manteo y sepulcro del P. Claver, no tardó dos credos en retirarse la enfermedad y recobrar entera salud, de que dió pruebas la mudanza alegre del semblante.

Su madre Luisa de la Reyna no pudo en quince dias hallar sosiego á causa de unas fuertes calenturas y agudísimo dolor de cabeza. Acordóse de la reliquia del santo Padre que tenia su marido; pidióle que labrase un torzal de hilo para colgársela del cuello, y entre tanto que lo hacia, escondió la reliquia entre la cabeza y el

tocado. Cuando le llevaron el torzal, dijo, que no era necesario; porque en aplicándose la reliquia, súbitamente le cesaron la fiebre y los dolores. Aquella tarde se sentó en la cama y comió con buen apetito; y al otro dia ya pudo levantarse sin rastro de fiebre ni convalecencia. Atormentábanla antes dolores tan fuertes de cabeza que mareándole la vista la obligaban muy á menudo á estar en cama, sin que pudiese comer bocado en los tres ó cuatro dias que duraban. Pero merced á la reliquia fueron desde entonces menos largos y tan benignos, que podia soportarlos en pié y comer sin repugnancia.

Simon de la Rosa, su marido, no experimentando alivio con los medios humanos en un dolor que, lastimándole el pulgar de la mano derecha, le hacia dar gritos como loco, y aun temió que si duraba habia de parar en eso; acudió al santo P. Claver alegándole los tres milagros hechos en su casa, para recabar el cuarto en beneficio suyo. Al mismo instante, cesó el dolor y pudo dormir quietamente hasta la mañana: ni jamás le volvió, sino algunos amagos que sin molestarle le traian á la memoria el beneficio.

Hizo tantos milagros la cruz que el santo Apóstol dió en vida á D.ª Leonor de Zerpa, que depuso en los procesos su hermano D. García de Zerpa, regidor de Cartagena, que así en su casa como fuera de ella, vió muchas veces cómo en aplicándola á los enfermos, habian mejorado milagrosamente. Con mayor generalidad lo atestiguó D. Juan de Zerpa, presbítero, hermano de entrambos, asegurando que curaban milagrosamente cuantos enfermos se valian de ella; y que el dia mismo en que hizo esta declaracion, restituyó dicha cruz á su hermana D.ª Catalina de Pimienta, despues de haberle curado

á él de grandes dolores que padecia en una pierna y en el brazo. Añadió que en Mayo de aquel año, hallándose él mismo muy afligido de la gota, se alivió luego con aquella cruz, y que en todas las dolencias habia sido su total remedio.

Las seis estolas que se conservaban del bendito Padre, anduvieron por las casas de los enfermos, y fueron tantos los que acudian á nuestra Iglesia á referir misericordias que por ellas alcanzaban de nuestro Señor, que con ser el Hermano Nicolás Gonzalez diligentísimo en notar las cosas del P. Claver, como á quien amaba tan tiernamente, aquí perdió la cuenta y confesó en su declaracion que no hay quien pueda contar las curaciones obradas por el santo Padre. «*Sin encarecimiento puedo afirmar*, decia el P. José Fernandez en 1666, *que si hubiera de escribir los casos tenidos por milagrosos que se me han remitido por escritos particulares, habia de empezar otro libro.*»

No fué el menor de los prodigios el estado en que se conservó su venerable cuerpo. Aquel semblante tan macilento en vida y tan consumido, refloreció despues de muerto, y se pintó de un sonrosado tan apacible que pudiera creerse el de un vivo que reposaba dulcemente. No se tuvo por menos milagroso el suavísimo olor que despedia tan fuerte y tan vivo que se dejaba percibir desde muy lejos; y el sudor que manó de él por mucho tiempo, en tanta abundancia, que empapados ya todos los vestidos fué necesario mudarle; lo que se hizo muy fácilmente por haber quedado flexible, jugoso y suave en todos sus miembros. Mayor portento fué todavía el haberse conservado muchos años incorrupto. Viendo el P. Gaspar de Cujía, Provincial, que los muchos enfermos, especialmente niños, afeaban el sepulcro del santo, cuando los

ponian sobre él para que recobrasen la salud; resolvió que en la misma capilla del santo Cristo se abriese un nicho en la pared y se labrase una puerta con buenas cerraduras. Previnose así todo, y el primero de Marzo de 1657 á los dos años y medio menos ocho dias de la deposicion del cuerpo, se abrió el tabique que le escondia y se sacó la caja donde estaba: vieron la tela y pasamanos mojados y sin lustre, y la misma clavazon gastada con la humedad grande de aquel sitio. Quitóse la tapa, y hallóse el cuerpo cubierto todo de cal viva, lo cual maravilló á los circunstantes, atenta la actividad de la cal para deshacer la carne y dejar en limpio los huesos; solamente royó un poco la piel de la cabeza, pero desde el cuello hasta los piés se conservó entera, enlazados con firmeza todos los miembros, enjuta la carne y sin olor ni rastro de corrupcion. Habiéndosele mostrado al doctor Bartolomé de Torres un dedo del santo Padre, dijo con juramento en los informes, que juzgaba por cosa más que natural, que en más de dos años ni la cal le hubiera comido, ni corrompídole la humedad excesiva de la tierra, y que se conservase tan hermoso, vestido de la piel con sus niervecitos entretegidos de la parte de adentro, despidiendo un olor apacible como de búcaro delicioso y oloroso. Pasáronle á la caja que de nuevo habian prevenido y le colocaron en el nicho, cerrándole con llave, con órden expresa del Padre provincial á los Rectores del Colegio, para que á nadie se permitiese sacar la más pequeña pieza de sus reliquias venerandas [1]. Allí descansan en paz casi todos los preciosos restos del santo Após-

[1] Véase el Apéndice.

tol, hasta que pasen á mejorar con la incorruptibilidad de la gloria su milagrosa incorrupcion; y reunidos á su purísimo espíritu sean trasladados al cielo, donde alma y cuerpo que tan juntos estuvieron en la tierra para la virtud, se repartan el galardon eterno en lazo indisoluble de perpétua inmortalidad.

CAPÍTULO XV

CONFÍRMASE LA SANTIDAD DEL P. CLAVER CON EL TESTIMONIO IRREFRAGABLE DE LA IGLESIA

Pero faltaba aún el testimonio más auténtico y el juicio inapelable de la Sede Apostólica; cuando el Vicario de Jesucristo, la santidad del Papa Benedicto XIV declaró, con unánime consentimiento de toda la sagrada Congregacion de Ritos, *que las virtudes del Venerable P. Pedro Claver, sacerdote profeso de la Compañía de Jesús fueron singularmente heróicas, y en tanto grado que con seguridad podia seguirse la causa de su canonizacion.* Así consta en el decreto de Su Santidad firmado de su mano, y dado en Santa María la Mayor el dia 24 de Setiembre de 1747, octavo de su pontificado. Mucho antes de ser Pontífice, el año 1719, habiendo examinado en calidad de Promotor de la fe la causa de nuestro Santo, é impugnando segun su oficio las virtudes del siervo de Dios, hizo esta declaracion; *que entre las causas entonces pendientes en el Tribunal de Ritos, la del V. P. Claver era de las más insignes y admirables:* inter præcipuas et spectabiliores.

Y para comprobacion de este dictámen, y á fin de que se vea la delicadeza y, casi diríamos, escrupulosidad

con que se procedió en aquel escrutinio, oigan los devotos de san Claver las dos grandes dificultades en que hicieron tanto hincapié los Promotores.

Fué la primera, que estando de noche arrodillado el bendito Padre, con la soga al cuello, la corona de espinas en la cabeza, y desnudo, entró de improviso el padre Rector para confesarse con él. Turbóse el siervo de Dios con aquella visita y dijo: *¿Qué quiere, Padre? Váyase, le suplico:* lo cual parece irreverencia. «Y no lo fué, replica el Vicario de Jesucristo, atendidas todas las circunstancias del hecho, ó á lo más culpa venial indeliberada, que no perjudica á la santidad, mayormente si luego se repara, como el Santo la reparó. Porque al punto vistióse, y dió consigo en el aposento del P. Rector; echósele á los piés y con muchas lágrimas le suplicó que le dejase en paz y escogiese otro confesor, habiendo en casa tantos religiosos.»

La segunda, que arrebatado de su fervor, parece que traspasó una vez los límites de la mansedumbre apostólica, cuando tomando unas disciplinas, separó las parejas de Negros recien convertidos que bailaban en la plaza, pegando con aquéllas á los desobedientes, y alguna vez, con la llave que consigo traia. «Mas, si ponderamos, dice Su Santidad, la dureza y obstinacion de tal raza; si consideramos el desprecio que hicieron de los avisos precedentes; si advertimos la suavidad del siervo de Dios comprobada por tantos otros documentos, y las demás demostraciones de cariño que usó con los Negros, los cuales le veneraron siempre como su padre y bienhechor; si observamos que nadie se quejó del Santo por semejante proceder; concluiremos que no hizo nada contra la mansedumbre ni contra el oficio de Mi-

sionero. San Pablo que habia dicho á los gálatas: *Instruid con espíritu de blandura* (Gal. 6), dijo á los de Corintio: *¿Vendré á vosotros con la vara, ó en caridad y espíritu de mansedumbre?* (Cor. 4), y á Tito: *Castígalos duramente* (Tit. 1); pues segun las personas y segun las culpas, hay que emplear ya la severa reprension y á veces el azote, ya las palabras blandas y suaves.» Tan poco fundamento tenian las dificultades suscitadas contra las virtudes del V. P. Pedro Claver.

Para lograr este juicio favorable de la Iglesia, se habia trabajado mucho desde 1657 en América y en España; pero la Provincia eclesiástica que tomó más á pechos el negocio, fué, como debia esperarse, la de Tarragona. Es notabilísima la instancia que presentó á Su Santidad el Concilio Provincial Tarraconense, congregado en 1727 y presidido por el Arzobispo D. Manuel de Samaniego y Jaca pidiendo la beatificacion de nuestro Venerable. Hicieron los Padres del Concilio esta peticion movidos de los milagros que obraba el Santo en Cataluña, que fueron muchos y muy famosos, y de la veneracion en que tenian al Apóstol del Nuevo Mundo, al segundo Javier de la Compañía, columna de la religion en Cartagena, sol de Occidente y piedra sobre la cual asentó Cristo su Iglesia en las Indias occidentales, como llaman á nuestro Padre benditísimo. No menos les movió á ello el deseo de mostrar á todo el mundo su devocion á nuestra mínima Compañía, á la cual no dudan apellidar aquellas doctos Obispos, Abades, Priores y demás venerables eclesiásticos con los gloriosos renombres de *tabernáculo de la divina gloria, brazo derecho de la Iglesia, oficina de hacer santos, palacio de la sabiduría,* y *plantel de varones apostólicos,* con otros encomios que dán

á los hijos de ella hartos motivos para confundirnos y humillarnos [1].

El feliz suceso de esta peticion, como arriba dijimos, y la diligencia con que se proseguia la causa aquellos años, daba tal esperanza de que presto se terminaría, que en 1753 escribia el P. Francisco Javier Fluviá en la vida de san Ignacio (Libro II, cap. 11) estas palabras: «El Padre Pedro Claver cuya causa de beatificacion y canonizacion pendiente en la Curia Romana *está ya próxima á salir*, habiéndose publicado años há el decreto pontificio de que consta de sus virtudes en grado heróico...» Así lo creian y esperaban los devotos del Santo y de la Compañía de Jesus; pero Dios en cuya mano está la honra de sus siervos y el tiempo en que ha de glorificarlos, dispuso las cosas de tal suerte y permitió que se levantasen contra la Iglesia y la Compañía tales torbellinos y borrascas, que transcurrieron casi cien años en reanudarse los trabajos.

Despues de suprimida la Compañía de Jesús á 21 de Julio de 1773 por el papa Clemente XIV, con el piadoso intento de calmar la tempestad que amenazaba hundir la mística navecilla, el primer pontífice que tomó á su cargo la glorificacion del Apóstol de Cartagena, fué Pio IX de dulce y gloriosa memoria. El dia 27 de Agosto de 1848 iba á celebrar el santo sacrificio y distribuir la sagrada comunion en la iglesia de san Pantaleon de PP. Escolapios. Llegado á ella, el cardenal Lambruschini le dió agua bendita, y le recibieron el cardenal Patrizzi, el P. Fucile, superior general de las Escuelas Pías y los ilustrísimos Señores Obispos de Porfiro y Eritrea.

---

[1] Véase el Apéndice.

Dada la comunion por Su Santidad, y oida la Misa que celebró uno de sus capellanes, se encaminó al Oratorio, lugar de mucha devocion por los recuerdos que allí se conservan de san José de Calasanz. Sentado en el solio, mandó que el Secretario de la Congregacion de Ritos leyese y publicase el decreto por el cual consta de dos milagros del tercer género obrados por Dios, invocando el auxilio del venerable Pedro Claver. A saber, el primero, la súbita y perfecta curacion de María de Torres, que sanó de un inveterado aneurisma, originado de la rotura de una arteria en el brazo derecho. El segundo, la instantánea y perfecta curacion de Miguela García de Saavedra, que sanó de una metritis ó inflamacion, que acompañada de síntomas mortales, la llevó al extremo, en el tercero mes de su embarazo. Leido este decreto por monseñor José Gaspar Fatati; el reverendo Padre José Chierighini, de la Compañía de Jesus, postulador de la causa, dió las gracias al Pontífice de haber así honrado al venerable siervo de Dios, y Pio IX contestó brevemente, bendiciendo la divina Providencia que habia enviado al mundo un varon tan apostólico y fervoroso como el P. Claver, el cual bautizó con sus manos más de trescientos mil infieles, y dilató con los sudores de cuarenta años los dominios de la Iglesia. Lamentó despues la ceguedad de muchos descontentos, que, mal avenidos con la unidad religiosa de que gozaba Italia, derramaban por ella la pestilencial semilla del protestantismo y preparaban la gran revolucion.

Efectivamente estalló la revolucion, huyó el soberano Pontífice el mes de Noviembre del mismo año de 1848, dispersáronse los Padres de la Compañía; y con las demás alteraciones y turbulencias acaecidas en Roma, in-

terrumpióse el proceso del V. Pedro Claver, hasta que Pio IX volvió á su ciudad por la intervencion de las armas católicas, y los Padres de la Compañía tornaron á sus casas y colegios. Siguióse entonces la causa y á 14 de Mayo de 1850, reunida la Congregacion especial para resolver si podia procederse á la Beatificacion de nuestro Venerable, todos los Cardenales afirmativamente respondieron: *Puto procedi posse.* Sólo monseñor Dupont, recien creado Cardenal, siguiendo la costumbre de los que asisten por primera vez, se abstuvo de votar, mas quiso que constase esta razon y dijo: «Me abstengo por ser la vez primera.»

No obstante para encomendarlo más á Dios y alcanzar con la oracion las luces celestiales, tuvo á bien Su Santidad que se aplazase la declaracion, aunque no tanto que transcurriese el tiempo Pascual, á fin de que en ese mismo intervalo en que nuestro Salvador disponia á sus Apóstoles para Maestros de la Iglesia, pudiese el Papa declarar con la beatificacion del V. Pedro Claver la gloria que está apercibida á los que como él trabajan denodadamente en el ministerio de salvar almas.

Así se hizo, y el dia 26 de Mayo, domingo de la santísima Trinidad, reunidos en la capilla Sixtina del Vaticano, los Rmos. Cardenales Luis Lambruschini, prefecto de la sagrada Congregacion de Ritos, Constantino Patrizzi, obispo de Albano, vicario de Roma y relator de la causa, y el R. P. Andrés Maria Fratini, promotor de la fe y el secretario de la Congregacion Monseñor Fatati, despues de ofrecer Su Santidad Pio IX el santo Sacrificio, pronunció solemnemente que podia con toda seguridad procederse á la beatificacion del V. Pedro Claver, y que se expidieran en forma de Breve las letras

Apostólicas, y que á su tiempo se celebrase la fiesta de beatificacion en la basílica patriarcal del Vaticano.

Ambas cosas se efectuaron con algunos plazos. Porque las Letras Apostólicas se expidieron á 20 de Julio del mismo año de 1850, y en ellas concedió Pio IX que el cuerpo y reliquias del nuevo Bienaventurado pudiesen exponerse á la pública veneracion, aunque no llevarse en procesiones solemnes, y que se rezase oficio del B. Claver en Cartagena y su diócesis y en todas las Iglesias donde estuviese establecida la Compañía de Jesús; y en cuanto á la Misa que pudiesen decirla del Beato todos los sacerdotes, en las iglesias donde se celebrase la festividad del Santo á 9 de Setiembre.

Se esperaba con ansia la solemnidad de la Beatificacion; y el dia 21 de Setiembre de 1851, en la Basílica patriarcal del Vaticano, decorada brillantemente con cuadros primorosos, con elegantes inscripciones, con magníficas colgaduras y realzada con espléndida iluminacion, puesto el retrato del humildísimo P. Claver sobre la Cátedra de san Pedro; á las diez y media de la mañana entraron los Eminentísimos Cardenales, el Cabildo de san Pedro y los reverendísimos Consultores de la Sagrada Congregacion de Ritos y ocuparon sus puestos respectivos. Entonces el muy reverendo P. Juan Roothan, Prepósito general de la Compañía de Jesús, se presentó al Prefecto de dicha Congregacion, el Cardenal Luis Lambruschini, y en un discurso acerca de los merecimientos del Venerable siervo de Dios, pidió se promulgase el Breve de su beatificacion. Leyóse el Breve, y luego se entonó un solemne *Te Deum*, descubriéndose al mismo tiempo el retrato del Beato Claver, en medio del repique de campanas y la salva de artillería

que anunciaba la gran solemnidad desde el castillo de San Angelo. Celebró de pontifical y dijo el verso y oracion del B. Claver, Monseñor Cardelli, Arzobispo de Acrida. Por la tarde, después de vísperas, fué Su Santidad á venerar la imágen del Beato y recibió las ofrendas acostumbradas.

Con el mismo júbilo se fué celebrando esta fiesta en todo el Orbe católico, con notable devocion de los fieles y consuelo de la Compañía de Jesús, en muchas partes dispersa ó grandemente atribulada. Solo faltaba á nuestro héroe el supremo honor de la canonizacion, y para este fin que obrase Dios por la invocacion de su nombre algunas insignes maravillas.

CAPÍTULO XVI

DOS CÉLEBRES MILAGROS OBRADOS EN ESTE SIGLO POR INTERCESION DEL P. CLAVER, Y APROBADOS JURÍDICAMENTE EN ORDEN Á SU CANONIZACION

Aunque en todo el mundo, principalmente en Cataluña y sobre todo en la villa de Verdú, son muchos los prodigios que se cuentan y las curaciones recientes que se atribuyen al bienaventurado P. Claver: fué, no obstante, maravillosa providencia de Dios, que los dos milagros que se propusieron para la Beatificacion se obraran en la América del Sud, y los dos que se presentaron para la canonizacion, en la América del Norte; para manifestar sin duda que quiere engrandecer y glorificar á su siervo allí principalmente donde él más glorificó á su divina Magestad. El Padre de los Negros y Apóstol de Africa, merece tambien llamarse el Apóstol de América, por su caridad heróica en beneficio de todos sus naturales. He aquí los milagros mencionados.

Milagro primero. Bárbara Dressen nació en Tréveris, ciudad de Alemania, el año 1779; y emigrando de allí á la América del Norte, llevó una vida muy trabajosa con su marido Teodoro. Murió éste en 1850 en la ciudad de Milwaukee, donde la pobre viuda pasó lo restante de su vida. Bárbara, cuyos padres fueron de sana

y robusta complexion, gozaba de salud tan excelente, que ni de niña, ni en su juventud, ni en su vejez hasta los setenta años, tuvo nunca la menor dolencia. Mas por este tiempo permitió el Señor que le saliese en el carrillo derecho un bulto á manera de verruga, que ella atribuía á la conmocion y horror que le causaba la vista de un pobre hombre afeado con horrible cáncer que vivía cerca de su casa.

Crecía la tal verruga, y al poco tiempo se hizo del tamaño de una nuez. El médico Dr. Bayer en cuya casa servía nuestra Bárbara, examinó aquella rara excrecencia, la calificó de cáncer, y dijo sin rodeos á su criada: «*Tu enfermedad no tiene cura; has de morir de esta enfermedad.*»—«*Pues voy á ver á un sacerdote,*» respondió la enferma. «*Vé en hora buena*, repuso el médico bien seguro de la gravedad del mal, *vé en buen hora, pero morirás de esta enfermedad.*»

Había venido por aquel tiempo (1851) á la ciudad de Milwaukee el P. Francisco Javier Weninger, de la Compañía de Jesus, y daba mision en la iglesia de la Santísima Trinidad. A él se encaminó la enferma y le pidió con mucha humildad que le aplicase las reliquias del B. Pedro Claver, para que le curase ó aliviase la dolencia que padecia en el carrillo derecho. Bendíjola el Padre, y la exhortó á la confianza, y le prescribió ciertas oraciones en honor del Apóstol de los Negros. En los dos ó tres años que siguieron á la partida del P. Weninger, no sólo no se recrudeció, pero disminuyó mucho la enfermedad, y esperaba la doliente que poco á poco desapareceria por completo.

Mas quiso Dios que despues de este tiempo, y sin dejar ella sus oraciones acostumbradas al santo Padre su

protector; se aumentase y fuese creciendo cada dia el maligno cáncer, con extremada congoja y pesadumbre de la enferma. La verruga pareció enconarse y destilar una materia de color algo bermejo, que se cuajaba y formaba una costra al rededor de la llaga. Caia una, y recrecia otra. El mismo P. Weninger nos dice, que al caérsele una costra, quedaba horrorosa la mejilla por el pús que destilaba y por la inflamacion de la úlcera. La enfermedad crecia y menguaba como una esponja, y el ardor de la llaga era insufrible, sobre todo si la tocaban ligeramente, ó daba un aire en la parte dolorida.

Pasaban los años, y la úlcera cada día más enconada. Los dolores de la pobre enferma se recrudecian, y su cara cada vez más horrorosa no se podia mirar sin compasion. La infeliz buscaba alivio y consuelo en Dios por medio de continuos ejercicios de piedad, iba más á la iglesia, hablaba con el señor Cura, el cual la esforzaba al sufrimiento y aun la regalaba con alguna cosa de comer. Él mismo la servia, pero con la cautela de darle siempre el mismo vaso.

El Dr. Bayer, que veia con sus ojos el crecimiento del mal y el enconamiento de la llaga, se confirmaba cada dia más en su parecer; y lo mismo sintió otro médico, que habiéndolo examinado muy cuidadosamente, dijo delante de tres testigos que era cáncer. La extension y calidad de la dolencia, y la avanzada edad de Bárbara quitó toda esperanza á la medicina y á los remedios naturales. Este fatal pronóstico no desmayó á la enferma; ni quiso aplicarse los medicamentos que varias mugeres le sugerian, por más que su rostro era cada dia más horrible, y los dolores tan acerbos que le parecia salia fuego de sus ojos y de la llaga encancerada. Así lle-

gó á los 80 años y llevaba ya 13 de un martirio lento, que ella sufria con gran resignacion y fortaleza. No decreció la enfermedad en el último período, antes un testigo que moraba en la misma casa de la enferma, asegura, que poco antes de la curacion vió la mejilla tan horrible como antes.

Pero el Omnipotente Dios, viendo tanta fé, tanta constancia y tanta fortaleza, decretó por intercesion del B. Pedro Claver curarla de un modo prodigioso. Acaeció pues que á los diez años de su salida de Milwaukee, volvió á esta ciudad el P. Weninger á renovar en ella sus misiones. Se reanimó con esto la esperanza de la buena anciana que desde 1851 á 1861 no habia tomado ninguna otra medicina, que el acudir incesantemente cada dia al patrocinio del Beato.—*No hay para mí, esperanza ni remedio humano*—exclamaba la infeliz. Y así, fuese á su deseado P. Weninger y le dijo: «*Solo puede remediarme el Santo bendito, cuyas reliquias en otro tiempo me dieron alivio.*» Y Bárbara Dressen, á los 83 años de su edad, á pié, sola y sustentada con su invencible fé, se dirigió el 29 de Junio de 1871 á la iglesia de S. Galo, donde estaban los Padres de la Compañía de Jesús. Era la una de la tarde. Mandó llamar al P. Weninger, al cual contó la historia de sus dolores de diez años: y estando en un aposento junto á la portería de la residencia, la aplicó el Padre las reliquias del Beato á la mejilla derecha encancerada, luego á la frente, boca y mejilla izquierda; y la exhortó por fin á que confiase solamente en los merecimientos del B. Pedro Claver, y le hiciese oracion más fervorosa. ¡Raro prodigio! En el mismo instante que le aplicaron las Reliquias, sintió que todos sus dolores se desvanecieron. Atónita y casi fuera de sí la

buena mujer se levantó, y dando las gracias al Padre, despidióse de él y salió inmediatamente de la casa. Oigámosla contar á ella misma este portento: *Salí al aire libre, y ningun dolor sentia, ninguno. Noté que el viento no me impresionaba, cuando antes á la menor ráfaga, cruzaban ante mis ojos unas como centellas ó relámpagos, con dolores acerbísimos. Sentia que caian del rostro unas como escamas, y yo con un leve soplo las echaba de la mano. Torné á mi casa, y cerca de ella se me cayeron las últimas escamas. Desde entonces siempre he estado buena, y no me ha quedado ni rastro de aquel mal.*

El júbilo de Bárbara ya curada despues de tantos años de padecer es indescriptible. *Al siguiente dia,* dice un testigo ocular, *la acompañé á la iglesia del Seminario, en cuya solemne consagracion habia de predicar en aleman el P. Weninger; fuí con ella por espacio de hora y cuarto, y no se cubrió la cara en todo el tiempo, lo cual me llamó mucho la atencion.* Donde son de notar dos circunstancias; la primera que pudiese caminar cuatro mil pasos, que dista el Seminario, de su casa, para dar las gracias á su Protector y Médico celestial el P. Claver; y la segunda que anduviese aquel trecho sin resguardarse la mejilla, antes tan lastimada y ahora curada por completo.

A vista de esta curacion tan instantánea y perfecta, todos á una voz lo declararon por milagro del P. Claver, y no se hartaba la gente de admirar con espanto á la recien curada Bárbara Dressen. Transcurridos cinco años, los jueces y delegados Apostólicos la llamaron á declarar, y la buena anciana se presentó, y demostró á los examinadores que la dolencia lanzada por mandamiento de Dios, no habia vuelto más á molestarla.

MILAGRO SEGUNDO. No es menos prodigiosa la cura-

cion obrada en Ignacio Strecker, aleman de nacion, y emigrado, como muchos de sus paisanos, á la América Septentrional el año 1853. Avecindóse en la ciudad de San Luis; y aunque al principio no le probaba el temple de aquel cielo, mas despues lo sufria sin molestia. Con ser de naturaleza endeble, hasta la edad de 40 años no tuvo más achaque que un humor flemático que le aquejaba algunas temporadas.

Trabajaba Ignacio en una fábrica de jabon, y de lo que ganaba en ella sustentábase á sí, á su mujer y á su hija. Un día, era á fines de 1861, tuvo la desgracia de darse contra un hierro un golpe recísimo en el pecho, en aquella parte anterior que llaman esternon. *No se me hizo llaga en el momento,* dice él mismo en lás informaciones, *pero sentí luego un dolor y ardor extraño.* Comenzó á inflamarse lentamente y á entumecerse la parte lastimada; la inflamacion, que habia producido ulceracion, comunicóse á la membrana, y de allí á la sustancia del hueso. Cundia la enfermedad, el esternon estaba ya dañado por el cáncer, el cual propagándose rápidamente tocó algunas costillas del costado izquierdo. Seguia, no obstante, trabajando; pero los dolores eran cada día más intensos. A los dos meses notó Ignacio que la hinchazon exterior que apareció en medio del pecho, habia crecido de volúmen, y determinó sin tardanza consultar á los facultativos. El doctor José Heitzig vió luego la gravedad del mal, le recetó primero algunos remedios exteriores, y á los pocos días abrió con el bisturí aquel tumor. Entonces vió con sus ojos que el esternon se habia realmente cariado.

Le prescribió muchos medicamentos para cicatrizar la llaga y atajar la corrupcion, pero todo en vano. El do-

liente iba enflaqueciendo, y sentia en sus venas la pobreza de la sangre. Acometióle una tos muy fuerte, á la cual seguia copiosa expectoracion de materias purulentas. Además, la respiracion se hacia molesta y congojosa, y algunas veces padecia calentura. Con esto Ignacio no solo debia muchos dias abstenerse de trabajar, pero se veia forzado á hacer cama semanas enteras. Los sudores nocturnos le debilitaban extremadamente, los alimentos le daban como náuseas, y el caries entre tanto corroia el esternon y las costillas.

Desesperando ya el Dr. Heitzig de la curacion de Ignacio despues de nueve meses de probar todos los remedios, le aconsejó que enterara de su mal al Dr. Guillermo Schoënemann que gozaba allí de mucha celebridad. Así lo hizo nuestro Ignacio; pero el célebre doctor no pudo nada contra la violencia del mal. Ni los dolores se disminuyeron, ni cesó la expectoracion cada dia más violenta y copiosa. La anemia, la calentura, la tos, el huelgo congojoso, la secrecion purulenta, los sudores nocturnos y la falta completa de apetito habian reducido al pobre Ignacio á un esqueleto. El Doctor Schoënemann le dejó por desahuciado, y atestiguó que presto moriria. *Si sigue este paso no hay para catorce dias*, añadió. Supo Ignacio esta fatal sentencia de boca de su hija, y resolvió no ver más al dicho Schoënemann y no tomar ningun medicamento por inútil.

Su mujer, que era muy buena, volviendo un dia de la iglesia de San José, contó á su marido enfermo, que acababa de oir un sermon al R. P. Weninger, en que ponderó mucho el patrocinio del B. P. Claver y animó al auditorio que acudiese al santo en sus necesidades. Añadió que dicho Padre tenia unas Reliquias del Beato,

con cuya aplicacion habia obrado muchos milagros. Que si él despertase en sí la confianza, y fuese á la iglesia de San José, y viese al P. Weninger y le rogase que tambien á él le impusiese las Reliquias del Siervo de Dios, podia como tantos otros, curar con la virtud del cielo. Ignacio nunca habia oido hablar de la poderosa intercesion del B. Claver, y acaso ignoraba su nombre. Pero enseñado y animado por su mujer, comenzó á pedir al Santo que le restituyese la salud, y junto con su esposa hacia muy entrañable y fervorosísima oracion al Apóstol de Cartagena. Con las ansias de recobrar la salud perdida, y de socorrer con el fruto de su trabajo á su necesitada familia, salió de casa al dia siguiente, y muy despacio y recogiendo las fuerzas todas de su extenuado cuerpo, se encaminó por sus piés á la iglesia donde estaba el P. Weninger. Le halló rodeado de muchedumbre de enfermos, y bendiciéndoles á todos con las Reliquias del santo P. Claver. La vista de tan devota ceremonia le conmovió y despertó una grandísima confianza de que sanaria con la imposicion de aquellas Reliquias. Metióse entre los enfermos, sin haber primero enterado de su dolencia ni aun hablado al P. Weninger. El apostólico misionero, que mostraba con todos mucho amor y caridad, puso tambien sobre la cabeza de Ignacio las Reliquias y luego se las dió á besar mandando á todos los presentes que dijesen hasta el 9 de Setiembre un Padre nuestro al B. Pedro Claver. Al contacto de las sagradas Reliquias, sintió Ignacio que en su corazon se acrecentaba grandemente la esperanza de alcanzar la salud, y para mejor disponerse, se quedó en la iglesia media hora, orando y suplicando con más fervor. De vuelta á casa, le decia su mujer: *Sí, curarás, créelo firmemente. Va-*

ya si curaré, respondió Ignacio, *seguramente creo que curaré. Y con esta confianza*, decia despues cuando sano, *me sentia tan bien y tan consolado, que dije á mi mujer: Me parece que mañana podré saltar de pura alegria.—Tan contento me hallaba.*

Efectivamente, plugo al Señor premiar su confianza al principio tibia y despues muy esforzada, y juntamente glorificar en la tierra á su bienaventurado Apóstol. Porque, verificada la imposicion de las Reliquias, luego comenzó á cerrarse la herida, y á las pocas semanas se cicatrizó completamente; el caries de los huesos, dice el P. Weninger, instantáneamente debió desaparecer. Curada la principal enfermedad, que era el daño del esternon y de las costillas del lado izquierdo, se desvaneció la tisis, la bronquitis y la laringitis, que tenian su raiz en el pecho lastimado. *Con esto á los pocos dias*, afirma de sí mismo Ignacio, *me sentí con las mismas fuerzas de antes, pude trabajar todos los dias, sin interrupcion, y eso que tomaba los trabajos más pesados.* Sucedió esta maravilla el año 1863.

La admiracion de la gente fué universal. El mismo Schoënemann, que habia cuidado del enfermo, y tenido su dolencia por irremediable, no pudo menos de espantarse viendo despues sano al que tenia por muerto y enterrado hacia tiempo; y con no ser católico juzgó que aquella curacion habia sido sobrenatural y milagrosa.

Lo que hizo San Pedro Claver con Ignacio Strecker y con Bárbara Dressen, hará, si así conviene, en favor de todos los que acudan á él con oracion humilde, perseverante y confiada.

Examináronse prolijamente estos milagros, primero en la sesion antepreparatoria celebrada en casa del Car-

denal Domingo Bartolini, prefecto de la Sagrada Congregacion de Ritos y Relator de la causa, el día 19 de Noviembre de 1886; después, en la sesion preparatoria que se tuvo en el palacio apostólico del Vaticano, á 10 de Mayo del siguiente año de 1887; y por último, en la solemne Congregacion general que se celebró en el mismo palacio del Vaticano, á los 9 del mes de Agosto de dicho año, en presencia de Su Santidad el Papa Leon XIII. En esta postrera y más augusta asamblea, preguntó el Rmo. Cardenal Luis Serafini, por ausencia del sobredicho Cardenal Relator, si constaba de algunos milagros y de cuáles para el efecto de que se trataba, de la Canonizacion del Bienaventurado Pedro Claver; á lo cual fueron respondiendo por su órden todos los Cardenales y Padres Consultores. Su Beatitud, que habia seguido con notable interés aquel último escrutinio, declaró que la encomendasen mucho y muy humildemente á Nuestro Señor, y que El pronunciaria la sentencia decisiva, cuando lo creyese oportuno. En estos dias de Congregacion, tanto en la iglesia de *Gesú* en Roma como en las demás de la Compañía, se hicieron rogativas al Señor, por órden del M. R. P. General Antonio María Anderledy; y lo mismo practicaron varias parroquias de América y de Cataluña por su devocion al Apostol de los Negros, distinguiéndose la villa de Verdú.

Eficaces fueron tantas y tan fervorosas súplicas; pues en la mañana del 1.° de Noviembre de 1887, festividad de Todos los Santos, Su Santidad Leon XIII, llamando á la sala del trono de su Palacio del Vaticano á los Rmos. Cardenales Angel Bianchi, Prefecto de la Sagrada Congregacion de Ritos, y Miecislao Ledochowski Relator de la causa, y con ellos al R. P. Agustin Capra-

ra, Promotor de la Fe, y al R. P. Lorenzo Salvati, Secretario de la dicha Congregacion; pronunció solemnemente, que *constaba de dos milagros obrados por Dios á intercesion del Bienaventurado Pedro Claver;* conviene á saber, el primero: *De la instantánea y perfecta curacion de Bárbara Dressen, mujer octogenaria, de un cáncer inveterado epitelial en la mejilla derecha;* el segundo: *De la repentina curacion de Ignacio Strecker, de un cáries que padecia en el esternon y en las costillas del costado izquierdo, junto con una lesion muy grave en los pulmones.*

Es de advertir que en la misma mañana fueron promulgados los decretos, por los cuales se aprobaban, para la correspondiente canonizacion, los milagros que el Señor se ha dignado obrar por intercesion de los siete Bienaventurados fundadores de la Orden de los Servitas de María, y de los Bienaventurados Juan Berchmans, estudiante, y Alonso Rodriguez, coadjutor temporal, ambos de la Compañía de Jesús. Para mayor regocijo de la Iglesia triunfante y esfuerzo de la militante se promulgó asimismo el decreto en que declaraba que podia procederse á la beatificacion del Venerable Félix de Nicosia, lego capuchino, y el decreto de aprobacion de los milagros obrados por intercesion del Venerable Juan Bautista de la Salle, fundador de los Hermanos de las Escuelas cristianas. Tantas causas de júbilo enardecieron el corazon de nuestro Santísimo Padre, quien contestando al discurso de accion de gracias dijo entre razones las siguientes que hacen más á nuestro propósito:

«Esta es verdaderamente la fuerza de la Iglesia católica; ésta la virtud que es propia y exclusivamente suya, de crear por don de Dios las virtudes más esclarecidas,

alimentándolas despues con cuidado maternal, y conduciéndolas poco á poco á la perfeccion, para consagrarlas por último, á la Religion y á la memoria de la inmortalidad, y esto con honores tan grandes que no es posible imaginar pueda haberlos mayores en la tierra.» Y haciendo notar el Sumo Pontífice que todos esos santos fueron religiosos, añadió: «Y no sucede sin particular consejo de la divina Providencia, el que tantos fundadores ó discípulos de las órdenes religiosas obtengan juntos en este momento tan alto grado de gloria. Pues nuestra época, poco preocupada con sus verdaderos intereses, puede reconocer por este hecho el fin á que tienden las sociedades de esos religiosos que en todas partes vemos ó despreciados por una opinion veleidosa y ligera, ó sirviendo de blanco á los odios con violacion de sus derechos. Nos, sin embargo, con el corazon lleno de confianza, elevamos nuestros ojos al cielo, hácia esos brillantes astros, ornamento de la Iglesia; y por el gran favor de que gozan cerca de Dios, Nos recomendamos humildemente á su proteccion el nombre católico, especialmente el Pontificado romano, y á Nos mismo que estamos desde hace largo tiempo en medio de tan recios combates.»

Con tan buenas esperanzas, todo el orbe aguardaba el feliz momento de invocar con el nombre de Santo, y de levantar públicos altares al esclarecido Apóstol de los Negros. La gloria de canonizarle estaba reservada á Leon XIII, y el tiempo señalado por la Providencia el del Jubileo sacerdotal de nuestro Santísimo Padre.

CAPÍTULO XVII.

SOLEMNE CANONIZACION DEL BEATO PEDRO CLAVER: CONCLUSION DE ESTE LIBRO

El dia 15 de Noviembre del mismo año de 1887 tornó á reunirse en el Palacio del Vaticano la junta general de la Sagrada Congregacion de Ritos, y habiendo preguntado el Rmo. Cardenal Miecislao Ledochowski, Relator de la causa, si constando ya de la aprobacion de dos milagros, obrados después de la Beatificacion, podia con seguridad procederse á la solemne Canonizacion del Beato Pedro Claver, todos los que estaban presentes, ya Cardenales, ya Padres Consultores, respondieron unánimemente: *Tuto procedi posse.* Oidos estos pareceres por Su Santidad é implorando con más fervor la luz del cielo, el dia 27 del sobredicho mes y primer domingo de Adviento, despues de ofrecido el augusto sacrificio de la Misa, llamó á la sala principal del Vaticano al Cardenal Prefecto, al Relator de la causa y al Promotor de la Fe con el Secretario de la Sagrada Congregacion de Ritos, y delante de ellos declaró solemnemente que *podia procederse con toda seguridad á la solemne Canonizacion del B. Pedro Claver*, y que se expidiesen para cuando se hubiese de celebrar, las Letras Apostólicas con el sello de plomo. La introduccion del decreto

en que se promulga tan fausta nueva es notable por la comparacion que en él se hace entre nuestro Santo y el Apostol de las gentes y vaso de eleccion San Pablo, y verdaderamente no podia hallarse una semejanza más perfecta. «La caridad de Cristo, dice, que apremiaba á San Pablo, vaso de eleccion, á que derramase la luz del Evangelio entre los gentiles, asentados aún en las tinieblas de errores y vicios, esa misma espoleó á Pedro Claver y le hizo un esforzado apóstol en el ministerio de llevar á la espiritual y gloriosa libertad de hijos de Dios á los miserables esclavos Negros, que como si fuesen rebaños trasportaban de Africa á las costas de Cartagena. La caridad, en el cúmulo de las otras virtudes, fué la que más en el Santo respandeció; ésta la que le sostuvo en la larga carrera de afanes y trabajos padecidos por la salud de los cuerpos y de las almas, y ésta la que, terminado felizmente el curso de su vida, le subió al cielo y le hizo en la tierra tan glorioso y digno de veneracion.»

Por fin, y al cabo de doscientos treinta y tres años de la muerte de nuestro Padre benditísimo, y despues de tantas vicisitudes y contratiempos, el Vicario de Jesucristo acaba de glorificar con el supremo honor de los altares al Esclavo de los esclavos, apóstol de Africa y de Cartagena. La solemne y augusta ceremonia se celebró en el vasto salon de sobre el pórtico de la Basílica Vaticana, el dia 15 de Enero de este año de 1888, dominica segunda de la Epifanía y festividad del dulcísimo Nombre de Jesús. Por este nombre luchó, y por éste habia de ser coronado nuestro Apóstol.

Las fiestas del quincuagésimo aniversario de la primera Misa de su Santidad, verificadas el dia 1.° de Ene-

ro, la Exposicion Vaticana y la Canonizacion del Beato Bonfilio y sus siete compañeros, fundadores de los siervos de María, de los BB. Pedro Claver, Juan Berchmans y Alonso Rodriguez, de la Compañía de Jesus, habian atraido á Roma tanta gente, que infinidad de nobles forasteros, aun provistos de billete, no pudieron asistir al acto de la Canonizacion. El aula estaba transformada en rica y espléndida capilla. De lo alto y siguiendo la curvatura de la bóveda, pendian doscientas arañas que formaban arcos brillantísimos. Las cornisas, iluminadas con diez mil candelas, semejaban hilos de oro que rodeaban el recinto, llenándolo de espléndidos fulgores. En el fondo y sobre el altar, resplandecia, alumbrada con sin número de luces, la Santísima Trinidad, y la inmensa corona de rayos que la ceñia, centellaba admirablemente. A las ocho de la mañana presentaba la capilla un aspecto bellísimo y deslumbrador.

La tribuna especial de la derecha estaba ocupada por la gran Duquesa Maria Antonieta de Toscana, y por el gran Maestre y caballeros de la órden de Malta, con sus cruces blancas. En la siguiente estaban las diputaciones de España y Bélgica, patria de nuestros Santos. En las demas tribunas se situaron los miembros de la nobleza romana, los individuos de la familia de Su Santidad, y Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede.

Su Santidad el Papa Leon XIII, acompañado de su noble corte, bajó poco despues de las ocho al aula llamada de los paramentos, contigua á la sala Ducal, donde le esperaban los Eminentísimos Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, Obispos, Abades ordinarios, Generales de las órdenes religiosas, Penitenciarios de la Basílica Vaticana, diversos Colegios de la Prelatura, Prelados Ofi-

ciales y Consultores de la Sagrada Congregacion de Ritos. El Sumo Pontífice, revestido y con la tiara en la cabeza, encaminóse hácia la sala Ducal, donde postrado ante el altar provisionalmente erigido al efecto y hecha breve oracion, entonó el *Ave maris Stella*, que fueron continuando los capellanes cantores. Acabada la primera estrofa, se puso Su Santidad la sagrada tiara, y subido á la Silla Gestatoria, y llevando el cirio en la mano derecha, salió en solemnísisima procesion de la sala Ducal, entró en la Capilla Sixtina para adorar el Santísimo Sacramento, expuesto entonces y ricamente iluminado, y despues de rodear la procesion el aula regia, entró con gran pompa en la sala de la canonizacion, cuando se terminaba la última estrofa del himno *Ave maris Stella*. Al aparecer el Vicario de Jesucristo, llevado en la Silla Gestatoria con la augusta tiara en la cabeza, entonó la magnífica Capilla del Vaticano el motete *tu es Petrus*, y Su Santidad ocupó el trono, rodeado de los catorce Arzobispos y Obispos más ancianos.

Entonces tuvo lugar la acostumbrada ceremonia de la *obediencia*, que prestaron al Supremo Jerarca los Cardenales besándole la mano cubierta con el *aurifrigio* del manto, los Arzobispos y Obispos besándole la rodilla, y los Abades y Penitenciarios del Vaticano, el sagrado pié. Todos en sus puestos respectivos y con la candela en la mano, se acercó al trono pontificio el eminentísimo Cardenal Bianchi, Procurador de la Canonizacion; y en su nombre, el abogado Consistorial Sr. Gioazzini leyó en voz alta la primera postulacion, *instanter*, pidiendo á Su Santidad se dignase inscribir en el Catálogo de los Santos á dichos bienaventurados. Se cantaron las Letanías de los Santos y leida la segunda postulacion

instanter et instantius, entonó Su Santidad el himno *Veni Creator Spiritus,* terminado el cual tornó á sentarse, y á ponerse la tiara. Hízose la tercera postulacion *instanter, instantius, instantissime,* y el Sucesor de S. Pedro, sentado en su Cátedra, como Doctor infalible de la Iglesia universal, pronunció con esta fórmula el decreto de la ansiada Canonizacion:

«En honra de la santa é individua Trinidad, para exaltacion de la fé católica y acrecentamiento de la Religion cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Bienaventurados S. Pedro y S. Pablo, y Nuestra, despues de madura deliberacion é implorado muchas veces el favor divino, y de acuerdo con Nuestros venerables hermanos los Cardenales de la santa Romana Iglesia, Patriarcas, Arzobispos y Obispos existentes en Roma, decretamos y definimos que..... PEDRO CLAVER, JUAN BERCHMANS y ALONSO RODRIGUEZ, son Santos, y los inscribimos en el catálogo de los Santos, estableciendo que en toda la Iglesia Universal se celebre su fiesta devotamente cada año; á saber..... la de PEDRO á 9 de Setiembre, la de Juan á 13 de Agosto, y la de Alonso á 30 de Setiembre. En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.» Y decretó que se expidiesen las Letras Apostólicas. En este instante se oyó en lo alto de la Iglesia un sonido agudo de trompetas, anunciando á los de fuera el promulgado decreto, y las campanas de S. Pedro derramaron la fausta nueva por toda Roma, y respondieron á sus ecos las campanas todas de la ciudad eterna. Entretanto, se levantaba el augusto Jerarca, y dejada la tiara entonó el *Te-Deum* que prosiguieron los capellanes cantores: terminado el himno Ambrosiano, el Emmo. Mertel, primero de los

Cardenales diáconos asistentes cantó el versículo *Orate pro nobis sancti Bonifilii ejusque socii,* PETRE, *Joannes et Alphonse,* y los cantores respondieron: *Ut digni efficiamur promissionibus Christi;* y luego el Sumo Pontífice rezó en tono ferial la oracion propia de los nuevos Santos.

Así terminó la solemne ceremonia de la Canonizacion que por los calamitosos tiempos que corren, y por la opresion en que vive el Vicario de Jesucristo bajo la dominacion injusta del Monarca subalpino en la ciudad de Roma, no pudo celebrarse, como se acostumbra, en la misma Basílica Vaticana. Por esta razon tienen particular interés las circunstancias de la fiesta, de la cual hemos referido algunos pormenores.

La Misa que el Padre Santo celebró fué la del Santísimo Nombre de Jesus con la oracion propia de los nuevos canonizados, y despues del Evangelio, que se cantó, lo mismo que la Epístola, en idioma latino y griego, pronunció Su Santidad una homilía en loor de los nuevos Santos. Cuando el Augusto Celebrante llegó al Ofertorio, se hizo la hermosa, antigua y veneranda ceremonia de la presentacion de las Oblaciones, que consistieron para S. PEDRO CLAVER en las cosas siguientes: En *cinco cirios* lindamente hermoseados con flores y hojas entretegidas de arabescos en oro y plata; en medio la efigie de S. PEDRO CLAVER y las armas de Su Santidad. Dos de estos cirios pesaban treinta libras romanas y nueve libras los otros tres. En *dos panes,* dorado el uno y plateado el otro, que en la superficie tenian en relieve las armas pontificias, colocados en una bandeja de plata. En *dos barrilitos* de vino y agua, el uno dorado y el otro plateado. En *tres jaulas* primorosamente labradas donde se encerraban, en la primera dos tórtolas, en

la otra dos palomas, y en la tercera pajaritos de variadas pintas. Estas ofrendas ú oblaciones las presentaron á Su Santidad los Eminentísimos Cardenales Oreglia del Orden de Obispos, Parochi del Orden de Presbíteros, y Pallotti del Orden de Diáconos, Procuradores de la causa de canonizacion de S. PEDRO CLAVER. Entre ellos tuvieron la dicha de contarse el M. R. P. General de la Compañía de Jesús y los Provinciales de la Asistencia Española, P. Juan Capell de la provincia de Aragon, á la cual pertenecían dos de los Santos canonizados, P. Luis Martin, de la provincia de Castilla, P. Francisco de Sales Muruzábal de la de Toledo, el P. José da Cruz de la de Portugal. Tambien asistió el P. José Van Reeth Provincial de la Provincia de Bélgica, á la cual perteneció S. Juan Berchmans. Acabado el incruento sacrificio, el Emmo. Cardenal Procurador y el P. Armellini de la Compañia de Jesus ofrecieron, en nombre de los Postulantes, á Su Santidad la limosna que llaman *pro missa bene cantata*, en una bolsa hecha de raso blanco y recamada de oro.

Asistieron en representacion de la villa de Verdú su Alcalde, el segundo Alcalde y otros dos paisanos y compatricios del segundo Javier, el gloriosísimo Apóstol de los Negros. Razon tienen todos los verdunenses de enorgullecerse, y de levantar el corazon al cielo con grande confianza viendo tan encumbrado en él y tan cerca de Dios á su querido paisano, el hijo de Pedro Claver y Ana Corberó. Y si la gracia perfecciona la naturaleza, y la gloria los dones de la gracia, es indudable que S. PEDRO CLAVER instará sin cesar al Padre de las misericordias, que las derrame sobre todas las provincias catalanas, ya que todas ellas le son deudoras, y él á ellas, de muchos

beneficios. La de Lérida le dió nacimiento y carácter, y en ella trazó los primeros rasgos de su admirable santidad; la de Barcelona le armó con las letras y con la teología; la de Tarragona le abrió los brazos en la Religion de la Compañía de Jesus; la de Gerona le pulió con la retórica y elocuencia con que habia de convertir á tantos corazones duros; y Mallorca le descubrió en el bienaventurado Portero de Montesion, S. Alonso Rodriguez, el mejor tesoro que tenía, con el cual se enriqueció nuestro Santo y enriqueció á las Indias y á los Negros.

¡Pobres Indias y pobres Negros! Desde que murió su Apóstol y Protector S. PEDRO CLAVER, es cosa averiguada que ni aquellas han mejorado en la fé y religion, ni éstos son más felices. Aquellas, porque las señorea el espíritu del siglo, que con el nombre de libertad esclaviza y mata: éstos, porque, si bien está casi abolida la esclavitud por los esfuerzos civilizadores del Catolicismo, yacen sumidos todavia en la barbarie, y no conocen ni aman á nuestro divino Salvador. Para llevar adelante y perfeccionar la empresa de S. PEDRO CLAVER viven los soldados de la mínima Compañia de Jesus, instituida, como testifican sus Bulas Apostólicas, para defender la fe entre los herejes, para dilatarla y extenderla entre los gentiles, y para afianzarla y robustecerla entre los cristianos. La necesidad no puede ser mayor, y las ayudas ordinarias de la gracia no bastan á detener al mundo, que, vueltas las espaldas á Jesucristo, se despeña en su perdicion. Pero, bendito sea Dios, que aplazó tantos años la glorificacion perfecta de su siervo S. PEDRO CLAVER, para que el ejemplo de sus virtudes gigantescas, su proteccion y valimiento cabe nuestro divino Ca-

pitan, y la esperanza de un galardon parecido nos levanten de nuestro desmayo y nos sostengan en la lucha. A este fin digamos á menudo con la Iglesia: «Oh Dios, que para reducir á los miserables esclavos al conocimiento de tu nombre, fortaleciste á tu confesor el bienaventurado S. Pedro, con maravillosa abnegacion y excelente caridad en el ministerio de ayudar á aquellos infelices; concédenos por su intercesion, que no buscando nuestros intereses, sino los de Jesucristo, podamos amar á nuestros prójimos con obras y en verdad.»

A. M. D. G.

APÉNDICE

POR EL

P. LUIS FITER

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

VISTA GENERAL DE LA VILLA DE VERA

NÚM. 1.

PATRIA DE SAN PEDRO CLAVER. — VERDÚ, ANTIGUA PARROQUIA DE VICH. — CASTILLO FEUDAL DE LA VILLA.

(Notas 1, 2 y 3 de la pág. 17.)

VERDÚ, patria del santo Apóstol de los Negros, llamada, en el siglo XIII, *Castrum de Verduno* [1] por el Rey don Jaime I el Conquistador, sin duda por su castillo ó fortaleza; *Locus de Verduno*, en el siglo XV, por el monarca don Fernando I de Aragon [2], á causa de su exiguo vecindario; *Verdunum* en los instrumentos latinos de los siglos posteriores [3], y *Verdú* en los documentos escritos en lengua catalana [4]; es villa del antiguo Principado de Cataluña, comprendida en la Provincia de Lérida, y situada á unas diez y nueve leguas de Barcelona, doce de Solsona, diez de Tarragona que es su puerto habilitado más próximo, ocho de Lérida, dos y media de Cervera, y á una legua escasa de Tárrega, que es la estacion de ferro-carril más cercana [5].

Siguiendo la descripcion de Cataluña antigua del docto y erudito P. Jaime Caresmar [6], el territorio de Verdú es-

---

[1] *Historia de el Real Monasterio de Poblet*, por el M. R. P. Jaime Finestres y de Monsalvo. Tomo III, pág. 353.

[2] Ibid. id. pág. 377.

[3]—[4] Archivo Parroquial: de la extinguida Comunidad de Presbíteros, y del Ayuntamiento, de Verdú.

[5] Hay diversidad en las distancias que se asignan á la legua. La *burgalesa*, que se toma frecuentemente por tipo, tiene 5 k 572, 706.

[6] *Carta al M. I. Sr. D. Manuel de Terán, Baron de la Linde.*—Barcelona, 1821. Imprenta de José Torner.

taba, en los antiguos tiempos, cerca de los *Ilergetes* del *Llano* ó *Campo de Urgel* pero sin pertenecer á ellos; rayaba con los *Cosetanos*, pueblos de la parte de Tarragona, aunque sin entrar en su demarcacion; formando parte de la *Lacetania*, region del centro de Cataluña, famosa en la historia por el valor heróico y singular firmeza de sus naturales. La Lacetania se extendia de Mediodia á Cierzo, desde Martorell hasta incluir el territorio que llamamos *Segarra*, comprendiendo á Cervera, Tárrega, Anglesola y Bellpuig hácia el Llano de Urgel: alargábase de Oriente á Poniente, desde Manresa, llano del Llusanés y Solsona, hasta la cordillera de los montes en que finian los Cosetanos; incluyéndose en la Lacetania, Santa Coloma de Queralt y *Verdú*. Tal es el autorizado juicio de Caresmar [1].

Como la villa de Verdú parece situada entre dos grandes comarcas, ó sea, entre el *Llano de Urgel* y la *Segarra ó Sagarra;* ocurre naturalmente preguntar ¿á cuál de las dos corresponde con certeza? Con referencia al Campo de Urgel podria afirmarse que Verdú está cerca del confin oriental de aquel territorio; pero es mas claro decir que forma ya parte de la Segarra. Por este motivo, el P. Finestres, historiador del Real Monasterio de Poblet, enumeró la referida villa entre las *baronías* ó señorios que en Segarra tenia el ilustre monasterio cisterciense [2].

Segun tradicion antigua, Verdú tuvo su asiento en fecha remota que no se puede precisar, en el sitio llamado *Partida dels Estinglells*, distante una legua escasa del punto en que ahora está situada la villa. En el siglo XII, ésta ocupaba la hondonada que se extiende debajo de la fortaleza, pero en virtud de convenio celebrado por los ve-

---

[1] Acerca de este célebre y sabio crítico, antiguo canónigo Premonstratense del Monasterio de Bellpuig de las Avellanas, justamente comparado con Marca y Mabillon; pueden verse las *Memorias* de Torres y Amat *para ayudar á formar un diccionario crítico de los autores catalanes*, y el *Suplemento* del mismo autor.

[2] P. Finestres. Tomo I, pág. 341.

cinos de la villa con los señores del castillo feudal, que pertenecian á la nobilísima casa de los Cerveras; edificaron aquellos al rededor del castillo, fortificando el recinto de la nueva poblacion con un lienzo general de muralla, protegido por fuertes torreones de los cuales quedan vestigios todavía.

Fué el último señor feudal de Verdú, el ilustre caballero don Guillen de Cervera, á quien cupo la insigne gloria de tomar parte en la famosa batalla de las Navas de Tolosa, estando en servicio y compañía del Rey D. Pedro II de Aragon y I de Cataluña, que tuvo de él grande estima y consideracion. Mereció así mismo don Guillen de Cervera el aprecio del ínclito Rey D. Jaime el Conquistador, en tanto grado, que quiso éste tenerle á su lado para graves asuntos del reino, aun despues que el noble caballero había dado de mano al mundo, para ser monje profeso de Poblet. Poco tiempo antes de vestir el hábito cisterciense, otorgó D. Guillen en favor de D. Ramon de Cervera, pariente suyo y Abad XVI de Poblet, escritura de venta perpétua de su señorío y demás derechos y pertenencias en el castillo y villa de Verdú, con fecha 9 de Agosto de 1227. El Rey D. Jaime I confirmó aquel documento el 3 de Setiembre del mismo año: ratificándolo el Papa Gregorio IX en 12 de Enero del año 1.º de su Pontificado, fecha que corresponde al año 1228 del cómputo actual. Desde 1227 fué, pues, Verdú villa de Abadengo, continuando con este carácter hasta principios del presente siglo.

Acerca del «Castillo feudal», fortaleza en otro tiempo inexpugnable que aun ahora se alza con su majestuosa y robusta mole; hállanse noticias ciertas desde el siglo XI, esto es, desde que los moros fueron expulsados de Cervera y Tárrega, y por lo tanto de la comarca de Verdú, por el Conde de Barcelona D. Ramon Berenguer I llamado *el Viejo*. La disposicion de la escalera interior de la torre del castillo; el espacioso lugar que para la gente de armas

quedaba en lo alto, á pesar de elevarse la torre á gran altura; la dilatada bóveda subterránea de la fortaleza, y el extenso y bien fortificado recinto de la misma permitian numerosa guarnicion y gran copia de bastimentos y provisiones. Por varios documentos consta que en cierta ocasion ondeó en el castillo el pendon real de D. Jaime el Conquistador, y que en algunos casos se posesionaron de él los monarcas de Aragon, quienes más de una vez perdonaron á la villa de Verdú, por respeto y á ruegos del Monasterio de Poblet que tenia el señorio de la misma y lo ejercia por medio de un representante llamado Baile (*Batlle*). Entre los vecinos que constituian el municipio de la villa y se llamaban Jurados (*Jurats*); vése en los años de 1601 y 1603 á un Pedro Claver, que parece ser el padre de nuestro santo; y en el año 1627 hállase á Juan Claver, hermano mayor de san Pedro Claver, con el título de *Jurado segundo.*

Al fijar la mirada en la villa y territorio de que hemos tratado; atendida su posicion, parece al pronto que en la Edad Media hubieron de pertenecer al *Condado de Urgel.* Mas no fué así, ni figura el nombre de Verdú en la historia de los Condes de Urgel sino rarísima vez, y aún por causas accidentales [1]. Conviene fijarse en este dato y en el que vamos á indicar, porque abren camino para descubrir la Diócesis á que perteneció antiguamente la patria del santo Apóstol de los Negros. Verdú estaba comprendido en el *Condado de Vich*, llamado tambien Condado Ausonense ó Manresense, cuya demarcacion pudo trazar Caresmar, con seguridad, por tener á mano instrumentos originales de varios archivos de Cataluña. Dicho Condado, dice el docto Premonstratense «se extendia de Oriente á Poniente, desde »más arriba de san Juan de las Abadesas cerca al llegar de

[1] *Historia de los Condes de Urgel*, por D. Diego Monfar y Sors: Tomos IX y X de la «Coleccion de documentos inéditos del archivo general de la Corona de Aragon.» Barcelona, 1853.

»la parroquia de san Pablo, hasta santa Coloma de Queralt, »Forés y *Verdú;* y desde el Cierzo á Mediodia, esto es, »desde la villa de Bellpuig y Anglesola, el lugar de Alten »y de la Manresana, hasta la villa de Igualada, á un cuar»to más abajo de aquella villa en que se junta el arro»yo de Ódena con el rio llamado Noya, subiendo por Cas»tellolí, tomando parte de las montañas de Monserrat, Mo»nistrol, etc.» Y continúa Caresmar: «Pero se debe adver»tir que el Condado de Manresa ó Vique no tenia los »mismos linderos que tenian los antiguos *lacetanos*, sino »solo por el cierzo en que confinaban con los ilergetes; y »por poniente, en que (los lacetanos) confinaban con los »cosetanos *poco mas allá de Verdú* y Naléc.» Finalmente añade Caresmar, que el mismo territorio comprendia el *Condado de Vich*, que el *Obispado de Vich;* hasta que á fines del siglo XVI fueron desmembradas de éste varias parroquias para la ereccion de la nueva Diócesis de Solsona [1].

Lo dicho manifiesta claramente que, la villa natal de san Pedro Claver fué, desde remota fecha, parroquia de la Diócesis de Vich. Por otra parte, aunque el Monasterio de Poblet adquirió en el siglo XIII el señorío de Verdú, como se dijo; no así, el patronato de la Iglesia parroquial de la villa. El P. Finestres refiere extensamente acerca de esto [2], lo que nosotros indicaremos con brevedad.—D. Vidal de Alguayre, Abad de Poblet, reclamó del Obispo de Vich, D. Guillen y de su Cabildo, el patronato de la Iglesia de Verdú, afirmando que pertenecia á su Monasterio en calidad de sucesor de D. Guillen de Cervera cuyos progenitores habian dotado aquella Iglesia. Ni el Obispo D. Guillen que falleció en 1233, ni san Bernardo Calvó que fué luego promovido á aquella Sede, creyeron fundadas las reclamaciones de Poblet; prosiguiendo el segundo, con gran firmeza, el litigio comenzado en tiempo

[1] Carta citada.
[2] Hist. cit. Tomo II, pág. 263.

de su antecesor. Despues de haber alegado ambas partes, los testigos y pruebas que juzgaron convenientes; en 31 de Agosto de 1235 recayó sentencia contra el Monasterio; y en 16 de Julio de 1236, los jueces nombrados por el Papa Gregorio IX para la revision de la causa, fallaron haber sido bien pronunciada la primera sentencia y pertenecer la jurisdiccion eclesiástica de Verdú al Obispado de Vich. De aquí, que el Prelado de esta Diócesis nombrara desde entonces para el gobierno espiritual de la villa, á un Presbítero con el título de *Vicario perpétuo*, cuyo cargo desempeñaba al nacer san Pedro Claver, el Rdo. D. Marciano Corbella [1].

Resumiendo lo dicho en este apéndice; el santo Apóstol de los Negros, nacido en los buenos tiempos de España, en el Principado de Cataluña; es hijo de Verdú, villa de la Provincia de Lérida. Por la fecha de su nacimiento, es sin disputa, santo del Obispado de Vich, Sede ilustre por su antigüedad, por el amor y respeto que la profesaron los Condes de Barcelona, y por los Prelados que la han enaltecido con su virtud y sabiduria. Mas como la poblacion de Verdú fué incorporada al Obispado de Solsona, estando todavia san Pedro Claver en Cataluña, y á Solsona pertenecia Verdú cuando tuvo lugar el dichoso tránsito del santo misionero de Cartagena, y á Solsona ha continuado unida aquella villa hasta el presente; con toda razon considera como santo propio á san Pedro Claver, la preclara y respetable Diócesis de Solsona, erigida en tiempo del gloriosísimo monarca de España D. Felipe II, Sede fecunda en Prelados notables, y madre afortunada de varones doctos y esclarecidos. De la Diócesis de Cartagena de América es ocioso hablar. ¿No fué, por ventura, en ella dónde san Pedro Claver enarboló y sostuvo desplegado hasta su muerte el estandarte en que está grabado el santísimo lema: *Á Mayor gloria de Dios!*

[1] Archivo parroquial.

NÚM. II

PADRES DE S. PEDRO CLAVER.—LOS CLAVERES DE VERDÚ.—PEDRO CLAVER DE LA CALLE MAYOR, Ó PEDRO CLAVER Y MINGUELLA.—ANA SABOCANO: ERROR ACERCA DE ESTE APELLIDO.—ANA CORBERÓ Y CLAVER.—SIGNIFICADO DE LA PALABRA CLAVER.—NOBLEZA ATRIBUIDA Á PEDRO CLAVER Y Á SU CONSORTE ANA CORBERÓ.

(Págs. 18 y 19)

Al tratar de los Padres de S. Pedro Claver, es necesario corregir y amplificar lo que respecto de ellos dijeron los antiguos biógrafos del Apóstol de los Negros, y demostrar la verdad de lo que se ha escrito en el capítulo 1.°, libro 1.° de esta obra.

«La primera vida de el V. P. Claver se imprimió en »Madrid, año 1657, con las noticias que pudo recoger aprie»sa el deseo de que saliese á luz»: así decia el P. José Fernandez en la obra que del santo publicó en Zaragoza el año de 1666 [1]. La prisa de aquel biógrafo á quien no mencionó, y que no era, como parecia, el licenciado don Gerónimo Suarez de Somoza, sino el distinguido escritor y apostólico varon P. Alonso de Andrade [2]; la guerra que, por el tiempo en que comenzó á redactar su trabajo el Padre Andrade, ardia en algunos puntos de Cataluña, lle-

[1] *Apostólica y penitente vida de el V. P. Pedro Claver.*—Zaragoza, por Diego Dormer. Año 1666.—Prólogo: «*Al Lector.*»

[2] *Varones ilustres de la Compañía de Jesus.*—Edic. antig. Tomo VI, pág. 536.

gando sus funestos estragos hasta Solsona [1], y la falta de los instrumentos del archivo de Verdú, en los procesos de Cartagena; tuvieron sin duda parte en que autores tan respetables como los citados, no acertaran del todo en lo tocante al primer período de la vida del Santo misionero, ó fueran escasos en noticias acerca de dicho punto.

Dejaron escrito que el padre de S. Pedro Claver, fué Pedro Claver. Pero, entre los varios vecinos de Verdú, entonces así llamados en aquella villa ¿á cuál de ellos cupo tan dichosa suerte?

Tambien dijeron que la madre de tan ilustre varon fué Ana de Sabocano. Pero ¿es esto cierto?

¿Se puede venir, además, en conocimiento de los segundos apellidos de ambos consortes? ¿Cuál era su estado social? ¿Cuál, el verdadero linaje de ellos?

Examinando, en el Archivo Parroquial de Verdú, los capítulos matrimoniales, testamentos, libros de bautismos, cuadernos de comunion pascual y demás escritos del siglo XVI, se echa de ver que en el último tercio de dicho siglo, era comun en la villa el apellido Claver; con la particularidad de ser varios los Claveres que tenian por nombre *Pedro*, y de haber casado, tres veces, algunos de ellos. En los documentos de aquel archivo se les distingue con denominaciones tomadas de las calles en que habitaban, ó de los oficios que tenian; aunque en no pocos casos se lee el nombre con el primer apellido, pero sin añadir el segundo, por no ser esto costumbre en aquellos tiempos. Y así decian: Pedro Claver, de la Calle de la Iglesia: Pedro Claver, de la Calle del Horno Nuevo; Pedro Claver, el platero; Pedro Claver, de la Calle Mayor; ó simplemente Pedro Claver; lo cual, al registrar por vez primera los escritos de Verdú, origina no poca confusion.

---

[1] *Historia crítica* de Cataluña, por D. Antonio de Bofarull. Tomo 8. cap. IV.

A pesar de esto, se puede establecer con certeza, quién fué entre ellos el afortunado padre del héroe de Cartagena; pues en 1886 se hallaron en el archivo parroquial tres testamentos de *Pedro Claver* que hace un legado á su hijo *Pedro Claver, religioso de la Compañia de Jesus.* Ahora bien, el testador es Pedro Claver *de la calle Mayor* de Verdú; circunstancia que ajusta del todo con el hecho de haberse conservado, en dicha calle, la casa en que nació nuestro Pedro, que es donde ahora con mayor extension está edificada la *Iglesia de S. Pedro Claver;* formando parte del Coro de la misma, el aposento en que el Santo vió la primera luz.

El primero de dichos testamentos, otorgado en 9 de Abril del año 1608, contiene una cláusula que, vertida literalmente al castellano, dice así: «Más, dejo á mi hijo »Pedro Claver, religioso que ahora es del Órden de los Pa»dres de la Compañia, que, por el presente, entiendo reside »en Mallorca, por parte de legítima paterna y suplemento »de aquella, y por todo otro derecho á él en mis bienes »perteneciente, VEINTE LIBRAS, moneda de Barcelona, á »todas sus voluntades [1].» En el segundo testamento otorgado en 27 de Agosto de 1615, y en el tercero, de fecha 2 Marzo de 1621, hay la misma cláusula de legado de veinte libras barcelonesas; pero el padre ya no dice que su hijo resida en Mallorca, (pues en Abril de 1610 S. Pedro Claver se habia embarcado en Sevilla para América); haciendo además dicho legado, no solamente en concepto de legítima

---

[1] «M deyx á mon fill pere claver Religios que ara es del orde dels pa»res de la companya de Jesus que per el pñt entench resideix en mallor»ca p part de llegítima paterna y suplement de aquella y per tot altre »dret a ell en mos bens ptanyent VINT LLIURES moneda de barsª a To»tes ses voluntats.»

La cantidad de 20 libras equivale á 53 pesetas 30 céntimos; pero es menester observar que dicha suma era entonces de mayor consideracion que ahora, especialmente en las poblaciones rurales, donde escaseaba el metálico. La limosna de las misas estaba tasada en 2 sueldos. La limosna de 3 ó 4 sueldos, se consideraba como extraordinaria.

paterna sino tambien materna. Los dos primeros testamentos, por *gozar* el testador *de perfecta salud*, como se expresa en ellos, fueron otorgados *en las casas de la Abadía* ó Rectoria *de la villa* de Verdú, pues el Vicario Perpétuo de la villa era tambien notario de la localidad; mas como al hacer Pedro Claver su último testamento, estaba *detenido*, segun dice el mismo, *de enfermedad corporal de la cual temia haber de morir*, añade al fin: «*Hecho este mi último testamento en las casas de mi acostumbrada habitacion, que yo tengo y poseo, situadas en la* CALLE MAYOR *de la presente villa de Verdú* [1].»

Es, pues, hecho indudable y fuera de discusion, que el padre de S. Pedro Claver, fué *Pedro Claver de la Calle Mayor de Verdú*. Y es de notar, conforme lo testifican los cuadernos ó registros de comunion pascual, que en la Calle Mayor no habia otra familia Claver, que la del Santo.

Investigando, despues de esto, el apellido segundo de su padre; he aquí lo que resulta: 1.° En los *testamentos* de que se ha hecho mencion; segun estilo que en ellos se usaba, por lo menos en Verdú, expresa el testador Pedro Claver, ser hijo de Juan Claver, sin mencionar el nombre de su madre [2]. 2.° En los *capítulos matrimoniales*, otorgados al contraer segundas nupcias con Ángela Escarrer, dice ser hijo de Juan Claver y de *Antonia* mujer de este [3]. 3.° En un *libro de bautismos* de Verdú, hay en 6 de Julio de 1533, la partida de bautismo de una niña llamada Catarina Prim, de la que fueron padrinos Miguel Borrell y *Antonia*, hija de Juan *Minguella*; leyéndose al márgen del asiento, una nota referente á la madrina, que dice así: «*Esta fué casada con Claver*,» *(aquesta fou casada ab lo Claver)*. 4.° Se hallan efectivamente en el archivo Parroquial de Verdú,

[1] Documento A.
[2] Documento A.
[3] Archivo Parroquial.

los capítulos matrimoniales de Juan Claver con *Antonia Minguella*. 5.º Estos capítulos tienen la fecha del año 1535 que cuadra perfectamente á Juan Claver y Antonia Minguella, como abuelos de nuestro santo, el cual tuvo hermanos nacidos antes de 1570. 6.º Consta por varios documentos de la familia de S. Pedro Claver su parentesco con los *Minguellas:* entre otros escritos que testifican esta verdad hállanse los tres testamentos de su padre, que llama á *Miguel Minguella, primo hermano suyo (cosi germá)*. El conjunto de estos datos (que son los que se pueden exigir, atendido el laconismo de los escritos de aquella época,) muestra que el segundo apellido de Pedro Claver *de la Calle Mayor* de Verdú, era *Minguella*.

Que la madre de nuestro santo tuviese por nombre *Ana*, es cosa cierta. Así se expresa en la patente de tonsura que á aquel confirió el Obispo de Vich D. Pedro Jaime [1]; así se lee en los libros de bautismos [2], y en otros documentos [3]. Los biógrafos de S. Pedro Claver afirmaron constantemente, ser el apellido de aquella, Sobocano, Sabocana ó Sabocano, y esto mismo creíamos tambien nosotros, dando fé á su testimonio. Sin embargo, el exámen del Archivo Parroquial de Verdú puso de manifiesto que se habia incurrido en error acerca de este punto. El verdadero apellido de Ana, madre de S. Pedro Claver, es *Corberó*.

Sea la primera prueba, el segundo testamento otorgado por el marido de aquella, Pedro Claver; donde el testador dispone la celebracion de tres aniversarios en esta forma: «Item más, en loor y gloria de Nuestro Señor »Dios Jesucristo, y para remedio de mi alma y demás que »yo tengo obligacion, instituyo tres aniversarios que se »hayan de celebrar en la presente Iglesia de Verdú por los

---

[1] Pag. 23, nota 1.
[2] Archivo Parroquial.
[3] Ib.

»Reverendos Vicarios y Venerable Comunidad de Presbí-»teros de aquella: uno, por mi alma; otro por el alma de »*Ana Claver y Corberona*, primera mujer mia, y otro »por el alma de Juana Claver y Greñona, tercera mujer »mia...»—Pedro Claver asigna de limosna para los referidos aniversarios, un censo que le pertenecia por título de compra á Jaime Corberó [1].

Dicha cláusula puso de manifiesto que Ana, madre del santo misionero de Cartagena de Indias, no se llamaba Sobocana, sino Corberona, es decir, *Corberó*, pues Corberona es el apellido Corberó en femenino, conforme al uso de aquel tiempo, por tratarse de mujer. Pasando por alto varios argumentos que se podrian aducir, demuestra claramente este aserto, una partida de bautismo de la Parroquial de Verdú, de 22 Febrero de 1574, donde se dice ser la madrina, Isabel Corberona, mujer de Jaime *Corberó*. Aquella circunstancia explica el error de los biógrafos de S. Pedro Claver; pues creyeron, por ignorar la costumbre de Cataluña, que la sílaba final, *na*, era parte integrante del apellido, leyendo además *Sabocó* por *Corberó;* de lo cual no todos se asombrarán, porque se trata de

---

[1] «Item mes a llahor y gloria de ñre señor Deu Jesukrit y p re-»mey de la mia anima y demes q Jo tinch obligacio Instituesch »Tres Aniversaris scelebradors en la pnt Iglesia de Verdu p los »Rnts Vicaris y Veneff comunitat de preveres de Aquella Lahu »p la mia Anima Laltre per Lanima de na Anna claver y corbe-»rona primera muller mia y Laltre p Lanima de na Juana claver »y grenyona Tercera muller mia scelebradors en lo dia se seguira »La mia mort y de les demes sobredites dues mullers mies (*recuér-»dase que Pedro Clauer casó tres veces, y que en segundas nupcias »contrajo matrimonio con Angela Escarrer*) Per obs y caritat dels »quals Tres añys consigne y deyx Tot aquell sensal de pencio de »Trenta y dos sous y de proprietat de 32 lb Tots anys en abril lo »qual sensal me pertany per compra q dell ne tinch feta den Jau-»me Corbero Lo cual sensal fa ara en Domeje Sanvola y sa muller »Juana p raho de La casa estan en lo carrer den guardia com de »la creacio de dit sensal y de la dita venda a mi feta conste en po-»der del notl devall scrit.» (*Este texto se ha impreso en la misma forma del original, en cuanto ha sido posible.*)

Clausula hec est nullius valoris. Est nullius valoris

manuscritos antiguos, donde el perfil de la letra y la union ó separacion de vocales y consonantes induce fácilmente á error, si no se está muy al aviso.

La única dificultad que podria aducirse, contra el referido documento, es que la cláusula arriba transcrita se halla borrada en el original, leyéndose al márgen, en lengua latina, estas palabras que parecen destruir su autoridad: «Esta cláusula es de ningun valor.» Y se repite: «Es de ningun valor.» Sin embargo, esto se ha de entender segun la medida de la discrecion. Fué borrada la cláusula, aunque solamente con una línea ténue que permite leer todo el contenido y pusieron aquella nota, para indicar que habia *quedado sin efecto la institucion de los aniversarios allí dispuestos;* toda vez que el testador, Pedro Claver, no los estableció en su último testamento de 2 de Marzo de 1621, con que revocaba sus dos anteriores. Cuanto á lo demás de la cláusula, comprende ésta varios hechos ciertos, v. g. que Pedro Claver casó tres veces, y fué su tercera muger Juana Grenyona, es decir Greñó. Y así, es tambien, hecho cierto, que su primera mujer se llamaba Ana Corberona, ó Corberó: ¿quién mejor podia saber esto que su marido? La nulidad de la cláusula no es, por lo tanto, absoluta; recae sobre la institucion de aniversarios, pero no sobre los nombres y apellidos que allí se expresan. Por esto, dicha cláusula formaria, por sí sola, prueba plena acerca del verdadero apellido de la madre de S. Pedro Claver, aunque faltaran otros instrumentos.

Otros hay, sin embargo: valga por todos, una escritura indiscutible. Es el testamento otorgado por un hermano de Ana, ó sea por Antonio Corberó, hijo de Bartolomé Corberó, de la villa de Verdú, en 3 de Junio de 1577; donde el testador dice, entre otras cosas: «Elijo en albaceas »mios y de este mi último testamento ejecutores, á los ho»norables Jaime Corberó, calcetero, hermano, y á Pedro

»Claver de la Calle Mayor, labrador, *cuñado mio* [1].» Y uno de los legados de este testamento está concebido en estos términos: «Item, dejo á *Ana Clavera*, mujer de *Pedro* »*Claver de la Calle Mayor*, *hermana mia*, todo lo que la »dicha *Catarina Clavera mi madre*, me dejó en su últi»mo y postrero testamento, esto es, lo que estaba en po»der y habia de cobrar de la dicha mi hermana *por mitad*, »una caja, etc. [2].»

Todavia podrian alegarse otras pruebas, pero las juzgamos innecesarias; porque de lo que se acaba de transcribir y de lo dicho anteriormente resulta esta conclusion: Ana, primera consorte de Pedro Claver de la calle Mayor de Verdú, es llamada por su marido, *Corberona;* y *hermana*, por Antonio *Corberó*, que era hijo *del mismo matrimonio que ella*, como se dirá luego. Por lo tanto, el apellido primero de *Ana*, es *Corberó*. Lo cual se puede confirmar añadiendo que en diversos y minuciosos exámenes del archivo de la Parroquial de Verdú, jamás se pudo dar con la palabra Sobocano ó Sobocana; y por el contrario, en el siglo XVI y aun en el XVII se halla frecuentemente, en los escritos y documentos de Verdú, el apellido Corberó.

Por lo dicho hasta aquí habrá podido observar el lector, que el segundo apellido de Ana Corberó, es *Claver;* ya que su hermano Antonio Corberó llama á su madre: *Catarina Clavera*. La particularidad de decir el testador *mi madre*, en vez de madre *nuestra*, ó sea, *mia y de Ana;* podria ser á algunos ocasion de dudar, si Antonio Corberó y Ana Corberó fueron hijos de un mismo matrimonio, ó

---

[1] «Elegesch en marmessors meus y de aquest meu darrer testament »exequtors Als honors en Jaume Corbero Calsater germa y an en Pere »Claver del carrer Major pages cunyat meu.» (Arch. parr.)

[2] «Item dexe a na Anna Clavera muller den pere Claver del Carrer »Major ma germana tot lo que la dita na Catharina Clavera ma mare »me dexa en son ultim y darrer testament ço es lo que estava en poder »e havia de cobrar de la dita ma germana a meytat una Caxa serrada la »qual vull y es ma voluntat que sia de mon hereu davall scrit». (Arch. par.)

hijos habidos en diversas nupcias de su padre Bartolomé Corberó; en cuyo caso, ciertamente no se seguiria que el segundo apellido de Ana fuese *Claver*, como se verifica respecto de su hermano Antonio. Pero aquella manera de decir es bastante comun en los testamentos, en los cuales el testador ordena, dispone y designa, hablando en persona propia y singular, aun en casos en que, por intervenir en las cláusulas otras personas, parece que habria de decir: *nuestro* padre, *nuestro* hermano, ó *nuestra* madre. Y así, atendido el estilo de los documentos; la dificultad ú observacion propuesta es de ningun valor. Pero si todavia quedara alguna duda acerca de aquella expresion ó frase: *mi madre;* basta considerar el modo como Catarina Claver hace su legado á Antonio y Ana, que es *por mitad*, para deducir que ambos eran hijos propios suyos; pues ésta es la razon obvia y natural de dicha igualdad en el legado, no mediando prueba positiva en contrario, como en realidad no la hay. Además de esto, persuádese que Bartolomé Corberó contrajo únicamente matrimonio con Catarina Claver: 1.° Por ser ésta, llamada en el testamento de su hijo Antonio, no *primera*, *segunda* ó *tercera* mujer de Bartolomé Corberó, á semejanza de lo que se lee en otros documentos del archivo de Verdú, cuando concurria dicha circunstancia; sino simplemente *mujer* de Bartolomé, lo cual indica haber sido Catarina su única consorte; 2.° Porque Antonio Corberó nunca hace alusion, en su testamento, á hermanos de otro matrimonio que el celebrado por su padre con Catarina Claver. 3.° Porque ésta se halla inscrita en los registros de comunion pascual de Verdú, de los años 1575 y 1576, en casa de Pedro Claver de la calle Mayor, como *suegra* de él, y por lo tanto como *madre* de Ana Corberó, mujer de Pedro Claver [1].

[1] (Año 1575)

De casa den Pere Claver

o p° lo mateix pere claver

De todo lo cual se sigue, que el segundo apellido de Ana Corberó es *Claver*.

Ni ella ni su marido eran de ilustre sangre, segun creian los biógrafos de nuestro santo. La verdad, acerca de esto se halla en la vida ahora publicada por el P. Juan María Solá [1].

Para tratar con claridad de esta materia, es necesario ante todo presuponer, que la palabra catalana *Claver* ó *Clahuer*, significa llavero, amo de llaves, el que cuida de ellas, y tiene á su cargo la economia de la casa [2]; si bien en las ordenes de Caballeria de Calatrava y Alcántara, *Clavero* era nombre de dignidad y oficio honorífico, al que tocaba la custodia de las llaves del Castillo y Convento mayor y las del Archivo, con otros encargos principales [3]. En Castilla eran conocidos con las palabras *Clavero* ó *Casero* los empleados que ponian los reyes ó los señores de los pueblos para el cuidado y administracion de sus casas ó para su servicio, y á quienes eximian de los pechos á que estaba sujeta la clase contribuyente; siendo sinónimas de aquellas, en catalan, los vocablos *Claver*, *Clavel* y *Clavé* [4]. Designando, pues, la palabra *Claver*, cargo ó empleo, fácilmente se comprende que en otro tiempo, fueran muchos los que por razon de su oficio se

---

o sa muller Anna
o sa sogra Catharina qui Sta al tallat
o Antoni Corbero fill de dita

(Año 1576)
De casa den Pere Claver

o pº lo mateix pere claver
o sa muler anna
o sa sogra Catarina qui Sta al talat
o Antoni Corbero fill de dita Catarina

[1] Pág. 19.
[2] Diccionari de la Llengua Catalana, per Pere Labernia.
[3] Diccionario de la Lengua Castellana.— Edic. de Madrid, año 1729.
[4] Ensayo histórico-etimológico sobre los apellidos castellanos, por don José Godoy Alcántara. Cap. V.—Madrid, 1871.

llamaran *Claver*; y que pasando despues aquella palabra á ser apellido hereditario, hubiera distintos *Claveres*, de diverso estado ó categoria social, y sin relaciones de parentesco ni origen. Esto sucede en el presente caso. Y así, la circunstancia de aparecer en 1291 con el carácter de Prohombre de Lérida un *Pedro Clavel*, y el hecho cierto de haber habido fuera de Cataluña alguna familia Claver, de ilustre cuna ó elevado rango; podrian, á lo más, autorizar la opinion de que, en época remota, fué tal vez noble la estirpe Claver de la que traia origen la familia de nuestro santo, ó por lo menos, disculpan á los historiadores que juzgaron haber sido de esclarecida cuna, los padres de san Pedro Claver. Sin embargo, cuán fuera de camino sea esta opinion, podrá verlo el lector por los hechos que vamos á exponer.

El único fundamento que, despues de muchas investigaciones se podria aducir en favor de la idea á que dieron carta de naturaleza los Padres Andrade y Fernandez, se halla en el libro intitulado *Adarga Catalana*, donde su autor don Francisco Javier de Garma y Durán, que escribió á mediados del siglo XVIII, cita el apellido Claver, de Tarragona, con blason y distintivo de nobleza [1]: dicho apellido ya no subsiste ni se halla memoria de él en los registros de Tarragona, que se han podido consultar; ni la nobleza de allá tiene recuerdo de él. Bajando en particular al examen del referido dato, ocurre desde luego esta observacion: Si la familia Claver citada en la *Adarga Catalana* existia á fines del siglo XV, ó á principios del siglo XVI, lo cual se habria de justificar; en dichas épocas habia ya los Claveres de Verdú, todos de humilde condicion, y sin sombra ni vestigio de nobleza. Si la familia Claver de Tarragona adquirió sus timbres de nobleza en el siglo XVII, basta observar que casi todo el siglo XVII sub-

[1] Tomo II, pág. 255. Barcelona. Imprenta de Mauro Martí. 1753.

sistió en Verdú la rama directa de la familia de san Pedro Claver; pues no quedó extinguida hasta 1691, por el matrimonio de Jaime Juan Verdú con *Isabel Claver*, hija de Isidro Claver y de Maria Carnisé. Por lo tanto, los Claveres de Verdú y los Claveres de Tarragona, son dos ramas diversas.

Oigamos ahora al P. Andrade. Segun este autor, el apellido Claver quedó «incorporado en la casa de los esclarecidos Condes de Benavente por haber casado con los Requesenes y Claveres y unido estos mayorazgos con el suyo.» Pero ¿en qué fecha sucedió esto? *Hoy*, dice tan esclarecido escritor; lo cual corresponde al año 1657 en que por vez primera se dió á la estampa la *Vida* del santo misionero de Cartagena; ó al año 1666, si se atiende á la publicacion de la misma Vida en el tomo 6.º de los Varones ilustres de la Compañia de Jesus. Pero en este periodo vivia en Verdú, Isidro Claver, descendiente directo de Juan Claver, hermano mayor de san Pedro Claver. Luego su apellido no es el que quedó incorporado á la casa de los Condes de Benavente; conforme lo proclama juntamente con la cronologia, la diversa condicion social de ambas familias.

El P. Andrade, á quien siguió el P. Fernandez, añade «que era este apellido Claver de los más ilustres de Cata»luña.» Pero, si fuera así ¿cómo el apellido Claver no figura, en la Historia general de Cataluña, entre los apellidos ilustres? Para convencerse de esto, hágase un exámen de firmas de documentos reales de diversas épocas; véanse además algunas historias particulares, como la del *Condado de Urgel*, ó la del *Monasterio de Poblet*, que podian ofrecer probabilidades del apetecido hallazgo; y dígasenos despues, si el apellido Claver aparece entre los *Moncadas*, *Anglesolas*, *Cerveras* y otros semejantes, ó siquiera entre ciertos apellidos que brillan con alguna esplendor en determinados sucesos de Cataluña. Tampoco se halla dicho

apellido en el *Nobiliario* de Francisco Piferrer [1], aunque contiene los que se leen en los tratados de Heráldica y en los Nobiliarios más autorizados. Si en algun punto podia esperarse ver inscrito el apellido Claver en caso de ser un tanto notable, era en la Crónica del Canónigo Tarafa [2], autor que solamente citamos, en cuanto coleccionó todo lo que le vino á mano acerca de las familias distinguidas de Cataluña. Sin embargo, ni entre la Nobleza, por decirlo así, *primaria*, ni en la Seccion de *Nobles antiguos*, ni en la de *Familias antiguas de Cataluña* cita Tarafa á los Claveres. Ni vale decir que el original del manuscrito está en la Biblioteca del Vaticano, y que en la copia que se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Barcelona falta tal vez, hacia el fin del texto, alguna página; porque el Indice del manuscrito está completo y este Indice da un resultado enteramente negativo. Lo mismo demuestra hasta la evidencia, una sencilla lectura de los documentos de la familia de S. Pedro Claver. Además de esto, la casa del Santo, que antes de ser derribada en 1886 para la edificacion de la actual Iglesia, daba á conocer su antigüedad; era una modesta casa de labradores, sin los indicios ó señales de nobleza, que todavia se ven en muchas poblaciones, en edificios pertenecientes, en otro tiempo, á familias nobles.

Lo dicho hasta aquí, prescindiendo de otras razones que podríamos alegar; demuestra sin sombra de duda, que es ilusoria la nobleza atribuida al padre de S. Pedro Claver. El oficio de Pedro Claver de la Calle Mayor era, segun se expresa en varios documentos, el de labrador [3]. Gozaba,

---

[1] *Nobiliario*, por D. Francisco Piferrer, revisado por D. Antonio Rújula y Busel, 6 ts. Madrid.—1860.

[2] «Cronica de Cavallers Cathalans» composta per lo Rnt. M. Francesch Tarafa Canonge de Barc.ª. Feta copiar de son original per lo Rnt. M. Jaume Ramon Vila Pbre. en lo any 1603.» *Contiene además el* «Cathalogo dels Cavallers Cathalans e de Llurs armes etc.» MS. de la Biblioteca de la Universidad de Barcelona. Arm. II, I, 9.

[3] Patente de tonsura de S. Pedro Claver.—Testamento de Antonio Corberó, etc.

sin embargo, de cierta consideracion en Verdú, y dió realce á su familia, aunque sin salir de la humilde condicion en que habia nacido.

La nobleza de Ana Corberó, madre de nuestro Santo, carece tambien de fundamento. Su hermano Antonio Corberó fué constructor de *pedreñales*, especie de trabucos ó escopetas cortas; y Jaime Corberó, tambien hermano suyo era de oficio *calcetero*, es decir, «zurcidor de medias,» ó «sastre de los que hacian calzas,» que ambas cosas puede significar aquella palabra.

Quizás algunos no gusten de estos datos, y aun tal vez les parezca idea poco respetuosa para la memoria de San Pedro Claver, haberlos traido aquí. Pero ¿qué es más de estimar y admirar? ¿qué fueran los Apóstoles de humilde cuna, y pescadores algunos de ellos? ¿ó qué hubiesen sido famosos letrados y nobilísimos personajes? ¿Qué esperanza quedara á los hijos del pueblo, de poder ser grandes cerca de Dios, si para ello fuera menester limpieza de sangre? Es cosa en verdad hermosa y consoladora reflexionar que si el primer Javier fué elegido por Dios, de estirpe preclarísima; plugo tambien á su divina Majestad suscitar en el hijo de un labrador, otro Javier.

Si la democracia moderna, fuese cristiana, tendria en San Pedro Claver á uno de sus más ilustres héroes. Pero como la verdadera democracia solo la constituye y representa el pueblo cristiano; á este pertenece S. Pedro Claver con todo el esplendor de sus maravillosas hazañas; á él, y á la Iglesia católica, amante y cariñosa madre que á la aristocracia tiene la debida estima y consideracion, en tanto que estrecha en su amoroso regazo, y levanta del polvo de la tierra, y coloca en lo más alto del firmamento á los hijos del pueblo, que por su santa vida ciñeron triunfal corona y alcanzaron gloria inmortal con el heroismo de sus virtudes y el brillo esplendoroso de sus milagros.

NÚM III

DEMOSTRACION DE LA VERDADERA FECHA DE BAUTISMO DE S. PEDRO CLAVER.— DIA DE SU NACIMIENTO.

(Pág. 17 y 18.)

GRANDE es la diversidad con que hablaron los biógrafos de S. Pedro Claver, de la fecha del nacimiento del santo.

En la inscripcion del antiguo retrato de S. Pedro, que se halla en el colegio de Cartagena de América, dícese que murió á los 71 años de edad: de lo cual resultaria haber nacido el Santo en el año de 1583, puesto que fué su glorioso tránsito en 1654. Sin embargo aquella fecha no puede tenerse por segura; porque la declaracion del testigo Tomás de Victoria, en los procesos de beatificacion formados en Cartagena [1], indica que allí se ignoraba á punto fijo la edad del siervo de Dios, y de ello se convencerá completamente el lector con lo que despues diremos.

El P. Alonso de Andrade en sus vidas de los «Varones ilustres de la Compañía de Jesús,» [2] escribe haber nacido el P. Pedro en 1585.

El P. José Fernandez aunque adoptó el año mismo de 1585; con todo confiesa que no sabia «el dia que salió á esta comun luz, ni el que renació por el bautismo á la de la gracia [3].» Lo cual es tanto como decir que no tuvo noticia de su partida de bautismo.

---

[1] Fol. 360.
[2] Tomo 6.º, pág. 498.
[3] Cap. 1, pág. 6 y 7.

El P. Longaro Oddi, biógrafo del P. Claver, apartándose de los que le habian precedido, y guiado por indicios que no expresa, aunque reconoció tambien que no tenia noticia del dia y año del nacimiento de Claver, no vaciló en escribir que sin duda fué hácia el año de 1581 [1]. Esta misma fecha adoptaron el P. Bertran Gabriel Fleuriau [2], y despues Cretineau-Joly en su Historia de la Compañia de Jesús [3].

Esta diversidad de opiniones indujo al Rdo. D. Mateo Bruguera, que tradujo del francés al español la Vida escrita por el P. Fleuriau, á buscar la partida de bautismo del V. P. Pedro Claver, para lo cual escribió al Rdo. D. Isidro Duarri, á la sazon Ecónomo de Verdú [4]. Este le remitió, en 19 de Diciembre de 1858, copia del asiento bautismal que juzgaba ser el verdadero, y que traducido del catalan al castellano dice así:

«A XXVI de Junio de dicho año MDLXXX, en dicha »Iglesia de Verdú, fué bautizado Juan Pedro, hijo de Pe»dro Claver, de la calle Mayor, y de Ana, mujer de aquel. »Fueron padrinos Juan Borrell, cantarero, y Magdalena, »mujer de Flavian Colom, calcetero, todos de Verdú. Dios »le haga buen cristiano [5].»

---

[1] Vida del gran siervo de Dios el V. P. Pedro Claver. Cap. I.—Madrid, 1851.

[2] Edic. francesa de 1834.—Clermont.

[3] Edic. de Lion, págs. 181-185, año 1847.

[4] Vease la edic. españ., pág. 193 y 194.—Barcelona Imprenta de los Hereds. de la Vda. Plá.—1851.

[5] «*A xxvj de Juny de dit any Mdlxxx en dita Iglesia de Verdu fonch »batejat Joan Pere fill de Pere Claver del carrer major y de Anna de »aquell muller fore padrins Joan Borrell cantarer y na Magdalena »muller de Fabria Colom calsater tots de Verdú deu lo fasse bon xño*»

Tal es el texto literal de este documento tomado de un cuaderno de bautizados de la Parroquial de Verdú, cuya cubierta exterior, de pergamino tiene este título: «Llibre dels Batejats en esta Iglesia de Verdú »de 1570 fins a 1595.»

Este documento hubiera puesto fuera de duda la fecha del bautismo del santo misionero de Cartagena; si entonces se hubiese demostrado que el Juan Pedro de quien se expresa haber sido bautizado en 26 de Junio de 1580, era el mismo V. P. Pedro Claver de cuya beatificacion se trataba. Dicha demostracion se hizo en 1886 en un «Memorial» acompañado de documentos justificativos remitido á Roma por el Párroco de Verdú, para los procesos de canonizacion, memorial que fue atendido por la Sagrada Congregacion de Ritos, pues con Decreto de 1°. Noviembre de 1887 no vaciló en afirmar que el Beato Pedro Claver falleció á los *74* años de edad: *ætatis suæ quarto supra septuagesimum*, lo cual equivalia á decir que el nacimiento del Santo tuvo lugar en el año de *1580*. Por este motivo trasladaremos aquí algo de lo que en 1886 se escribió; añadiendo además algunas aclaraciones y otros datos.

En los libros de bautismos de la parroquial de Verdú, el hijo último de Pedro Claver y Ana su consorte es llamado Juan Pedro. En un documento de familia, el hijo último de Pedro Claver y Ana su consorte es llamado solamente Pedro. Luego, Juan Pedro de los libros de bautismos es el mismo hijo Pedro mencionado en el documento de familia. Juan Pedro es el único miembro de ella que puede

---

En el interior se lee: «Libre en lo qual stan Continuats tots los que »en la parroquial Iglesia de Stª Maria de Verdu son stats batejats y »Comensa en lo any de Mdlxx essent vicari perpetu de dita parroquial »Masia Corbella pre»

«Essent *1570* fins a *1595*.»
«Vicari Perpetno M.º Macia»
«Corbella»

En la copia del Rdo. Duarri se lee despues de «Flavian Colom» la palabra «cantarer,» es decir, alfarero ocupado únicamente en hacer cántaros, que aun ahora es oficio de muchos en Verdú. Pero el original no dice «cantarer», sino «calsater,» como lo indica claramente la abreviatura de dicha palabra, y lo demuestra la escritura de capítulos matrimoniales, otorgada á 28 de Enero de 1578, entre Magdalena Tarradellas (madrina de S. Pedro Claver,) y *Febrer Colom calsater*. (Archivo parroquial.)

ser S. Pedro Claver. Luego, dicho Juan Pedro Claver es S. Pedro Claver.

Con esta sencilla consideracion, parece que habria de darse por terminada la prueba; porque, propiamente, no ofrece dificultad ver que S. Pedro Claver es un hijo á quien pusieron Juan antes que Pedro, ya que en algunos puntos de España llaman á veces á los hijos por el segundo nombre. Pero da la coincidencia de que en varios documentos antiguos pertenecientes á la familia del Santo aparece un hijo llamado Juan, y en otro escrito antiguo referente á la misma familia aparece otro hijo llamado únicamente Pedro. ¿Puede ser confundido el Santo con alguno de ellos? No. ¿Puede probarse claramente que Juan Pedro Claver es S. Pedro Claver? Sí.

Primeramente, en un «Memorial de dote» otorgado por Pedro Claver y su primera mujer Ana, con motivo de contraer matrimonio su hijo mayor, Juan, con Elisabet Busquet, hállase una cláusula, que vertida al castellano dice así: «Lo que yo Pedro Claver y mi mujer Ana damos á nuestro hijo, Juan Claver: Primeramente, le damos todos nuestros bienes habidos y por haber donde quiera que esten, seguida nuestra muerte: exceptuamos, que nos reservamos la pieza del Gosalat [1]. Más, dejamos á nuestro hijo Jaime setenta libras, y le haya de mantener (el heredero) durante los estudios, si querrá estudiar. Más, dejamos á nuestro hijo Pedro setenta libras en caso de matrimonio. Más, dejamos á nuestra hija Elisabet cien libras, y si más será menester, con sus intereses, á juicio de los padres [2].»

---

[1] Así es llamada, aún hoy dia, en el término de Verdú, cierta extensión de terreno que comprende varias fincas.

[2] «Memorial del dot que done entoni busquet a ça fila isabet primo »li done en dines.....

. . . . . .

»lo que io per Clave i ma moler agna donam á noston fil ioan clave pri»mo li donam tots nostros bens aguts i per aver aoncevle que cien opte »nostre ecceptam que nos aturam lo tros del gocalat á nostres volutats

Este memorial carece de fecha; pero constando, en los libros de bautismo de Verdú, la partida de un hijo del expresado Juan Claver y de Elisabet Busquet, nacido á los 18 de Enero de 1588, y siendo este hijo el primero que de tal matrimonio allí aparece; es fundado decir que el referido memorial fué otorgado en 1587, ó poco antes.

Además: dicho Juan Claver en 22 de Setiembre de 1601 otorgó testamento, en el cual nombraba albaceas á su padre Pedro Claver, y á su hermano Pedro Claver, á quien llama «estudiante».

Finalmente, Pedro Claver, casado con Ana Corberó, así en su testamento de 9 de Abril de 1608, como en el de 27 de Agosto de 1615, y en el de 2 de Marzo de 1621, instituye siempre por heredero á Juan Claver, y deja un legado de veinte libras catalanas á su hijo Pedro, religioso de la Compañía de Jesus.

Por estos tres documentos consta que el Juan Pedro bautizado en 26 de Junio de *1580*, no puede confundirse con el Juan que en *1587*, poco más ó menos, contrae matrimonio, conforme se lee en el citado memorial de dote; pues, en dicha fecha, el Juan Pedro contaba á lo más siete años de edad, y así no podia nacerle un hijo en *1588*. Lo mismo se deduce de los otros dos documentos mencionados; como quiera que en el testamento de Juan se distingue perfectamente el testador Juan, del albacea Pedro, estudiante; y en los testamentos del padre de Juan y de Pedro, figuran el heredero Juan, casado y con hijos, y el legatario Pedro, religioso de la Compañía de Jesús [1].

»mes dexam á noston fil javme cetanta lires i lage de menteni per los »estudis ci voldra estudia mes dexa a nostron fil pere cetanta lires en »cas de medrimoni mes dexam a nostra fila isabet cent lires ici mes se»ra menester ab ces averies aconeguda dels pares.»

[1] El segundo nombre de Juan Claver, hermano mayor de nuestro santo, parece ser el de Martín; pues en 22 de Julio de 1563 se halla el bautismo de un hijo de Pedro Claver, con los nombres de Juan Martín; siendo padrino suyo Juan Minguella (Archivo parroquial).

Pasemos ahora á otros documentos, no ya de la familia Claver, sino referentes á ella. En los libros parroquiales, en que se anotaban cada año los que cumplian con el precepto de la confesion y comunion pascual, se hallan dos asientos, pertenecientes á los años de 1581 y 1582, en esta forma:

De casa Pedro Claver.
- o El mismo.
- o Ana su mujer.
- o Pedro, hijo de ellos.

Como á nadie se le ocurrirá identificar á Pedro que cumple con el precepto pascual de confesar y comulgar en *1581* y *1582*, con el Juan Pedro nacido en *1580*; del expresado documento parece resultar que, en la familia Claver, además de Juan y Jaime (que en el memorial de dote y en los testamentos arriba mencionados aparecen juntamente con Pedro el estudiante y religioso de la Compañia de Jesús) existió otro hijo varon de los consortes Pedro Claver y Ana Corberó, llamado tambien Pedro como su padre, sin el aditamento de Juan, como aquel Juan Pedro. Y de aquí precisamente nace la dificultad contra la partida de bautismo antes mencionada y transcrita, es á saber: el Pedro Claver de la Compañia de Jesus, recientemente canonizado, ¿es el Juan Pedro bautizado en 26 de Junio de 1580, ó el Pedro que cumple con parroquia en 1581 y 1582? Respondo que el nuevamente canonizado Pedro, no puede ser el Pedro que en estos dos años parece haber comulgado.

Para ver cuán fundada es esta afirmacion, basta elegir algunas fechas de la vida del Santo, fuera de toda duda, v. g. la de su entrada en el Noviciado de Tarragona en 1602, y la de su ordenacion de sacerdote en 1616. Si S. Pedro fuese el hijo que aparece comulgando en Verdú el año, de 1581; habia de tener por lo menos la edad de 14 años, exigida entonces por las *Constituciones Tarraconen-*

ses. Por lo tanto, al comenzar su Noviciado S. Pedro Claver, que segun todos sus biógrafos era jóven; habria tenido ya 35 años; y al recibir el Presbiterado se hubiese hallado en los 49 ó 50 años de su edad, tiempo verdaderamente ridículo para *ordenarse* los que tienen que hacer sus estudios *despues de haber entrado en la Compañia*. Semejantes datos contradicen manifiestamente la idea de que un Pedro de la familia Claver, que comulgara en 1581; pueda ser el ilustre misionero de Cartagena.

Pero ¿es cierto, siquiera, que en dicha familia haya habido semejante hijo Pedro, distinto de Juan, y de Juan Pedro? Creemos que no.

Examinando los cuadernos ó libros de comunion pascual de Verdú, se observa que, desde el año 1596 en adelante, están redactados con esmero y por órden de casas y calles, con lo cual no es difícil distinguir los sujetos, aunque tengan el mismo nombre y apellido; pero en los años anteriores á 1596, faltan algunos cuadernos; á veces se hallan dos de un mismo año, á juzgar por la fecha que tienen claramente inscrita; y uno de los libros carece de fecha, aunque parece ser de 1584, pues hay cuadernos anteriores á dicho año, y éste no tiene cuaderno con fecha propia. Además, en varios libros hay solamente los nombres y apellidos de los fieles sin órden de casas y calles, y no se observa aquella conexion de unos nombres con otros, que fácilmente se nota cuando el cumplimiento pascual es por familias enteras. Y así, cuando se lee en tales cuadernos: *Pedro Claver;* no es fácil decir si éste es el consorte de Ana, ó el casado con Margarita, ó el marido de Catalina, ú otro Pedro Claver de los que entoces habia. Vense tambien notas escritas de un modo oscuro para el que ahora lee, aunque fuesen en otro tiempo claras y determinadas, por razon de su carácter local: las hay, finalmente, redactadas de un modo vago, y que manifiestan duda ó falta de seguridad en el que escribia los nombres y apellidos.

Esto sentado, decimos: En 1580 aparece ya inscrito de una manera clara é indudable el hijo mayor de la familia Claver, en esta forma: «*Juan, hijo de Pedro Claver de la Calle Mayor.*» En el año siguiente 1581, y en el inmediato 1582 consta el asiento, objeto de la dificultad que examinamos: *Pedro Claver, Ana su muger, Pedro hijo de ellos (llur fill)*. Pero ¡cosa rara! precisamente en estos dos años en que cumple con parroquia este misterioso hijo Pedro, desaparece súbitamente y con mayor misterio todavia el hijo Juan que habia comulgado en 1580. ¿Seria acaso que en 1581 y 1582 habia en la familia Claver dos hijos en edad de comulgar, Juan y Pedro, más rivales entre sí que Esaú y Jacob, hasta el punto de que por cumplir Pedro con parroquia, Juan tuvo por conveniente no hacerlo, á pesar de ser ambos de familia muy piadosa? ¿O creeria Juan con sobrado fundamento, que despues de haber comulgado, habia cumplido perfectamente con el precepto de la Iglesia, tanto si le anotaban con su verdadero nombre, como si lo confundian con el de su padre?

Una nota del cuaderno sin fecha, que dijimos ser de 1584 da mucha luz acerca de este punto: dice así:

«*El hijo del Claver de la calle Mayor* [1].»

Nótense bien las palabras: el artículo *el* designa *un sólo hijo*. Si hubiese habido en casa de Pedro Claver dos hijos que habian de comulgar en 1584. es decir, Juan que apareció comulgando ya en 1580, y Pedro, el inscrito en 1582 y 1583 ¿cómo en 1584 apuntan á *un solo hijo?* ¿Y en qué forma le inscriben? Con una frase que indica no poderse confundir dicho hijo con otro, *lo fill;* frase que manifiesta además, que el que hizo la nota, no sabia con certeza como se llamaba *el hijo* de Pedro Claver. ¿Qué mucho, pues, que

---

[1] «*Lo fill den Claver del carc maio.*»

los dos años anteriores se lea en los cuadernos, Pedro en vez de Juan?

Esta equivocacion resulta moralmente cierta, examinando los asientos de los años próximos; pues en estos no se habla por muchos años de aquel hijo Pedro de 1581 y 1582, figurando solamente Juan, ya como «hijo de Pedro Claver y de Ana su muger,» ya como «hijo de Pedro Claver» no más; viéndosele desde 1587, en que casó con Elisabet Busquet, inscrito unas veces en casa de su padre, y otras como cabeza de familia en otra casa contigua á la del primero. Años más tarde aparece cumpliendo con Parroquia *un hijo de Pedro Claver y Ana llamado Pedro;* pero esto sucede cuando ya habia de comulgar Juan Pedro el bautizado en *1580.*

De lo dicho se sigue que aún atendiendo únicamente á los cuadernos de cumplimiento pascual, lo que se saca en claro de dichas notas es, que el hijo mayor, Juan, fué erróneamente llamado Pedro en 1581 y 1582, y que por lo tanto, no hay fundamento sério para decir que hubo, en la familia Claver, un hijo Pedro, posterior á Juan, y distinto de Juan Pedro [1].

---

[1] Un atento exámen del Memorial de dote de 1587 da por resultado la misma conclusion. Allí Pedro Claver hace mencion de tres hijos suyos: Juan, Jaime y Pedro, como se dijo. Si, pues, hubiese habido otro hijo Pedro, quien, segun los libros de comunion, habia de ser menor que Juan, y mayor que Jaime; su padre le habria citado en segundo lugar, es decir *entre* Juan y Jaime; lo cual con mayor claridad verá el lector en esta forma:

Juan
Pedro
Jaime
Pedro.

Sin embargo no es así: despues de Juan sigue inmediatamente Jaime:

Juan
Jaime
Pedro.

¿Porqué motivo el padre guarda silencio acerca de *Pedro* que seria el segundo hijo? Puede discurrirse de tres maneras: 1.º Sosteniendo, contra lo que nosotros afirmamos, que hubo realmente además de Juan

Finalmente, nadie se llame á engaño si examinando el Archivo Parroquial de Verdú halla que á 24 de Enero de 1574 fué bautizado *Pedro Claver, hijo de Pedro Claver,* á quien se ve cumplir con parroquia en 1590. No se regocije creyendo que ha dado con el verdadero asiento bautismal del Apóstol de los Negros; pues dicho bautizado es hijo de Pedro Claver y de *Catalina su mujer*, y ninguna de las consortes del padre del santo misionero se llamó *Catalina*. Ésta habia tenido en 1571 otro hijo llamado Francisco, y en la familia del santo no hubo ningun Francisco. Por

---

Pedro, otro hijo Pedro, que falleceria entre el año 1582, fecha de su comunion, y el de 1587, en que no se habla de él. Pero si fuera así ¿cómo no consta su partida de óbito entre las de este período? Esto seria más de extrañar, en cuanto se hallan en el Archivo Parroquial las defunciones de dos hijas de Pedro Claver, llamada la una Catalina, y la otra Catalina María, las cuales, por este motivo, no fueron mencionadas en el memorial de dote, en que se cita á la hija Elisabet. Si se quiere suponer que quizás aquel hijo *Pedro* murió fuera de Verdú, y que por lo tanto no ha de estar, en Verdú, su partida de óbito; dejando varias razones que contra esto se podrian aducir, es evidente que un Pedro Claver muerto antes de 1587 no puede ser el Apóstol de los Negros, S. Pedro Claver, que vivió hasta el año 1654.

2.° Podria decirse que aquel hijo segundo *Pedro*, no citado en el memorial de dote de 1587, realmente existió, y que vivia aún en esta fecha. Mas, en este caso ¿cómo su padre pudo omitirle, sin alegar causa de exclusion, en un documento en que trataba de asegurar el porvenir de sus hijos; sobre todo tratándose de un menor de edad como hubiera sido *Pedro*?

3.° Si se dijera que el padre no solo no omitió á Pedro, sino que es el mencionado con dicho nombre en el memorial: entonces ¿cómo *Pedro* (el de la comunion de 1581) siendo hijo *segundo* de la familia Claver, es designado, en el memorial, en *tercer* lugar? Esta inversion de órden no seria natural, se habria de explicar; y para esta explicacion, no hay datos, ni fundamento.—Además surge de nuevo la dificultad del caso precedente; pues si Pedro fuera el que se pretende, y no Juan Pedro como nosotros decimos, es necesario decir que el padre habria omitido entonces á Juan Pedro bautizado en 1580, el cual indudablemente vivia, pues desde esta fecha hasta 1587, y en los años posteriores nunca aparece su partida de defuncion en el Archivo de Verdú.

Estas anomalías, que forman un laberinto sin salida, desaparecen súbitamente, y por completo, siendo Pedro, *citado en tercer lugar* en el memorial de dote, no un hijo distinto, sino el mismo Juan Pedro, inscrito tambien *en tercer lugar* en los libros de bautismos. Y así, el memorial de dote de 1587 declara y confirma que S. Pedro Claver era el niño Juan Pedro Claver.

último, de otros documentos se saca que el apellido de dicha Catalina era el de *Capdevila*. No es por lo tanto, aquel hijo suyo Pedro, nuestro S. Pedro Claver; éste es el Benjamin de Ana Corberó.

Hasta aquí sólo hemos visto que el bautismo del santo fué el 26 de Junio de dicho año: la fecha de su *nacimiento*, no consta con certeza absoluta. Lo que se leia en Verdú en la lápida conmemorativa de la Beatificacion, y aun en ciertos escritos de personas particulares, esto es, que el nacimiento del Apóstol de los Negros fué el 18 de Junio; es cosa que no tiene otro fundamento que el haber leido algunos, sin acierto, la partida de bautismo de que hemos tratado.

Pudo el santo haber sido bautizado el mismo dia en que nació, si el nacimiento tuvo lugar en las primeras horas de la mañana del mismo dia; pero la costumbre ordinaria y de fecha inmemorial, en Verdú, es bautizar á los párvulos, el dia siguiente de haber nacido, á no ocurrir alguna circunstancia que obligue á apresurar, ó á retardar el bautismo. Que hubiese necesidad de apresurar el bautismo, no consta. Que se hubiese de retardar, no es probable; porque esto sucede cuando se espera al padrino ó madrina, por estar fuera de la poblacion, y los padrinos de S. Pedro Claver, Juan Borrell, y Magdalena Tarradellas eran vecinos de Verdú, donde ordinariamente vivian. Por este motivo, habiendo sido bautizado Juan Pedro el 26 de Junio de 1580; lo más fundado y razonable es decir que *nació* el dia anterior, *25 de Junio*, infra octava de S. Juan Bautista.

Ocupaba entonces el sólio Pontificio el esclarecido Papa Gregorio XIII; reinando en los extensos dominios de la Monarquía española la Majestad de Felipe II el *Prudente*. Era Arzobispo de Tarragona, el sabio D. Antonio Agustin; y Obispo de Vich, D. Pedro Argon. Tenia el señorio de Verdú, como Abad del Monasterio de Poblet, D. Juan de Guimerá, perteneciente á la nobleza catalana.

NÚM. IV

ERECCION Y PRINCIPIOS DEL NUEVO OBISPADO DE SOLSONA. — ESTUDIOS DE S. PEDRO CLAVER EN BARCELONA ANTES DE SU ENTRADA EN LA COMPAÑIA DE JESUS. — ¿PERTENECIÓ Á LA CONGREGACION DE LA VIRGEN SANTÍSIMA, DEL ANTIGUO COLEGIO DE BELEN?

No es nuestro ánimo tratar extensamente, en este apéndice, de las causas que movieron á Clemente VIII y Felipe II á la ereccion del obispado de Solsona, y del modo como se realizó este pensamiento. Solo diremos que la necesidad de atender al bien espiritual de los fieles de la Diócesis de Seo de Urgel, especialmente en aquellas comarcas que por ser vecinas á Francia corrian peligro de ser infestadas por la herejia, y la dificultad de ser visitadas con frecuencia todas las parroquias por su Prelado, á causa de la gran extension de la Diócesis de Seo de Urgel; movieron al Romano Pontífice y al católico monarca D. Felipe el Prudente, á desmembrar muchas feligresias del referido Obispado, para constituir con ellas, y otras pertenecientes á la Sede de Vich, una nueva Diócesis que fué la de Solsona [1]. Era tal idea muy acertada; sin embargo, la ejecucion del plan se llevó á cabo con no

---

[1] Villanueva: «Viaje literario á las Iglesias de España.» Tomo IX, pág. 68 y siguientes.
Esteban de Corbera: «Cataluña ilustrada.» Págs. 123-125.
Bulario Romano.—Edicion de Turin. Tomo X.

pocas dilaciones, además de las que suelen ocasionar tales proyectos. Así podrá verlo el lector, teniendo á la vista las siguientes fechas, necesarias para determinar varios hechos referentes á los *estudios* de S. Pedro Claver.

Fecha de la Bula de ereccion del nuevo Obispado de Solsona.	19 de Julio de 1593 [1].
Felipe II otorga el título de *ciudad* á Solsona, ó confirma dicho título ya existente. . .	30 de Julio de 1594 [2].
D. Luis Sans, primer Obispo electo, recibe en Barcelona la noticia de su nombramiento.	4 de Agosto de 1594 [3].
Toma posesion, por procurador, de la Sede de Solsona. . . .	13 de Febrero de 1595 [4].
Es publicada la Bula de ereccion.	20 de Febrero de 1595 [5].
El nuevo Obispo de Solsona continua en Barcelona.. . .	Todo el año 1595 y casi todo el de 1596 [6].
Llega D. Luis Sans á Solsona.	Noviembre de 1596 [7].
Sínodo Celsonense, despues del cual D. Luis Sans comienza la visita de su Obispado, principiando por Cervera. . . .	1 de Abril de 1598 [8].

[1] Bulario Romano. Tomo X. Edic. cit.
[2] — [3] — [4] Villanueva.
[5] Parece un tanto extraño que el Obispo tomara posesion de su Sede antes de ser publicada la Bula; sin embargo, las fechas anotadas son verdaderas.
[6] — [7] — [8] Villanueva.

Esto sentado ¿cuando cesó Verdú de pertenecer á la Diócesis de Vich, quedando definitivamente incorporado al Obispado de Solsona? Este dato se ha podido averiguar con certeza por medio de los «Manuales de Testamentos» de la parroquial de la Villa [1]. Todos los testamentos de Verdú, hasta 21 de Febrero del año 1598, expresan en el preámbulo acostumbrado, que la villa es de la Diócesis de Vich: siguen luego dos testamentos en que se guarda silencio acerca de este punto, pero en 5 de Abril aparece un testamento en que se dice acerca de la pertenencia de Verdú: «ahora, del Obispado de Solsona [2].» La villa de san Pedro Claver no pasó, pues, á formar parte del Obispado á que desde entonces pertenece, hasta primeros de Abril de 1598. Con esto, ya no causa asombro ver al Obispo de Vich confiriendo en Diciembre de 1595 la tonsura al santo, en la Iglesia de Verdú, á pesar de que la Bula de ereccion del Obispado de Solsona habia sido publicada en Febrero del mismo año.

Las fechas referidas sirven tambien para esclarecer otros hechos. Afirman los antiguos biógrafos de S. Pedro Claver, que este tenia un tio paterno, canónigo de Solsona; y que los padres del santo, con el intento ó deseo de que el niño Pedro le sucediera en el canonicato, diéronle estudios y le destinaron al estado eclesiástico. Pasando por alto, que el padre de S. Pedro Claver no podia concebir tal idea, cuando su hijo era niño aún, porque entonces no habia Catedral en Solsona, ni comenzó á haber canónigos en dicha ciudad hasta el año 1596; únicamente observaremos que el Rdo. Juan Claver, único eclesiástico de la familia, de que hay memoria en este período, y tio pater-

---

[1] Nota redactada, despues de un penoso, diligente y acertado examen, por el Rdo. Dr. D. Valentin Comellas, Vicario que fué de Verdú.

[2] Protocolo del Rdo. Dr. Jaime Ramon, Vicario perpetuo de Verdú y Notario de la Villa.

no de nuestro Pedro; era todavia beneficiado de la villa de Tárrega en 26 de Mayo de 1597, fecha en que Angela Escarrer, su cuñada, otorgó testamento nombrándole albacea [1]. Bien pudo suceder que, más adelante, el Reverendo Claver fuera canónigo de Solsona y que esto diera pié á la idea de los Padres Andrade y Fernandez; pero si aquello se verificó ó no, es punto difícil y tal vez imposible de comprobar, á causa de las vicisitudes que el Archivo Eclesiástico de Solsona ha experimentado en las guerras del presente siglo [2]. Por lo que hace á nuestro objeto, es cosa clara y evidente, que aunque el Rdo. Juan Claver hubiese sido canónigo de aquella santa Catedral despues del año 1597, y aun en este mismo año; no pudo cursar á su lado S. Pedro Claver sobrino suyo, pues éste comenzó sus estudios fuera de Solsona, en el año escolar de 1596 á 1597, como diremos luego. Lo único que podria concederse es que mientras el Rdo. Claver era beneficiado de Tárrega, cursó nuestro Pedro, en su compañia, las nociones preparatorias para el estudio de las Letras Humanas. Pero dejando esto aparte, examinemos lo que antes se indicó.

Los libros de comunion pascual de Verdú correspondientes á los años 1593, 1594 y 1595 no se han podido hallar, ni son necesarios para el exámen que nos proponemos. En el cuaderno de 1596 hállase inscrita toda la familia de S. Pedro Claver, mas no el santo. En el año 1597, en vez de constar el nombre de éste en la casa de su padre; está anotado en la de su hermano Juan Claver en la siguiente forma:

o De casa Pedro Claver, el mismo.
o Angela su mujer.

---

[1] Archivo parroquial de Verdú.
[2] Notas remitidas por distinguidos eclesiásticos de Solsona.

o De casa de Juan Claver, el mismo.
o Elisabet su mujer.
o Juan Grásia, criado.
o Pedro Claver, su hermano, estudiante [1].

El hecho de estar inscrito el santo con la denominacion de *estudiante*, y sobre todo, el de verle anotado *despues del criado* de su hermano Juan; manifiestan que Pedro vivia fuera de Verdú, y que en vista de la cédula de comunion que el jóven Claver remitiria, se hizo constar su cumplimiento en los libros parroquiales, sin que hubiese confesado y comulgado en la misma villa. Dos razones, á cual más poderosas, mueven á pensar de esta manera, esto es, que la palabra *estudiante* no tanto indica la carrera ó profesion de Pedro, como que estaba ausente de su país natal. Primeramente, porque de otra suerte seria necesario concluir que S. Pedro Claver no salió de *Verdú* hasta la cuaresma de 1601; pues, desde 1597 hasta el año 1600 inclusive, figura entre los que confesaron y comulgaron en la parroquial. Y esto no es admisible, por ser hecho cierto que el santo hizo sus estudios en *Barcelona*, donde el Obispo, por haberle hallado aventajado sobre sus condiscípulos, le confirió las órdenes menores; pasando desde *Barcelona* al Noviciado de la Compañía de Jesús, de *Tarragona*. En segundo lugar, si el santo hubiese realmente comulgado en Verdú; no hubieran escrito su nombre *despues del criado* de su hermano, atendido el órden natural que en esto habia de observar el Vicario de Verdú, y el ser tenido nuestro Pedro Claver en mucha estima y respeto por su

---

[1] o De casa den Pere Claver ell mateix
o Angela sa muller

o De casa don Juan Claver ell mateix
o Elisabet muller
o Juan Grasia mosso
o Pere Claver son germa stodiant

hermano mayor Juan, quien le nombró por uno de sus albaceas en su testamento de 1601. El jóven Claver fué, por lo tanto, inscrito en 1597 como *estudiante;* porque estaba cursando *fuera de Verdú.* Y esto significa, contando por años escolares, que comenzó á estudiar fuera de la poblacion, en el curso de 1596 á 1597.

Pero siendo esto asi, ocurre entonces preguntar: ¿Cómo S. Pedro Claver no empezó formalmente su carrera hasta el año 1596, habiendo recibido la primera tonsura un año antes, esto es, en Diciembre de 1595? Dejando aparte otras razones, la ereccion del nuevo Obispado de Solsona explica satisfactoriamente este retardo. La espectacion en que estaban algunas poblaciones, entre ellas la de Verdú, acerca de si quedarian ó no definitivamente agregadas á Solsona, habia de influir poderosamente en el ánimo de su padre, para que esperara algun tiempo dicha solucion antes de tomar un acuerdo definitivo acerca de su hijo. Esto era tanto más necesario, en cuanto al dar principio nuestro Claver á sus estudios, no habia aun Colegio en Solsona, segun afirma expresamente el P. Fleuriau [1]; lo cual no es de maravillar, tratándose de una diócesis naciente y en vias de organizacion. Nosotros solo podemos decir, como cosa cierta, que el Obispo Fr. Juan Alvaro, antes Abad de Veruela en Aragon, y sucesor de D. Luis Sans, en el año de 1617 erigió en Solsona, un Colegio de estudios en la Casa-hospital llamada comunmente *den Llobera*, confiado á los Padres Dominicos y erigido tres años despues en Universidad [2]; hecho que acredita de muy verosímil el dato del biógrafo antes citado. Queriendo en tales circunstancias el padre de S. Pedro Claver dar estudios á su hijo; se concibe que despues de alguna indecision enviara su hijo á Barcelona, donde pudo tener relaciones favorables

[1] P. Fleuriau.—Version española, pág. 8.
[2] Villanueva, tomo IX, pág. 73.

á su intento, por medio de su tercera mujer Juana Grenyó, antes viuda de Juan Managuerra ciudadano de Barcelona [1], á cuya ciudad acudia gran parte de la juventud del Principado, para asistir á las aulas del *Estudio general de la Universidad* [2]. En él cursó verosimilmente Gramática y Retórica el hijo de Pedro Claver y Minguella, pues en el Colegio de Belen de la Compañia de Jesus solo se enseñaba entonces Filosofia y Teologia. Segun el plan vigente en la época de S. Pedro Claver, en el Estudio general de Barcelona, las clases inferiores comprendian tres ó cuatro años de Gramática, y uno de Retórica. Y así, habiendo comenzado sus estudios en el curso de 1596 á 1597, terminó la Retórica á mediados del año 1600 ó 1601 [3].

En esta época, el santo jóven trabó relaciones íntimas con los Padres de la Compañia de Jesus; lo cual no es de maravillar, pues érale á Pedro Claver poco menos que necesario, al ir á clase, pasar por el Colegio de Belen. En efecto, el Estudio ó Universidad ocupaba el extremo occidental de la *Rambla*, junto á la Puerta de S. Severo,

---

[1] Capítulos matrimoniales de Pedro Claver y Juana Grenyó. (Archivo parroquial de Verdú).

[2] El Obispo de Barcelona D. Juan Dimas Loris, despues de suprimir en 19 de Noviembre de 1593 el Monasterio de Religiosas de Nuestra Señora de Montalegre, que constituye ahora la parte antigua de la Casa Provincial de Caridad; lo erigió en *Seminario Conciliar*. Creemos seria idea sin fundamento, decir que S. Pedro Claver cursó allí, pues consta, por su *Vida*, que hizo sus estudios como *alumno externo*, y en las primeras noticias del Seminario sólo se halla que el Obispo dispuso la admision de *colegiales*. Además, no es de creer que la organizacion del Seminario, en sus comienzos, alcanzara el floreciente estado que tenian las aulas del *Estudio general*, cuando el Santo fué á Barcelona. Finalmente, en el *Estudio general* podia S. Pedro Claver cursar toda la carrera eclesiástica.

[3] En los Estatutos de 1559 se establecieron *tres años* de Gramática, y uno de Retórica; en los de 1629, *cuatro años* de Gramática y uno de Retórica. Pero no hemos podido hallar ejemplares de las reformas intermedias, hechas en 1567, en 24 de Octubre de 1588, y en 25 de Abril de 1596, que se imprimieron y publicaron en 16 de Octubre de 1598, y en 24 de Setiembre de 1599.

en el llamado *Pes de la Palla*. Convertido el edificio en cuartel de Artillería, y abierta allí la puerta llamada de Isabel II, el solar correspondiente al antiguo *Estudio general* de Barcelona es ahora *Rambla de Canaletas* [1]. Ahora bien, este punto dista pocos pasos del antiguo Colegio de Belen, como es notorio. ¿Qué mucho, pues, que un joven tan piadoso como Pedro Claver fuera á misa á la Iglesia de Belen, y se confesara con los Padres del Colegio, y se dirigiera por ellos [2]?

Concluida la Retórica en el año 1600 ó 1601, fué, segun parece, cuando el santo resolvió continuar definitivamente en Barcelona, ó así lo dispuso su familia; pues en el cumplimiento pascual de Verdú de 1601 y de 1602, ya no se habla más de nuestro Pedro Claver, en las notas re-

---

[1] *Barcelona antigua y moderna*, por D. Andres Avelino Pi y Arimon. —Tomo II, pág. 142.—*Guia de Barcelona*, por D. Cayetano Cornet y Mas, pág. 160.

[2] Tambien podria atribuirse el primer comienzo de las relaciones de nuestro Santo con la Compañia, á una disposicion reglamentaria de la Universidad, inserta en las *Ordenaciones* de 1559, segun la cual un Padre del Colegio de Belen habia de ir, cada dia, al «Estudio general de Barcelona» para acompañar á los niños, que aprendian á leer, á la Iglesia de Belen, donde se les enseñaba el Catecismo de 2 á 3 de la tarde siendo despues acompañados de nuevo á la Universidad por el mismo Padre. Hemos omitido dicha indicacion por no haber podido comprobar si en tiempo de S. Pedro Claver estaba todavia en uso aquella práctica.

El texto de las citadas Ordenaciones, digno ciertamente de que se renueve la memoria de él, porque refleja al vivo los piadosos sentimientos de los antiguos Concelleres de Barcelona, dice de esta manera:

«*Dels Minyons qui aprenen de legir en dit Studi.*»

»Statuexen.... (los Concellers) que tots los dits minyons qui aprenen »de legir, perque sien introduits en lo temor de Deu, y sapien la doctri»na Christiana; de les dos hores apres dinar fins á les tres hores, quiscun »dia sien obligats anar á la Sglesia de Bethlem, pera q allí los amostren »la doctrina Christiana, y que algun pare de la companyia de Iesus se »procure vaja quiscun dia a dita hora al Studi per portar los a dita »Sglesia, y lo mateix tocades les tres hores los torne ab orde a dit Studi, »y pera que se avesen al principi a sants y bons exercicis e virtuosos.» *Ordenacions per reformacio y perpetua fundacio de la Universitat del Studi General de la Ciutat de Barcelona.*—Barcelona, en casa de Jaume Cortey, Any 1560.

ferentes á la casa de su padre, ó á la de su hermano mayor Juan Claver. Pero terminada, la Retórica, ¿cursó san Pedro Claver, por algun tiempo, Filosofia, ó Artes como decian entonces? En caso afirmativo ¿fué alumno del Colegio de Belen de la Compañia de Jesus? Así lo dan á entender, su permanencia en Barcelona hasta principios de Agosto del año 1602, su trato con los Padres de dicho Colegio, y el poder asistir como discípulo externo á nuestras aulas de Filosofia; sin embargo, faltando ahora las listas de los alumnos de aquella época no se puede afirmar con absoluta seguridad, lo que de suyo es muy probable, y en nuestro concepto moralmente cierto.

Era entonces Rector del Colegio de Belen el P. Antonio Clar, mallorquin; y Provincial de Aragon, el P. Melchor de Valpedrosa, quien á instancias del jóven Pedro Claver, y prévio el consentimiento de su padre, dióle licencia para entrar en el Noviciado de la Compañia de Jesus establecido en Tarragona, á donde llegó el 7 de Agosto del año 1602.

Terminaremos este apéndice con el exámen de una cuestion de sumo interés para todas las Congregaciones de la Vírgen Santísima afiliadas á la «Prima Primaria,» y en particular para la de Barcelona. Siendo nuestro Claver estudiante en la capital del Principado ¿fué Congregante en el antiguo Colegio de Belen?

La Congregacion «Prima Primaria» de Roma, madre y cabeza de todas las Congregaciones de la Virgen, que comenzando con humilde nacimiento acabaron por difundirse y cobijar bajo su piadosa sombra á la juventud y á las demas clases de la sociedad, en toda la haz de la tierra, no ha podido esclarecer tan importante asunto; porque la serie de Santos, Beatos, y Varones ilustres, que han pertenecido á las Congregaciones se ha formado no tanto con datos del archivo de la «Prima Primaria,» como reuniendo noticias particulares.

Respecto de S. Pedro Claver, nada dijeron sus primeros biógrafos, los Padres Andrade y Fernandez; pues creyendo que el Santo habia nacido en 1585, y que atendida su corta edad solamente habia estudiado en Barcelona, Gramática y Retórica, no podian siquiera imaginar que hubiese sido Congregante, toda vez que á la Congregacion de Belen solo pertenecian en aquel tiempo alumnos de Filosofía y Teologia [1]. Además de lo dicho, al escribir dichos autores en el siglo XVII ¿tenia la cuestion propuesta toda la importancia que ofrece ahora? Creemos que no, y que no es justo quede perjudicada la opinion afirmativa de que S. Pedro Claver fué Congregante en Barcelona, por el silencio de escritores que principalmente trataron de referir su apostolado en Cartagena.

Tampoco expresan el hecho de que tratamos los Padres Crasset y Delplace, historiadores de las Congregaciones de la Vírgen Santísima. Pero el primero no pudo hacerlo, y el segundo no tenia necesidad de hacerlo. El libro del Padre Crasset fué publicado algunos años despues de la «Vida» escrita por el P. Fernandez, el cual no anotó dicha noticia por la razon antes expresada. Y es menester añadir que el P. Crasset tampoco pudo citar otros varones eminentes que, sin embargo, fueron Congregantes, por ser muy difícil un trabajo completo de esta índole. El P. Delplace, en su excelente y juicioso trabajo, menciona algunos personajes que fueron modelos de santidad en las Congregaciones; pero basta leer el capítulo en que trata de esta materia [2], para convencerse de que tan respetable escritor no se propuso hacer investigaciones acerca de los santos, ó varones ilustres que florecieron en aquellas, sino presentar únicamente á algunos Congregantes como tipos ejemplares de perfeccion.

---

[1] *Historia ms. de la Provincia de Aragon.* Tomo II.

[2] *Histoire des Congregations de la Sainte Vièrge*, par le Père L. Delplace, S. J. 1874.—Lib. II, Chap. VII, pag. 116.

Afirman que S. Pedro Claver fué Congregante varios escritores, entre ellos el P. Carayon, que en varios trabajos históricos tiene demostrada su competencia en este género de estudios. He aquí sus palabras, en la edicion y complemento de la obrita del P. Crasset: «Dejemos á un »lado los nombres de los Papas, Cardenales, Obispos y »Príncipes; de celebridades como Bossuet, Fenelon, Condé, »Turena, Villars, de Montmorency, etc. Limitémonos á ci»tar los nombres de los que la Iglesia ha puesto en el núme»ro de los santos, como Carlos Borromeo, Francisco de Sa»les, Estanislao de Kostka, Camilo de Lelis, Luis de Gonza»ga, Francisco de Regis, Francisco de Jerónimo, Francisco »Solano, Fidel de Sigmaringen, Alfonso de Ligori; los Bie»naventurados Leonardo de Puerto Mauricio, *Pedro Cla»ver*, Juan de Brito, Andres Bobola, Juan Bautista Rossi »y el venerable Berchmans cuya próxima beatificacion se »espera [1]. Todos estos Santos y Bienaventurados, al subir »al cielo, pudieron mostrar á la Reina de la gloria sus di»plomas de Congregantes [2].» Un antiguo *Manual del Congregante*, que vió el distinguido é infatigable escritor P. José M. Cros, S. J., contiene el mismo dato acerca de S. Pedro Claver. Hay, pues, en esta materia, razones para afirmar y negar; más poderosas, tal vez, las primeras, que las segundas.

La opinion afirmativa tiene tambien en su apoyo una consideracion de no escaso valor, es á saber, que pertenecian en siglos pasados á las Congregaciones de la Compañia (como sucede aún en nuestros Colegios) los alumnos más aventajados en virtud y ciencia, cualidades que concurrian en alto grado en Pedro Claver, estudiante de Filosofia en el Colegio de Belen, devotísimo de la Vírgen, y

---

[1] El P. Carayon escribia en 1863.

[2] *Histoire abrégé des Congrégations des Très-Sainte Vierge*, publiée par le P. A. Carayon de la Compagnie de Jesus. 1863.—Chap. VII, pag. 200.

amado con singular benevolencia por los Superiores de dicho Colegio. Un documento que hasta ahora no se ha podido hallar, y del cual no sabemos si se conserva en algun archivo, resolveria por sí solo todo el problema: aludimos al *Libro de la Congregacion de los estudiantes* del antiguo Colegio de Belen, que en el año 1611 contaba ya 357 folios [1], manuscrito en que parece debia estar todo muy especificado. En tanto que no aparezca este libro, ó no se halle algun otro documento análogo, falta la prueba terminante y decisiva para poder afirmar que S. Pedro Claver perteneció á la antigua Congregacion de la Santísima Vírgen, en Barcelona [2].

---

[1] *Mss. de la Provincia de Aragon.*

[2] Actualmente se hallan establecidas dos Congregaciones de «la Inmaculada y S. Luis» en el Colegio del Sagrado Corazon, de Barcelona, para los alumnos; y otra del mismo título para los Estudiantes de la Universidad y Jóvenes del Comercio, en la Iglesia del Sagrado Corazon, calle de Caspe.

NÚM. V

D. JUAN TERÉS, ARZOBISPO DE TARRAGONA Y VIREY DE CATALUÑA

(Pág. 32.)

Este docto y celoso Prelado, varon ilustre del siglo XVI, nació en Verdú, de padres piadosos pero sin bienes de fortuna, el 29 de Setiembre de 1538 [1].

Discípulo de la Compañía de Jesus en el Colegio de Valencia; cursó allí filosofía y teología, siendo su maestro en esta última facultad, el P. Andrés Capilla [2].

Por muerte del Cardenal D. Gaspar de Cervantes, de quien era Terés Obispo auxiliar con el título de Obispo de Marruecos; fué primeramente Obispo de Elna, en el Condado de Rosellon, que pertenecia entonces á España; más tarde Obispo de Tortosa, en cuyo tiempo consagró la Iglesia Parroquial de Verdú [3], y despues Arzobispo de Tarragona. Mereció la confianza del gran monarca Felipe II. Nombrado por Felipe III, Virey de Cataluña, juró su cargo en la Catedral de Barcelona el 17 de Abril de 1602; falleciendo, en la capital del Principado, el 10 de Julio de 1603. Sus restos mortales conducidos dos dias despues á Tarragona, con una escolta de veinte Galeras de Génova,

---

[1] Archivo Parroquial «Manual dels batejats del any 1531 fins en lo any 1548.»

[2] *Historia de la Provincia de Aragon.*—Tomo II.

[3] La lápida que commemora la consagracion de la Iglesia Parroquial se halla detrás del altar de S. Ramon Nonato.

están sepultados en el magnífico mausoleo de las capillas de S. Juan y S. Fructuoso de la Catedral de Tarragona.

El Arzobispo Virey era de estatura más que mediana, de penetrante mirada, rostro enjuto, nariz aguileña, y aspecto grave, segun indican dos retratos suyos que se conservan en Tarragona, y otro que se guarda en la sacristía de la Parroquial de Verdú, restaurado por el H. Martin Coronas, S. J. en 1886.

D. Juan Terés tenia profundo conocimiento de los Cánones, y á juicio del Exmo. é Ilmo. Sr. Costa y Borrás y de todos los que han escrito de él, era teólogo consumado [1]. Su voto en materias históricas valia, en sentir de Diago [2], cuanto el del más famoso historiador.

Siendo Virey mostró teson y firmeza de carácter, gobernando con suma prudencia y vigilancia.

Como Prelado, desplegó, vigoroso y ardiente celo por la reforma y observancia de la disciplina eclesiástica, y á él se debe la publicacion del famoso volúmen de las *Constituciones Provinciales Tarraconenses* de 1593. Algunos dan á entender que los Concilios Provinciales celebrados por D. Juan Terés fueron solamente dos: otros ponen cinco, habiendo quizás dado pie á este error, el haber sido prorogado hasta 1592 el Concilio convocado para 1591. Pero el verdadero número de los Concilios por él celebrados es el de cuatro, como escribió el Exmo. é Ilmo. Sr. Costa y Borrás, y se comprueba con toda claridad por medio del Episcopologio Barcinonense del P. Mateo Aymerich, S. J. [3]

Así D. Juan Terés, como su sobrino el Dr. D. Antonio Terés, que despues de haber sido Vicario General de su tio

---

[1] Obras del Exmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. José Domingo Costa y Borrás: *Concilios Tarraconenses*. Tom. I, pág. 31.

[2] Citado en la *Biografía eclesiástica completa*. Tomo 21, págs. 671, 672.

[3] *Archiepiscopologios Tarraconenses*, de' Blanch, Mari, Puig, y Costa y Borrás.—*Nomina et acta Episcoporum Barcinonensium*, Authore Mathæo Aymerich, hispano, e Societate Jesu Theologo, págs. 412-415.

en Elna, Tortosa y Tarragona, entró y murió en la Compañia de Jesus, fueron insignes bienhechores de nuestro Instituto. El Ilmo. Terés puso la primera piedra del Noviciado de Tarragona, donde hizo su entrada en 1602, su paisano S. Pedro Claver, aumentando despues la renta de dicha Casa; y promovió en el Concilio Provincial de 1602 la Beatificacion de nuestro P. S. Ignacio, dirigiendo para este fin á la Santa Sede las *Preces* que todo el Concilio suscribió con él; documento verdaderamente áureo así en el fondo como por su estilo. Siendo Arzobispo y Virey de Cataluña dió, en todas ocasiones, tales muestras de amor á la Compañia, que ésta celebrará siempre en D. Juan Terés á uno de sus más ilustres protectores, ó por mejor decir, á un amante y cariñoso padre.

NÚM. VI

PEREGRINACION DE SAN PEDRO CLAVER Á MONTSERRAT

(Pág. 40.)

Dióse principio á la edificacion de la Casa Noviciado de la Compañía de Jesus en Tarragona, la tarde del 18 de Abril de 1576; pero los religiosos de la Compañía no pudieron trasladarse allí hasta el año de 1584 [1]. El 13 de Mayo de 1596 pasaron allí, desde Zaragoza, los Novicios de la Provincia de Aragon con su Maestro el P. Pedro Yuste que fué tambien el primer Rector de la Casa de Tarragona. En Agosto de 1597 sucedióle en ambos cargos el P. Pedro del Villar. Hasta aquí llegan los datos de la historia manuscrita de la Provincia de Aragon.

Lo que corresponde al tiempo en que hizo su Noviciado S. Pedro Claver, se hallaria en la historia particular del Colegio de Tarragona si se pudiera dar con ella en algun archivo. Sin embargo, la historia de la Provincia, refiere en el año 1599, algunos hechos enteramente aplicables á S. Pedro Claver. «Salen, dice, los Novicios por las villas »de la comarca, distantes á una legua y más, á enseñar la »doctrina cristiana, y en ellas se cuenta algun *ejemplo* de »que se suele seguir grande fruto.» Es, pues, cosa cierta que S. Pedro Claver, durante su noviciado, hizo lo mismo en los alrededores de Tarragona.

---

[1] Hoy día es *cuartel*, de condiciones poco ventajosas para la tropa.

Acerca de las peregrinaciones de los Novicios de la Provincia de Aragon, léese lo siguiente: «Despues que la Pro»bacion está en Tarragona, todos los ejercicios de ella van »con mucha puntualidad, particularmente las peregrina»ciones; saliendo por el otoño gran número de Novicios, »de dos en dos, á diversas casas de devocion, experimen»tando en ellas la Providencia de nuestro Señor, y dando »prueba de su grande constancia; que jamás se ha ido No»vicio de la Religion, pudiéndolo hacer tan á su salvo. »Porque casi todos salen dos veces á peregrinar, y van »Novicios con Novicios, muchas veces recien admitidos.»

Esto indica claramente que la peregrinacion del Hermano Pedro Claver á Montserrat se verificó en la estacion de otoño del año 1603, segun nota recibida de aquel insigne Monasterio, en la cual se añade, que estuvo allí tres dias, y visitó en uno de ellos las ermitas [1]. No se olvide que S. Pedro Claver peregrinó á Montserrat en 1603, siendo novicio, para no creer, como algunos pensaron, que la ida á Montserrat del glorioso Apóstol de los Negros fué inmediatamente antes de embarcarse para América. Si al emprender el Santo este viaje, visitó ó no

---

[1] Certificacion que daba el Rmo. P. Abad del Real Monasterio de Monserrat á los Hermanos Novicios de la Compañía de Jesús, de la Provincia de Aragon, cuando se despedian del Santuario para terminar su peregrinacion:

«Nos Fr. N. N. Dei gratia humilis Abbas regii Monasterii Bmae Ma»riae de Monte serrato Ordinis Divi Patris Nostri Benedicti de obser»vantia praesentis Cathaloniae Principatus, Bibliotecarius major suae »regiae Majestatis in regnis et Corona Aragonum etc. etc.

»Attestamur per praesentes et fidem facimus, dilectos in Christo Fra»tres N. N. supra scriptos, ad Nos dictumque nostrum regium Monaste»rium peregrinationis causa, ex injuncto obedientiae praecepto de spe»ciali instituto devenisse, retro scriptasque litteras presentasse, debitam»que obedientiam praestasse, atque a nobis paterna charitate, ut mos »est, susceptosque esse, et ad novitiatus nostri domum remississe, ut ibi »a reverendo Patre Magistro novitiorum salutarem admonitionem et »disciplinam circa Dei praecepta observanda audirent; omnibusque im»pletis, ad sacrae Poenitentiae, Eucharistiaeque Sacramenta recipienda »accessisse, et ad Tarraconensem suae religionis domum remeasse. In »quorum fidem etc.» (Archivo del Real Monasterio de Montserrat.)

segunda vez á Montserrat, no consta; y en caso de haberlo hecho, habria de señalarse á este suceso la fecha de 1610; pues en Abril de este año, el Hermano Pedro Claver que era aún estudiante de teología partió de Barcelona para Sevilla.

La visita que nuestro Pedro hizo á Monserrat, desde el Noviciado de Tarragona, dejó en su bendita alma indeleble recuerdo; pues cuando en su venerable ancianidad recordaba en América aquella su peregrinacion, derramaba dulces lágrimas y se complacia en la memoria de su ida al célebre Monasterio. Dato, en verdad importante, para los gloriosos anales de aquel celebérrimo santuario, ilustrado con la presencia de tantos siervos de Dios, que allí recibieron de la Reina del Cielo vigoroso aliento y encendido fervor para dar cima á memorables empresas en bien de las almas, en alabanza de la Vírgen Santísima y á mayor gloria divina.

NÚM. VII

SAN PEDRO CLAVER EN GERONA. — INDICACIONES ACERCA DE LOS ANTIGUOS ESTUDIOS DEL COLEGIO DE PALMA DE MALLORCA. —VERDADERA RELACION DE LO QUE ACONTECIÓ ANTES DE EMBARCARSE EL SANTO.—EN QUÉ PUNTO DE BARCELONA TUVO SAN PEDRO CLAVER UN ARROBAMIENTO. — FIESTAS DE BARCELONA POR LA BEATIFICACION DE SAN IGNACIO.

(Notas de las págs. 43, 44 y 79.)

El Seminario de Letras humanas de la Provincia de Aragon, de la Compañia de Jesus, fundólo el Padre Provincial Antonio Ibáñez en el Colegio de Gandia, siendo el P. Juan Sanz el primer maestro de Latin y Retórica, y el P. Martin Valdeperas el primer profesor de lengua Griega. En Setiembre de 1599 fué trasladado dicho Seminario de Gandia al edificio poco antes cedido á la Compañia en la ciudad de Gerona, á instancias del Ilustrísimo Sr. Obispo D. Benito Toco y de los Jurados de la ciudad, y sobre todo por el celo y diligencia del Arcediano D. Jaime Agullana, ilustre bienhechor de nuestro Instituto. Comenzaron allí las clases de latinidad el 19 de Octubre de 1599, siendo uno de los primeros maestros el insigne humanista P. Andrés Moragues; y el 2 de Noviembre del mismo año, el reputado helenista P. Gabriel Alvarez, dió principio á la clase de Retórica y Griego [1].

[1] *Historia ms. de la Provincia de Aragon.* Tomo II.

Un año solamente estuvo el H. Pedro Claver en Gerona. Breve tiempo, en verdad, para que pudiera formarse tan excelente humanista y retórico, como fué, si en el siglo no hubiera cursado letras con perfeccion. Y así no se dedicó el santo, en el tiempo que permaneció en Gerona, á estudiar cosas nuevas, como algunos biógrafos pensaron [1], sino á repasar materias antiguas, aprendidas antes con esmero, y á perfeccionarse en la lengua griega [2].

De Gerona pasó el Hermano Claver á Palma de Mallorca, á donde llegó el 11 de Noviembre de 1605 para cursar Filosofía (Artes) en el Colegio de Montesion [3]; por lo cual diremos aquí, brevemente, cuando y cómo se comenzó á enseñar allí dicha Facultad. Los primeros Padres de la Compañia, llegados á Mallorca el 24 de Agosto del mismo año, empezaron á habitar unas casas contiguas á la Capilla de Nuestra Señora de Montesion en Setiembre de 1561, siendo Provincial de Aragon el P. Antonio Cordeses [4] que tuvo la dicha de admitir en la Compañía á san Alonso Rodriguez, en Valencia. El P. Matias Borrasá fué el primer religioso de nuestro Instituto, que en Mallorca enseñó Filosofía; y esto hizo en la Universidad ó *Estudio general* de Palma, porque los Padres no tenian, en la reducida estancia de Montesion, clase ni aula acomodada. Empezó el curso el año 1562, terminando en 1565. Otra leccion de Gramática ni Teologia no se leyó en estos tres años; pero durante el Rectorado del P. Bartolomé Coc (1568 á 1573) se ensanchó un tanto el Colegio, instalándose en él tres clases de Gramática. El P. Matias Borra-

---

[1] P. Fernandez, *Vida*, pág. 34.

[2] En el antiguo Colegio de la Compañía de Jesus, de Gerona, hay ahora Seminario, Cárcel y parte del Cuartel.

[3] Actualmente es Instituto oficial de Segunda Enseñanza: hay tambien en el mismo local otras escuelas.

[4] *Historia ms. del Colegio de Montesion.* Véanse las *Obras espirituales del Beato Alonso Rodriguez* por el P. Jaime Nonell.—Barcelona, 1883.—Tomo I, nota A.

sá (1573 á 1576) fué quien obtuvo del P. General Everardo Mercuriano autorización para poner enseñanza de Filosofia en el Colegio. Empezó el primer curso en Setiembre de 1575, siguiendo sin interrupcion las lecciones de Filosofia hasta el tiempo en que llegó á Mallorca S. Pedro Claver, para oirla del P. Blas Bailo, quien daba principio en 1605 á un nuevo curso de ella.

Rector del Colegio de Montesion era entonces el P. Gabriel Alvarez; sucediéndole en Enero de 1606, como Vice-Rector, el P. Juan Torrens, hasta el año 1607 en que le fué dado al mismo P. Torrens el título de Rector. Éralo todavía, cuando el Hermano Pedro Claver, que en Mallorca había aprovechado en espíritu al lado de S. Alonso Rodriguez, tanto ó más que en Filosofia con el P. Blas Bailo su maestro, aunque salió discípulo aventajado en esta facultad [1]; recibió en 1608 la orden de partir con su profesor, el P. Pedro Planes, y varios de sus condiscípulos á Barcelona.

Importa dar cuenta de lo que sucedió, estando todos á punto de embarcarse; pues un biógrafo de S. Pedro Claver, refiere el hecho de una manera que redunda en alabanza del Santo, pero dice muy poco en favor de la obediencia de los demás que en su compañia tenian que hacer el viaje á Barcelona. Hé aquí el caso.—Llegados los expedicionarios al puerto de Sóller donde estaba la nave que habia de conducirlos á la Península, halláronla tan mal segura y tan poco pertrechada, que los PP. Bailo y Planes (de los cuales uno era Superior de la expedicion), no creyeron prudente exponerse en aquella embarcacion, ni exponer á los Hermanos estudiantes á los peligros del mar y de los corsarios Argelinos. Y así, dejaron libres á los Hermanos para embarcarse en aquella nave, ó volver á Palma á esperar navegacion mas segura. Optaron por lo primero los

[1] Pág. 70.

Hermanos Pedro Claver y Juan Humanes con tres novicios recien admitidos en la Compañia llamados Juan Ballester, Antonio Gual y Pedro Juan Ponz, y fué Dios nuestro Señor servido que tuviesen feliz viaje, y llegasen dentro de pocos dias al puerto de Salou, cerca de Tarragona. Los demás volvieron á Palma, en cuyo puerto se embarcaron el 7 de Diciembre del mismo 1608, cayendo en poder del corsario francés Simon Danzer, puesto á servicio del Turco para correr el Mediterráneo, el cual los condujo cautivos á Argel [1]. No fué, por tanto, S. Pedro Claver el más animoso, y el único que se embarcó, pues con él partieron otros cuatro; ni fueron menos obedientes los que entonces no partieron y despues fueron apresados, toda vez que permanecieron con los Padres Blas Bailo y Pedro Planes, que habian dado libertad para emprender

---

[1] Así refiere el suceso el P. Jaime Nonell, S. J., en la *Vida de San Alonso Rodriguez* (cap. XXXVII, pág. 410), libro cuya lectura recomendamos con empeño á todos los que deseen conocer á fondo á tan ilustre Santo, una de las mayores glorias de la antigua España.

El P. Fernandez especifica menos el caso, pero en el fondo no difiere dicho autor, del P. Nonell: «Avia, dice, una embarcacion para »Barcelona, despreciada de su Maestro de Artes y de los otros sus con»discípulos, por desprevenida y peligrosa. La umildad de el P. Claver »la tuvo por bastante para sí, pertrechada de su confianza en Dios: en »ella llegó con próspero viaje á Barcelona: los otros que eran once »con el Maestro, en nave bien guarnecida y artillada fueron infeliz pre»sa de los Moros que los llevaron á Argel cautivos» (Pág. 63). Este relato no pone en tela de juicio la *obediencia* de los que no se embarcaron, como sucede en la relacion del biógrafo á quien más arriba aludimos. Hé aquí sus palabras: «Pagado el flete de la nave que habia de conducirlos, la vieron tan mal pertrechada, que los otros once, atemorizados, se resistieron á entrar en ella. Solo Claver, el más animoso *ó el más obediente de todos*, puso el pie en ella, lleno de confianza en aquella Providencia á quien solamente obedecen mares y vientos. ¿Y qué sucedió? Que, *ó fuese mérito de su obediencia*, ó premio de su gran confianza, él solo al cabo de una breve y feliz navegacion arribó á Barcelona, mientras que á los once compañeros, embarcados en otra nave mejor montada y provista, asaltaron en el camino los corsarios y los condenaron á mísera esclavitud.»

La *Historia ms. del Colegio de Montesion*, y los biógrafos del P. Jerónimo Lopez, uno de los que cayeron cautivos, no permiten dudas acerca de la *obediencia* de estos, en la ocasion referida. Mayor confianza en S. Pedro Claver y sus compañeros, la reconocemos.

el viaje, ó volver con ellos á Palma donde estaba el Padre Rector. Los peligros que ofrecia el mar, aconsejaban con frecuencia la suspension de viajes, hasta ofrecerse más favorable coyuntura.

A Barcelona llegó el H. Pedro Claver para dar principio á la Teologia en el Colegio de Belen, donde los de la Compañia tenian leccion particular de ella, desde el año 1597; aprendiéndola los alumnos externos, desde fecha muy anterior, en el aula general. Era, á la sazon, Rector de dicho Colegio el P. Lorenzo de S. Juan, nombrado en 12 de Junio de 1607; pues aunque poco despues fué Vice-Rector el P. Pedro Gil, con motivo del viaje á Roma del P. Lorenzo de S. Juan; habiendo éste regresado á 13 Junio de 1608, continuó en su rectorado hasta Junio de 1610.—Provincial de Aragon éralo el P. José de Villegas.

Durante el tiempo que S. Pedro Claver estudió Teologia en la capital del Principado, que fué desde Noviembre de 1608 hasta fines de Enero del año 1610; dos cosas sucedieron dignas de particular memoria, de las que importa tratar en este apéndice. Fué la primera, que pasando nuestro santo con otro de la Compañia por el lugar donde muchos años antes fué apaleado N. P. S. Ignacio, y señalando el compañero á S. Pedro Claver el sitio donde habia ocurrido el hecho; quedó nuestro Pedro, arrobado por largo rato, como se refiere en su Vida [1]. Con este motivo, preguntamos ¿en qué parte de Barcelona acaecieron el atropello sufrido por S. Ignacio, y el arrobamiento de san Pedro Claver?

Por haber sucedido el primero de estos hechos, á causa de la reformacion espiritual que S. Ignacio llevó á cabo en el *Convento de Nuestra Señora de los Angeles*, podria creerse que el atentado, contra él cometido, ocurrió cerca del Convento de Nuestra Señora de los Angeles, situado en

[1] Pág. 79.

la calle del mismo nombre, y á poca distancia de la «Iglesia del Buen Suceso.» Sin embargo, el Convento de Nuestra Señora de los Angeles hallábase establecido, en tiempo de S. Ignacio (1524 á 1526), fuera de las murallas de la ciudad, en el camino que iba de Barcelona á Mataró, hácia el punto denominado *La Llacuna*. En el trayecto que mediaba entre dicho Convento antiguo, y el Portal llamado de S. Daniel (ó de Perpiñan); fué donde dos moros dieron de palos y dejaron en lastimoso estado á N. P. S. Ignacio y á su compañero Moseu Pujol. Así se deduce claramente de lo que escribe el P. Gabriel Alvarez en la *Historia* manuscrita *de la Provincia de Aragon;* porque si bien el P. Fluviá, en la *Vida de S. Ignacio*, dice que el atentado fué *en la puerta de S. Daniel,* el P. Alvarez refiere haber acontecido el lance «*entre* el monasterio dicho, y el portal de S. Daniel;» cosa en verdad indudable, si se atiende á que unos molineros compadecidos del estado en que hallaron á S. Ignacio, lleváronle á caballo «*hasta* el portal de S. Daniel,» «y de allí á muy poco, en la misma cabalgadura, á casa de Ines Pascual,» conforme expresa el mismo historiador.

El espacio que mediaba entre el referido Convento de Nuestra Señora de los Angeles y la puerta de S. Daniel está comprendido ahora en el *Ensanche de Barcelona*; formando el punto medio, en línea vertical, las calles de *Llull* y de *Etna*, y en sentido horizontal las del *2 de Mayo* y de *La Independencia*. Esto sentado, como parece más natural que los agresores escogieran para su intento, no el camino más vecino á la puerta de S. Daniel, que era una de las entradas de Barcelona, abierta en la muralla del segundo recinto, sino un punto más cercano al Convento, por ser allí el lugar más solitario y apropósito para sus designios; creemos que el sitio en que fué herido S. Ignacio y donde setenta y siete años despues quedó en arrobamiento S. Pedro Claver, es el terreno determinado

en línea vertical por la *calle de Cataluña*, y en sentido horizontal por la de *Wad-Ras* [1].

El otro suceso ocurrido en la Capital del Principado, la vez segunda que estuvo en ella S. Pedro Claver, cuyo recuerdo quedó profundamente grabado en su corazon fueron las fiestas celebradas por la Beatificacion de N. P. S. Ignacio de Loyola. ¿Cómo no habian de ser magníficos tales festejos, en una ciudad que seis años antes habia lla-

---

[1] Así resulta del minucioso exámen verificado para ilustrar, cuanto fuese posible, aquel episodio de la Vida de N. P. S. Ignacio, tan íntimamente relacionado con la vida de S. Pedro Claver.

En efecto, al trasladarse las Beatas Dominicas de la Villa de Caldas de Mombuy á Barcelona, en el año 1497, fecha en que trocaron su primer estado por el de Religiosas del velo negro de la Orden de Santo Domingo; les fué concedida la antigua Capilla de Nuestra Señora de los Angeles, fuera de la muralla de Barcelona, permaneciendo allí hasta el 19 de Marzo de 1562 en que se trasladaron á su actual morada.

La situacion del primer convento era segun consta por el archivo de aquella santa Casa, *«fora las murallas de esta ciutat de Barcelona y del portal dit de S. Daniel, en lo camí que va de la Ciutat á la Riera ó lloch dit la Llacuna y á la Vila de Mataró, ahont ya se trobaba edificada una Capella baix lo títol de Nra Sra dels Angels.»*

El *Portal de S. Daniel* fué derribado en 1716 para la ereccion de la Ciudadela, y caia al *Noroeste* de la plaza de armas, la cual ha de ser derribada, pues su extension corresponde al *Parque* de Barcelona.

La *Llacuna* es una acequia que daba nombre á los terrenos anexos á la misma, y que sigue el curso marcado todavia en el plano de Barcelona, por Sardá, año 1877. El punto de arranque de dicha acequia, ahora cubierto, está en el *Clot*, en la *Calle de S. Juan*.

Tomando otras designaciones más exactas quizás, y aun necesarias para conocer bien el asunto, atendida la completa transformacion que el Ensanche de Barcelona ha causado en los alrededores de la capital; diremos que el antiguo convento de Nuestra Señora de los Angeles *lindaba con el camino de Mataró*, y existia entre el *Fuerte Pio* (cuyo radio corresponde en la actualidad á la *Calle de Marina*) y el *muladar* ó *Cañet* que desapareció al ser construida allí la fabrica del Sr. Bonaplata.

La distancia entre la antigua situacion del Convento, y la plaza de armas de la Ciudadela, es de unos dos kilómetros. En este intermedio es donde S. Pedro Claver quedó arrobado.

(Archivo del Convento de los Angeles.—*Barcelona antigua y moderna* por D. Andres Avelino Pi y Arimon, tomo I, pág. 522. —*Vida de S. Ignacio de Loyola* por el P. Francisco Javier Fluviá, tomo I, lib. II, cap. II.—*Historia ms. de la Provincia de Aragon*, por el P. Gabriel Alvarez, tomo I, lib. I, cap. 12.—*Plano de Barcelona*, por Sardá. 1887.—Plano actual.—Datos particulares de D. Cayetano Cornet y Mas. —Noticias de D. Emilio Colomer y Ginestá.)

mado á nuestro santo Fundador, «una de las principales glorias del Principado»? Por este motivo vamos á transcribir una breve pero expresiva relacion de las fiestas de Barcelona, á las que el Santo Patriarca puso el sello, obrando algunas prodigios que acrecentaron en el ánimo de los fieles la gran devocion que le tenian. El autor del relato parece haber sido testigo ocular de lo que refiere, ó escribió poco tiempo despues de los sucesos: «Fué, dice, este año (de 1609) felicíssimo con la desseada nueva de la Beatificacion de nr̃o B. P. q^e alegró toda la Ciudad, y todo este Principado. Mandó el Vicario Gral q^e en todas las Parroquias se publicasse la plenidad de la fiesta, y sin esto se publicó tambien por toda la Ciudad á son de atabales y trompetas: Quando en nr̃a Casa se tocó la campana, respondieron todas las Iglesias de la Ciudad; y en toda ella, de noche se hizieron muy grandes y extraordinarias luminarias. El Sr. D. Juan de Moncada, hermano del Marques de Aytona, y poco despues Obpo desta Ciudad, emprendió el adorno de nr̃a Iglesia, (q^e con la riqueza de tapicerias, muchedumbre de luzes, variedad de cosas preciosas, y buena disposicion parecia un cielo); á donde acudió infinidad de gente. Predicó un P^e de Sto. Domingo, con aplauso universal de todos: honraron despues la mesa el Sr. Virrey D. Juan de Moncada, muchos Canónigos, todos los Superiores de las Religiones, y catorze Religiosos de Sto. Domingo, que se entretuvieron buen rato en mirar las muchas y varias poesias q^e se pusieron en público para gloria de nr̃o Sto.»

«Tambien se levantó un altar en la casa en q^e el Sto. avia habitado, quando aquí aprendió la Gramática; y en aquel se puso la imágen de un Crucifixo, ante la cual el Sto. avia tenido muchas veces su oracion [1]. Y sucedió que

[1] Dicha casa que era la de Inés Pascual dió nombre á la *Calle*, llamada aún ahora, de *S. Ignacio*. La nueva casa que se levantó años atrás en su lugar, es la que hace esquina á la *Calle de la Princesa*, y está señalada con el número 7. (P. Fita.—*La santa Cueva de Manresa*, pág. 15.)

atendiendo un hombre en fixar unas colgaduras para el adereço del altar, cayó la escalera, q" estribava en una mesilla, y el hombre tuvo tiempo de aferrarse con un palo de q" estuvo colgado en el ayre sin aver allí otro q" le ayudasse: invocó al Sto. y luego advirtió q" la escalera vino de la misma suerte q" antes, estribando en la mesilla y arrimada á la pared.»

«Una Señora principal acostumbrava padecer rezios dolores de cabeza, de q" se halló mas apretada quando quiso venir á visitar n"o Sto. en n"a Iglesia, y luego que entró á ella, se sintió aliviada de aquel grave dolor. Otra Señora gravemente enferma invocó al Sto. y luego milagrosamente a juyzio del Médico cobró la desseada salud.»

«Un hombre de vida rota, y siniestras intenciones, vino a las primeras vísperas de la fiesta; y assí como puso los pies en la Iglesia, sintió una luz del cielo más q" grande, y en su coraçon endurecido un movimiento de Dios, q" le llamava á otra vida mejor: passó toda la noche desvelado haziendo examen de su consciencia, y luego por la mañana hizo una confession con tantas lágrimas, q" fueron buen testimonio de la misericordia, q" avia recibido de Dios por intercesion del Santo [1].»

Tales fueron las demostraciones de júbilo en Barcelona al ser beatificado N. P. S. Ignacio, y los favores por él otorgados en aquellos dias. ¿Cómo no habia de recordar S. Pedro Claver, con dulcísimo afecto, unos festejos en los que habian tomado parte toda la Ciudad, el Virey, el Clero, las Ordenes religiosas y todos los ciudadanos? ¿Qué mucho que S. Pedro Claver conservara, con tal ocasion, dulce memoria de Europa; habiendo sido tan extraordinarias las fiestas de Beatificacion de Nuestro Santo Padre, en España, Italia, Francia, Portugal, Flandes, Alemania, Polonia, y sobre todo en Roma [2]?

---

[1] Ms. de la Provincia de Aragon.
[2] P. Fluviá, Tom. I, pág. 415.

NÚM. VIII

LOS NEGROS. — SU ESCLAVITUD. — TRATA DE NEGROS EN TIEMPO DE SAN PEDRO CLAVER.—EUROPA CON RELACION Á LOS NEGROS. — TRATO DADO Á ÉSTOS EN LAS COLONIAS EUROPEAS.—LEGISLACION ESPAÑOLA. – INFLUENCIA DE LA IGLESIA CATÓLICA EN LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

(Págs. 104 y 314.)

No siendo posible, en los estrechos límites de un apéndice, tratar con la debida extension las graves y múltiples cuestiones que envuelve la esclavitud de los Negros; indicaremos solamente algunas ideas y hechos, suficientes para poder formar juicio exacto acerca de tan importante materia.

La raza *Negra*, llamada tambien *Africana* y *Etiópica*, vive en el África central, occidental y meridional, y en algunas islas de Oceania. Tienen los Negros aplastada lateralmente la cabeza, la frente estrecha y echada atrás, nariz chata, pómulos muy salientes, mandíbulas grandes y prominentes, incisivos oblícuos, labios muy gruesos, pelo negro, lanoso y ensortijado, barba clara y fuerte, y piel más ó menos negra. A causa del estado salvaje en que viven tienen poco desarrollada su inteligencia; pero no les falta capacidad para adquirir poco á poco la cultura del hombre blanco [1]. «Despues de haber permanecido durante

---

[1] P. José Mendive.—*La Religion Católica vindicada de las imposturas racionalistas*, cap. XXVI.

veintitres años entre los descendientes de Cam, dice Cazalés, y haber procurado serles útil; me siento movido todavia á hacer cuanto pueda en beneficio de una raza, cuyas desgracias han conmovido profundamente mi corazon, y que no obstante su envilecimiento, considero no menos perfecta que la nuestra, bajo el punto de vista de las facultades del alma, del corazon y de la inteligencia [1].» Ciento ochenta millones de hombres que comprende la raza negra viven todavia en las tinieblas de la idolatria; en tanto que las misiones católicas se esfuerzan en penetrar en el interior de África para difundir allí la luz del Evangelio.

Una de las causas principales de esclavitud entre los Negros, eran las guerras, tan bárbaras como frecuentes en sus regiones. Además, los Negros de ciertas partes de Guinea eran reducidos á aquel miserable estado por sentencia de las autoridades ó gefes de ellos, en castigo de delitos graves, y aún levísimos, pues bastaba, no pocas veces, para sufrir castigo tan atroz, que un negro hubiese robado á otro una gallina [2]. Finalmente, sin que los Negros hubiesen cometido culpas leves ó de consideracion, y no por causa de guerra, sino en tiempo de paz, eran arrebatados por otros Negros más poderosos, quienes con la venta de aquellos adquirian de los naturales del pais, pelos de elefante, dientes de pantera y objetos semejantes; ó espejuelos, retazos de paño de varios colores, vidrio y otras chucherias, de los europeos, los cuales no siempre pudieron hacer su comercio á tan bajo cambio, pues en tiempo de S. Pedro Claver, el vino, aceite y otros artículos de comercio [3] constituian el precio de la adquisicion de esclavos.

Lo que por ellos hacia el santo, en su vida queda ex-

---

[1] *El Buen sentido de la Fe*, por el R. P. Caussette, tom. II, cap. XIV.
[2] P. Luis Molina: *De Justitia et Jure*, trac. II, Disp. XXXIV.
[3] P. Molina: *Ibid.* —P. Fernandez, Part. II, cap. 1.

tensamente referido. Amaba S. Pedro Claver á los Negros con cariño de padre y madre; dolíase amargamente de su afligida situacion y más aún de su idolatria. ¡Cómo le llegaban al alma la falta de fé y el triste y lastimoso estado de aquellas pobres gentes! No aguardara S. Pedro Claver á los Negros en el puerto de Cartagena, si le hubiese sido concedido ir al África, para evangelizarles en su propia pátria, áun á costa de su sangre, á semejanza del P. Gonzalo de Silveira y otros insignes misioneros. *¡Ah!* decia suspirando el ilustre apóstol *¡quien se viera en las costas de Guinea, Carabal y Arda, convirtiendo almas de aquellos pobres Negros!* Y no parando en deseos, pidió licencia á los Superiores para llevar el Evangelio á aquellas partes [1]. Pero Dios le quiso en Cartagena, para hacerle «apóstol del mundo, porque el mundo pasaba muestra de naciones en Cartagena [2].» Allí se hizo esclavo de los esclavos, amigo y protector de los pobres Negros, que Europa arrancaba al África para cultivar las plantaciones americanas, y el santo cuidaba de ganar para el cielo, con un heroismo que pone espanto, y con ardiente y maravilloso celo.

Tomando las cosas como estaban, S. Pedro Claver levantó muy alto su pensamiento. Los armadores iban al África para negociar con Negros; pero en manos de Dios, cuya infinita misericordia sabe sacar bien del mal, eran aquellos hombres el medio que facilitaba al celo de los misioneros de América la salvacion de innumerables almas. Desde este punto de vista, S. Pedro Claver hacia oracion por ellos; en este sentido rogábales que pues ellos eran los que iban al Africa «*le truxesen á Cartagena muchos negros que cristianizar* [3].» Este era el único y vehemente deseo del santo apóstol, ser el paño de lágrimas de los esclavos

---

[1] P. Fernandez. Parte IV, cap. 1.
[2] P. Fernandez. Parte II, cap. 1.
[3] P. Fernandez. Parte IV, cap. 1.

que eran vendidos en las costas de África, y librar de eterna condenacion á aquellos infelices cuyo tráfico estaba reconocido, entonces, por el derecho público de Europa, en la manera que vamos á indicar.

Cualesquiera que sean los indicios acerca del comercio de Negros por los europeos, en otros siglos [1]; cuando este aparece claramente establecido y cobrando rápido incremento, es en el siglo XV entre los portugueses. Años despues, con motivo del descubrimiento de las Américas, suena el nombre de España con relacion á los Negros. Pero digamos lo que es verdad: si Las Casas, el exagerado acusador de los españoles [2], no sugirió directamente el tráfico de Negros, lo cual no tenemos inconveniente en admitir; es cosa cierta que influyó mucho en la trata su proposicion de que se permitiese á los colonos de las Antillas introducir Negros, ya que el trabajo era menos mortífero para éstos que para los Indios. Pero en aquel tiempo habia en España una gran figura, un hombre en quien el verdadero carácter español brilla con toda su integridad y alteza de pensamientos, el Cardenal Gimenez de Cisneros. ¿Qué hizo Cisneros, cuando, en 1517 se le ofreció la propuesta de llevar esclavos á la isla de Santo Domingo? La rechazó, y durante su Regencia el tráfico negrero quedó prohibido. Estaba reservado á los flamencos, á La-Brusse, favorito de Cárlos V, alcanzar del Emperador el privilegio de poder introducir en Santo Domingo cuatro mil Negros de Guinea, privilegio que La-Brusse vendió poco despues á los Genoveses. A todo esto, el mercado de Negros fué haciéndose cada dia menos odioso en Europa. En 1532 volvió á España el privilegio de concesion, pero en 1542 Carlos V prohibió dicho tráfico que ya se disputaban

---

[1] Zúñiga: *Anales de Sevilla*, pág. 373, 374.

[2] Acerca de las acusaciones de Las Casas, es digno de ser leido lo que trae Feller en su *Biographie universelle*. Letra C.

rabiosamente portugueses y holandeses, los cuales tuvieron bien pronto por rivales á los ingleses, estimulados por el ejemplo de la reina Isabel, y de los reyes Jacobo I, Cárlos I, y de los principales cortesanos, que se apresuraron á tomar acciones entre los empresarios. En 1580 fueron de nuevo los Genoveses los que alcanzaron de España la concesion del referido comercio. En 1595 se celebró en Madrid el contrato estipulado por nueve años á favor del portugués Gómez Reinel, y á aquel siguieron otros contratos, en favor de los portugueses, hasta la independencia de Portugal (1640). A los portugueses reemplazaron los holandeses é ingleses. Felipe V concedió el monopolio á los franceses por doce años (1701 á 1713); pero Inglaterra en las proposiciones de la paz de Utrecht (1713) lo pidió por treinta años. Con este tratado pasó á favor de los ingleses la «merced del asiento» que era el privilegio exclusivo de trasladar Negros á las colonias españolas. En realidad, desde 1562 en que Hawkings hizo el primer cargamento de Negros, hasta 1789 en que se trató de abolir el tráfico; Inglaterra no cesó de practicarlo, y no obstante lo mucho que en dicho año 1789 se hablaba en Inglaterra contra la trata; los buques del reino británico sacaron del África 38,000 Negros. A principios de este siglo, fué cuando tomó incremento la idea de la abolicion, en la que varios ingleses habian trabajado antes con ardor, pero sin resultado; y en Inglaterra tambien, se instituyó en 1839 una Sociedad para extinguir la trata de Negros y civilizar el África, gastando en tan noble intento muchos millones. Hacemos esta confesion en favor de ciertos ingleses con tanto mayor gusto, en cuanto acerca de Inglaterra, escribió César Cantú: «la constante propension de esta nacion á ser la do»minadora de las demás con arte de incomprensible polí»tica, hizo dudar si en esta noble empresa atenderia más á »su engrandecimiento que á la filantropia, y si con el de»recho de visita aspiraba á detener las naves de sus ému-

»los, al mismo tiempo que con la abolicion de la trata, »procuraba asegurar el incremento de sus colonias en la »India, sostenidas, aunque no por Negros, por otro géne»ro de esclavos [1].»

Por lo que toca al número de negros transportados cada año á las colonias; no causa admiracion leer en la vida de nuestro santo, que eran conducidos anualmente diez mil, once mil, ó más esclavos á Cartagena; si se examinan algunas estadísticas de la trata. Por una de ellas consta que en los ciento diez años transcurridos desde 1680 á 1790 se introdujeron en la parte francesa de Santo Domingo, solo por el comercio francés, 1.337,000 Negros. En los mismos años, los introducidos en las colonias inglesas fueron 2.250,000 [2]. En otra estadística se lee que desde 1767 a 1774, doscientos setenta y cuatro buques negreros condujeron desde las costas de Guinea 79,030 esclavos, es decir, más de 11,000 anualmente.

				Francos.
En 1783	se llevaron ó vendieron	9,370	negros por	15.650,000
» 1784	»	25,025	»	43.602,000
» 1785	»	21,762	»	43.634 000
» 1786	»	27,648	»	54.420,000
» 1787	»	30,839	»	60.563,000
» 1788	»	29,506	»	61.936,000

Desde 1789 á 1819 los ingleses llevaron á Cuba 300,000 Negros de los cuales murieron 50,000 en el camino.

El trato que los Negros recibian en las Colonias europeas era más duro en las pertenecientes á las naciones protestantes. Es dato muy curioso y poco conocido, el que se refiere á la gran dificultad que los esclavos holandeses de Surinam tenian para lograr su emancipacion; obstácu-

[1] *Historia Universal.* Epoca XIV, cap. VI.
[2] Datos recibidos del P. Ricardo Cappa.

lo nacido de no poder pagar las anticipaciones de dinero que á largos plazos hacia á los esclavos una compañia holandesa á cuyo frente estaba el Rey. Cuando en Surinam se discutió el asunto de la emancipacion de los Negros estos promovieron algun disturbio; pero se aplicó á los amotinados la ley holandesa: la ley era ¡quemarlos vivos! — Los Ingleses trataban tan horriblemente á los Negros, que no se puede leer sin horror el cuadro que traza César Cantú de los sufrimientos y castigos que aplicaban á aquellos desgraciados; aunque es de creer que algunas de aquellas penas no serian frecuentes.

Entre los Franceses, el tratamiento que los Negros recibian, era generalmente menos duro. Sin embargo, la Ordenanza de 1660, llamada el Código negrero francés, es severísima. Ignoramos hasta qué punto se aplicaron sus disposiciones; solo podemos afirmar que varias de ellas fueron aceptadas por los ingleses.

En donde los Negros lo pasaban menos mal, y relativamente hablando puede decirse que se hallaban bien, era en las colonias de la nacion española, contra la cual ha sido y no sabemos si será siempre moda, declamar de la manera más acerba, y no pocas veces por los que tienen mayores motivos para cerrar sus labios [1]. Observaremos ante todo con el P. Ricardo Cappa, que Cartagena de Colombia, ciudad española que era puerto de arribada de las expediciones negreras portuguesas, no puede tomarse como tipo para juzgar, con acierto, de la conducta de los españoles con los Negros, en las posesiones de Ultramar. La acumulacion de esclavos en depósito, para la exportacion ó envio de los mismos á otras partes, hacia que no se les tomara cariño; pues gran número de Negros estaban allí de

[1] Los que deseen conocer á fondo las cuestiones referentes á España en sus Posesiones de Ultramar, las hallarán tratadas con gran copia de datos y juicioso criterio en la excelente obra del P. Ricardo Cappa: *Estudios críticos acerca de la Dominacion española en América.*

paso solamente, aunque permanecieran en Cartagena por un plazo mayor ó menor segun las circunstancias. De aquí precisamente, que el apostolado de S. Pedro Claver fuese mucho más difícil y penoso de lo que hubiera sido en el caso de tener que evangelizar únicamente á negros de plantaciones; pero la dureza con que los Negros eran tratados en aquel puerto, endulzábala S. Pedro Claver con su asombrosa y heróica caridad; y ya llegados á su destino, eran objeto de un trato mucho más humano por parte de los amos ó colonos [1]. En ello influian las Ordenes Religiosas y la Legislacion española. Dentro del sistema colonial ¿qué nacion ha dado á sus posesiones una legislacion tan prudente y equitativa, y supuesta la severidad de la época, tan suave como España? «La corte de España, responde César Cantú tratando de otra cuestion semejante á la presente, era más pródiga que escasa de decretos, que hubieran necesitado fuerza y voluntad para ser eficaces.» Así dice aquel historiador; pero la historia del Cardenal Cisneros demuestra que España se esforzó en reprimir los abusos y atropellos cometidos por los conquistadores á causa de su codicia; y el relevo de gobernadores que cumplian mal las órdenes de los Soberanos, y los Oidores enviados para reprimir los excesos, muestran que la Corona de España tenia voluntad de que sus disposiciones fueran eficaces. Para desacreditar de una plumada la Legislacion española en los Reinos de Indias, ó los resultados de ella, seria necesario probar que fué cosa constante el carecer de eficacia dicha legislacion. Si hubo gobernadores pésimos, alzáronse enérgicos declamadores y censores, sin contar al apasionado Las Casas, entre los españoles mismos, y tuvo España en América y Asia, Vireyes de gran talento, honradez y piedad, que administraron aquellas colonias como caballeros cristianos y fieles vasallos de

[1] Nota del P. Cappa.

la Corona. Que las Leyes no siempre se guardan. Sea. El dar leyes sabias ¿no demuestra ya gran interés y solicitud por las Indias? Pero ¿evitar tropelías y desmanes de la administracion, en dominios tan remotos, era cosa fácil, cuando dentro de Europa se ha visto en diversos tiempos lo mismo, á pesar de que sin dificultades pudiera remediarse el daño? Digan cuanto quieran los enemigos de España; habia en las colonias españolas un elemento que dejó sentir siempre su poderosa accion en favor de los oprimidos; elemento de que otras colonias carecieron por completo ó tuvieron en menor grado, con harta desventura de los que sufrian vejaciones: estaban allí los religiosos, los cuales trabajaron incesantemente en favor de las almas, é influyeron en la represion de la codicia y tirania.

Por lo que toca á los Negros en particular, la Ley VIII del Título V, Lib. VII, de la Legislacion de Indias, manda «á las Audiencias que oigan y provean justicia á los »Negros que sean tenidos por esclavos, si proclamaren á la »libertad (sic), y provean que por esto no sean maltrata»dos por sus amos.» Las Leyes X y XI del propio título ordenan «mirar por el tratamiento» de los morenos libres que como soldados servian al Rey formando «compañías» y que «se guarden sus preeminencias,» recordando y alabando sus servicios. La Ley XXIII prohibe la mutilacion que sufrian los cimarrones; y la Ley XXIV dispone que «por una vez puedan ser perdonados los que huian de las penas que debian sufrir [1].» Y si de la consideracion de las Leyes pasamos á alegar otros testimonios, el sabio naturalista Godron dirá: «Es cosa bien cierta que los habitantes de la antigua parte española de esta reina de las Antillas (habla de Haiti) son muy superiores á los de la parte francesa, y esta preeminencia debe ser atribuida á las mane-

[1] *Recopilacion de Leyes de los Reinos de Indias.*—Boix, editor. Madrid, 1851.

ras infinitamente más suaves y más paternales de los amos españoles en orden al tratamiento de sus esclavos [1].»

En cuanto al bien espiritual de los Negros en las colonias, ciertos protestantes dejaban á los esclavos sin inculcarles idea alguna de religion: los misioneros católicos se esforzaban en convertirles, y predicaban con firmeza en su defensa. Cuando no podian otra cosa, trataban de mitigar sus padecimientos.

La Iglesia Católica, no se contentó en procurar por medio de sus ministros el socorro espiritual y aun temporal de los Negros. Ella, que desde su institucion atendió al punto á suavizar la suerte de los esclavos, y exhortó á manumitirlos, no cesando jamás de levantar la voz en su favor y socorro [2]; hizo tambien cuanto pudo en bien de los Africanos. El Papa Pio II publicó en 7 de Octubre de 1462 un Breve contra los portugueses que hacian esclavos á los neófitos de Guinea. Antes de que asomaran en Europa los negrófilos y la *filantropia*, Paulo III defendió la libertad de los Indios y de los Negros. Urbano VIII, en 22 de Abril de 1639 prohibió el privar á los Negros de su libertad, y separarlos de su patria, de su mujer y de sus hijos. Benedicto XIV en 20 de Diciembre de 1741 repitió lo mismo á los Obispos del Brasil para enseñanza de sus diocesanos. Pio VII interpuso con celo su mediacion y sus buenos oficios con los hombres poderosos para hacer que cesase enteramente el tráfico de Negros entre los cristianos. Y Gregorio XVI en sus Letras de 3 de Diciembre de 1839: *In supremo apostolatus*, condenó como *ilícito y absolutamente indigno del nombre cristiano* el mencionado comercio de Negros, mandando que *ninguna persona, ni láica, ni eclesiástica, se atreva á defenderlo como lícito bajo nin-*

---

[1] Citado por el P. Mendive.

[2] Balmes.—*Protestantismo comparado con el Catolicismo*, tomo I, cap. 15 hasta el 19.

gun pretexto ó color, ni en público ni en privado. «En estas Letras, (las de Gregorio XVI y de sus Predecesores) se encontrará ya enseñado y definido, dice Balmes, todo cuanto se ha dicho y decirse pueda, en este punto, en favor de la humanidad; en ellas se encontrará reprendido, condenado y castigado lo que la civilizacion europea se ha resuelto al fin á condenar y castigar... El Catolicismo, pues, ha cumplido perfectamente su mision de paz y de amor, quebrantando sin injusticias ni catástrofes las cadenas en que gemia una parte del humano linaje [1].»

---

[1] Balmes, tomo I, nota 15.

NÚM. IX

RETRATOS ANTIGUOS DE SAN PEDRO CLAVER.—ROBO DEL RELICARIO DE VERDÚ, EN LA GUERRA DE FELIPE V CON EL ARCHIDUQUE DE AUSTRIA.—RELIQUIAS ACTUALES.

(Págs. 436 y 473.)

En cierta nota que tiene al dorso una fotografía del retrato de S. Pedro Claver, del Colegio de Cartagena, dícese que está tomada «de un cuadro al óleo pintado á vista del cadáver» del Santo. Como los sucesos acaecidos despues de su muerte, ponen de manifiesto que entonces no hubo oportunidad ni sosiego para poderle retratrar[1]; tenemos por más exacto decir, que el antiguo cuadro, de Cartagena, será copia del que sacaron dos pintores estando ya el Santo en la agonía, pero en circunstancias tales que permitían dibujarle perfectamente [2]. Que así se hiciera, no podemos asegurarlo; pues lo fuerte del colorido, y la dureza de las líneas revelan un pintor de mediana ejecucion. Dicho retrato tampoco está conforme, en todos sus pormenores, con la exacta descripcion que el P. Fernandez hizo de S. Pedro Claver; pero es preciso confesar que el conjunto del cuadro respira uncion, y que resplandece en el rostro cierto reflejo de santidad, muy recomendable en este género de pinturas.

Segun la inscripcion de este retrato, el Santo hubiera

---

[1] Lib. IV, cap. XI y XII.
[2] Pág. 436.

nacido en 1583 [1]; pero en el Apéndice tercero se demostró que fué bautizado en 26 de Junio de 1580, y esta fecha ha confirmado, en todas sus partes, la Sagrada Congregacion de Ritos [2].

En el Hospital de Verdú existe todavia un cuadro de S. Pedro Claver cuya deteriorada pintura da á conocer su antigüedad. Hizo este retrato un pintor de Lérida en 1697, por encargo de los Jurados de aquella Villa, y bajo la direccion del P. Juan Arbiró de la Compañia de Jesus. El P. Arbiró dice expresamente en carta dirigida á dichos Jurados [3], que la fisonomía del Santo se ajustó á la idea dada por el P. Fernandez. No hubo pues, retrato auténtico por modelo de aquel, como años atrás se creia, lo cual motivó que en 1849 fuese enviado á Verdú para sacar copias, el joven pintor Sebastian Gallés y Pujal (poco despues Hermano de la Compañia de Jesus) de quien son obra la mayor parte de las pinturas de los Santos y Beatos de la Compañia, que hay en las Casas y Colegios de la Provincia de Aragon. Una de las copias hechas por el referido pintor fué despues remitida á Roma, pues se acercaba la beatificacion del V. P. Pedro Claver; y otra á París donde á la sazon residia el R. P. Antonio Morey, Provincial de la Compañia de España, el cual mandó hacer un grabado. El mismo pintor Gallés hizo, entonces, el nuevo retrato de S. Pedro Claver, que se conserva en la sacristia de la Iglesia Parroquial de Verdú; y llegadas las fiestas de beatificacion, pintó estando en Niveles (Bélgica), otros cuadros en honor del *Beato* Claver.

---

[1] «R.to de el V. P.e Pedro Claver de la Comp.a de Jhs.» «Murió en »este Colegio de Cartagena á 8 de Septiembre de 1654, de hedad de »71 a, y 52 de Relig.on»—De los lábios del Santo van hácia el Crucifijo estas palabras: *Señor, yo te quiero mucho.*

[2] «Compendium vitae, virtutum, et miraculorum, nec non actorum in causa Canonizationis Beati Petri Claver Confessoris, Sacerdotis Professi e Societate Jesu.»—Ex Tabulario Sacrorum Rituum Congregationis Romae.—Typis Vaticanis.

[3] Doc. B.

El celebrado artista italiano Sr. Gagliardi hizo en Roma un magnífico retrato del Santo segun la idea del cuadro de Verdú.

El grabado que va al frente de este libro, debido al hábil buril del Sr. Maura, tiene por base el retrato de Cartagena modificado segun la descripcion del P. Fernandez.

Hé aquí lo más importante acerca de esta materia que pudiera haberse amplificado con otras noticias. Pasemos, pues, ahora á indicar algunos datos acerca de las reliquias del santo Apóstol de los Negros; fijándonos únicamente en lo más principal acerca de esto.

La fama de santidad del P. Pedro Claver movió á la Provincia de Aragon á pedir dos reliquias suyas; una, que se guardaba en el Colegio de Belen de Barcelona, y otra que se envió á Verdú [1], donde era custodiada en la Iglesia parroquial, en un relicario de plata. Durante la guerra de sucesion entre Felipe V y el Archiduque de Austria, con motivo del saqueo de Verdú, un soldado destrozó en la Iglesia el relicario del V. P. Pedro Claver, para robar la plata; pero otro soldado llamado Vicente Muñoz recogió piadosamente la reliquia y los polvos que resultaron de la fractura, entregándolo todo al Capitan de su Compañia D. José Palomino, segun es de ver en la relacion que se hizo de dicho suceso [2]. Segun se desprende del relato [3], el hecho acaeció antes que los Duques de Orleans y de Bervich se apoderaran de Lérida en Noviembre de 1707 [4]; pues despues de esto la Compañia del Capitan Palomino se retiró y acuarteló en Fañanás de Aragon. Por consiguiente, el robo de la reliquia se verificaria, segun parece, al retirarse las tropas imperiales por la parte de Ciutadilla, pueblo cercano á Verdú, á primeros de Setiembre

---

[1] Docums. C y D.
[2] Docum. E.
[3] Docums. E y F.
[4] *Historia crítica de Cataluña.* Tomo IX, cap. I, pág. 20.

de 1707 [1]; pues este es el hecho, que se halla en la historia de Cataluña, más relacionado con dicho caso. A causa de los disturbios de aquella guerra pasaron muchos años sin que se tuviera noticia del paradero de la reliquia; pero no bien se supo donde estaba, los cabildos eclesiástico y municipal de Verdú nombraron por comisionados para recuperarla, al Dr. Roque Martin, Beneficiado, y á Miguel Micheló Regidor, á quienes hizo entrega de ella el Reverendo Andrés Vara, Vicario de Fañanás [2]. No cabe, pues, duda en que la reliquia de S. Pedro Claver volvió de nuevo á Verdú; pero por circunstancias que ignoro ha desaparecido, pues en 1886 fueron vanos todos los esfuerzos que hice con el Párroco de la Villa D. Juan Bautista Morlans y Mas para dar con ella, á pesar de haber examinado, con el referido párroco, todas las reliquias de la Iglesia Parroquial. De la reliquia que actualmente se venera en el altar de S. Pedro Claver de dicha iglesia, hizo donacion á Verdú el R. P. Antonio Morey, segun la inscripcion que aquella tiene al dorso.

Hasta el presente han sido muy escasas las reliquias de San Pedro Claver no solamente en España sino en Europa, á causa de la supresion de la Compañia, en tiempo en que más se hubiera despertado el deseo de tener recuerdos de S. Pedro Claver, pues se acercaba el fallo de los procesos de beatificacion [3].

Es de esperar que en adelante, América será más dadivosa de tales riquezas; pues alguna que otra reliquia llegada en estos últimos años, no basta para satisfacer los ardientes deseos de Cataluña, España y Europa entera. Es necesario que América envie más reliquias de S. Pedro Claver, para que expuestas á la veneracion y piedad de

---

[1] *Historia crítica de Cataluña.* Tomo IX, cap. 1, pág. 19.
[2] Docum. F.
[3] P. Fluviá: *Vida de San Ignacio de Loyola.* Tomo I, lib. II, cap. II.

los fieles se acreciente todavia más la devocion que en todas partes se enciende y se propaga en honor de un Santo tan poderoso con Dios, para alcanzar toda suerte de gracias y favores, y tan solícito en remediar todo género de calamidades; como lo demuestra su vida, y lo atestiguó el Concilio Tarraconense de 1727, y podriamos nosotros confirmarlo con la relacion de varios sucesos notables acaecidos en Verdú desde 1853 hasta nuestros dias. Recientemente algunos hechos han puesto en evidencia que el patrocinio de S. Pedro Claver es eficaz y decisivo, para experimentar el socorro del cielo en las aflicciones del alma, y en casos de enfermedades contagiosas.

NÚM. X

PRECES DEL CONCILIO TARRACONENSE, EN LAS CUALES SE DIÓ AL V. P. PEDRO CLAVER EL TÍTULO DE «SEGUNDO JAVIER» DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.

(Pág. 477.)

CUANTO hay de ilustre y grande en la Iglesia de Tarra»gona, fábrica, alhajas, fama anterior, prelados, todo »es menos que el menor de sus Concilios. Por ellos ha si»do y es celebrada en todo el orbe...» Con estas palabras encareció el sabio Villanueva la importancia de que estan revestidos, y el valor intrinseco de que estan dotados las actas y documentos de los Concilios Provinciales Tarraconenses, entre los cuales no es el menor de todos el Concilio de 1727.

Fué convocado y presidido en Tarragona por el Ilmo. Sr. Arzobispo de aquella Sede metropolitana D. Manuel de Samaniego y Jaca, con asistencia de los Ilmos. Señores D. Bartolomé Camacho de Madueño Obispo de Tortosa, D. Ramon de Marymon Obispo de Vich, D. Bernardo Jimenez de Cascante Obispo de Barcelona, D. Pedro Copons y de Copons Obispo de Gerona, y los ilustres Procuradores de los Ilmos. Sres. D. Fr. Francisco Olasso Hypenza Obispo de Lérida, D. Simeon Guinda y Apestegui Obispo de Urgel, D. Tomás Broto y Perez Obispo de Solsona, y los Abades, Síndicos, Priores y Procuradores de los

Monasterios, Cabildos y Comunidades de la Provincia eclesiástica [1].

Celebróse la primera Sesion en 12 de Octubre de 1727 y la última en 21 de Diciembre del mismo año. En la Sesion VI, con fecha 3 de Diciembre, dia de S. Francisco Javier, el Concilio elevó á Su Santidad el Papa Benedicto XIII las Preces de beatificacion del V. P. Pedro Claver, cuyo contexto, segun la idea y estilo del original latino [2], dice en castellano de esta manera:

«Beatísimo Padre:

«El Concilio Tarraconense, para mover á su Provincia al ejercicio de la virtud, se postra confiadamente á los piés de Vuestra Santidad, pidiendo la Beatificacion del V. Pedro Claver, de la Compañia de Jesus, que fué dechado de todas ellas: pide que sea beatificado un Varon que, tiempo ha, nos parece, debia ser canonizado por sus heróicas virtudes, y constante opinion de Santidad confirmada con tantas maravillas.»

«Pídelo con más derecho, por haber nacido en esta Provincia este SEGUNDO JAVIER DE LA COMPAÑIA: de aquí sacó la fortaleza de alma que convenia al que habia de ser columna inexpugnable de toda la Iglesia Occidental, columna en la cual mientras escribe la Cartago de las Indias, ningun Escipion la asolará jamás [3]; porque la sustentará el V. *Pedro* Claver, á quien escogió Jesucristo por *piedra* de su Iglesia en Occidente, para que contra ella no prevalezcan las puertas del infierno.»

«En esta Provincia recibió el santo bautismo, con el cual este Siervo de Dios habia de reengendrar para la Iglesia centenares de miles de almas allende los mares: en ésta,

---

[1] Obras del Exmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. José Domingo Costa y Borrás: —*Concilios Tarraconenses*. Tomo II, pág. 245.

[2] Obras etc., pág. 249.

[3] Alusion al nombre de Cartagena de América, y á la destruccion de la ciudad de Cartago por Escipion, general romano.

acabado su noviciado de dos años, se ató con los votos y se entregó como esclavo á la Compañia, el que habia de libertar á tantos esclavos de la servidumbre del demonio, sujetándolos al suave yugo del Evangelio. En ésta tuvo su Oriente aquel sol que en Occidente creció hasta el perfecto dia, y aquí atesoró este rico mercader *(espiritual)* las riquezas *(de virtudes)* que tanto lucro reportaron á gloria del Redentor. Porque, ya religioso de la Compañia, vivió muchos años en Solsona [1], Gerona, Barcelona y sobre todo aquí en Tarragona [2], atento únicamente á acaudalar tesoros de sabiduria y de virtud, principalmente de constancia invencible, de castidad angélica que bien resplandece aún en la incorrupcion de su cuerpo, y de caridad divina con que enriqueció toda la América, harto necesitada de este linaje de riquezas. Mas, para no dejar pobres á los suyos, enriqueciendo á los extraños, comenzó, despues de muerto, á amar como á su patria, esta tierra donde nació que en vida habia mirado como destierro; y ahora la colma de tantos beneficios, y hace en ella tantos milagros, que su fama ha movido á este Concilio á demandar á Vuestra Santidad su beatificacion. Esto exige tambien de la Iglesia Católica el ejército aguerrido de la Compañia de Jesus, cuyos soldados, mientras unos defienden á la Sede Apostólica del ímpetu y furor de los rebeldes, y como fieles centinelas hacen la guardia al Pontífice Romano, y ejercitan sus plumas en las ciudades más florecientes de Europa; otros, siguiendo á sus adalides S. Francisco Javier y el V. Padre Pedro Claver, persiguen los móustruos de la infidelidad y de la ignorancia, los cismas y la idolatria, y acometen con denuedo á la serpiente antigua, al demonio, y arrostran la

---

[1] Así se creia entonces, en vista de lo escrito por el P. Fernandez.

[2] Esto dice el Concilio, no porque el santo hubiese residido antes de ir á América más tiempo en Tarragona que en Barcelona: sino atendiendo principalmente á la Sede Tarraconense, donde el Concilio estaba reunido.

misma muerte, con tal éxito, que han vencido y derribado en el campo á sus enemigos, y con la espada de la divina palabra han cortado á la hidra infernal, tantas cuantas cabezas han renacido en ella, desde el establecimiento de la Compañia.»

«Es sin duda, Beatísimo Padre, la Compañia de Jesus el pueblo de Israel escogido por Dios para sumergir el carro de Faraon y sus ejércitos infieles en las aguas del mar, enrojecido ya con la sangre de muchos mártires: tabernáculo es de la divina gloria, oficina de hacer santos, palacio de la sabiduria, brazo derecho de la Iglesia, y plantel de varones Apostólicos por cuyos trabajos, cubiertos de verdor los campos de Europa, no solo florecen en la Iglesia dos jóvenes Confesores tan amados y honrados por Vuestra Santidad [1], sino que los ya hermosos desiertos de Asia y América fructifican copiosamente regados con los abundantes sudores de los misioneros jesuitas.»

«Toda esa gloria de la inclita Compañia de Jesus, nuestra Provincia de Tarragona la tiene por suya: porque, aquí, aquel insigne Patriarca Ignacio concibió la Compañia que en Roma salió á luz; y aquí se sembró en el pecho del V. Pedro Claver lo que recogen sus hermanos en América. Por tanto, Beatísimo Padre, los altares que ha tiempo le levantó en su corazon la piedad de los fieles, levántensele públicamente en los templos de la Compañia, por medio de la beatificacion de este siervo del Señor. Séanos permitido llamar *Beato* al que ya casi todos á una voz llaman *Santo*. Esto será lo debido á sus virtudes y milagros, de esto se alegrarán el Concilio Tarraconense y la Compañia; esto será tambien utilísimo á los pueblos de América y Cataluña, que se moverán así al amor de la virtud con más eficacia, que con leyes y decretos conciliares.»

---

[1] Benedicto XIII habia canonizado en el año anterior, 1726, á San Luis Gonzaga y S. Estanislao de Kostka.

«Plegue á Dios que así se cumpla. El guarde á Vuestra Santidad por muchos años, como se lo pide fervorosamente este Concilio.»

«Dado en Tarragona, á tres de Diciembre del año mil setecientos veinte y siete.»

«Santísimo Padre:»

«De Vuestra Santidad obedientísimos y devotísimos hijos y siervos,

«Los Obispos, Abades, Priores y demás eclesiásticos reunidos en este Concilio Provincial Tarraconense.»

«MANUEL, *Arzobispo de Tarragona, Presidente.*»

Por comentario de éste célebre documento, solo preguntaremos: ¿De dónde ha partido, sino de estas Preces, aquel acento poderoso que resuena en todos los ámbitos de España, apellidando *Javier Catalan* á S. Pedro Claver? ¿Y es esta voz, solamente, la que hermana con hermosísimo vínculo de admiracion y respeto, la memoria del *Apóstol de los Negros* con la del *Apóstol de las Indias?* No: díjose antes lo mismo en más alta esfera. Oigan los admiradores y devotos de S. Pedro Claver como comienza el compendio de su vida, hecho en Roma para la canonizacion: «El B. Pedro »Claver cuanto al celo de propagar la Religion cristiana... »con razon puede ser comparado con Francisco Javier[1].»

¡Alabanzas inmortales y acciones de gracias sean, pues, tributadas al Concilio Tarraconense que de tal manera enalteció el nombre de S. Pedro Claver! ¡Bendita sea la memoria de los Padres de tan venerando Concilio! Ya se han cumplido sus deseos. No fueron vanas sus palabras. Contigo, ó Concilio preclarísimo, clama agradecida Cataluña: «en la Provincia eclesiástica Tarraconense nació el segundo Javier de la Compañia de Jesus.»

---

[1] *Beatus Petrus Claver Religionis christianae propagandae studio cum Francisco Xaverio... merito comparari potest.* (Compendium vitae etc. —Typis Vaticanis.)

NÚM. XI

DENOMINACIONES DEL NUEVO REINO DE GRANADA.—SANTA FE DE BOGOTÁ Y TUNJA.—CARTAGENA:—COLEGIO DE LA COMPAÑIA.—IGLESIA: SEPULCRO DE SAN PEDRO CLAVER.—RESTAURACION DE LA IGLESIA POR MONSEÑOR BIFFI.—HOSPITALES DE SAN SEBASTIAN Y DE SAN LÁZARO.

Son tales las vicisitudes por que ha pasado en breves años la region de América conocida, en tiempo de S. Pedro Claver, con el nombre de *Nuevo Reino de Granada;* que juzgamos necesario indicar con todo el laconismo posible, dichas variaciones; para que el lector pueda tener perfecto conocimiento del país que regó con sus sudores y edificó con sus virtudes el santo Apóstol de los Negros.

El Nuevo Reino de Granada fué erigido alternativamente en Presidencia y Virreinato bajo la dependencia inmediata de España, hasta que quedó definitivamente separado de la nacion española en 7 de Agosto de 1819.—El caudillo Simon Bolívar, apellidado por los suyos el *Libertador*, inició la idea de reunir en un solo cuerpo con el nombre de *República de Colombia*, las tres circunscripciones de Venezuela, Nuevo Reino de Granada y Ecuador; idea que realizó el Congreso de Angostura. Pero la gran República de Colombia duró únicamente once años, pues las Provincias centrales (territorio de la actual Colombia) se constituyeron aparte en 1831, con el nombre de *Repú-*

blica de la Nueva Granada. En 1863 la Convencion de Rio Negro estableció un gobierno general, centro de nueve circunscripciones, cuyo conjunto federativo con algunos islas y territorios fué denominado *Estados Unidos de Colombia;* nombre que tenia el país cuando se comenzó á escribir este libro. Finalmente, en 1886, la Constitucion tomó un carácter unitario, creándose nueve *Departamentos* con los mismos nombres que tenian antes los *Estados*, y dando á la nacion el título de *República de Colombia.*

La Religion del Estado es la Católica. Últimamente se ha publicado la Ley que aprueba el Concordato de 31 de Diciembre de 1887, celebrado en Roma entre el Cardenal Rampolla y D. Joaquin Fernando Velez, Representante de la República.

Tres son las ciudades de Colombia relacionadas con el Santo. La ciudad de *Santa Fe de Bogotá*, en la cual terminó sus estudios de Teologia, es la capital de la nacion Colombiana: pertenece al Departamento de *Cundinamarca,* y cuenta unas 100,000 almas. *Tunja*, en donde S. Pedro Claver se preparó para hacer su solemne profesion religiosa, es la capital del Departamento de *Boyacá* y tiene de poblacion 6,000 almas. La ciudad de Cartagena donde pasó la mayor parte de su vida es capital del *Departamento de Bolivar.* Sus famosas murallas costaron á los españoles la enorme suma de 59,000,000 de duros. El puerto es extenso y abrigado. Ciudad en otro tiempo muy populosa, cuenta ahora solamente 12,000 almas [1].

La Compañia de Jesus se estableció en Cartagena por los años de 1605, con autorizacion de Felipe III espedida

---

[1] Los datos arriba transcritos están tomados del opúsculo recientemente publicado por el Cónsul de la República de Colombia D. Manuel Camprubí, con el título: *Descripcion histórica, geográfica y política de la República de Colombia.*—Barcelona, Abril de 1888.

Para noticias antiguas ide Sta. Fé, Tunja y Cartagena, véase la obra de D. José Joaquin Borda: *Historia de la Compañia de Jesus en el Nuevo Reino de Granada.*—Poissy, 1872.

en Real Cédula de 25 de Octubre de 1603 [1]. Al principio fundaron los Padres en *Getsemani*, lo que es hoy capilla de S. Roque [2]. El Colegio de la Compañía establecido en el Convento de *San Juan de Dios* con el nombre de *San Ignacio*, estuvo allí hasta el año 1767, fecha de la expulsion de la Compañía en España y sus dominios: entonces pasó á poder del Obispo de Cartagena con el caracter de Seminario, aunque este no fué organizado hasta poco despues, por la Real Cédula de 14 de Agosto de 1768. Dicho Colegio, que ha hecho las veces de cuartel en los tiempos modernos, está últimamente destinado á Seminario, segun creemos.

Junto al Colegio está la Iglesia de la que puede formarse en España una idea bastante aproximada, diciendo que es semejante en el interior, así en capacidad como en la disposicion de las tribunas, presbiterio y demás, á la Iglesia del Colegio de San Ignacio de Manresa.

El sepulcro de San Pedro Claver está en el pilar del arco que se halla junto al presbiterio, á la parte del Evangelio. Una inscripcion grabada en mármol negro con letras de oro, expresa que allí están los restos mortales del ilustre siervo de Dios.

A causa del destierro de la Compañía en el siglo pasado y especialmente por razon de las vicisitudes que ha experimentado Colombia desde su independencia; la Iglesia de la Compañía en Cartagena, se hallaba no há mucho tiempo en deplorable estado. A un testigo presencial le oí decir que en Agosto de 1886, el templo estaba todavía desmantelado, y húmedo en extremo su pavimento; faltando los altares, á excepcion del mayor, donde hacia las veces de tal un pequeño altar con una estátua de S. Pedro Claver bautizando á un negro. Debajo del sepulcro del santo, ha-

---

[1] *Cartagena y sus cercanías*, por D. José P. Urueta. Pág. 50.
[2] Datos particulares del Sr. Urueta.

bia una mesita cubierta con un tapete encarnado y dos jarrones con ramilletes de flores lozanas, ardiendo en medio de ellos una lamparita. Esto referimos, no para hacer cargos á América de tan lamentable olvido; porque cosas semejantes y aun peores han sucedido en Europa, respecto de las cosas sagradas; sino para que brille con todo su esplendor el ardiente y fervoroso celo con que emprendió la restauracion de aquella Iglesia, el Ilmo. Sr. Obispo de Cartagena, Monseñor Biffi. A su magnánimo corazon, y á su profunda confianza en la divina Providencia y en San Pedro Claver, débese el que aquella Iglesia haya sido renovada y hermoseada de una manera digna del santo Apóstol de los Negros. Cuando decian á Monseñor Biffi, viendo el aliento con que habia emprendido la obra y daba órden para todo apesar de hallarse falto de recursos: *Monseñor, ¿cómo pagaremos?* Por toda respuesta contestaba el ilustre Prelado: *¡Adelante! San Pedro pensará en sacarnos de apuros.* Y así ha sucedido; pues venciendo obstáculos y dificultades, se ha renovado el repecho de la cúpula y parte del de las naves; hanse hecho altares nuevos y puesto ventanas de preciosos dibujos en la media naranja, en la claraboya del centro y en las ventanas del lado del sepulcro de san Pedro Claver, ni se han escaseado los mármoles de Italia. En suma, entre los que más se han esmerado en honrar á San Pedro Claver en los presentes tiempos, figura ciertamente Monseñor Biffi, á quien el bendito santo alcanzará, sin duda, copiosas gracias espirituales para su diócesis, única ambicion de aquel virtuoso y celosísimo Prelado.

Y pues tratamos de Cartagena, creemos serán del agrado del lector, algunas indicaciones acerca de los antiguos hospitales de aquella ciudad, llamados de S. Sebastian y de S. Lázaro, cuyos nombres hizo S. Pedro Claver famosos con su heróica caridad. El *Hospital de S. Sebastian* fué fundado por los años de 1574, y puesto el edificio con su

capilla aneja, bajo el cuidado y direccion de los Religiosos de S. Juan de Dios: sin embargo, algunas veces fué tambien administrada aquella casa por el Cabildo secular de la ciudad. Pocos años despues de la expulsion de la Compañia de Jesús, el hospital de S. Sebastian fué trasladado al Colegio de aquella, y en el edificio del hospital instalóse el Seminario, por decreto del Ilmo Sr. Lamadrid, de fecha 29 de Diciembre de 1786, aprobado por Real cédula expedida en Aranjuez á 24 de Mayo de 1790. El hospital de San Sebastian, estuvo en la casa donde hoy vive en Cartagena el Sr. Mainero y Truco.

El *Hospital de S. Lázaro* en el año 1627 existia ya fuera de la ciudad por los lados del cerro de san Felipe de Barajas, que en algun mapa antiguo de Cartagena se llama tambien de san Lázaro. Allí continuó todo el tiempo de san Pedro Claver, y aun despues de su muerte, esto es, hasta el año 1680. El traslado del referido hospital á *Loro* fué en el siglo pasado, ó á principios del presente.

Estos son los datos que hemos podido reunir acerca de las cosas de Cartagena con relacion á san Pedro Claver. Pero si de esto no hemos podido hablar sino de lejos; de lo que se refiere á Verdú, patria del Santo, hablaremos como testigos de vista, aunque omitiendo en razon de la brevedad, pero con harto sentimiento, muchas cosas que serian en alabanza de dicha Villa.

NÚM. XII

VERDÚ.—IGLESIA EN QUE FUÉ BAUTIZADO EL SANTO.—DESCRIPCION DE LA CASA DE SAN PEDRO CLAVER.—APOSENTO EN QUE NACIÓ.—LA ESTACA.—IGLESIA NUEVA.—PRIVILEGIO DE MISA VOTIVA EN EL ALTAR DE LA CAPILLA DEL SANTO.

La Villa de Verdú conserva en gran parte su antiguo aspecto.

La Iglesia parroquial, donde S. Pedro Claver fué bautizado, consta de tres cuerpos pertenecientes á distintas épocas; pues á la nave central se añadieron, siglos despues, otras dos naves laterales.

El pórtico antiguo es una preciosa muestra del arte bizantino ó románico: el roseton de encima pertenece al primer siglo del ojival. El conjunto de la parroquial, tiene parte bizantina y parte gótica.

En el interior de dicha Iglesia, hállanse obras dignas de atencion, que ofrecerian á los aficionados materia para importantes estudios. La estátua de la Virgen del altar mayor es de piedra; y á juzgar por la soltura de líneas del ropage y por su traza, es anterior á san Pedro Claver. El magnífico bajo relieve, de una sola pieza de piedra, que se halla en el altar de san Raimundo, altar que no se ha de confundir con el de san Ramon Nonato; es un verdadero objeto de arte. El altar de san Pedro Claver tiene un sagrario en que se guarda la reliquia enviada á Verdú por el R. P. Antonio Morey. La pila en que fué bautizado san

Pedro Claver, no existe: la que ahora hay es del siglo XVII.

Junto á la Iglesia parroquial está el llamado «cementerio viejo,» que es el segundo de Verdú: allí estan enterradas la familia de S. Pedro Claver y la del Arzobispo de Tarragona, Virrey de Cataluña, D. Juan Terés. En el barranco del fondo del castillo estuvo el primer cementerio de la Villa. El actual se halla detrás de la capilla de san Miguel, en las afueras de Verdú.

La casa de S. Pedro Claver, que tuve ocasion de examinar despacio al ir por vez primera á Verdú en el mes de Agosto de 1886, tenia el número 26 de la Calle Mayor, y fué su último dueño Blas Timoneda. Al lado de la puerta veíase una ventanita con reja, como suele haberla en las casas de labradores, y abríanse en el frontis seis ventanas, de las cuales tres correspondian al primer piso, y otras tres al segundo. Entre la primera y segunda ventana del primer piso, fué colocada en 1853 una lápida de mármol de 79 centímetros de ancho por 59 de alto con una sencilla inscripcion que recordaba el nacimiento del *Beato Pedro Claver* en aquella casa. El interior de la misma estaba acomodado á una estancia de labradores. Al fin de la escalera del primer piso, que era de piedra, hallábase una salita y en la entrada de ésta á mano izquierda abríase la puertecita que daba al cuarto de S. Pedro Claver.

Constaba aquel, de una pieza bastante capaz, dividida en dos partes: la alcoba donde nació el santo, adornada con los medallones que se pintaron en Barcelona para las fiestas de beatificacion celebradas en la iglesia de S. Jaime; y lo restante de la habitacion. En la pared del fondo de la alcoba, y en la misma altura que ahora tiene, veíase la *estaca* que recuerda el nacimiento del apóstol de los Negros. Es dicha estaca un madero que atraviesa la pared, cubierto antes, en su parte posterior, por la escalera del segundo piso. Dicha parte del leño está apolillada: la porcion que da al cuarto, se halla en perfecto estado de conservacion.

De dicha estaca se asió la madre de S. Pedro Claver al venir éste al mundo. Así consta por tradicion pública y notoria en Verdú, la cual trasladaré aquí con las mismas palabras con que me refirió el caso el H. Sebastian Gallés, que estuvo en aquella villa en 1849. En este año habitaba en la casa de San Pedro Claver una anciana, nacida en el pasado siglo, Maria Teresa Gris y Sambola, la cual, por medio de sus padres, pudo saber de la biznieta, ó del nieto de Juan Claver y Corberó lo que habia sucedido. Teresa Gris, dijo á Sebastian Gallés, al mostrarle el cuarto de S. Pedro Claver: «*¿Ve V? aquí nació el santo de casa: en esta viga habia unas madejas de hilo, y su madre se asió aquí, al nacer el santo.*» Estas palabras contienen, confirman y explican juntamente la tradicion [1]. Añadió María Teresa Gris que sus padres querian comprar la casa del lado (ó sea la de número 28) para darla, con la que habitaban, á la Compañia de Jesus, á fin de que se hiciera en ellas una capilla. Por último, dijo con grata satisfaccion, que cuando los Padres de la Compañia iban á Verdú, al «*pasar delante de su casa, se quitaban el sombrero y hacian una gran reverencia.*» Hasta aquí el relato hecho al H. Gallés.

Lo restante de la pieza de que tratamos, era habitacion de los dueños, los cuales preferian aquel lugar, á pesar de ser mejores los demás aposentos. Tan pronto como dejaba de existir el gefe de la familia, su heredero se trasladaba á dicha habitacion, y en la misma acababa sus dias. Así lo testifica por tradicion inmemorial, Blas Timoneda; añadiendo una hermana suya, que en cierta ocasion en que ella se quejaba á su padre, Pablo Timoneda, de que no desalojase del todo el aposento para cuando se presentara algun devoto á visitarlo, le contestó: *Nó nó, de ninguna*

[1] «¿Veu? Aquí va neixer lo Sant de casa. En aquesta viga hi havia uns rams de fil, y, la seua mare se va agafar aquí, quant va neixer lo Sant.»

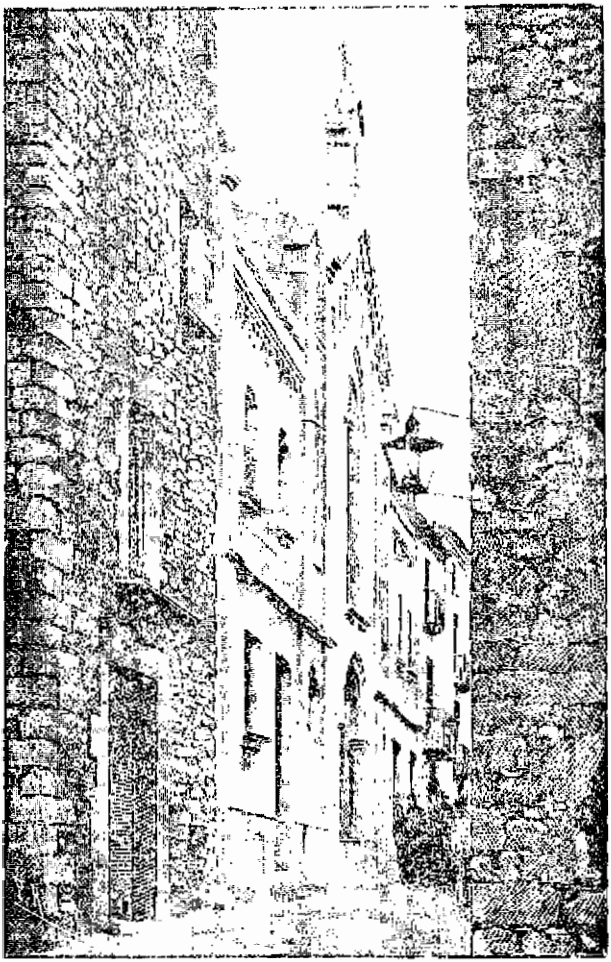
manera; cuando entro en este cuarto, hallo en él muy buena compañía. Era, pues respeto y cariño lo que hacia que aquel sitio no estuviera completamente desocupado.

En 1886, acercándose rápidamente el suspirado dia en que el Beato Pedro Claver iba á ser inscrito solemnemente en el catálogo de los Santos; el R. P. Juan Capell, Provincial, entonces, de la Provincia de Aragon de la Compañia de Jesus, que promovió con gran celo y esfuerzo todo lo que tenia relacion con S. Pedro Claver, dispuso la construccion de la nueva Iglesia en los solares de las casas adquiridas, al efecto, de sus respectivos dueños, las cuales tenian los números 26, 28, 30 y 32 de la Calle Mayor. Las casas de los números 26 y 28 pertenecian ciertamente á la familia del Santo, como constaba por tradicion indudable, y se vió despues por el tercer testamento del padre de S. Pedro Claver [1]; pues dice allí el testador, que su habitacion acostumbrada eran las *casas que tenia y poseia en la Calle Mayor*, lo cual indicaba ser éstas, dos, por lo menos. Lo mismo confirmaron los libros de cumplimiento pascual de Verdú en los cuales se veia al hijo mayor Juan Claver viviendo en casa vecina á la habitada por su padre. Acerca de la casa de Juan Claver, ó sea la de n.° 28, oí decir que habia en ella un cuartito donde S. Pedro Claver dormia. De esto no hallé prueba especial; como no sea el hecho de haber vivido el santo, algun tiempo, en compañia de su hermano mayor. Dichas casas de la familia Claver tenian todavia, cuando las ví, varias señales evidentes de haber formado antes una sola morada, dividida más adelante en dos; ó de haber sido unidas las dos casas en una sola, y despues nuevamente separadas.

Al ser *necesariamente* derribadas dichas casas para la edificacion de la Iglesia nueva, trabajo que comenzó el 3 de Enero de 1887, se puso ante todo sumo cuidado en que

---

[1] Docum. A.



IGLESIA DE SAN PEDRO CLAVER

recientemente derribada en el solar de las antiguas casas de su familia en el Paseo Nuevo de Verdú.

quedara á salvo y completamente intacto el aposento en que el santo nació; como es público y notorio en Verdú, y queda asegurado por varios testigos, entre ellos el Párroco Rdo. D. Juan Morlans y el maestro de obras D. José Bernadás que dirigió el derribo de los edificios y la construccion de la Iglesia.

Esta tiene dos cuerpos laterales á los lados de la fachada comprendiendo el conjunto una superficie de doscientos veinte metros cuadrados. El estilo del templo es bizantino. El interior consta de tres naves, modestas pero muy lindas. En el fondo se halla la antigua cisterna de la familia Claver, de la cual los fieles beben agua por devocion al Santo. Los coros y tribunas están elegantemente distribuidos. La primera piedra de La Iglesia se puso el 1.° de Febrero. La cubierta quedó terminada el 2 de Julio, celebrándose al dia siguiente tan fausto acontecimiento con una solemne funcion religiosa y cívica. En Noviembre de 1887 bendijo la Iglesia de San Pedro Claver, con facultad delegada para dicho fin, el Rdo. P. Antonio Gació de la Compañia de Jesus, natural de la provincia de Lérida, y Superior de la Residencia de Huesca, el cual ha desempeñado cargos muy importantes en la provincia de Aragon. El dia 21 del mismo mes se celebró allí la primera misa [1].

La campana del templo tiene esta inscripcion:

P. Petro Claverio S. J. in Sanctorum album relato, anno MDCCCLXXXVIII.

En la Capilla-aposento del Santo, que está en el primer coro bajo de la Iglesia, á mano derecha, puede celebrarse misa votiva de S. Pedro Claver, todos los dias no exceptuados en el Rescripto de concesion de 23 de Abril de 1888 que forma el último documento de esta obra. En dicha Ca-

[1] Fué el primero en comulgar el H. Alegra, el cual sacó preciosas fotografias de lo más importante de Verdú.

pilla, en la cual podrán ver los peregrinos y demás devotos del santo la estaca de que se hizo mencion, el R. P. Provincial de Aragon, P. Juan Ricart, ha dispuesto se colocara una lápida de mármol con esta inscripcion: *Jhs. Aquí nació el Apóstol de los Negros S. Pedro Claver.—Fué bautizado en la Iglesia parroquial de esta Villa el 26 de Junio de 1580.—Murió en Cartagena de Indias el 8 de Setiembre de 1654.—Fué solemnemente canonizado por Leon XIII el 15 de Enero de 1888.—A. M. D. G.*

Ponemos fin á este trabajo dando las más expresivas gracias á todos los que se han dignado prestarnos su eficaz cooperacion; y felicitando con toda el alma al eminente poeta catalan Mosen Jacinto Verdaguer, por los *Gozos* que ha dedicado al santo Apostol de los Negros [1]. ¡Con qué galanura y uncion celebra el célebre autor de la *Atlántida* y del *Canigó*, de los *Idilis* y del *Somni de S. Joan* los hechos más culminantes de la vida de S. Pedro! ¡Cuán inspirado es el acento del poeta en todas las estrofas, y cómo supo cantar el apostolado universal de tan esclarecido santo!

Negres l' ÁFRICA li envia,
l' ASSIA turchs á convertir,
cors malalts de l' heretgia
li dará EUROPA á guarir.
Fa l' AMÉRICA florir
son ardent *Apostolat:*
Gloriós Pere Claver
dáunos vostra caritat.

---

[1] Se hallarán en las Administraciones de la *Hormiga de Oro* y de la *Revista Popular*.

Despues de esto, sólo nos toca rogar al venerable Clero parroquial se digne establecer la Novena de S. Pedro Claver, para alcanzar de su poderoso valimiento con Dios el remedio de las necesidades espirituales y temporales de sus parroquias. Acudan tambien los fieles á tan esclarecido santo, en sus tribulaciones é infortunios; veneren sus medallas, imágenes y estampas; añadan un *Padre nuestro* á S. Pedro Claver al fin del santo Rosario; socorran á los pobres y desgraciados, en memoria de la encendida caridad con que él les amaba y favorecia; en suma, tómenle por Patrono y Abogado todas las familias que deseen merecer los auxilios de un santo que es alegria del cielo y gloria de la Iglesia, y en quien el suelo americano, el nombre español y el carácter catalan estan realzados con el heroismo y grandeza á que pueden y saben levantarse, cuando se inspiran en grandes ideas, y se lanzan con ánimo firme y generoso á promover en la tierra la *Mayor gloria de Dios*.

DOCUMENTOS

Ademas de los intercalados en el cuerpo de la obra, ó puestos en forma de notas, insertamos á continuacion los designados en el libro, y las piezas principales de los procesos de canonizacion. Los documentos *inéditos* irán marcados con asterisco. Se ha procurado conservar el carácter y forma de los escritos originales.

A*

(Pág. 516 y 594.)

TERCER TESTAMENTO

OTORGADO POR EL PADRE DE S. PEDRO CLAVER Á 2 DE MARZO DE 1621

Explica el motivo de estar borrada en el testamento de 1615 la cláusula referente á la madre del Santo; pues el testador no instituye aquí los aniversarios que allí dispuso.—Contiene el legado de los testamentos anteriores, en favor de S. Pedro Claver.—Confirma el memorial de dote ó capítulos matrimoniales (de 1587).—En este testamento, habla el testador de «sus casas de la Calle Mayor.»

«Die martis secunda mensis martij Anno a nati domini mille-»simo sexcentesimo vigesimo primo Verduni In domibus Infi »Testatoris.»

«In Dei nomine Amen Per quant á quiscu es statuit mo-»rir corporalment e com nos Tingue certitud alguna de la hora »de la mort y ayxi sie be y molt necessarj estar preparat, y Te-»nir disposat de sos bens pera q apres de sa mort no i haje ni »haver pugue plets questions ni litigis. Per Tant Jo Pere Claver

»fill den Juan Claver y de na [1] de aquell muller deffunts »de la pñt Vila de Verdu bisbat de Solsona dettingut de malaltia »corporal de la qual Them haver de morir. sa enpero p gracia »de nr̃e senor̃ deu Jesuxr̃it de entenyment bona y ferma memo»rja y loquela desitjant ordenar de mos bens per bia de Testa»ment fas y ordene aquell. En lo qual primerament Revoque Tots y »qualsevol altres Testaments que Jo en poder de qualsevol not[i] [2] »haja firmat y particularment los que Tinch firmats en poder del »not[i] devall scrit als nou dies del mes de Abril mil sicents y vuyt »y als vintyset de agost de mil sicents y quinze los quals vull »que Tots sien cassos y nulles y q afreturesen de Tota efficasia y valor.» ———————————————

«Elegesch en marmessors y de aquest mon darrer Testament »executors al Veneñ [3] m[n] Martí balcells prevere y als honors [4] »Juan Claver mon fill y a miquel minguella cosin germa meu »al quals (o) a la major part de aquells done facultats y plen po»der que complescan y executen aquest mon darrer Testament »segons que devall Trobaran per mi ordenat» ———————————

«Item mes vull y ordene que Tots mos deutes Torts e Inju»ries a restitutio dels quals Jo seré Tingud y obligat sien pagats »y restituits breumen sumarya y de pla sens strepit ni figura de »Juhi [5] segons que los dits deutes llegittimament pvañ [6] se po»ran [7]» ———————————————————

«Elegesch sepultura en lo fossar de la pñt Iglesia de Verdu [8] »y deyxme p sepultura cos pñt [9] novena y capdany. vint sous lo »demes que y faltara que de mos bens p los sobredits mos mar»messors y sie fet degut compliment a sa coneguda» ———

«Item mes deyxe a la llumenarya del Santissim Sagrament y »a la llumenarya de St. Estheve y al hospital de la pñt vila a ca»da hu vint sous dich 1 ℔ [10] una vegada Tant solament» ———

«Item mes vull que en lo dia del meu enterro y en lo dia de »la mia novena me sien dites misses Rezades Per Tots los R[nts]. »de la pñt Iglesia que a les hores residiran deyxant la Caritat »acostumada» ———————————————————

---

[1] La misma laguna tiene el original.
[2] Notari.
[3] Venerable.
[4] Honorables.
[5] Judici.
[6] Probar.
[7] Podran.
[8] *Detras la capella de Sta. Ana*, segun se lee en el último testamento de Juan Claver. Se ignora donde estaba dicha capilla de Santa Ana. Parece que ocupaba el sitio en que ahora se halla el altar de S. Flavian.
[9] Present.
[10] Lliura.

«Item mes deyxo a mon fill Pere Claver Religios que es de »la companya de Jesus, p part de llegittima paterna y materna y »suplement de aquelles y p tots altres drets a ell en mos bens »pertanyents VINT LLIURES moneda de bars[a] a Totes ses volun- »tats.»

«Item mes deyxe a Elizabet filla comuna a mi y a na Anna »prjmera muller mia, muller que es den Jaume Cabestany de »Rocaffort [1] a mes del que ly Tinch donat en capitols matrimo- »nials p lo molt amor ly Aporto y per tot dret de llegittima pa- »terna y materna y suplement de aquelles y p tot altre dret a »ella en mos bens ptanyen les coses seguents. Primo Tot aquell »violary [2] de nou lliures de Pencio me fa Tots anys en setembre »lo Carla[3] de Anglesola Juan de Orenga. Mes tot aquell altre Vio- »lary de altres nou lliures me fa tots anys m[r] Juan Patau Rec- »tor de Vilagrasa.

«Mes Tot aquell sensal de preu y pprietat de sent lliures y de »Annua pencio de cent sous que Tots anys me fa en Juan Sis- »terer de Rocaffort de Vallbona a Totes ses voluntats»

«Item mes deyxe y vull sie donat a Totes les nies netes y »filles dels dits en Jaume Cabestany y Elisabet muller sua filla »mia que p avuy Te y per lo Temps deu ly donara Tant del pñt »com de altre matrimoni a cada huna vull sie donat de mos bens »pera en cas de matrjmonj vintysinch lliures moneda de bars[a] »dich 25 ℔»

«Tots los altres empero bens meus haguts y p haver mobles «e Immobles veus drets y actions mjes hontse vulle que sien y a »mj se ptanguen [4] o) ptanyer puguen ara o) en esdevenjdor en »qualsevol part o) llochs y per qualsevol rahons drets Titols o) »causes que dir o) nomenarse puguen pagats empero los llegats »sobredits deyxe al dit Juan Claver fill á mi comu y a la dita »Anna primera muller mia al qual havja donats los bens en »Temps de son matrimoni habentme empero deyxat vsufructua- »rj y que del vs de fruit y Tambe del Tros del gossalat pogues

[1] Poblacion.

[2] El *violario* era un contrato en que el vendedor recibia del comprador un capital ó cantidad, con obligacion de pagarle una pension anual de 14 p. % de la cual no respondia un capital fijo, sino la persona del vendedor y consiguientemente sus bienes, pero solo durante la vida del comprador. Este era en Castilla únicamente uno; pero en Cataluña y Valencia podian ser dos, los cuales debian existir y determinarse en el acto de la creacion del *violario*, sin exigirse condicion de edad. Muerto uno de los dos, se continuaba pagando la pension entera al otro. Al espirar éste, terminaba el contrato; quedando todo á utilidad del vendedor.

[3] Castellano.

[4] Pertanyen.

»fer y disposar tant en Testament com altrament a Totes mes »liberes y franques voluntats. Empero per quant Jo no havja »firmat los capitols ni ells tant poch Per Tant ara ly Rattifique »y abono la dita donacio y aquell hereu meu fas e Instituesch »universal a Totes ses liberes y franques voluntats. Ab Tal en»pero pacte y condicio que ell haje de Tenir per ben fet y agra»dable Tot lo que Jo en lo pnt meu Testament e fet y disposat »pujx Jo me he guanyat los sobre dits bens meus ab ma Indus»tria y Treballs»

»Y aquesta es la mia darrera voluntat la qual vull que valegue »p dret de Testament e sino valre (o) valer no podie p dret de »Testament vull que valegue p dret de codicils (o) de altra qual»sevol specie de darrera voluntad q millor pugue de dret de con»suetud valer y Tenjr. Fet es aquest mon darrer Testament en les »cases de ma solita habitacio que Jo tinch y posehesch situades »en lo Carrer major de la present Vila de Verdu bisbat de Sol»sona vuy dimars als dos del mes de mars del Corrent any de »la nativitat de nr̃e señor deu Jesuxr̃it de mil sicents y vintyhu »S÷÷÷nyal de mi Pere Claver Testador sobredit qui lo pñt mon »darrer Testament concedesch llohe y firme»÷

«Testes vocati et rogati ore pprio dicti Testatores sunt honors »Jacobus Esquer et Andreas Mas scolares dicte ville Verdunj—

«Postea vero secuta morte dicti Testatoris dje octava predic»toru mensis et annj Instante predicto Joanne Claver fuit publi»catu supradictum Testamentum pñtibus p testibus vener^s Esthe»phano grenyo et Joanne minguella presbiteris dicte ville Ver»dunj.»÷

B *

CARTA

DEL P. JUAN ARBIRÓ Á LOS JURADOS DE LA VILLA DE VERDÚ ACERCA DEL RETRATO DE SAN PEDRO CLAVER [1].

Señores mios:... El cuadro del Venerable P. Pedro Claver ya está pintado, y entiendo agradará, porque la cara se ha sacado siguiendo no tanto la estampa como la descripcion q.e hay en

[1] Copiada por D. Antonio Torner, del original del Archivo del Ayuntamiento, en 1850.

el libro [1]. No le hemos puesto sobrepelliz, porq.e llevando Cristo en la mano, pareciera san Francisco Xavier: lleva manteo y sotana, y el rótulo, *Señor, yo te quiero mucho*, y las moscas [2]. En el letrero d abajo he hecho poner una tarja larga d buena gracia, y yo quiero escribir el letrero: los dos Negros están muy bien pintados: aun he añadido otro negrico pequeño á la otra parte, que lleva en las manos una azucena, para declarar fué virgen: todo esto llena muy bien todo el cuadro grande, y lo hace hermoso. Al principio lo concertamos en cuatro doblas; no creo pedirá más *(el pintor)* aunque le hemos hecho añadir algunas pinturas; mas bien lo esforzaremos: en todo esto me parece quedará á gusto d V.s, á cuya obediencia quedo siempre deseoso de servirles en cuanto pueda...

G.es D.s m.s añ.s como suplico.— Lérida y Marzo á 8 d 1698.

Juan Arbiro d la Compañia d Jesus.

Sres. Jurados de la Villa de Verdú.

El letrero puesto por el P. Arbiró decia asi: «El venerable »P. Pedro Claver, de la Compañia de Jesus, profeso de cuatro »votos, natural de esta Villa de Verdú, Obispado de Solsona, »ilustre en santidad, profecias y milagros, varon apostolico; cua»renta años ejerció el ministerio de negros, en los cuales con»virtió trescientos cincuenta mil gentiles y muchos moros; re»dujo á nuestra santa Fe muchos herejes; sirvió muchos años á »los leprosos de san Lázaro; fué penitentísimo, muy humilde y »de ardiente caridad: murió vírgen en el Colegio de Cartagena »de las Indias, de edad de setenta y un años [3], el 8 de Setiembre »de 1654; conserva Nuestro Señor casi todo incorrupto su cuer»po y con buen olor [4].»

---

[1] La estampa era un extraño dibujo que se ve todavia en algunos ejemplares antiguos de la obra del P. Fernandez.

[2] Mosquitos, tábanos y avispas que acribillaban al Santo y forman su aureola en este retrato.

[3] Debia decir: setenta y cuatro años.

[4] Semejante á la inscripcion anterior es la del cuadro moderno de Verdú, por cuyo motivo no creemos necesario transcribirla.

DOCUMENTOS

REFERENTES AL ROBO Y RESTITUCION DE LA ANTIGUA RELIQUIA DE S. PEDRO CLAVER, QUE SE GUARDABA EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE VERDÚ.

C *

CARTA DE D. JOSÉ BUENAVENTURA OLLER Y PUIG, DE BARCELONA, Á D. JOSÉ PRIM, DE VERDÚ [1]

«Sr. Jph: tinch rebut la d v. m.ª d 13 del corrén y adjunta la carta del P.e Franco Viader, la qe entregui en sa ma propia, y parlán sobre la materia del qe desitjan v. m. saber, sols poden traurer en limpio qe ell te memoria d haber tingut las dos reliquias del Beato Claver[3] qe la una para en son coleigi y la altra se entregá en eixa Vila: qe estas no vingueren ab autentica, si sols ab Carta, fen fé esta, d com un Pdre venerando y Provincial las enviá, com á fill qe era d esta provincia, y qe semblans cartes entre estos Pdres serveix de un verdader testimoni, pues este es son estil: ara diu qe esta carta costará mol d encontrarse, pues ab la rebolucio d papers será mol dificultós, pero qe per lo recobro, bastará la carta d eixos Comuns[4] seculars y Ecglesiastichs, pues lo depositari diu qe está prompte en tornarla sempre qe la demanian. Y ab la carta qe fa lo Pdre Viader, no tinch reparo qe v. m. recobrarán la Reliquia. Per lo qe mira a certificarse d ser aquella la mateixa reliquia, podrán pendrer una attestació qe continga la declaració qe feu lo Soldat, y aixis mateix d la relacio qe fassi lo Vicari, perque ab estas prevencions quedara provat, y ab tota certesa podran v. m. tenirla com a tal...»

«Las cartas del Pdre Viader si poden anar ab esta, anirán; sino per lo correu las remetre. Que es cuan se me ofereix dirli, saludan á tots, y a v. m. Deu lo g.e m.s a.s Barna. Agost a 16 de 1724.»

«De v. m. d cor»

«*Josep Bonaventura Oller y Puig*»

«Al Sr. Jph Prim.»

---

[1] El texto de esta carta y de la siguiente va segun las copias sacadas en 1850 por D. Antonio Torner, de los originales del Archivo del Ayuntamiento de Verdú.

[2] Vostra mercé.

[3] El original diria: V. P. Claver.

[4] Miembros del Cabildo Municipal, y de la antigua Comunidad y Clero parroquial de Verdú.

D*

CARTA DEL PADRE FRANCISCO VIADER DE LA COMPAÑIA DE JESUS Á MARTIN BOLEA, DEPOSITARIO DE LA RELIQUIA DEL V. PADRE CLAVER [1].

«Muy Sr mio: Allandome con carta de los Sres del Comun Eglesiastico y Secular d la Villa d Verdú con relacion d haver tenido noticia d la Reliquia d Venerable Pe Pedro Claver, qe se tomo del deposito d aquella Iglesia, y qe está en poder d v. m: siendo tan conforme, como se cree, verdadera, á confesion qe hizo el Soldado al Sr Vicario d esse lugar, y la noticia y encargo tiene v. m. como Albacea, o depositario d dicho Vicario; soy d sentir qe v. m. á vista, y á virtud d la carta del Comun Eglesiastico, y Secular, qe solicitan con tanta Piedad, y como es justo, el recobro d dicha Reliquia; puede con toda seguridad y descargo d obligacion, entregarla para qe buelva a su Patria.

Yo me intereso en esta súplica por saber el modo como vino d Cartagena d Indias en donde murio dicho V. P. y el fin qe se tubo para qe la lograse dicha Villa, y no dudando por las circunstancias, y relacion d identidad, les es de toda justicia el recobro, tengo por cierto contribuira v. m. al consuelo y deseo d todos en quienes quedara el agradecimiento y perpetuo acuerdo d haber d su mano y por su medio recobrado una prenda tan d su veneracion, como cariño, y en mí la obligacion d rogar a Dios, como se lo Suplico, qe a v. m. ms as

Barcelona y Agosto a 16 de 1724

B. L. M. d v. m.

Su seguro Capellan y Servidor

Francisco Viader d la Compañia d Jesus.

Sr Martin Bolea

---

[1] Como en el documento de D. Buenaventura Oller se habla de «las cartas» del P. Viader, y solo he podido ver la anterior; es de creer que la otra estaría dirigida á los Jurados de Verdú, acompañando la escrita á Martin Bolea.

E*

TESTIMONIO Y DECLARACION DE MARTIN BOLEA, DE COMO PARÓ EN SU PODER LA RELIQUIA ROBADA EN EL SAQUEO DE LA VILLA DE VERDÚ [1].

†

«Ago relacion el abajo firmado, como en el año 1709. (segun el computo que puedo hacer mas cierto) Estando aquartelado en este partido de Huesca, el Regimiento de Dragones de don Francisco Picalques, y en el lugar de Fañanas, D. Joseph Palolomino, Capitan de dicho regimiento: hizo ostension (ante el Cura de dicho Lugar Mos. Bartholome Colungo, D. Joseph Palomino, y ante mi Martin Bolea) Vicente Muñoz, Natural de la Villa de Alagon, en la ribera de Ebro en este Reino de Aragon, soldado de dicho Regimiento y de la compañia de dicho D. Joseph Palomino, de una Reliquia que recogió en la Iglesia Parroquial de la Villa de Berdun, Principado de Cataluña Obispado de Solsona, la que paró en sus manos, de resulta del saqueo que se hizo en dicha Villa, y de haber encontrado á un soldado, que en dicha Iglesia hacia pedazos el Relicario, con el fin de robar la plata, al que christianamente recogió dicha reliquia; Y en virtud de este manifiesto que hizo dicho soldado, y que despues confirmó por escrito, hizo entrega de dicha reliquia á dicho su Capitan D. Joseph Palomino y éste al Cura de dicho Lugar de Fañanas M.n Bartolome Colungo para que la tuviera en decente custodia, junto con algunos polvos de dicha reliquia, que sin duda resultaron del quebrantamiento, ó, rotura, que padecio dicha Reliquia, en la accion sacrilega de robarle la plata. La qual reliquia me entregó á mi Martin Bolea, dicho M.n Bartholome Colungo, quando se fué del Curato de Fañanas, al de Azlor, á fin de que Yo pudiera entregarla, como testigo de todo, siempre que fuera necesario; Y parando en mi cuidado, la entregué Yo dicho

---

[1] Archivo Parroquial.—El sobre escrito de este documento tiene una nota ó título, redactado, en catalan, por algun antiguo Vicario perpetuo de la Parroquial, que dice así:

Penso son Reliquias del Cos
del Venerable Pere Claver

No se equivocaba el autor de la nota, conforme se ha podido ver en los documentos anteriores, de los cuales no tendria noticia el Vicario por hallarle aquellos en el Archivo del Ayuntamiento de la Villa.

Martin Bolea, despues de algun tiempo, á mi hijo Joseph Bolea, para que el la tuviera á su custodia, por haber mudado Yo mi habitacion al Lugar de Albero Alto, donde firmo dicha relacion, para que conste donde convenga á 8 de deciembre de 1731 Martin Bolea.»

«Signo de mi M.n Pedro Bueno, Cura de Albero alto, que hice la presente relacion á ruegos, y peticion de Martin Bolea firmado en ella, en la misma forma, y segun dicho Martin Bolea, la dictó. Hallándose presentes y por testigos Joseph Baron y Antonio San Julian; vecinos de este Lugar de Albero Alto.»

F*

DECLARACION DE JOSÉ BOLEA Y ENTREGA DE LA RELIQUIA Á LOS REPRESENTANTES DE VERDÚ [1].

«En el Lugar de Fañanas ante la presencia de mi M.n Andres Vara Vicario de dicho lugar pareció Joseph Bolea Alcalde de dicho lugar y hijo de Martin Bolea, el cual declaró que su Padre Martin Bolea quando se fué al lugar de Albero Alto, le entregó la reliquia que le habia encomendado M.n Bartholome Colungo Vicario que fué de dicho lugar de Fañanas para que la guardara para cuando pareciese ocasion de entregarla á la Villa de Berdun; y afirma ser esta que se entrega al D.r Roque Martin Beneficiado de dicha Villa y á Miguel Michelo Regidor de dicha Villa para que el dicho D.r Roque Martin se incorpore de dicha Reliquia á fin de entregarla en la Parroquial de dicha Villa de Berdun; y asi mismo yo el infrascrito M.n Andres Vara Vicario de la Parroquial de Fañanas declaro que el año 1712 vine al Curato de dicha Parroquia y luego se me dio quenta de lo referido de dicha Reliquia; y en todo el resto de tiempo en esa creencía he estado, y asimesmo el computo que hace el dicho Martin Bolea de ser el año de 1709 es el año de 1708, porque el venir dicha Compañia á alojrse al lugar de Fañanas fue luego de la resulta de aver cogido la ciudad de Lerida los Señores Duques de Orleans y Berbic; y me ha parecido el declararlo asi para obiar las dudas que podrian ocurrir de todo lo cual doy testimonio en el lugar de Fañanas á 9 de Diciembre del año 1731.»

«Signo de Mi M.n Andres Vara Vicario perpetuo del lugar de Fañanas que hice la presente relacion y la firmo por Joseph Bolea Alcalde de este lugar.»

---

[1] Archivo parroquial.

DOCUMENTOS

REFERENTES Á LA BEATIFICACION Y CANONIZACION DE S. PEDRO CLAVER

G

DECRETO DE 24 SETIEMBRE DE 1747 SOBRE LAS VIRTUDES DEL V. P. PEDRO CLAVER

(Pág. 475.)

SUPER DUBIO

An, constet de Virtutibus Theologalibus Fide, Spe, et Charitate in Deum et proximum; et de cardinalibus Prudentia, Justitia, Fortitudine, Temperantia, earumque annexis, in gradu heroico, in casu et ad effectum de quo agitur.

Postquam praemisis omnibus praemittendis in causa Venerabilis servi Dei Petri Claver deventum fuit ad examen Virtutum, praeinsertum dubium ter propositum fuit; et discussum in Congregatione videlicet, quae dicitur antepraeparatoria, habita *die 30 Januarii 1742*, in Congregatione, quae dicitur praeparatoria, habita *die 20 Novembris 1743*, et demum in Congregatione, quae dicitur generalis, habita coram nobis *die 22 Augusti currentis anni 1747*.

Antequam autem ad eam accederemus, qua potuimus diligentia exhibitas á Patronis causae et á Fidei Promotore scripturas, consultorum suffragia ad Nos delata perlegimus, verbales tum dictorum causae Patronorum tum Fidei Promotoris informationes audivimus, et Congregationem ingressi, longo sermone statum causae et merita exposuimus, uniformem consultorum sententiam Virtutum approbationi faventem patefecimus, et demum Cardinalium suffragia auribus excepimus, in omnibus et per omnia consultorum suffragiis consona; de quo sane maximopere laetati sumus, tum quia ex memorata scripturarum lectione animus noster in eamdem ferebatur sententiam, tum quia in nostris animadversionibus in hac eadem causa et super hoc eodem dubio ante viginti et octo annos exaratis, cum in minoribus degentes munere Promotoris Fidei fungebamur, postquam subtiliori qua potuimus indagine Virtutes impugnavimus, veritati tandem obsequentes, in calce nostrarum animadversionum causam diximus venerabilis Dei servi Petri Claver, sublatis quae excitatæ

fuerant difficultatibus, prout deinde feliciter factum est, esse recensendam inter praecipuas et spectabiliores, quae tunc in sacrorum Rituum Congregatione penderent.

Haec omnia tamen favorabile a nobis in arena, uti dicitur, responsum proposito dubio extorquere nullatenus potuerunt; longiori quippe mora in fine Congregationis Nos indigere diximus, tum ut secundis curis repetitoque privato studio rem novo examini supponeremus, tum ut iteratis precibus coeleste auxilium imploraremus, et demum ut nonnullas scrupulosiores oppositiones in ipsa Congregatione ab altero ex suffragantibus propositas sedula diligentia videremus, an fulgorem Virtutum Venerabilis Dei servi obnubilare possent; licet qui proposuit, eas parvipendendas duxerit et pro Virtutum approbatione intrepide suffragatus sit: et quamvis nemo ex eis qui propositas audiverunt difficultates, a favorabili sententia recesserit; in rebus quippe tanti momenti nulla omittenda est diligentia, nec ulla diligentia tamquam superflua traduci potest.

Post haec autem ad propositas difficultates descendendo, earum prima ex his quae sequuntur desumpta est. Noctis tempore Dei servus orabat clauso osrio in cubiculo suo, juxta *cap. 6. Matthaei*, genibus flexis, fune ad collum alligato, capite corona spinea redimito, et corpore denudato; cumque Collegii Rector cubiculum ex improvisso ingressus esset, ut ipsi conscientiam suam in sacramentali confessione aperiret; conversus ad eum Dei servus inquit: Quid a me quaeris? Recedas quaeso: Quod irreverentiæ erga suum superiorem adscribi posse videbatur. At, si singulae circumstantiae perpendantur, nihil in opere reperiri poterit, quod Virtutibus heroicis, et heroicae ex tot aliis capitibus comprobatae erga superiores observantiae obstare possit; impatientia quippe ad summum levis et ex subreptione in tota facti serie excogitari potest, quam etiam statim emendare studuit, cum, vesta resumpta, illico se contulerit ad patris Rectoris cubiculum, lacrymisque perfusus et genuflexus ipsum exoraverit, ut se in pace relinqueret, aliumque sibi eligeret in Confessarium, cum tot alii in Collegio essent religiosi, quibus conscientiam suam aperire posset, quod deinde ab eodem Rectore factum est: ita ut applicabilis hypothesi absque dubio dicenda sit propositio, de qua in nostro Opere *de Canonizatione Sanctorum lib. 3, cap. 39, num. 8*, culpam venialem ex subreptione non obstare sanctitati, et praecipue si posterior fuerit adhibita cautela pro eadem vitanda; pro quo etiam facit illud sancti Ambrosii *in Apologia David cap. 2: Sancti autem Domini, qui consummare pium certamen gestiunt, et currere cursum salutis, siquis forte ut homines corruerint naturae magis fragilitate quam peccandi libidine, acriores ad currendum resurgunt, pudoris stimulo majora reparantes certamina, ut non solum nullum attulisse aestimetur lapsus impedimentum, sed etiam velocitatis incentiva cumulasse.*

Primae secunda succedit difficultas ex eo desumpta, quod, etsi, Venerabilis Dei servus laudabiliter se gesserit, omnem lapidem movens, ne Mauri recens ad Fidem conversi juxta morem Regionis parum honestas choreas ducerent cum foeminis, timens, prout eventus saepe comprobaverat, ne ad vomitum reverterentur, ne alearum ludo inservirent, in quibus experientia teste via juramentis et imprecationibus erat aperta; nimio tamen fervore abreptus aliquando visus est, et missionarii fines praeteriisse cum flagello, vulgo disciplina, vetita consortia separaverit, contravenientes percusserit, et aliquando hoc ipsum clave praestiterit, quam secum forte gerebat. At, si pervicacem Maurorum indolem et efferatam naturam sedulo perscrutari libeat, si praecedentium admonitionum contemptum consideremus, si morum Dei servi suavitatem aliis documentis comprobatam, si caetera eximiae charitatis et benevolentiae officia erga Mauros, qui ipsum tamquam patrem et benefactorem semper venerati sunt, advertamus, si nullam ex percussionibus querelam adversus ipsum excitatam perpendamus; nihil quod reprehendatur inveniri poterit, nihil quod obstet mansuetudini, nihil quod officio missionarii adversetur. Paulus enim apostolus, qui *ad Galatas 6*, dixerat; *Instruite in spiritu lenitatis*, in prima *ad Corinthios 4*, inquit: *In virga veniam ad vos, an in charitate et spiritu mansuetudinis? Et ad Titum 1: Increpa illos dure.* Pro diversitate quippe personarum, et peccatorum, modo severa increpatione vel etiam virga utendum est, modo cum mansuetudine ageudum. Mansuetudine apostolus et spiritus lenitate, cum Galatis: increpatione deinde et virga cum Coriuthiis et Cretensibus utendum esse censuit: Galatae quippe, etsi peccatores, vulnus suum agnoscebant, et medico se curandos tradebant: Corinthii vero post peccatum non sentientes errorem suum, majoribus suis subdi et poenitentia corrigi nolebant: et Cretenses mendaces erant, malae bestiae, ventres pigri.

Haec sunt, quibus praecipue adducti sumus, ut intelligentiam nostram accommodantes opinioni illius qui difficultates excitavit, necnon caeterorum qui eas audierunt, concludamus, praedictas difficultates nullatenus obstare heroicitati Virtutum servi Dei. Addimus, nec a nobis post Congregationem omissas fuisse secundas curas pro novo totius causae studio, et, quod praecipuum est, frecuentibus nostris precibus Deum humillime exorasse, ut suo coelesti praesidio nobis adesset. Quibus adimpletis, inhaerentes suffragiis unanimibus tum consultorum, tum Cardinalium, proposito dubio, respondemus affirmative: *Constare videlicet de Virtutibus theologalibus Fide, Spe, et Charitate erga Deum et proximum et de Cardinalibus Prudentia, Justitia, Fortitudine et Temperantia, earumque annexis, in gradu heroico, in casu et ad effectum de quo agitur.* In quorum fidem praesens decretum manu nostra subscriptum Secretario Congregationis sacrorum Rituum, post celebratum

Sacrum, et Consecrationi episcopalis munus Cardinali delle Lanze solemniter collatum, consignamus, inter ejus acta servandum. Datum apud Sactam Mariam majorem die 24 Septembris 1747, Pontificatus nostri anno octavo.

D. J. CARD. TAMBURINUS Praefectus.

Loco ✠ Sigilli.

T. Patriarcha Hierosolymitanus Secretarius.

H

DECRETO DE 27 AGOSTO DE 1848, EN QUE SE DECLARA HABER OBRADO EL V. P. CLAVER DOS MILAGROS, DEL TERCER GÉNERO, EL UNO EN MARIA DE TORRES, Y EL OTRO EN MICAELA GARCIA DE SAAVEDRA.

(Pág. 479.)

SUPER DUBIO

An, et de quibus Miraculis constet in casu, et ad effectum, de quo agitur.

Inter electos Sancti Loyolensis Patriarchae Alumnos ab adolescentia sua communeratus VEN. PETRUS CLAVER e Catalauniae Regno, quo vocanti Deo in Societate fidelem se ministrum exhiberet interposita fide, Virtutes omnes adeo et indesinenter excolere coepit inter assiduas corporis aflictitationes, ut illarum apicem brevi ac feliciter sit assequutus. In frequenti cordis recogitatione ante Deum, dum secum mente non semel recoleret multos adhuc apud Indos Mauros praesertim infidelitate obnoxios, ardore charitatis fervescens illud sibi audire visus est, *messis quidem multa, operarii autem pauci, ite et vos in vineam meam;* hoc sibi propositum sequendum esse duxit, et Apostolico muneri jam maturus hanc provinciam eligere decrevit. Praesulibus annuentibus ex regni Hispaniarum oris movens et Carthagenam appulsus in dissitis Americae Meridionalis plagis demandata orthodoxae fidei praedicandae et dilatandae munia ita jugiter incredibili et inenarrabili charitate et constantia ad obitum usque implevit, ut quamplurima Ethnicorum millia ad Christi Ovile per salutare regenerationis lavacrum adduxerit: omnibus interea ad terendam cristianae perfectionis et salutis aeternae semitam sublimissimarum virtutum exercitio ducem se exhibens, sicuti ex Inquisitionis Apostolicae Tabulis aperte colligitur. Postquam itaque sa. me. Benedictus Papa XIV, Decreto lato octavo

Kalendas Octobris anno MDCCXLVII, virtutes a VEN. PETRO CLAVER exercitas ad heroicitatis gradum pervenisse declaraverit, Causae hujus Postulatores ad Sanctitatem illius plenius comprobandam, quo Altarium honores assequi valeret, praeter alia permulta signa quibus perquirendis Delegati Judices abstinuerint, ex quadraginta in Processibus ennumeratis, duo Miracula selegerunt, ut formiter ac de more probarentur. Quae discussa primum in Antepraeparatorio Sacrorum Rituum Congregationis Coetu quarto nonas Martii Anno MDCCCXXXIV, penes cl: me: Carolum Mariam Cardinalem Pedicini Causae Relatorem; deinde in praeparatoriis Comitiis erectis in Palatio Apostolico Quirinali tertio idus Augusti Anno MDCCCXL, ante Rmos. Cardinales Sacris Ritibus addictos; demum, in Generali Conventu undecimo kalendas Septembris Anno vertente coram SSmo. Domino Nostro Pio Papa IX, ubi a Rmo. Cardinali Patrizi Causae Relatore, proposito Dubio.—*An et de quibus miraculis constet in casu, et ad effectum, de quo agitur?* Rmi. Cardinales caeterique Patres suffragia singuli protulerunt.

Quibus attente auditis SSmus. Dominus supremam suam sententiam dicere protrahens, benignissimis verbis eosdem dimisit ac praesertim hortatus est ad preces Deo in hujusmodi gravissimo judicio fundendas. Adhibitis autem precibus Sanctitas Sua quin diutius differret hac die dominica XI post Pentecosten recurrente Mentem Suam patefacere statuit. Ideo, Sacro peracto ad S. Pantaleonis Martyris Congregationis Clericorum Regularium Matris Dei Scholarum Piarum ob natale S. Joseph Calasantii illorum Institutoris, ad adnexum Collegium accersivit Rmos. Cardinales Aloisium Lambruschini Episcopum Portuensem, S. Rufinae et Centumcellarum, Sacrorum Rituum Congregationi Praefectum, et Constantinum Patrizi Urbis Vicarium Causae Relatorem una cum R. P. *Andrea Maria Frattini S. Fidei Promotore* ac subscripto me Secretario, quibus adstantibus solemniter pronunciavit:—*Constare de duobus Miraculis tertii generis a Deo patratis invocato VEN. PETRI CLAVER auxilio:—scilicet de primo: - Subitae perfectaeque sanationis puellae Mariae de Torres ab inveterato aneurysmate a laesa dexteri brachii in mittenda sanguine arteria ad magnum tumorem distento,* – de altero: — *Instantaneae perfectaeque sanationis Michaleae Garzia de Saavedra tertio gestationis mense ad extremum perductae a Metritide, seu uteri inflamatione, lethalibus stipata symptomatibus.*

Hoc autem Decretum in Sacrorum Rituum Congregationis Acta referri ac vulgari praecepit sexto Kalendas Septembris Anno MDCCCXLVIII.

A. Card. Lambruschini Ep. Portuensis S. R. C. Praefectus.

Loco ✠ Sigilli.

Joseph Gaspar Fatati S. R. C. Secretarius.

I

DECRETO DE 26 MAYO DE 1850 DECLARANDO QUE PUEDE PROCEDERSE CON SEGURIDAD Á LA BEATIFICACION DEL V. P. PEDRO CLAVER.

(Pág. 480.)

SUPER DUBIO

An, stanta adprobatione Virtutum, et duorum Miraculorum tuto procedi possit ad ejusdem Ven. Servi Dei Beatificationem?

Deus Optimus Maximus, qui rerum vices sapientissime temperat ac moderatur, Ven. Servo suo PETRO CLAVER Sacerdoti Professo Societatis Jesu ac Missionario Apostolico duobus pene saeculis abhinc vita functo, licet jam tum Virtutibus Miraculisque claro, aliis atque aliis arcano consilio interpositis moris, Beatorum honores congruentius ad hanc usque aetatem reservavit. Quum enim illud sit hominum ingenium, ut vetustioribus exemplis ferme neglectis facilius animum novis advertant, hoc sane tempore, quo tot degeneres Ecclesiae filii, ut formidandam sibi ejus unitatem discindant, Christi Ministros falsa suae potestatis opinione elatos Sedis Apostolicae subducere conentur imperio, plurimum intererat, VEN. PETRUM ad imitandum proponi, qui amplissimae Societati addictus et Apostolico munere auctus, Pontificem Maximum praecipuo semper honore prosequutus, ejusque summam potestatem maximopere veritus, non modo degeneres filios iterum ad Eum adduxit, sed novos ex infidelitate abreptos ex divino instituto traditam potestatem debito ordine ac humillime exercens Ecclesiae aggregavit, atque ita Consodalibus ejectis, dispersis, conviciisque affictis novas adderet vires, quo alacrius muneri suo fungantur.

Quum itaque VEN. PETRI Virtutes, praeclaras olim Sanctis viris visas multorumque praeconiis celebratas, heroicas esse habendas consummato octavo Kalendas Octobris Anno MDCCXLVI earumdem legitimo judicio Benedictus Papa XIV, edixisset, iisque Miraculis duobus fuisse coelitus plausum SSmus. Dominus Noster PIUS PAPA IX. sexto Kalendas Septembris Anno MDCCXLVIII declarasset, nihil erat reliquum nisi ut de more interrogarentur Sacrorum Rituum Congregationis Patres, utrum censerent ipsum tuto Beatorum ordini adscribi posse. Quod quum nuper, pridie scilicet idus Maji in Generali Conventu ad Vaticanas Aedes coram ipso Summo Pontifice factum esset, omnium, qui aderant, assensus atque acclamatio est subsequuta.

Nihilominus PIUS Pontifex Maximus ne spatium aliquod divino lumini sibi precibus promerendo deesset, rem differre voluit; non adeo tamen ut jucundissimum hoc tempus praeteriret, quod inter Domini Resurrectionem descensumque Sancti Spiritus discurrit, ut quo potissimum tempore Servator Noster cum suis Apostolis loquens de Regno Dei omnes in iis futuros Ecclesiae Ministros ad commissum sibi gregem salubriter pascendum muniret atque hortationibus informaret, hoc ipso tempore quanta munus illud egregie explentes gloria maneret, VEN. PETRO coelitibus inserendo demonstraretur. Quare hodierno die, Dominica SSmae. Trinitatis recurrente, accitis in Sacello Xysti Papae IV. ad Vaticanas Aedes Rmis Cardinalibus Aloisio Lambruschini Episcopo Portuensi, S. Rufinae et Centumcellarum Sacrorum Rituum Congregationi Praefecto, et Constantini Patrizj Episcopo Albanensi, Urbis Vicario, et Caussae Relatore, nec non R. P. Andrea Maria Frattini Sanctae Fidei Promotore, una mecum infrascripto Secretario, postquam Deum Sacrificio novi foederis coluisset, solemniter pronunciavit: «*Tuto procedi posse ad Ven. Servi Dei PETRI CLAVER supralicti Beatificationem.*» Litterasque Apostolicas in forma Brevis de eadem Beatificatione in Vaticana Patriarchali Basilica suo tempore celebranda conscribi jussit.

Atque hoc Decretum in vulgus edi, et in Acta Sacrorum Rituum Congregationis referri jussit septimo Kalendas Junii Anno MDCCCL.

ALOISIUS CARD. LAMBRUSCHINI EPISCOPUS PORTUENSIS, S. RUFINAE, ET CENTUMCELLARUM S. R. C. PRAEFECTUS.

Loco ✠ Sigilli.

J. G. Fatati S. R. C. SECRETARIUS

J

BREVE DE BEATIFICACION DEL V. P. PEDRO CLAVER EXPEDIDO EN 20 DE JULIO DE 1850.

(Pág. 481.)

PIUS PAPA IX

Ad perpetuam rei memoriam

Christianae charitatis ea ratio ac virtus est, ut quorum pervasit animos, iis ad ardua quaeque ac difficillima capessenda, tum pro gloria Divini Nominis, tum pro animis hominum corporibusque iuvandis, miram quamdam ac supra mortalem naturam in-

generet alacritatem. Id porro, a primis ipsis Evangelii praeconibus ducto initio, intueri per consequentes omnes aetates licet in viris sanctimonia conspicuis, quos coelestis Pater familias tamquam strenuos operarios mittere numquam destitit in messem suam; qui quidem christianae charitatis igne succensi, tot ac tanta gesserunt, tan praeclare de unoquoque hominum genere meriti sunt, ut pudore suffundi et obmutescere plane debeat fallax quaedam ac vanissima huius temporis, inimica crucis Christi, philosophia, si cum iisdem heroibus in comparationem venire, seque iactare audeat similis beneficentiae atque operum effectricem.

Iam vero inter egregios apostolico spiritu afflatos viros, qui per ignotas antea Americae regiones, postquam ad illas patefactus est aditus, impigre laborarunt, ut gentes feritate barbaras leniret ac flecterent, ac Christo lucrifacerent, ibique illustria reliquerunt christianae charitatis altissime impressa vestigia, merito refulget venerabilis Dei famulus Petrus Claver Sacerdos Professus Societatis Iesu.

Hic enimvero anno MDLXXXV Veroduni ortus, quod est oppidum Catalauniae, in dioecesi Celsonensi et Hispania Tarraconensi, decimum septimum vix ingressus aetatis annum, ut se arctius Deo manciparet, in Societatem Iesu adscribi flagitavit. Voti compos factus absolutoque strenue tirocinio, humanioribus litteris et philosophicis doctrinis daturus operam, in Balearem maiorem contendit. Ibi quum Beatus Alphonsus Rodriguez, adjutor a rebus domesticis eiusdem Societatis, versaretur, eo intime usus, ad quam grave gerendum ministerium et quos perferendos labores divinitus vocaretur, ab eodem edoctus est. Et sane anno MDCX, in Neogronatense australis Americae regnum, Deo sic volente, Moderatorum iussu transmissit, ibique Sacerdotio auctus, sacrarum disciplinarum cursum confecit. Iam vero Carthagine ad littus Oceani exstabat emporium, eoque a mercatoribus, quibus hominum vitam cum auro commutare per summum nefas solemne erat, singulis annis ad decem ac duodecim mille mancipia, quasi pecudes, ex Africa praesertim advehebantur ferociter, et quanti plurimi vendebantur. Calamitosissimi huiusce hominum generis miseratione tactus, venerabilis Petrus, illi se omnesque vitae suae rationes, interiecta etiam sacramenti fide, plane devovit; ac mirum quot asperitates et incommoda per quadraginta et eo amplius continentes annos in iis erudiendis sacroque regenerationis lavacro lustrandis animose ac fortiter pertulit; mirum quantam Maurorum multitudinem, charitatis virtute sustentatus, ipse unus Christo et Ecclesiae progeneravit, sic ut ad centena aliquod millia eorum numerus feratur pertigisse. Neque vero animis ad veram religionem informandis intentus, corporum curam praetermittebat: nullum quippe pietatis officium

erat, quod aerumnosissimis illis hominibus, miseria et squalore enectis, prolixe non impenderet. In portum onerariae naves cum appellerent, praesto aderat, hominesque de libertate in servitutem per summam vim ac crudelitatem deiectos amplexus, necessariis recreare praesidiis, quoad poterat, satagebat; nudis vestimenta, esurientibus escam, aegris medicamina suppeditabat, et vero etiam peste laborantes, nihil de sua vita sollicitus, invisebat, iisque peculiarem adhibebat curationem. Quo vero magis in tanto faedore ac sordibus stomachi molestia torqueretur, eo acrius atque intentius huiusmodi pietatis officiis sui victor instabat. Porro quasi levioris momenti essent labores, quibus in curandis Mauris assidue frangebatur, caeteris etiam, qui Carthagine versarentur, civibus advenisque opitulari non desistebat; quippe vitae licentia corruptos ad honestatem ac temperantiam, haereticos ad veram fidem adducere, mahumedicae superstitionis servitute adstrictos in Christi libertatem vindicare adnitebatur. Quae vero serae noctis superessent horae a tam laboriosis officiis, minimam illarum partem quieti, reliquam Deo, Mariae Virgini Deiparae ac Coelitibus colendis exorandisque insumebat. Charitate divina usque adeo flagrabat, ut quidquid ageret, intimis plane sensibus in Deum abreptus videretur. Ut erga caeteros homines praesertim rudes, benignus, affabilis, ita in se severus et asper, detrita tot vigiliis ac laboribus membra afflictabat assidue, utpote qui a primis annis corpus in servitutem redigere durissimo vitae genere consueverat. Denique tot virtutum meritis, ac potissimum tot charitatis eximiis operibus illustris, quarto idus Septembris anno MDCLIV, venerabilis Dei famulus Carthagine mortem obiit, vitae tam sancte actae plane consentaneam.

Quum illius Sanctitatis fama longe lateque percrebuisset, ad consilium venerabilium fratrum Nostrorum S. R. E. Cardinalium, legitimis ritibus cognoscendis praepositorum, delata causa est de illius virtutibus aestimandis; eisque diligenter perpensis recolendae memoriae Benedictus XIV praedecessor Noster, ferventibus ad Deum adhibitis precibus, heroicas fuisse sancivit; decreto de hac re edito octavo kalend. Octobris MDCCXLVII. Postmodum coram Nobis, qui meritis licet imparibus ad Ecclesiam regendam vocati sumus, duo ex miraculis, quae venerabili Petro deprecante, patrata ferebantur, Consultorum suffragiis et Cardinalium sacris ritibus praepositorum sententiis probata sunt; Nosque sexto kalend. mensis Septembris anno MDCCCXLVIII, de illorum veritate decretum edidimus. Denique coram Nobis pridie idus Maias vertentis anni coacta eadem Cardinalium Congregatio, auditis etiam Consultorum suffragiis, unanimiter censuit posse cum Nobis visum esset commemoratum Dei servum Beatum declarari cum omnibus indultis, donec solemnis eius celebretur canonizatio.

Nos igitur precibus Societatis Jesu universae permoti, ex memoratae Cardinalium Congregationis consilio et assensu auctoritate Nostra apostolica, harum litterarum vi facultatem impertimur, ut idem Dei servus Petrus Claver, Presbyter Professus Societatis Jesu, Beati nomine in posterum nuncupetur, ejusque corpus et lipsana seu reliquiae (non tamen in solemnibus supplicationibus deferendae) publicae fidelium venerationi exponantur. Praeterea eadem autoritate Nostra concedimus, ut de eo recitetur quot annis officium et Missa de communi Confessoris non Pontificis, cum orationibus propriis a Nobis approbatis juxta rubricas missalis et Breviarii Romani. Ejusmodi vero officii recitationem fieri concedimus dumtaxat Carthagine, ejusque in dioecesi, itemque omnibus in templis ubi Societas Jesu instituta reperitur, die nona Septembris ab omnibus Christi fidelibus, tam saecularibus quam Regularibus, qui horas canonicas dicere tenentur; et quantum ad Missas attinet, etiam ab omnibus Sacerdotibus ad Ecclesias, in quibus festum peragatur confluentibus. Denique concedimus, ut anno ab hisce litteris datis primo, solemnia beatificationis servi Dei Petri Claver in templis dioeceseos et Societatis, de quibus habita mentio est, celebrentur cum officio et missis duplicis majoris ritus; quod quidem fieri praecipimus die ab ordinariis sacris Praesidibus indicenda, ac postquam ea solemnia in basilica Vaticana fuerint expleta.

Non obstantibus constitutionibus et ordinationibus apostolicis, decretisque de non cultu editis, caeterisque contrariis quibuscumque.

Volumus autem, ut harum litterarum exemplis etiam impressis, dummodo manu Secretarii praedictae Congregationis subscrita sint et sigillo Praefecti munita, eadem prorsus in disceptationibus etiam judicialibus fides habeatur, quae Nostrae voluntatis significationi hisce litteris ostensis haberetur.

Datum Romae apud S. Petrum, sub annulo Piscatoris die decima sexta mensis Julii MDCCCL, Pontificatus Nostri anno quinto.

A. Card. Lambruschini.

K

DECRETO DE 1.° NOVIEMBRE DE 1887 EN QUE SE DECLARA HABER OBRADO EL BEATO PEDRO CLAVER DOS MILAGROS, EL UNO EN BÁRBARA DRESSEN, Y EL OTRO EN IGNACIO STREKER.

(Págs. 483, 488.)

SUPER DUBIO

An, et de quibus miraculis constet in casu, et ad effectum de quo agitur?

Dei sapientia ineffabilis, quae cuncta in mundo fortiter suaviterque disponit, nunquam excitare destitit strenuos Evangelii praecones, qui veritatis lucem inter infideles in umbra mortis sedentes diffunderent, ac pro divini nominis gloria et proximorum salute vitam suam impenderent. His accensendus Beatus Petrus Claver, hispanus, Verduni natus, quod oppidum est Catalauniae, inclytae Societatis Jesu alumnus. Qui sacerdotio auctus, et mox Carthaginem ad ora Atlantici maris missus ut barbaras gentes evangelizaret, vix dici potest qua caritate in excolendis praesertim rudibus ex Africa tamquam vilibus mancipiis adductis, per quadraginta annos eoque amplius laboraverit, pluribus eorum millibus salutaris baptismatis lavacro Christo regeneratis. Viri huius apostolici Beatus Alphonsus Rodriguez, quocum ipse aliquando conversatus erat, divino illustrante Spiritu, sublimium virtutum operam ingentesque labores, futuramque in coelis gloriam praenoverat. Ad quam reapse Petrus die natali Deiparae et Patronae suae peramantissimae, migravit anno MCCLIV, aetatis suae quarto supra septuagesimum.

Rite comprobatis virtutibus et miraculis fulgentem quum sa me. Summus Pontifex Pius IX, beatorum coelitum honoribus decorasset; placuit Deo servum suum novis illustrare prodigiis, ut ad Canonizationis honorem in Ecclesia elevaretur. Horum itaque duo selecta fuere, et Sacrorum Rituum Congregationis consuetae iuridicae inquisitioni proposita, nimirum in Antepraeparatorio conventu penes clarae memoriae Cardinalem Dominicum Bartolini eidem Sacrae Rituum Congregationi Praefectum et Causae Relatorem XVI Kalendas Decembris anni MDCCCLXXXVI; deinde in Praeparatorio in Aedibus Vaticanis VI Idus Maii, vertentis anni MDCCCLXXXVII, ac demum in Generalibus Comitiis pariter ad Vaticanas Aedes coram Sanctissimo Domino Nostro LEONE PAPA XIII habitis V Idus Augusti, eiusdem vertentis

anni. In hisce quum Rmus. Cardinalis Aloisius Serafini, pro memorato Cardinali Relatore absente, proposuisset dubium. *An, et de quibus miraculis constet in casu, et ad effectum de quo agitur?*; singuli tum Rmi. Cardinales, tum Patres Consultores suam aperuerunt sententiam. Beatissimus Pater, omnibus studioso animo attentis, illud restare edixit, ut post effusas de more humillimas Deo preces, quid de his sentiendum esset, supremum suum iudicium opportuno tempore proferret.

Tandem hodierno festivo die celebritatis Omnium Sanctorum, oblata prius salutari Hostia, ad nobiliorem Pontificiae Aedis Vaticanae Aulam accersivit Rmos. Cardinales Angelum Bianchi sacrae Rituum Congregarioni Praefectum, et Miecislaum Ledochowski Causae Relatorem, una cum R. P. Augustino Caprara S. Fidei Promotore, et me infrascripto Secretario, atque his adstantibus solemniter declaravit: *Constare de duobus miraculis, intercessore Beato Petro Claver, a Deo patratis;* scilicet de primo: *Instantaneae perfectaeque sanationis Barbarae Dressen mulieris octogenariae ab inveterato cancro epitheliali in dextera maxilla;* ac de secundo: *Subitae perfectaeque sanationis Ignatii Strcker a carie sterni et costarum thoracis sinistri gravissimo pulmonum vitio coniuncta.*

Praesens decretum evulgari, et in Sacrorum Rituum Congregationis actis inseri praecepit Kalendis Novembris anni MDCCCLXXXVII.

A. Cardinalis BIANCHI *S. R. C. Praefectus.*

Loco ✠ Sigilli.

Laurentius Salvati *S. R. C. Secretarius.*

L.

DECRETO DE 27 DE NOVIEMBRE DE 1887 DECLARANDO QUE PUEDE PROCEDERSE CON ENTERA SEGURIDAD Á LA CANONIZACION DEL BEATO PEDRO CLAVER.

(Pág. 495.)

SUPER DUBIO

An, stante approbatione duorum miraculorum post indultam a Sede Apostolica eidem Beato venerationem, tuto procedi possit ad solemnem eiusdem Canonizationem?

Caritas Christi quae Paulum vas electionis urgebat ad Evangelii lucem inter gentes in tenebris errorum et pravitatum sedentes diffundendam, eadem de Petro Claver strenuum fecit apos-

tolum in miseris Nigritarum mancipiis, veluti pecudum gregibus ex Africa ad Carthagenae portum traiectis in spiritualem libertatem gloriae filiorum Dei liberandis. Caritas in aliarum virtutum cumulo praecipua in eo fuit, quae longo operum ac laborum pro salute animarum et languentium corporum levamine feliciter emenso cursu ad coelum evexit, atque etiam in terris gloriosum reddidit et venerandum. Hinc cum etiam post pretiosum obitum splendidis inclaruerit signis et prodigiis, quibus Omnipotenti Deo placuit de illius sanctitate et gloria testimonium praebere; a s. m. Pio IX anno quinquagesimo primo huius saeculi, die vigesima prima Septembris Beatorum caelitum honoribus rite decoratus fuit.

Aucta exinde fidelium veneratione ac fiducia, novisque ad Beati invocationem accedentibus miraculis, duo ex iis post severum Sacrae Congregationis examen, adprobata fuere, Pontificio decreto nuper, Kalendis vertentis mensis et anni, dato. Quod itaque iam reliquum erat, ut de accensendo Beato Viro in Sanctorum Canonem ageretur; in Generalibus eiusdem Sacrorum Rituum Congregationis Comitiis XVII Kalendas proximi Decembris in Vaticano Palatio coram Sanctissimo Domino Nostro LEONE PAPA XIII habitis, Rmus. Cardinalis Miecislaus Ledochowski dubium proposuit: *An, stante approbatione duorum miraculorum post indultam a Sede Apostolica Beato Petro Claver venerationem, tuto procedi possit ad solemnem eius Canonizationem?* Et singuli Rmi. Cardinales et Patres Consultores favorabile suffragium dederunt. Sanctitas vero sua supremum iudicium sibi reservavit, interim a divino Spiritu uberius lumen in re tam gravi postulaturus.

Hac porro prima Dominica Sacri Adventus post divini Sacrificii celebrationem, ad eiusdem Palatii Vaticani Aulam vocatis Rmis. Cardinalibus Angelo Bianchi Sacrorum Rituum Congregationi Praefecto, et Miecislao Ledochowski huius causae Relatore una cum R. P. Augustino Caprara S. Fidei Promotore, et me infrascripto Secretario, ac his adstantibus decrevit; *Tuto procedi posse ad solemnem Beati Petri Claver Canonizationem.*

Hoc decretum publicari, in Acta Sacrae Rituum Congregationis referri, ac Litteras Apostolicas sub plumbo de Canonizatione quandocumque celebranda expediri mandavit, V Kalendas Decembris anni MDCCCLXXXVII.

A. CARDINALIS BIANCHI *S. R. C. Praefectus*

Loco ✠ Sigilli.

LAURENTIUS SALVATI *S. R. C. Secretarius* [1].

---

[1] En la fecha en que sale á luz este libro no se ha publicado aún la BULA DE CANONIZACION.

*

RESCRIPTO

DE LA SAGRADA CONGREGACION DE RITOS CONCEDIENDO PRIVILEGIO DE MISA VOTIVA DE SAN PEDRO CLAVER, EN LA CAPILLA-APOSENTO DE VERDÚ.

Societatis Jesu.

Hodiernus Pater Praepositus Provinciae Aragoniae Societatis Jesu, Alumnorum ejusdem Provinciae votis libenter obsecundans, a Sanctissimo Domino Nostro Leone Papa XIII edixis precibus expetivit privilegium, vi cujus in cubiculo, ubi Sanctus Petrus Claver Confessor natus est, nunc ad instar Sacelli exornato quod extat in oppido vulgo *Verdu* intra fines Dioeceseos Celsonensis, Missa votiva de eodem Sancto Confessore cunctis diebus non privilegiatis celebrari valeat. Sacra porro Rituum Congregatio, utendo facultatibus sibi specialiter ab eodem Sanctissimo Domino Nostro tributis, benigne annuit pro gratia petitae Missae votivae: exceptis tamen semper Duplicibus primae et secundae classis, Festis de praecepto servandis, necnon Dominicis, Feriis, Vigiliis et Octavis quae sint ex privilegiatis: servatis Rubricis. Contrariis non obstantibus quibuscumque. Die 23 Aprilis 1888.

A. Card. Bianchi S. R. C. Praef.

Loco ✠ Sigilli.

Laurentius Salvati S. R. C. Secretarius.

A M. D. G.

FE DE ERRATAS

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	DEBE LEERSE.
38	11	partió se luego conla	partiose luego con la
101	12	mismas	minas
113	12	respondiese	respondiose
128	27	bautismo	catecismo
137	30	van	iban
138	26	el ruido	al ruido
147	13	perderla	perderle
195	26	conversaciones	conversiones
281	19	concurren	concurrian
387	2-3.	*estòmo*	*estómago*
480	8	*Puto procedi*	*Tuto procedi*
518	29-30	*recuérdase*	*recuérdese*
523	22	: dicho	; pero dicho
538	Despues del título de Apéndice IV		(Págs. 23, 24, 25 y 27)
557	14-15.	del mismo año	del año 1561
»	16-17	de 1561	del mismo año
558	4	1575, siguiendo	1574, siguiéndose
560	15	éralo el P. José Villegas	éralo el P. Hernando Ponce: poco tiempo despues lo fué el padre José Villegas.
573	1	guardan.	guardaron.